

José Á. Zamora (ed.)

El hombre fenicio

Estudios y materiales



Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

Serie Arqueológica – 9

El hombre fenicio

Estudios y materiales

José Á. Zamora (ed.)

Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

Roma 2003

El hombre fenicio : estudios y materiales /
José Á. Zamora (ed.) – Roma : Escuela Española
de Historia y Arqueología, 2003. - 320 p. : il. ; 30
cm. – (Serie arqueológica ; 9). – ISBN 84-00-
08205-2.

1. Fenicios - Civilización. I. Zamora, José Á.,
ed. II. Escuela Española de Historia y Arqueología
en Roma.

939.44

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

2003 © de esta edición: CSIC

© de los textos e ilustraciones: los autores

NIPO: 403-03-058-9

ISBN: 84-00-08205-2

Tirada: 500 ejemplares

Imprime:

TIPOGRAF

Via C. Morin, 26/A – 00195 Roma

Redacción:

Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (CSIC)

Via di Torre Argentina, 18, 3º

I – 00186 – Roma

tel.: +39-066810001

fax: +39-0668309047

e-mail: escuela@csic.it

Página Web: www.csic.it

Distribución y venta:

Departamento de Publicaciones (CSIC)

Vitruvio, 8

E – 28006 – Madrid

tel.: +34-915629633

fax: +34-915629634

e-mail: publ@orgc.csic.es

Reproducción digital, no venal, de la edición de 2003

e-NIPO: 833-21-075-X

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado: <https://cpage.mpr.gob.es>

Editorial CSIC: <http://editorial.csic.es> (correo: publ@csic.es)

*mm . uḥryt . mh . yqh
mh . yqh . mt . aṭryt .*

...
*[...]m^ot . kl . amt .
wan . mtm . amt*

Historia de Aqhatu (1.17: VI: 36-38)
Ugarit, II milenio a. C.

PRÓLOGO

W. RÖLLIG

Los fenicios, durante largo tiempo escasamente conocidos, han entrado por fin en los últimos años en la luz de la historia, sobre todo gracias al trabajo del *Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica* (CNR, Roma). Su cultura material, su escritura, su lengua, su religión y su historia han cobrado y cobran aún vida gracias a nuevas excavaciones y textos –y a nuevas interpretaciones de textos que nos eran ya bien conocidos. La gran exposición “I Fenici” del año 1988 en Venecia presentó todo ello de modo vivo ante los ojos de un numeroso e interesado público.

Una cultura, sin embargo, no cobra vida mostrando sólo las cazuelas, los platos y las vasijas, si sólo se toman en consideración las ruinas y los sepulcros, si sólo se analizan los textos por su gramática, su vocabulario o su estilo, sino que cobra vida cuando se hace reconocible el hombre que creó todo aquello, que se hizo enterrar allí, que se expresó abiertamente en aquellos textos. Nuestros esfuerzos por interpretar los resultados y los hallazgos de la arqueología –las estelas, las esculturas, los ídolos–, por interpretar las inscripciones, por interpretar los restos de todo tipo en los que se nos transmite un tiempo pasado, tienen como fin último conseguir una mejor comprensión de nosotros mismos. Reflejado en la imagen de los hombres de anteriores épocas –con su pensamiento, sus sentimientos y su autorrepresentación– o en comparación con tal imagen, descubrimos algo de nosotros. Así, ocuparse del pasado no es tanto un fin en sí mismo como una ayuda para determinar con mayor exactitud nuestra propia posición, y el reconocimiento de que nuestro propio tiempo –en relación, por ejemplo, con el tiempo de la próspera cultura fenicio-púnica–, con sus valores materiales e ideales, es ciertamente

diverso, pero en ningún caso esencialmente diferente. Todavía hoy hay funcionarios y comerciantes, artesanos, técnicos y soldados, y una parte nada desdeñable de nuestra vida está impregnada –consciente o inconscientemente– por la religión y el comportamiento ritual. Y también determinan aún nuestra vida, a pequeña y gran escala, la familia y el estado con su administración.

El editor y los colaboradores de este volumen tienen todo ello presente al intentar sacar a la luz las fuentes para la reconstrucción de la vida del hombre en el mundo fenicio-púnico. Son con certeza conscientes de los problemas que conlleva el hecho de que estas fuentes se distribuyan de forma absolutamente irregular a lo largo de muchos siglos, y de que sean una selección absolutamente casual del rico material que de esta variada cultura debió existir alguna vez. Saben también que las pervivencias que han llegado hasta nosotros son de muy diferente naturaleza. Coexisten fuentes originales junto a testimonios secundarios. Las fuentes originales presentan el problema de ser con frecuencia fragmentarias y de deber ser leídas, entendidas e interpretadas por el estudio actual. Éste, crecido en otro mundo, a menudo no llega más que a intuir la riqueza de relaciones que el autor de un texto tenía de forma obvia en mente, sin lograr nunca percibir las por completo. Las fuentes secundarias, en cambio, procedentes principalmente de escritores en lengua griega y latina, tienen la desventaja de suponer ya una selección, fruto de una determinada comprensión previa: no pocas veces contienen distorsiones conscientes y fomentan opiniones polémicas. Tal es el caso de los escritores latinos, caso que se comprende a la luz de las tres guerras, llenas de pérdidas, que enfrentaron a Roma con Cartago, y que aconseja un cuidadoso manejo de tales fuentes –manejo cauto que, por supuesto, se practica también en el presente volumen.

Frente al esfuerzo por reconstruir de forma viva el ambiente y los tipos del «hombre fenicio», permanecen las lagunas cruciales: quien busque a un individuo que se exprese en la alegría y el dolor, que escriba un poema de amor o que lamente con palabras íntimas la muerte de un ser querido, se decepcionará. En esto, fenicios y púnicos comparten el destino de casi todos los hombres del Próximo Oriente Antiguo (con la excepción de los hebreos), cuya posición individual, por muy desasosegada que fuera, no fue nunca considerada tan valiosa como para ser recogida por escrito. Y prototipos en los que reconocerse, como era por ejemplo Gilgamesh en Mesopotamia, los fenicios evidentemente no los tenían. Y por ello no sorprende tampoco que no podamos hacer ninguna afirmación sobre el «sentimiento vital» fenicio-púnico. Los mismos textos funerarios siguen patrones formularios, lo que nos hace echar de menos, naturalmente, lo personal; sólo la posición general queda quizás insinuada, una vez y muy brevemente, en esta afirmación de un rey(!): «fui arrebatado, no a mi hora, hijo de un número limitado de días, huérfano, hijo de una viuda...» Aquí –por boca de los descendientes– habla más la razón de estado que la preocupación personal. Y así, tampoco disponemos de testimonios sobre el sistema de valores, sobre los principios éticos que sin duda no faltaron. Lo que en Egipto nos revelan las «Enseñanzas», lo que en Mesopotamia y en Israel nos transmiten los textos sapienciales, el esfuerzo de los hombres por seguir en la vida unos justos y comunes principios de obligado cumplimiento, no nos es revelado,

quizás porque no fue considerado digno de formar parte de la corriente de testimonios que nos llega hasta el presente. Tal hecho, que a nosotros nos parece una lamentable mala suerte, puede sin embargo tener su razón de ser en el hecho de que el hombre fenicio-púnico se encontraba a las puertas de una nueva época, sobre la que pudo ejercer –y probablemente ejerció– una apreciable influencia: la época de los principios y el desarrollo de la filosofía y de la ciencia griegas. No es, con seguridad, ninguna coincidencia que la expansión de los fenicios por el área mediterránea –con la que alcanzaron Grecia y Asia Menor no sólo la escritura, sino también, con ella, textos mitológicos y científicos– venga acompañada del desarrollo de la filosofía presocrática. No es tampoco ninguna coincidencia que Aristóteles ponga en su «Politeia» la constitución de Cartago como ejemplar. Incluso en el ámbito de la agricultura los púnicos parecen haber tenido un papel relevante, pues allí surgió la obra de Magón, sobre la que varios autores antiguos escribieron y a la que consideraron verdadero texto fundacional de la ciencia agrícola.

Así pues, el «hombre fenicio» fue protagonista, de muchas maneras, en campos en los que la escasez de fuentes no nos permite siquiera entrar y sobre los que, por tanto, nada puede decirse en los capítulos de este libro. En muchos otros ámbitos, en cambio, le seguimos el rastro, podemos verlo actuar en su ambiente. Y los vivos capítulos de este libro, escritos por excelentes conocedores de cada materia, lo traen ante nuestros ojos.

INTRODUCCIÓN

LOS HOMBRES FENICIOS

J. Á. ZAMORA

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo pasado, unas cuantas obras, de título ya elocuente, hicieron popular una aproximación característica cuyo éxito se extiende hasta nuestros días. Diferentes entre sí pero fruto de una misma y larga corriente, hacían del hombre o los hombres de una determinada época o cultura el objeto principal de su estudio, mediante la presentación de diferentes perfiles, tipos o personajes. El juego de la mayor o menor representatividad y abstracción invitaba con facilidad, además, a la reflexión de método. Se profundizaba así en el conocimiento general de cada especialidad, pero también se trascendía la mera discusión particular llevando el debate desde la metodología del trabajo histórico hasta la misma esencia de su objeto de estudio.

Los hombres (esto es, los seres humanos) de numerosos periodos y civilizaciones se presentaron al lector en libros que, de la forma expuesta o de alguna similar, incorporaban también al estudio métodos o aproximaciones que iban desde el mero corte antro-

pológico a la psicología social o a la historia de las mentalidades¹.

LOS ESTUDIOS FENICIOS

Por desgracia, difícilmente podían los hombres fenicios figurar entre los elegidos. Hasta casi aquellos años, la investigación sobre el pasado fenicio, que podía presumir de más de tres siglos de antigüedad entre estudiosos de diversas materias², no comenzó a configurarse como una verdadera especialidad, consciente de su especificidad y abierta a nuevos caminos. Una especialidad peculiar, en la que se veía implicada una larga variedad de investigadores, en obligada correspondencia con la gran diversidad presentada por las fuentes, textuales o arqueológicas, semíticas o clásicas, extendidas desde el Oriente mediterráneo hasta el Atlántico a lo largo de más de un milenio. Este carácter, que explica la antigua dispersión de los estudios y a menudo pone aún en duda su propia entidad, sólo pudo salvarse mediante el acercamiento interdisciplinar. La interdisciplinariedad se plasmó en reuniones y congresos internacionales de nuevo cuño³, origen de obras a las que pronto acompañarían nuevas publicaciones, individuales o colectivas, mo-

¹ Son quizá los publicados en la editorial Laterza los más cercanos al modelo descrito. Cf. p. ej. los dedicados a la antigüedad: A. Giardina (ed.), *L'uomo romano*, Roma – Bari 1989; S. Donadoni (ed.), *L'uomo egiziano*, Roma – Bari 1990; J.-P. Vernant (ed.), *L'uomo greco*, Roma – Bari 1991. Libros algo diversos, pero que sitúan igualmente en primer término al hombre –o su relación directa con un tema o problema más abstracto– abundan contemporáneamente, e incluso con anterioridad, en otras editoriales, como la francesa Hachette, cuya serie “le temps et les hommes” habla por sí misma. (En esta sede, de nuevo entre las obras dedicadas a la Historia Antigua, se publicó el influyente M. Meslin, *L'homme romain: des origines au 1er siècle de notre ère. Essai d'anthropologie*, Paris 1978, en el que el papel de la antropología, de forma casi etnológica, se separaba de los estudios sobre vida cotidiana para orientarse decididamente hacia la historia de las mentalidades). Es también notable la proliferación de versiones y traducciones de todos estos trabajos (cf. p. ej. para España la serie “El hombre europeo” de la editorial Alianza).

² Suele tomarse la *Geographia Sacra* de S. Brochart (Cadomi 1646, cuya segunda parte se titulaba *Chanaan, seu De coloniis et sermone Phoenicum*) como el punto de partida de la larga maduración de los estudios, cf. p. ej. E. Lipiński, “Études phénico-puniques”, in *DCPP*, p. 164.

³ El Ier *Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* se celebró en Roma en el año 1979, consolidándose con la celebración del II (igualmente en Roma, 1987), III (Túnez, 1991), IV (Cádiz, 1995) y, recientemente, V (Marsala-Palermo, 2000). Sus actas (Cf. *ACIFP* I, II, III y IV) son fiel reflejo de este ambiente. También a principios de los ochenta se inician los coloquios del *Groupe de contact inter-universitaire d'études phéniciennes et puniques*, que dieron lugar a la serie *Studia Phoenicia* (1-2, 1983; 3, 1985; 4, 1986; 5, 1987, etc., hasta la actualidad). Obras como Cl. Baurain – C. Bonnet – V. Krings (eds.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, Namur 1991 nacieron también de encuentros dentro del mismo ambiente.

nográficas y periódicas⁴. De igual modo, algunas grandes exposiciones internacionales y muchas otras locales popularizaron la cultura fenicia entre el público, subrayando su identidad propia⁵.

Nacieron, también, grupos de trabajo con respaldo institucional, reflejo del desarrollo de la investigación e impulsores de ella. Algunos, que habían sido pioneros, se convirtieron en centros de referencia, como el *Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica* de Roma⁶. En otros centros de investigación ya consolidados fueron surgiendo con el tiempo grupos o líneas de trabajo relacionadas con la feniciística, o acercamientos a la especialidad que enriquecieron otros estudios.

EL ORIGEN Y PROPÓSITO DEL LIBRO

Dentro de esta última y saludable tendencia quiete nacer este libro. La *Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* (CSIC), que ya había organizado algunos seminarios sobre la materia (precisamente en colaboración con el *Istituto per la Civiltà Fenicia*) quiso también incluir en su serie arqueológica un volumen con el que contribuir a la investigación sobre el mundo fenicio y púnico. Un volumen que, además, reflejara uno de los más importantes objetivos de la *Escuela*: facilitar la colaboración internacional, entre investigadores españoles e italianos, y entre éstos y el resto de la comunidad científica.

Surgió así la idea de intentar incorporar

los estudios fenicios a un tipo de trabajo fructífero y todavía vigente, aunque no fácilmente aplicable dentro de una especialidad con las características de la fenicio-púnica. Exponíamos anteriormente la diversidad de las fuentes, cuya amplitud espacial y temporal, sus lagunas y dificultades, su fuerte condicionamiento, su naturaleza ampliamente indirecta, marcaban las investigaciones. Frente a la madurez de otros estudios, problemas y retrasos dificultaban la participación de los especialistas en nuevas corrientes y métodos interpretativos. Una obra cerrada y homogénea, cuyas categorías fueran expuestas de forma acabada y completa, corría el riesgo de resultar, o bien exageradamente vaga, o bien excesivamente hipotética.

Sin embargo, anteponiendo la utilidad a la simple imitación de los precedentes, el intento podía merecer la pena. La incorporación de una nueva metodología (algo siempre difícil en especialidades con previos problemas documentales) podía servir para señalar, y en algunos casos quizás superar, los límites existentes. La mera propuesta podría constituir un ejercicio heurístico fecundo. Con este objetivo se decidió reunir una amplia lista de contribuciones que, de formas diversas, de acuerdo a las posibilidades del trabajo, acometieran el estudio de una serie de figuras características del mundo fenicio-púnico. Una serie de estudios que construyeran —o proporcionaran la información necesaria para construir— la serie de tipos o personajes que, a su vez, permitiera al lector fabricarse una nueva imagen de «el hombre fenicio».

⁴ De esta misma época o poco posteriores son obras que marcaron puntos de inflexión en su campo (cf. p. ej. M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona 1987), algunas síntesis y manuales muy conocidos (cf. p. ej. M. Gras – P. Rouillard – J. Teixidor, *L'univers phénicien*, Paris 1989 o C. Baurain – C. Bonnet, *Les Phéniciens: marins des trois continents*, Paris 1992) y algunas obras de referencia (cf. p. ej. los dos diccionarios temáticos más comunes, E. Lipiński (ed.), *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique* (=DCPP), Turnhout 1992 y M. G. Amadasi Guzzo – C. Bonnet – S. M. Cecchini – P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia* (=DCF), Roma 1992). En esos años nació también el proyecto de V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche* (=CPPMR), publicado finalmente en Leiden en 1995. Sobre las revistas, cf. *infra*.

⁵ La exposición sin duda más famosa de entre las organizadas en aquellos años fue la celebrada en Venecia en 1988 (cf. el catálogo original: S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988, a su vez muy influyente). No fue sin embargo la única (cf. ya *Les Phéniciens et le monde méditerranéen*, 1986, catálogo de la exposición del mismo nombre).

⁶ Perteneciente al *Consiglio Nazionale delle Ricerche* (CNR). Añadió a su nombre, en su última etapa, el de su impulsor, Sabatino Moscati. Hoy es parte del *Istituto di Studi sulle Civiltà Italiane e del Mediterraneo Antico* (dirigido por el prof. Francesco Roncalli). El instituto edita, desde 1972, la *Rivista di Studi Fenici*, además de sus series monográficas. De modo similar, el nacimiento posterior de otros centros añadió nuevas publicaciones periódicas (así p. ej. el *Centre d'études phéniciennes-puniques et des antiquités libyques* edita en Túnez desde principios de los años ochenta la revista *REPPAL*).

Se asumió que, tanto en la lista de capítulos como dentro de cada contribución, serían inevitables elecciones y renunciaciones. Conscientes de los problemas citados anteriormente, se dio a los autores la máxima libertad posible sobre la forma de estructurar, articular y presentar cada contribución. En general, se abrían dos posibilidades básicas: Por un lado, la presentación «personalizada» de la síntesis documental; esto es, la construcción directa de la figura o figuras (arquetípicas o incluso reales) objeto de estudio, que intentase responder a las preguntas básicas que tal (re)construcción planteara o se limitase a presentar las respuestas que la documentación proporcionara. Por otro lado, la exposición tradicional («indirecta») de los datos que, de forma más o menos abstracta, sirviera al mismo efecto, o que permitiera al menos definir el marco y condiciones de existencia, o la existencia misma, de los hombres estudiados. Dentro de cada opción, a su vez, las posibilidades eran múltiples. En un extremo, el discurso «personalizado» podía, en beneficio de un mejor dibujo de los personajes tratados, cobrar formas más o menos literarias, incluso en primera persona. El discurso «indirecto» podía, por su parte, acometer la síntesis con una mayor o menor distancia formal —reflejo de la habitual e inevitable distancia metodológica—, con diferentes grados de abstracción que, en el extremo opuesto a la construcción narrativa, podía ceñirse rigurosamente a la exposición de los argumentos abstractos, pretendiendo dejar al lector en condiciones de ir más lejos por sí mismo.

A cambio, se pidió a los autores que iniciaran sus textos con una pequeña reflexión sobre los condicionantes, metodológicos o documentales, a los que se enfrentaba la investigación en cada caso. Condicionantes que, así mismo, determinaban la orientación de sus trabajos.

Una petición se superpuso a la amplia libertad de acción propuesta: que la referencia directa a las fuentes disponibles (ya fue-

ran arqueológicas, epigráficas o textuales) fuera el núcleo fundamental de cada trabajo. La base documental debía quedar recogida y subrayada. De tal modo, —frente a la asumida heterogeneidad formal y estructural de los trabajos—, a la comunión de objetivos se unía la pretensión de máxima utilidad. Unos y otros artículos debían hacerse referencia útil para el posterior avance de las investigaciones, ya encauzaran su esfuerzo a la definición del tipo, ya a la exposición del estado de la cuestión necesario para acometerlo. De allí el subtítulo del libro: estudios y materiales.

Para subrayar el valor de uso del libro, se pidió además a los autores que seleccionaran una breve bibliografía sobre su tema, para ser añadida al final del volumen. Con el mismo objetivo, y en aras de la claridad, se optó por un sistema tradicional de cita en nota que permitiera a los participantes incluir en su redacción otras referencias, si así lo creyeran necesario, sin necesidad de duplicar o alargar las listas bibliográficas.

El libro se presenta así, en su conjunto, más cercano a una obra de investigadores para investigadores que a los libros que le sirvieron de inspiración. Pero quiere abrirse, como se apreciará en el tono de muchas de las contribuciones, a especialistas, y lectores en general, no necesariamente implicados en la investigación fenicia y púnica.

LOS TIPOS O FIGURAS

El elenco a estudiar incorporó en inicio algunos personajes habituales (e imprescindibles) en esta clase de obras, incluso si las dificultades de su construcción eran obvias: el sacerdote, el rey, el magistrado... En cuanto a los criterios de definición de los diferentes personajes, correspondía a los autores discutir en cada caso lo apropiado de las distinciones y su mejor delimitación dentro de la civilización fenicia y púnica (en la creencia, además, de que la combinación de las tipologías antiguas y modernas es, además de un sano ejercicio de aceptación de límites, un útil instrumento de indagación histó-

rica⁷). Por lo general, se ampliaba así el espectro personal recogido bajo cada epígrafe. En algunos casos, el título mismo lo acabó advirtiéndolo: más que de hombres con definición concreta, se hacía necesario hablar, más bien, de la relación de tales hombres con condicionantes fundamentales de su propia naturaleza (como la necesidad de alimentarse) o de su cultura (como p. ej. el protagonismo constante del mar o la guerra). Además, a tal punto, los criterios de definición no podían limitarse, como es obvio, a los meramente funcionales. Tampoco responder a definiciones excluyentes establecidas a un mismo nivel. Por ello, pronto se añadieron figuras que remitían a ámbitos imprescindibles: la mujer, el niño, el muerto... Con posterioridad, durante el desarrollo de los trabajos, se establecieron también algunas subdivisiones (respondiendo sobre todo a los condicionantes documentales). Se añadieron así mismo, según lo previsto, algunas contribuciones específicas (destinadas a cubrir aspectos especialmente relevantes del mundo fenicio y púnico).

LA ESTRUCTURA DE LA OBRA

Finalmente, las contribuciones se agruparon en grandes secciones. Aluden, *grosso modo*, a diferentes esferas culturales, con no más propósito que vertebrar mejor el volumen. Muchas de las contribuciones podrían, en verdad, situarse en varios de los apartados, o con propiedad en ninguno. Sin embargo, hacen el conjunto, o así se espera, más estructurado y manejable.

Abren la obra el rey y el magistrado, ambos buenas personificaciones del poder en la cultura fenicia y púnica (y en las múltiples divisiones en las que la base ciudadana ordenaba este poder: el rey fenicio, más aún los magistrados, es tan plural como lo fueron las ciudades fenicias). P. Xella se encarga del monarca, del que estudia sus prerrogativas y obligaciones junto a la ideología que las sos-

tenía. S. F. Bondì hace lo propio con el magistrado: al estudio de sus derechos y deberes, de su marco de actuación, añade el de su estatus. Señala, como anticipábamos, la extrema variedad de situaciones a afrontar. Las acomete mediante la consideración separada del Oriente fenicio y de su expansión occidental. Separación también dibujada con nitidez por Xella, enraizando con la vieja discusión sobre la monarquía occidental (que retomará, desde otra perspectiva, también V. Krings). Xella adelanta una idea de fondo: los colonos fenicios se dieron una ordenación de poderes, unos regímenes institucionales, más ágiles y adaptables que los que mantuvieron los fenicios en Oriente (donde, como señala Bondì, la monarquía condicionaba todas las relaciones de poder), pero no menos dirigidos al control del entero mecanismo que, como concluye Bondì, adquirió en Cartago la coherencia que mejor servía al número limitado de ciudadanos que gobernaban el sistema. El rey y/o el magistrado fenicio son así parte indisoluble de las sociedades fenicias en cualquiera de sus situaciones, pues son parte esencial del control de las relaciones de poder.

El capítulo de M. G. Amadasi Guzzo sobre el sacerdote, que sirve para representar una parte del universo religioso fenicio (esencialmente, el que corresponde a la esfera cultural) no podía quedar lejos de las contribuciones anteriores, como el lector apreciará al leer unas y otra: como nos recuerda Amadasi, el sacerdote por antonomasia, siguiendo una vieja tradición oriental, es el rey. Donde no lo hay, como en Cartago, las autoridades ciudadanas parecen ejercer también los máximos cargos sacerdotales. La esfera política y la religiosa se entrecruzan. De nuevo, buena parte del esfuerzo de Amadasi debe dedicarse a rastrear en las diversas fuentes los muchos y diversos sacerdotes que en el mundo fenicio y púnico formaban la clase ligada al culto. Funciones, organización, práctica, se presentan de forma desigual en las variadas situaciones tantas veces señala-

⁷ Cf. J. Le Goff (ed.), *El hombre medieval*, Madrid 1990 (1ª ed., *L'uomo medievale*, Roma - Bari 1987), pp. 23-24.

das. Y, sin embargo, concluye la autora, se observa una notable continuidad..

Tradicionalmente ligado a los círculos de poder, en el universo fenicio, tópicamente, no puede faltar quien domina la escritura. La extensión del uso del alfabeto, la ruptura del estricto elitismo de la clase letrada de finales de la Edad del Bronce, no implica, como nos presenta en su estudio C. Bonnet, que la figura del escriba no emerja de las fuentes como una realidad social característica (o como una serie de ellas, todas ligadas a la escritura). Del escriba presenta Bonnet su improbable pertenencia a una casta, pero también sus evidentes posibilidades de poder y prestigio; su aprendizaje intenso, pero potencial y relativamente breve; su especialización y jerarquización, pero también su vasto ámbito de competencia; en fin, su posible carácter formal, legalista, conservador, y su probable responsabilidad en la custodia no sólo de documentos y archivos, si no también de tradiciones... casi la personificación, o el agente privilegiado, de una buscada continuidad.

También características del mundo fenicio, y más propiamente del púnico, son las figuras del mercenario (S. Crouzet) y del caudillo guerrero (V. Krings), que junto al soldado (J. P. Vita) presentan las relaciones del hombre fenicio con la esfera de la guerra. Como nos cuenta Vita, la guerra era un estado familiar al hombre fenicio. Casi obligadamente, el estatus de soldado debió implicar periódicamente a una buena parte de la población ciudadana (mientras que sólo unos pocos engrosarían el núcleo mínimo de profesionales militares especializados). Nos muestra el autor cómo la escasa capacidad guerrera de las ciudades fenicias orientales no nace (como a veces se ha presentado) de ninguna idílica tendencia pacifista del hombre fenicio, tan belicoso, preparado para la guerra y capaz de atrocidades como cualquier otro pueblo de la antigüedad (y, en triste continuidad, del presente). El modo efectivo en el que llevaron la guerra al mar lo confirma. El recurso a los mercenarios incorporó a la civilización fenicia, especialmente en el occidente púnico (sobre el que se centra con preferencia la contribución de S.

Crouzet) una figura a la postre imprescindible. Una figura también multiforme pues, como nos explica la autora, si bien los mercenarios fueron una constante entre los púnicos, su origen varió mucho, y las fuentes (que, como subraya la autora, son mayoritariamente externas) variaron también en la forma de considerarlos. Crouzet nos describe el uso de los mercenarios en la cultura púnica, su variado reclutamiento, su preparación y, con singular importancia, su difícil integración (en una sociedad de la que, en cambio, formaban ya parte indisoluble). En relación cercana, se nos presenta el general, el caudillo guerrero, figura de primer orden entre los púnicos. V. Krings repasa sus posibles antecedentes y sus seguros exponentes, la transcendencia de los Bárquidas, la figura, a la vez única y emblemática, de Aníbal. La autora muestra en su trabajo cuánto de lo aceptado sobre casi cada uno de estos personajes, y sobre la figura en tanto que tal, depende de la construcción histórica, antigua y moderna, bajo la que resulta difícil vislumbrar el verdadero talante de los grandes jefes de la guerra cartagineses.

Después –en una sucesión que podría llevar de la producción y consumo de bienes básicos a los procesos de transformación y de intercambio– tres secciones agrupan, en cualquier caso, contribuciones variadas. En el apartado que hemos llamado “Los fenicios y el sustento” se recoge la contribución de S. Cecchini sobre el campesino, pero también la de L. Campanella sobre la alimentación de los hombres fenicios, íntimamente ligada a la precedente. S. Cecchini reparte también su mirada de forma independiente entre los fenicios de Oriente y los púnicos occidentales, de nuevo sobre todo no tanto por diferencias intrínsecas, si no por motivos documentales (para Cartago, aunque las fuentes básicas son, como para Oriente, exteriores, las noticias son mayores, y conceden además a los agrónomos cartagineses una atención y prestigio notable). La autora, que repasa también los condicionantes físicos del hábitat de fenicios y púnicos, señala en cualquier caso la preferencia de antiguos y modernos por la agricultura o sus productos antes que

por los protagonistas de la actividad (que debieron incluir figuras bien diferentes entre sí). Por ello, dada la necesidad de apoyarse abiertamente en la imaginación para acercarnos a aquellos protagonistas, la autora esgrime y no oculta este hecho haciendo uso de uno de los recursos posibles: la construcción de un relato, bello y sugerente, cuyo sostén documental se presenta además sólido y cercano. Por su parte L. Campanella, que se encarga de las básicas relaciones de subsistencia que unían al hombre con la materia de la que se alimentaba, señala la trascendencia del estudio del hombre como *homo edens*, dadas las complejas connotaciones que se esconden bajo los alimentos y las formas de consumirlos, también para el hombre fenicio. De entre las fuentes, que repasa y valora, presta especial atención a las proporcionadas por la arqueología, por la doble novedad de muchos hallazgos (recientes o redescubiertos como objeto de atención) y de los métodos con los que han sido estudiados (especialmente interesante es la información que la autora logra extraer de los recipientes cerámicos comunes). Concluye Campanella llamando la atención sobre el papel extraordinario interpretado por los fenicios en la difusión de algunos alimentos hoy considerados la base de la alimentación mediterránea y de alguna forma característica de cocinarlos, elementos culturales de primera importancia que muestran la larga y difusa extensión de alguna de sus esencias.

En el apartado dedicado a las artes y técnicas, el protagonismo corresponde al artesano (trabajo a cargo de M. Botto e I. Oggiano). De nuevo indican los autores el gran contraste existente entre nuestros conocimientos sobre la artesanía fenicia (sus productos, su extensión, su valor y fama) y nuestro desconocimiento de los hombres que la producían. Y de nuevo acometiendo de frente los muchos problemas documentales, Botto y Oggiano recurren a la comparación de lo percibido para la cultura fenicio-púnica con las mejor conocidas culturas con las que interactuaron fenicios y púnicos (dividido de nuevo en dos, a efectos prácticos, el ámbito de investigación). A través del aná-

lisis comparado de los sistemas productivos, se construye la figura del artesano, que otra vez nos esconde un abanico de personajes aplicados a diversas labores, de formas diversas, con diversa preparación, consideración y estatus. El estudio de los comitentes, de la organización del trabajo (en la que quizás se advierte cierta conciencia de clase), del papel (importantísimo) del artesano en la colonización occidental, en el mundo púnico (y hasta el estudio de la divinidad artesana *Kṣr*), sirve a los autores para reflejar con su justa complejidad al artesano fenicio que se esconde en ella.

Una contribución específica, dedicada a la relación del hombre fenicio con la actividad metalúrgica, a cargo de A. González Prats y M. Renzi, queda justificada por la importancia de la obtención, trabajo, uso y comercio del metal en muchos periodos y ámbitos de la historia fenicia. Los autores nos proporcionan el conjunto de información necesario que añadir, para el caso específico de los implicados en la producción de metal y productos metálicos, a cuanto se había ya dicho sobre los artesanos fenicios.

De modo parecido, P. Bartoloni nos proporciona el material imprescindible para comprender los diferentes hombres fenicios que volcaban su vida al mar. La relación de los fenicios con el mar es presentada por el autor con especial dedicación a los saberes técnicos, por lo que de nuevo se erige en complemento necesario de los capítulos precedentes. Abre además la puerta al estudio de nuevas figuras, que se perciben bajo sus párrafos: el navegante, el marino especializado y emprendedor; el marinero, el técnico del mar; el pescador, algo así como el campesino de las aguas; el marino en la guerra, el guerrero en el mar; el gran armador o el constructor de naves, el artesano del mar...

El mercader, capítulo a cargo de M. E. Aubet, merece sección propia. No en vano es uno de los personajes más arquetípicamente emblemáticos de la civilización fenicia y púnica. La autora afronta los recurrentes problemas documentales (la escasez, la parcialidad, el condicionamiento) tomando en consideración las fuentes del Bronce Final –que

con frecuencia muestran a los comerciantes con altos niveles de poder e influencia— e integrándolas en las informaciones posteriores —que confirman de diversas maneras la posibilidad de tal estatus. Aubet muestra también la complejidad de una figura que, a nuestros ojos, podría parecer tanto un comerciante como un prestamista, tanto un empresario como un recaudador, tanto un político, como un diplomático o un probable espía. Además del estudio de las formas de organización de los comerciantes, especialmente interesante resulta el estudio de la autora sobre la actividad exterior del tipo. Emerge con claridad un hecho: el mercader o comerciante fenicio es la imagen del fenicio en el exterior y el protagonista fundamental de su primera interacción con los otros. No es extraño que Aubet dedique al decisivo papel del comerciante en las colonias occidentales la parte final de su trabajo.

El ámbito familiar queda representado por los artículos sobre la mujer de M. G. Lancellotti, y sobre el niño de M. C. Marín Ceballos. Lancellotti subraya cómo la escasez, heterogeneidad y parcialidad de la documentación disponible para el estudio de los miembros de la sociedad fenicia se exacerban en el caso de sus miembros femeninos, cuya existencia silenciosa tiende a quedar sin reflejo en las fuentes. Tanto es así que la autora exprime al máximo fuentes de variada naturaleza y procedencia para construir un cuadro que, comedido en lo hipotético, no resulta falsamente cerrado u orgánico. Nos deja advertir con claridad el importante papel social, económico e ideológico de las mujeres fenicias. También se advierte a lo largo del trabajo de la autora cómo a los condicionamientos ya conocidos, las fuentes superponen otros, en los que muchas veces pesa más el carácter femenino de la mujer fenicia que su propia «fenicidad». En cuanto al niño, M. C. Marín Ceballos repasa, de nuevo, el problema de la escasez de fuentes, en este caso igualmente doble y superpuesta: escasez habitual para el estudio del ámbito familiar y escasez general para el estudio del ámbito fenicio. También recurre al aprovechamiento combinado de fuentes: directas e indirectas,

arqueológicas y textuales o epigráficas, del II y del I milenio a. C., etc. La caracterización que del niño fenicio realiza la autora resulta, de paso, una interesante pintura de buena parte de lo que alcanzamos a saber de las relaciones familiares, o de la ideología y religión popular —donde la preocupación por la fecundidad y la salud tiene un esperado protagonismo.

Por su evidente importancia en innumerables aspectos de la sociedad y cultura de los pueblos de la época, y por tanto también de los fenicios, tiene también así mismo sección a parte el esclavo, de quien se ocupa A. Lemaire. En el esclavo parecen poco interesadas incluso las fuentes externas a la cultura fenicia (tantas veces las únicas disponibles), y entre los problemas metodológicos ya conocidos se hacen especialmente difíciles los de definición de la propia esclavitud. A pesar de ello, Lemaire construye lo que considera una presentación preliminar y provisional del esclavo fenicio, pero que permite ya conocer formas de dependencia, modos de entrada en ella, condiciones de vida, derechos... La vinculación de una parte relevante de la actividad comercial fenicia a la consecución y trata de esclavos no parece ser una simple tendenciosidad de las fuentes, como tampoco la importancia numérica de los esclavos en las ciudades fenicias orientales y, cómo no, en Cartago. Señala Lemaire cómo en el ambiente púnico los esclavos parecen tener un importante papel en el ejército, haciendo de la guerra ulterior fuente de prisioneros, pero también mecanismo de manumisiones (aunque no el único). El esclavo fenicio esconde una vez más muchos esclavos: públicos o privados, capturados o endeudados, trabajadores manuales o especializados, etc., sin que a pesar de todo parezca poder distinguirse un característico esclavo fenicio del omnipresente esclavo de la época.

En un apartado especial se estudian dos tipos básicos de relación de los fenicios con «los otros». Por un lado, M. F. Baslez estudia el emigrante, la figura del fenicio en tierra ajena. No del fenicio establecido lejos de su patria en una repetición —bien que especial—

de su propia cultura, como pudiera ser el caso del mundo colonial, sino el fenicio presente, integrado o no, en otra realidad cultural. La autora recalca la entidad de la «Diáspora» fenicia, por desgracia poco documentable de forma directa. El peso de la epigrafía en este contexto, y la singular importancia de las inscripciones fenicias (y no fenicias, pero hechas por fenicios) en contexto griego, dirigen a la autora a éste ámbito. En él encuentra comunidades e individuos que muestran su condición fenicia directa e indirectamente: incluso cuando el grado de aculturación se revela alto, cuando parece patente el uso vivo de hábitos griegos, de la misma lengua griega, el carácter fenicio se descubre sin esfuerzo: mantienen en realidad gran parte de sus costumbres y el uso de su propia lengua. Baslez va en cualquier caso más lejos, distinguiendo dos fases en la evolución de la condición y mentalidad del emigrante fenicio: una primera, en la que el emigrante se quiere temporal y reafirma su «fenicidad» en tierra extraña, en la que es protagonista de procesos de aculturación e integración elementales; una segunda, tardía, en la que la sedentarización da paso a formas de integración más intensas, en las que perviven sin embargo formas de agrupación, de cierta endogamia, de práctica religiosa común, de contacto con la metrópoli, que mantienen al emigrante ligado a su cultura de origen. Hasta época muy tardía, el emigrante fenicio era ante todo un hombre fenicio.

Como complemento, M. Almagro, A. Mederos y M. Torres se ocupan de algo cercano al extremo opuesto. Existen testimonios que permitirían tratar de forma independiente a los extranjeros presentes en las viejas metrópolis y territorios fenicios y púnicos (la contribución de S. Crouzet hace ya frente directo a abundantes fuentes al respecto), pero la parte del león de la interacción del fenicio con «el otro», el individuo clave a comprender en su cercanía y posible integración en el mundo fenicio, es “el indígena”, es decir, el habitante de los territorios en los que los fenicios se asentaron y con los que necesariamente entraron en relación intensa. Los autores se centran en el marco co-

lonial fenicio del Mediterráneo central y occidental, prefiriendo un estudio abstracto que resuelva la indudable variedad de tipos que, en este caso, ya hubieran debido ser, de otro modo, el punto de partida del estudio. Examinan así, por áreas, el problema de los primeros contactos, de la participación de los indígenas en los asentamientos coloniales (cuya presencia y estatus constituye un interesante objeto de estudio) o de su aculturación, campos todos ellos con fuerte debate actual. Del conjunto surge sin sorprender una diversidad de situaciones que, sin embargo, ayudan a comprender tanto a los variados hombres indígenas estudiados como a los no menos diversos hombres fenicios con los que trataron.

Por último, cedemos a la justificada tentación de cerrar el volumen con el capítulo dedicado a “el muerto”, a cargo de S. Ribichini, también con sección propia. Ribichini opta, siempre en la necesidad de vencer las dificultades metodológicas y documentales, por una aproximación original en la que el discurso directo, el lenguaje personal, pretende acercar y resaltar la mentalidad del hombre fenicio frente a la muerte. Como afirma el autor, la documentación (que distingue y destaca) justifica la elección, y el lector podrá apreciar el modo en que las variadas fuentes se integran en el discurso. Ribichini repasa así las ideas fenicias sobre el morir y el estar muerto, los hábitos funerarios, el cuidado del muerto y su tumba, las preocupaciones sobre el más allá. Desde el principio advierte el autor de la variedad de ritos y costumbres que se suceden o coexisten en la diversidad de tiempos y espacios. Y de la pluralidad de los «muertos fenicios» frente a la realidad unificadora de la muerte.

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

Al final, de la unión de trabajos seleccionados, de la sucesión de personajes considerados, de las diversas formas que se siguen de presentar las fuentes en busca de un tipo o un perfil, surgirá una visión de conjunto. A pesar del número y diversidad de las contri-

buciones, cada una a su vez bregando transversalmente con la multiplicidad escondida bajo su objetivo, surgirá inevitablemente una imagen del hombre fenicio. La misma consideración de su existencia, la aceptación de su cultura, el reconocimiento de su identidad definida —algo, como veíamos, reasumido por nuestra propia cultura desde hace al menos tres siglos— implica ya la asignación inconsciente de una antropología, de una caracterización humana, abstracta, literalmente ideal y por tanto limitada y condicionada. Tanto más condicionada cuanto que la misma consideración de lo fenicio en la propia antigüedad —consideración que heredamos, cubriendo parcialmente el vacío provocado por la discontinuidad histórica— resultaba tópica y mediatizada. Y difusa, o al menos dislocada frente al arquetipo externo, para los fenicios mismos, cuya «autorepresentación» nos es, de todas formas, todavía mal conocida. Tanto más limitada cuanto que lo fenicio se presenta, casi desde el comienzo de su definición como objeto de estudio histórico, especialmente plural. Reconocemos hombres fenicios (con nombre que les era ajeno) desde principios del I milenio a. C., si no antes. Tomando lo púnico como una manifestación particular de una misma identidad de conjunto, señalamos a sus sucesores como legítimos hasta bien entrada nuestra era. Consideramos a los que habitaban una estrecha franja costera del Levante mediterráneo (que otros llamaron Fenicia) tan fenicios como a los que vivían en las costas opuestas del mismo mar, e incluso más lejos, en las orillas atlánticas. Ante este panorama, tal imagen del hombre fenicio se diría ilegítima. No parece concebible la construcción de un hipotético y singular hombre fenicio, definido y monolítico, siempre igual a sí mismo, a lo largo y ancho del espacio y el tiempo considerados. Más bien parecería inevitable que, frente al abstracto «hombre fenicio» que da título al volumen, se impusieran los plurales «hombres fenicios» que titulan esta introducción, convencionalmente reunidos bajo un trabajado criterio externo.

Este problema, que ocupó no pocas páginas en las obras que sirven de inspiración a

este libro, parece exacerbarse en el caso fenicio-púnico hasta más allá de los propósitos de este volumen. Y, sin embargo, ni los problemas de definición de «lo fenicio», ni la cuestión siempre abierta de la propia o externa caracterización cultural (por otra parte, también mutable) han impedido la formación de una sólida realidad historiográfica (que, como veíamos, ha acabado por dar, incluso, una cierta identidad común a sus estudiosos). Quizás el modesto objetivo práctico de esta obra permita también comprender este hecho. En la medida en que somos capaces de reconocer caracteres culturales comunes en la pluralidad expuesta, la imagen singular del hombre fenicio, bien que abstracta o idealizada, representará la extensión y la profundidad de una antropología común, examinada en la riqueza y complejidad en la que evolucionaba. Como construcción unificadora, abstracta, nacida de la selección y el descarte, será ideal, limitada y parcial. A cambio será, al menos en parte, consciente. Como tal, esperamos que sea fructífera. Puesto que es construida a través de la pluralidad de tipos expuesta, mediante aproximaciones diversas y con constantes salvedades, deseamos que sea, además, rica y compleja. Esperamos que resulte al lector, en definitiva, útil e instructiva, y que del mejor conocimiento de los fenicios, hombres ante todo, nazca una mejor comprensión del hombre que somos.

LOS AGRADECIMIENTOS

Los autores han hecho frente, desde la libertad de sus diferentes puntos de vista, a los numerosos problemas generales ya expuestos y a no menos problemas particulares que el lector descubrirá en cada caso. Su esfuerzo debe ser agradecido desde el comienzo, tanto más cuanto que a la dificultad del trabajo se añadía el habitual apremio de plazos de las obras colectivas, aún más estricto en este caso por razones editoriales. Vaya para ellos, por tanto, el primero de los agradecimientos. También para aquellos especialistas que, en un momento u otro del desarrollo del traba-

jo, ayudaron generosamente a su progreso, independientemente de si se encargaban o no de alguno de los capítulos del libro.

Un agradecimiento especial va dedicado a los compañeros del que fuera *Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica* «*Sabatino Moscati*», con su último director, P. Bartoloni, al frente. El autor de estas líneas debe agradecerles, además de su ayuda en la elaboración del libro, las facilidades dadas para el desarrollo general de sus investigaciones en Italia. Sirva también esta obra como muestra de agradecimiento por tres años de grato y fructífero trabajo. El prof. Paolo Xella se encargó de guiarlo. Tampoco esta obra hubiera podido ser llevada a término sin su ayuda e ideas, desde el nacimiento mismo del proyecto. Su responsabilidad no se extiende, por supuesto, a mis errores, entre los que no figura reconocer aquí una deuda de gratitud que va mucho más allá del simple trabajo.

Por último, cumple agradecer a la *Escuela Española de Historia y Arqueología en Ro-*

ma (CSIC) la iniciativa de este libro y el apoyo para llevarlo a cabo. De nuevo, los motivos de agradecimiento a los miembros de la escuela, con su director, el prof. Manuel Espadas, a la cabeza, incluyen el apoyo y colaboración en los años de investigación en Roma del que esto escribe. Mención especial debe hacerse a Xavier Dupré, vicedirector y responsable de la investigación arqueológica de la *Escuela*. A él, que colaboró activamente en la organización de los encuentros y seminarios celebrados en la *Escuela* sobre el mundo fenicio y púnico⁸, se debe también la idea de dedicar este volumen de la serie arqueológica a la investigación sobre este campo. A él agradezco así mismo la confianza de habérmelo encomendado. Que tal estímulo de los estudios fenicios y púnicos pueda continuar, y que la cooperación entre investigadores españoles, italianos y de cualquier otra nacionalidad pueda encontrar siempre en la *Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* un buen apoyo.

⁸ Cf. ahora la reciente publicación de las Actas del Seminario *Epigrafia e Religione: Dal documento epigrafico al problema storico-religioso* en SEL 20 (2003) (= *Epigrafia e storia delle religioni*, Verona 2003).

I. EL HOMBRE Y EL PODER

2. IL RE

P. XELLA

Una trattazione concernente quel particolare personaggio che era il re, nel mondo fenicio, non può essere equilibrata nei rapporti tra madrepatria orientale e colonie occidentali. Mentre la documentazione – diretta e indiretta – è relativamente abbondante (anche se non molto articolata) per l'Oriente fenicio, i dati sulla regalità praticamente mancano invece per le colonie africane e occidentali, per le quali non si possiede appunto una sola testimonianza sicura ed esplicita sull'esistenza di re locali.

Per quanto riguarda Cartagine, alcuni autori classici menzionano le supreme autorità di questo stato usando specifici termini greci o latini che potrebbero far pensare a sovrani. Su questa base, alcuni studiosi (in passato J. Beloch e, più di recente, G. Ch. Picard e W. Ameling) hanno sostenuto che Cartagine avrebbe ereditato l'istituto monarchico dalla madrepatria; ciò potrebbe essere confermato, tra l'altro, dal mito di Elissa / Didone, detta appunto regina (oltre che fondatrice) di Cartagine. La natura e la scarsità delle fonti avrebbero dunque in parte celato una realtà storica suggerita da questi indizi. Una tale ipotesi tuttavia, come vedremo in seguito, non è sostenibile (come hanno ampiamente dimostrato gli studi di M. Sznycer e W. Huss). Termini come *basileus* o *rex* alludono al fatto che si tratta di cariche supreme, non necessariamente regali, sicché viene a mancare la plausibilità storica stessa dell'esistenza di questa istituzione. Quanto alla vicenda di Elissa, si tratta per l'appunto di una testimonianza da porre sul piano mitico ed è in tale sfondo che essa va interpretata, al di fuori di parametri strettamente storiografici.

Dopo questa necessaria premessa, che

non ci impedirà di prendere in considerazione, più avanti, anche le tradizioni sulla regalità cartaginese, vediamo quali erano le prerogative, l'ideologia, i compiti e le difficoltà legate al ruolo regale nelle città-stato della Fenicia alla fine del II e nel I millennio a. C.

Per poter esercitare la regalità nel mondo fenicio era necessario, beninteso, nascere o appartenere anzitutto ad una dinastia regnante ad Arado, Biblo, Berito, Sidone, Sarepta (se è stata un regno autonomo, come testimonierebbe un sigillo a legenda *lmlk šrpt*), Tiro o in un'altra delle varie città-stato a regime monarchico, a meno che non si possedessero le qualità, gli strumenti e l'occasione per accedere a qualche trono da usurpatori.

In questo secondo caso, il *parvenu* avrebbe certamente avuto cura - nei documenti votivi, celebrativi o funerari da lui redatti - di non menzionare la propria genealogia, ovvero di collegarsi ad antenati e/o predecessori più o meno lontani sviando l'attenzione dalla assenza di legittima continuità. Questo, ad esempio, può essere stato il caso del re di Biblo Yehimilk il quale, nella sua iscrizione¹, evita di fare riferimento ai propri ascendenti e insiste particolarmente sulle sue qualità di re giusto e retto. Forse non è un caso che questo re si segnali anche per una devozione che pone il dio Ba'al Šamem davanti alla "Signora di Biblo", invocata invece da tutti gli altri sovrani locali al primo posto.

Il sovrano che fosse riuscito a succedere regolarmente al proprio predecessore aveva comunque il suo daffare a vigilare sia nei confronti dei regni fenici «confratelli» (è noto l'accanito particolarismo politico che divide quasi sempre le città fenicie), sia per non farsi spodestare da usurpatori agguerriti o deporre da re stranieri più potenti e vittoriosi, caso non infrequente vista l'oggettiva de-

¹ KAI 4.

bolezza politico-militare dei regni fenici: essi erano realmente come vasi di coccio tra i vasi di ferro, rappresentati dalle varie sovrapposizioni di volta in volta egemoni sullo scenario siro-palestinese (Egiziani, Ittiti, Assiri, Babilonesi, Persiani). Questo pericolo era dunque tutt'altro che teorico, come avvenne ad esempio a Tiro tra il 567 e il 563, quando i dominatori Babilonesi misero dei sufeti al posto dei sovrani². Nelle fonti dirette tale eventualità, sia pure messa in correlazione con la violazione del sepolcro reale, è adombrata già nella più antica iscrizione fenicia, fatta incidere nella seconda metà dell'XI secolo a. C. da Ittoba'al re di Biblo sul sarcofago di suo padre Ahirom³ (*w'l . mlk . bmlkm . wskn . bs<k>nm . wtm' . mħnt . 'ly . gbl ...*, «Ora, se un re tra i re o un "prefetto" (*skn*) tra i "prefetti" (id.) o il comandante di un esercito salirà contro Biblo ...»), documento su cui torneremo per le informazioni testuali e iconografiche che ci fornisce su altri aspetti dell'ideologia reale fenicia.

Per quanto riguarda i pericoli «interni», la tradizione antica su Elissa / Didone – su cui torneremo più avanti – ne fornisce indirettamente un vivido esempio, facendoci intravedere uno sfondo di lotte e congiure che coinvolgono il sovrano (in questo caso, Pygmalion, re di Tiro) e l'*entourage* facente capo al sommo sacerdote del dio Melqart, Sicheo (S/Zicharbas), detentore di ampi poteri e notevoli ricchezze, il cui assassinio è presentato come causa prima della fuga verso l'Africa della futura regina di Cartagine.

I re fenici portavano il titolo di *mlk*, «milk», (regina: *mlkt*, «milkat»), ma si trova talvolta usato in questo senso anche l'astratto *mmkt*, «regalità» (talvolta però anche nel senso di «re», «principe»⁴), da una radice semitica comune che significa appunto «regnare», che si ritrova sia a livello di teonimi (esiste un dio *MLK*), sia nell'onomastica personale, dove esprime appunto il concetto che tale funzione viene esercitata anche da alcune divinità.

La «regalità» fenicia - *mlk* o (*m*)*mlkt* - era concettualmente legata a strumenti, simboli ed emblemi come il «trono» (*ks'*) o lo «scettro» (*ħtr*), come testimonia, oltre alle iscrizioni, anche il repertorio glittico, che ci fornisce qualche dato sull'iconografia dei re fenici in un periodo compreso tra l'VIII e il VII secolo a. C. In particolare, su una piccola serie di sigilli di questo periodo e di produzione fenicia, il sovrano viene rappresentato incedente, un braccio è piegato con la mano aperta in atto benedicente, l'altro braccio è disteso e la mano impugna uno scettro alla cui sommità si individua il globo solare sormontato dal crescente lunare. Anche se l'iconografia reale si rifà a una tradizione molto antica, che guarda soprattutto a schemi e motivi egiziani e egittizzanti, questo scettro si segnala come elemento innovativo e specifico della regalità fenicia, con un simbolismo che allude ai poteri e alla natura sovrumana del sovrano. I sigilli dei dignitari e degli alti funzionari tendono a riprodurre l'iconografia reale, con qualche importante differenza, come l'assenza di scettro e di corona e un abbigliamento meno sfarzoso. È stato anche notato che, in qualche caso (a Biblo), la figura reale sembra interscambiabile con l'immagine di El-Kronos tetraptero, il che suggerisce un accostamento tra il sovrano e la divinità connessa alla sua funzione.

Tornando alle prerogative della regalità essa era, come detto, ereditaria e si trasmetteva per linea maschile, ma solo teoricamente, poiché di fatto la trasmissione dinastica non sempre avveniva in base al semplice diritto di progenitura. Il regnante poteva anche scegliere di associarsi, durante la propria vita, qualcuno (naturalmente in primo luogo un figlio) come «erede (lett.: figlio) legittimo», *bn šdq*, come ritenne di fare a Sidone il re locale Bod'aštar con suo figlio Yatonmilk⁵, forse nell'intenzione di prevenire eventuali complicazioni di successione.

Qualche volta la normale trasmissione

² Così Gius. Fl., *Contra Apionem* I 157.

³ KAI 1.

⁴ KAI 110.

⁵ KAI 16.

del potere regale poteva essere intralciata da cause accidentali e impreviste. Una di queste poteva essere rappresentata dalla morte improvvisa e/o prematura del sovrano, che lasciava così un erede troppo giovane per succedergli immediatamente, addirittura neonato, come sembra fosse il caso, sempre a Sidone, di Ešmunʿazor II, figlio di Tabnit e nipote di Ešmunʿazor I. Ešmunʿazor II, a credere alla sua iscrizione funeraria, fu verosimilmente posto sotto la tutela della regina madre, la vedova Umm(i)ʿaštart, che di fatto dovette esercitare lei stessa il potere per un arco di tempo piuttosto lungo, cioè almeno sino alla morte del figlio avvenuta nel 14° anno d'età. Il caso in questione è abbastanza eloquente circa le prerogative, almeno potenziali, detenute dalle donne reali. Restando sul terreno delle ipotesi, non prive tuttavia di validi fondamenti, c'è chi ha intravisto uno scenario di forti contrasti nei confronti della reggenza di Umm(i)ʿaštart, nella quale – sia detto per inciso – va verosimilmente individuata la mente che concepì e fece incidere la lunga iscrizione funeraria sul sarcofago del giovane figlio.

Un'altra regina madre a noi nota direttamente attraverso l'iscrizione funeraria incisa sul suo sarcofago⁶, è Batnoʿam, moglie di Palṭibaʿal, re di Biblo e madre di ʿAzzibaʿal, succeduto regolarmente al padre, la quale menziona il tradizionale costume di adornare le defunte appartenenti alla stirpe reale con una «veste» speciale (*swt*), con un apposito copricapo (forse una sorta di corona: *mrʾš*) e con una laminetta aurea (*mḥsm ḥrṣ*) posta sopra la bocca della morta. Il simbolismo preciso di questo apparato funerario tuttavia ci sfugge.

Nel caso in cui il re non avesse discendenti diretti, il trono passava allora a esponenti di rami collaterali della famiglia reale, come nel caso del già citato Bodʿaštart di Sidone, il quale era nipote di Ešmunʿazor I ma non figlio di Tabnit (lo era verosimil-

mente di un suo fratello) e che quindi salì al trono in quanto cugino di Ešmunʿazor II, morto come accennato sopra in giovane età, in circostanze non chiare e probabilmente alquanto drammatiche.

Oltre ai requisiti «tecnici», alle capacità individuali e alle circostanze favorevoli, stando almeno all'ideologia desumibile dalle iscrizioni reali, il «buon» re fenicio doveva godere anche di un'altra fondamentale prerogativa, questa volta a livello metastorico. Egli doveva, cioè, essere in qualche modo prescelto, benedetto e confermato dagli dèi, in particolare da quello (o quelli) specialmente preposto alla custodia del suo regno. Erano infatti gli dèi, e specialmente la divinità poliade (oltre agli esponenti del pantheon cittadino: a Biblo è l'«assemblea degli dèi santi di Biblo», *mḥrt ʾl gbl qdšm*) che potevano assicurare al sovrano un regno lungo e prospero, facendolo vivere e «prolungando i suoi giorni e i suoi anni (di vita)», come affermano vari re di Biblo (ancora Yehimilk, Abibaʿal, Elibaʿal, Šipṭbaʿal e Yehawmilk). Si intravede, in quest'ultimo aspetto, una totale assonanza con l'ideale biblico di una lunga esistenza, in questo caso con benefici effetti anche per i sudditi, che si chiede agli dèi come dono supremo nell'aldiqua; quanto al destino *post-mortem* del re, vi torneremo ben presto.

S'è dunque visto che un sovrano e il suo regno, per essere esemplari, devono essere (diremmo noi oggi) «benedetti» dall'alto e bene accettati dal basso; il concetto è espresso esplicitamente dal re di Biblo Yehawmilk⁸: «E conceda [a lui la Signora, la Ba]ʿalat di Biblo, grazia agli occhi degli dèi e grazia agli occhi del popolo di questo paese e [grazia agli occhi] di tutti i re».

Il re deve comunque segnalarsi per l'esercizio della «giustizia» (*šdq*) e della «rettitudine» (*mšr*; l'aggettivo è *yšr*), due virtù fondamentali – provviste anche di personificazione divina – richieste al sovrano ideale nell'esercizio delle sue funzioni e nella conduzione

⁶ KAI 11.

⁷ Cf. l'iscrizione di Yehimilk, KAI 4:4-5.

⁸ KAI 10: 9-10.

della sua intera esistenza (cf. tra gli altri Yehimilk, che si autoproclama «re giusto e re retto», *mlk šdq wmlk yšr*⁹). Ai suoi dèi il re rimane fedele e legato per l'intera vita, servendoli non di rado in qualità sommo sacerdote preposto al loro culto, preoccupandosi di costruire loro dimore adeguate, ampliando o rinnovando i loro santuari, offrendo loro doni di ogni sorta, come templi ed edifici di vario tipo, e ancora statue, offerte preziose, ecc. Del resto il re ha un «filo diretto» con il dio o la dea poliade, come dimostra Yehawmilk il quale parla e chiama la Ba'alat che ascolta la sua voce, esaudendolo e proteggendolo¹⁰.

Per il mondo fenicio d'Oriente, questi interlocutori privilegiati del re sono in generale, per l'appunto, gli dèi poliadi, e cioè il «signore» (Ba'al) o la signora (Ba'alat) della città. A Tiro primeggiava di certo il dio Melqart; a Biblo si venerava come dea cittadina una manifestazione locale di Astarte, figura influenzata dalle egiziane Hathor prima e successivamente Iside, chiamata la «Signora di Biblo» (ma è pure attestato un Ba'al poliade, che doveva godere di un culto rilevante); Ešmun o forse un dio dai caratteri di «divinità della tempesta» era probabilmente il patrono di Sidone. Si tratta comunque, generalmente, di una coppia divina, in cui l'elemento femminile, Astarte, si segnala spesso per posizione preminente o comunque per un più accentuato rapporto con il sovrano.

La già citata, lunga iscrizione di Yehawmilk¹¹, in particolare, costituisce un documento di prima mano per illustrare il rapporto tra sovrano e divinità poliade e fornisce al contempo varie indicazioni sull'ideologia della regalità nella Biblo del V-IV secolo a. C.

Il testo è inciso su una stele [Fig. 1] (ritrovata nel cortile del santuario della «Signora di Biblo») che reca nella parte superiore una scena cultuale: sotto un sole alato, il re adora la Ba'alat cittadina che è raffigurata in trono e in atteggiamento benedicente. Il testo è tutto incentrato sul rapporto speciale

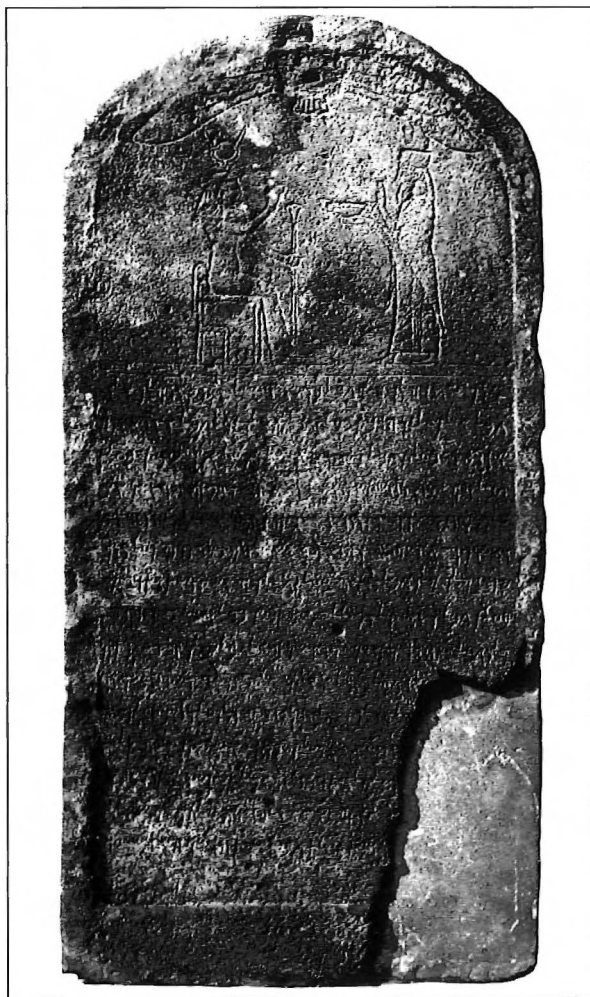


Figura 1

Iscrizione di Yehawmilk di Biblo (KAI 10; riproduzione di CIS I, Tab. I, 1).

che lega questo sovrano alla sua dea. È quest'ultima, infatti, che lo ha fatto diventare re, dopo che egli le si è rivolto in supplica, e lo ha esaudito. Yehawmilk decide dunque di dedicarle una serie di opere prestigiose all'interno del suo santuario come ringraziamento per i benefici ricevuti. La dea così lo benedirà ulteriormente e gli concederà una lunga vita, poiché Yehawmilk è un re giusto. La Ba'alat assicura al suo interlocutore umano una protezione che si può definire «tridimensionale»: essa gli garantisce, da un lato, la benevolenza degli dèi, che dall'alto lo assistono; gli assicura, dall'altro lato, dal basso,

⁹ KAI 4:6-7.

¹⁰ KAI 10, *passim*.

¹¹ KAI 10.

il favore dei suoi sudditi; infine, sul piano orizzontale, protegge il re di Biblo dagli altri re suoi pari, assicurandogliene l'amicizia o difendendolo dalle loro minacce.

Da questo testo straordinario emerge dunque una «etica di governo» che, pur al di là di certi intenti propagandistici presenti nel documento, doveva essere davvero alla base della monarchia gublita in questo periodo storico ed era certo largamente condivisa dalle altre monarchie fenicie. Un re non poteva divenire tale senza il favore divino; doveva possedere doti di giustizia e devozione; doveva funzionare come baricentro di un delicato equilibrio tra gli dèi e il suo popolo, il cui atteggiamento sembra qui importante per il buon esercizio del potere (forse, nella realtà storica, non era proprio così). È lui che media tra le due sfere, che ne assicura la continua e proficua comunicazione, che si rivolge ai suoi divini interlocutori mostrando loro il volto del primo tra i fedeli, mentre ai suoi sudditi riserva lo sguardo paterno di chi – depositario di un potere appena inferiore a quello divino – difende e protegge le deboli creature che in lui confidano. Il suo buon governo, infine, doveva manifestarsi anche nei rapporti con gli altri sovrani, dai quali ci si attendeva lealtà e rispetto, se non addirittura sottomissione.

Già il contenuto di questa iscrizione, per non parlare della scena raffigurata sulla relativa stele, pongono esplicitamente il problema dell'eventuale funzione sacerdotale dei re fenici. Si tratta di un aspetto che è stato al centro di vari studi, ma i dati non consentono sovrainterpretazioni troppo fantasiose. Mentre per Biblo non vi sono indizi espliciti in questo senso (anche se, come si è appena visto, Yehawmilk si presenta sulla sua stele in veste di officiante), le iscrizioni reali di Sidone attestano invece con sicurezza che i re di questa città, almeno in epoca ellenistica, erano anche sommi sacerdoti della dea Astarte (Tabnit, Ešmun'azor I; di Ešmun'azor II s'è detto in precedenza). Anzi, la circostanza

che il titolo di *khn šrt* sia menzionato da questi sovrani prima di quello regale (che è in questo caso *mlk šdnm*, «re dei Sidonii»; lo stesso tipo di titolo che privilegia i suoi sudditi rispetto al territorio, *mlk šrm*, lo porta anche il re di Tiro¹²), ha fatto supporre che in questo regno la funzione religiosa fosse prioritaria rispetto a quella politica, una prospettiva che tuttavia è difficile prendere in seria considerazione. Restituendo al re di Sidone ciò che era suo, noteremo solo che indubbiamente il ruolo sacerdotale – legato forse a particolari tradizioni di questa dinastia – si legava strettamente a quello monarchico, istituzione che contemplava il sovrano come primo emblematico operatore culturale esplicitamente riconosciuto.

Per questo come per altri aspetti della regalità, va tenuto però sempre presente che il nostro discorso è carente sul piano diacronico, laddove è invece più che probabile che specifiche concezioni si affermassero, e altre passassero in secondo piano, a seconda delle epoche, dei luoghi e delle circostanze storiche. Sempre a Sidone, ad esempio, i testi che abbiamo sono quasi tutti di età achemenide e non è escluso che quest'epoca particolare si caratterizzasse per certi aspetti innovativi rispetto alle tradizioni precedenti.

Anche a Tiro, città da sempre legata a Sidone nelle vicende storico-politiche dell'area, esiste qualche indizio per una funzione sacerdotale del re. Una fonte classica parla ad esempio del re Ittoba'al come «sacerdote di Astarte» (Ἰθὺβαλὸς ὁ τῆς Ἀστάρτης ἱερεὺς)¹³, ma non ci si può basare completamente su questo tipo di testimonianze. Piuttosto, risulta che il celebre re Hiram I, oltre che fondare il tempio di Melqart a Tiro, sia stato anche il primo a celebrare la cerimonia dell'*egersis* del dio, il che ne potrebbe suggerire la funzione sacerdotale («Inoltre egli [=il re di Tiro, Hiram I] venne a tagliare legna sulla montagna chiamata Libano per i falegnami del tempio. Di ritorno, egli demolì gli antichi santuari e costruì un nuovo tempio a

¹² Cf. il sigillo n° 7 del *Catalogue* di P. Bordreuil (CSOSI 7).

¹³ Gius. Fl., *Contra Apionem* I 123.

Eracle [= Melqart] e Astarte. Per primo egli effettuò (la cerimonia del) l'*egersis* di Eracle nel mese di Peritios»¹⁴.

Il termine *egersis* designa una cerimonia solenne, che cadeva annualmente, nel corso della quale si commemorava un evento speciale, accaduto una volta per tutte nel tempo del mito e riattualizzato periodicamente dal rito: molto probabilmente si trattava della vicenda della morte e resurrezione di Melqart, i cui particolari purtroppo ci sono ignoti. Il celebrante, chiamato «resuscitatore della divinità» (detto in fenicio *mqm 'lm*), in origine era probabilmente il re in persona e tale carica, attestata successivamente nel mondo punico, era comunque attribuita sempre a personaggi eminenti della società.

Già da questi cenni si comprende dunque quanto siano fondamentali, per comprendere l'ideologia fenicia intorno alla regalità, la figura e le vicende del dio Melqart, il cui nome significa per l'appunto «re della città». Abbiamo a che fare con la ipostatizzazione mitico-rituale della figura del sovrano, proiettato nella sfera delle divinità; o, se si vuole, rovesciando completamente l'ottica, del coinvolgimento del Ba'al cittadino nel novero dei dinasti, facendone appunto il primo re, il capostipite, l'esemplare. Non può, del resto, essere casuale il ruolo centrale che lo stesso Melqart ha rivestito nel corso della diaspora e della colonizzazione fenicia del Mediterraneo: egli rappresentava sempre e ovunque il vessillo nazionale e il punto di riferimento religioso, e più generalmente culturale, che forniva identità a chi perdeva o allentava i contatti diretti con l'antica madrepatria.

Da un punto di vista storico più generale è indispensabile ricordare che l'istituto regale, nella Fenicia del I millennio, è un'eredità diretta delle corti siro-palestinesi delle età precedenti, anche se esso fu soggetto a certe evoluzioni e modifiche in specie con le trasformazioni socio-economiche e politiche che segnarono il passaggio dall'età del Bronzo a quella del Ferro.

Di contro ad un ruolo assolutamente centrale rivestito dal palazzo nelle epoche più antiche, nel corso del I millennio molti indizi ci mostrano che esso ormai non è più il solo centro propulsore della vita economica ed i poteri dei sovrani fenici – re di singole città dal limitato territorio extraurbano – sono soggetti a certe limitazioni. Questo è vero in assoluto, poiché le città costiere sono militarmente deboli, spesso rivali e minate da particolarismi locali, su uno scenario internazionale che vede egemoni potenze impressionanti, dagli Assiri e Babilonesi all'Egitto, dall'impero persiano ad Alessandro Magno; sia in relativo, perché funzioni individuali (magistrati) e organi assembleari di fatto limitano il potere regale.

Nel resoconto egiziano del viaggio di Unamon, «Anziano del Portale» del dio Ammone, recatosi in Libano per cercare legna per la barca di Amon-Ra, il re di Biblo S/Zakarba'al viene presentato – siamo all'incirca nel XI secolo a. C. – come un sovrano dai poteri estesi, con pieno dominio sul territorio e sulle sue risorse, pronto a organizzare spedizioni militari, che non esita a trattare rudemente l'inviato egiziano affermando di non voler essere servo né di Unamon, né dello stesso Faraone («Se il sovrano d'Egitto fosse il signore di ciò che mi appartiene, io sarei suo servo e non avrebbe fatto portare argento e oro, dicendo "Fa la commissione per Ammone" e non sarebbero stati portati doni regali, come fece per mio padre. Quanto a me, io non sono tuo servo. E neppure sono servo di chi ti ha inviato»). Il re di Biblo assume qui dunque un atteggiamento autonomo e quasi arrogante ben diverso da quello che dovettero tenere i sovrani fenici in epoche successive nei confronti del potentissimo Faraone. Sempre questo testo menziona un'assemblea di anziani (la cui esistenza è confermata in seguito dal trattato tra il re assiro Assarhaddon e il re di Tiro Ba'al), che aveva funzione consultiva nei confronti della corona, da cui era convocata in caso di necessità.

¹⁴ Gius. Fl., *Ant. Jud.*, VIII V 3, 145-146; una versione meno attendibile filologicamente si trova in *id.*, *Contra Apionem*, I 117-119.

Una situazione di notevole autorità e autonomia in epoca antica (X sec. a. C.) per il re di Tiro Hiram I, già menzionato in precedenza, è anche quella che viene delineata dagli “Annali di Tiro”, che Giuseppe Flavio cita da Menandro di Efeso, con qualche riscontro parallelo nell’Antico Testamento. Ritenu- to da queste fonti coevo di David e Salomone, Hiram resta celebre per avere inviato materiali e artigiani per la costruzione del tem- pio e del palazzo di Gerusalemme. È docu- mentato altresì il suo rifiuto di alcune città offertegli da Salomone¹⁵, nonché la sua in- traprendenza che lo spinge ad organizzare una spedizione contro i Ciprioti di Kition (l’isola fu sede di una rilevante presenza fenicia, con dinastie locali) perché rifiutavano di pagargli il tributo. Per quanto la moderna critica (soprattutto sul versante biblico) tenda oggi giustamente a ridimensionare l’at- tendibilità storiografica e la veridicità crono- logica di queste notizie, esse conservano e trasmettono comunque un’immagine di flo- ridezza e relativa indipendenza dei re fenici che non continuò negli stessi termini nei se- coli successivi.

In linea con una tradizione ben radicata nel Vicino Oriente antico, oltre che benefat- tore del proprio popolo, il re fenicio è anche un solerte e infaticabile costruttore e restau- ratore di edifici, soprattutto destinati agli dèi. Il già citato Hiram di Tiro, ed esempio, avrebbe costruito nuovi santuari in onore di Melqart e Astarte. Per quanto riguarda i dati desumibili dalle iscrizioni reali, ricordiamo ad esempio che a Biblo Yehimilk¹⁶ dichiara di avere costruito alcuni templi e/o edifici nell’area sacra della città, e di avere restaura- to (lett.: «ridato vita») ad altri che erano in rovina. Šipitba‘al I¹⁷, da parte sua, parla di mura costruite; Yehawmilk¹⁸ dedica gran parte della propria iscrizione a descrivere le

sue realizzazioni indicandone alcuni partico- lari (altare, portale, sculture ed emblemi, portici, colonne, capitelli, tetto), il tutto de- dicato alla sua patrona Signora di Biblo che ha ascoltato la sua preghiera e lo ha benefi- cato. A Sidone, Ešmun‘azor II e sua madre¹⁹ costruiscono da un lato una serie di templi urbani ad Astarte, Ešmun e al Ba‘al di Sido- ne localizzati in «Sidone-del-mare», dall’altra erigono il santuario extra-urbano dedicato ancora ad Ešmun e localizzato (o addirittura chiamato) «fonte ydl alla collina» (oggi Bo- stan esh-Sheikh), sede di culti a prevalente carattere terapeutico. Ancora a Sidone, Bod‘aštar ricorda in due serie di iscrizioni, trovate in numerosi esemplari e inserite nelle stesse mura (all’uso mesopotamico), di avere (da solo e con il figlio), eretto (o, più verosi- milmente, restaurato e ampliato) vari edifici sacri in varie parti del territorio, tra cui quel- lo appena menzionato di Ešmun: «1) Il re Bod‘aštar re dei Sidonii 2) nipote del re Ešmun‘azor re 3) dei Sidonii in “Sidone-del- -Mare”, “Cieli eccelsi”, 4) “Terra dei Ra- shap”, “Sidone-domina (?)” questo è ciò che ha costruito. 5) E (in) “Sidone-(del)la-pia- nura” questo è il tempio che ha costruito al 6) suo dio, Eshmun “Principe Santo”»²⁰; (cf. anche «1) Il re Bod‘aštar ed il figlio legitti- mo Yatonmilk, re dei Sidonii, 2) nipote del re Ešmun‘azor, re dei Sidonii, questo è il tempio che ha costruito 3) al suo dio, Ešmun, “Principe Santo”»²¹).

Se in vita il re fenicio era destinato a pri- meggiare tra gli uomini e a fungere da me- diatore tra la sfera umana e quella divina, dopo la morte egli conservava certamente dei privilegi, anche se l’ideologia funeraria dominante nel I millennio ci è poco nota. Conosciamo invece piuttosto bene le tradi- zioni immediatamente anteriori, quelle del- l’Età del Tardo Bronzo, grazie soprattutto ai

¹⁵ Cf. anche *I Re* 9, 10-14.

¹⁶ *KAI* 4.

¹⁷ *KAI* 7.

¹⁸ *KAI* 10.

¹⁹ *KAI* 14.

²⁰ *KAI* 15.

²¹ *KAI* 16.

testi di Ugarit, che probabilmente continuarono senza grandi fratture. Qui il re subiva dopo la morte una sorta di divinizzazione, era ritualmente installato nell'aldilà, il suo nome veniva trascritto con il determinativo divino, ed entrava così a far parte di una categoria sovrumana comprendente defunti sovrani, principi e guerrieri che, con il nome di Rapi/auma («guaritori» o «salvatori»), aiutavano e proteggevano i viventi che li onoravano nelle memorie e nel culto.

È indubbio tuttavia che, con il trapasso dall'Età del Bronzo a quella del Ferro, qualcosa cambiasse nell'ideologia funeraria, e il termine «Rapi/auma», attestato anche in fenicio, sembrerebbe ora designare semplicemente i morti. Appare tuttavia probabile che almeno una certa continuità esista in questo tipo di concezioni, e anche i re fenici, che pure dopo la morte entravano a fare parte dei Refaim (certo con uno stato superiore a quello dei comuni defunti), dovevano subire un processo che, se non proprio di divinizzazione, era comunque vicino a una sorta di apoteosi.

Un'idea di cosa succedeva a un re morto ce la danno il testo e le raffigurazioni che adornano il sarcofago di Ahirom di Biblo [Fig. 2]. Il defunto è posto dal figlio ed erede Ittoba'al nell'eternità (*b'lm*), con l'avvertenza che comunque questo termine ha probabilmente un'accezione anche locale («tomba») e veicola perciò un concetto più pregnante di quello usualmente riconosciutogli. Quanto alla decorazione del sarcofago, su ciascun lato è raffigurata una scena, ognuna sormontata da un fregio ornamentale continuo consistente in boccioli e fiori di loto che si aprono verso il basso. Su ciascuno dei lati corti, compaiono quattro donne, chiaramente delle lamentatrici, che si strappano i capelli e si battono il petto in segno di cordoglio. Sui lati lunghi vi sono scene processionali, con quella principale che vede il re defunto assiso su un trono fiancheggiato da sfingi alate e posto di fronte ad una tavola di

offerte imbandita. Il re tiene nella mano sinistra un fiore di loto appassito, per questo rivolto verso il basso, mentre con la mano destra fa un gesto di benedizione rivolto verso il corteo che procede verso di lui. Apre la fila degli offerenti un personaggio maschile, verosimilmente il figlio del re (non dimentichiamo, autore dell'iscrizione), che tiene nella mano un fiore di loto ancora fresco ed è seguito da altri offerenti e oranti.

Già da tempo sono chiari i rapporti della scena con la tradizione iconografica (si veda in particolare un notissimo avorio da Megiddo) e ideologica siro-palestinese precedente, specie sul terreno delle concezioni concernenti i Rapi/auma ugaritici. Il re morto si trova ora nell'aldilà e si evidenzia il mantenimento del suo ruolo, nonché il ruolo del figlio-erede, incaricato di assicurarne il culto. Viene immediato il parallelo con i doveri del figlio quali ci sono noti dai testi ugaritici (*cf.* i miti di Aqhat e Kirta), in specie il compito di preservare il nome del padre, curarne il monumento funerario, fargli avere offerte di cibo e bevande. Sempre a Ugarit sono attestati il ruolo delle prefiche, il banchetto funerario e i riti di cordoglio. Naturalmente il defunto doveva riposare in pace, al sicuro da ladri e violatori di tombe, come indicato dalle varie maledizioni che contrassegnano le iscrizioni reali fenicie. Quanto ai costumi funerari, le epigrafi ci danno qualche piccola informazione. Oltre alla già citata iscrizione della regina Batno'am, ricordiamo che un'iscrizione di Biblo²², di cui non conosciamo l'autore, verosimilmente un re o un principe, aggiunge un'ulteriore dato sul trattamento dei corpi, alludendo all'uso di cospargere il cadavere con mirra o bdellio e rivestirlo di un tessuto o di una veste impregiata di lapislazzuli.

Lasciando l'Oriente per il mondo punico del Mediterraneo centro-occidentale, dobbiamo brevemente confrontarci con la questione di un'eventuale regalità cartaginese, la

²² La c.d. "Byblos 13", adesso KA/280.



Figura 2

Sarcofago di Aḫirom di Biblo (*KAI* 1), scena principale (fotografia di S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988).

cui esistenza, come si è anticipato, non può essere sostenuta fondatamente. Eppure, quasi paradossalmente, se vi è nella tradizione fenicio-punica una figura notissima e penetrata ovunque nell'immaginario occidentale grazie soprattutto a Virgilio, questa è proprio una regina: Elissa / Didone, mitica sovrana di Cartagine, ma anche principessa di Tiro, «madre» delle colonie puniche dell'Occidente mediterraneo.

Le diverse versioni della sua vicenda forniteci dagli autori classici contribuiscono a formare un *corpus* narrativo di sapore sicuramente mitico, ma – per il complesso rapporto che lega dimensione mitica e realtà storica – non del tutto privo di uno sfondo storico.

Secondo le tradizioni antiche, Elissa / Didone era figlia di Belo e sorella del re di Tiro Pygmalion, un personaggio che Giuseppe Flavio colloca nel IX secolo a. C. Andata sposa a Sicheo, suo zio e ricchissimo sacerdote del dio poliade Melqart, la donna si ritrova vedova perché Sicheo viene assassinato, vittima di una congiura ordita da Pygmalion. Il seguito è assai noto: Elissa fugge a

precipizio salvando le ricchezze del marito, dopo una breve sosta a Cipro punta verso l'Africa e qui, attraverso vari eventi, fonda Cartagine, la nuova Tiro. Per sfuggire alle nozze con il principe locale Iarbas e scongiurare così l'esogamia, si immola sul rogo e, secondo alcune, fonti, viene onorata come dea dai suoi sudditi. Già da questi pochi cenni risulta un retroterra storico sostanzialmente plausibile, dalla datazione degli eventi ai nomi dei personaggi (tutti certamente semitici, tranne Didone), all'ambiente palatino sede di tensioni tra potere politico e potere religioso, teatro di congiure e lotte, dinastiche e non, per il controllo dello stato.

Ciò detto, va comunque ribadito che l'insieme delle tradizioni che concernono la regina di Cartagine costituisce un *corpus* dalle articolate valenze, nato e stratificatosi secondo una prospettiva culturale essenzialmente esterna al mondo fenicio-punico, da ricollegare soprattutto alla visione che i Romani avevano dei loro antagonisti. Viste dall'interno, in prospettiva punica, le vicende dell'infelice regina potrebbero essere inter-

pretate come riferimento ad un'epoca arcaica, in cui esisteva la monarchia. Il suicidio rituale di Elissa secondo alcuni evocherebbe, almeno sul piano formale, i riti del *tophet*, un tipo di autoimmolazione nel fuoco attestata per altri personaggi della storia punica, come il generale Amilcare durante le campagne di Sicilia, o la moglie di Asdrubale davanti al conquistatore Scipione. Quest'ultima morte, in particolare, potrebbe essere posta in parallelo con quella di Elissa, in modo che due suicidi femminili contrassegnerebbero l'inizio e la fine della storia di Cartagine, entrambi nel fuoco. Le tradizioni vicino-orientali nella storia di Didone sono esplicite, dalle vicende di Tiro alla connessione con la prostituzione sacra, evocata dall'episodio delle ragazze imbarcate a Cipro dai fuggiaschi sulla rotta per l'Africa. Si tratta, comunque, di motivi e allusioni generiche, rinvii ad aspetti di un'ideologia, non già argomenti suscettibili di fornire un fondamento storiografico all'esistenza della regalità in occidente. Elissa / Didone è e resta una figura mitica, che non ha riscontri storici né come personaggio, né come funzione politica.

S'è fatto cenno alla teoria che Cartagine fosse, nelle epoche più antiche, retta da sovrani. Di recente la tesi è stata riproposta con un nuovo approccio da W. Ameling, il quale, pur ammettendo l'inutilizzabilità storica delle tradizioni su Elissa / Didone, ha ipotizzato tre fasi distinte di questo periodo «regio» della città: re con pieni poteri dalla fondazione fino a circa la metà del VI secolo (Malco); una seconda fase, che avrebbe visto il re come *primus inter pares* tra i nobili; una terza, nel V secolo, che avrebbe visto la decadenza dell'istituzione, privata dei poteri militari e confinata a funzioni e simbolismi sacrali. Senza ripetere qui le obiezioni che sono state mosse a tale ricostruzione, fondata su troppe supposizioni e ipotesi (W. Huss), non si potrà non ribadire ancora che i termi-

ni che gli scrittori greci e latini impiegano per designare i governanti di Cartagine, come *basileus* e *rex*, alludono solo alla circostanza che si tratta di una suprema magistratura senza corrispondenza nelle loro lingue. Per citarla e descriverla, essi sono costretti a fare ricorso anche a tutta un'altra serie di denominazioni quali *archon*, *praetor*, *dux*, *imperator* e *consul*, utilizzate per rendere i «sufeti» punici, termine semitico che del resto si trova talvolta usato come tale (latino *sufes*). Si noti ancora che, quando impiegano il termine «re», le fonti parlano spesso di una dualità di tali personaggi, del loro carattere elettivo e della loro funzione limitata nel tempo, tutti aspetti che male o per niente si conciliano con la teoria di una monarchia cartaginese²³.

Le tradizioni su Elissa / Didone, piuttosto che da interpretarsi come mito di fondazione di una regalità punica realmente esistita, servono al contrario a sottolinearne il fallimento e, quindi, la sua inattualità storica. Con queste premesse mitiche Cartagine, nella visione dei vincitori, non avrebbe mai potuto ben funzionare fino alla fine e reggere il confronto con il potente e perfettamente strutturato stato romano.

Restituata quindi alla sua propria dimensione mitica e ideologica la figura di Elissa / Didone, è giocoforza concludere che i re delle città fenicie, salvo smentite causate da improbabili futuri ritrovamenti, non furono esportati nella diaspora mediterranea. La vicenda dell'ultima regina di Tiro, attraverso il suo suicidio e il rifiuto di sposare dinasti locali, sta a indicare che i Cartaginesi optarono per una magistratura che non contemplava la successione dinastica. I coloni scelsero invece un assetto istituzionale evidentemente più agile e consono ai nuovi contesti culturali e alle nuove situazioni economiche, sociali e politiche che si trovarono a dover fronteggiare.

²³ Cf. *infra* cap. 8. *Vid.* pure cap 3.

3. IL MAGISTRATO

S. F. BONDÌ

Una ricostruzione delle prerogative, dell'attività e dello *status* di un magistrato fenicio è operazione non facile, per una serie di motivi. Anzitutto, è impraticabile il tentativo di procedere per via «prosopografica», dal momento che nessun funzionario di rango più o meno elevato ci è noto in misura sufficiente da poterne seguire l'avanzamento nella carriera, le specifiche funzioni, il grado di autonomia di cui godeva nell'esercizio della propria carica, le posizioni «politiche» all'interno del mondo al cui governo era chiamato a contribuire.

In secondo luogo l'estrema dilatazione geografica e cronologica della vicenda storica fenicia fa sì che, dal punto di vista metodologico, non sia consentito abbracciare in un'unica sintesi esperienze magistratuali svoltesi in tempi assai differenti, in regioni lontanissime le une dalle altre, in regimi istituzionali non sempre perspicui e comunque notevolmente diversi nel passaggio tra Oriente e Occidente, tra forma monarchica e forma repubblicana degli ordinamenti, tra una fase storica ancora fortemente segnata, nella Fenicia all'alba del primo millennio, dalle esperienze storiche tipiche dell'età del Bronzo recente e un'altra in cui la specificità fenicia e punica si stempera nel più vasto quadro dell'ellenismo trionfante.

In tale stato di cose, appare anzitutto necessario dividere nettamente il mondo della madrepatria fenicia da quello delle colonie occidentali su cui Cartagine esercitò la propria egemonia (prima del VI secolo a. C., la fase in cui si determina l'affermazione della metropoli nordafricana, non abbiamo per il mondo coloniale alcun elemento utile alla ricostruzione delle figure di magistrati) e, al-

l'interno delle due realtà così individuate, occorrerà tentare una ricostruzione delle prerogative dei magistrati tentando di comporre un quadro sufficientemente attendibile attraverso la collazione di elementi sparsi, spesso frammentari e comunque riferiti a periodi, avvenimenti, realtà politiche assai diversificati.

Si deve aggiungere a tutto ciò il problema costituito dalla natura delle fonti: per questo come per altri aspetti della società fenicia, i documenti provenienti dall'interno di quel mondo sono scarsi, reticenti, non adeguati a una ricostruzione articolata dell'organizzazione statale e delle massime funzioni pubbliche. Quanto alle fonti di altra natura (in specie quelle classiche, ma anche una serie di documenti egiziani, assiri o fenici) il limite sostanziale alla loro utilizzazione è dato dal fatto che – con l'eccezione assai notevole delle pagine che Aristotele dedicò alla costituzione cartaginese¹ – praticamente nessun brano è intenzionalmente dedicato a una ricostruzione dell'ordinamento delle città fenicie d'Oriente, di Cartagine o degli altri centri coloniali. In un ampio numero di casi, per di più, tali testimonianze sono relative a periodi straordinari, quali guerre, asse-di, ecc., sicché la loro attendibilità ai fini di una ricostruzione compiuta del sistema politico fenicio e punico è per ciò stesso assai dubbia.

I. LA FENICIA

Un dato che sicuramente caratterizza, in pratica per tutto il lungo svolgersi della storia indipendente della regione, i magistrati fenici delle città dell'Oriente è il rapporto con la monarchia. Certo, occorre ammettere che noi non sappiamo nulla sui modi di reclutamento della classe dirigente e delle mo-

¹ Aristotele, *Politica*, II, 11.

dalità di accesso alle cariche pubbliche; e tuttavia i pochi indizi di cui disponiamo inducono a ritenere che il legame con l'ambiente monarchico fosse organico alle magistrature delle città (ricordiamo che per il mondo fenicio d'Oriente l'ordinamento costante è a base cittadina: ogni centro maggiore costituisce un'entità politica autonoma, fatti salvi i periodi in cui una città giunge ad esercitare la propria egemonia su un'altra). Nei piccoli Stati cittadini della Fenicia, infatti, l'intera vita economica e politica, soprattutto nei primi secoli della loro storia (XII-VIII a. C.), ruota intorno al palazzo reale e dunque è evidente che i vari settori in cui talune autorità esercitano prerogative di guida, coordinamento o sorveglianza sono sottoposti al vincolo di subordinazione al potere monarchico. Tale situazione sembra adombrata già nel più antico documento in lingua fenicia di cui siamo in possesso, la celebre iscrizione sul sarcofago del re Ahiram di Biblo, databile al XIII-XII secolo a. C.²

Il testo è di carattere funerario, ma la richiesta di una pace per l'eternità che il figlio del re Ittobaal avanza per suo padre si concretizza in una serie di maledizioni per coloro che ne disturbino il sonno eterno. Tra quanti, sollevandosi contro Biblo, potrebbero attentare al suo riposo vengono citati un governatore (*skn*) e un comandante militare (*tm³ mħnt*). Dunque a quel tempo tra le magistrature di Biblo e, si deve ritenere, delle altre città fenicie vi erano due cariche in grado di esercitare poteri tanto vasti da poter essere considerati minacciosi se non ben indirizzati e che, come è stato suggerito³, dovevano affiancare la monarchia rispettivamente nell'esercizio dei poteri civili e nella guida dell'apparato militare.

Un altro documento assai antico fornisce qualche ulteriore elemento sulle magistrature fenicie sullo scorcio del II millennio a. C.: si tratta del racconto del viaggio di Wenamon⁴, databile all'XI secolo a. C. e dunque

all'alba della cosiddetta «età dell'indipendenza». Il racconto s'incentra sul lungo e talvolta duro confronto tra Wenamon, inviato da un tempio egiziano con il compito di procurarsi il legname per la barca sacra del dio Amon-Ra, e il re di Biblo («principe» com'è chiamato nel testo: i sovrani gubliti sono gli unici a cui gli Egiziani abbiano attribuito questo onorifico titolo), Zakerbaal. Nei vari passi della narrazione si citano alcuni magistrati e funzionari fenici: il sopristante al porto e i membri dell'assemblea («la sua assemblea», con riferimento evidente alla dipendenza dal sovrano di questo organismo collettivo). Sia il primo sia i secondi entrano nel racconto con un ruolo chiaramente subordinato rispetto al re e non ne emerge un'autentica autonomia decisionale: sembra piuttosto che l'uno e gli altri si muovano solo come esecutori della volontà del monarca.

Se consideriamo poi la struttura sociale del mondo fenicio in questa fase iniziale della sua storia, risulta confermata l'appartenenza di questi magistrati al ceto più vicino all'ambiente palatino. I magistrati fenici, in tale periodo, sono certamente esponenti dell'aristocrazia cittadina – come già accadeva nelle società siro-palestinesi del Tardo Bronzo –, personaggi di rango elevato per i quali le funzioni magistratuali costituiscono un riconoscimento ulteriore dell'appartenenza alla classe elevata e sicuramente non un'attività specializzata a cui accedono per meriti negli specifici campi.

Volgendo l'attenzione alle assise collettive, l'istanza più ampia che noi conosciamo per il periodo della storia fenicia antecedente o corrispondente alla conquista assira (VIII secolo a. C.) è l'assemblea degli anziani. L'inclusione di questa categoria di cittadini nell'ambito delle magistrature può forse apparire forzata, ma può servire a confermare da un lato una certa unitarietà della documentazione e dall'altro un sostanziale legame con l'ambiente palatino. Un'assemblea cittadina

² G. Garbini, «Sulla datazione dell'iscrizione di Ahiram», *AIUON* 37 (1977), pp. 81-89.

³ *Id.*, *I Fenici. Storia e religione*, Napoli 1980, pp. 59-62.

⁴ Cf. il commento e la traduzione del racconto in E. Bresciani, *Letteratura e poesia dell'antico Egitto*, Torino 1990², pp. 597-604.

degli anziani (in sostanza un senato) è documentata una prima volta nel libro biblico di Ezechiele⁵, che cita all'interno dell'elegia per la distruzione di Tiro «gli anziani di Biblo» in un contesto peraltro privo di ogni riferimento istituzionale. La tesi che tale testo si riferisca alla situazione di Tiro nell'VIII secolo a. C. riporta a una fase piuttosto antica della storia fenicia il richiamo in questione⁶.

Un autentico organismo assembleare è invece presente nel testo del trattato tra Asarhaddon e Baal⁷, sottoscritto poco dopo il 674 a. C.⁸. Vi sono citati «gli anziani del tuo paese (*cioè di Tiro, paese di Baal*) nel consiglio». Poiché il passo si trova in una parte del testo intesa a sottolineare gli obblighi del re fenicio rispetto alla controparte assira e i limiti delle sue competenze, che risultano chiaramente in secondo piano rispetto all'«incaricato» di Asarhaddon (cioè il governatore locale), e poiché in un brano purtroppo mutilo si menziona «l'incaricato con loro» (dunque il governatore assieme agli anziani), se ne ricava da un lato che quest'assemblea poteva avere reali poteri deliberanti e dall'altro che attraverso la sua citazione il sovrano assiro intendeva ridimensionare il potere del re di Tiro, richiamando le altre istanze che assieme a lui avevano un ruolo di rilievo nella conduzione della politica cittadina.

Singoli magistrati detentori a titolo individuale di una carica istituzionale, comunque, restano praticamente sconosciuti alle fonti classiche in tutta la fase preclassica della storia fenicia. Le uniche eccezioni a questo riguardo sono costituite dalle figure di «giudici» che secondo la testimonianza di Giuseppe Flavio⁹ governarono a Tiro in luogo dei re (e per un anno affiancandosi a un sovrano chiamato Baalator) nel periodo

compreso tra il 563 e il 557 a. C. Tali magistrati (Eknibaal, Chaleb, Abbar, Metten, Gerastart) sono poco più che nomi – solo di Abbar si precisa che era sommo sacerdote –, ma la testimonianza è comunque interessante, perché conferma quell'intreccio tra autorità religiose e poteri politici tipico di una lunga fase della storia fenicia. Questo fenomeno riceve la più chiara evidenza dalla titolatura dei sovrani di Sidone del V secolo a. C. ed è attestato di nuovo per Tiro e per Biblo rispettivamente per il IX e per il IV secolo a. C.¹⁰.

Inoltre la circostanza che l'avvento dei «giudici» in luogo dei sovrani è introdotto nella fase critica successiva all'assedio di Tiro da parte del babilonese Nabucodonosor e che al termine del breve periodo in cui detengono il potere è richiamato un re proprio da Babilonia indica probabilmente che di nuovo alle massime magistrature repubblicane è più o meno esplicitamente delegato, da parte della potenza straniera dominante, il compito di limitare il potere monarchico e di orientare la politica di Tiro su linee a lei gradite.

Il problema riguardante l'esistenza di collegi magistratuali assembleari con funzioni di condivisione e controllo del potere giurisdizionale e politico dei re è, per la successiva età dell'indipendenza fenicia (la fase della dominazione persiana, fino alla conquista macedone), assai controverso. La mancanza di ogni trattazione sistematica sulle istituzioni fenicie d'Oriente di questo periodo e l'esistenza di testimonianze letterarie per lo più riferite a momenti eccezionali o stati di belligeranza impedisce infatti di avere un quadro preciso e ancor più di far emergere figure di singoli magistrati. In linea generale si tende a negare che il potere, all'interno dei piccoli

⁵ Ezechiele, XXVIII, 9.

⁶ G. Garbini, *I Fenici. Storia e religione*, cit., pp. 65-69.

⁷ Cf. in proposito G. Pettinato, «I rapporti politici di Tiro con l'Assiria alla luce del 'trattato tra Asarhaddon e Baal'», *RSF* 3 (1975), pp. 145-160; C. Saporetti, «Testimonianze neo-assire», in M. Botto, *Studi storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII secolo a. C.*, Pisa 1990, pp. 212-218.

⁸ M. Botto, cit., pp. 70-71.

⁹ Giuseppe Flavio, *Contra Apionem*, I, 157.

¹⁰ Per una più analitica documentazione cf., dello scrivente, «Les institutions, l'organisation politique et administrative», in *CPPMR*, pp. 292-293.

Stati fenici dell'età pre-alessandrina, fosse organicamente suddiviso tra la monarchia e assemblee rappresentative; e ancor meno chiara è la situazione per quanto riguarda le magistrature individuali. Le attestazioni di Diodoro (XVI, 45, 1) sui cento consiglieri del re di Sidone, di Curzio Rufo (IV, 1,15) sui *populares* o di Arriano (*An.*, 15, 6; 16, 7) sui *πρόβεις* della stessa città, da alcuni ritenuti senatori, paiono piuttosto alludere nel primo caso a una sorta di consiglio privato e negli altri a delegazioni cittadine attivatesi spontaneamente in un momento critico per la vita della città¹¹. Differente è forse il caso di un «Consiglio dei Cento» di cui un cittadino di Tiro si definisce capo (*rb*) in un'iscrizione fenicia di età ellenistica (RÉS, 1502). Si tratta evidentemente di un collegio di qualche rilievo, dotato di una propria «presidenza»: una funzione che merita di essere ricordata in un'iscrizione.¹²

Il poco che possiamo ricostruire sulle magistrature fenicie dell'età precedente alla conquista alessandrina suggerisce soltanto alcune attribuzioni, la cui identità corrisponde per noi al solo nome; e su questa esile base siamo costretti a induzioni sulle loro reali prerogative. Autorità civiche in grado di contenere e condizionare il potere regio dovettero esservi, ma le figure di tali magistrati rimangono per noi sfuggenti. Sembra da condividere l'opinione di J. Elayi¹³ secondo cui tali magistrature erano comunque collegate all'ambiente palatino. Una di queste, e tra le più importanti, doveva essere il capo dei sacerdoti (*rb khnm*), sicuramente tra i consiglieri più prossimi al sovrano; il che lascia intravedere lungo tutto l'arco della storia autonoma della Fenicia la persistenza di quella struttura teocratica dello Stato già sottolineata al meglio dalla titolatura di alcuni re di Sidone e di Tiro¹⁴, che antepongono la

funzione di «sacerdote di Astarte» alla stessa menzione della propria regalità.

II. L'OCCIDENTE MEDITERRANEO

La possibilità di ricostruire le prerogative delle magistrature (e dunque di delineare più precisamente, almeno per quanto concerne il livello sociale, le figure dei magistrati) si accresce di molto passando dal mondo fenicio a quello delle colonie del Mediterraneo occidentale. Ciò vale, tuttavia, solo per il periodo, successivo alla metà del VI secolo a. C., caratterizzato dall'affermazione politica e militare di Cartagine. Per l'età precedente, infatti, nessuna fonte si sofferma a definire, sia pure sommariamente, gli ordinamenti della città, sicché tanto più ci sfuggono i lineamenti delle sue magistrature.

Dobbiamo ammettere che, quanto alla possibilità di definire singolarmente prerogative «tecniche» e *cursus honorum* dei magistrati cartaginesi, la situazione non è molto più confortante di quella registrata nell'Oriente fenicio; ma assai maggiore è la possibilità di chiarire la loro posizione all'interno della società fenicia, il loro *status*, il prestigio di cui godevano, i rapporti con le altre autorità dello stato nonché con il clero.

La società cartaginese e quella degli altri centri fenici d'Occidente ci appare infatti (da che la documentazione si fa sufficientemente ricca) guidata costantemente da un'aristocrazia costituita da armatori, commercianti e proprietari terrieri¹⁵ che detiene la totalità del potere politico e giurisdizionale (il ruolo dell'assemblea popolare è trascurabile e solo Annibale tenterà di rivitalizzarlo verso la fine della vicenda politica della metropoli punica¹⁶) e della quale la stessa forma dello Stato riflette le esigenze e le aspirazioni.

¹¹ Cf., dello scrivente, «Istituzioni e politica a Sidone dal 351 al 332 av. Cr.», *RSF* 2 (1974), pp. 149-160.

¹² Cf. in proposito J. Elayi, *Recherches sur les cités phéniciennes à l'époque perse*, Napoli 1987, pp. 51-52.

¹³ *Ibid.*, pp. 52-53.

¹⁴ Cf. le iscrizioni *KAI*, 11; *KAI*, 13; *KAI*, 14.

¹⁵ Cf. l'ampio panorama in proposito tracciato da M. H. Fantar, *Carthage. Approche d'une civilisation*, I, Tunis 1998, pp. 165-209.

¹⁶ Cf. Livio, XXXIII, 46, 5-7; analisi del passo in G. C. Picard, «La révolution démocratique de Carthage», *Collections Latomus* 92 (1968), pp. 113-130 e nel lavoro dello scrivente «Les institutions, l'organisation politique et administrative», *cit.* p. 298; sulle prerogative dell'assemblea del popolo a Cartagine si veda da ultimo M. H. Fantar, *cit.*, pp. 229-235.

In merito a questo aspetto, la testimonianza di Aristotele, a cui si deve la più dettagliata descrizione della costituzione di Cartagine, è davvero esplicita: per l'accesso alle magistrature bisogna tenere in conto non solo il merito ma anche la ricchezza, perché un cittadino indigente non può essere un buon magistrato e avere il tempo libero necessario¹⁷; ma a Cartagine tale principio, che ad Aristotele sembra saggio, viene in parte inficiato dal fatto che le massime magistrature possono essere acquisite proprio grazie al denaro (ὡς ἡτὸς εἶναι)¹⁸, con il rischio che i magistrati siano inclini a trarre profitto personale dalle funzioni così ottenute¹⁹.

Sappiamo dunque che a Cartagine i magistrati vengono sistematicamente scelti tra le famiglie più nobili e agiate: si tratta di quei cittadini di pieno diritto (certo una minoranza) che le iscrizioni indicano come «signori» o «cittadini» (*b^clm*)²⁰ con riferimento alle loro prerogative individuali o come ὃς *b^cm* («colui che è nel popolo») con allusione al loro ruolo di componenti del corpo civico²¹. È un ceto che, in tutto l'ampio orizzonte geografico dominato da Cartagine, costituisce l'ossatura del potere politico, amministrativo e militare²²; del resto va notato che gli ordinamenti cartaginesi (che rimasero sostanzialmente quelli di una città con i suoi organi «municipali» a misura dell'aristocrazia locale, dalle massime cariche dello Stato alle funzioni medie e minori) erano in tutto simili a quelli delle altre città puniche, nelle quali, come ci documentano le fonti epigrafiche e letterarie, il bilanciamento interno delle istanze decisionali era garantito dall'equilibrio e dal reciproco controllo delle magistrature singole o collettive.

A proposito dei rapporti amministrativi

di Cartagine con la periferia del territorio e specificamente dei magistrati lì inviati, è di straordinario interesse una notazione di Aristotele, il quale afferma²³ che i Cartaginesi si sono assicurati l'amicizia del popolo inviando costantemente verso le città assoggettate alcuni elementi del popolo stesso e rendendoli così ricchi. Non v'è dubbio che, considerando il contesto del passo, si faccia qui riferimento non a semplici «emigrazioni» favorite, bensì alla concessione di cariche pubbliche in grado di assicurare l'acquisizione di ricchezze private.

Ora, è difficile dire se ciò accadesse perché tali incarichi erano ben remunerati o perché era possibile ai titolari di queste funzioni «trattenere» per sé una parte degli introiti (con un rapporto con l'amministrazione centrale non dissimile da quello dei *publicani* di Roma). In ogni caso queste magistrature concesse in periferia difficilmente saranno state acquisite dietro versamento di denaro, come invece lo stesso Aristotele attesta per la città di Cartagine, sicché accanto a quanti ricoprivano cariche pubbliche perché esponenti della nobiltà cittadina si delinea il caso di funzionari di rango non elevato per i quali l'accesso ai ruoli amministrativi può comportare un miglioramento della situazione personale.

Di funzionari cartaginesi presenti oltremare, in realtà, possediamo un'altra testimonianza, riferita a età assai più antica: il testo del primo trattato tra Cartagine e Roma, la cui data tradizionale è fissata al 508 a. C.²⁴ e che ci è stato trasmesso da Polibio²⁵, dispone che «quelli (dei Romani) che giungono in queste regioni (*scil.*: in Nord Africa e in Sardegna) a scopo di commercio non concludano alcun affare se non davanti a un araldo o

¹⁷ Aristotele, *Politica*, 11, 11, 8.

¹⁸ *Ibid.*, 11, 11, 10.

¹⁹ *Ibid.*, 11, 11, 12.

²⁰ M. H. Fantar, *Carthage*, I, cit., p. 182.

²¹ Si veda in proposito quanto annotato da G. Garbini, «Considerazioni conclusive» in *Fenici e Arabi nel Mediterraneo*, Roma 1983, pp. 158-159.

²² Si tratta di quella componente di *élite* della società punica che le fonti classiche indicano con il termine di «Libifenici»; in proposito *cf.* dello scrivente, «I Libifenici nell'ordinamento cartaginese», *RANL*, ser. 8, 26 (1971), pp. 653-662.

²³ Aristotele, *Politica*, VI, 5, 9.

²⁴ Sui trattati tra Roma e Cartagine è fondamentale lo studio di B. Scardigli, *I trattati romano-cartaginesi*, Pisa 1991.

²⁵ Polibio, III, 22.

uno scriba». Dunque non solo nel territorio prossimo a Cartagine, ma anche nella Sardegna da poco conquistata – l’acquisizione dell’isola da parte della metropoli punica si fa risalire alla conclusione della spedizione dei Magonidi, verso il 525 a. C.²⁶ – già nel VI secolo a. C. vi erano funzionari amministrativi, incaricati di seguire per conto dello Stato di Cartagine le transazioni commerciali con *partners* stranieri.

Tornando a Cartagine, anche se, come abbiamo detto, non è possibile enucleare le figure di singoli magistrati, sarà tuttavia utile delineare un quadro complessivo dell’assetto istituzionale della città, in grado di illuminare un elemento che, nella presente trattazione, riveste particolare rilievo, quello cioè del riconoscimento che, all’interno della struttura sociale di Cartagine come delle altre città dell’Occidente fenicio, deriva ai magistrati dalla funzione che ricoprono. Anche in questo caso occorrerà utilizzare dati frammentari e tipologicamente diversi, ma il quadro che ne deriva risulta tutto sommato attendibile.

L’ordinamento punico, in tutte le fasi per le quali siamo più informati, sembra improntato a una preoccupazione costante: pur riflettendo le esigenze e gli interessi della classe dominante, esso è concepito in modo da non lasciare mai un potere troppo elevato a un singolo magistrato civile e militare, grazie al controllo reciproco tra le massime cariche dello Stato. La stessa introduzione nell’ordinamento cartaginese della Corte dei Cento, organismo assembleare a cui era demandata più che a ogni altro la vigilanza sulla legalità repubblicana, avvenne nel V secolo a. C., secondo l’attestazione di Giustino²⁷, con il di-

chiarato proposito di limitare lo strapotere dei comandanti militari (si trattava allora della potente famiglia dei Magonidi), esigere da loro un rendiconto delle azioni compiute e in buona sostanza controllare che si attenessero rigorosamente alle leggi della città anche durante le campagne di guerra.

Questa separazione dei poteri comportò l’applicazione di una norma assai raramente contraddetta, vale a dire la netta distinzione tra funzioni civili e militari²⁸, forse ereditata dalla tradizione fenicia, se ricordiamo quanto notato sopra a proposito dell’iscrizione di Aḥiram. La massima magistratura di Cartagine, quella dei sufeti, secondo l’analisi di S. Gsell che mantiene ancora la sua piena validità, non comportò, da che la documentazione si fa per noi esplicita (cioè dalla fine del IV secolo a. C.), alcuna attribuzione di comandi militari²⁹; e quanto ai capi degli eserciti, la loro funzione fu limitata nel tempo, sottoposta – come abbiamo visto – a controlli di legalità e persino sorvegliata da presso, durante le campagne militari, da membri della Corte dei Cento³⁰.

Questo fece sì che i magistrati a cui erano demandati i controlli sulle alte cariche dello Stato godessero di un potere assai ampio, che peraltro – a giudicare dal modo differente con cui le fonti ne considerano l’attività nei vari periodi della storia di Cartagine – tese a crescere con l’andare del tempo.

Osserviamo dunque questo reciproco gioco di legittimazione e di controllo: la massima magistratura di Cartagine, il collegio bicefalo dei sufeti³¹, viene eletta – stando a una posizione largamente condivisa dalla critica moderna – dall’assemblea del popolo³²; ma

²⁶ Sulla cronologia delle azioni militari di Cartagine in Sardegna, sull’esito delle spedizioni e sulle conseguenze per l’assetto politico-militare dell’isola cf. P. Bartoloni – S. F. Bondi – S. Moscati, *La penetrazione fenicia e punica in Sardegna. Trent’anni dopo*, Roma 1997, pp. 63-77.

²⁷ Giustino, XIX, 2, 5-6.

²⁸ Sono del tutto condivisibili in proposito le conclusioni a cui perviene S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, p. 679: «La storia dei rapporti tra potere civico e potere militare sembra il risultato dello sforzo, da parte del senato, di condizionare e tenere sotto controllo, senza disporre di strumenti adeguati, l’iniziativa dei condottieri».

²⁹ S. Gsell, *Histoire ancienne de l’Afrique du Nord*, II. *L’état carthaginois*, Paris 1920, pp. 199-200.

³⁰ Cf. Polibio, I, 21, 4; VII, 9, 1, con riferimento all’esercito di Annibale; si veda in proposito S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, cit., p. 663.

³¹ Non indugio qui sul problema dell’eventuale presenza di re nella più antica fase della storia cartaginese, su cui mi sono già espresso negativamente in “Les institutions, l’organisation politique et administrative”, cit. Alle stesse conclusioni perviene M. H. Fantar, *Carthage*, I, cit., pp. 235-236.

³² *Ibid.*, p. 238, con riferimento ad analoghe posizioni sostenute da S. Gsell, G. C. Picard e M. Szyner.

quest'ultima non ha alcun potere autonomo nel caso che gli stessi sufeti nella conduzione degli affari politici possano contare sull'accordo del senato: solo in caso contrario essa viene interpellata³³. Una più ampia capacità decisionale è concessa a questo organismo, ritenuto l'espressione più democratica del sistema costituzionale cartaginese, solo assai tardi, durante il periodo successivo alla seconda guerra contro Roma, allorché Annibale, facendo votare a tale assemblea un provvedimento inteso a limitare le prerogative della Corte dei Cento, le conferisce un potere legislativo praticamente totale³⁴.

Per altro verso il Senato, l'istanza collettiva a cui era demandata la massima parte delle competenze legislative e istituzionali³⁵, pur assommando un numero elevatissimo di prerogative, dalla decisione di entrare in guerra o accettare la pace a quelle relative alle spese pubbliche o ad aspetti che si possono piuttosto definire «di costume» o latamente di politica culturale (come quando, al dire di Giustino³⁶, deliberò il divieto per i Cartaginesi di apprendere la lingua greca), non era esente da un controllo da parte di magistrature differenti. Al suo stesso interno fu enucleata quella Corte dei Cento di cui abbiamo già parlato come massimo organo di vigilanza sui magistrati la quale, con l'andare del tempo, acquisì poteri sempre maggiori, anche perché da un certo momento in poi (almeno dal 196 a. C., secondo una testimonianza di Livio³⁷) la carica assunse carattere vitalizio.

A sua volta i componenti di questo collegio erano eletti da un'altra magistratura col-

lettiva, quella delle pentarchie, su cui ci informa il solo Aristotele³⁸ e le cui prerogative non sono particolarmente chiare. I magistrati che le componevano dovevano avere particolare autorità, perché, come attesta lo stesso Aristotele³⁹, si occupavano di molti affari importanti e duravano in carica un tempo maggiore di quanti erano chiamati ad altri incarichi pubblici. Inoltre il loro reclutamento per cooptazione costituiva una sorta di privilegio e di marchio di autorità, tenuto conto del controllo reciproco tra magistrature che – come abbiamo appena visto – caratterizza nel suo complesso la costituzione di Cartagine.

Tornando alle figure dei magistrati più che al potere che le funzioni conferivano loro, è evidente che l'accesso alle massime cariche era un elemento di grande prestigio personale, ricordato dagli stessi titolari nei loro documenti. Sono innumerevoli le iscrizioni nelle quali sufeti o altri magistrati di Cartagine e delle altre colonie lasciano memoria dell'incarico pubblico ricoperto, anche in contesti, come quelli delle dediche votive, non necessariamente connessi con l'esercizio della potestà magistratuale e talvolta estranei all'orizzonte della città in cui essi svolgono le loro mansioni.

La documentazione epigrafica della Sardegna offre, in proposito, dati illuminanti: nelle iscrizioni votive ritrovate nel santuario di Sid ad Antas (notoriamente non legato a una singola città, ma luogo di culto rappresentativo dell'intera nazione punica dell'isola) la funzione di sufeti è ricordata dai dedicanti, per se stessi o per i propri antenati, numerose volte⁴⁰. E una documentazione

³³ Aristotele, *Politica*, II, 11, 5-6.

³⁴ Livio, XXXIII, 46, 5-7. Il carattere straordinariamente innovativo di questo procedimento è stato posto in luce da G. C. Picard, "La révolution démocratique de Carthage", *cit.*

³⁵ Sul funzionamento e sulle prerogative di questo organismo, cf. in specie S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, *cit.*, pp. 659-661; S. F. Bondi, "Les institutions, l'organisation politique et administrative", *cit.* pp. 296-97 e, più diffusamente, M. H. Fantar, *Carthage*, I, *cit.*, pp. 219-229.

³⁶ Giustino, XX, 5, 13.

³⁷ Livio, XXXIII, 46, 1.

³⁸ Aristotele, *Politica*, II, 11, 7.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ M. H. Fantar, "Les inscriptions", in *Ricerche puniche ad Antas*, Roma 1969, n. II pp. 60-64 (nella genealogia di un cittadino di Cagliari); n. III, pp. 64-68 (nella genealogia di un dedicante di Sulcis); n. XII, p. 83 (in contesto mutilo); G. Garbini, "Il santuario di Antas a Fluminimaggiore: nuovi dati. La testimonianza delle iscrizioni", in P. Bernardini – R. D'Oriano – P. G. Spanu (eds.), *Phoinikes b Shrdh. I Fenici in Sardegna. Nuove acquisizioni*, Oristano 1997, pp. 111-112 (epigrafe punica n. R2166, relativa a un magistrato di Cagliari).

ancora più ampia proviene da Cartagine, dove la dignità sufetale, l'appartenenza alla cittadinanza di pieno diritto, la titolarità di magistrature di vario livello sono ricordate moltissime volte nelle iscrizioni provenienti dal *tofet* cittadino⁴¹.

Il magistrato punico, dunque, è consapevole del prestigio che gli viene dalla funzione che riveste, orgoglioso di far parte della classe dirigente della sua città (e più tardi della struttura politica organizzata da Cartagine su basi territoriali ben più ampie). La dignità magistratuale è parte di quell'appartenenza al ceto di vertice della società punica rivendicato con orgoglio in infinite circostanze ed è diffusa in un numero di funzioni, mansioni e titolarità sufficientemente ampio da soddisfare buona parte di quei cittadini del mondo punico che M. H. Fantar ha definito «les prépondérants»⁴² e che, in base a un'ampia documentazione epigrafica, erano insigniti all'interno della società punica di attributi quali *b'ł*, *rb* («signore», «capo») o *ʕ b'm* («colui che fa parte del popolo», vale a dire in possesso della cittadinanza di pieno diritto).

Non è certo il caso di ripercorrere partitamente l'insieme delle magistrature di diverso rango delle quali siamo a conoscenza, talora poco più che nomi a cui non è agevole attribuire precise prerogative⁴³; tuttavia, per tratteggiare più chiaramente la figura del magistrato punico, è utile prendere in esame un aspetto della sua attività che appare di grande rilievo e permette di comprendere meglio il clima politico e ideologico in cui egli opera: il rapporto con l'autorità religiosa, con il sacerdozio, insomma con il complesso mondo delle credenze e dei rituali.

Abbiamo già visto, per Cartagine e la Sardegna, quanto profondamente il livello dell'autorità politica e quello della *pietas* in-

terferiscano tra di loro: non solo i fedeli che frequentano taluni santuari desiderano essere ricordati per le funzioni pubbliche che ricoprono, ma sovente le stesse magistrature di cui siamo a conoscenza si pongono in una zona intermedia tra le strutture politiche e gli apparati religiosi; in questo senso le iscrizioni puniche trovano conferma in una serie di notazioni dovute agli autori classici.

Ricordiamo anzitutto che già Aristotele⁴⁴ attesta la presenza a Cartagine di *ἐταίρια* (associazioni politiche) che, per il fatto di «prendere pasti in comune» e per il parallelismo istituito con le *φιλῖται* spartane mostrano caratteri di autentica confraternita religiosa. In secondo luogo una più tarda testimonianza di Cornelio Nepote⁴⁵ fa menzione di una carica che in termini latini è definita *praefectus morum* e che può considerarsi in qualche modo legata alla sfera religiosa. Certamente connessi con questa dimensione sono altri tipi di magistratura: il *mqm ʕlm*, titolo di incerta etimologia che ha a che vedere con aspetti della vita religiosa e la conduzione dei rituali⁴⁶, è certamente insignito di una carica pubblica e risulta ben inserito nel *cursus honorum* cartaginese. Alcune bilingui tripolitane testimoniano l'esistenza di magistrati di origine punica che, nel testo latino, sono insigniti del titolo di *praefecti sacrorum*⁴⁷; e di nuovo la documentazione epigrafica ci informa, tramite un'iscrizione forse da Cartagine e ora al British Museum di Londra⁴⁸, dell'esistenza di una magistratura collegiale di dieci membri (*ʕrt h'ʕm ʕ hmqdʕm*) in tutto simili ai *decemviri sacris faciundis* del mondo romano.

In conclusione, l'appartenenza con funzioni di spiccato rilievo alla gerarchia religiosa sembra essere un'altra prerogativa di quegli aristocratici punici nel cui esclusivo am-

⁴¹ Per un'inquadramento di tale problematica nel contesto della struttura della società di Cartagine, cf. M. H. Fantar, *Carthage*, I, cit., pp. 178-209.

⁴² *Ibid.*, p. 178.

⁴³ Su questo tessuto di magistrature minori, cf. S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, cit., pp. 666-668; S. F. Bondi, «Les institutions, l'organisation politique et administrative», cit., pp. 300-302; M. H. Fantar, *Carthage*, I, cit., pp. 245-253.

⁴⁴ Aristotele, *Politica*, II, 11, 3.

⁴⁵ Cornelio Nipote, *Hannibal*, III, 2.

⁴⁶ In proposito cf. da ultimo M. H. Fantar, *Carthage*, I, cit., pp. 179-180.

⁴⁷ La documentazione in proposito è sinteticamente raccolta da S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, cit., p. 667.

⁴⁸ CIS I, 175. Cf. da ultimo M. H. Fantar, *Carthage*, I, cit., p. 247.

bito erano scelti i titolari delle funzioni politiche, militari e sacerdotali. Il controllo reciproco tra le massime autorità dello Stato si svolgeva pur sempre all'interno di un corpo sociale circoscritto, costituito dai soli privilegiati a cui era garantita la pienezza dei diritti politici e civili.

Un'iscrizione punica da Sulcis recentemente edita⁴⁹, presentando tutti gli elementi politici, amministrativi e religiosi su cui ci siamo da ultimo soffermati, sembra rappresentare al meglio questa caratteristica dei magistrati del mondo cartaginese e la loro posizione sovente intermedia tra la gerarchia politico-amministrativa e quella religiosa. L'epigrafe, redatta sul bordo di una coppa argentea nel corso del III secolo a. C., è stata così interpretata da G. Garbini: «Al Signore Ba'al Addir. Benedica. Coppa da libagione del peso di 59 (sicli) che hanno dedicato i controllori essendo in carica Magone e Azrumilk, nell'anno dei sufeti in Sulcis Aderbale e Milkyaton ed essendo in carica il sommo sacerdote Boda-start figlio di Aris figlio di Imilcone»⁵⁰.

È difficile trovare in un unico testo tanti e tanto puntuali riferimenti al reciproco rapporto tra cariche istituzionali e funzioni religiose. La dedica al dio Ba'al Addir è fatta da due magistrati di una categoria ben nota nel mondo punico, i *mḥšbm* o controllori, funzionari con giurisdizione nel campo amministrativo attestati sia in ambito nordafricano sia in Sicilia⁵¹. La formula di datazione è costituita dalla menzione di due magistrati in carica, eponimi dell'anno (forse facenti parte dello stesso collegio dei controllori); più oltre si citano i due sufeti di quello stesso anno (come d'abitudine nel mondo punico, ogni organismo municipale riproduceva la stessa struttura del potere nota da Cartagine, con sufetato, senato, assemblea popolare e varie magistrature di differente rango⁵²). Infine, preceduto da una formula (*t r*, "essendo in

carica", ma letteralmente "al tempo della magistratura") che ne sottolinea l'importanza all'interno della gerarchia sulcitana, viene citato il capo dei sacerdoti o *rb khnm*. Di notevole rilievo risulta quest'ultima indicazione, perché documenta aspetti particolarmente coerenti con il quadro sin qui delineato: la sostanziale appartenenza dei vertici dell'ordine sacerdotale all'amministrazione della città e, probabilmente, il carattere temporaneo della funzione rivestita dal capo dei sacerdoti, come sembra suggerire l'accostamento del nome del titolare a un periodo limitato.

L'insieme delle considerazioni svolte e dei dati sopra discussi porta in primo piano, in conclusione, soprattutto una caratteristica, che ci sembra la più propria dell'ordinamento cartaginese e del ruolo che vi svolgono i magistrati di diverso rango. Essa è l'estrema coerenza del quadro istituzionale, concepito a misura dell'aristocrazia cartaginese e dei suoi rappresentanti nelle varie zone dell'ecumene punica e tale da assicurare la totalità delle prerogative pubbliche a quel limitato numero di cittadini le cui esigenze sono direttamente riflesse dalla forma dello Stato.

In tale ambito, la figura del magistrato fu sostanzialmente quella di un funzionario tenuto a portare il proprio personale contributo a un meccanismo inteso a garantire un sostanziale equilibrio tra i vari poteri e tra quanti erano chiamati, per lo più durante un tempo limitato, ad amministrare la cosa pubblica. Che tale risultato fosse nella sostanza raggiunto è testimoniato dalle parole di Aristotele, che ci appare un osservatore assai attento e informato della realtà istituzionale di Cartagine: «Molte istituzioni a Cartagine funzionano bene: è il segno di una costituzione ben organizzata il fatto che... Cartagine resti legata alla sua struttura istituzionale e che, cosa degna di rilievo, non vi siano mai state né una sedizione né un tiranno»⁵³.

⁴⁹ P. Bartoloni – G. Garbini, "Una coppa d'argento con iscrizione punica da Sulcis", *RSF* 27 (1999), pp. 79-91.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 84.

⁵¹ G. Coacci Polsellì, "I *mḥšbm* cartaginesi", *SM* 12 (1980), pp. 83-87.

⁵² S. F. Bondi, "Les institutions, l'organisation politique et administrative", *cit.*, pp. 300-302.

⁵³ Aristotele, *Politica*, II, 11, 2.

II. EL HOMBRE Y LA RELIGIÓN

4. IL SACERDOTE

M. G. AMADASI GUZZO

«Io, Tabnit, *sacerdote* di Astarte, re di Sidone*, figlio di Eshmunazor, sacerdote di Astarte, re di Sidone, giaccio in questo sarcofago».

In epoca persiana il re della città fenicia si presenta così, nell'iscrizione funeraria che lo ricorda¹. E suo figlio, Eshmunazor II, morto anzitempo a quattordici anni, racconta²: «Ecco che io Eshmunazor, re di Sidone, e mia madre Emashtart, *sacerdotessa di Astarte* nostra signora, *la regina*³, ... siamo noi che abbiamo costruito i templi per gli dèi».

Essere «sacerdote», così si traduce il vocabolo fenicio *kohin*, è nelle città della fascia costiera libanese in periodo achemenide⁴ – come tradizionalmente nel Vicino Oriente antico – prerogativa regale. «Sacerdote» era il re di Ugarit nel XIV-XIII secolo a. C. e, come tale, intermediario tra la divinità e il suo popolo.

Ma, ritorniamo nelle città della Fenicia, agli inizi di quella che è considerata la storia vera e propria di questa nazione, a partire dall'età del Ferro⁵: le prime iscrizioni regali che ci sono pervenute, databili tra il 1000 a. C. se non prima, e la fine del IX secolo –

provenienti da Biblo – ricordano i nomi di sovrani di questa città senza menzionarne la qualifica di sacerdoti. Sono l'epitaffio del re Ahirom (*KAI* 1, circa 1000 a. C.), fatto comporre dal figlio Etbal, e le iscrizioni votive dei re Yahimilk, Abibal e Shipitbal (*KAI* 4-7, tra il X e il primo quarto del IX secolo a. C.): mentre il primo di questi testi non ricorda alcuna divinità⁶, gli altri ci mostrano sovrani devoti soprattutto alla Balat, la “Signora” di Biblo, nonché ad altri dèi venerati sia a Biblo sia altrove nel mondo di lingua semitica nord-occidentale, alle quali chiedono lunga vita, come compenso della loro venerazione.

Fin dagli inizi della storia fenicia, dunque – ma fin dagli inizi della regalità – il rapporto tra re e sfera divina era certamente stretto. Tuttavia, al principio del I millennio a. C., le funzioni del monarca nell'ambito del culto non erano né prevalenti né esclusive⁷. Doveva esistere, parallelamente, una classe di addetti al culto, la cui nomenclatura e sfera di azione possiamo solo dedurre da testi di aree vicine o di cronologia successiva.

La situazione che ci si presenta a Biblo in periodo arcaico non sembra mutare nel corso del tempo: il re Yahumilk, nel V secolo a. C. (*KAI* 10)⁸, il cui padre non è re (lo è invece il nonno, il che mostra che gli iniziatori

* Sotto questa designazione generica verranno trattati tutti gli individui che agiscono in rapporto con la sfera culturale. Le fonti di riferimento sono quasi soltanto epigrafiche. Non sono presi in considerazione – se non eccezionalmente – i dati archeologici, la cui interpretazione esige un'esperienza specifica, che non possiedo.

¹ Incisa su un sarcofago egiziano del VI secolo a. C. circa, in basalto nero, riutilizzato per Tabnit (*KAI* 13).

² Nell'iscrizione incisa anch'essa su un sarcofago in basalto nero, di fattura egiziana (*KAI* 14), cf. P. Bordreuil – E. Gubel, *Musée du Louvre. Art Phénicien. La sculpture de tradition phénicienne* (sous la direction scientifique d'A. Caubet – E. Fontan – E. Gubel), Paris 2002, pp. 101-103, n. 94. Datato nel primo quarto del V secolo a. C., ma forse precedente.

³ Il carattere corsivo vuole mettere in evidenza che il re o la regina sono in primo luogo sacerdoti, poi re. Eshmunazor II, morto a 14 anni, non aveva forse raggiunto l'età per rivestire il sacerdozio, che era tenuto dalla madre, che portava anch'essa, al secondo posto, il titolo di regina.

⁴ I documenti che attestano questa funzione si concentrano in questo periodo, ma il legame tra regalità e sacerdozio è certo tipico anche di altre epoche; cf. P. Xella, “Aspects du sacerdoce en Syrie ancienne: remarques méthodologiques et examen d'un cas particulier”, *Numen* 49 (2002), pp. 406-426.

⁵ Cf. S. Moscati, “La questione fenicia”, in *Scritti fenici minori*, Roma 1988, pp. 19-42 (= *RANL*, serie 8, 18 [1963], pp. 483-506); *id.*, “La questione fenicia venti anni dopo”, *ibid.*, pp. 609-614 (= *Diacronia, sincronia e cultura. Saggi linguistici in onore di L. Heilman*, Bologna 1984, 37-44).

⁶ Non tutte le iscrizioni funerarie citano nomi divini: questo avviene solo quando si presentino specifiche formule finali di maledizione o quando il morto abbia rivestito una funzione sacerdotale o comunque in rapporto con un santuario.

⁷ Sulle difficoltà di definire un “sacerdozio” in ambito vicino-orientale antico cf. P. Xella, *Numen* 49 (2002), pp. 406-426.

⁸ P. Bordreuil – E. Gubel, *Musée du Louvre, cit.*, pp. 64-66, n. 50.

di nuove dinastie appartenevano spesso a un lignaggio regio), deve il trono alla Balat di Biblo: le dedica per questo, come ringraziamento, una serie di costruzioni nell'ambito del già venerando santuario della divinità. Non menziona però di portare il titolo di *kohin*, anche se agiva in ambito cultuale⁹, mentre lo portano personaggi che non sono re: infatti Batnoam – la madre del più tardo re Ozibal –, nell'iscrizione funeraria che la ricorda (*KAI* 11), tiene alla sua appartenenza alla stirpe regale, essendo madre del re, ma nello stesso tempo a quella sacerdotale: è figlia di Pillethal «sacerdote della Balat». Siamo intorno al 350 a. C. In quest'epoca a Biblo, così come si verificava probabilmente anche al tempo delle dinastie «arcaiche», accanto al re (*milk*), vi era un (sommo) sacerdote, che doveva essere di alto rango: apparteneva forse alla stessa famiglia del re.

Oltre alla Balat, a Biblo erano adorati anche Balshamim, il «Signore del cielo», un gruppo di altri dèi citati come «l'assemblea dei santi dèi di Biblo» e forse un Bal di Biblo, eventualmente lo stesso Balshamim¹⁰; tuttavia non sono arrivate fino a noi testimonianze di ministri del culto di queste divinità, né quindi possiamo sapere tra quali famiglie fossero scelti.

La situazione di Sidone ai tempi della dinastia di Eshmunazor I e del suo successore Tabnit appare dunque peculiare e forse limitata, per una ragione che ci sfugge, al solo Eshmunazor I, a Tabnit e a sua moglie (nonché sorella) Emashtart. Il successore di Esh-

munazor II infatti, Bodashtart, uno zio di Eshmunazor II (il re si dichiara nipote – figlio di un figlio – di Eshmunazor I; cf. *KAI* 15 e 16), anch'egli costruttore di santuari¹¹ e devoto in maniera specifica di Astarte¹², non ha il titolo di «sacerdote», ma solo di «re»: si potrebbe pensare che il primo Eshmunazor, il cui patronimico non conosciamo, fosse figlio di un sacerdote e ne avesse dunque conservato il titolo e tutte le prerogative. È invece sacerdotessa di Astarte «hurrita» una certa Geratmilk, di cui si conserva la curiosa iscrizione funeraria su un vaso dell'VIII secolo a. C., di provenienza ignota. Si tratta della menzione più antica – se il documento è affidabile – di una donna che riveste questa carica^{12bis}.

Altri funzionari in rapporto al culto si fanno conoscere grazie ad iscrizioni. Nei pressi di Sidone, 'Abdmilk è «preposto alla porta» del santuario ('*l šr*); il titolo è seguito da un'espressione poco chiara, forse in rapporto con i così detti «Temple-boys», bambini le cui funzioni nel tempio restano misteriose; egli dedica una statua a Eshmun della sorgente YDL(L), nel santuario di Bostan esh-Sheikh, che abbiamo visto restaurato dal re Bodashtart¹³. In epoca ellenistica, poco a Sud di Tiro, a Umm el-'Amed, dove sorgevano importanti santuari sia in onore di Milkashtart – una figura divina che risale almeno al Bronzo tardo¹⁴ – sia forse di Balshamim e di Astarte, una stele funeraria commemora «Balyaton figlio di 'Abdhor, sacerdote di Milkashtart»¹⁵. Il «nostro signore

⁹ Così come non lo menziona un predecessore di Yahumilk, il figlio di un re Shipitbal (II), di cui non è conservato il nome (*KAI* 9).

¹⁰ Balshamin è nominato in *KAI* 4, dove, secondo C. Bonnet, "Existe-t-il un *B' l Gbl* à Byblos?, A propos de l'inscription de Yehimilk (*KAI* 4)", *UF* 25 (1993), pp. 25-34, potrebbe essere nominato un Bal di Biblo e non la Balat; è citata una divinità maschile nel frammento pubblicato da P. Bordreuil, "Une inscription phénicienne champléevée de Byblos", *Semitica* 27 (1977), pp. 23-27, tav. V; cf. anche *KAI* 12.

¹¹ Ci è noto infatti in particolare come «costruttore» (si tratta in realtà di una nuova fase edilizia) del santuario di Eshmun della sorgente YD(L): cf. per le iscrizioni, con bibliografia, P. Bordreuil – E. Gubel, *Musée du Louvre, cit.*, pp. 79-80, nn. 65-68; C. Bonnet – P. Xella, "Les inscriptions phéniciennes de Bodashtart roi de Sidon", in M. G. Amadasi – M. Liverani – P. Matthiae, *Da Pyrgi a Mozia. Studi sull'archeologia del Mediterraneo in memoria di Antonia Ciasca (Vicino Oriente, Quaderno 3/1)*, Roma 2002, pp. 93-104.

¹² In *CIS* I, 4 ricorda di aver costruito un «edificio» (*šrn*) sacro ad Astarte nell'anno della sua accessione al trono (?); cf. C. Bonnet, "Phénicien Šrn = accadien Šurinnu? A propos de l'inscription de Bodashtart *CIS* I 4", *Orientalia* 64 (1995), pp. 214-222.

^{12bis} Editio princeps: E. Puech, "Un cratère phénicien inscrit: rites et croyances", *Triauephratène* 8 (1994), pp. 47-73 (testo a p. 52).

¹³ Cf. R. Stucky, *Die Skulpturen aus dem Eshmun-Heiligtum bei Sidon*, Basel 1993, p. 105, n. 229, tav. 55.

¹⁴ Cf. con bibliografia, C. Bonnet – E. Lipiński, "Milkashtart", in *DCPP*, p. 293.

¹⁵ M. Dunand – R. Duru, *Oumm el-'Amed. Une ville de l'époque hellénistique aux échelles de Tyr*, Paris 1962, p. 188, pl. LXXIX, 3; A. Kassis – E. Gubel, *Musée du Louvre. Art phénicien. La sculpture de tradition phénicienne*, p. 144, n. 157.

(*rbn*) «Abdosir» è ricordato su un frammento di stele, che ne mostra la parte inferiore della figura, di profilo, con lunga veste e piedi nudi: era forse anch'egli un sacerdote?¹⁶ «Balshamor capo dei portinai» (*rb š^crm*)¹⁷ doveva essere alla testa dei guardiani delle porte del santuario, come può confermare l'iscrizione dell'addetto alla porta da Bostan esh-Sheikh e, forse, la placchetta da Cipro, qui di seguito esaminata.

Al Pireo, nel IV secolo a. C., risiedeva una comunità di Sidonii: ne abbiamo alcune attestazioni epigrafiche. Anche qui si trovavano «sacerdoti» e addetti a templi di divinità. Era di Sidone Asept, figlia di Eshmunshillem; alla sua morte, Yatonbel, «capo dei sacerdoti» (*rab kohanim*) del dio Nergal¹⁸, fa erigere una stele in suo onore, con iscrizione bilingue greca e fenicia (*KAI* 59): Yatonbel non svolgeva forse la sua funzione al Pireo, ma aggiungeva al suo nome quello della sua carica, dovunque Nergal fosse da lui venerato.

In un importante decreto rinvenuto sempre al Pireo (seconda metà del IV secolo a. C.; *KAI* 60), la comunità sidonia residente nel porto (in greco *tò koinòn tōn Sidōnīōn*) onora con una corona d'oro un personaggio che è detto «preposto dalla comunità al tempio del dio e alla costruzione dell'atrio del tempio del dio». In questo caso si ha a che fare piuttosto con un funzionario «laico», legato comunque strettamente al luogo di culto: si intravede dunque una serie di individui di rango e incarichi diversi, dal capo dei sacerdoti, al sacerdote, al sovrintendente dell'ingresso del tempio, al preposto alle opere edilizie, che svolgevano le loro funzioni all'interno di un luogo sacro in rapporto più o meno stretto con il culto vero e proprio.

Naturalmente le situazioni dovevano esse-

re diverse nel corso del tempo e a seconda dei luoghi geografici e di culto. Così, mentre l'iscrizione della sidonia Asept, attesta l'esistenza di un «capo dei sacerdoti» del dio Nergal, contemporaneamente, a Biblo, secondo l'iscrizione di Batnoam, la massima divinità femminile sembra avere al suo servizio un (sommo) sacerdote e, semmai, altri funzionari, ma non un collegio di sacerdoti con un capo. Si pone ancora una volta il problema del preciso significato del termine *kohin*, delle sue funzioni specifiche¹⁹ e dell'organizzazione del clero nei singoli santuari. Non abbiamo, infatti, a questo riguardo nessuna informazione diretta, né ci è stata tramandata una documentazione abbastanza ampia e continua nel tempo. Spostandosi in aree vicine, ad esempio, nell'antica Israele, sappiamo che il sacerdote ungeva il re e presiedeva a che i riti sacri si svolgessero correttamente: nel primo libro di Samuele (*I Sam*, 4: 12-17), i figli di Eli, sacerdote a Silo, si macchiano di una colpa inespugnabile perché manomettono a loro profitto, contro le regole, le carni del sacrificio in cottura sotto la loro responsabilità²⁰. Ancora qui (*I Sam*, 9: 11-26) vediamo che il sacerdote, in questo caso Samuele, presiede alla distribuzione dei pezzi della carne sacrificata, riservando la coscia a Saul, il futuro re²¹.

Analoghi atti e analoghe prerogative dovevano spettare al sacerdote delle città fenicie. Ma se il re era unto dal sommo sacerdote, chi aveva unto Eshmunazor I o Tabnit, sacerdoti di Astarte, la principale dea della città – prima che re? Inoltre secondo quali regole e da chi era scelta una sacerdotessa? Si potrebbero emettere solo ipotesi prive di fondamento.

Interpreti della volontà divina – indovini, veggenti – sono citati in iscrizioni di carattere storico in lingue semitiche nord-occidentali

¹⁶ M. Dunand – R. Duru, *Oumm el-'Amed*, cit., p. 191, n. 12, tav. LXXIX; A. Kassis, *Musée du Louvre*, cit., p. 147, n. 163. Stranamente si suppone qui che il titolo debba essere attribuito a una divinità maschile, il cui nome mancherebbe. Ma il titolo dato a un dio è *'adon* e non *rab*. Inoltre non vi è una lacuna tra titolo e nome del personaggio. La stele dovrebbe essere funeraria.

¹⁷ M. Dunand – R. Duru, cit., p. 194, n. 16 (conservata nel Museo di Beirut).

¹⁸ Il nome del personaggio, Yatonbel, e non, come in fenicio, Yatonbal, e il dio del quale egli è sacerdote, Nergal, lo fa ritenere di origine mesopotamica, forse babilonese: il titolo di *rab kohanim* è comunque ben noto in ambiente fenicio d'occidente.

¹⁹ Cf. P. Xella, *Numen* 49 (2002), pp. 406-426.

²⁰ Cf. C. Grottanelli, «Aspetti del sacrificio nel mondo greco e nella Bibbia ebraica», in C. Grottanelli – N. F. Parise (eds.), *Sacrificio e società nel mondo antico*, Roma-Bari 1988, pp. 134-136.

²¹ *Ibid.*, pp. 139-140.

del IX e dell'VIII secolo a. C. Il racconto contenuto nell'iscrizione aramaica del re Zakkur (*KAI* 202, VIII secolo a. C.), proveniente dalla siriana Tell Afis, ci presenta il re che, in occasione di una coalizione che ha preso d'assedio la sua capitale, agisce con l'appoggio della divinità protettrice Balshamim. Il dio «sorge» (radice QWM) in suo aiuto, lo accompagna, gli procura la vittoria e dà, a lui e al popolo, prosperità e lunga vita. Il re interpella il dio direttamente e questi gli parla «per mezzo di veggenti e per mezzo di indovini»: «Non temere – dice Balshamin a Zakkur – infatti sono io che ti ho fatto re; e proprio io mi leverò in tuo aiuto e proprio io ti libererò da tutti questi re che hanno posto un assedio contro di te» (linee 13-15, parzialmente integrate). Al sacerdote dunque, per specifici atti connessi al culto, si affiancavano specifici addetti che esortavano il dio a manifestarsi²² e ne interpretavano la volontà. Tali funzionari²³, ci sono del tutto ignoti in ambito fenicio, senza dubbio per la scarsità della documentazione, quasi tutta proveniente dall'occidente cartaginese. Qui – e già a Cipro e a Rodi – è conosciuto tuttavia un personaggio chiamato «colui che fa sorgere la divinità», sulla cui funzione si tornerà in seguito.

Fin qui i dati provenienti dall'epigrafia riguardo al sacerdote nelle città della costa libanese: dati scarni, inesistenti per alcune città, in particolare per Tiro, la cui principale divinità, Melqart, si è diffusa, con il suo sacerdozio, nel più lontano occidente, fino a Cadice, dove sorgeva l'antico e celebre santuario del dio. Qualche elemento si può ricavare da autori classici e da raffigurazioni. Erodoto (II, 44), andato a visitare il santuario di Melqart a Tiro, si intrattiene con i sacerdoti del dio, che lo ragguagliano sul tem-

pio e sulla sua antichità. Nel mito della fondazione di Cartagine, Elissa / Didone era moglie del sommo sacerdote di Eracle (Melqart) di Tiro e porta in Africa – da Cipro – il gran sacerdote, che dovrà inaugurare i nuovi culti.

L'organizzazione gerarchica del clero, almeno in epoca «tarda», è d'altra parte attestata da alcuni titoli, come quello di *deutero-státēs* del dio Bal Marqod, venerato a Deir el-Qal'a a Nord-Ovest di Biblo, di *pempto-státēs* e di *hebdmostátēs* a Sidone, che potrebbero rappresentare la continuazione di un sistema più antico: sono così nominate ben sette classi sacerdotali, almeno a Tiro²⁴. Una gerarchia di sacerdoti è forse testimoniata, come vedremo, a Cartagine, in iscrizioni rinvenute nel così detto *tofet*.

La veste caratteristica di membri del sacerdozio, almeno nel periodo ellenistico, è quella indossata da alcuni personaggi rappresentati su stele provenienti da Umm el-ʿAmed, presso Tiro. Si ricorda di nuovo quella, già citata, di Balyaton, sacerdote di Milkashtart²⁵: questi, a piedi nudi, veste una lunga tunica a pieghe con maniche lunghe e larghe, stretta da un nastro alla vita. In testa il personaggio ha un berretto cilindrico, basso, a sommità piatta. Simili vesti dovevano essere indossate dai sacerdoti di Eracle a Cadice, secondo una testimonianza di Silio Italico (III, 23-27).

Qualche informazione ulteriore sugli addetti al culto, un quadro più vivace e qualche conferma rispetto a quanto osservato finora, derivano da un'iscrizione dipinta ad inchiostro nero sui due lati di una tavoletta di alabastro, proveniente da un santuario – forse di Astarte – a Kition (ora Larnaca, Cipro; *CIS* I 86A-B = *KAI* 37)²⁶. È un documento, datato

²² Cf. H. P. Müller, "Der phönizisch-punische *mqm ʾlm* im Licht einer althebräischen Isoglosse", *Orientalia* 65 (1996), pp. 111-126, v. pp. 118-121).

²³ Si lascia qui da parte la questione del profetismo. Per l'iscrizione dipinta su stucco da Deir ʿAlla, che ricorda le visioni di Balaam, figlio di Beor, personaggio noto già nella Bibbia ebraica, cf., con bibliografia precedente, J. Hofijzer – G. van der Kooij (eds.), *The Balaam Text from Deir ʿAlla Re-evaluated*, Leiden – New York, etc., 1991.

²⁴ Cf. E. Lipiński, *DCPP*, p. 115, s. v. "Clergé".

²⁵ Cf. M. Dunand – R. Duru, *Oumm el-Amed*, cit., pp. 61-62; *Musée du Louvre*, cit., p. 144, n. 157.

²⁶ Cf. in particolare M. Sznycer, "La double inscription de Kition, *CIS*, I, 86 A-B", in O. Masson – M. Sznycer, *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*, Genève-Paris 1972, pp. 30-68. Cf. anche M. Sznycer, "Noms de métiers et de fonction", in *Chypre. La vie quotidienne de l'Antiquité à nos jours. Musée de l'Homme*, Paris 1985, soprattutto pp. 81-84 (Fonctions religieuses). La tavoletta è conservata al British Museum e proviene dalla collina di Bambula.

intorno alla metà del V secolo, che registra le spese effettuate dal santuario nel corso di un mese – il mese di Etanim, forse il primo dell'anno²⁷ – divise a seconda delle categorie o delle persone che ricevono una determinata ricompensa. Il primi a ottenere un pagamento sono i «magistrati del novilunio» (*ʿln ḥdš*, letteralmente «gli dèi del novilunio»), interpretati da M. Sznycer come «des membres du personnel attaché au temple exerçant une fonction particulièrement liée au culte»²⁸.

Abbiamo poi, come si è già osservato per l'iscrizione del Pireo (*KAI 60*), dei «costruttori» del tempio, dei «guardiani» e dei «preposti alla porta» (*prkm* e *ʿdmm ʿš ʿl dl*: letteralmente «gli uomini preposti al battente»), funzionari forse analoghi a quello citato nel tempio di Bostan es-Sheikh; sono remunerati anche dei «cantanti» (*šrm*), dei «ragazzi» o «garzoni» (*nʿrm*), dei «sacrificatori» (*zbhm*)²⁹, dei «fornai» (*ʿpm*), dei «barbieri» (*glbm*), – funzione seguita da una precisazione tradotta da M. Sznycer come «(barbieri) che lavorano per il culto», – dei «fabbricanti» (*hršm*) – in questo caso esecutori delle colonne o pilastri in pietra nel tempio: ancora una volta artigiani assoldati dal santuario e non propriamente personale cultuale. Nel santuario operava anche un gruppo di scribi: viene pagato il loro capo (*rb sprm*), ‘Abdosir: il denaro gli viene mandato e sembrerebbe perciò che egli non risiedesse stabilmente nel luogo sacro. Dal santuario di Astarte a Tas Silg (Malta), invece, proviene una placchetta d'avorio iscritta dove è nominato uno scriba «che è all'interno ...» (il testo è rotto proprio in questo punto)³⁰; è verosimile immaginare che egli si trovasse all'interno del complesso sacro. Gli scribi curavano gli archivi del san-

tuario, ma erano anche, forse, addetti all'insegnamento della scrittura.

Sulla placca di Kition, alle righe 15-16 (seguendo la numerazione di M. Sznycer), frammentarie e ricostruibili in parte sulla base dell'iscrizione del lato posteriore, compaiono dei «cani» (*klbm*) e dei *grm*: la discussione sulla funzione di questi gruppi in rapporto al tempio non è chiusa. L'interpretazione offerta da M. Sznycer è quella di due categorie di prostituti legati al santuario³¹. Allo stesso modo, nella linea 9 del lato B, sarebbero citate delle «prostitute (sacre)», chiamate in fenicio semplicemente «ragazze» (*ʿlmt*). Infine, un «padrone» dell'acqua (*bʿl mym*) è nominato in connessione con la divinità: un personaggio dunque che doveva presiedere a riti di abluzioni e verosimile purificazione. Strutture in rapporto con la conduzione di acqua sono state individuate nel corso degli scavi francesi nel santuario di Bambula (quartiere di Kition-Larnaca), a conferma dell'interpretazione qui riportata³². Non mancano infine – secondo una delle interpretazioni fornite – dei «pastori» (*rʿm*; lato B, linea 8), ad indicare il carattere di unità economiche complesse e autonome di alcuni santuari. L'insieme del «personale del tempio» sarebbe citato nella stessa tavoletta (lato B, linea 5) dalla designazione di *npš bt*. L'espressione è unica in fenicio e viene qui adoperata in rapporto con i «pilastri» o «basi» del tempio: l'uso di essa rimane dunque ambiguo e non si può considerarla una designazione del «personale addetto al culto» in generale.

Nonostante alcune incertezze nelle interpretazioni, Cipro – Kition in maniera specifica – offre un quadro ampio di quello che

²⁷ Sul nome dei mesi nel calendario fenicio cf. R. R. Stieglitz, “The Phoenician-Punic Calendar”, in *ACFP* IV, pp. 691-695 (a p. 692 considera che il mese sia il primo dell'anno e lo colloca in ottobre; v. anche la tabella, p. 695).

²⁸ M. Sznycer, *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*, cit., pp. 33-34.

²⁹ In occidente (Cartagine) le così dette «tariffe sacrificali» (v. in seguito) citano un *bʿl zbḥ* (letteralmente «padrone del sacrificio»), che non è un funzionario cultuale, ma l'offerente, colui che porta il sacrificio al santuario. In periodo romano, *zbḥ* corrisponde al latino *flamen* (v. *infra*).

³⁰ Cf. M. G. Amadasi Guzzo, “Le iscrizioni puniche”, in AA. VV. *Missione archeologica italiana a Malta. Campagna di scavi 1968*, Roma 1969, pp. 67-72 (testo a p. 68).

³¹ M. Sznycer, *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*, cit., pp. 65-68.

³² Formulata da M. Sznycer, *ibid.*, pp. 58-60, sulla base della lettura di B. Peckham, “Notes on a Fifth-Century Phoenician Inscription from Kition”, *Orientalia* 37 (1968), pp. 304-324. Sul rapporto con strutture messe in luce a Bambula, cf. M. Yon, “Le maître de l'eau à Kition”, in *Archéologie au Levant. Recueil à la mémoire de R. Saidah*, Lyon – Paris 1982, pp. 251-263.

doveva essere l'insieme dei funzionari che svolgevano le loro attività in un santuario: tutto un mondo legato non solo al culto, ma anche all'economia di scambio e di accumulo di beni e di conoscenze che nel complesso sacro stesso aveva il suo centro. Ne è conferma epigrafica l'offerta a Bal del Libano (*KAI* 31) – cui era dedicato un santuario a Limassol (Cipro) – di coppe «in qualità di primizie del bronzo» (*brʿšt nhšt*), da parte di un governatore di Qarthadasht, «servo» di un Hiram, re di Sidone, intorno alla metà dell'VIII secolo a. C.³³; si trattava certo di una sorta di imposta pagata al tempio, la cui funzione era anche quella di deposito di ricchezze.

Un esempio concreto di santuario extraurbano è quello dedicato ad Astarte di Malta (*ʿštrt ʾnn*), a Tas Silg (baia di Marsaxlokk), messo in luce in parte da una missione italiana tra il 1963 e il 1970³⁴ e ora nuovamente in corso di studio. È stata già citata la placchetta in avorio iscritta con il nome di uno scriba; altre iscrizioni nominano più volte un «sacerdote» (*kohin*); il sostantivo appare su recipienti in ceramica eseguiti con cura particolare e su lucerne, con tracce di uso. Alcuni piattelli dove ricorre il sostantivo «sacerdote» hanno anche un'abbreviazione, che si è proposto di interpretare come la prima lettera di un vocabolo che indicherebbe la purità del vaso e del suo contenuto³⁵. Sappiamo dunque che in epoca ellenistica i sacerdoti adoperavano recipienti cultuali di loro uso forse esclusivo e che, forse, almeno in dati casi, questi recipienti dovevano essere ritualmente puri.

Nel Mediterraneo d'occidente, le attestazioni dell'attività sacerdotali e provengono

dall'Africa settentrionale³⁶ e dalla Sardegna³⁷. È nominata spesso la funzione di «sacerdote» (*khn*) e di «sacerdotessa» (*khn̄t*); alcuni individui – maschi e femmine – hanno il titolo di «capo dei sacerdoti» (*rb khnm*) e di «sacerdotessa in capo» (*rb khn̄t*), in iscrizioni sia votive sia funerarie. Dai contesti delle iscrizioni risulta come tali personaggi fossero membri di famiglie altolocate: nelle loro genealogie compaiono spesso ad esempio sufeti, i sommi magistrati dello stato. Della loro importanza attestano anche formule di datazione, dove accanto alla menzione dei sufeti eponimi compare, a datare la dedica, anche il sommo sacerdote. Un esempio, di epoca ellenistica, è l'iscrizione, purtroppo frammentaria, *KAI* 81, dedica di templi (*mqdšm*) ad Astarte e a Tinnit «nel Libano». Qui, come in altri casi, il testo si chiude con la menzione dei sufeti eponimi, del magistrato chiamato *rab*³⁸, e forse di altri funzionari (vi sono alcune lacune), poi del *rab kohanim* (*rb khnm*)³⁹. Questi è a sua volta figlio e nipote di sommi sacerdoti, un'indicazione dunque dell'ereditarietà – almeno possibile – della carica.

Per quanto riguarda le donne, è interessante l'epitaffio di Sofonibal, «la sacerdotessa» (*hkhnt*; *KAI* 93), i cui antenati (padre e nonno) non sembrano aver rivestito cariche di prestigio, che è moglie di Hanno, sufeta e capo dei sacerdoti, anch'egli figlio di un personaggio che ha rivestito le due funzioni⁴⁰. La carica di «sacerdotessa», come quella di sacerdote, non esigeva dunque il celibato – almeno in base alla documentazione diretta –, né sappiamo se fosse a vita o di durata limitata nel tempo, anche se l'uso di datare menzionando il sommo sacerdote potrebbe far pensare – al-

³³ Sul carattere di «tassa al santuario» dell'offerta, cf. C. Grottanelli, «JOf Gods and Metals. On the Economy of Phoenician Sanctuaries», *Scienze dell'Antichità. Storia archeologia antropologia* 2 (1988), pp. 244-247.

³⁴ Cf. AA. VV., *Missione archeologica italiana a Malta. Rapporti delle campagne di scavi 1963-1970*, Roma 1964-1973.

³⁵ Cf. M. G. Amadasi Guzzo, «Quelques tessons inscrits du sanctuaire d'Astarté à Tas Silg», in *ACFP* IV, pp. 181-196.

³⁶ Cf., da ultimo, A. Ferjaoui, «Fonctions et métiers de la Carthage punique à travers les inscriptions», *REPPAL* 6 (1991), pp. 71-86 (73-74 sulle funzioni religiose).

³⁷ Un «capo dei sacerdoti» è attestato in *ICO Sard.* 36 e in G. Garbini, «L'iscrizione», in P. Bartoloni – G. Garbini, «Una coppa d'argento con iscrizione punica da Sulcis», *RSF* 27 (1999), pp. 82-91 (testo p. 84).

³⁸ Cf. M. Szymer, «Les titres puniques des fonctions militaires à Carthage», in *113^e Congrès National des Sociétés Savantes, Strasbourg, IV^e Colloque international sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord*, t. I, Paris 1990, pp. 119-120.

³⁹ Anche l'iscrizione da Sulcis cit. a nota 37 dà la data anche sulla base della «magistratura» (formula *ʿt r*) del sommo sacerdote. È possibile supporre che si trattasse del sommo sacerdote del tempio di Bal Addir, cui è rivolta la dedica.

⁴⁰ Sembra, dai contesti, che il titolo di sufeta, una carica annuale, spettasse a chi avesse, almeno una volta, esercitato tale funzione; non sappiamo se la carica di capo dei sacerdoti fosse anch'essa limitata nel tempo.

meno per quest'ultimo – a una carica temporanea. Il titolo di *rb khnt*, letteralmente «capo delle sacerdotesse», spetta a donne in documenti da Cartagine (ad es. *CIS* I, 5949), da Constantine (ad es. *EH* 67)⁴¹. L'iscrizione *KAI* 95 presenta Batbal come *rab kohanim*, letteralmente «capo dei sacerdoti»: forse un errore dello scriba, che ha riprodotto meccanicamente la forma maschile del titolo⁴²; la donna è figlia di un individuo che è stato *rab*, mentre è moglie di un sufeta, a sua volta figlio, nipote, pronipote di sufeti.

I documenti ci presentano spesso membri del clero come offerenti in quei luoghi di culto specifici chiamati *tofet*⁴³, luoghi che hanno fornito in occidente la maggior parte delle iscrizioni che possediamo. A volte vi è specificato il nome del dio del quale il personaggio è sacerdote, a volte invece è soltanto nominata la funzione. Ad esempio *CIS* I, 5955, da Cartagine, è l'iscrizione funeraria di Himilkat, sacerdote di Balshamim. È figlio di 'Azorbal, che ha il titolo poco chiaro di *hšnh*, probabilmente «il secondo»⁴⁴. Si è proposto che questa espressione indichi un sacerdote di seconda classe; le due classi – che potrebbero riflettere un tipo di gerarchia testimoniato in epoca recente anche in Fenicia (v. sopra) – corrisponderebbero, in epoca romana, ai *sacerdotes loci primi* e *secundi* attestati nel culto di Saturno⁴⁵. Che la funzione sia di carattere sacerdotale sembra da accettare sulla base del contesto dell'iscrizione: il padre di 'Azorbal ha infatti la stessa funzione di «secondo», ma il nonno e il bisnonno hanno ambedue il titolo di «gran sacerdote». Un caso analogo è quello di *CIS* I, 4859, una dedica di Eshmunhilles «il secondo» (scritto questa volta

hšnh) i cui antenati sono sommi sacerdoti⁴⁶.

Su alcune funzioni del «sacerdote» in occidente informano le così dette «tariffe sacrificali», la più integra delle quali è stata rinvenuta a Marsiglia (*KAI* 69; cf. inoltre *KAI* 74, *KAI* 75 e *KAI* 76). Le «tariffe» sono documenti ufficiali incisi su tavole in pietra, esposte in diversi santuari (quella ritrovata a Marsiglia – che dovrebbe provenire da Cartagine – viene dal tempio di Bal Safon); secondo i vari tipi di sacrifici – chiamati *kll*, *šwʿt* e *šlm kll* – e di vittime (mammiferi, vari tipi di uccelli, offerte alimentari) è stabilito ciò che spetta al sacerdote e ciò che spetta all'offerente. Sono citate le vittime animali in ordine di grandezza decrescente, dal bue a determinati tipi di volatili, e – all'interno di queste categorie – il tipo del sacrificio: olocausto o altro tipo di offerta, nel quale la carne della vittima era mangiata, probabilmente in pasti comunitari nel santuario stesso⁴⁷. Determinate parti delle vittime (il significato esatto dei termini impiegati rimane discusso) spettavano al sacerdote mentre la pelle e altre parti spettavano all'offerente; secondo il tipo della vittima – e secondo il documento – il sacerdote poteva ricevere una somma in denaro. Se il sacerdote si fosse comportato in modo diverso da quanto prescritto nella tariffa (se avesse preteso di più o forse avesse diviso le carni diversamente) doveva essere multato; multe sono prescritte anche per l'offerente o chiunque non avesse rispettato la «tariffa».

Come già nella Siria-Palestina, ai sacerdoti dunque spettava che i sacrifici fossero offerti correttamente e le carni della vittima animale fossero divise secondo le regole. In occidente presiedevano ai regolamenti delle

⁴¹ A. Berthier – R. Charlier, *Le sanctuaire punique d'El-Hofra à Constantine*, Paris 1955. Si ricorda anche l'iscrizione *KAI* 131, da Ain Zakkar, in Tunisia, che commemora una sacerdotessa (*khn 'drt* = *sacerdos magna*) in «servizio» per 18 anni (A. Ferjaoni, *Semitica* 46 [1996], pp. 25-35).

⁴² Per le attestazioni di *khn*, *rb khnm*, *rb khnt*, cf. *DNWSI*, pp. 490 ss., s. v. *khn*.

⁴³ Cf. C. Gómez Bellard, «Tophet», in *DCPP*, pp. 461-463, con bibliografia e, in particolare, nel recente volume ed. da C. G. Wagner – L. A. Ruiz Cabrero, *El Molk como concepto del sacrificio punico y hebreo, y el final del dios Moloch*, Madrid 2002 (traduzione seguita da una serie di articoli del classico lavoro di O. Eissfeldt), A. Ciasca, «Archeologia del tofet», pp. 121-140.

⁴⁴ L'ortografia corretta di «secondo» dovrebbe essere *šny*; tuttavia in periodo recente lo scambio di queste consonanti (ormai cadute nella pronuncia) è ammissibile nella scrittura.

⁴⁵ E. Lipiński, «Clergé. Sources gréco-latines», in *DCPP*, p. 114.

⁴⁶ La funzione è attestata anche in *CISI*, 359; sulle interpretazioni cf. *DNWSI*, p. 1175, s. v. *šnh* 5.

⁴⁷ Cf. N. Parise – C. Grottanelli (eds.), *Sacrificio e società nel mondo antico*, cit. (in particolare M. G. Amadasi Guzzo, «Sacrifici e banchetti. Bibbia ebraica e iscrizioni puniche», pp. 97-122); E. Lipiński, «Tarifs sacrificiels», in *DCPP*, pp. 439-440.

commissioni: nella tariffa di Marsiglia si tratta dei “trenta uomini preposti alle spese” (*šlsm h’š ‘l hms’tt*)⁴⁸. L’offerente, chiamato letteralmente «padrone del sacrificio» (v. sopra), non offriva egli stesso la sua vittima. Essa doveva essere sacrificata da un funzionario chiamato *zubeah*⁴⁹ (*zbh*, «sacrificatore»), attestato in poche iscrizioni, una delle quali di Cipro⁵⁰, che corrisponde – in una bilingue da Leptis Magna, *KAI* 120 – al latino *flamen*.

Apparteneva al sacerdozio anche il personaggio detto *’dr* (*addir*) *’zrm* (*KAI* 120, 121, 126), nominato solo in iscrizioni neopuniche e corrispondente al latino *praefectus sacrorum*. Le attestazioni così recenti non permettono di accertare con sicurezza che la funzione fosse davvero punica, antecedente il periodo romano, ma l’opinione generalmente espressa è che lo fosse⁵¹. Un altro funzionario connesso verosimilmente con cerimonie del culto si chiama, sempre a Leptis Magna (*KAI* 120) *p’l hšhm*, che viene tradotto da G. Levi Della Vida⁵² come «fabbricante dei mazzi». Si tratterebbe di un individuo che intreccia delle sorte di ghirlande in rapporto con cerimonie del culto. La spiegazione del secondo elemento dell’espressione (*p’l* significa sicuramente «fabbricante») non è comunque del tutto sicura⁵³.

Esercitavano la loro funzione nel santuario persone – uomini e donne – che si definiscono come servo / serva di una determinata divinità (*’abd*, al maschile, *’amot* al femminile): conosciamo così un «Balazor... servo di Sidmelqart» (*CIS* I, 256), e «Himilkot, servo del tempio di Milkashtart»

(*CIS* I, 250)⁵⁴. Abibal, «serva della divinità», dedica nel tofet di Cartagine (*CIS* I, 378): era forse un’addetta al culto nel tofet stesso? Nello stesso tofet è conservata la dedica di una «serva di Astarte di Erice» (*CIS* I, 3776)⁵⁵: viene spontaneo domandarsi se non possa trattarsi di una delle così dette prostitute sacre, famose soprattutto a Erice, ma per affermarlo ci vorrebbe qualche indizio ulteriore⁵⁶. Sono attestate donne «appartenenti al ‘gruppo’ (*’am*, letteralmente “popolo”)» di una divinità o del tempio di una divinità: in *CIS* I, 263 Emashtart appartiene al gruppo di Astarte, ma potrebbe eventualmente far parte delle «serve di Astarte» (*’š b’mt ’š ’štrt*), letteralmente «che è nel gruppo che appartiene ad Astarte» o «che è fra le serve che appartengono ad Astarte») ⁵⁷.

Nella tavoletta di Kition, come abbiamo visto, sono elencati «fornai» in rapporto con il culto. Nel tofet di Cartagine offrono personaggi la cui funzione è di «cuoco» o «macellaio» (*’tḥ*): si suppone che si tratti di addetti alla macellazione delle vittime dei sacrifici⁵⁸; era comunque una funzione riservata, talvolta, a persone di un certo rango: Gerashtart, «il cuoco / macellaio» di *CIS* I, 237 ha tra i suoi antenati un *rab* (ma Bodmelqart di *CIS* I, 238 non conta nella sua famiglia personaggi con cariche specifiche; lo stesso è il caso dei «cuochi / macellai» dei documenti citati a nota 58). Infine, in rapporto con il servizio nei templi, sono anche barbieri (barbieri addetti al culto ricevono uno stipendio a Cipro): sono designati dall’espressione *glb ’lm* «barbiere della divinità»⁵⁹. Lo sono ad

⁴⁸ I “trenta uomini preposti ai santuari” nominati in *KAI* 80 dovevano costituire una commissione con funzioni edilizie – almeno nel contesto nel quale compaiono.

⁴⁹ La vocalizzazione è del tutto incerta.

⁵⁰ Cf. *DNWSI*, p. 302, s. v. *zbh* 3.

⁵¹ Cf. *IPIT* 21 (27), p. 53.

⁵² *Africa Italiana* 6 (1935), 11 s.; *IPIT* 21 (27), p. 52.

⁵³ M. Sznycer, “Sur l’inscription néopunique ‘Tripolitaine’ 27”, *Semitica* 12 (1962), pp. 48-50 “fabricant d’ustensiles en bois”; G. Garbini, *AION*, 15 (1965), p. 338.

⁵⁴ Cf. anche *CIS* I, 247, 248, 249 (servi del tempio di Sid-Tanit M’RT), 3779 (servo del tempio di Astarte «nel luogo santo»), 4834, 4835 (servi del tempio di Eshmun) etc. (cit. in *DNWSI*, pp. 818-819, s. v. ‘bd 2). Cf. anche le citazioni in A. Ferjaoui, *REPPAL* 6 (1991), note 30-31.

⁵⁵ Cf. *DNWSI*, pp. 70-71, s. v. ‘mh 2.

⁵⁶ I vocaboli *’abd* «servo» e *’amot* «serva» indicano una dipendenza generica e richiedono una traduzione diversa a seconda dei contesti (ad esempio il «servo» di un re è un ministro).

⁵⁷ Considerando *’mt* di l. 3 come errore per *’mt* (così anche *DNWSI*, p. 70, s. v. ‘mh 2).

⁵⁸ *CIS* I, 237, 238, 239, 376, 4876, 4877 (grafia tarda), 4879 (cf. *DNWSI*, p. 419, s. v. ‘tḥ).

⁵⁹ *CIS* I, 257, 258, 259, 588 (cf. *DNWSI*, p. 222, s. v. glb 2).

esempio Balhanno, figlio di Himilkot, figlio di Balshillek, Arish, figlio di Arisham: tutti individui che non appartengono alla classe che ha dato a Cartagine sufeti o alti funzionari; sembra perciò una carica di livello medio, forse in rapporto con l'acconciatura rituale dei sacerdoti, in modo analogo a quanto sembra testimoniato a Cipro.

Tra i diversi addetti al culto, non vi è traccia di indovini o auguri, con funzione di fornire presagi, anche se le fonti classiche alludono a responsi dati dalle divinità in determinate circostanze⁶⁰. È stata di recente interpretata in questo senso la funzione di *miqim 'elim* (*mqm 'lm*) «colui che fa 'sorgere' la divinità», che varie iscrizioni – da Cipro e Rodi all'Africa del Nord – menzionano in contesti votivi⁶¹, a volte seguita dall'espressione *mtrh 'strny*. Il titolo⁶² era stato finora interpretato in rapporto con la morte e la «resurrezione» (*egesis* in greco) del dio Melqart. Il *miqim 'elim* in questo caso sarebbe colui che, nella festa che celebra il risveglio del dio, lo fa risorgere: la specificazione *mtrh 'strny* – interpretata come «fidanzato / sposo di Astarte» (il secondo vocabolo è da analizzare come una forma aggettivale dal nome della dea) – sarebbe da attribuire al dio Melqart stesso. Il *miqim 'elim*, nella celebrazione del «risveglio» del dio avrebbe avuto forse anche la funzione di celebrare la commemorazione di un'unione sacra tra Melqart stesso e la dea Astarte. In favore dell'interpretazione di questo addetto al culto come connesso al ritorno alla vita di Melqart, viene citata l'iscrizione CIS I, 5980, con l'espressione *miqim 'elim MLT*, da sciogliere, forse, come *miqim 'lim ML<QR>T*, cioè «colui che risveglia il dio Melqart». Il titolo poi corrisponderebbe al greco *egerseitēs tou 'Erakléous*, a conferma della fondatezza dell'interpretazione proposta⁶³. La tesi, che vede nel funzionario una sorta di

evocatore della divinità, augure o veggente, è possibile e interessante; rimarrebbe invece non spiegato l'appellativo di *mtrh 'strny*, per il quale il significato di «sposo di Astarte» (letteralmente «astarteo») sembra plausibile.

Sacerdoti, sacerdotesse, individui addetti al culto, continuano ad essere ricordati nelle iscrizioni neopuniche di epoca romana: abbiamo visto il rapporto istituito in alcuni casi tra funzione fenicia e funzione latina. Cambiano i riti, cambiano le figure divine adorate, ma le espressioni e i termini in rapporto al culto restano per lo più gli stessi, così che una patina uniforme copre una multiforme realtà. Da quando il re riassumeva in sé anche la funzione sacerdotale, a quando, in epoca ellenistica, una serie di specifici «funzionari culturali» compaiono nei testi, a servizio in templi e santuari di divinità diverse, a volte nuove – derivate da ambienti vicini, e venerate secondo cerimonie verosimilmente «rinnovate» – sembra doversi presumere che il mondo sia davvero cambiato. Tuttavia da est a ovest, dall'VIII secolo – quando Bal del Libano riceveva a Cipro le «primizie del bronzo», amministrate da funzionari del santuario – al III-II a. C. – quando l'Astarte di Malta era sede di un santuario dove il clero presiedeva ai riti, ma certo anche in buona parte agli scambi economici – si osserva una continuità notevole. E se in Fenicia la funzione regia comprendeva anche quella sacerdotale, a Cartagine, nel III secolo a. C. circa, se non più tardi, 'Abdmelqart, sufeta, dunque espressione della massima autorità dello stato, era anche gran sacerdote e *miqim 'elim*⁶⁴. Ancora a lungo sfera politica e religiosa investiranno senza divisioni nette la vita dei cittadini e le stesse famiglie – se non gli stessi personaggi – occuperanno le più alte cariche religiose e politiche.

⁶⁰ Cf. ad es. il racconto della fondazione di Gades in Strab. III 5, 5-9.

⁶¹ Cf. H. P. Müller, *Orientalia* 65 (1996), pp. 111-126. Il sostantivo *mqm* è formato sulla base di QWM «sorgere», usata nell'iscrizione di Zakkur in rapporto con Balshamin, che – evocato da veggenti – sorge in aiuto del re assediato (cf. p. 45).

⁶² A Cipro cf. A. M. Honeyman, "*Larnax tes Lapethou*. A Third Phoenician Inscription", *Le Muséon* 51 (1938), pp. 285-298; a Rodi, *KAI* 44; dal Nord Africa: *KAI* 70 (forse da Cartagine), CIS I, 227, 260, 261, 262, 377, 3351, 3352, 3788, 4863-4872, 5903, 5950 (= *KAI* 90), 5979, 5980, 6000bis (Cartagine), *KAI* 161 (Cherchel).

⁶³ Cf. C. Bonnet, "Miqim elim", in *DCPP*, pp. 294-295.

⁶⁴ CIS I, 5950 = *KAI* 93.

III. EL HOMBRE Y LA ESCRITURA

5. LE SCRIBE

C. BONNET

«De tous les métiers humains qui existent sur la terre, Enlil n'en a pas conçu de plus difficile que l'art du scribe», affirmait la sagesse mésopotamienne.

Dès la tradition classique, incarnée en quelque sorte par Hérodote, l'«invention» de l'alphabet est attribuée aux Phéniciens qui, sans que l'on sache trop ni où (côte syro-phénicienne? Chypre? Crète?), ni quand (à la charnière entre IIe et Ier millénaire av. J.-C.), ni comment, transmirent ces *lettres phéniciennes* (en grec, *phoinikeia grammata*) aux Grecs. Nous savons aujourd'hui qu'à Ugarit déjà, durant l'Âge du Bronze Récent, était en usage un alphabet de type cunéiforme, couché sur des tablettes d'argile, de sorte que l'innovation phénicienne doit être considérée comme le fruit d'une évolution, et non pas comme l'invention soudaine d'un esprit génial. Cela dit, il n'en reste pas moins vrai que la généralisation de l'alphabet linéaire de dérivation phénicienne, aisément traçable sur tout type de support, spécialement sur papyrus, et d'apprentissage rapide, a constitué un tournant dans l'histoire culturelle de la Méditerranée, aux alentours de 1000 av. J.-C., donc au début de l'Âge du Fer. Auparavant, au sein des sociétés très pyramidales de l'Âge du Bronze, dominées par un système palatial qui concentrait presque tous les pouvoirs dans les mains de l'aristocratie, l'écriture, syllabique, riche de plusieurs centaines de signes, était l'apanage d'un groupe restreint de lettrés professionnels formés dans des écoles sribales, généralement placées sous le contrôle des deux grandes instances dominantes, à savoir le temple et le palais. Seule une élite, longuement formée et préparée à des tâches hautement qualifiées, qui prévoyaient la manipulation de plusieurs centaines de signes d'écriture et de divers idiomes, avait accès à l'écriture qui était

donc, en règle générale, un instrument «politique» (au sens large) qui était exercé dans divers domaines: l'expression de l'idéologie dominante, la gestion du domaine public, le droit national et international, les relations diplomatiques, la science, le culte, etc.

Avec l'alphabétisation, qui conduit à la réduction drastique du nombre de signes nécessaires, on assiste à une «démocratisation» progressive de la culture écrite: c'est ainsi que se multiplient les inscriptions d'appartenance, par le biais desquelles chacun pouvait «étiqueter» un objet et qui montrent comment l'écriture fut mise au service des besoins de la société toute entière et de l'affirmation individuelle, et non plus seulement d'une oligarchie. Il ne faut cependant pas imaginer que les cultures de l'époque archaïque, en Phénicie comme ailleurs en Méditerranée, étaient totalement alphabétisées: loin de là! D'abord, la part d'oralité resta toujours considérable, un trait qui a été adéquatement mis en évidence pour la Grèce dans le cadre des études homériques; par ailleurs, des secteurs entiers de la société – femmes, étrangers, enfants, esclaves – demeurèrent étrangers à l'écriture, ce qui réduisit sensiblement le champ d'enquête de l'historien. Enfin, si les tablettes d'argile, le support habituel des textes cunéiformes, étaient très résistantes – les incendies accompagnant la destruction des sites les «cuisaient», les rendant ainsi plus solides – en revanche, les supports souples, plus adaptés aux écritures linéaires, comme le papyrus ou le parchemin, plus tard le papier, s'avèrent hautement déperissables, ce qui nous prive de presque tout le matériel qui aurait pu servir à étudier le monde et la vie du scribe phénicien. Paradoxalement donc, au moment même où l'écriture se répand, se multiplie et se différencie, nos sources d'information se raréfient.

On dispose, pour cerner la figure du scribe phénicien, d'un petit corpus d'une trentaine d'inscriptions sur pierre mentionnant



Figura 1
Scribes, peinture murale de Til Barsip

cette profession¹. Cet ensemble ne fournit que de maigres données sur la formation, sur les activités et sur le statut social de la catégorie professionnelle des scribes. On s'efforcera donc de recourir prudemment à une méthode comparative pour tâcher d'en savoir plus et de combler les lacunes de notre savoir: on connaît en effet beaucoup mieux le scribe mésopotamien, égyptien, ougaritique ou biblique²; leurs dossiers nous aideront à poser des questions, à suggérer des pistes d'enquête, à entrevoir des réponses, à imaginer ce que pouvait être la vie d'un scribe, à Tyr par exemple, aux alentours de 800 av. J.-C., à défaut de connaître directement cette réalité par le biais des sources.

* * *

On se souviendra tout d'abord du fait que la Phénicie, à l'Âge du Bronze Récent, était le siège de plusieurs petits royaumes ou cités-états dont les souverains étaient des vassaux tributaires du pharaon égyptien. C'était notamment le cas des principaux ports phéniciens: Tyr, Sidon, Beyrouth et Byblos. Ces cours phéniciennes entretenaient, avec le pharaon, une correspondance diplomatique en langue babylonienne et en écriture cunéiforme. Une partie significative de ces missives a été découverte à la fin du XIXe siècle à Tell el-Amarna, en Égypte, l'antique Akhétaton, capitale du pharaon hérétique Akhénaton³. Ces documents couvrent un arc chronologique d'une trentaine d'années, grosso modo entre 1360 et 1330 av. J.-C. Ces documents contiennent, pour l'essentiel, des messages relatifs au passage de contingents égyptiens et des requêtes d'aide et de soutien militaire adressées en vain au pharaon que ces petits royaumes n'intéressaient que dans la mesure où ils payaient leur tribut annuel et lui fournissaient une série de biens, comme le bois ou la pâte de verre. Les lettres provenant de Phénicie montrent qu'une tradition scribale d'inspiration mésopotamienne y existait alors. Les scribes de cour, en tout point semblables à leurs "cousins" mésopotamiens, syriens ou hittites, utilisaient en effet le babylonien comme langue internationale de la diplomatie, sur des tablettes d'argile, mais ils parlaient naturellement un idiome ouest-sémitique, «cananéen», qui a laissé des traces dans une série de gloses placées dans les marges et destinées à expliquer ou à traduire dans la langue locale tel ou tel terme spéci-

¹ Les autres professions ne sont guère mieux représentées dans le corpus épigraphique phénico-punique, ce qui indique que notre dossier pourrait être relativement représentatif de la réalité qui nous intéresse.

² Cf., pour le monde mésopotamien, J.-J. Glassner, *Écrire à Sumer. L'invention du cunéiforme*, Paris 2000, pp. 141-146 (les scribes sont attestés dès la fin du IVe millénaire av. J.-C., en rapport avec six corps de métiers différents; la figure du "grand scribe" est déjà attestée); G. Visicato, *The Power and the Writing. The Early Scribes of Mesopotamia*, Bethesda 2000; A. Schlott, *Schrift und Schreiber im alten Ägypten*, Munich 1989; E. Lipiński, "Scribes d'Ugarit et de Jérusalem", in H. J. L. Vanstiphout (ed.), *Scripta signa vocis. Studies about Scripts, Scriptures, Scribes and Languages in the Near East Presented to J. H. Hospers*, Groningen 1986, pp. 143-154; A. Lemaire, *Les écoles et la formation de la Bible dans l'ancien Israël* (OBO 39), Göttingen 1981. Voir aussi, pour un parallèle avec le monde grec, M. Detienne (ed.), *Les savoirs de l'écriture. En Grèce ancienne*, Paris 1988.

³ M. Liverani, *Le lettere di el-Amarna. 1. Le lettere dei "Piccoli Re"*, Brescia 1998.

fique. Il s'agissait donc de scribes bilingues qui écrivaient un babylonien périphérique, influencé par les idiomes cananéens qui n'ont guère laissé d'autres traces écrites.

Si nous trouvons, dans les inscriptions phéniciennes, la mention isolée de tel ou tel scribe, avec l'indication de son nom et éventuellement de sa généalogie, on a cependant de bonnes raisons de penser que les scribes constituaient une sorte de corporation, placée sous la protection d'un «saint patron», comme l'était Thot en Égypte⁴. Philon de Byblos, qui écrit au II^e siècle ap. J.-C. une *Histoire phénicienne* dans laquelle confluent toute une série de traditions locales bien plus anciennes, fait état d'un correspondant – on pourrait même dire un «calque» phénicien de Thot, un certain Tautos, qui aurait été le secrétaire (*grammateus*) du très puissant Kronos phénicien (comme Thot l'était d'Osiris⁵) et qui aurait, pour premier, tracé des signes d'écriture «en imitant le visage des dieux ses compagnons»⁶. Au-delà de l'influence culturelle égyptienne, qui n'a rien pour nous étonner en contexte phénicien, on soulignera le caractère *sacré* de l'écriture, conçue comme une *mimèsis*, une *métaphore* du monde divin⁷. Dans un tel contexte, nul doute que la profession de scribe jouissait d'une aura particulière, en raison de l'origine divine de l'écriture et de la fonction de médiateur quasi «magique» de celui qui la maîtrisait⁸. Philon de Byblos établit en outre clairement le lien entre écriture et pouvoir: Thot assiste et conseille Kronos; il conçoit pour lui les emblèmes de la royauté et donne des instructions pour que les gestes du roi soient enregistrés par écrit. Le scribe – un

personnage qui participe du «divin» – gravite donc dans l'orbite du pouvoir, de la royauté, à laquelle il prête ses services⁹.

Seul l'examen des documents épigraphiques – les seuls disponibles – va nous permettre de préciser le profil du scribe et ses fonctions. Il n'est guère possible de déterminer à priori «l'espace du scribe», dans la mesure où le domaine de l'écrit était certainement balisé par une série de professions plus ou moins distinctes: scribe, mais aussi écrivain, comptable, lapicide, notaire, interprète, héraut, messenger, etc. Le nom du scribe, *spr* en phénico-punique, renvoie certes à une racine homonyme¹⁰ signifiant «écrire», d'où aussi le substantif *spr*, «document écrit», avec diverses spécialisations sémantiques «inscription, lettre, contrat, acte, livre», mais cette racine a aussi le sens de «compter», conformément à la logique du processus de genèse de l'écriture qui la fait dériver des *tokens*, un système de comptage attesté au Proche-Orient dès le VIII^e millénaire av. J.-C.¹¹. De fait, les premiers documents écrits, à Uruk, relèvent essentiellement de la gestion administrative et économique¹². En d'autres termes, écrire, c'est d'abord compter, dresser des listes, inventorier. On verra plus avant si le scribe phénicien recouvre des fonctions spécifiques qui permettent de le distinguer d'autres professions liées à l'écrit ou aux messages en général. Un texte de Polybe (III 22,8) relatif au premier traité d'alliance entre Rome et Carthage, à la fin du VI^e siècle av. J.-C., nous apprend que certaines transactions commerciales doivent avoir lieu en présence de fonctionnaires carthaginois chargés de faire respecter les termes des accords. Polybe les ap-

⁴ Cf. *Reallexikon der Ägyptologie*, VI, Wiesbaden 1986, pp. 497-523.

⁵ Cf. Platon, *Phèdre* 274d-278b; Diodore I,16,2.

⁶ Eusèbe de Césarée, *Préparation évangélique* I, 9, 23-24; I,10,14; I,10,17; I,10,36.

⁷ Cf. S. Ribichini, *Poenus advena*, Rome 1985, pp. 95-112; A. M. V. Contini, «Hermès e la magia della scrittura in Filone di Biblo», in U. Rapallo (ed.), *Linguistica, pragmatica e testo letterario*, Gênes 1986, pp. 15-30.

⁸ Cf. S. Ribichini, «Rileggendo Filone di Biblo. Questioni di sincretismo nei culti fenici», in A. Motte – C. Bonnet (eds.), *Les syncrétismes religieux dans le monde méditerranéen antique*, Rome-Bruxelles 1999, pp. 149-177, en part. pp. 153-154.

⁹ Thot est du reste fils de Misor, «droiture», «justice», une des vertus cardinales du roi.

¹⁰ Cf. *DNWSI*, s. v. *spr*.

¹¹ F. Pomponio, «Gli antenati della scrittura nel Vicino Oriente», in *La 'parola' delle immagini e delle forme di scrittura. Modi e tecniche della comunicazione nel mondo antico*, Messina 1998, pp. 9-28.

¹² Pour les nuances à apporter à cet énoncé, qui tient aussi de l'idée toute faite, cf. J.-J. Glassner, *Écrire à Sumer*, cit.

pelle *kèrux*, «hérald», ou *grammateus*, «secrétaire, scribe». Cette alternance reflète-t-elle l'oscillation entre une procédure orale et une procédure écrite? Il en résulte en tout cas que le champ d'action du scribe était partiellement occupé par d'autres métiers et que les nuances entre une profession et l'autre ne nous sont pas toujours claires en raison de l'état de la documentation.

Les inscriptions phéniciennes et puniques qui mentionnent des scribes sont en général des dédicaces ou des épitaphes: la mention du métier du dédicant ou du défunt est donc accessoire et très laconique¹³. Contrairement à ce qui se passe pour la documentation ougaritique, on ne conserve aucun colophon de la main d'un scribe phénicien ou punique. C'est la raison pour laquelle notre enquête présente d'évidentes limites objectives¹⁴. Avant de nous confronter à celles-ci, il pourrait être stimulant, sur la base des dossiers parallèles provenant des cultures avoisinantes – Ougarit, la Mésopotamie, l'Égypte, Israël –, de dresser un catalogue des aspects que l'on souhaiterait pouvoir explorer, des questions aux quelles on aimerait trouver réponse.

- quelle formation recevaient les scribes phéniciens et puniques? où étaient-ils éduqués et combien de temps durait leur apprentissage? avec quels instruments apprenaient-ils à lire et écrire? selon quelles méthodes? a-t-on des traces d'écoles scribales, donc d'usages spécifiques à certaines villes, à certaines traditions?

- quels étaient les lieux de formation et de travail des scribes? les trouve-t-on en dehors de la cour et des temples? s'agit-il d'une profession largement répandue?

- s'agit-il d'une profession héréditaire? existe-t-il des «dynasties» de scribes?

- comment les scribes se rapportent-ils au pouvoir, à la cour? exercent-ils parfois des responsabilités politiques?

- comment les scribes se répartissent-ils

entre la sphère publique et la sphère privée? quelle typologie de textes produisent-ils d'un côté et de l'autre?

- interviennent-ils au niveau religieux? quel est leur rôle dans la transcription des rituels et des mythes?

- jouissent-ils d'une estime collective, d'un prestige particulier? tous les scribes sont-ils des hommes libres ou cette profession était-elle aussi accessible aux personnes de condition servile ou semi-servile, ou encore aux étrangers?

- peut-on parler d'«onomastique scribale»? en d'autres termes, les scribes et leurs enfants portent-ils des noms en rapport avec la profession exercée, avec le «saint patron» de l'écriture?

- existait-il une hiérarchie au sein de la profession?

- en contexte multi-culturel, avons-nous des traces de scribes bilingues, voir polyglottes?

- trouve-t-on une iconographie en rapport avec le métier de scribe?

- quel rapport existait-il entre les scribes et les lapicides? à qui imputer les erreurs que l'on trouve parfois dans les inscriptions? entre les scribes et les messagers qui véhiculaient les missives?

La plupart de ces questions ne trouvent malheureusement pas de réponse dans la documentation dont nous disposons pour le monde phénico-punique. La relative cohérence culturelle au sein de l'aire ouest-sémitique nous permettra heureusement de formuler une série d'hypothèses prudentes, reposant sur les documentations parallèles, plus riches, plus diversifiées et plus explicites. On n'a, en effet, pas de raison de croire que la vie du scribe phénicien ait été radicalement différente de celle de ses voisins, mais il est bon de souligner d'emblée la part considérable de la reconstruction analogique dans les pages qui suivent.

Naissait-on scribe? C'est douteux. Dans

¹³ C. Bonnet, «Les scribes phénico-puniques», in C. Baurain – C. Bonnet – V. Krings (eds.), *Phoinikeia Grammata. Live et écrire en Méditerranée*, Namur 1991, pp. 147-171.

¹⁴ De manière significative, aucune entrée «scribe» n'existe dans le *DCPP*.

deux cas seulement, à Carthage¹⁵, un scribe se déclare fils d'un autre scribe, mais dans la plupart des autres cas, l'état de conservation des textes ne permet pas de se prononcer sur la filiation. L'on sait qu'à Jérusalem, les scribes de cour étaient volontiers formés au sein de la famille, avant même d'être destinés aux écoles sribales palatiales. Deux cas explicites suffisent-ils pour nous permettre d'imaginer que c'était aussi parfois le cas dans le monde phénico-punique?

L'onomastique des scribes (et de leur ascendance / descendance) ne révèle pas davantage l'existence d'une «caste» au sein de laquelle des noms propres spécifiques et caractéristiques se seraient transmis. Les scribes qui déclinent leur identité portent des noms tout à fait normaux, d'une grande banalité: Shallum, Shophat, Abdesmun, Maharbaal, Gerasbart, Magon, Azorbaal, etc. Nous reviendrons plus avant sur l'un ou l'autre cas qui pourrait éclairer la question du statut social, mais, pour l'heure, on peut écarter l'hypothèse d'un groupe social fermé, d'une sorte d'endogamie professionnelle. La visibilité du groupe, représenté dans notre corpus par une trentaine d'attestations seulement sur un arc chronologique de près d'un millénaire, est du reste très relative. Cette carence de témoignages est assurément due à la disparition radicale des écrits sur supports souples où les scribes figuraient certainement de manière régulière. On ne recourait évidemment pas à la pierre pour un contrat ou un testament, pour un acte quelconque ou une facture: tout ce qui relève de la gestion quotidienne, où devaient opérer nombres de scribes, a été victime du naufrage documentaire, donc échappe à notre connaissance. De Carthage, par exemple, on ne dispose, parmi les six mille inscriptions environ du tophet, que d'une dizaine de mentions de scribes: ils n'avaient en effet aucune raison d'être davantage présents en ce lieu que les autres catégories professionnelles, également représentées par quelques documents épars. Par ailleurs, si sur certaines stèles apparaissent les instruments



Figure 2
Sceau avec mention du nom d'un scribe (Cf. CSOSI, n° 38).

de travail typiques de tel ou tel métier, le rasoir du barbier, le poinçon du ciseleur, etc., aucune image ne semble renvoyer à la pratique de l'écriture dans l'iconographie du tophet. Tandis que l'Égypte a célébré la grandeur de ses scribes en leur dédiant des statues, dans le monde phénico-punique, on trouve à peine quelques amulettes en forme de palettes de scribe, selon un modèle du reste importé d'Égypte. On a donc la nette sensation que le scribe est tombé de son piédestal et est devenu un personnage comme les autres, très lointain descendant du mythique Taautos / Thot, sans plus guère de pouvoir magique ou surnaturel, une évolution qui reflète très certainement le processus de démocratisation, donc de banalisation de l'écriture. Cela dit, il faut introduire des nuances dans cette tendance générale: certains scribes, nous allons le voir, jouissent encore d'un réel prestige socio-culturel, peut-être même politique.

¹⁵ CIS 1, 3749 et 5698.

Mais revenons à la question initiale: si l'on ne naît pas scribe, on le devient. Que savons-nous du recrutement et de la formation des scribes?

Nous ignorons tout de l'âge auquel l'apprentissage de l'écriture commençait et de la localisation des écoles sribales sur le territoire phénicien ou carthaginois. En Israël¹⁶, on voit les écoles royales et sacerdotales, destinées à former les scribes, se multiplier à partir du VIII^e siècle av. J.-C. Le maître était considéré comme un père par ses élèves qui pouvaient fréquenter l'école dès cinq ans. De ces écoles, proviennent une série d'exercices scolaires, notamment des abécédaires qui constituaient le premier pas de l'apprentissage. Le monde phénico-punique a livré, de ci de là (Mozia, Sarepta, Salamine de Chypre, Gadès, etc.), de tels documents, assurément produits dans des lieux d'apprentissage de l'écriture, des «écoles», mais celles-ci n'ont pas été identifiées comme telles ni véritablement fouillées. Au premier millénaire, du reste, il est probable que l'apprentissage ait pu aussi se dérouler au domicile privé du maître, dans un contexte qui n'aurait rien de spécifiquement «scolaire».

Les apprentis scribes commençaient par écrire des séquences de lettres dans l'ordre de l'alphabet, ainsi que des séquences numériques, puis des mots, isolés ou groupés, le tout sur des *ostraka* ou sur des tablettes de bois recouvertes de cire. Après quoi, lorsqu'ils étaient plus avancés dans leur formation, ils commençaient à recopier, sur papyrus cette fois, des formules (par exemple l'en-tête d'une lettre), des listes d'anthroponymes, de toponymes, de noms de mois, des contrats, des actes, ainsi que des morceaux choisis de la littérature traditionnelle¹⁷. Le scribe devait sortir de l'école parfaitement rôdé aux usages

de la chancellerie publique et privée, entraîné à rédiger, dans les formes dues – donc conformément à des modèles formulaires précis, en présence de témoins, munis des sceaux nécessaires¹⁸ – toutes sortes de conventions dont l'utilité et le fonctionnement dépendaient en grande partie de leur perfection formelle. La fantaisie n'était certes pas l'arme meilleure du scribe: on reconnaîtra en lui un bureaucrate convaincu, un défenseur de la légalité formelle, un exécutant fidèle et précautionneur, un garant du droit et de la tradition, profane et sacrée, publique et privée, administrative et littéraire. Bref, un rouage important de la vie en société.

Une fois sorti de l'école, le scribe phénicien, dont l'apprentissage était assurément moins long que celui du scribe mésopotamien ou égyptien, obligés à manipuler des centaines de signes, pouvait entamer sa carrière. Après des administrations publiques ou dans les grands sanctuaires, plusieurs scribes travaillaient sous la houlette d'un «chef des scribes» (*rb [h]sprm*) qui apparaît comme un personnage prestigieux, peut-être même puissant, dans la mesure où, à plusieurs reprises, notamment dans des dédicaces, le chef des scribes est mentionné au terme d'une généalogie comprenant plusieurs générations, dont les autres représentants ne sont dotés d'aucun titre particulier. On a la sensation que le dédicant est orgueilleux de cette lointaine et prestigieuse ascendance scribale¹⁹. Le même phénomène se rencontre du reste aussi pour de «simples» scribes²⁰ et semble être un indicateur intéressant de l'estime sociale dont jouissait ce métier. Les parallèles ougaritique et israélite montrent même que les scribes, devenus de véritables bras droits ou secrétaires généraux du roi, pouvaient disposer d'un pouvoir

¹⁶ Cf. A. Lemaire, *Les écoles*, cit.

¹⁷ On se doit de signaler que la fonction scolaire de ces documents n'est pas unanimement acceptée: défendue par certains, elle est contestée par d'autres qui y voient plus volontiers des messages magiques.

¹⁸ On connaît, par une inscription phénicienne du Pirée (*CIS* 118 = *KAI* 58), un personnage qualifié de *hmm*, à traduire sans doute par «garde-sceaux», dont la fonction rentre dans la même sphère professionnelle que celle du scribe. Des dépôts de crétules, ayant certainement servi à sceller des papyrus, ont été découverts tant en Sicile (Sélinonte) qu'à proximité de Carthage. Ils sont l'indice de l'existence d'une chancellerie en ces lieux.

¹⁹ Cf. *IKA* 30 ou *CIS* 1, 6051.

²⁰ *CIS* 1, 242, *RÉS* 586 et *Missione archeologica a Malta*, Rome 1968, pp. 67-72.

considérable. C'est peut-être la raison pour laquelle Ilimilku, le célèbre scribe de plusieurs grands textes mythologiques d'Ougarit, fut écarté de sa charge au moment de la succession dynastique: trop informé, trop puissant, il risquait de faire de l'ombre au nouveau souverain. De fait, dans les colophons des tablettes mythologiques dues à sa main, il peut étaler une série de titres prestigieux, comme celui de «chef des prêtres» et de «vizir» (*īy*)²¹.

Mais il y a scribe et scribe: au-delà d'un nom de métier, *spr*, qui est commun à toutes ces personnes, il pouvait sans doute y avoir autant de différences réelles, dans le type d'activités et de niveau de vie, entre deux «scribes» qu'entre un «couturier» de quartier et un «couturier» comme Christian Dior. Les noms peuvent cacher des réalités vécues très différentes et le problème est que notre documentation ne fournit qu'un éclairage extrêmement limité sur cet éventail de conditions. Si les «chefs des scribes» sont assurément des personnages importants, à l'autre bout de l'échelle, on rencontre des scribes dont on est en droit de penser qu'ils n'étaient même pas de condition libre. Ainsi à Carthage²², trouvons-nous un scribe appelé *Mšry*, «Égyptien», peut-être par référence à son origine ou à celle de sa famille; il est qualifié de *ʾš šdn*, une expression qui signifie littéralement «homme de Sidon», dont la portée réelle est objet de discussion, mais qui pourrait bien désigner une sorte de semi-liberté, de condition intermédiaire entre l'esclavage et la citoyenneté. Si l'origine égyptienne que suggère le nom était confirmée²³, on aurait peut-être affaire à un scribe spécialisé en écritures égyptiennes. À Carthage encore, un scribe se déclare fils d'un *ʾš šdn*, ce qui pourrait renvoyer à une condition assez modeste²⁴. En quoi consistait le travail de

ces personnes? Greffiers, écrivains publics, maîtres de quelques apprentis, secrétaire d'un riche patron, archiviste de bas niveau, on les imagine vivoter, sans grandes responsabilités, «senza infamia né lode»²⁵. Dans les fouilles de Byblos, deux cônes de terre cuite évidés, datant de 1000 av. J.-C., portant les lettres *spr* incisées en grand dans l'argile fraîche, pourraient être des enseignes de scribes privés, destinées à attirer l'attention des clients, une hypothèse suggestive, mais en vérité peu étayée²⁶.

Que nous apprennent les inscriptions sur les lieux de travail des scribes? Si l'on ne possède aucune attestation sûre de scribe «de cour» – mais les archives royales phéniciennes sont un authentique mirage, autant que les archives publiques de Carthage!²⁷ –, en revanche, l'inscription de Cebel Ires Daği²⁸, de 625-600 av. J.-C., mentionne le scribe qui s'est chargé de transcrire l'acte de propriété des terres du gouverneur local. Ce scribe, de même que le gouverneur, porte un nom anatolien transcrit en phénicien, conformément à un usage désormais bien attesté en Cilicie, selon lequel l'élite locale recourt volontiers au phénicien comme langue officielle. Le scribe en question devait donc travailler à la chancellerie du gouverneur local et il figure du reste dans la liste des témoins de l'acte, suivi du nom de métier *ml'k*, qui signifie «chargé de mission, envoyé, messenger». C'était donc un peu l'homme à tout faire du gouverneur, son bras droit, son homme de confiance. De fait, au terme de l'acte, on nous dit qu'il «fit ériger» le document, ce qui signifie sans doute qu'il en supervisa la réalisation matérielle, confiée à un lapicide anonyme, et l'exposition en un lieu public, afin que chacun puisse prendre connaissance de son contenu. C'est un des

²¹ Voir en dernier lieu, N. Wyatt, "Ilimilku's ideological programme", *UF* 29 (1997), pp. 775-796.

²² *CIS* I, 273.

²³ On trouve en tout cas, en Mésopotamie, des étrangers exerçant ce métier, notamment des Égyptiens.

²⁴ *CIS* I, 277.

²⁵ Nous ignorons si, comme en Mésopotamie, les femmes avaient accès à la profession de scribe.

²⁶ M. Dunand, *Byblos*, Paris 1937, n° 10469 et 10470.

²⁷ Non pas qu'elles n'aient jamais existé, mais rien ne s'est sauvé puisque tout devait être confié au papyrus.

²⁸ P. G. Mosca – J. Russell, "A Phoenician Inscription from Cebel Ires Daği in Rough Cilicia", *EpAn* 9 (1987), pp. 1-27 (C3).

cas les plus explicites, donc les plus intéressants, qui montre la polyvalence de la terminologie, donc du métier ainsi désigné: là où les scribes étaient sans doute peu nombreux, ils recouvraient plusieurs fonctions, plusieurs tâches, toutes cependant liées à la circulation et à la conservation des messages. Le milieu de provenance du document que nous venons d'examiner indique que les scribes avaient naturellement un rôle particulier à jouer dans les contextes bi- ou multi-culturels²⁹, ce qui devait être très fréquemment le cas pour les Phéniciens en raison de la dilatation géographique de leur espace vital qui finit par couvrir, en substance, tout le pourtour de la Méditerranée. Pour rappel, on n'oubliera pas que, de Pyrgi, provient l'inscription pseudo-bilingue étrusco-phénicienne³⁰ qui suppose une collaboration entre les scribes des deux groupes ethniques, en dépit du fait que la version phénicienne ne semble pas être une simple traduction du texte étrusque. Dommage que ces personnes soient complètement restées dans l'ombre!

Pour ce qui est des individus travaillant dans les milieux culturels, on dispose de plusieurs pièces susceptibles de confirmer l'existence de scribes ou de collèges de scribes auprès des sanctuaires. Il se peut que les dédicants aient eu recours à leurs services pour rédiger telle ou telle inscription commémorant une offrande. Les scribes des temples étaient aussi responsables des archives sacrées, dont on peut imaginer qu'elles contenaient les textes des rituels, des mythes et des traditions en rapport avec les divinités titulaires, des calendriers liturgiques, des tarifs sacrificiels (comme ceux qui proviennent de Carthage)³¹, des listes d'offrandes, de personnel, sans oublier la comptabilité en rapport avec les revenus du temple (prostitution sacrée [?] et autres dons), etc. Ainsi, à Ki-

tion, trouvons-nous un texte lacuneux qui pourrait constituer une liste fragmentaire d'offrandes accompagnées du nom des dédicants et du [chef des] scribes qui l'aurait dressée³². Le texte le plus intéressant de ce point de vue est le «tarif de Kition», une tablette en albâtre du IV^e siècle av. J.-C., portant des signes d'écriture phénicienne peints à l'encre, provenant de la zone du temple d'Astarté à Kition / Bamboula et recelant les comptes du sanctuaire de la déesse³³. On découvre ainsi toute une série de professions au service du temple, notamment un «chef des scribes», qui chapeautait une équipe dont il n'est cependant pas fait mention dans le détail. Il n'est pas facile de savoir, dans l'état de nos connaissances, si ces scribes attachés aux temples y avaient été formés et y résidaient de manière stable; à Kition, en tout cas, le document semble indiquer qu'on lui «envoyait» une rémunération, ce qui prêterait en faveur d'une localisation en dehors du sanctuaire³⁴. Une plaquette en ivoire du sanctuaire d'Astarté à Tas Silg, dans l'île de Malte, au III^e siècle av. J.-C., mentionne aussi un scribe «qui est à l'intérieur de...», sans doute par référence au sanctuaire lui-même ou à une partie de celui-ci.

Lorsqu'Hérodote (II, 44) visita, au V^e siècle av. J.-C., la ville de Tyr et son célèbre sanctuaire de l'Héraclès local, Melqart, les prêtres firent écho à des traditions locales qui associaient la fondation de la ville à celle de sanctuaire. Celui-ci était donc le dépositaire de traditions mythiques relatives au passé le plus lointain, des traditions qui ont dû circuler oralement avant d'être confiées à la mémoire écrite des archives des temples. Y trouvait-on aussi des listes de prêtres, comme en Grèce pour le sanctuaire rhodien d'Athéna Lindos? Et ceci nous autorise-t-il à supposer l'existence, dans les archives du palais, de

²⁹ Voir aussi le scaraboïde dans *CSOSI*, n° 38, pp. 42-43, provenant d'Asie Mineure ou de Syrie, entre 700 et 450 av. J.-C., où figure un scribe au nom anatolien, également qualifié de *hbrk*, l'«intendant» ou le «béné» (document toutefois suspect selon l'auteur).

³⁰ *KAI* 277.

³¹ Cf. P. Xella – E. Lipiński, «Tarifs sacrificiels», in *DCPP*, pp. 439-440.

³² *IKD* 15. Il s'agit d'un texte peint sur *ostrakon*, du Ve-IV^e siècle av. J.-C.

³³ Cf. *IKC* 1, A 14 (pour la mention du «chef des scribes»).

³⁴ La somme qui lui est destinée est assez importante, mais on ne précise pas quelles prestations elle couvre, ni sur quel arc de temps, ce qui rend toute évaluation impossible.

listes de rois et d'Annales dans le style assyro-babylonien? Et à Carthage de listes de sufètes et autres récits célébratifs? C'est possible, mais ce n'est pas assuré. Il faut en outre tenir compte du fait que, dès l'époque perse, l'hellénisation de la Phénicie comme de l'Afrique du Nord, fut profonde. Les traditions locales, comme en témoigne quelques siècles plus

tard Philon de Byblos – et, plus précocement en Égypte, Manéthon et en Babylonie, Béro-se –, furent dès lors habillées «en grec», avec une forte influence des conceptions évhéméristes, de sorte que le travail des scribes dut connaître une sérieuse évolution, dans le sens d'une profonde hellénisation, comme dans tout le Proche-Orient³⁵.

³⁵ Cf. V. Krings, "La littérature phénicienne et punique", in *CPPMR*, pp. 31-38 (avec la bibliographie antérieure).

IV. EL HOMBRE Y LA GUERRA

6. EL SOLDADO

J.-P. VITA

La guerra era un estado familiar al hombre fenicio. Quisiera o no, las circunstancias de la política local e internacional le llevaban periódicamente a tener que afrontar, de manera activa o pasiva, las consecuencias de una ruptura de hostilidades. Su ciudad podía entrar en conflicto abierto con otra localidad vecina, o una potencia extranjera invadir la región y asediar su ciudad. El comercio quedaría seriamente dañado o interrumpido, los campos con frecuencia asolados¹. Términos fenicios como «combate» (*mlḥmt*) o «ejército» (*šbʿ*, *mḥnt*)^{1bis} estaban sin duda llenos de contenido para sus hablantes y a un fenicio no debía resultarle extraño tener, por ejemplo, que interrumpir su actividad cotidiana de campesino, comerciante, artesano o pescador para servir en el ejército. Este ejército podía ser el de su propia ciudad, pero también el de una potencia extranjera².

Los autores modernos están de acuerdo en considerar que los fenicios, en general, eran poco inclinados a la guerra. Idea común es que, más que hacerla, la padecían. La poca entidad territorial y demográfica de las ciudades-estado fenicias de la tierra madre, unida a una vocación preferentemente comercial, habrían conformado en el fenicio una visión de la realidad en la que no tendrían cabida aventuras expansionistas de con-

quista, reservadas más bien para sus hermanos cartagineses.

Es un hecho indiscutible que la capacidad demográfica y territorial de las ciudades fenicias, unido a la permanente inexistencia de una acción política concertada entre las principales ciudades, incapacitaba a los fenicios para grandes acciones militares ofensivas así como para una resistencia eficaz frente a los ataques asirios. La consecuencia fue el sometimiento más o menos directo, según las épocas, de Fenicia a Asiria. La oposición militar directa frente a los asirios, como por ejemplo la participación de Arwad en la batalla de Qarqar contra Salmanasar III (853 a. C.)³, estaba generalmente condenada al fracaso; sirva como símbolo de esta disparidad de fuerzas la conocida representación del rey Lulû de Sidón huyendo por mar hacia Chipre ante el avance del rey asirio Sanherib (701 a. C.)⁴. Pero la arqueología está permitiendo conocer cada vez mejor la arquitectura militar fenicia que, como muestra por ejemplo el asedio de Tiro por Alejandro (332 a. C.) y siempre que las circunstancias lo permitiesen, estaba concebida realmente como un medio de defensa activo, y por tanto también de ataque frente al invasor⁵.

La realidad histórica permite, no obstante, matizar en buena medida la idea del fenicio evitando a toda costa el enfrentamiento militar, deseoso de consagrarse a su actividad económica. Precisamente el deseo o la necesidad de controlar rutas comerciales podía

¹ Sobre las penosas consecuencias económicas de la destrucción de vides en las guerras de la Antigüedad véase J. Á. Zamora, *La vid y el vino en Ugarit*, Madrid 2000, pp. 155-156.

^{1bis} Acerca de estos términos véase M. Szymer, "La terminologia de la guerre et la conquête dans l'épigraphie onest-semitique", en la Nehmé (ed.), *Guerre et conquête dans le Proche-Orient Ancien*, Paris 1999, pp. 99-100.

² Según la *Historia de Alejandro Magno* de Quinto Curcio Rufo, por ejemplo, los sidonios formaban un cuerpo propio dentro del ejército de Alejandro (cf. IV 4).

³ Fr. Biquel-Chatonnet, "Arwad et l'empire assyrien", in B. Pongratz-Leisten – H. Kühne – P. Xella (eds.), *Ana šadî Labnāni lū allik. Beiträge zu altorientalischen und mittelmeerischen Kulturen. Festschrift für Wolfgang Röllig*, Neukirchen-Vluyn 1997, pp. 60-61.

⁴ W. Mayer, *Politik und Kriegskunst der Assyrier*, Münster 1995, pp. 100 n. 3 y 356.

⁵ Acerca de la arquitectura militar fenicia véase el resumen que ofrece S. M. Cecchini, "Architecture militaire, civile et domestique partim orient", in CPPMR, pp. 390-392. Sobre la posibilidad de que en las puertas asirias de Balawat se encuentre representada Arwad en lugar de (como se admite comúnmente) Tiro, véase Fr. Biquel-Chatonnet, "Arwad cité phénicienne", in E. Acquaro (ed.), *Alle soglie della classicità. Il mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati*, Pisa-Roma 1996, p. 70.

ser causa suficiente para que los fenicios entrasen en guerra unos contra otros. Esta política remonta al menos al II milenio a. C., como muestra la correspondencia de Tiro, Biblos y Sidón conservada en las denominadas «Cartas de El-Amarna»⁶, principal documentación sobre la historia de Siria-Palestina en el s. XIV a. C. Sidón, potencia regional de la época, aprovechó la oportunidad que le brindaba la expansión hacia el sur del naciente reino de Amurru para intentar imponer su hegemonía a las ciudades costeras de Palestina. Para conseguirlo llevó a cabo, con la ayuda de Arwad, una política exterior agresiva que perseguía seguramente el aislamiento y anulación de sus principales rivales comerciales, Biblos y Tiro⁷.

Las diez cartas que nos han llegado del rey Abi-Milki de Tiro, dirigidas al rey egipcio Amenofis IV⁸, tienen precisamente como tema principal la guerra entre Tiro y Sidón⁹. Tiro fue sitiada por tierra y hostigada por mar. La principal consecuencia para Tiro fue la pérdida de Usu, la «Paleotiros» clásica¹⁰, y por tanto la imposibilidad de acceder a tierra firme y abastecerse de productos básicos como agua, madera, paja o arcilla. Los sidonios sabían bien que la captura de Usu y el bloqueo marítimo de Tiro supondría estrangular la economía tiria. Abi-Milki relata en primera persona al faraón la situación de su ciudad, en términos dramáticos y muy expresivos, por ejemplo: «Zimrida [= rey de Sidón] le ha tomado Usu [= Paleotiro] a (tu) siervo. La he abandonado y (por tanto) no tenemos ni agua ni madera; no hay (ni) don-

de podamos poner los muertos» (EA 149).

Los sentimientos de rivalidad entre Tiro y Sidón continuaron a lo largo del milenio siguiente, con episodios en los que la relación de fuerzas que reflejan las cartas de El-Amarna se invierten. Además, en presencia de una potencia extranjera, el interés de cada ciudad se impone. Es el caso, por ejemplo, de la conquista y destrucción de Sidón por Asarhaddon en 677/6 a. C., con la ayuda más que probable de Tiro¹¹, o la ayuda prestada a Alejandro Magno por Biblos, Sidón y Arwad contra la misma Tiro en el 332 a. C.

El fenicio era, por tanto, muy capaz de luchar militarmente y sin cuartel contra su vecino y de emprender acciones militares de carácter ofensivo para defender sus intereses político-económicos. Tanto las fuentes clásicas como la arqueología ofrecen más indicios en este sentido. Flavio Josefo, por ejemplo, relata en AJ 9 284 cómo el rey de Tiro Lulî emprendió una expedición militar contra Chipre para sofocar una revuelta y controlar de nuevo las posesiones tirias en la isla. E. Stern atribuye a los fenicios la destrucción que atestigua el estrato XII de la ciudad de Dor (datable entre 1150 y 1050 a. C.), ocupada durante este período por uno de los denominados «Pueblos del Mar»¹². Este aspecto guerrero de la civilización fenicia puede verse reflejado gráficamente en una escena grabada en un marfil de Megiddo en la que tres carros de guerra derriban y vencen a enemigos, escena que completan cuatro soldados de infantería avanzando en la misma dirección que los carros¹³. Asimismo, el feni-

⁶ Traducidas por W. L. Moran, *Les lettres d'El-Amarna*, Paris 1987; *id.*, *The Amarna Letters*, Baltimore 1992; M. Liverani, *Le lettere di El-Amarna*, Brescia 1998.

⁷ Véanse en general J. A. Belmonte, «Presencia sidonia en los circuitos comerciales del Bronce Final», *RSF* 30 (2002), pp. 3-18 y J.-P. Vita, «Continuidad y discontinuidad en la historia de Tiro y Sidón», in *Actas del II Congreso Internacional de mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*. Cartagena, 6-9 de abril de 2000 (en prensa).

⁸ EA 146-155.

⁹ En relación con este episodio resulta de interés C. Zaccagnini, «Breath of Life and Water to Drink», in L. Milano (ed.), *Drinking in Ancient Societies*, Padova 1994, pp. 347-360. Las hostilidades entre Tiro y Sidón se remontan a tiempos anteriores, como muestra EA 295.

¹⁰ Cf. J. Belmonte, *Die Orts- und Gewässernamen der Texte aus Syrien im 2. Jt. V. Chr.*, Wiesbaden 2001, p. 329: «Evtl. das heutige T. Rašidiya ... 4 km süd. von Tyrus».

¹¹ Cf. Prismas A y B de Asarhaddon, por ejemplo en *ANET*, pp. 290-291. Episodio que recogen igualmente las crónicas babilonias, véase J.-J. Glassner, *Chroniques mésopotamiennes*, Paris 1993, pp. 183, 187, 188. En general, W. Mayer, *Politik und Kriegskunst*, cit., pp. 391 y 397.

¹² E. Stern, «New Evidence from Dor for the First Appearance of the Phoenicians Along the Northern Coast of Israel», *BASOR* 279 (1990), pp. 27-34.

¹³ Véase C. Descamps de Mertzfeld, *Inventaire commenté des ivoires phéniciens et apparentés découverts dans le Proche-Orient*, Paris 1954, lám. 36, con comentario en pp. 16 (donde sugiere que la figura del segundo carro es un rey) y 89.

cio también era capaz de actuar en la guerra con la crueldad propia de todas las épocas, como muestra por ejemplo el relato de Arriano (An II 24) acerca del asesinato de los emisarios macedonios durante el asedio de Tiro por parte de Alejandro: «los tirios, que habían capturado a algunos macedonios que venían de Sidón, los habían hecho subir al muro, y allí, a la vista de todos los macedonios que en el ejército estaban, los habían degollado y arrojado al mar»¹⁴.

Las ciudades fenicias, como se ha señalado, no debían tener capacidad demográfica suficiente para poner en pie grandes ejércitos formados por ciudadanos fenicios. Salmanaasar III relata cómo en el ejército que se le enfrentó en Qarqar se encontraban doscientos soldados de Arwad, un indicio más de que, con toda probabilidad, las fuerzas armadas de una ciudad fenicia debían ser muy reducidas¹⁵. En este sentido, la situación en el primer milenio no debía ser muy diferente a la del Bronce Final. El rey de Tiro, como muestra la correspondencia de El-Amarna, considera importante comunicarle al faraón que el rey de Sidón, en el marco de la guerra que mantienen ambas ciudades, captura cada día un súbdito tirio¹⁶ o que, en una ocasión puntual, los sidonios han capturado un tirio y han matado otro¹⁷. Para proteger su ciudad, el rey de Tiro requiere del faraón la cantidad de diez o veinte soldados egipcios¹⁸. En tiempos de paz, los contingentes armados fenicios debían limitarse probablemente a un núcleo de soldados especializados y profesionales que cubrirían los servicios de

mantenimiento general del orden público, guarda de palacio¹⁹ y otras dependencias reales, manejo de carros de guerra, jinetes, arqueros, así como instructores para el entrenamiento de elementos no profesionales²⁰.

Pero, en tiempos de guerra, ¿podemos pensar que sólo un fenicio tenía acceso al ejército de su ciudad? ¿Cuál podía haber sido el sistema de reclutamiento habitual de una ciudad fenicia? Una inscripción fenicia de Kition habla del «ejército de las gentes de Kition» (*[mh]nt ʾš kty*)²¹, indicio de que, como en Ugarit²², podía existir un sistema de conscripción obligatoria. Pero las fuerzas armadas fenicias, sobre todo en tiempo de guerra, no estarían integradas únicamente por ciudadanos fenicios. La situación debía ser tal como la propone P. Xella: «Per organizzare le armate si doveva fare affidamento da un lato sui cittadini, dall'altro soprattutto su truppe appositamente assoldate. Per quanto riguarda i primi, era necessario fare ricorso alla coscrizione obbligatoria, ma tali schiere nazionali dovevano essere ampiamente integrate da truppe mercenarie»²³; mercenarios que, como es bien sabido, jugarán un papel preponderante en los ejércitos cartagineses²⁴.

No obstante, cualquiera que fuera la envergadura y composición de un ejército fenicio, éste debía tener una estructura de cuerpos y una organización de mando. Según E. Lipiński, los ejércitos fenicios debían asemejarse al ejército de Ugarit en el s. XIII a. C.²⁵ Para G. Brizzi, habrían intentado asemejarse al ejército asirio contemporáneo²⁶. Ambos

¹⁴ Traducción de Antonio Guzmán: Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*, Madrid 1982, p. 249.

¹⁵ Las referencias bibliográficas sobre este pasaje de Salmanaasar III, así como una interpretación histórica de los 10.000 soldados de la ciudad de Irqata que menciona la inscripción, se encontrarán en esta misma obra en el capítulo de S. Crouzet sobre el mercenario.

¹⁶ EA 148.

¹⁷ EA 154.

¹⁸ Cf. EA 148, EA 149. Véase al respecto J. P. Vita, «Ejército y sociedad en la Siria del II milenio a. C.», *ISIMU* 3 (2003; en prensa).

¹⁹ En la línea, por ejemplo, de los «subordinados del rey» y los «lanceros del rey» en Ugarit, véase J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, Madrid 1995, pp. 154-156.

²⁰ Situación similar a la de Ugarit y la Asiria del Bronce Final, véase J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, cit., pp. 143-144.

²¹ CIS I 91.

²² Cf. J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, cit., pp. 136-143.

²³ P. Xella, «Forze armate», in *DCF*, p. 112.

²⁴ Sobre los mercenarios en Fenicia y, sobre todo, en Cartago, véase más en detalle en esta misma obra el capítulo de S. Crouzet.

²⁵ E. Lipiński, «Armée», in *DCPP*, p. 40. Acerca del ejército ugarítico véase J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, cit.; *id.*, «The Society of Ugarit», in *HUS*, pp. 492-498.

²⁶ G. Brizzi, «L'armée et la guerre», in *CPPMR*, p. 305.

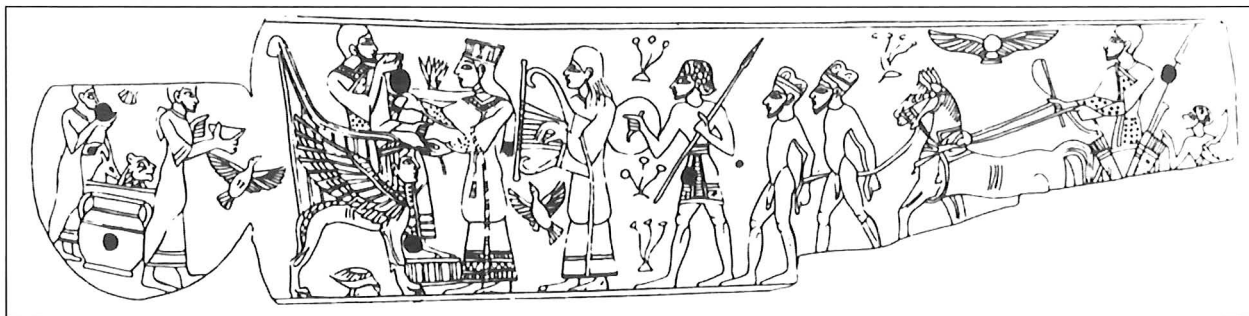


Figura 1

Marfil de Megiddo, dibujo. Extraída de S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988.

autores deben llevar razón. Por un lado, resulta plausible la pervivencia de conceptos militares imperantes en la Siria-Palestina del Bronce Final; por otro, los fenicios intentarían sin duda adaptarse a las técnicas militares contemporáneas, siguiendo en especial el modelo asirio. No cabe esperar del pensamiento fenicio aportaciones significativas en el terreno de la ciencia militar. En cualquier caso, Salmanasar III relata cómo el ejército que se le enfrentó en Qarqar, y que incluía soldados de Arwad, estaba compuesto por infantería, caballería y carros de guerra; es decir, la estructura clásica de un ejército de la época. Cualquier ejército de tierra fenicio al completo debía incluir esos tres elementos.

También tenemos indicios, aunque del todo dispersos, de la estructura de mando fenicia^{26bis}. La inscripción del sarcófago del rey gublita ʾAḥīrōm menciona en sus advertencias contra posibles violaciones del féretro al «comandante del ejército» (*tmʾ mḥnt*). Una punta de flecha de finales del II milenio a. C., provista de una inscripción fenicia, menciona a un «jefe de mil» (*rb ʾlp*)²⁷, con toda probabilidad un cargo militar que ya es conocido en Ugarit (con el título acadio de *akil lim*)²⁸. Aunque mucho más tarde, una

inscripción púnica de África menciona diversas personas calificadas como «jefe de cien» (*rb mʾt*)²⁹, título seguramente heredado de Oriente y que también parecen mencionar los textos de Ugarit³⁰. Los fenicios, como otros pueblos del antiguo Oriente, parecen haber subdividido sus fuerzas armadas en cuerpos y grupos que, al menos teóricamente, abarcaban mil, cien, cincuenta, diez soldados, etc.

La estructura básica de un ejército fenicio completo se componía, como hemos señalado, de unidades de infantería, caballería y carros de guerra. En el ejército más poderoso de la primera mitad del primer milenio, el infante asirio portaba normalmente espada y lanza con armas ofensivas, en ocasiones también puñal, hacha o maza, y se defendía con yelmo, escudo (normalmente redondo) y coraza³¹. Un soldado fenicio de infantería también disponía de un equipamiento muy completo, tanto de armas ofensivas como defensivas. Heródoto (VII 89) describe de esta forma el equipo que portaban los soldados fenicios a comienzos del s. V a. C. embarcados en la armada al servicio de Jerjes I: «Por su parte, el número de los trirremes ascendía a mil doscientos siete, y los pueblos

^{26bis} Véase también M. Sznycer, «La terminologie de la guerre», *cit.*, p. 101.

²⁷ R. Deutsch – M. Heltzer, *Epigraphic News*, Tel Aviv 1999 (sub XXIV). Véase también el comentario de M. Heltzer, «Late Canaanite-Phoenician Inscribed Arrowheads and Pre- and Early Monarchic Developments in Israel», in P. Aström – D. Sörenhagen (eds.), *Periplus. Festschrift für Hans-Günter Buchholz zu seinem achtzigsten Geburtstag am 24. Dezember 1999*, Jönsered, pp. 67-68.

²⁸ J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, *cit.*, p. 145.

²⁹ KAI 101.

³⁰ J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, *cit.*, p. 145. Véase también la mención de un «comandante de cincuenta» fenicio en fuentes neo-asirias, cf. R. Zadok, «Phoenicians, Philistines, and Moabites in Mesopotamia», *BASOR* 230 (1978), p. 57.

³¹ W. Mayer, *Politik und Kriegskunst*, *cit.*, pp. 461-462.

que los facilitaban eran los siguientes. Trescientos los proporcionaban los fenicios, en unión de los sirios de Palestina, que iban equipados como sigue: en la cabeza llevaban unos yelmos de características muy similares a los de tipo griego, iban ataviados con petos de lino y portaban escudos carentes de brocales, así como venablos»³². Las distintas fuentes iconográficas, combinadas con los datos arqueológicos, completan el pasaje de Heródoto y muestran a soldados fenicios armados con variedad de armas³³: lanza, espada, puñal, hacha, maza (*šmd*)³⁴, escudo (*mgn*)³⁵ y coraza. Esta serie de armas no se concentraban de ordinario en un mismo soldado. Un marfil de Megiddo, por ejemplo (fig. 1 y 2), muestra a un soldado de torso desnudo, vestido con un faldellín y portando únicamente una lanza y un pequeño escudo redondo³⁶; en la misma escena, otro soldado situado detrás de un carro de guerra (fig. 3) sólo va armado con una espada curva. En cualquier caso, el soldado fenicio se sitúa en la tradición de, por ejemplo, el soldado de Ugarit, donde existen indicios de que junto a una infantería ligera existía otra pesada, armada con yelmos y corazas³⁷. Por su menor exigencia de especialización y de infraestructura, la infantería sería sin duda el arma del ejército más accesible para cualquier fenicio.

El relato de Salmanasar III acerca de la batalla de Qarqar menciona también carros de guerra³⁸. Era ésta un arma imprescindible en cualquier choque armado de envergadu-



Figura 2

Marfil de Megiddo, detalle: soldado. Extraída de S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988.

ra. Se trataba de un vehículo ligero, de dos ruedas, cuyo principal material de construcción eran distintos tipos de madera. Otro

³² Traducción de C. Schrader: Heródoto, *Historia. Libro VII*, Madrid 1985, pp. 132-133. Los yelmos a los que alude el pasaje debían ser de tipo corintio.

³³ Véase P. Bartoloni, "El ejército, la marina y la guerra", in S. Moscati (ed.), *Los fenicios*, Milano 1988, p. 132; G. Brizzi, "L'armée et la guerre", in *CPPMR*, p. 304.

³⁴ Arma tradicional del dios Ba'al y que como tal se menciona en la inscripción fenicia de Zincirli (*KAI* 24). Véase la edición de J. Tropper, *Die Inschriften von Zincirli*, Münster 1993, p. 45 (Ba'al-Šemed «Herr des Zweigespannes» o bien «Herr der Doppelaxt»; p. 275: *šmd* «Gespann oder Keule»).

³⁵ Mencionado en la inscripción en lengua fenicia de Karatepe (*KAI* 26). Véase la edición de W. Röllig en H. Çambel, *Corpus of the Hieroglyphic Luwian Inscriptions*, vol. II, Berlin - New York 1999 (por ejemplo p. 51, línea 7).

³⁶ Véase por ejemplo C. Descamps de Mertenfeld, *Inventaire commenté des ivoires*, cit., lám. 35; G. E. Markoe, "The Emergence of Phoenician Art", *BASOR* 279 (1990) p. 19.

³⁷ J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, cit., p. 153. Sobre el armamento egipcio e hitita contemporáneo véanse G. Cavillier, "L'apparato militare, le armi e le fortificazioni", así como R. H. Beal, "I reparti e le armi dell'esercito ittita", ambos en M. C. Guidotti - F. Pecchioli Daddi (eds.), *La battaglia di Qadesh. Ramses II contro gli ittiti per la conquista della Siria*, Firenze 2002, pp. 40-43 y 93-108 respectivamente.

³⁸ Acerca del carro de guerra en general véanse, dentro de la amplia bibliografía existente, R. Drews, *The End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B.C.*, Princeton 1993, pp. 104-134 y 209-225; W. Mayer, *Politik und Kriegskunst*, pp. 445-455; J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, cit., pp. 37-132; R. H. Beal, "I reparti e le armi dell'esercito ittita", pp. 93-94.

material importante era el cuero, para sujetar el timón al parapeto y el yugo al timón. También había partes de metal y otros materiales secundarios. Las principales funciones del carro de guerra en batalla eran servir de plataforma móvil de disparo, rodear al enemigo y perseguirlo. Como función secundaria y en terreno propicio, tal vez sirviese de fuerza de choque cargando contra las líneas enemigas. Junto a fines puramente militares en el campo de batalla, se empleaba también en funciones de patrullaje y vigilancia, protección de ciudades y ejércitos en marcha, escolta de caravanas y viajes reales, medio de transporte para mensajeros, y medio también para la caza.

Las cartas de El-Amarna muestran que el carro de guerra ya era ampliamente utilizado por las ciudades fenicias durante el Bronce Final. La imagen física de este vehículo dentro del área cultural fenicia nos la ofrece, por ejemplo, el marfil de Megiddo ya mencionado (fig. 1 y 3): tirado por dos caballos, con una caja pequeña provista de dos aljabas cruzadas con flechas y una lanza portada dentro de una funda. El conductor (probablemente un rey)³⁹ está provisto de un casco, lleva el cuerpo y los brazos protegidos por una piel, y además de las riendas porta un látigo. Lo habitual, sin embargo, es que cada carro transportara al menos dos personas, el conductor y un arquero que, además de disparar flechas y dardos, podía ofrecer protección al primero por medio de un escudo.

El carro de guerra, denominado probablemente *mrkbt* en fenicio⁴⁰, era por tanto un elemento muy exigente tanto desde el punto de vista económico como del técnico: se trataba de un arma muy cara y que exigía la máxima dedicación profesional y especialización en su manejo. Las exigencias que acarrea esta arma también desde el punto

de vista logístico podemos deducirlas de la existencia imprescindible de personal dedicado al mantenimiento y revisión del carro, el cuidado de los caballos y el suministro de piezas de recambio. Debemos imaginarnos a la tripulación del carro ejercitándose intensivamente en el manejo del vehículo, en el disparo certero de proyectiles desde una plataforma inestable y en movimiento, en la protección del conductor por parte del segundo tripulante; y a series de carros practicando la conducción en formación, así como el reconocimiento y seguimiento instantáneo y preciso de órdenes que los instructores militares (y los comandantes en la batalla) impartirían con la mayor probabilidad por medio de señales visuales. Las ciudades fenicias podían sin duda costearse la fabricación o importación de estos carros y la tripulación del mismo podría componerse tanto de fenicios como, con mayor probabilidad, de mercenarios, de profesionales contratados fuera del área fenicia, aunque en proporciones que desconocemos.

El arquero (“arco” = fen - pún. *qšt*)^{40bis} era un soldado imprescindible en un ejército de la época, fuese o no fenicio. Por un lado estaba el arquero muy especializado que luchaba desde el carro de guerra, por otro, sin duda, el arquero que integraba cuerpos de arqueros pertenecientes a la infantería. La arqueología ha ido proporcionando un lento goteo de puntas de flecha inscritas en fenicio, breves textos en los que se identifica al dueño de la flecha por medio del esquema básico «Flecha (*ḥš*) de NP¹, hijo de NP²»⁴¹. Pero algunas de estas inscripciones añaden alguna información más sobre el dueño de la flecha, como la categoría social, el gentilicio, la profesión o el rango militar. Por ejemplo, flechas de un rey⁴², de un sidonio y un tirio⁴³, de un jefe de mercaderes (*rb mkrm*)⁴⁴

³⁹ Así ya C. Descamps de Mertzenfeld, *Inventaire commenté des ivoires phéniciens*, cit., p. 15.

⁴⁰ El término aparece en uno de los amuletos de Arslan Tash, según la interpretación más aceptada, cf. DNWSI, p. 693 (sobre los textos, cf. recientemente J. Á. Zamora, “Textos mágicos y trasfondo mitológico: Arslan Tash”, *SEL* 20 (2003), pp. 9-23, con bibliografía).

^{40bis} Acerca de la terminología del armamento véase también M. Szymer, “La terminologie de la guerre”, cit., p. 101.

⁴¹ Véase la relación y bibliografía que presentan R. Deutsch – M. Heltzer, *Epigraphic News*, cit.

⁴² Las famosas flechas de Zakarba'al, rey de Amurru; cf. R. Deutsch – M. Heltzer, *Epigraphic News*, cit. (sub XII y XXIX).

⁴³ R. Deutsch – M. Heltzer, *Epigraphic News*, cit. (VI y XXVI respectivamente).

⁴⁴ R. Deutsch – M. Heltzer, *Epigraphic News*, cit. (XLIV).



Figura 3
Marfil de Megiddo, detalle: carro de guerra. Extraída de S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988.

o el «jefe de mil» mencionado arriba⁴⁵.

El caballo (en fenicio *ss*)⁴⁶ no sólo era imprescindible como tiro del carro de guerra, sino también como montura de jinetes. La caballería era otro cuerpo del que podía formar parte el soldado fenicio. Aunque no existe unanimidad sobre su existencia en el II milenio a. C., se admite que la caballería, como parte del ejército, existió con seguridad en la primera mitad del I milenio a. C. y los anales asirios muestran que podía llegar a componer una parte considerable de un ejército. La caballería mejor conocida de esa época es sin duda la asiria⁴⁷. Se trataba de jinetes armados bien con arcos y flechas (es decir, con una función principal de arqueros montados), bien armados con lanza, espada

y escudo (con o sin corazas y grebas). Las principales funciones de estos jinetes eran la vigilancia y el acoso al enemigo, el ataque concentrado por medio del disparo de flechas y la persecución de enemigos en fuga. Según las necesidades tácticas, podían actuar en conjunción con la infantería y los carros de guerra. Al igual que sucedía con los soldados del carro, el jinete precisaba un entrenamiento exhaustivo que lo convertía en un especialista. Podemos dar por segura la existencia de caballería en los ejércitos fenicios, probablemente y de nuevo con un fuerte componente mercenario. El aspecto de estos soldados nos lo puede ofrecer una estatuilla de terracota procedente de Biblos y datable entre los siglos VIII-VI a. C.; reproduce un

⁴⁵ Acerca de estas inscripciones y nombres de función véase también M. Heltzer, "Late Canaanite-Phoenician Inscribed Arrowheads and Pre- and Early Monarchic Developments in Israel", pp. 63-72. En Ugarit, la proporción de flechas por arquero parece haber sido de diez flechas, cifra inferior al que muestran otros archivos del II milenio a. C., cf. J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, cit., p. 151.

⁴⁶ Mencionado en la inscripción fenicia de Karatepe.

⁴⁷ Véase al respecto W. Mayer, *Politik und Kriegskunst*, cit., pp. 456-461.



Figura 4
Jinete de terracota, Biblos. Extraída de S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988.

jinete provisto de un carcaj lleno de flechas⁴⁸ (fig. 4).

Junto a la guerra en tierra firme, el fenicio conocía también la guerra en el mar, aspecto por el que los fenicios son tradicionalmente mucho más populares. La pericia de los fenicios en cuestiones de navegación y construcción de barcos era una realidad evidente para sus coetáneos y los pueblos menos abiertos al mar buscaban su concurso⁴⁹. La guerra en el mar no fue para el fenicio una novedad del I milenio a. C. Las ciudades costeras fenicias tenían en este terreno una tradición que se remonta al menos a la época de El-Amarna. En el contexto de la

guerra arriba comentada, mantenida por Sidón contra Tiro y Biblos, los sidonios contaron con el refuerzo efectivo de los barcos de Arwad⁵⁰. La ciudad de Arwad también apoyó con barcos la expansión hacia el sur del emergente reino de Amurru y la expulsión de las tropas egipcias de la plaza fuerte de Šumur⁵¹. No obstante, los documentos de esta época del Bronce Final no aportan ningún dato acerca de la organización de estas flotas ni sobre el tipo de barcos empleados⁵².

Ya en el I milenio a. C., las fuentes acerca de operaciones navales y anfibia emprendidas por, o con la participación de fenicios, son diversas. Flavio Josefo (AJ 9 284) relata cómo Tiro venció en batalla naval desigual a una flota fenicia con barcos de (entre otras ciudades) Sidón y Acre y que apoyaba los intereses de la Asiria de Salmanasar en la zona. El mar era, en efecto, el único terreno en el que Asiria no podía competir directamente con Fenicia. Esto era igualmente cierto en el terreno militar. Cuando Asiria lo consideró necesario, empleó a tiros y sidonios como tripulación en operaciones militares anfibia en Mesopotamia⁵³, lo que da buena idea de la reputación de que gozaba el marinero (*mlh*) fenicio. Los asirios también podían emplear a fenicios en operaciones de apoyo logístico; como un ejemplo concreto entre otros, el general Bēl-ibni del rey asirio Assurbanipal, operando en un territorio lagunoso del sur de Babilonia a mediados s. VII a. C., solicita de su señor el envío de setenta troncos de árbol junto con veinte sidonios para que construyan embarcaciones⁵⁴.

Toda esa tradición marinera del fenicio en relación con la guerra tal vez encuentre su mejor reflejo histórico en el relato de Heródoto acerca de las Guerras Médicas. En el pasaje arriba citado (VII 89), el historiador ha-

⁴⁸ Reproducido en P. Bartoloni, "El ejército, la marina y la guerra", cit., p. 133.

⁴⁹ Véase también en este mismo volumen el capítulo de P. Bartoloni, "L'uomo e il mare", donde se describen los distintos tipos de barcos de guerra empleados por los fenicios y, también, M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, Barcelona 1997, p. 144.

⁵⁰ EA 149.

⁵¹ EA 105.

⁵² Sobre los barcos en Ugarit véase J.-P. Vita, *El ejército de Ugarit*, cit., pp. 159-176; id., "Los antecedentes de la marina fenicia: barcos en Ugarit", in *ACFP IV*, pp. 281-288.

⁵³ W. Mayer, *Politik und Kriegskunst*, cit., pp. 365-366.

⁵⁴ Cf. J. M. C. T. de Vaan, "Ich bin eine Schwertklinge des Königs". *Die Sprache des Bēl-ibni*, Neukirchen-Vluyn 1995, p. 290 (líneas 7-12).

ce recuento de los efectivos navales al servicio de Persia para la invasión de Grecia y, según sus cálculos, trescientos de los mil doscientos siete barcos de la flota lo proporcionan «los fenicios, en unión de los sirios de Palestina»; es decir, un cuarto de la flota. De estos barcos, «quienes aportaban las naves más veleras de la flota eran los fenicios, y, de entre estos últimos, los mejores navíos eran los de Sidón» (VII 96). Estas circunstancias tenían su reflejo en la fama de los comandantes fenicios: «Por otra parte, los personajes más célebres de la flota - después, eso sí, de los almirantes - eran los siguientes: Tetramnesto de Sidón, hijo de Amiso; Matén de Tiro, hijo de Siromo; Mérbalo de Arado, hijo de Ágbalo; ...» (VII 98). Artemisia de Halicarnaso aportó igualmente naves de renombre, «las más celebradas de toda la flota - después, eso sí, de las de Sidón-, ...» (VII 99)⁵⁵. El episodio del asedio de Tiro por parte de Alejandro Magno en 332 a. C. ofreció nuevas muestras de la capacidad fenicia para la guerra naval. Siguiendo por ejemplo el relato de Arriano (An II 18-24), «los tirios ... protegieron las entradas al puerto ... Alejandro ... rehusó forzar la entrada al puerto que mira a Sidón ... Con todo, los fenicios [aliados de Alejandro] atacaron de frente y cayeron sobre ellos [los tirios]»⁵⁶; más adelante, los tirios deciden atacar las naves chipriotas participantes en el asedio, empleando en el ataque «la más experta marinería y los soldados mejor armados

para luchar desde los puentes, gente la más audaz en el combate naval»; los tirios hundieron diversas naves y las demás «las sacaron a la playa y las destrozaron».

Los acontecimientos que se sucedieron durante el largo asedio de Tiro por Alejandro Magno sirven sin duda de tributo al valor e ingenio fenicios en la guerra. Sirvan de ejemplo los siguientes pasajes extraídos nuevamente del relato de Arriano: «los tirios hacían salidas repentinas desde el dique por aquí y por allá, y seguían siendo aún los dueños del mar, por todo lo cual imposibilitaban que los macedonios pudieran continuar en algunos puntos el terraplén» (An II 18); «los tirios habían acorazado sus naves y se lanzaban contra las anclas de las trirremes, cortando los cables de las anclas e imposibilitando así que las naves enemigas pudieran quedar fijas al fondo»; después de que Alejandro tomara medidas que impidieran a los barcos tirios acercarse a sus naves, éstos atacaron bajo el agua: «algunos submarinistas [tirios] cortaron furtivamente los cables de las trirremes macedonias» (An II 21); fue necesario cambiar por cadenas las cuerdas de las anclas.

El fenicio no era en primer lugar un guerrero, pero la guerra formaba parte de su vida lo mismo que cualquier otra actividad humana. Conviene no olvidar que Cartago es hija de Tiro y de Fenicia, en gran medida también en el aspecto militar.

⁵⁵ Las traducciones de los pasajes de Heródoto presentados son obra de C. Schrader: Heródoto, *Historia. Libro VII*, Madrid 1985.

⁵⁶ Las traducciones de Arriano presentadas en este párrafo y en el siguiente son obra de Antonio Guzmán: Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*, Madrid 1982.

7. LE MERCENAIRE*

S. CROUZET

L'étude du mercenariat dans le monde phénico-punique se heurte à une première difficulté: l'énorme disparité des sources entre le monde phénicien et celui de Carthage. Pour le premier, nous ne possédons pratiquement aucun renseignement; c'est pourquoi une telle étude est nécessairement centrée sur les mercenaires de la seule cité pour laquelle nous avons des informations précises, c'est-à-dire Carthage. Mais là, une nouvelle difficulté surgit: l'absence de sources puniques. La vision que nous pouvons avoir des mercenaires est forcément tronquée puisque émanant de sources grecques ou latines. Et dans le cas du mercenariat, l'archéologie ne permet pas de rectifier cette déformation de la réalité, car il est très difficile de trouver trace de ces hommes; quant à l'épigraphie, elle donne peu de renseignements.

Le système du mercenariat connaît à Carthage une évolution non dans les procédures de recrutement, mais dans l'origine géographique des peuples concernés. En outre, le mercenaire de la deuxième guerre punique demeure une sorte de «monstre historique»; en effet, nos sources sont relativement incohérentes dans leurs distinctions entre auxiliaires, alliés et mercenaires, attribuant aux mêmes soldats les trois statuts. Il est difficile de savoir si ces contradictions traduisent des variations institutionnelles ou bien un manque d'intérêt des historiens, essentiellement latins, face au recrutement de l'armée punique.

La place du mercenaire dans la cité pu-

nique est difficile à percevoir, car les sources gréco-latines le présentent souvent comme un barbare; or, dans les mêmes textes, les Puniques apparaissent eux aussi comme des barbares. Aussi l'interrogation principale concerne-t-elle les possibilités d'intégration du mercenaire à Carthage, et la place qu'il y occupe. Un sujet chronologiquement aussi vaste ne peut pas être décrit «de l'intérieur», par le regard d'un mercenaire. Aussi est-ce par une description traditionnelle que je présenterai le mercenaire dans le monde punique. Avant cela, un rapide détour par le monde phénicien s'impose, afin de comprendre que les armées de Carthage perpétuent une pratique déjà ancrée au Proche-Orient.

LE MERCENAIRE DANS LE MONDE PHÉNICIEN

Deux textes témoignent de l'emploi de mercenaires par les cités phéniciennes. Le premier est le récit par le roi Salmanassar de la bataille qu'il a menée contre plusieurs cités à Qarqar, en 853. L'inscription commémorant sa victoire énumère les troupes auxquelles il fut confronté¹; elle indique entre autres que la cité d'Irqata rassemblait 10000 soldats. Or la cité était beaucoup trop petite pour pouvoir fournir un tel nombre de soldats-citoyens. Si l'on exclut l'hypothèse d'une erreur du lapicide, parmi ces hommes devaient se trouver des mercenaires. Le deuxième document renseigne sur la provenance des mercenaires pour une période postérieure. Il s'agit des reproches adressés par Ezechiël à la cité de Tyr. L'un d'entre eux concerne la composition de son armée, formée d'hommes venus de Perse, de Loud et

* Françoise Briquel-Chatonnet a bien voulu relire ces quelques pages avec attention. Je l'en remercie vivement.

¹ A. K. Grayson, *Assyrian Rulers of the Early First Millenium BC II (858-745 BC)*, *The Royal inscriptions of Mesopotamia, Assyrian Periods* vol. 3, Toronto 1996, A.O.102.2, col. II l. 92; S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, p. 177; P. Bartoloni, "L'esercito, la marina e la guerra", in S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988, p. 132, G. Brizzi, "L'armée et la guerre", in *CPPMR*, p. 304. Cf. aussi J.-P. Vita, *supra*, cap. 6.

de Pouth². Le lieu principal de recrutement devait en effet être l'Anatolie, et de façon générale les domaines géographiques proches des cités phéniciennes³.

Néanmoins les informations que nous possédons sur les mercenaires des Phéniciens se réduisent à ces quelques références. Nous sommes beaucoup mieux documentés en revanche sur les mercenaires étrangers enrôlés dans les armées carthaginoises.

LES MERCENAIRES RECRUTÉS PAR CARTHAGE

L'utilisation massive de mercenaires par Carthage s'explique par plusieurs facteurs. Le premier est l'absence de liens étroits entre les droits politiques et les devoirs militaires dans la cité punique (à l'instar sans doute, bien qu'aucun texte ne puisse le confirmer, de la situation des Phéniciens de l'Est)⁴. Les sources que nous possédons sur Carthage proviennent uniquement d'auteurs grecs ou latins, vivant dans des cités où l'implication militaire du citoyen est primordiale. Aussi ne doit-on pas s'étonner que les auteurs classiques aient mis l'accent sur cette différence essentielle entre leur propre cadre civique et celui de Carthage, même s'ils ont parfois relevé une participation punique citoyenne à la guerre⁵. Le deuxième facteur explicatif est l'éloignement entre les champs de bataille et la cité. Hormis lors des attaques syracusaines ou romaines en Afrique (conduites notamment par Agathoclès, Régulus ou Scipion), ou durant les révoltes de ses sujets libyens, la cité punique devait porter son effort militaire outre-mer, en Sicile, en Sardaigne, puis en Espagne. Aussi ne pouvait-elle s'offrir le luxe d'envoyer ses citoyens chaque année dans les

zones de conflit; le recrutement de mercenaires permettait la création d'une armée de métier, utilisable partout, mais aussi plus ou moins facile à éliminer après les combats.

Comment devient-on un soldat de Carthage? Le déroulement du recrutement nous est connu essentiellement par Diodore de Sicile et Tite-Live, les deux auteurs évoquant une même procédure pour des périodes pourtant éloignées. La décision de recruter de nouveaux mercenaires, en cas de guerre ou d'extension des conflits, était prise par le Sénat de Carthage. Ainsi en 406, au cours de la guerre contre Denys, les Carthaginois désignèrent comme chef de l'armée en Sicile Himilcon, fils d'Hannon. Le nouveau général et son père envoyèrent des notables carthaginois enrôler des soldats en Espagne et dans les Baléares après une «réunion commune»⁶. Cette réunion doit vraisemblablement être celle du Sénat. La décision paraît dépendante de la volonté du général, néanmoins l'acte a une dimension politique puisque des aristocrates sont chargés d'assurer le recrutement avec de grosses sommes d'argent⁷ dont la source, personnelle ou civique, n'est pas précisée. Cet argent servait probablement à équiper les mercenaires, ainsi qu'à leur fournir leurs rations de blé et autre ravitaillement. Ces fournitures devaient être assurées à chaque début de mois⁸. Il est également possible que l'argent soit une avance de solde sur cinq mois, pratique que l'on trouve ailleurs chez Diodore⁹. Il devait donc provenir du Trésor de Carthage. La décision d'utiliser ainsi l'argent de la cité devait logiquement revenir au Sénat. C'est ce qu'illustre clairement un deuxième récit diodoréen: en 397, lors de la reprise de la

² Ez. 27.10.

³ P. Bartoloni, "L'esercito, la marina e la guerra", *cit.*, pp. 132-138; G. Brizzi, "L'armée et la guerre", *cit.*, p. 305.

⁴ S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, *cit.*, p. 678.

⁵ Sur le mépris des auteurs gréco-latins pour les mercenaires de Carthage, les citations abondent. On citera pour exemple cet extrait du discours tenu par le consul Varron aux envoyés de Capoue, après la défaite de Cannes: «L'ennemi punique, qui n'est même pas un indigène d'Afrique, amène des soldats des plus lointains rivages, des bords de l'Océan et des colonnes d'Hercule, ignorants de tout droit, de toute relation, de tout langage humain même» (Liv. 23.5.11).

⁶ DS 13.80.2, κοινῇ συνεδρεύσαντες.

⁷ *Ibid.*, μετὰ πολλῶν χρημάτων.

⁸ G. Tagliamonte, *I figli di Marte. Mobilità, mercenari e mercenariato italici in Magna Grecia e Sicilia*, Rome 1994, p. 160.

⁹ DS 15.70.1, G. Tagliamonte, *I figli di Marte*, *cit.*, p. 161, n. 323.

lutte contre Denys de Syracuse, l'assemblée carthaginoise décida d'envoyer certains de ses membres en Europe, pour de nouveaux recrutements¹⁰. Le rôle du Sénat dans la levée de nouvelles troupes apparaît encore lors de la deuxième guerre punique, par exemple lorsque Magon revient à Carthage, après la bataille de Cannes, pour demander des soldats, du blé et de l'argent pour l'armée d'Hannibal. Selon Tite-Live un *dictator* fut envoyé en Espagne avec Magon pour recruter des mercenaires¹¹. La décision en avait été prise par le Sénat.

Les recruteurs de l'armée de Carthage sont des membres de l'aristocratie, mais pas forcément des militaires. Leur nom grec est *ξεινολόγοι*¹². Les modalités du recrutement sur place nous sont en revanche inconnues. Il est probable que les relations de *philia* et les alliances jouèrent un rôle dans le recrutement¹³, mais il est impossible de déterminer si les recruteurs carthaginois faisaient uniquement appel aux chefs politiques pour trouver les hommes dont ils avaient besoin, ou s'ils passaient par l'intermédiaire de recruteurs locaux. Après avoir été recrutés, les mercenaires pouvaient être soit amenés directement sur les lieux de conflit (la Sicile aux IV-IIIe, l'Italie et l'Espagne au cours de la deuxième guerre punique), soit être d'abord embarqués pour l'Afrique, sans doute en vue d'un entraînement.

Par conséquent, en étudiant l'évolution des aires de recrutement, nous indiquerons

également les occasions durant lesquelles certains mercenaires furent emmenés en Afrique^{13bis}.

Hérodote signale qu'en 480-479, les Carthaginois ont rassemblé des mercenaires ibères, ligures, gaulois de Narbonnaise et sardes¹⁴, suite à la demande du tyran d'Himère Teryllos. Diodore, lui, parle d'Ibères, de Ligures, de Celtes et d'Italiens¹⁵. Il ajoute que ces mercenaires furent soumis à une préparation de trois ans en Afrique, afin d'attaquer la Sicile pendant que Xerxès attaquerait la Grèce. On sait ce qu'il faut penser du synchronisme entre la bataille d'Himère et celle de Salamine; le parallélisme des préparations en Afrique et en Perse, de trois ans chacune, en accentue d'ailleurs l'effet¹⁶. On notera que les aires concernées par ce recrutement ont des liens très divers avec Carthage. Ainsi la Sardaigne et l'Espagne ont connu l'implantation de colonies phéniciennes, dont Carthage a vraisemblablement pris le contrôle au cours du VIe siècle. Il est possible, comme le propose J. L. López-Castro¹⁷, que les cités phéniciennes, présentes depuis longtemps dans ces territoires, aient servi d'intermédiaire pour que les Carthaginois puissent se procurer leurs mercenaires. La problématique est cependant très différente pour les Gaulois, les Ligures et les Italiens. La précision géographique concernant les Ligures, chez Diodore, constitue une preuve de la véracité de son propos. Cependant dans ces régions le recrutement cartha-

¹⁰ DS 14.47.3; l'expression *μετὰ πολλῶν χρημάτων* est identique à celle utilisée en 13.80.2.

¹¹ Liv. 23.13.8. Le mot dictateur désigne un chef militaire à plusieurs reprises chez les auteurs latins (par exemple Cat. *Orig.* 4, Front. *Strat.* 2.1.4), et parfois un suffète (Just. 19.1.7): P. Jal, *Tite-Live, Histoire romaine, Tome XIII, Livre XXIII*, Paris 2001, p. 93, n. 1. Le deuxième sens pourrait être retenu ici, étant donné que l'individu en question n'est pas nommé et n'apparaît pas au cours des combats. Un autre recrutement, fait par des Carthaginois dont le rang n'est pas précisé mais qui transportent de grosses sommes d'argent, est signalé à la fin de la guerre, en 203 (Liv. 30.21.3-4).

¹² Par exemple Plb. 1.32.1.

¹³ Nous possédons avec l'intervention d'Athènes dans l'île à la fin du Ve siècle un exemple de recrutement fondé sur la *philia* et la *symmachia* (G. Tagliamonte, *I figli di Marte*, cit., p. 158). A. Fariselli ("I mercenari di Cartagine", *SEAP* 16 (1997), p. 143) pense que la venue de Bruttians et de Lucaniens dans l'armée d'Hannibal était également due à des relations de *philia*. Nous reviendrons plus loin sur l'ambiguïté de ces recrutements.

^{13bis} L'étude la plus complète sur les aires de recrutement des mercenaires est désormais l'ouvrage de A. C. Fariselli, *I mercenari di Cartagine*, La Spezia 2002.

¹⁴ Hér. 7.165.

¹⁵ DS 11.1.4-5.

¹⁶ Sur la préparation de trois ans en Perse, DS 11.2.1.

¹⁷ J. L. López-Castro, "Los Libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el Sur de la Península ibérica", *RSF* 20 (1992), p. 65 pour le recrutement de mercenaires espagnols dès le Ve siècle, par l'intermédiaire des cités phéniciennes ayant établi depuis longtemps des relations d'amitié et d'alliance.

ginois ne s'appuie sur aucune installation coloniale. Par conséquent, outre les relations de *philia* ou de *symmachia* qui impliquent qu'un peuple fournisse des mercenaires à une cité donnée de façon exclusive (comme les Sardes ou les Ibères, engagés par Carthage et jamais par les Siciliens), il faut admettre l'existence de régions où se recrutaient des soldats professionnels pouvant se retrouver dans n'importe quel camp. Ainsi les Gaulois servirent-ils indifféremment Carthage et les tyrans syracusains. Il en fut de même pour les Campaniens dont l'activité en tant que mercenaires commença à la fin du Ve siècle.

En effet, vers 414/413, les cités chalciennes de Sicile font appel à 800 mercenaires campaniens pour le siège de Syracuse¹⁸. Après la défaite d'Athènes, ces hommes ne trouvent plus d'employeur. En 409, en Sicile, ils sont recrutés par Carthage qui leur fournit des chevaux, ce qui laisse penser qu'il s'agissait d'*equites campani*¹⁹. Après la bataille de Sélinonte, Carthage fait de ces mercenaires un usage particulier, puisqu'ils sont envoyés en garnison dans une cité de l'épicratie punique. Leur défection en faveur d'Agrigente oblige Carthage à faire appel à de nouveaux Campaniens, recrutés en Italie; emmenés en Afrique²⁰, ces hommes rejoignent d'autres mercenaires, espagnols et baléares. L'armée est alors embarquée au complet pour la Sicile. Dans un premier temps, les nouveaux mercenaires campaniens de Carthage doivent combattre les anciens; mais rapidement ces derniers se joignent aux autres, sous le commandement punique²¹.

Puis en 405 ils sont à nouveau installés en garnison dans l'épicratie²². Mais l'année suivante ils passent du côté de Denys de Syracuse, formant alors une troupe de 1 200 cavaliers. Après la guerre, congédiés par Denys, les Campaniens s'installent à Entella où ils auraient massacré la population masculine pour prendre sa place²³.

En 392, les Carthaginois décident de reprendre l'offensive en Sicile, et y amènent notamment un contingent de barbares d'Italie, sans que l'origine précise de ces mercenaires soit donnée; des Sardes sont également engagés, dont on ne sait s'ils servent en tant que mercenaires ou en tant que sujets²⁴. Les textes ne nous fournissent aucune indication sur le devenir de ces mercenaires. De même, pendant la guerre contre Timoléon, les Carthaginois envoient à plusieurs reprises des forces armées d'Afrique en Sicile. Nous ne connaissons la composition que d'une seule troupe, qui comprenait des Ibères, des Celtes et des Ligures²⁵.

Les guerres contre Syracuse reprennent avec la tyrannie d'Agathocle. En 311-310 les Carthaginois envoient en Sicile, outre 2000 citoyens soldats et 10000 Africains, un millier de fantassins et 200 cavaliers étrusques, et 1000 frondeurs baléares. La flotte comporte cent trente trirèmes, qui passent de Carthage en Sicile, mais subissent un naufrage²⁶. Il apparaît à travers cet épisode que les mercenaires attendaient tous en Afrique, y compris les non-Africains. Cela confirmerait la résidence à Carthage de certains d'entre eux.

En 309, lorsqu'Agathocle débarque une première fois en Afrique, une partie de ses

¹⁸ DS 13.44.1-2. Sur cet épisode, cf. F. Cassola, "Problemi di storia neapolitana. Appendice II: I mercenari campani", in *Neapolis, Atti del 25 convegno di Studi sulla Magna Grecia, Tarento, 3-7 ott. 85*, Tarento 1988, pp. 77-81, et G. Tagliamonte, *I figli di Marte*, cit., pp. 128ss.

¹⁹ F. Cassola, "Problemi di storia neapolitana", cit., p. 79; G. Tagliamonte (*I figli di Marte*, cit., p. 129) explique le recrutement de 414 / 413 par les besoins des Athéniens de contrer la cavalerie syracusaine.

²⁰ DS 13.80.4.

²¹ DS 13.88.5 et 13.110.5.

²² DS 14.8.4.

²³ DS 14.9.8.

²⁴ DS 14.95.1.

²⁵ DS 16.73.3. Plutarque (*Tim.* 28.6) évoque des Libyens (qui sont sans doute des sujets), des Ibères et des Numides.

²⁶ DS 19.106.2. G. T. Griffith (*The mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge 1935 p. 210), pense plutôt que les Etrusques recrutés aurait été emmenés directement en Sicile. En revanche, le même auteur pense différemment pour la guerre de Sicile contre Rome: «It appears that all the mercenaries recruited during the war had at different times been concentrated at Carthage before proceeding to Sicily» (p. 217).

soldats, vraisemblablement des mercenaires, décide de rejoindre le camp de Carthage²⁷; ils sont plus de deux cents, avec parmi eux des officiers. On sait par ailleurs que ces troupes étaient constituées de Celtes, de Samnites et d'Etrusques²⁸. En 307, à la fin de sa deuxième expédition, Agathocle abandonne ses hommes en Afrique. Ils passent alors un accord avec Carthage: à condition de rendre les villes prises, ils recevront de l'argent, ou pourront se mettre au service de la cité punique; certains pourraient même être lotis sur le territoire de la cité de Solunte, en Sicile, alors dominée par les Carthaginois²⁹. La découverte d'une cuirasse et d'un ceinturon samnites, datant de la fin du IV^e siècle av. J.-C., à Ksour Essaf, dans le Sahel, doit être mise en relation avec les deux expéditions syracusaines en Afrique³⁰. Peut-être ces objets ont-ils appartenu à un combattant osque demeuré au service de Carthage, ou tout au moins installé sur son territoire.

En 277, des mercenaires sont recrutés en Italie en vue de la lutte contre Pyrrhus³¹. Il s'agit probablement de Bruttians ou de Samnites³². Ces hommes, restés au service de Carthage pendant plus de dix ans, furent mis à mort par les Carthaginois lors du déclenchement de la première guerre punique. Un tel acte, dirigé contre Rome³³, ne prend de sens que si les mercenaires étaient issus de peuples alliés de cette cité³⁴. Le recrutement carthaginois s'inscrit alors dans un nouveau contexte, celui d'une concurrence avec Ro-

me en Italie, puis en Méditerranée occidentale. Cette situation implique pour Carthage une modification de ses aires de recrutement. Il lui devient ainsi impossible de recruter officiellement des Italiens durant la première guerre punique; aussi fait-elle appel à nouveau aux Celtes, aux Ligures³⁵, aux Baléares, aux Espagnols. Polybe cite également des *μῆτρες*, Grecs métissés d'Italie du Sud, dont la plupart ont déserté les troupes romaines; certains d'entre eux pouvaient également venir de Grèce propre, comme les compagnons du Spartiate Xanthippe engagés en 256³⁶. Polybe cite aussi des mercenaires africains, dont on peut penser, sans certitude, qu'il s'agit de Numides³⁷.

La perte de la Sicile et de la Sardaigne après la première guerre punique réduisit les besoins militaires des Carthaginois. La défaite de 241 devait marquer la fin des recrutements italiens, puisqu'ils furent interdits par les Romains en vertu d'une clause du traité de paix³⁸. L'interdit fut levé à titre exceptionnel durant la guerre des mercenaires, de 241 à 238. Pourtant, une étude des troupes d'Hannibal au cours de la deuxième guerre punique montre une participation assurée des Italiens aux côtés des Carthaginois. Mais les mercenaires de la deuxième guerre punique sont beaucoup plus difficiles à définir que ceux des temps précédents. En effet, si Hannibal est loué par la plupart des auteurs antiques pour son aptitude à diriger des troupes hétérogènes, le vocabulaire employé

²⁷ DS 20.34.7.

²⁸ DS 20.64.1.

²⁹ DS 20.69.3.

³⁰ A. Merlin, "Découverte d'une cuirasse italote près de Ksour-Essaf (Tunisie)", *MMAI* 17 (1909), pp. 125-137, pl. 12-14 et H. Ben Yonès, "Découverte de deux nouveaux éléments dans le mobilier de la tombe à la cuirasse de Ksour-Essaf au Sahel tunisien", *REPPAL* 10 (1997), pp. 35-39 pour la description du matériel de la tombe; G. Tagliamonte, *I figli di Marte*, cit., pp. 153-154.

³¹ Zonar. 8.5.

³² De fait, on retrouve dans le Bruttium des monnaies puniques datant de la fin du IV^e siècle et du début du III^e siècle av. J.-C. Cette masse monétaire peut provenir d'échanges commerciaux. Cependant l'objectif de la frappe punique en Sicile est de payer les mercenaires; aussi serait-on tenté de penser à un recrutement de mercenaires bruttiens par Carthage (G. Tagliamonte, *I figli di Marte*, cit., p. 177; S. Pennestri, "Monete puniche in Bruzio. Aspetti e problemi di circolazione in età preannibalica", in *Decima Miscellanea greca e romana*, Roma 1986, pp. 115-116 et 135-137). Cette hypothèse est renforcée par la présence de monnaies puniques en Etrurie pour la même période, durant laquelle Carthage avait également utilisé des mercenaires étrusques (Pennestri 1986 p. 125, n. 29).

³³ Zonar. 8.9.

³⁴ G. Tagliamonte, *I figli di Marte*, cit., p. 204.

³⁵ Plb. 1.17.4; 1.67.7.

³⁶ Plb. 1.32.1.

³⁷ Plb. 1.67.7.

³⁸ Plb. 3.27.4; Zonar. 8.17.

pour désigner ces dernières n'est pas toujours très précis. Les lacunes du texte de Diodore empêchent les comparaisons, au sein d'un même récit, avec les périodes antérieures. Certes Polybe utilise à plusieurs reprises le terme *μισθοφόροι* pour désigner les Ligures, les Celtes, les Baléares et les Maures³⁹. Cependant Tite-Live emploie des expressions comme *mercede milites*, *mercede auxilia*, ou *mercennarii auxilia*, souvent abrégées en *auxilia*. Or ce même mot existe pour désigner, dans l'armée romaine, les troupes formées par les *socii* de Rome, les cités et peuples assujettis par la signature d'un traité. Le texte livien présente donc des ambiguïtés dans la désignation des troupes carthaginoises. Ainsi les Gaulois, pourtant mercenaires, sont désignés parfois comme *auxilia*⁴⁰, alors que les Espagnols, alliés ou sujets de Carthage, sont parfois présentés comme des mercenaires⁴¹. Le statut des Brutiens, Lucaniens et autres Italiens (sans doute Samnites) combattant dans les rangs d'Hannibal en 202⁴² n'est pas défini de façon précise. On ne sait s'ils sont là en tant que mercenaires ou en temps qu'alliés engagés en vertu d'un *foedus* passé avec Hannibal. Le traité signé entre Capoue et le général punique en 216 stipule qu'aucun citoyen capouan n'aura d'obligation militaire envers les Puniques; selon toute probabilité, cette clause, qui rend l'alliance avec Carthage moins lourde que celle avec Rome, variait d'une cité à l'autre⁴³. Il est par conséquent certain que l'armée carthaginoise fut composée de mercenaires venant de toutes les régions traditionnelles de recrutement; mais, étant donné les lieux et les circonstances des combats, on ne s'étonnera pas de voir davantage de Gaulois, d'Ibères (Baléares compris)

et de Maures que dans les guerres précédentes.

Se dessine par conséquent une évolution géographique du recrutement, surtout en ce qui concerne l'Italie. Ce sont essentiellement les résultats obtenus lors des combats qui expliquent ces changements. Ainsi Diodore rapporte qu'après les combats contre Timoléon, Carthage décida d'engager des mercenaires grecs, car ceux-ci avaient bien combattu aux côtés du chef militaire corinthien⁴⁴. C'est néanmoins oublier que des Grecs avaient déjà été recrutés dans les armées puniques. Les mercenaires grecs devaient d'ailleurs permettre aux Carthaginois de remporter en 255 une grande victoire contre les troupes romaines de Régulus débarquées en Afrique; la tactique du Spartiate Xanthippe avait surpassé celle du consul romain. Mais le recrutement est également lié à la possibilité pour les Carthaginois de se déplacer librement en Méditerranée, ainsi qu'au choix des peuples fournissant les soldats. Par exemple les Campaniens ne sont plus utilisés comme mercenaires dans la deuxième moitié du IV^e siècle, c'est-à-dire après la *deditio* de Capoue à Rome en 343, et l'obtention par les *equites campani* de la citoyenneté romaine. On peut supposer qu'ils n'avaient plus intérêt à s'engager auprès des puissances étrangères; ils n'en avaient peut-être plus la possibilité puisqu'ils étaient tenus de servir dans l'armée romaine. De façon plus définitive, l'interdiction faite aux Carthaginois de se rendre en Italie devait réorienter le recrutement vers d'autres régions; certes, la première fois que l'Italie leur fut fermée, par un traité entre Rome et Carthage daté de 306 ou, plus vraisemblablement, de 278, ils outrepassèrent l'interdit.

³⁹ Par exemple pour la composition des troupes mercenaires lors de la bataille de Zama, Plb. 15.11.1.

⁴⁰ Liv. 23.28.6.

⁴¹ Liv. 22.43.3.

⁴² Liv. 24.15.2.

⁴³ Liv. 23.10.2; en revanche, le *foedus* conclu entre Hannibal et Locres ne précise pas si les Locriens ont des obligations militaires (Liv. 24.1.13).

⁴⁴ DS 16.81.4; Plut. *Tim.* 30.5. Les raisons invoquées par ces deux auteurs sont différentes: d'après Diodore, l'enrôlement des Grecs était englobé dans une décision plus générale du Sénat de Carthage d'enrôler des mercenaires afin d'éviter la mort des citoyens; en revanche selon Plutarque, les Carthaginois trouvèrent lors des combats contre Timoléon que les Grecs étaient les combattants les plus robustes et les plus courageux.

Mais la défaite de 241 les empêcha de lever des troupes dans toute l'Italie, Sicile et Sardaigne comprises. Ainsi les plus gros effectifs durant la deuxième guerre punique furent composés de Gaulois et d'Espagnols.

Les variations dans la composition des armées entraînent des modifications dans les stratégies militaires. Au IV^e siècle, il semble que la force des armées puniques reposait sur la mobilité des troupes en Sicile, permise par l'utilisation des mercenaires campaniens, essentiellement des cavaliers. Ce rôle est repris par les Etrusques en 309, puis par les Numides. Dans l'armée d'Hannibal, si la cavalerie continua à jouer un rôle essentiel⁴⁵, l'infanterie légère prit une importance plus grande, grâce aux troupes formées de frondeurs baléares et d'Ibères. D'autres peuples avaient des attributions moins spécifiques sur le champ de bataille: les Gaulois et les Grecs servaient principalement dans l'infanterie, mais pouvaient également être utilisés dans la cavalerie. L'armement dépendait également des spécificités de chaque corps de troupes. Il est probable que les armes légères étaient apportées par les mercenaires eux-mêmes⁴⁶. Mais les Carthaginois pouvaient également les leur procurer (en 392 ils arment les soldats, sujets libyens ou mercenaires italiens, qu'ils viennent de recruter). D'autres équipements étaient fournis par Carthage: en 410 les Carthaginois amenèrent aux mercenaires campaniens des chevaux; quant aux armes de siège, durant les guerres de Sicile, elles étaient construites à Carthage.

Les mercenaires ont-ils une préparation

commune? Le fait qu'à plusieurs reprises ils aient été emmenés en Afrique ou bien envoyés sur les lieux de bataille depuis Carthage constitue un argument en faveur de cette hypothèse⁴⁷. La courte notice de Diodore de Sicile sur la préparation de la bataille d'Himère va également dans ce sens, tout comme le récit polybien du spectacle des grandes manœuvres que Xanthippe offre aux Carthaginois en 256. Il est vrai qu'à cette date la présence de toute l'armée à Carthage est rendue indispensable par l'arrivée en Afrique de Regulus⁴⁸.

Au cours du même récit, Polybe précise que les troupes, donc les mercenaires, étaient rassemblées à l'intérieur de la cité, sans qu'il soit possible de déterminer si les hommes avaient un campement dans un point précis de la ville, par exemple près des murailles, ou s'ils étaient logés chez des civils⁴⁹. Cette présence n'allait pas sans provoquer des conflits avec la population: après la première guerre punique, le gouverneur de Lilybée fit passer les mercenaires de Carthage en Afrique par petits groupes, de façon à ce qu'une fois leur solde reçue, ils repartent chez eux; mais les Carthaginois, n'ayant pas les moyens de les payer, décidèrent de regrouper ces hommes dans la ville. Ils eurent rapidement à se plaindre des désordres engendrés par cette présence⁵⁰. En outre les familles des mercenaires étaient restées à Carthage durant toute la période de la guerre, comme le rapporte Polybe. Le mot utilisé pour les désigner est celui de 'bagage', terme traditionnel désignant tous les biens du mercenaire, y compris sa femme et ses enfants⁵¹. On ignore si les femmes appartenaient au même peuple que les mercenaires, ou si certaines d'entre

⁴⁵ Que l'on songe au déplaisir extrême d'Hannibal après la perte de ses meilleurs cavaliers numides, en 210, à Salapia, Liv. 26.38.11-14 et Liv. 27.28.6.

⁴⁶ A. Fariselli, "The impact of Military Preparations on the Economy of the Carthaginian State", in *Phoenicians and Carthaginians in the Western Mediterranean*, *Studia Punica* 12, Rome 1999, p. 60.

⁴⁷ En ce sens mais sans citer d'exemple, A. Fariselli, "The impact of Military Preparations on the Economy of the Carthaginian State", *cit.*, p. 61.

⁴⁸ Plb. 1.30.2: 500 cavaliers et 5000 fantassins de l'armée punique sont revenus de Sicile.

⁴⁹ Possibilité évoquée par L. Loreto, *La grande insurrezione libica contro Cartagine del 241-237 a. C.*, Coll. EFR 211, Rome 1995, p. 56, pour la première guerre punique. Le point de départ de cette hypothèse est constitué par deux passages de Polybe (Plb. 1.32.7 et 1.33.6).

⁵⁰ Plb. 1.66.6

⁵¹ Sur la signification de ἡ ἀποσκευή, cf. M. Holleaux, "Ceux qui sont dans le bagage", in *Études d'épigraphie et d'histoire grecque, III. Lagides et Séleucides*, Paris 1942, pp. 15-26. Parfois les mercenaires se déplaçaient avec leur famille, comme l'avaient fait les Campaniens qui combattaient pour Denys en 405 (DS 14.9.2).

elles pouvaient être d'origine punique. De toute façon, elles restèrent à Carthage durant une partie du conflit, voire une quinzaine d'années pour celles des premiers mercenaires engagés; leurs enfants furent en contact assez étroit avec les Carthaginois pour que des mariages puissent avoir eu lieu.

Il paraît peu probable, contrairement à une idée anciennement énoncée, que les femmes et les enfants des mercenaires aient servi d'otages pendant la première guerre punique⁵²; on comprendrait mal que les mercenaires aient insisté pour laisser leur famille à Carthage lorsqu'ils furent envoyés à Sicca. Ce n'est qu'après le déclenchement de la guerre des mercenaires que les Puniques regrettèrent de ne pas avoir conservé les familles en otage. En tous les cas, l'attitude de Giscon, le gouverneur de Lilybée, et la réaction carthaginoise de rejet face à la présence des mercenaires montrent que Carthage était hostile à l'implantation de mercenaires sur son sol.

Se pose alors le problème du devenir de ces soldats et de leurs familles. Un seul épisode présentant le retour des mercenaires chez eux est certain, celui de la fin de la première guerre punique, lorsque Giscon envoie les soldats par petits groupes pour que les Carthaginois aient le temps de les renvoyer chez eux avant l'arrivée du groupe suivant⁵³. S'ils refusent de rentrer chez eux, les mercenaires peuvent tenter de s'intégrer dans la cité pour laquelle ils combattent⁵⁴. Cela correspond à la volonté civique qui est à la base du mercenariat⁵⁵. Néanmoins Carthage offre

rarement cette possibilité aux hommes qu'elle recrute. En 396 av. J.-C., Himilcon promet aux Campaniens d'Etna une terre⁵⁶; en 218 Hannibal affirme également qu'il donnera à ses hommes des terres en Italie, Afrique et Espagne, mais la citoyenneté carthaginoise ne serait accordée qu'aux *socii*, dont les mercenaires ne font théoriquement pas partie⁵⁷. Les auteurs antiques n'ont pas gardé souvenir de la réalisation de ces promesses. Le doute sur la réalité d'une installation persiste également dans le cas du lotissement de Solunte en faveur des anciens mercenaires d'Agathocle, que le tyran avait abandonnés en Afrique en 307. Carthage cherche plutôt à maintenir les mercenaires en activité dans ses territoires⁵⁸, et non à les intégrer dans le tissu urbain. L'unique exemple d'intégration d'un mercenaire en Afrique-même, et non en Sicile, reste le Samnite dont la cuirasse a été retrouvée à Ksour-Essaf, s'il s'agit bien d'un Samnite.

D'autres témoignages, assez fragiles cependant, permettent d'évoquer l'implantation carthaginoise de quelques mercenaires d'origines grecque et italienne. Les inscriptions puniques de Carthage comportent en effet des noms dont l'origine n'est assurément pas punique, mais grecque, étrusque, osque ou latine. Ces noms sont inclus dans des généalogies montrant une intégration certaine, par le jeu d'alliances matrimoniales. Certes ces hommes ne sont pas forcément des mercenaires; ainsi l'implantation grecque, connue au moins depuis 396, a une vocation essentiellement commerciale et parfois politique⁵⁹. Certains Italiens en revanche

⁵² L'hypothèse est proposée par G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, cit., p. 218. L'existence d'otages permettant aux Etats de s'assurer de la fidélité de leurs mercenaires est attestée par un texte de Diodore de Sicile (14.61.5) se situant au moment des luttes entre Carthage et Denys Ier.

⁵³ Plb. 1.66.3: il s'agit de les renvoyer «ἐκ τῆς Καρχηδόνος εἰς τὴν οἰκείαν».

⁵⁴ A. Fariselli, "I mercenari di Cartagine", cit., p. 145.

⁵⁵ Sur «l'attrance pour le modèle de la cité», cf. Y. Garlan, *Guerre et économie en Grèce ancienne*, Paris 1989, pp. 153-156.

⁵⁶ DS 14.61.5.

⁵⁷ Liv. 21.45.

⁵⁸ A. Fariselli, "I mercenari di Cartagine", cit., p. 145 pense qu'il s'agit d'une forme d'intégration. Les exemples en sont l'utilisation des troupes campaniennes comme garnisons dans l'épicratie punique. Mais il me semble faux de considérer cette fonction comme une possible intégration à la cité. La trahison de ces mêmes Campaniens au profit d'Agrigente puis de Denys de Syracuse le démontre clairement.

⁵⁹ A cette date, le culte de Demeter et Coré est accueilli à Carthage, et les notables carthaginois demandent à des Grecs d'assurer une partie des sacerdoces (DS 14.77.5). Un exemple d'immigration politique est donné par les envoyés d'Hannibal à Syracuse en 214, puisque leur grand-père était un Syracusain exilé et leur mère une Carthaginoise (Liv. 24.6.2).

ont pu venir à Carthage en tant que mercenaires. En effet, le nom italien le plus répandu dans la cité est MTL³ / MTLY, transcrit en Metelus (avec une variante Metelius). Le nombre d'occurrences est si élevé⁶⁰ qu'on peut hésiter à lui attribuer une origine non-punique. Cette fréquence peut pourtant être expliquée par l'usage très répandu de ce nom dans tous les domaines onomastiques italiens; elle est peut-être également liée à la notice de Festus selon laquelle, dans les textes juridiques romains concernant l'armée, Metelus signifiait mercenaire⁶¹. Néanmoins les noms italiens sont extrêmement rares à Carthage, puisqu'on n'en relève qu'une petite dizaine⁶². Cela semble confirmer le refus carthaginois d'une installation des mercenaires en son sein.

On retiendra donc que les mercenaires avaient peu de chance d'intégrer la citoyenneté carthaginoise. A peine plus grandes étaient leurs possibilités de s'enrichir au service de Carthage, hormis dans quelques rares cas de pillage des cités siciliennes ou italiennes. Si les relations étaient souvent tendues entre les Carthaginois et leur troupes, cette tension reposait souvent sur le paiement des soldes. La cité punique, qui dépensait la plus grande partie de ses fonds en armement et en paiement lors du recrutement, n'était plus capable de payer les mercenaires après les combats. Cette situation se produisit à plusieurs reprises, et notamment durant les longs conflits. Parmi les divers épisodes de mécontentement des mercenaires, nous n'en choisisons que deux.

Le premier montre bien l'embarras des Carthaginois face au danger que peuvent re-

présenter des mercenaires mécontents. Le récit en paraît davantage légendaire que véritable. Mais étant donné qu'il est rapporté sous des formes légèrement différentes par deux auteurs, dont le plus tardif, Jamblique, ne s'est sans doute par inspiré du plus ancien, Diodore de Sicile, nous considérerons cette histoire peu vraisemblable comme vraie. Il était une fois, donc, cinq ou six mille mercenaires, en partie grecs, engagés par Carthage pour lutter contre les tyrans de Syracuse; l'époque exacte n'est pas connue, peut-être s'agit-il de la guerre contre Agathocle⁶³. A la fin du conflit, les caisses du Trésor carthaginois étaient, une fois de plus, à sec. Les dirigeants de la cité décidèrent alors de se débarrasser de ces soldats trop encombrants en les abandonnant sur une île déserte. Celle-ci se situait près de Lipari. Tous les mercenaires moururent, et leurs ossements couvrirent l'île, lui donnant alors son nom: Osteodes⁶⁴. Jamblique, qui ne situe pas l'île déserte, évoque un autre aspect de l'anecdote: l'un des chefs carthaginois, Miltiade, un Pythagoricien, avait reconnu parmi les mercenaires un Argien qui partageait ses opinions philosophiques. Il lui sauva la vie en lui conseillant de s'embarquer immédiatement sur un autre navire⁶⁵.

Reconnaissons-le, l'histoire n'est pas amusante pour les mercenaires abandonnés. Elle fut néanmoins de peu d'importance pour les Carthaginois, comme lors de cet autre épisode des guerres contre Syracuse qui vit le général Himilcon s'enfuir de la cité grecque en abandonnant ses mercenaires⁶⁶. Plus grave en revanche fut la révolte que l'on appelle, à la suite de Polybe, la guerre des mercenaires. L. Loreto a parfaitement étu-

⁶⁰ CIS 1273, 3141, 3934, 4878, 5251.

⁶¹ Fest. p.132.13.L.

⁶² Sur l'étude des noms italiens à Carthage, cf. St. Bourdin – S. Crouzet, "Des Italiens à Carthage? Reflexions sur quelques inscriptions puniques", in *Actes du colloque sur l'onomastique dans l'Italie antique (Rome, 13-15 novembre 2002)*, Coll. EFR, à paraître.

⁶³ Nos sources évoquent la présence de mercenaires grecs (et plus précisément d'un Argien); or selon Diodore (16.81.4 cf. *supra* n. 42) les Carthaginois auraient décidé d'engager des Grecs après la guerre contre Timoléon, ce qui impliquerait que cet épisode date du conflit suivant en Sicile, c'est-à-dire de la lutte contre Agathocle. Néanmoins l'historien sicilien se contredit lui-même en rapportant le recrutement de mercenaires grecs pour des périodes antérieures à l'expédition sicilienne de Timoléon, bien que ces Grecs viennent plutôt de Sicile que de Grèce continentale (DS 13.58.1; 14.53.4). Aussi est-il difficile de situer exactement l'anecdote.

⁶⁴ DS 5.11.1.

⁶⁵ Iamb. VP 128.

⁶⁶ En 396, DS 14.75. Les mercenaires, des Espagnols passèrent alors au service de Denys de Syracuse.

dié ce mouvement de protestation des soldats impayés, rapidement rejoints par les sujets libyens⁶⁷. Nous ne reviendrons pas ici sur le déroulement du conflit, que Flaubert a repris et orné pour créer *Salambô*. Ce qui nous importe, c'est davantage la perte pour Carthage de plusieurs dirigeants, torturés et massacrés par les mercenaires; c'est la peur des Carthaginois, démunis car peu préparés au combat, devant ces machines de guerre qu'étaient les mercenaires après des années de conflit contre Rome; c'est enfin l'affirmation de la puissance d'Hamilcar Barca, le père d'Hannibal, seul général capable de rétablir la situation.

Ainsi l'emploi de mercenaires par Carthage, bien qu'indispensable, n'était pas exempt de tout risque. Peut-être est-ce la raison pour laquelle le statut de ces mercenaires se transforma pour devenir celui d'auxiliaires, recrutés parmi les peuples alliés de Carthage; à moins que cette vision ne dérive exclusivement de nos sources romaines, qui manient assez mal, et de façon floue, le concept de mercenariat⁶⁸. Mais malgré les dangers que présentaient ces soldats, ils

étaient indispensables à la défense des positions carthaginoises en Sicile, comme ils l'avaient été à la défense des cités phéniciennes du Proche-Orient. Même si, à plusieurs reprises, les Carthaginois éprouvèrent quelques doutes sur la fiabilité de leurs mercenaires, ceux-ci leur avaient permis de garder pendant plusieurs siècles le contrôle de la Sicile contre les Grecs. Faut-il déduire de la défaite de Carthage contre Rome qu'une armée de mercenaires était plus faible qu'une armée de citoyens? A l'époque hellénistique, le modèle du mercenariat a souvent fait ses preuves, et il est trop facile de dire des événements du passé qu'ils étaient inévitables. D'autant que l'armée romaine était formée d'autant d'auxiliaires, c'est-à-dire de non-citoyens, que de citoyens; n'était-elle pas alors fort semblable à l'armée carthaginoise qui se battit à Zama? Les mercenaires morts au service de Carthage étaient d'aussi bons et d'aussi fidèles combattants que les soldats-citoyens auxquels ils furent souvent confrontés. Aussi pouvaient-ils trouver inique le rejet dont ils étaient l'objet de la part d'une cité dans laquelle ils auraient peut-être voulu s'intégrer.

⁶⁷ Une partie des révoltés libyens était également des soldats n'ayant pas reçu leur solde, les sujets de Carthage employés dans l'armée punique étant, comme les mercenaires, payés pour leur service (Plb. 1.70.3. cf. S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, cit., p. 691).

⁶⁸ Pourtant la deuxième guerre punique fut la première occasion pour Rome d'engager des mercenaires espagnols (Liv. 24.49.8).

8. LE CHEF DE GUERRE

V. KRINGS

INTRODUCTION (généralités, sources, problématique)

L'histoire extérieure de Carthage est traditionnellement, depuis O. Meltzer et S. Gsell, envisagée à travers les guerres, connues par les auteurs classiques, qui auraient rythmé ses rapports avec les Grecs, les Romains, et, dans une moindre mesure à ce qu'il semble, avec les populations indigènes des territoires qu'elle occupait ou convoitait. Elles constituent donc le fil conducteur du récit historique et, dans un tel cadre, ressort particulièrement le rôle dévolu aux grandes «dynasties» de chefs militaires, parmi lesquels se détachent successivement les *Magonides*, les *Hannonides* et les *Barcides*. Parallèlement, les motivations d'expansion commerciale qu'on suppose à ces guerres ont été davantage mises en évidence que les conditions de leur pratique et leur impact sur la société (pour ces aspects, on renverra néanmoins aux travaux de W. Ameling et de L. Loreto).

De ces trois «dynasties», la première, celle des *Magonides*, aurait été active juste après Malchus, durant trois générations. Son fondateur en est Magon qui combattit en Sardaigne et qui aurait introduit l'usage d'engager des mercenaires dans les forces armées. Après lui, il faut compter avec ses fils, Hasdrubal, qui mourut en Sardaigne sur le champ de bataille, et Hamilcar, qui commandait l'armée punique battue à Himère en 480 et qui s'y suicida. À cette même famille, on lie souvent les navigateurs Hannon, connu pour son *Périple*, et Himilcon, auteur d'un audacieux voyage vers les îles britanniques en quête de métaux. Il n'y a pas de certitude sur la date jusqu'à laquelle les Magonides exercèrent leur pouvoir, soit la moitié du Ve s., soit les premières années du IVe s. Jouissant d'un énorme prestige et d'un pouvoir qui menaçait

les libertés constitutionnelles, les principaux représentants de la famille (en particulier Hannon et Giscon) furent accusés de conspiration et envoyés en exil dans les années 450. Cet événement ne signifia pas leur déclin, puisque en 409 Hannibal, petit-fils de l'Hamilcar d'Himère, commandait une armée carthaginoise en Sicile.

Après la chute des Magonides, le pouvoir serait passé entre les mains des *Hannonides*. Hannon le Grand, fondateur de la dynastie au IVe s., aurait fini crucifié sur la place publique à la suite d'un coup d'État raté, exécuté avec l'aide d'un grand nombre d'esclaves. Il était reconnu pour son extrême richesse et avait cherché à augmenter sa popularité à travers la distribution de vivres au peuple. Certains membres de sa famille connurent le même sort, mais d'autres survécurent, parmi lesquels son fils Giscon et son petit-fils Hamilcar. Le premier, après une période d'exil, fut rappelé à Carthage pour se battre contre Timoléon après la défaite carthaginoise au Crimisos, en Sicile, et signa une nouvelle paix. Il semble que les soutiens oligarchiques dont disposaient les Hannonides aient suscité l'hostilité des autres familles puissantes, en particulier, celle des Barcides.

Les *Barcides* furent les généraux actifs durant la période des guerres puniques. Leur nom leur vient d'Hamilcar Barca (l'«éclair»), qui commanda l'armée durant les dernières années de la première guerre punique ainsi que durant l'insurrection libyque des années 241-238. Appartiennent à cette grande famille ses fils Hannibal, Hasdrubal et Magon ainsi que son gendre, Hasdrubal, qui lui succéda en 229/8 et fut assassiné en Espagne en 221. À sa mort, Hannibal fut proclamé par les soldats commandant suprême de l'armée, charge qui fut confirmée par le peuple de Carthage. Avec son exil de Carthage en 195, après la défaite de la deuxième guerre punique, prend fin la dynastie des Barcides.

Plutôt que d'entrer dans le détail de cette histoire «traditionnelle», pour lequel on ren-

verra au *Carthage* de S. Lancel et à la bibliographie citée par lui, nous partirons à la recherche de la dimension «légendaire» qui entoure les chefs de guerre. Plus particulièrement, Malchus et Magon, qui auraient présidé aux débuts de l'empire de Carthage, retiendront l'attention dans une première partie à travers une lecture des témoignages les concernant. Dans un second temps, nous proposerons de retracer l'itinéraire d'Hannibal, en essayant d'attirer l'attention sur le fait que le regard jeté sur lui, à titre individuel mais aussi dans l'empreinte qu'il a laissée sur le devenir de Carthage, est marqué par les réécritures dont il a été l'objet.

MALCHUS, MAGON ET LA "DYNASTIE" DES MAGONIDES

a. Le "fantôme de Malchus"

Peu connu des non-spécialistes, le chef militaire (*dux*) Malchus est un «personnage-clé» pour divers historiens de Carthage: avec lui, la cité émerge de l'obscurité des premiers siècles de son histoire et se pose en rivale des Grecs.

Malchus est connu par deux témoignages littéraires tardifs, de Justin et d'Orose. Selon le premier (XVIII 7), la principale source sur celui-ci, il aurait, à une époque non précisée, conduit des campagnes victorieuses en Afrique et en Sicile, puis malheureuses en Sardaigne; exilé à la suite de ce revers, il assiégea Carthage, faisant exécuter son propre fils, puis s'empara de la cité; soupçonné d'aspirer à la royauté, il perdit la vie. Le second résume ces événements qu'il fixe à l'époque de Cyrus, le roi des Perses; selon lui, aussi, Malchus aurait été vaincu non seulement en Sardaigne, mais déjà en Sicile (*Hist.* IV 6, 6-9). On signalera encore que le nom sous lequel on désigne habituellement ce personnage, Malchus, ne figure ni dans les manuscrits de Justin, ni dans ceux d'Orose et est une conjecture proposée par I. Vossius, par référence à l'hébreu.

Justin est l'auteur d'un abrégé des *Histoires Philippiques* de Trogue Pompée (historien voconce de langue latine des premières années de l'empire romain). Longtemps il

n'a été étudié que parce qu'il permettait d'appréhender l'œuvre jugée monumentale de Trogue. Pourtant, la tendance est maintenant à revaloriser sa part d'initiative, même si l'influence exercée par Trogue a été considérable, notamment pour ce qui regarde la valeur idéologique des informations délivrées, desquelles une dimension augustéenne n'est pas absente. Plus précisément, les *Histoires Philippiques* parlent de victoires de Malchus en Afrique et en Sicile ainsi que d'une défaite en Sardaigne. Le passage fait partie d'un excursus sur Carthage. Si on veut en apprécier le contenu, il faut à la fois chercher à cerner et l'œuvre de Trogue et le travail propre de Justin. Sans entrer dans les détails, la présentation de Malchus chez ces auteurs paraît avoir été conditionnée par une recherche de la cohérence (construction du récit, réapparition à plusieurs reprises des mêmes champs d'action, vision de l'histoire de Carthage). Parallèlement, l'aventure de Malchus n'est pas sans rappeler des épisodes de l'histoire romaine. La dimension morale est également perceptible, et on est parfois plus proche de l'*exemplum* que du compte rendu historique. Un dernier aspect est la mise en évidence d'une théorie de la succession des empires (assyrien, mède, perse, babylonien) qui affecte la présentation de tous ceux qui semblèrent tendre à une domination sur autrui; autrement dit, l'histoire des peuples est souvent conçue dans les *Histoires Philippiques* selon une clé de lecture impérialiste et Carthage, rivale emblématique de Rome, n'y échappe pas. Il devait dès lors aller de soi, pour Trogue comme pour Justin, de montrer un général carthaginois en lutte sur plusieurs fronts sans pour autant juger nécessaire de détailler ses actions. D'ailleurs, les informations sur les campagnes de Malchus sont ramenées au minimum et il y a rejet de la chronologie. À cela s'ajoute que Justin a surtout retenu de l'affaire le caractère spectaculaire d'un drame familial. Chez lui, les opérations militaires sont furtivement signalées, sans que soient précisées l'identité des adversaires des Carthaginois et les causes des conflits. En définitive, le texte des *Histoires Philippiques* semble mince pour qu'à

partir de lui on dresse une géographie de l'expansion carthaginoise.

Quant à Orose (qui ici suit pour l'essentiel Justin, même s'il n'hésite pas à noircir le tableau), il a retenu l'attention dans la mesure où il fournit un élément de datation: «au temps de Cyrus, roi des Perses». Les dates canoniques de ce règne sont 559-529. Le problème est d'évaluer la valeur de cette notation chronologique, qui est un ajout d'Orose, lequel manifeste dans son ouvrage un certain goût pour la chronologie. L'histoire universelle de celui-ci est assez originale. La théorie des quatre règnes y est profondément modifiée par l'auteur qui construit un modèle romanocentriste. Celui-ci ne comprend plus que deux empires universels (Babylone et Rome). Entre ceux-ci se situent deux empires intermédiaires, ceux des Macédoniens et des Carthaginois. Pour consolider l'équilibre de sa construction et favoriser l'insertion de Carthage dans son schéma, Orose n'hésite pas à multiplier les arrangements chronologiques, même artificiels, et les approximations. La datation du règne de Cyrus et le rapprochement avec Malchus en constituent un exemple.

On tirera deux conséquences de ces observations. D'abord, pour ce qui concerne Malchus, il faut retenir la réélaboration littéraire dont le personnage a été l'objet dans les sources. Ensuite, pour ce qui regarde ses dates et ses campagnes, tout ce qu'on peut avancer relève de l'hypothèse.

Il faut encore signaler que le personnage de Malchus apparaît aussi dans le cadre du débat sur l'existence d'une royauté carthaginoise. Son nom pourrait être la transcription du titre royal *mlk*. Selon C. et G. C. Picard, qui ont repris et développé la thèse d'une royauté punique, Malchus tiendrait du mythe: il s'agirait du «roi» par excellence, et la crucifixion de son fils représenterait le sacrifice du fils du roi.

Aux fondements de l'histoire extérieure de Carthage, préside donc un homme dont sont discutés le nom, la position qui fut la sienne dans la métropole punique, le moment auquel il vécut et le phénomène d'expansion territoriale auxquels serait liée son

action militaire – en Afrique, en Sicile et en Sardaigne, des lieux d'expansion punique traditionnels –, sans mention de la péninsule Ibérique, à la conquête de laquelle est attaché le nom des Barcides.

b. Magon

Justin (XVIII 7, 19-XIX 2, 1) est notre unique informateur et il est le seul aussi qui envisage l'action des descendants de Magon en continuité avec lui – une perspective qui permet de fonder sur un texte littéraire l'idée de «dynastie». Justin mentionne Magon à deux reprises, la première fois, juste après avoir rapporté la fin de Malchus: «Après lui vint le général (*imperator*) Magon; grâce à son activité (*industria*), les richesses des Carthaginois (*opes Karthaginensium*) s'accrurent, ainsi que le territoire soumis à leur autorité (*imperii fines*) et leur réputation militaire (*bellicae gloriae laudes*)». Cette phrase clôt le livre XVIII. Le livre XIX débute par une autre évocation de Magon: «Magon, général carthaginois, après avoir, en établissant une discipline parmi les soldats (*ordinata disciplina militari*), jeté le premier les fondations d'un empire punique et après avoir consolidé la force de sa cité non moins par son art de la guerre que par sa bravoure, parvient au terme de sa vie; il laissait deux fils, Hasdrubal et Hamilcar».

Cette double mention de Magon laisse un peu perplexe, d'autant que les informations contenues dans l'un et l'autre passages semblent contradictoires. En effet, au livre XVIII, Magon est associé à la croissance d'un empire, tandis qu'au livre XIX, il en est présenté comme le fondateur. À la vérité, ces deux phrases sur Magon ont chacune leur raison d'être en fonction du contexte des deux livres auxquels elles appartiennent. Dans le livre XVIII, Magon apparaît au terme d'une digression où sont mentionnés Élixa et Malchus; nous en avons signalé, à propos de ce dernier, différentes caractéristiques, notamment une certaine cohérence interne ainsi que l'existence d'allusions à Rome. La courte phrase sur Magon présente les mêmes traits. Pour ce qui concerne l'unité

du livre, et considérant celui-ci comme une évocation de Carthage depuis sa fondation, on observe qu'Élissa, dont on veut pour reine mais qui ne veut plus l'être et se suicide, et Malchus, qui veut être roi mais dont on ne veut pas sur le trône et qu'on élimine, constituent deux exemples de «royautés ratées», mais aussi la thèse et l'antithèse d'une même démonstration. Dans cette optique, Magon, qui ne veut pas le pouvoir pour lui-même, mais la gloire pour son peuple, et qui est accepté par les siens, illustrerait une synthèse réussie de ses deux prédécesseurs. Cette conception du dirigeant soucieux avant tout de la réputation de son peuple est en outre un thème qui comptait pour Trogue.

Par ailleurs, et ceci amène à la dimension romaine et augustéenne, à la différence de son prédécesseur, Malchus, qui fut accusé d'*adfectatio regni*, Magon œuvra pour le bien de son peuple. Dans cette optique, il marque un progrès. C'est ce qui lui vaut d'être désigné comme *imperator* (alors que Malchus était qualifié deux fois de *dux*) et c'est ainsi que s'explique l'idée d'accroissement. Ainsi, si, chez Justin, Malchus, qui aspire à la royauté, pouvait être perçu comme une figure «césarienne», Magon, son successeur, est une figure «augustéenne»: on comprend mieux le ton élogieux qui est employé à son propos.

Dans le livre XIX, par contre, c'est à un autre type de cohérence interne que nous avons affaire, et Magon est envisagé par rapport à ce qui suit: ceci explique le rôle de fondateur qui lui est donné. Or, dans ce contexte, Justin perpétue une vue qui veut établir un parallélisme entre les combats des Grecs de Sicile et ceux des Grecs continentaux lors des guerres médiques. Cette opinion suppose la perception de Carthage comme une puissance déjà constituée et menaçante pour la grécité. Une telle image n'est pas sans écho pour une opinion publique romaine où demeure opérant le souvenir des guerres puniques. Du reste, son modèle, Trogue, adhère à la théorie d'une succession de quatre empires universels, ceux des Assyriens, des Mèdes, des Perses et des Babyloniens. Mais, en filigrane de ceux-ci se profile un cinquième, celui de Rome. Il en résulte

que les différents adversaires de cette dernière sont ressentis comme des rivaux pour l'*imperium* et qu'ils sont présentés selon une clé de lecture impérialiste. Tel est le cas pour les Parthes, mais aussi, pour une époque antérieure, pour les Carthaginois, notamment en ce début de livre XIX où c'est la constitution d'un empire carthaginois qui est narrée.

En somme, la légère incohérence constatée entre le livre XVIII et le livre XIX se justifie par des appartenances à des contextes différents et des mises en perspective de Magon adaptées à ceux-ci. Certes, il est indéniable que l'action de Magon est perçue en relation avec un «impérialisme» carthaginois: les mots *imperium* et *imperator* apparaissent à la fois au livre XVIII et au livre XIX. Mais ce n'est pas pour cette raison qu'il faut prendre l'information des *Histoires Philippiques* au pied de la lettre, car celle-ci était soumise à des opinions préconçues ainsi qu'à des impératifs littéraires, sans compter qu'elle dut être encore obscurcie par le travail d'abréviateur auquel se livra Justin.

À ce propos, il faut souligner que, pour ce qui regarde Magon, et au-delà d'une sensibilité générale à l'idée d'*imperium*, le texte n'offre guère d'éléments concrets. Certes, on peut toujours penser que Justin a fait l'impasse sur un développement plus détaillé, voire qu'il a sciemment caché (à moins que ce ne soit déjà Trogue, voire la source de ce dernier) quelque information. Mais on ne peut se fonder sur la présomption d'une omission pour prêter à un personnage dont nulle autre source ne parle une œuvre politique d'envergure, et, à travers celle-ci, la constitution d'un «empire» carthaginois.

La phrase du livre XVIII, tout d'abord, apparaît d'une grande banalité: l'*industria* est un éloge commun pour un «chef» et on ne peut le rapporter à une activité précise; les mots *opes Karthaginienses ... creuerunt* sont une formule passe-partout pour la prospérité d'un État; enfin, les termes *imperii fines et bellicae gloriae laudes creuerunt*, qu'on ne peut rattacher à quelque événement précis, ni traduire, dans le cas d'*imperii fines*, dans l'espace, peuvent être expliqués par

l'application à Magon d'une thématique du bon gouvernant (peut-être Auguste?) par rapport à son prédécesseur coupable d'*adfec-tatio regni* (peut-être César?).

Le début du livre XIX paraît avoir davantage de consistance, mais sa portée exacte reste difficilement saisissable. Les mots *bellandi arte* semblent suggérer qu'il aurait fait des campagnes militaires, mais il est impossible d'en savoir plus: la chronologie reste imprécise, et l'hypothèse qui veut le faire combattre à Alalia, n'est étayée par aucun texte.

Par ailleurs, la tendance à prêter à Magon une œuvre sur le plan extérieur se traduit par le recours à des arguments qui paraissent relever de la spéculation: spéculation prosopographique lorsqu'il est identifié avec un «Hannon» qui, selon Dion Chrysostome, aurait fait des Carthaginois des Libyens de Tyriens qu'ils étaient; spéculation toponymique, lorsqu'on suppose que le port de Mahon à Minorque lui doit son nom. Quant à la précision *ordinata disciplina militari*, elle a été abondamment interprétée. On en a conclu que Magon s'était livré à une réorganisation en profondeur de l'armée carthaginoise. Bien plus, on a tiré argument de cette prétendue réforme militaire pour soutenir que c'est une armée «carthaginoise» qui s'est battue à Himère. L'argumentation est la suivante: tirant les leçons de l'aventure de Malchus, où, après une défaite subie sur le champ de bataille, des citoyens-soldats carthaginois assiégèrent Carthage, Magon aurait introduit une armée de mercenaires; c'est une telle armée, rassemblant diverses nationalités, qui aurait combattu à Himère, ainsi que l'atteste Hérodote. Cette reconstruction a été démontée par W. Ameling: le cas d'Himère n'est pas probant car il s'agirait d'une guerre privée, sur laquelle il serait aléatoire de se fonder pour reconstruire l'organisation de l'armée de l'État carthaginois, et de plus, on surinterprète Hérodote à partir précisément de l'idée qu'on se fait de la réforme de Magon; on attribue à ce dernier la responsabilité d'un type d'armée dont (abstraction faite d'Himère pour la raison exposée ci-dessus) on n'a connaissance que pour des époques ultérieures, plus précisé-

ment à partir de 410. Au total, faute de pouvoir être éclairée par une quelconque évidence, l'expression *ordinata disciplina militari* sera elle aussi considérée comme un lieu commun de l'éloge du bon général.

Enfin, on a songé, assez marginalement il est vrai, à compléter l'œuvre militaire de Magon par une œuvre agricole, et on a vu en lui l'auteur du fameux «traité de Magon» que les Romains firent traduire après la chute de Carthage; à nouveau, rien, si ce n'est le désir d'étoffer la notice de Justin ne justifie cette proposition. Certes Pline l'Ancien caractérise ce Magon de *dux*, mais cela pourrait s'expliquer par le fait qu'il conçoit le bon gouvernant comme préoccupé de l'*utilitas publica*, ainsi que l'est un chef de guerre manifestant un intérêt pour l'agriculture.

En somme, accepter que Magon a instauré un empire carthaginois revient à accorder, contre l'évidence de la tradition littéraire, un maximum de crédit à trois mots, *imperium Poenorum condidisset*, d'un auteur généralement peu estimé, Justin, alors même que cet abrégiateur a pu trahir la pensée de son modèle et que, de toute façon, celle-ci était elle-même, pour autant qu'on puisse l'appréhender, «orientée» dans le sens d'un empire carthaginois à la fois en vertu de considérations historiques (l'impact des guerres ultérieurement menées par Carthage en Sicile et contre Rome) et de motifs littéraires (Magon doit marquer une gradation par rapport à Malchus).

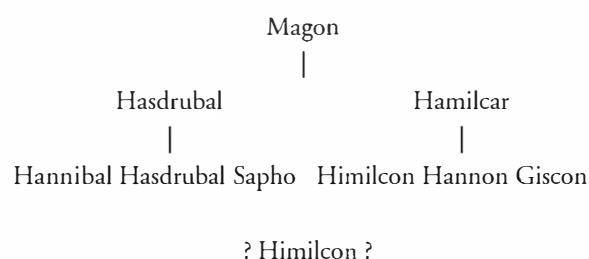
c. La «dynastie» des Magonides

Depuis le siècle passé, la famille des «Magonides», promue au rang de «dynastie», n'a jamais cessé de retenir l'attention. L'intérêt dépasse, il est vrai, l'établissement de l'arbre généalogique de la famille: c'est le débat autour de la nature et du fonctionnement des institutions qui est posé, et en filigrane celui du caractère de la société carthaginoise.

Plus précisément, l'existence d'une royauté – question sensible s'il en est – à un certain moment de l'histoire de Carthage, avec une «monarchie magonide», suivie

d'une «dynastie hannonide», n'est plus guère acceptée. Mon intention ici n'est pas de prendre position dans le débat, non qu'il soit sans intérêt, mais parce qu'il me semble possible de le laisser en marge de la discussion, sans que cela interfère sur la validité de celle-ci. En effet, si l'on s'attend à ce que les partisans de la thèse de la royauté marquent leur intérêt pour les questions de descendance, qui sont indissociables de l'idée de dynastie, celles-ci ont aussi retenu ceux que les exploits en tant que tels de ces chefs militaires préoccupent davantage que leur statut au sein de l'État (ainsi L. Maurin, qui parle de «dynasties militaires»). Notamment, quel que soit le rôle politique des «Magonides», les historiens ont souvent cherché à associer à chacun des membres supposés de la «famille» une œuvre sur le plan extérieur et donc de les faire contribuer à la mise en place de l'«empire».

À lire Justin, la descendance de Magon sur deux générations est la suivante:



La succession des personnages n'est accompagnée d'aucun repère chronologique et les actions prêtées par Justin à ces différents généraux ne se laissent pas préciser. Enfin, le lien d'Himilcon avec ses prédécesseurs n'est pas clair. Justin dit qu'il succède (XIX 2, 7) à Hamilcar (mort en 480) comme général en Sicile, sans mentionner par ailleurs ses liens de parenté éventuels avec les généraux qui précèdent. Mais on sait par Diodore de Sicile (XIII 80, 1-4) qu'Himilcon fut en 407 appelé en Sicile en renfort d'Hannibal. Faut-il alors supposer une erreur de Justin et lire *in locum Hannibalis* au lieu de *in locum Hamilcaris*? Cela serait se méprendre sur l'esprit dans lequel écrit Justin. Celui-ci, peu intéressé à suivre le déroulement de l'histoire de Cartha-

ge, désireux au contraire d'offrir à son lecteur des tableaux exemplaires, songerait plutôt au Hamilcar dont il a déjà parlé une première fois au début du livre (XIX 1, 1), une deuxième fois en XIX, 2, 1 et auquel il se référerait encore ici. Le lien d'Himilcon à Hamilcar – que séparent septante années, ce qui rend impossible une succession au sens propre – est à entendre comme un lien littéraire; quant au *successit*, il ne serait pas à prendre au pied de la lettre, comme c'est du reste le cas de diverses expressions ou mots comportant une valeur temporelle chez Justin.

Par ailleurs, lorsqu'il rapporte la bataille d'Himère, Hérodote présente Hamilcar comme un fils d'Hannon et d'une Syracusaine. Cette information est en contradiction avec celle de Justin, selon laquelle Hamilcar est un des deux fils de Magon. Deux hypothèses de lecture se présentent: soit Justin fait erronément d'Hamilcar un fils de Magon; cela inviterait à revoir la généalogie telle qu'elle est proposée par Justin et à envisager la possibilité d'y introduire un Hannon (c'est l'opinion de la plupart des historiens modernes), soit c'est Hérodote qui se trompe en présentant Hamilcar comme un fils de Hannon et la généalogie de Justin n'est pas remise en cause.

Il est, à dire vrai, difficile de trancher en faveur de l'une ou de l'autre hypothèse. La présentation de Justin apparaît cohérente mais, outre précisément que la recherche de cohérence peut être source d'aménagements dans l'exposé des faits, on doit prendre en compte la grande distance qui le sépare des événements. Quant à Hérodote, a priori, son information paraît plus fiable: il est plus proche, dans le temps et dans l'espace, des faits et il a pu, en tant que citoyen de Thourioi, en Grande-Grèce, être bien informé sur ces questions; mais on sait aussi que Carthage ne retenait guère son attention.

Enfin, Diodore de Sicile, dans le cadre de son récit des événements de Sicile dans les années 410-409, signale qu'Hannibal, qui était alors au pouvoir, était le petit-fils de l'Hamilcar d'Himère et le fils de Giscon. Un peu plus loin, Diodore rapporte, qu'en 407, à côté d'Hannibal, devenu trop âgé, les Car-

thaginois désignèrent un autre général, Himilcon, qu'il présente comme le fils d'Hannon, de la même famille.

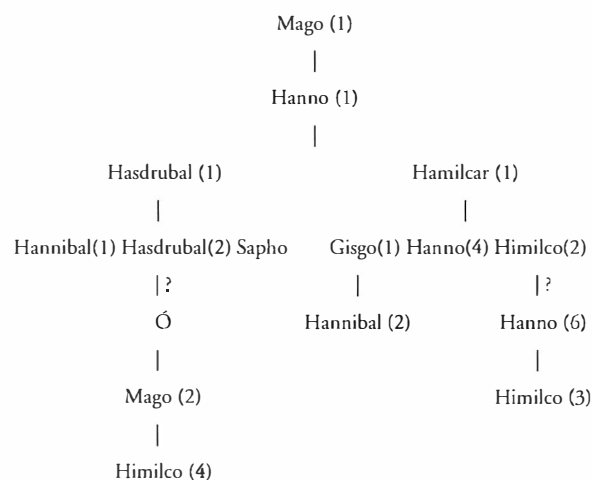
Dans les sources, l'idée d'une succession de type dynastique apparaît seulement chez Justin et, en conséquence, l'établissement d'une «dynastie des Magonides» tient surtout d'une volonté moderne. Par ailleurs, plutôt que Magon, c'est Hamilcar qui sert de point de référence (lui seul est mentionné dans les trois textes), ce qui ne surprend guère quand on songe au rôle que l'historiographie ancienne a conféré à Gélon, son adversaire en 480 à Himère.

À la différence de A. H. L. Heeren et de W. Bötticher au XIXe s. et de S. Gsell au début du XXe s., qui présentent la descendance de Magon – les premiers parlent de «Haus des Mago», le dernier introduit le terme «Magonides» – tel qu'on peut l'établir sur la base des sources anciennes, la plupart des historiens n'hésitent pas à se démarquer de celles-ci. Une étape marquante dans l'établissement de la descendance de Magon est liée à K. J. Beloch (qui défendait la thèse de la royauté). L'historien allemand considérerait que le second fils de Magon s'appelait Hannon et qu'Hamilcar était en réalité le fils de ce Hannon, le petit-fils de Magon donc. Dans la foulée, il restituait la dynastie sur huit générations, en datant les règnes (Magon Ier, vers 540; Hasdrubal Ier, vers 520; Hamilcar Ier, jusque 480; Hannon Ier, c.480-450). Pour K. J. Beloch, l'Hamilcar d'Himère est fils d'un Hannon (en cela il préfère le témoignage d'Hérodote à celui de Justin), et en conséquence – et ce sont ces liens de parenté que l'historien est amené à justifier – un neveu d'Hasdrubal et un petit-fils de Magon. C'est au terme du raisonnement suivant que la descendance de Magon est établie: Hannibal, le petit-fils d'Hamilcar, est mort en 406, à un âge assez avancé (Diodore XIII 80, 2). Comme Hannibal est mort vers 70 ans – c'est K. J. Beloch qui l'a écrit –, il doit être né c. 476 et la naissance de son grand-père Hamilcar se situerait à peine avant 540. Par contre, le fils de Magon, Hasdrubal est mort avant le passage de Dorieus en Sicile (vers 510) et avait

déjà à ce moment une longue carrière militaire derrière lui: il ne peut pas être né après 560 et avait au minimum 20 ans de plus qu'Hamilcar. Et K. J. Beloch de conclure: «Wir werden demnach annehmen dürfen, daß letzterer nicht ein Bruder (ἄδελφός), sondern ein Bruderssohn (ἰδελφιδοῦς) Hasdrubals gewesen ist; wie wenig Vertrauen gerade Justin in solchen Verwandtschaftsangaben verdient, ist ja allbekannt».

On notera a) qu'on ne peut pas établir à quel âge est mort Hannibal (ni, du reste, Hasdrubal et Hamilcar), b) que tous les individus n'ont pas la même durée de vie (celle des militaires est particulièrement exposée), c) que Dorieus peut être difficilement invoqué, dans la mesure où il n'est pas assuré que celui-ci eut à faire aux Carthaginois en Sicile, d) que Justin, de même que Trogue, écrivent en latin (même si leurs sources sont dans leur très grande majorité grecques), e) qu'une vingtaine d'années de différence entre deux frères n'est pas une impossibilité. Une reconstruction de ce type ne peut être considérée que comme un jeu de l'esprit.

Par ailleurs, l'établissement d'une «dynastie des Magonides» relève pour une part de la prosopographie. Or ce type de recherche était, dans les études phéniciennes et puniques, resté marginal, en raison de la nature de la documentation. Dans le domaine carthaginois, et en particulier, pour les personnages dont l'existence est attestée par les sources gréco-latines, une contribution utile a été apportée par K. Geus:



Si le tableau laisse apparaître des incertitudes quant à la filiation d'Himilcon (3) et à la descendance des fils d'Hasdrubal (1), on constate aussi une innovation: un Hannon est intercalé entre Magon (1) et ses deux fils, sans pointillés, ni point d'interrogation, ce qui suppose une relative certitude à son propos. Cet Hannon (1) est présenté comme père d'Hasdrubal et d'Hamilcar. Par ailleurs, le Hannon, fils d'Hamilcar, qui est souvent identifié à l'auteur du *Périple*, est accompagné d'un numéro 4, sans qu'on voie trace dans le tableau ni d'un numéro 2, ni d'un numéro 3, ce qui doit signifier que ces deux Hannon sont, pour K. Geus, sans lien familial avec les Magonides.

Reportons-nous aux notices relatives aux Hannon – c'est le nom le plus fréquemment attesté à Carthage. Hannon (1) est donc le fils de Magon et le père d'Hasdrubal et d'Hamilcar. Ceci procède d'une volonté d'harmoniser Hérodote et Justin; le problème posé par la divergence entre les deux auteurs est dès lors escamoté. La notice consacrée à Hannon (4) n'appelle elle-même aucun commentaire particulier. Le numéro (4) implique par ailleurs l'existence des numéros (2) et (3), qui apparaissent à K. Geus sans rapport de parenté avec les «Magonides». Hannon (3) est identifié avec le navigateur et pour lequel il propose une datation vers la fin du VI^e s. et Hannon (2) l'est avec Sabellus Hannon, dont la descendance est inconnue et qui, à la fin du VI^e s. et donc après Magon, se serait illustré en Afrique du Nord et en Sicile. La notice se fonde entièrement sur le *Prologue* du livre XIX de Trogue. Or dans celui-ci on lit qu'Hannon Sabellus était à la tête des Carthaginois à l'occasion d'opérations menées en Afrique. Pour ce qui concerne les prises de Sélinonte, d'Agrigente, de Camérine et de Géla, mentionnées juste après, on apprend seulement qu'elles eurent lieu au moment où Denys de Syracuse prit le pouvoir en Sicile, mais sans que le nom du commandant carthaginois soit précisé. Si, dans son livre XIX, Justin ne relate pas ces opérations en Sicile, on les connaît en revanche assez bien, essentiellement par Diodore de Sicile, qui rapporte en détail ces

événements relatifs aux années 409-406. Ce contexte amène à remettre en question la datation de Hannon Sabellus au VI^e s. À la lecture du *Prologue*, il apparaît en effet que notre personnage se situerait plutôt, soit à l'époque de ces opérations en Sicile, soit un peu plus tôt.

En définitive, quel que soit l'angle de vue adopté par les historiens, la question de la généalogie des Magonides est biaisée, car elle est posée invariablement à partir de l'hypothèse d'une «dynastie». Or cette idée apparaît dans une seule source, les *Histoires Philippiques*, où elle est étroitement liée au désir de souligner l'existence d'un *imperium* carthaginois. Cela ne signifie pas bien entendu que tout dans cet ouvrage n'est qu'affabulation, mais cela invite à faire preuve de prudence au moment de l'utiliser. Trop de crédit a été accordé aux informations des textes, sans qu'il soit tenu compte de la part d'élaboration de la matière qu'on y décèle. Tel est particulièrement le cas de la prosopographie de K. Geus, où l'identification des personnages est l'objectif premier de l'enquête et où l'on ne trouve guère d'intérêt pour la composante littéraire et idéologique des témoignages mis à contribution. Mais ce facteur n'explique pas seul la manière dont on a envisagé la «dynastie» des Magonides. Il faut encore noter qu'en dépit de l'état fragmentaire de la documentation, il est particulièrement tentant de compléter les unes par les autres les informations des sources, en oubliant leurs incompatibilités. On pourrait aussi regretter que l'initiative qui consiste à pister les itinéraires individuels ait été délaissée au profit de la recherche d'un tableau cohérent et complet.

HANNIBAL

Pour l'essentiel, les sources à notre disposition sont constituées par les auteurs classiques. L'historien Polybe (c. 210 - c. 125), dont on a vanté la «curiosité ethnographique» et mis en exergue l'intérêt pour la géographie, livre, en se fondant sur des docu-

ments tirés des archives romaines mais aussi sur ses prédécesseurs, parmi lesquels Fabius Pictor, une œuvre, largement centrée sur l'étiologie des événements, de portée exceptionnelle. De Tite-Live, un contemporain d'Auguste, nous est aussi parvenu un récit continu de la deuxième guerre punique, la fameuse «troisième décade». Il s'agit d'un texte, compte tenu de la partialité proromaine de l'historien, difficile à décoder. Il faut également citer d'autres auteurs, que l'on estime secondaires en comparaison des deux premiers cités, comme Cornelius Nepos, Diodore de Sicile, Valère Maxime, Silius Italicus, Dion Cassius ou Appien dont on utilisera la *Guerre d'Espagne* et la *Guerre d'Hannibal*. Ceux que l'on appelle les «historiens d'Hannibal» doivent aussi retenir l'attention: outre Chaireas, Sosylos «le Lacédémonien» et Silénos de Kaléakté, avaient accompagné Hannibal et en avaient été les «historiographes». La transmission très fragmentaire (deux fragments seulement pour Sosylos) de leurs ouvrages en rend l'utilisation difficile.

a. Les Barcides

Fils d'Hamilcar Barca, Hannibal naquit en 247/6, peut-être à Carthage. Hamilcar et sa famille appartenaient à l'aristocratie punique; ils possédaient des domaines dans ce qui est aujourd'hui le Sahel tunisien. Certains chercheurs attribuent même à cette famille des liens très anciens avec la Phénicie. Quant à Silius Italicus, il associe leur arrivée à celle d'Élissa. Hannibal avait déjà trois sœurs et fut suivi de deux autres garçons, Hasdrubal et Magon. C'est sur eux qu'Hamilcar misait pour l'accomplissement de ses desseins, si l'on en croit l'anecdote rapportée par Valère Maxime. Voyant ses enfants jouer ensemble, Hamilcar se serait écrié: «Ce sont des lionceaux que j'élève pour la ruine de Rome».

b. La conquête de la péninsule Ibérique

Pour les Barcides, aucune expansion d'importance ne pouvait s'envisager sans la conquête préalable de la péninsule Ibérique,

inspirée par la nécessité de trouver de nouvelles ressources pour le trésor de Carthage. La possession et l'exploitation directe des mines d'argent espagnoles devaient compenser, dans l'économie carthaginoise dépossédée de ses «colonies» maritimes, la perte des ressources agricoles de Sicile et de Sardaigne aussi bien que celle de son monopole commercial en Méditerranée occidentale. L'Espagne offrait en outre la sécurité d'une base arrière suffisamment lointaine pour échapper aux ingérences du pouvoir romain, sans compter que – la révolte libyenne avait montré le coût et les risques de l'utilisation des mercenaires et des recrues africaines – on pouvait y recruter d'excellents soldats. Depuis 237, Hamilcar en avait donc entrepris la conquête. À sa mort, les opérations militaires se poursuivirent sous l'autorité d'Hasdrubal, qui sut remarquablement administrer les territoires conquis où il fonda une capitale, Carthago Nova (Carthagène). Hannibal, le fils d'Hamilcar, lui succéda. Lorsqu'il prit le commandement de l'armée carthaginoise, en 221, il n'avait que vingt-cinq ans.

c. La «révolution barcide»

Les Barcides représentaient à Carthage une volonté d'évolution du système politique de la cité vers des formes inspirées des royaumes hellénistiques, notamment par le biais d'une personnalisation accrue du pouvoir, d'une accentuation du rôle du peuple au détriment de l'aristocratie, d'une meilleure fusion de Carthage avec les autres composantes de son empire, cités, tribus et peuples. Cette «révolution barcide» a suscité les points de vue opposés de ceux qui considèrent l'action d'Hannibal comme démocratique et révolutionnaire et de ceux pour qui le programme du Barcide, loin d'être révolutionnaire, est démagogique et monarchiste. L'étude des monnayages puniques contemporains de la deuxième guerre punique d'Espagne, d'Italie et de Sicile, menée comparativement à celle des monnayages africains refléterait, selon J. Alexandropoulos, l'opposition à Carthage entre deux courants politiques, l'un que l'on pourrait qualifier de

«traditionaliste», représenté en particulier par Hannon et Hasdrubal *Haedus*, l'autre par Hannibal et sa famille. Le premier parti semble avoir été un temps hostile à la guerre et favorable à l'entente avec Rome; une fois la guerre perdue, il tentera de faire retomber la responsabilité du conflit sur le seul Hannibal en dégageant celle de Carthage. Hannibal s'opposera à lui lorsque, devenu suffète, il tentera de redresser Carthage après la défaite. L'absence d'originalité iconographique des monnaies puniques émises dans la capitale prend dans ce contexte tout son sens: aucune innovation ni dans le domaine politique, ni dans le domaine culturel, ni dans le domaine religieux, ni même dans les normes monétaires. Il s'agit ici de la Carthage traditionnelle, celle qui refuse la «révolution», les évolutions que préparait le clan d'Hannibal. Ce dernier au contraire aurait tendu à transformer la «République marchande» en empire hellénistique. La guerre était l'occasion d'asseoir ce type de pouvoir personnel, fondé sur la victoire, tout en permettant la revanche.

Hamilcar et son beau-fils Hasdrubal s'étaient faits les promoteurs d'une réforme anti-oligarchique des institutions de la cité, voire d'une révolution populaire. Ils avaient compté, à une certaine époque, parmi les plus fervents partisans de l'hellénisme, au cœur d'un débat sur la culture grecque qui agitait la société carthaginoise. Ce n'est pas par hasard que les monarchies hellénistiques et leurs dirigeants furent pris en modèle, se faisant par exemple représenter sur les monnaies selon l'iconographie d'Alexandre le Grand. À cela on doit ajouter leurs extraordinaires capacités, stratégiques comme tactiques, de chefs militaires, dont G. Brizzi a mis en exergue les caractères les plus novateurs.

d. Itinéraire et portrait

Hannibal avait une dizaine d'années lorsque son père l'emmena en Espagne. À cette occasion, il aurait prêté le serment de haine contre Rome rapporté par Polybe (III 11).

Il reçut une double éducation «gréco-pu-

nique», dirigée par le Spartiate Sosylos. Sans doute en souvenir de son maître, le stratège Xanthippe qui, quelques années auparavant, avait écrasé en Afrique l'armée de Regulus, Hamilcar avait choisi pour son fils un précepteur lacédémonien. Sous sa férule, Hannibal étudia les conquêtes d'Alexandre le Grand qui devint son modèle, et bon nombre d'autres campagnes de l'histoire militaire, tout en s'initiant aux plus récentes méthodes de tactique et de stratégie. G. Brizzi a tenté de mettre en évidence ce qui, dans son éducation, pourrait relever de son maître lacédémonien. Selon lui, l'origine de l'un des «vices» que les Romains haïrent le plus en lui était grecque plus que punique. La perfidie que Tite-Live stigmatisait sous l'appellation de *Punica fides*, «loyauté de Carthaginois», cette habitude de privilégier, à la guerre comme en politique, ce qui est utile à ce qui est honnête lorsque le bien public est en jeu, avait eu, depuis l'époque homérique, sous le nom de *métis*, un rôle important dans la culture politique des Grecs, en particulier chez les Spartiates. L'usage systématique de ruses, d'expédients, de tromperies lui viendrait donc de son éducation grecque plus que d'un caractère punique! Hannibal n'était pas pour autant privé de marques de tempérament punique: «comme Carthage, il eut donc deux âmes; et comme Carthage, elles ne semblent pas avoir pu fusionner ni s'harmoniser entre elles dans son caractère».

Dès qu'il en fut capable, Hannibal servit dans les armées de son père, puis de son beau-frère Hasdrubal. En Espagne, il épousa une jeune femme indigène. À la mort d'Hasdrubal en 221, il fut acclamé par l'armée, qui se composait en grande partie de mercenaires, reconnu par le Sénat et le peuple de Carthage (Pol. III 13, 4; Liv. XXI 3, 1) et prit alors le commandement de l'armée d'Espagne. Il avait à peine vingt-six ans.

Un célèbre passage de Tite-Live (XXI 4), qui rend compte de l'image d'Hannibal dans les regards des vétérans de l'armée d'Espagne, montre bien la difficulté de cerner le jeune chef militaire. Le portrait qui en est

tracé relève pour une large part du stéréotype. On ne peut pourtant pas exclure que certains traits précis aient été empruntés à Sosylos ou à Silénos – Tite-Live se réfère parfois à celui-ci – soit directement, soit indirectement. Le seul portrait qui soit délibérément favorable est celui de Dion Cassius qui écrivait sous la dynastie africaine des Sévères, en un temps où les préjugés à l'égard des Carthaginois n'étaient plus de mise et avec une documentation originale. Il contraste avec celui que fournit Tite-Live où on trouve énoncés les traits les plus discutables de l'individu; ceux-ci rejoignent d'une certaine façon ceux que l'on prêtait à la nation punique.

Un beau bronze découvert il y a une soixantaine d'années à Volubilis, au Maroc, conservé au Musée archéologique de Rabat, – et les effigies qui en sont si proches de Copenhague et de Madrid – avaient suscité l'idée de portraits d'Hannibal jeune. L'hypothèse reste néanmoins fragile. Comme du reste celle d'un portrait d'Hannibal jeune au droit d'un sicle en argent du monnayage barcide. En effet, la présence sur les monnaies barcides d'une effigie diadémée, l'alternance de têtes imberbes et barbues facilement interprétables comme des représentations individuelles, avaient fait penser qu'il pouvait s'agir des portraits d'Hamilcar, Hasdrubal et Hannibal, membres d'une véritable «dynastie» barcide. Les numismates reconnaissent plutôt maintenant dans ces types monétaires des effigies divines.

e. La guerre contre Rome

La guerre commence en 220 avec la prise de Sagonte. Les campagnes d'Hannibal sont bien connues par Polybe et Tite-Live notamment. À l'automne 219, une ambassade romaine se rend à Carthage pour déclarer la guerre. Hannibal quitte Carthagène, franchit l'Èbre, les Pyrénées, le midi de la Gaule, le Rhône. Un an après la déclaration de guerre, il traverse les Alpes. Les grandes victoires d'Hannibal commencent à la fin novembre 218 avec la bataille du Tessin; en dé-

cembre, c'est la Trébie. À la fin du printemps, Hannibal passe l'Apennin. En juin 217, nouvelle victoire à Trasimène, puis en août 216, il écrase les Romains lors de la bataille de Cannes. Rome est à portée de mains, mais Hannibal choisit de passer l'hiver 216-215 à Capoue, puis descend en Italie du Sud, où il déploie une intense activité diplomatique. En 211, il fait une incursion sous les murs de Rome. L'année 210 marque un tournant dans la guerre: P. Cornelius Scipion est placé à la tête de l'armée d'Espagne. Le frère d'Hannibal, Hasdrubal, est tué en 207 en voulant rejoindre son frère en Italie. Deux ans plus tard, Hannibal fait graver ses exploits près de Crotona, dans le temple de Junon Lacinia; l'année suivante il est forcé de revenir en Afrique où Scipion a débarqué. En 202, la bataille de Zama / Naraggara, à la fin de l'été, est un véritable désastre pour l'armée d'Hannibal; Carthage, vaincue, doit accepter des conditions de paix très dures: perte de sa flotte de guerre, mise sous tutelle, lourde indemnité.

Les victoires d'Hannibal sont-elles dues à une révolution des bases de la stratégie? La question est débattue. Quoi qu'il en soit, le trait marquant de sa personnalité est son génie militaire, largement amplifié et admiré par les auteurs antiques. Ayant comme modèles Alexandre le Grand et Pyrrhus, Hannibal était un expert des arts militaires. Doté d'une aptitude naturelle au commandement, il suivit et perfectionna les stratégies et les tactiques en usage à l'époque hellénistique, combinant et fondant habilement l'utilisation de l'infanterie et celle de la cavalerie.

Quant à l'échec d'Hannibal, on l'explique par la détermination de son adversaire, la fragilité de l'empire espagnol et enfin le manque de résolution des Grecs, y compris Philippe V. Le souverain macédonien, qui cherchait à déloger les Romains d'Illyrie, avait en effet après Cannes conclu avec Hannibal un traité d'alliance qui conduira à la première guerre de Macédoine. Le texte intégral du «serment d'Hannibal», énumérant les clauses de cette alliance offensive et défensive, est donné par Polybe VII 9 (le texte du traité selon Tite-Live XXIII 33, 11 n'a

rien de commun avec sa version polybienne). Des études portant sur les sémitismes et les expressions diplomatiques orientales ont montré qu'il s'agissait très probablement de la traduction littérale d'un original punique (*berît*). Après de longues clauses d'ordre général, par lesquelles les signataires s'engagent à avoir mêmes amis et mêmes ennemis, on en arrive aux précisions. Les buts de guerre d'Hannibal, s'ils demeurent sans doute volontairement assez flous en ce qui concerne le bénéfice que Carthage souhaitait tirer de la victoire, impliquaient la permanence d'une Rome avec laquelle il était prévu de traiter comme avec un État souverain. Quant à la seule précision territoriale contenue dans le document, elle n'avait pas trait à l'Italie, mais elle assurait Philippe que lors du règlement final Rome perdrait à son profit le cordon littoral illyrien. Les modalités des aides militaires mutuelles demeurent imprécises.

C'est Hannibal, en sa qualité de général en chef, qui prononce le serment sanctionnant le traité, mais il apparaît entouré de sénateurs carthaginois et flanqué de trois personnages dans lesquels on a proposé de voir des membres soit du conseil des Cent-Quatre, soit d'une des commissions qui, à Carthage, étaient investies de pouvoirs exécutifs. On se pose du reste la question de la permanence ou non de cette «suite» gouvernementale auprès d'Hannibal. La diplomatie relevait en effet de la compétence du Sénat, qui examinait les déclarations de guerre comme les propositions de paix, recevait les ambassadeurs et les messagers officiels et délibérait en la matière. L'assemblée des Cent ou des Cent-Quatre avait peut-être aussi des compétences en ce domaine. Par contre, à ce niveau, l'assemblée du peuple apparaît peu influente, encore que la pression populaire put influencer indirectement la politique étrangère.

Nonobstant la tendance du temps à s'inspirer des modèles des souverains hellénistiques de pouvoir absolu, Hannibal était-il en fait seulement un chef militaire régulièrement et de façon répétée désigné par les organes de Carthage, auxquels il était tenu de

rendre compte? Si tel était le cas, la légende d'un Hannibal menant à sa guise une aventure personnelle serait mise à mal. Il semble à cet égard que les divinités invoquées par lui à l'appui du serment qu'il prononce ne sont pas celles du panthéon dynastique des Barcides mais bien celles du panthéon officiel de Carthage.

f. Hannibal et la paix

Peu de temps après Zama on retrouve Hannibal à Carthage, qu'il avait quittée avec son père trente-six ans plus tôt. Les conditions imposées alors par Scipion aggravent son statut de nation désarmée et assujettie dans ses relations extérieures. Hannibal veut la paix pour une reconstruction rendue possible par l'énorme richesse que conserve Carthage. On connaît mal ce que devint Hannibal dans l'immédiate après-guerre, mais, en 196, il est toutefois élu suffète, dont le pouvoir et l'influence s'étaient renforcés dans la cité.

g. L'exil

Hannibal dénoncé par ceux qui s'opposaient à lui à Carthage auprès du Sénat romain comme poursuivant une politique anti-romaine fut finalement contraint à la fuite. L'affaire est rapportée par Tite-Live (XXXII 45, 6) selon lequel les membres de la faction qui était hostile à Hannibal rapportaient à leurs correspondants à Rome des contacts secrets régulièrement entretenus selon eux par Hannibal avec Antiochos. Averti de l'arrivée d'une ambassade chargée de le mettre en difficulté, Hannibal choisit de fuir à Tyr. De là, il se rendit à Antioche et rejoignit Antiochos à Éphèse, à la fin de l'été 195. Sa présence auprès d'Antiochos donna à Rome une appréhension extrême, d'autant qu'une rumeur, peut-être fondée, lui attribuait le projet d'une seconde invasion de l'Italie. On connaît le légendaire entretien d'Hannibal et de Scipion à Éphèse. L'Africain aurait demandé à Hannibal quel était selon lui le plus grand général de tous les temps, et l'autre aurait répondu que c'était

Alexandre, puis, à la question de savoir qui venait ensuite, Hannibal avait dit Pyrrhus; quant au troisième, il avait répondu que c'était lui-même. Scipion avait ri et lui avait demandé ce qu'il aurait dit s'il l'avait vaincu; et Hannibal avait alors répliqué que dans ce cas il se placerait lui-même avant Alexandre, avant Pyrrhus et avant tous les autres. Scipion fut troublé par cette flatterie enrobée d'astuce punique, qui dans cette joute entre généraux le plaçait hors concours. On doit à M. Holleaux d'avoir montré que Scipion, s'il peut bien avoir vers la fin de 193 voyagé dans l'Égée, où sa trace a été relevée à Délos, n'a pu faire partie de cette délégation et se trouver durant l'été à Éphèse. Tout simplement parce qu'à cette même époque il se trouvait à Carthage, par le fait d'une mission sénatoriale. Et cette mission elle-même était la conséquence indirecte d'une entreprise menée, par personne interposée, dans sa patrie par Hannibal.

Cette affaire rend bien compte de ce que la présence d'Hannibal auprès d'Antiochos valait à la métropole punique, toute diminuée qu'elle était, de demeurer malgré tout une puissance internationale. Des entretiens d'Éphèse la position du Punique à la cour du roi séleucide sortit affaiblie. C'est alors qu'Hannibal, ulcéré qu'on puisse le soupçonner d'une quelconque complaisance envers Rome, quand toute sa vie démontrait le contraire, eut cet entretien avec Antiochos au cours duquel il lui raconta l'histoire du «serment» qu'encore enfant il avait fait à son père de n'être jamais l'ami des Romains.

Il est difficile d'apprécier le rôle que devait jouer le Carthaginois auprès d'Antiochos. Une anecdote rapportée par Aulu-Gelle (*Nuits attiques* V 5) illustre les distances que le Carthaginois prenait à la cour du roi. Antiochos lui avait un jour montré son armée à l'exercice déployée sur un champ de manœuvres, brillant au soleil de toutes les phalères d'or et d'argent de sa cavalerie, de tous les ornements de ses chars munis de faux, avec ses dromadaires et ses éléphants d'Asie, énormes bêtes carapaçonnées et surmontées de leurs tours, où prenaient place des archers, à la différence de ceux qu'on uti-

lisait dans les armées puniques. Et comme le Séleucide lui demandait si tout cela pouvait suffire face aux Romains, Hannibal lui aurait répondu que cela constituait en effet pour eux un butin de guerre suffisant!

Le traité d'Apamée, en 188, obligeait Antiochos à livrer Hannibal. Au terme d'une errance dont on suit mal l'itinéraire, entre la Crète et l'Arménie, le Punique fut accueilli chez Artaxias d'Arménie, pour lequel il aurait tracé les plans d'une nouvelle capitale (Artaxata) avant de trouver asile auprès de Prusias de Bithynie, qui eut l'occasion d'utiliser ses talents civils et militaires. C'est en ces années bithyniennes qu'on place les écrits que la tradition attribue à Hannibal. Conseiller mal entendu des rois d'Orient, pourchassé par les Romains, Hannibal fut contraint au suicide, en 183 ou 182.

Sans doute plus qu'à une domination personnelle sur Carthage, à laquelle il semble avoir rêvé à certains moments de sa vie, plus aussi peut-être qu'à la création d'un empire punique mondial qui constitua son rêve le plus ambitieux, il avait probablement souhaité donner au monde une image de lui présentant les caractéristiques d'une royauté héroïque et surhumaine proche de celle des souverains hellénistiques.

* * *

Nous avons tenté de montrer comment à partir de l'histoire exemplaire et moralisatrice du Malchus de Justin et d'Orose, les historiens modernes ont parfois façonné un personnage historique, celui du chef militaire qui, par des actions en Afrique, en Sicile et en Sardaigne, donne corps aux desseins expansionnistes de sa cité. À Malchus «succéda» Magon qui, selon la présentation qui en est faite dans les *Histoires Philippiques*, exerça une influence déterminante sur le destin de Carthage, comme du reste, plusieurs de ses descendants. Ceux-ci auraient constitué une sorte de dynastie, les «Magonides», et avec eux l'histoire carthaginoise prend un tour différent. En effet, outre leurs entreprises militaires, les Magonides incarnent une «époque». L'axiome en est la no-

tion d'«empire carthaginois», laquelle dépasse de loin la question des rapports avec les Grecs pour atteindre celle de l'organisation politique, institutionnelle et culturelle de la Carthage de la fin du VI^e et du Ve s. Dans ce sens, la vision d'une Carthage «forte» à l'intérieur apparaît indissociable de celle d'une métropole punique qui entretiendrait des rapports «de force» avec ses voisins et concurrents en Méditerranée. Dans un contexte différent, celui du monde hellénistique et des guerres avec Rome, en mettant

en exergue Hannibal, figure emblématique de l'histoire punique, l'intention était de suivre les pas d'un homme dont le destin personnel et celui de sa cité sont, à travers l'expérience de la guerre, inextricablement liés, au point que l'image précise de l'individu se perd dans l'épopée, connue largement par l'écho qu'en font ses ennemis, dont il est le «héros». Ainsi, du «fantôme» Malchus au «surmédiatisé» Hannibal, se dégage une permanence dans la difficulté à cerner l'action et le statut des grands généraux carthaginois.

V. EL HOMBRE Y EL SUSTENTO

9. IL CONTADINO

S. M. CECCHINI

Le fonti relative al mondo agricolo fenicio e punico sono essenzialmente solo fonti scritte non fenicie e non puniche. Sono fonti, inoltre, che, se dedicano maggiore o minore attenzione ai prodotti della coltivazione, poco o nullo spazio dedicano agli esseri umani che di tale attività furono i protagonisti.

Per il territorio che sarà chiamato Fenicia in età classica offrono qualche dato sporadiche fonti egiziane durante il Tardo Bronzo. La Bibbia, per l'età del Ferro, e le fonti greche, per l'età classica danno riferimenti indiretti. Il tratto della costa del Levante che va dal Jebel el-Aqra a Nord a Gaza a Sud è una sottile striscia di terra limitata a Ovest dal Mediterraneo e a Est dalle catene montuose. Le montagne si trovano a distanza variabile dai 12 ai 15 chilometri, ma in alcuni casi si spingono fin sul mare. Le città, situate su promontori o su isolotti presso la terraferma, possedevano generalmente un retroterra, che ne assicurava la sussistenza: orti, frutteti, vigneti e oliveti, palme, associati alla coltura cerealicola sui terrazzamenti collinari, dovevano offrire l'immagine di una campagna molto fiorente. È quella che appariva a Tutmosis III, verso la metà del II millennio, quando prese la città di Ullaza: «I giardini (quelli della costa e delle valli interne) erano pieni di frutti; nei torchi il vino scorreva come l'acqua, il grano sulle terrazze delle montagne era più abbondante che la sabbia sulla costa» (ARE, II, 461).

È un paesaggio agricolo che si presta allo sfruttamento parcellizzato del suolo da parte di nuclei familiari proprietari dei terreni; presumendo che le condizioni climatiche della Fenicia fossero simili a quelle di oggi, dobbiamo supporre che, allora come adesso, fossero favorevoli per un'agricoltura molto varia. Il terreno argilloso è bagnato durante l'inverno da piogge che diminuiscono progressivamente fino a cessare completamente tra maggio e settembre. Tuttavia, la coltivazione irrigua era facilitata dalla presenza di numerose sorgenti locali e dai corsi d'acqua che venivano regolamentati e sfruttati con dighe, sbarramenti e cisterne. Ma possiamo immaginare sulle montagne anche un paesaggio pastorale, occupato tradizionalmente da gruppi gentilizii¹.

Più ampio è il ventaglio di notizie sull'attività agricola di Cartagine e del suo territorio, di cui già S. Gsell² aveva tracciato un esauriente quadro, dedotto dalle fonti classiche e dai pochi dati archeologici ed epigrafici. È noto che per i grandi possidenti del territorio cartaginese famosi agronomi punici, quali Hamilcar e Magone, avevano redatto trattati di rinomanza internazionale. Del secondo è anche noto che il suo manuale in 28 libri, dopo la distruzione di Cartagine, fu fatto tradurre dal Senato Romano in latino (Plinio, *Nat. Hist.* XVIII, 22), mentre una traduzione in greco, abbreviata, fu fatta da Cassio Dionisio di Utica nell'88 a. C. Solo 66 frammenti di quest'opera ci sono giunti attraverso le menzioni che ne hanno fatto soprattutto Varrone, Columella e Plinio il Vecchio³. Altre fonti classiche hanno tramandato l'imma-

¹ Cf. M. Liverani, "Il modo di produzione", in S. Moscati (ed.), *L'alba della civiltà*, II, Torino 1976, p. 4.

² S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord IV, La civilisation carthaginoise*, Paris 1929, pp. 1-52.

³ *Ibid.*; J. Heurgon, "L'agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en latin et en grec", *CRAI* 1977, pp. 441-456; O. Devillers - V. Krings, "Autour de l'agronome Magon", in M. Khanoussi - P. Ruggeri - C. Vismara (eds.), *L'Africa Romana* (Atti dell'XI Convegno di Studio, Cartagine, 15-18 dicembre 1994), Ozieri 1996, pp. 489-516. L'attento studio delle fonti porta questi ultimi studiosi a concludere (pp. 511-512) che il personaggio abbia finito con l'assumere il valore simbolico e atemporale di figura di punta dell'agricoltura cartaginese, tanto che Magone sarebbe il nome dato a un *corpus* rappresentante la somma di diversi contributi (*ibid.*, n. 110).

gine opulenta del territorio agricolo gravitante intorno a Cartagine, soprattutto quello della regione del Capo Bon⁴.

La documentazione archeologica, come sottolineava B. S. J. Isserlin nel 1983⁵, non offre dati comparabili con quelli delle fonti scritte, a causa dell'interesse ridotto per l'ambiente rurale rispetto a quello urbano, né le cose sono cambiate di molto negli ultimi venti anni⁶.

Se le fonti citate permettono di delineare un quadro, sia pur parziale soprattutto dell'agricoltura punica, dobbiamo ammettere che, per quanto si riferisce agli uomini (e alle donne) che a questa attività si dedicavano, le fonti fenicie e puniche non ci hanno lasciato neppure il nome con cui venivano designati⁷. Inoltre, come è stato notato da J. Kolendo a proposito del contadino romano, «se per contadino intendessimo chi lavora personalmente la terra da lui posseduta, incontreremmo pochi contadini, in molti periodi della storia antica, medievale e moderna... accanto ai contadini liberi che coltivano la terra di loro proprietà, vanno presi in considerazione gruppi, molto consistenti, di individui che lavorano terre appartenenti ad altri, sia in rapporti più o meno stabili, sia, per esempio, con prestazioni di lavoro stagionali»⁸.

Purtroppo se le fonti riguardanti il mondo romano permettono di ricostruire un quadro ampio e variegato dell'attività degli individui gravitanti intorno all'ambiente

agricolo⁹, per il mondo fenicio-punico non resta che rifarsi ai pochi elementi che le citazioni latine del trattato di Magone ci lasciano intravedere¹⁰.

Il fattore umano era forse trattato nell'opera di Magone, ma nelle citazioni pervenute degli autori latini non ne restano che scarsissimi cenni. Per quanto riguarda la madrepatria fenicia, è presumibile che il lavoro dovesse essere di due tipi, autonomo e servile, di ambientazione familiare e organizzato in ambiente palatino. Ma il ricorso a fonti o anacronistiche (ad esempio quelle relative all'età del Tardo Bronzo) o di ambito politico-sociale diverso (quelle ricavabili dal testo biblico) potrebbe fare ricostruire un quadro verosimile, ma non vero. Il quadro d'altra parte non può essere unitario, data la differenza di ambiente naturale e di condizioni sociali in cui si trovarono a operare gli agricoltori della madrepatria fenicia e quelli delle colonie d'Occidente. Ci mancano totalmente, inoltre, i dati sulla proprietà della terra e sulle forniture di lavoro; solo sui ritmi dell'attività possiamo attribuire all'agricoltore, come avveniva in Israele e in tutto il Vicino Oriente, il diritto al giorno di riposo settimanale, in cui certamente la comunità si ritrovava unita per festeggiare, ma non abbiamo i dati sufficienti per ricostruire le modalità della celebrazione di queste feste¹¹.

Appena qualche cenno in più possiamo avere del mondo che possiamo definire agricolo, più che contadino, in territorio cartaginese e allora dobbiamo affidarci alla fantasia

⁴ Cf. la descrizione di Diodoro (XX 8, 3-4 dell'epoca della spedizione di Agatocle, e quella di Polibio (129, 7) dell'epoca della spedizione di Attilio Regolo.

⁵ B. S. J. Isserlin, "Phoenician and Punic Rural Settlement and Agriculture: Some Archaeological Considerations", in *ACFP* 1, p. 156.

⁶ Per la fase immediatamente precedente la caduta di Cartagine, tuttavia, vi sono i resti di ricche abitazioni a carattere rurale di Gammarth, a una decina di chilometri a nord della capitale, che si distinguono per la decorazione a stucchi e modanature e pavimenti a mosaico in *opus signinum*; si veda in particolare la villa rurale, parzialmente scavata, che offre l'immagine di una casa di un proprietario terriero dei dintorni di Cartagine: si tratta di una casa punica ben organizzata di ca 200 m² con annesso oleificio: cf. M. H. Fantar, "À Gammarth avant la conquête romaine", *BAC* n. s. 17B (1981 [1984]), pp. 3-19; si veda inoltre *id.*, *Kerkouane. Cité Punique du Cap Bon (Tunisie)*, II, Tunis 1985, pp. 14-23, in particolare p. 22 ove si riporta la descrizione fatta da P. Cintas, dell'immagine di una di queste abitazioni rurali dipinta sulla parete di un *hanout* della regione di Korba. Le analisi paleobotaniche, del resto, sono limitate ai resti dell'area metropolitana di Carthagine.

⁷ M. Fantar, "De l'agriculture à Carthage", in M. Khanoussi – P. Ruggeri – C. Vismara (eds.), *L'Africa Romana* (Atti dell'XII Convegno di Studio, Olbia, 12-15 dicembre 1996), Sassari 1998, p. 121.

⁸ J. Kolendo, "Il contadino", in A. Giardina (ed.), *L'uomo romano*, Roma-Bari 1989, p. 217.

⁹ La società agricola del mondo romano in quelle che furono le colonie di Cartagine è ampiamente studiata: si vedano i frequenti contributi di autori vari negli Atti dei Congressi Internazionali sull'Africa Romana.

¹⁰ Vedere S. F. Bondi, "La société", in *CPPMR*, p. 351 per la mano d'opera servile in agricoltura.

¹¹ Per i dati sul Vicino Oriente in generale, cf. M. Liverani, "Il modo di produzione", *cit.*

per ricostruire attività, pensieri, speranze di un agricoltore/coltivatore cartaginese, proprietario di una di quelle prospere campagne del Capo Bon che le truppe di Agatocle nel 310 a. C. invasero e devastarono (Diodoro XX, 8, 3-4).

* * *

«Al tramonto Abdmilk era salito sul tetto della sua bella casa; i colombi con eleganti volteggi stavano tornando alla colombaia: li guardò compiaciuto, erano stati il suo divertimento di quando era ragazzo e sua madre glieli aveva affidati, e lui li aveva allevati, di generazione in generazione. Il mare, in lontananza, si era tinto di rosa: era ancora estate, mancava poco meno di un mese all'equinozio d'autunno, ma già le foglie dei noci che davano ombra alla casa cominciavano a ingiallire. Dalla corte di sotto gli arrivava indistinto il chiacchiericcio delle donne, che lavoravano tra la cucina e la dispensa, sotto la vigile guida di sua moglie Arishut. Era soddisfatto di quel che vedeva tutto intorno: la vigna ben coltivata era piena di grappoli, gli olivi promettevano un buon raccolto, molti alberi erano ancora carichi di frutti. Guardò il grande melograno al centro del cortile: lo aveva piantato quando si era sposato venti anni prima e la fecondità aveva benedetto la sua casa. Osservò compiaciuto il figlio più piccolo e la prima figlia della sua figlia maggiore Barikt, che correavano appresso ai pulcini e poi scappavano gridando, inseguiti dalla chioccia, lui, il prediletto, l'ultimo della schiera di sei ragazzi e otto ragazze che avevano benedetto la sua casa, lei, la prima della nuova generazione. Ringraziò ancora una volta Tanit per aver teso la sua mano benevola sulla casa. Poi tornò a volgere lo sguardo verso i campi.

Il secondo figlio maschio, Bodashtart, era

nel recinto dei cavalli, li amava con passione da quando era un bambino alto così, e da sempre diceva che, quando avesse dovuto combattere, lo avrebbe fatto con la cavalleria cartaginese, un punto di forza del loro potente esercito. Abdmilk era convinto che per fortuna Cartagine, con il suo ben organizzato esercito di professionisti, non avrebbe mai avuto bisogno di suo figlio.

In lontananza vide il terzo figlio maschio, Hanno, che tornava con il gregge; era il giorno del riposo settimanale, ma se gli operai non avevano lavorato nei campi, gli animali dovevano pur essere condotti al pascolo¹²; avanti a tutti procedeva il formidabile ariete con i nastri colorati che ornavano le corna e il collo: il bestiame che gli aveva lasciato suo padre si era moltiplicato negli anni. La prosperità rallegrava la sua casa. Un unico cruccio lo tormentava: il figlio maggiore Himilk se ne era andato a Cartagine, non voleva occuparsi delle terre, diceva il ragazzo, voleva dedicarsi ai commerci; non era forse commerciante, come i loro antenati di Sidone, il cugino di suo nonno Himilk il Vecchio, che poi era anche l'altro nonno, Hanno, il padre di sua madre Arishut? Certo, aveva replicato Abdmilk, nella madrepatria non si potevano costruire fortune familiari esclusivamente sull'agricoltura, troppo pochi i terreni intorno alle città, chiuse dalle catene montane; è vero che producevano di tutto, ma quante volte si erano dovuti importare grano e orzo, perché i loro campi a terrazze sulle alture non producevano abbastanza; e anche il vino e l'olio che commerciavano, quante volte erano stati comprati a Damasco e a Samaria o a Gerusalemme?¹³

La loro famiglia era una di quelle aristocratiche che avevano costruito una fortuna sulla navigazione e i commerci e contemporaneamente sull'agricoltura; la madre di sua moglie, la vecchia Amatashtart, che era

¹² Non sappiamo chi fossero questi operai dei campi, forse schiavi, prigionieri di guerra o comprati, o anche indigeni salariati, magari impiegati come manodopera stagionale (Cf. G. e C. Charles-Picard, *I Cartaginesi al tempo di Annibale*, Milano 1961, pp. 100-102). Per quanto concerne i ritmi del lavoro, possiamo attribuire all'agricoltore punico, come a quello fenicio, il diritto al giorno di riposo settimanale, poiché sappiamo che ciò avveniva in Israele e in tutto il Vicino Oriente.

¹³ Le fonti storiche documentano la necessità delle città fenicie, che dovevano esportare legname e prodotti artigianali, ricevendo in cambio prodotti agricoli da Giuda, Israele, Damasco (Cf. S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, pp. 66-67).

giunta bambina in Africa da Tiro ricordava ancora, o diceva di ricordare, le montagne in lontananza, che alcuni casi si spingono fin sul mare. La città sull'isolotto, fitta di edifici e di templi, era circondata da orti, frutteti, vigneti e oliveti, palme. Sosteneva Amatastart che persino gli antichi Egiziani avevano celebrato quella campagna fiorente. "I giardini erano pieni di frutti; nei torchi il vino scorreva come l'acqua, il grano sulle terrazze delle montagne era più abbondante che la sabbia sulla costa"¹⁴. La loro famiglia aveva coltivato terreni e aveva anche allevato bestiame sulle montagne, ma i guadagni non erano stati tanti da compensare il tracollo della loro attività commerciale.

Si era visto come era facile perdere ogni bene con qualche spedizione per mare andata male; e poi c'erano stati anche problemi politici e loro erano dovuti andare via da Sidone e ricominciare tutto da capo a Cartagine. Un ramo della famiglia aveva continuato ad andar per mare commerciando, ma Himilk, il padre di suo nonno Abdmilk aveva visto giusto pensando che una grande proprietà agricola avrebbero dato più sicurezza. E le rendite dei terreni del Capo, coltivati a vigna e a oliveto, e quelle dei terreni a Sud, coltivati a cereali, quante volte erano servite a rimettere in sesto le finanze, quando i capricci della fortuna dei mari avevano messo in ginocchio i cugini commercianti!¹⁵

C'erano volute due generazioni, e tutto l'aiuto di Baal e di Tanit, per creare e far prosperare quelle proprietà, continuava a riflettere Abdmilk, e il ragazzo invece era voluto rimanere a Cartagine, quando era andato a trovare il nonno Hanno. Era da prevedere che Himilk il Giovane, così curioso di tutto, non sarebbe voluto tornare: eppure anche la città vicina, affacciata sul mare del

promontorio, era una bella città, niente a che vedere con Cartagine naturalmente, ma c'erano belle case, strade dritte alla greca. Questa mania della moda greca! E anche Arishut, quando erano andati a trovare i loro parenti a Cartagine due anni prima, non era forse voluta andare a offrire le loro primizie nel nuovo santuario, quello dedicato a quelle dee greche che si diceva proteggessero le messi? Demeter e Kore, si chiamavano, e avevano anche dovuto dedicare loro un bruciapfumi fatto alla moda greca. Certo a Cartagine c'erano sempre tante novità, una manna per i giovani, lo sapeva anche lui; quando tanti anni prima suo padre lo aveva mandato a Cartagine a informarsi su un certo Magone che si diceva fosse un agronomo famoso (e infatti aveva scritto un trattato di agronomia straordinario), si era reso conto che già allora i suoi coetanei erano attirati da abbigliamenti, riti stranieri; tutto quello che veniva dai Greci veniva copiato.

Lui invece era tornato subito alle loro campagne, alla bella casa imbiancata a calce costruita da suo nonno nella loro tenuta; suo padre Himilk l'aveva ingrandita con magazzini; lui poi aveva costruito proprio di fronte alla casa il frantoio perché ormai gli olivi piantati da suo padre e quelli nuovi, piantati da lui stesso, producevano in abbondanza. Aveva fatto anche migliorie all'abitazione; tra l'altro, sua moglie Arishut aveva voluto persino che le costruisse una sala da bagno, proprio come quelle delle case della città vicina affacciata sul mare!¹⁶

I 28 volumi del trattato di agronomia di Magone di cui aveva riportato con sé una copia, comunque, erano stati preziosi; curioso pensare che l'autore fosse un generale a riposo, ma forse era vero che, come sostenevano alcuni, anche lui aveva ampiamento at-

¹⁴ È quella che appariva a Tutmosis III, verso la metà del II millennio, quando prese la città di Ullaza (ARE, II, 461). È un paesaggio agricolo che si presta allo sfruttamento parcellizzato del da parte di nuclei familiari proprietari dei terreni; ma possiamo immaginare sulle montagne anche un paesaggio pastorale, occupato tradizionalmente da gruppi gentili (cf. M. Liverani, "Il modo di produzione", cit., p. 4). Sulla situazione del territorio fenicio cf. J. P. Brown, *The Lebanon and Phoenicia*, I, Beirut 1966 e per i fattori ecologici, demografici, economici e politici C. G. Wagner - J. Alvar, "Fenicios en Occidente: la colonización agrícola", *RSF* 17 (1989), pp. 63-67.

¹⁵ Si veda, per questo aspetto, G. e C. Charles-Picard, *I Cartaginesi al tempo di Annibale*, cit., pp. 97-98.

¹⁶ Di sale da bagno nelle abitazioni puniche cittadine e non cittadine vi sono diverse testimonianze: Cf. M. H. Fantar, "À Gammarth, avant la conquête romaine", *BAC* 17B (1981[1984]), p. 10, n. 16. e *id.*, *Kerkouane. Cité Punique du Cap Bon (Tunisie)*, II, Tunis 1985, pp. 303-358.

tinto ai lavori di specialisti greci. Certamente, seguendo i dettami di quei mirabili 28 libri, suo padre aveva migliorato di molto il rendimento della piccola azienda agricola di suo nonno, e lui stesso l'aveva trasformata in una delle più prospere del Capo. Non avevano avuto bisogno di seguire il primo dei dettami del generale-agronomo: "Colui che ha acquistato una terra deve vendere la sua casa di città, in modo che non finisca con il desiderare di adorare gli dei cittadini, piuttosto che quelli della campagna; se qualcuno preferisce abitare in città, non ha bisogno di beni rurali" (Columella I, I, 18). Quando erano arrivati dalla Fenicia il padre di suo nonno aveva fatto solo una breve sosta a Cartagine (mentre il fratello era rimasto nella capitale e da lui era ripartito il ramo commerciale della famiglia) e poi si era messo in cerca di un luogo in cui ricreare la loro fortuna: lì sulla loro proprietà agricola avevano costruito e via via ingrandito la loro casa, non avevano mai avuto neanche la tentazione di acquistare una di quelle belle case della città sul Capo, come avevano fatto invece molti loro vicini.

Abdmilk e suo padre avevano cominciato a mettere in pratica quello che Magone consigliava per gli uomini (Varrone, *Rust.*, I, 17, 4 e ss.). Occorreva che i responsabili dei lavori agricoli e del bestiame traessero qualche vantaggio dal loro lavoro, per invogliarli a lavorare con più lena; schiavi anche loro, potevano farsi un famiglia, costituirsi un peculio con cui un giorno avrebbero potuto ottenere la libertà. Dovevano avere autorità e competenza tecnica, ma dovevano anche essere capaci di trattare i loro sottoposti senza troppa brutalità: degli uomini abbruttiti dai maltrattamenti avrebbero reso troppo poco sul lavoro¹⁷. Un giorno di riposo settimanale era diritto di tutti, secondo la tradizione già consolidata da centinaia di anni nella madrepatria¹⁸.

In seguito si erano dedicati alla vigna e agli ulivi. Il loro uliveto forse non era il più esteso della zona, ma la produzione era più

che soddisfacente; aveva piantato nuovi ulivi l'anno dopo la morte di suo padre, in autunno, dopo l'equinozio prima del pieno inverno; qualcuno li piantava dopo la mietitura, ma quel periodo era adatto per i terreni grassi e umidi, il suo invece era un bel terreno secco e argilloso, leggermente in pendio; gli alberi erano ben spazati di 75 piedi a quinconce; in piena produzione alcuni piedi milari avrebbero potuto dare fino a mille libbre di olive (Columella, *De Arboribus*, XVII), ma di questo avrebbero goduto i suoi figli. Lui, comunque, aveva costruito il frantoio e aveva fatto fare il disco di legno da un carpentiere di Cartagine perché durasse a lungo; nessuno come i carpentieri cartaginesi sapeva costruire con giunture indistruttibili (Catone, *Agr.*, 18, 9).

I vitigni erano quelli che il suo bisnonno Himilk aveva portato dalla Fenicia; non era quella la terra di cui da sempre si diceva che nei tini il vino scorreva come acqua? Ma qui il clima africano e la siccità avevano compromesso troppi raccolti. Poi i consigli di Magone avevano di fatto migliorato enormemente la situazione. Come l'agronomo-generale suggeriva, allora lui e suo padre avevano progettato di esporre i vigneti a nord; è vero che i vitigni esposti a est della madrepatria avevano dato un prodotto migliore per il vino non passito, ma qui i raccolti erano più abbondanti; avevano scavato delle fosse, avevano messo sul fondo delle pietre e poi avevano piantato i vitigni; le pietre avevano preservato le radici dal ristagno delle acque invernali e dal calore estivo; le fosse erano state ricoperte progressivamente nei due anni successivi per obbligare le radici a svilupparsi in profondità; accanto erano stati messi il letame mescolato a feccia d'uva; il miscuglio portava un calore tempestivo nella fossa durante l'inverno rigido, mentre nell'estate offriva alimento e umore alle piante. Avevano persino fatto venire da lontano della terra grassa (Columella III, XII, 5; III, XV, 3-4, V, V, 4). Infine, la potatura eseguita secondo le

¹⁷ Cf G. e C. Charles-Picard, *I Cartaginesi al tempo di Annibale*, cit., p. 102

¹⁸ Cf M. Liverani, "Il modo di produzione", cit.

regole in primavera, aveva contribuito a rendere la loro vigna una delle più fiorenti del Capo: bisognava potare i polloni prima che spuntassero i germogli, perché, essendo pieni di linfa, non facevano resistenza al coltello e permettevano un taglio facile e pulito (Columella IV, X, 1).

Abdmilk guardò con soddisfazione i filari carichi di grappoli che si estendevano sul leggero declivio a sud della casa: presto sarebbe stata epoca di vendemmia; era piovuto poco, ma le riserve nelle cisterne avevano permesso di bagnare il terreno quel tanto che era necessario. Occorrevano ancora dei bei giorni soleggiati, e poi, se gli dei volevano, avrebbero avuto un raccolto eccezionale; immaginò la festosità della vendemmia, con tutta la famiglia e i servi al lavoro; doveva cominciare a parlare con Yamrur per decidere quanti operai stagionali doveva assumere; avrebbero fatto un po' di vino per il loro consumo familiare, assai modesto, peraltro, ma il grosso della produzione sarebbe divenuto un vino passito che si vendeva molto bene anche fuori di Cartagine. Ripassò con piacere mentalmente tutto il processo di vinificazione: bisognava cogliere i primi grappoli quando erano molto maturi e gettare via i chicchi ammuffiti o guasti; poi bisognava piantare a terra, a quattro piedi di distanza gli uni dagli altri, dei pali sui quali si dovevano stendere delle incannuciate; al di sopra si sarebbe stesa l'uva al sole, coperta durante la notte per proteggerla dall'umidità. Quando l'uva fosse stata secca, bisognava staccare gli acini e metterli in una botte o in una giara da vino e aggiungere tanto mosto da ricoprire gli acini. Dopo sei giorni, quando il mosto fosse stato assorbito, avrebbero dovuto spremere il tutto e raccogliere il liquido; la successiva operazione consisteva nel pigiare le vinacce, aggiungendovi poi il mosto di altre uve seccate per tre giorni al sole. A questo punto avrebbero mescolato e passato al torchio ogni cosa; questo vino di seconda spremitura doveva essere infine mes-

so immediatamente in recipienti sigillati con la creta, in modo che non divenisse troppo aspro. Dopo 20 o 30 giorni, quando fosse finita la fermentazione, lo avrebbero versato in altri recipienti, avrebbero sigillato i recipienti con il gesso e li avrebbero ricoperti con pelli (Columella XII, XXXIX, 1-2).

Vicino alla casa la mandria di bovini stava rientrando nella stalla; era costituita secondo le regole, ogni 60 mucche, un toro di 2 anni e uno di un anno (Varrone, *Rust.*, II, V, 18). Presso i recinti attendeva Yamrur, il più vecchio dei suoi servi, un anziano libico, che aveva cominciato a lavorare da giovane alle dipendenze di suo padre; veniva dalla regione a Sud, dove in una tenuta confinante con la loro la sua famiglia produceva cereali, come tutti i Libici, ai quali era vietato quasi del tutto, se non per il fabbisogno familiare, ogni altro tipo di coltivazione¹⁹. Yamrur, cadetto della sua famiglia, aveva prima lavorato nei campi dei vicini proprietari Cartaginesi, poi Abdmilk il Vecchio lo aveva condotto nella loro fattoria del Capo. Era diventato il capo bovaro, esperto come nessun altro nei dintorni, ma serio e autorevole, era anche un aiuto straordinario nel guidare e nel controllare con severità e con giustizia i pochi schiavi e gli operai fissi e quelli stagionali che lavoravano nella fattoria.

Abdmilk riportò lo sguardo sulla mandria, i buoi che servivano per arare i campi avevano un aspetto imponente; ancora una volta gli vennero alla mente i consigli di Magone, che anche Yamrur conosceva a memoria: per i lavori dei campi occorre addestrare buoi giovani; i suoi corrispondevano bene alla descrizione ideale che ne faceva Magone: avevano costituzione possente, le corna lunghe e forti, le membra grosse, la fronte larga e coperta di pelo riccioluto, le orecchie pelose, gli occhi e le labbra scure, le narici ampie, il collo lungo e muscoloso, la giogaia ampia e ricadente fin quasi alle ginocchia, il petto ampio, le spalle enormi; anche il ventre era

¹⁹ È ipotesi di G. et C. Picard (*I Cartaginesi al tempo di Annibale*, cit., pp. 99-100) che nelle pianure più ricche del bacino della Medjerda e dell'ued Miliane i cereali fossero la coltivazione fondamentale. Anche in Sardegna sembra vigesse, a partire dalla dominazione di Cartagine nel VI secolo, un simile divieto (cf. M. Gras - P. Rouillard - J. Teixidor, *L'Univers Phénicien*, Paris 1989, p. 76).

imponente e dava quasi l'impressione di una bestia gravida, i fianchi larghi, i lombi ampi, il dorso dritto e piatto, o anche un po' concavo, il posteriore arrotondato, le zampe diritte e compatte, piuttosto corte che lunghe, i ginocchi ben conformati, gli zoccoli larghi, la coda molto lunga e ispida, il pelo folto e corto, rosso o pezzato su tutto il corpo, morbido al tocco (Columella VI, I, 2-3).

Dal basso venivano le voci delle donne: sperò per un momento che Arishut stesse preparando il suo piatto preferito; non era proprio buono come quella che faceva sua madre Barikt, ma forse quello che rimpiangeva non era il sapore della minestra, ma il sapore della sua giovinezza. Aveva voluto, comunque, che sua madre dettasse la ricetta allo scriba della città vicina, per conservarla in casa e tramandarla alle sue figlie: "Mettere nell'acqua una libbra di farina e farla ben stemperare, versarla in un recipiente pulito e aggiungere tre libbre di formaggio fresco, una mezza libbra di miele e un uovo; mescolare bene e cuocere in un recipiente nuovo"²⁰. Aveva fatto scrivere anche tutte le regole per la conservazione dei frutti e delle verdure (Columella XI, IV, 4; XII, IV, 2-3; XII, XLVI, 4-5). Sua moglie era figlia dello zio commerciante, nata e vissuta in città; fin da bambina era stata un'abile tessitrice, come la madre venuta da Tiro. Ma quando si era sposata non conosceva nulla dei lavori della campagna, dei suoi prodotti e della loro conservazione; sotto la guida della zia Barikt, madre di suo marito, aveva presto imparato.

Abdmilk porse l'orecchio: Arishut stava impartendo ordini alle figlie maggiori e alle serve perché si affrettassero a riempire i recipienti con le conserve, la sentì discutere perché secondo lei uno dei vasi non era stato trattato abbastanza bene con la pece, ma l'anziana serva libica, la moglie di Yamrur, che era nella casa da prima che lui nascesse,

la rimbeccava, sostenendo che la pece non era poi così necessaria, l'importante era che il recipiente non trattato fosse nuovo e quello sul quale discutevano non era forse appena uscito dalla bottega del ceramista? "Niente minestra", pensò Abdmilk, c'erano troppe cose da fare in quel fine pomeriggio nella grande cucina e nella corte. Sbirciò di sotto: il forno nell'angolo est del cortile era stato acceso tutta la mattina: la focaccia almeno era assicurata²¹; vide i bei recipienti di terracotta a bocca larga, alti come larghi, pronti per essere riempiti; sentì l'odore dell'aceto e della salamoia; la porta della dispensa esposta a nord era aperta.

Dentro il locale buio, fresco e asciutto intravide, appese ad asciugare, le melograne da conservare: qualche giorno prima i servi avevano portato abbondante acqua di mare, e l'avevano fatta scaldare; nell'acqua caldissima le donne avevano immerso i frutti sacri a Tanit, avvolti in pezze di lino; in tre giorni la buccia aveva perso colore; allora erano state appese al fresco; per usarle, sarebbe bastato immergerle un giorno e una notte in acqua fresca. Qualcuno usava anche altri sistemi; se non c'era l'acqua di mare si potevano avvolgere i frutti in argilla da vasai ben depurata e, quando l'argilla fosse secca, appendere i frutti; bastava immergerli nell'acqua e fare sciogliere l'argilla per avere un frutto come fresco. Altri metodi erano più complicati: Magone, per esempio, raccomandava che si spargesse della segatura di legno di pioppo o di leccio sul fondo di recipienti di terracotta nuovi; si dovevano poi sistemare i frutti, ricoprirli bene di segatura e procedere via via con altri strati di frutti e segatura fino a riempire i vasi, poi posare i coperchi e sigillare con argilla; inutile per l'uso familiare che facevano loro delle melograne, era certo un sistema adatto per chi ne faceva commercio. Ma lui, Abdmilk, produceva nella fattoria del Capo vino passito e olio, i prodotti

²⁰ È la ricetta della *puls Punica*, tramandata da Catone (*Agr.*, 85); cf. per i Cartaginesi «mangiatori di minestre», S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, cit., p. 23.

²¹ «*Punicum* è un genere di focaccia portato dai Cartaginesi: la chiamavano *probum*, perché era più di ogni altra gradevole» (Pompeo Festo, s.v. *punicum*).

del bel frutteto intorno a casa servivano per la sua grande famiglia.

Qualche foglia cominciava già a ingiallire osservò di nuovo, l'estate sta finendo, ma le piante erano rigogliose, i noci, i mandorli, i fichi, tutti erano stati piantati secondo le regole: per ogni pianta si era scavata una buca l'anno precedente all'impianto, perché il terreno assorbisse il sole e l'acqua piovana; se non era stato possibile, si era fatto un fuoco all'interno della buca due mesi prima della messa a dimora (Plinio, *Nat. Hist.*, XVII, 80). Pensò che forse si sarebbe potuto piantare qualche altro albero di fico: i figli dei suoi figli ne andavano matti e di lì a pochi giorni sarebbero corsi ad arrampicarsi sui rami no-

dosi e a rimpinzarsi dei frutti dolcissimi. A lui piaceva vedersi circondato dalla sua progenie che si moltiplicava. Tornò a pensare a Himilk lontano: un cavaliere si stava avvicinando al galoppo. Himilk? O era frutto della sua immaginazione perché desiderava tanto rivederlo? No, era proprio lui il giovane che spronava il baio. Stava tornando, non importava per quanto tempo. Non ebbe neanche il tempo di pensare "Devo dire a Yamrur di ammazzare un vitello grasso". Himilk era già a terra; abbracciò suo padre, non perse tempo in saluti: "Padre, si dice a Cartagine che l'esercito di Agatocle, tiranno di Siracusa stia per sbarcare sul Capo!". Correva l'anno 504 dalla fondazione di Cartagine».

10. L'UOMO E IL CIBO

L. CAMPANELLA

Il rapporto tra l'uomo e il cibo, la ricerca e il perfezionamento dei mezzi di sussistenza costituiscono un tema centrale in un'indagine su di una cultura, soprattutto quando ci si occupa di epoche remote in cui molte delle energie e del tempo erano dedicate al procacciamento, alla conservazione e alla preparazione degli alimenti¹. Il tema dell'*homo edens* si presta altresì ad essere molto più che una ricerca sui modi di espletamento di un bisogno primario: gli alimenti e le modalità del loro consumo hanno da sempre costituito un veicolo di complessi sistemi simbolici, più o meno espliciti, in grado di filtrare aspetti sociali, culturali, rituali, economici. Una tale ricchezza di punti di osservazione ha rappresentato, sin dai primi studi, terreno fertile per una feconda collaborazione interdisciplinare che poteva spaziare dall'antropologia alla biochimica, dalla linguistica alla paleobotanica, dalla medicina all'archeozoologia.

Per quanto riguarda l'alimentazione nel mondo fenicio e punico si possiede una solida base costituita da studi più o meno recenti² che hanno affrontato l'argomento da diverse prospettive, usufruendo di differenti fonti documentarie. In realtà se le fonti a disposizione sono molteplici, poche e isolate sono quelle direttamente riferite alla Fenicia o al mondo coloniale d'Occidente, e nella maggior parte dei casi è necessario attingere ad una documentazione «vicina» in senso geografico e culturale³. Riassumendo brevemente, le risorse a disposizione sono costituite essenzialmente dalle fonti scritte (letterarie, epigrafiche e archivistiche) e archeologiche⁴. Le prime sono, per l'Oriente, i testi biblici, egiziani (ad es. il racconto di Sinuhe, di Wenamon), assiri⁵, gli archivi di Ugarit⁶, per l'Occidente tutti gli autori latini e greci che in trattati di agronomia, di cucina e di vita rurale o in passi relativi al commercio fanno riferimento ai mercanti fenici o alla città di Cartagine e ai suoi territori (ad es. Catone, Plinio, Columella, Varrone, Omero, Erodoto). Tra le fonti epigrafiche poi vanno ricordate le

¹ C. Renfrew – P. Bahn, *Archeologia. Teoria, metodi, pratica*, Bologna 1995, pp. 234-273. La bibliografia relativa all'alimentazione nel mondo antico è assai vasta. Una decisa attenzione verso il tema in esame si è avuta, in occasione della Giornata Mondiale dell'Alimentazione, a partire dal 1987, anno in cui furono organizzate diverse mostre sull'argomento: *L'alimentazione nel mondo antico. Gli Egizi*, Roma 1987; *L'alimentazione nel mondo antico. Gli Etruschi*, Roma 1987; *L'alimentazione nel mondo antico. I Romani. Età imperiale*, Roma 1987. Nello stesso anno si tenne il primo dei Colloqui internazionali organizzati dall'associazione "Homo Edens" (O. Longo – O. Bosello – P. Scarpi) in collaborazione con il Dipartimento di Scienze dell'antichità dell'Università di Padova. Ad oggi sono stati pubblicati i seguenti Atti: O. Longo – P. Scarpi (eds.), *Homo Edens. Regimi, miti e pratiche dell'alimentazione nella civiltà del Mediterraneo (Verona 13-15 aprile 1987)*, Milano 1989; P. Scarpi (ed.), *Storie del vino. Atti del II Colloquio Homo Edens (Torino 8-9 settembre 1989)*, Milano 1991; O. Longo – P. Scarpi (eds.), *Letture d'acqua. Atti del III Colloquio Homo Edens (Recoaro Terme 21-22 settembre 1991)*, Padova 1994; O. Longo – P. Scarpi (eds.), *Nel nome del pane. Atti del IV Colloquio Homo Edens (Bolzano 3-6 giugno 1993)*, s. l. s. d.

² S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, IV, Paris 1920, pp. 1-51; S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, pp. 20-31, 66-85, 511; S. F. Bondi, "L'alimentazione nel mondo fenicio-punico. L'aspetto economico-industriale", in *L'alimentazione nell'antichità*, Parma 1985, pp. 167-84; M. L. Uberti, "Qualche nota sull'alimentazione fenicia e punica: i principali costituenti energetici", *RStAnt* 17-18 (1987-1988), pp. 189-197; S. M. Cecchini, "Problèmes et aspects de l'agriculture carthaginoise", in *Histoire et archéologie de l'Afrique du Nord. Actes du III^e Colloque International (Montpellier 1985)*, Paris 1987, pp. 107-117; E. Lipiński, s. v. "Alimentation", in *DCPP*, p. 18; P. Bartoloni, "L'industria alimentare", in *CPPMR*, pp. 359-360. Recente e di grande interesse è il contributo di A. Spanò Giammellaro, "L'alimentazione fenicia e punica", in J. L. Flandrin – M. Montanari (eds.), *Storia dell'alimentazione*, Roma-Bari 1999, pp. 56-70, al quale il presente lavoro è largamente debitore. A cura della stessa Autrice è inoltre in corso di stampa, nel prossimo numero di *Kokalos*, un ampliamento del medesimo tema, dal titolo: "Pappe, vino e pesce salato. Appunti per uno studio della cultura alimentare fenicia e punica" Desidero ringraziare la prof.ssa Antonella Spanò per aver cortesemente voluto leggere questo testo e per avermi fornito utili suggerimenti e indicazioni; la responsabilità dei contenuti è naturalmente solo mia.

³ A. Spanò Giammellaro, "L'alimentazione fenicia e punica", cit.

⁴ Le note bibliografiche relative alle fonti documentarie non hanno assolutamente la pretesa di essere esaustive ma di fornire solo qualche indispensabile riferimento.

⁵ *ANET*; J. Briand – M. J. Seux, *Textes du Proche-Orient ancien*, Paris 1977.

⁶ M. Dietrich – O. Loretz – J. Sanmartin, *Die keilalphabetischen Texte aus Ugarit*, Neukirchen – Vluyn 1976.

«tariffe» in cui sono riportate le modalità di spartizione delle offerte tra sacerdote e fedeli nel corso di sacrifici di vario tipo⁷ e le rare iscrizioni tracciate sui recipienti in riferimento al loro contenuto⁸. Le fonti archeologiche, che saranno maggiormente tenute in considerazione in questo contributo, possono essere sottoposte a diversi tipi di analisi. Un primo approccio è quello iconografico⁹ offerto da alcune categorie artigianali recanti talvolta complesse scene di banchetto, come le coppe metalliche, gli avori o i sarcofagi, oppure dalle stele votive e funerarie, che, soprattutto nelle fasi più tarde, recano la raffigurazione di alimenti quali le diverse specie ittiche¹⁰, oppure frutta o cereali¹¹. Un interesse particolare ha poi la coroplastica che spesso accoglie la raffigurazione di scene domestiche, quotidiane¹²; in terracotta erano inoltre riprodotti frutti deposti come offerte simboliche nelle tombe cartaginesi (fig. 1). Le fonti numismatiche, infine, recano spesso la raffigurazione di alimenti che dovevano rivestire un ruolo particolare nell'assetto economico della regione di emissione¹³.

L'intensa attività archeologica di scavo e di prospezione che si è registrata negli ultimi decenni nelle colonie occidentali ha poi fornito nuovi dati sulle infrastrutture connesse con l'alimentazione: dai magazzini agli stabilimenti di salagione¹⁴, dagli impianti di vinificazione¹⁵ a quelli per la lavorazione del pe-



Figura 1

Frutti in terracotta da tombe di Cartagine (AA.VV., *Carthage. L'histoire, sa trace et son écho*, Paris 1995, p. 120).



Figura 2

Coppe con resti di cereali dal Castillo de Doña Blanca (J. A. Martín Ruiz, *Catálogo documental de los Fenicios en Andalucía*, Sevilla 1995, p. 57, fig. 25).

⁷ M. G. Amadasi Guzzo, "Sacrifici e banchetti: Bibbia ebraica e iscrizioni puniche", in C. Grottanelli – N. F. Parise (eds.), *Sacrificio e società nel mondo antico*, Roma-Bari 1988, pp. 97-122.

⁸ Per le anfore in Occidente cf. J. Ramón, *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Barcelona 1995, pp. 254-255.

⁹ In relazione al tema dell'alimentazione molto ricca è la documentazione iconografica egiziana e anche assira, assai utile anche se indiretta, cf. ANEP e ANEPs.

¹⁰ Per una identificazione delle specie raffigurate cf. P. Bartoloni, "La pesca a Cartagine", in *Atti dell'XI Convegno di studio "L'Africa Romana" (Cartagine, 15-18 dicembre 1994)*, Sassari 1996, pp. 479-488.

¹¹ M. Hours-Miédan, "Les représentations figurées sur les stèles de Carthage", *CdB* 1 (1951), pp. 15-160.

¹² J. Karageorghis, "La vie quotidienne à Chypre d'après les terres cuites d'époque géométrique et archaïque", in F. Vandenabeele – R. Laffineur (eds.), *Cypriote Terracottas. Proceedings of the First International Conference of Cypriote Studies (Brussels – Liège – Amsterdam, 29 May - 1 June 1989)*, Brussels – Liège 1991, pp. 149-170.

¹³ L. I. Manfredi, "Melqart e il tonno", *SEAP* 1 (1987), pp. 67-82; *Ead.*, "La coltura dei cereali in età punica in Sardegna e Nord-Africa", *QuadCagliari* 10 (1993), pp. 191-218; *Ead.*, "Il grano e l'orzo fra Nord-Africa e Sardegna", *NBAS* 5 (1993-1995), pp. 219-276; *Ead.*, "Grano e orzo nella monetazione punica del 241-238 a.C.", in *Actes du XI^e Congrès international de numismatique (Bruxelles 8-13 septembre 1991)*, Louvain 1993, pp. 49-52.

¹⁴ L. I. Manfredi, "Le saline e il sale nel mondo punico", *RSF* 20 (1992), pp. 3-14; P. Bartoloni, "I Fenici e il sale", in R. Vento (ed.), *L'industria del sale marino in Sicilia. Antiche strutture e futuri sviluppi*, Alcamo 1997, pp. 11-16; P. Fernández Uriel, "La industria de la sal", in *ACFP* IV, pp. 345-351.

¹⁵ C. Gómez Bellard – P. Guérin – E. Díes Cusí – G. Pérez Jordà, "El vino en los inicios de la cultura ibérica. Nuevas excavaciones en l'Alt de Benimaquia, Denia", *RArq* 142 (1993), pp. 16-27; C. Gómez Bellard – P. Guérin – G. Pérez Jordà, "Témoignage d'une production de vin dans l'Espagne préromaine", in M.-C. Amouretti – J.-P. Brun (eds.), *La production du vin et de l'huile en Méditerranée. Actes du Symposium (= BCH suppl. 26)*, Paris 1993, pp. 379-395.

sce¹⁶. Lo scavo di aree urbane, riequilibrando una iniziale propensione degli studi per gli scavi di necropoli, ha arricchito notevolmente le nostre conoscenze sugli *instrumenta domestica*: vasellame, forni e fornelli, coti, macine, presse. Per concludere questa sintetica e incompleta rassegna delle fonti documentarie a disposizione, va accennato al ruolo, sempre crescente, di discipline quali l'archeozoologia¹⁷, l'archeobotanica¹⁸, la paleoantropologia¹⁹, e l'archeometria²⁰ che con le analisi dei resti di pasto, del contenuto organico dei recipienti, dello stato di salute in vita dei defunti o delle sostanze lipidiche assorbite dall'impasto poroso dei contenitori fittili durante il loro uso, sono in grado di offrire dati altrimenti non percepibili (fig. 2).

Un terzo filone di indagine offerto dalle fonti archeologiche è costituito dall'analisi del vasellame d'uso comune che, trascurato in una prima fase degli studi e successivamente valorizzato per la sua funzione datante, viene or-

mai sempre più spesso sottoposto ad analisi di tipo funzionale²¹ nelle quali sono prese in considerazione oltre alla morfologia del recipiente anche gli aspetti tecnologici, lo studio dell'evoluzione tipologica delle forme e l'osservazione delle tracce d'uso. Di seguito si prenderanno in esame alcune forme tipiche della produzione vascolare fenicia e poi punica²² tentando di relazionarle con i dati sino ad ora noti riguardo all'alimentazione quotidiana, tralasciando quegli aspetti di convivialità legati ad occasioni e a fasce sociali circoscritte²³. Nello studio di una cultura come quella fenicia, estesa cronologicamente lungo un arco temporale di almeno undici secoli, e sviluppata geograficamente da un estremo all'altro del Mediterraneo, sarebbe sempre opportuno affrontare separatamente le singole aree nei diversi periodi cronologici, come del resto è stato fatto nei contributi che mi hanno preceduto²⁴. Nel nostro caso il trattamento unitario potrà essere giustificato dall'assenza di consistenti differen-

¹⁶ P. Bartoloni, "I Fenici e le vie dei tonni", *Il Mare* 39-40 (1991), p. 9; R. Frienne – F. Mayet, "Cartographie critique des établissements de salaisons de poisson dans la péninsule Ibérique", in É. Rieth (ed.), *Méditerranée Antique. Pêche, navigation, commerce*, Paris 1998, pp. 33-57; E. García Vargas, "Pesca, sal y salazones en las ciudades fenicio-púnicas del sur de Iberia", in B. Costa – J. H. Fernández (eds.), *De la mar y de la tierra. Producciones y productos fenicio-púnicos. XV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (=TMAI, 47), Eivissa 2001, pp. 9-66; F. Chaves Tristán – E. García Vargas – E. Ferrer Albelda, "La economía del mar en el Sur de la Península Ibérica: épocas fenicio-púnica y romano-republicana", in *Atti del XIV Convegno di Studio "L'Africa Romana" (Sassari, 7-10 dicembre 2000)*, Sassari 2002, pp. 643-652.

¹⁷ Per gli scavi urbani cf. ad esempio L. Cardoso, "Les mammifères d'Abul" e C. Marques da Silva, "Les mollusques d'Abul A", in F. Mayet – C. Tavares da Silva, *Le site phénicien d'Abul (Portugal). Comptoir et sanctuaire*, Paris 2001, pp. 281-291 e 293-302; J. L. Cardoso, "Contribuição para o conhecimento da alimentação em contexto fenício. Estudo dos restos da Rocha Branca (Silves)", in A. A. Tavares (ed.), *Os Fenícios no território português*, Lisboa 1993, pp. 109-126. Anche i contesti funerari possono offrire interessanti indizi relativi al tema in esame: in epoca cartaginese, all'interno degli ipogei, erano spesso deposte offerte alimentari, anche in recipienti ceramici, cf. ad es. AA.VV., *30 ans au service du Patrimoine. De la Carthage des Phéniciens à la Carthage de Bourguiba*, Tunis 1986, p. 72; H. Benichou-Safar, *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*, Paris 1982, pp. 263-264.

¹⁸ J. C. Chamorro, "Campaña de flotación en el Castillo de Doña Blanca (P. S. Marfa, Cádiz). Método, muestreo y resultados", in *Arqueología medioambiental a través de los macrorrestos vegetales*, Madrid 1992; *Id.*, "Flotation Strategy: Method and Sampling Plant Dietary Resources of Tartessian Times at Doña Blanca", in E. Roselló – A. Morales (eds.), *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-500 B.C.)* (= BAR 593), Oxford 1994. Per un accurato esame dell'habitat e dei suoi riflessi sui processi alimentari cf. M. E. Aubet et alii, *Cerro del Villar – I*, Sevilla 1999, pp. 307-339.

¹⁹ R. Di Salvo, "La necropoli punica della Caserma Tuköry. Nota antropologica", in *Di terra in terra. Nuove scoperte archeologiche nella provincia di Palermo*, Palermo 1991, pp. 293-294; *Ead.*, "Analisi osteologica dei reperti scheletrici umani di Lilibeo", in C. A. Di Stefano (ed.), *Lilibeo punica*, Palermo 1993, pp. 57-59.

²⁰ Molto promettente sembra l'applicazione di analisi gascromatografiche sui recipienti fittili, sino ad ora scarsamente applicata sulle produzioni fenicie e puniche. Per il metodo cf. J. Condomin – F. Formenti, "Detection du contenu d'amphores antiques (huiles, vin). Étude méthodologique", *RArchéom* 2 (1978), pp. 43-58.

²¹ Fondamentale per questi aspetti è il lavoro di M. Bats, *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence* (v. 350-v. 50 av. J.-C.) (= *RArchNarb*, 18), Paris 1988.

²² Per quanto possibile si attingerà da un lotto di materiale inedito che la scrivente ha in corso di studio, proveniente dell'Area del Cronicario di Sant'Antioco. Si tratta di un unico deposito (US 500), costituito da una discarica urbana che andò ad occupare la cavità di una cisterna fenicia in seguito alla sua defunzionalizzazione avvenuta probabilmente nella prima età punica. Questo tipo di contesti, accompagnati spesso da resti di pasto, costituiscono osservatori privilegiati per il tema in esame. Per le forme non attestate nell'US 500 o comunque presenti in stato fortemente frammentario, si riporteranno forme già edite, dalla stessa area o da insediamenti limitrofi. I disegni dei reperti nn. 2, 13, 18, 21 e 22 sono stati realizzati da Laura Artisani dell'Istituto di studi sulle Civiltà italiche e del Mediterraneo antico del CNR, che ringrazio. I restanti disegni dall'US 500 sono a cura della scrivente.

²³ A. Rathje, "Il banchetto presso i Fenici", in *ACFP* II, pp. 1165-1168.

²⁴ Da ultimo A. Spanò Giammellaro, "L'alimentazione fenicia e punica", *cit.*

ze nei principali elementi nutritivi tra la Fenicia e l'Occidente e dal fatto che le procedure di conservazione e preparazione dei cibi dovevano essere sostanzialmente simili.

L'uomo fenicio si nutriva essenzialmente di cereali, quali grano, spelta, orzo e frumento, bolliti in acqua, spesso in associazione a legumi come lenticchie, fave, piselli e ceci. La preparazione di queste zuppe, antenate della *puls* romana²⁵, richiedeva cotture molto prolungate che dovevano avvenire nelle olle globulari monoansate note come «cooking pots» (fig. 3.1)²⁶, che rappresentano il tipico recipiente da cottura della fase arcaica nell'Occidente fenicio²⁷. Inizialmente realizzate a mano, vengono in seguito prodotte al tornio, sempre in un impasto molto ricco di grassante al fine di aumentare le capacità refrattarie dell'argilla, consentendo un prolungato contatto con il fuoco. L'imboccatura di questi recipienti era piuttosto stretta, per favorire il contenimento dei vapori di cottura, ma larga abbastanza da permettere il rimescolamento del contenuto; il fondo arrotondato, per esporre la maggiore superficie possibile al contatto con il calore secondo una caratteristica che perdurerà per l'intera produzione fenicia e poi punica, comportava l'adozione di supporti. In epoca arcaica non erano frequenti i coperchi la cui funzione era assolta dai piatti²⁸. Con il passare dei secoli le pentole aumentano di dimensioni, assumono un profilo più schiacciato e la bocca, più larga,

viene affiancata da due anse impostate prima verticalmente (fig. 3.2)²⁹, poi orizzontalmente sulla spalla (fig. 3.4)³⁰. Determinante, nell'evoluzione tipologica delle pentole, sarà l'influenza del vasellame greco che comportò l'adozione dei coperchi a pomello (fig. 3.6)³¹ cui si accompagna la comparsa della risega per il loro alloggiamento lungo l'orlo interno delle pentole (fig. 3.3)³². Nei coperchi vi è spesso un foro di sfiato al centro della presa (fig. 3.7)³³ per consentire una lenta e controllata fuoriuscita dei vapori di cottura. Anche il versatoio (fig. 3.5)³⁴ è un prestito dal mondo greco che può essere connesso con la fuoriuscita dei vapori³⁵; spesso il beccuccio si innesta su una parete forata in più punti, un vero e proprio filtro. In questo caso più che a zuppe di cereali esso potrebbe adattarsi alla preparazione di brodi di carne o pesce agevolando la separazione del nutriente liquido di governo dalla parte solida.

La seconda modalità di assunzione dei cereali era naturalmente il pane, antichissimo sistema di conservazione del cibo che permetteva di consumare i cereali in un arco di tempo piuttosto lungo, previo l'ammorbidimento in acqua o latte. Il pane più diffuso doveva essere una sorta di focaccia non lievitata, schiacciata e rotonda, cotta su una spiana fittile³⁶ o più spesso in un forno troncoconico o cilindrico collocato direttamente sul terreno. Il funzionamento di questo forno, noto come *tannūr* o *ṭābūn*, ci è noto attraverso paragoni

²⁵ G. Muffatti Musselli, «Per una storia dell'alimentazione povera in epoca romana. La *puls* nelle fonti letterarie, archeologiche, paleobotaniche», *RAComa* 170 (1988), pp. 269-288.

²⁶ Rielaborazione grafica di un *Cooking pot* a impasto dall'Area del Cronario di Sant'Antioco, databile tra la seconda metà dello VIII e la prima metà del VII sec. a.C., tratto da: P. Bartoloni, «S. Antioco: area del Cronario (campagne di scavo 1983-86). I recipienti chiusi d'uso domestico e commerciale», *RSF* 18 (1990), pp. 37-80, fig. 4, 164.

²⁷ Per la tipologia più diffusa in Oriente cf. I. Oggiano, «La ceramica fenicia di Sant'Imbenia (Alghero - SS)», in P. Bartoloni - L. Campanella (eds.), *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti. Atti del Primo Congresso Internazionale Sulcitano (Sant'Antioco, 19-21 settembre 1997)*, Roma 2000, p. 245. Cf. inoltre W. Culican, «The Repertoire of Phoenician Pottery», in H. G. Niemeyer (ed.), *Phönizier im Westen*, Mainz am Rhein 1982, pp. 71-73.

²⁸ In contesti di tipo abitativo è raro il rinvenimento di recipienti integri e/o in associazione funzionale. Per l'Occidente fenicio un apporto documentario molto consistente proviene dalle deposizioni rinvenute nei *tofet* dove olle e pentole di morfologia del tutto identica a quelle usate in contesti abitativi, provviste spesso dell'originaria copertura, erano deposte come cinerari.

²⁹ Pentola punica biansata dall'US 500 dell'Area del Cronario (CRON 307).

³⁰ Pentola tardo-punica dall'US 500 (CRON 724).

³¹ Coperchio tardo-punico, con presa a pomello, dall'US 500 (CRON 344).

³² Pentola punica dall'US 500 (CRON 740).

³³ Coperchio punico con foro di sfiato dall'US 500 (CRON 341).

³⁴ Pentola globulare di età punica con attacco dell'ansa sormontante e versatoio cilindrico con filtro a tre fori dall'US 500 (CRON 322).

³⁵ B. A. Sparkes - L. Talcott, *Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th Centuries B.C.* (= The Athenian Agora, 12), Princeton 1970, p. 225.

³⁶ P. Bartoloni, «Monte Sirai 1982. La necropoli (campagna 1982)», *RSF* 11 (1983), pp. 205-217.

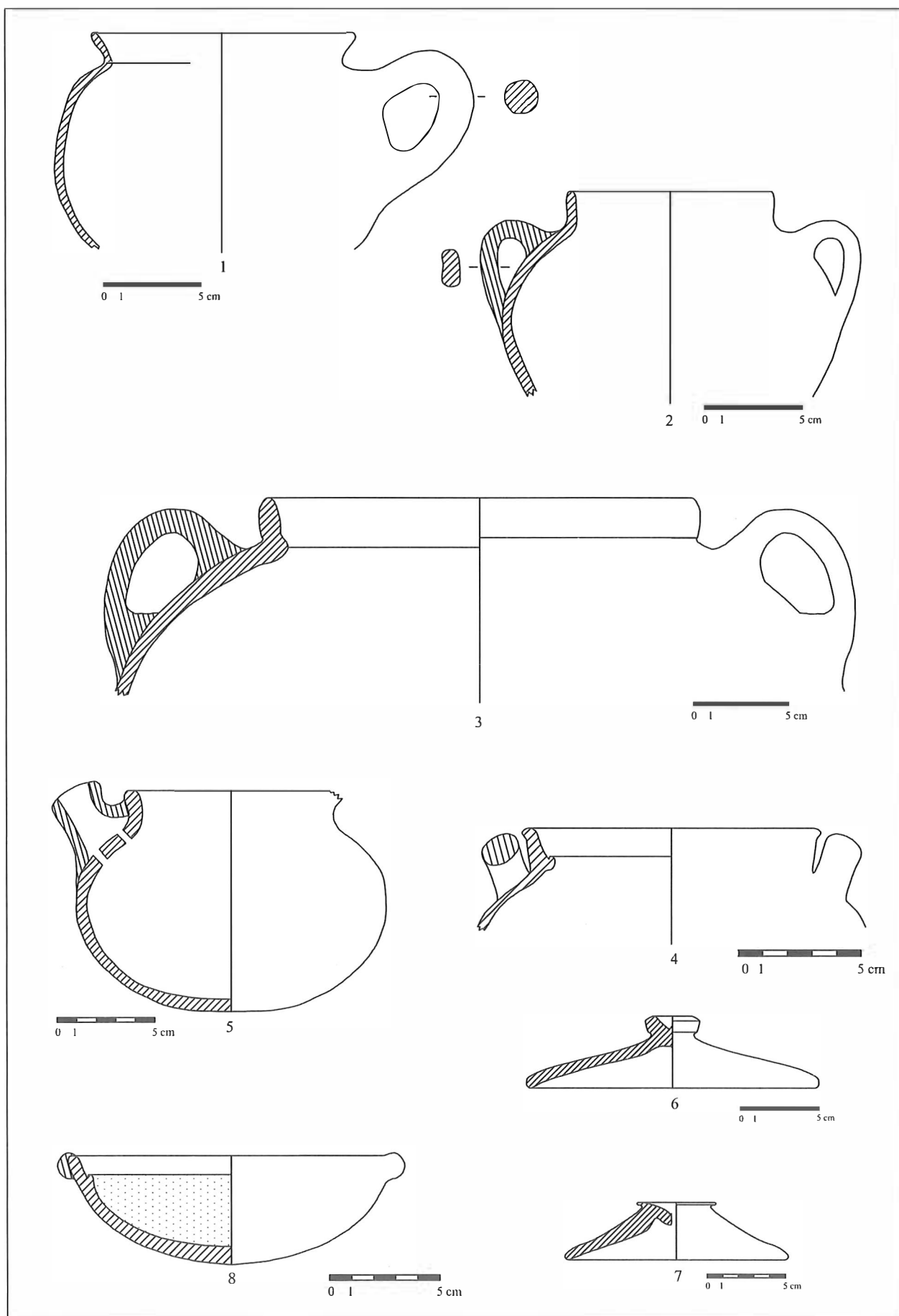


Figura 3
Fig. 3.1-3.8

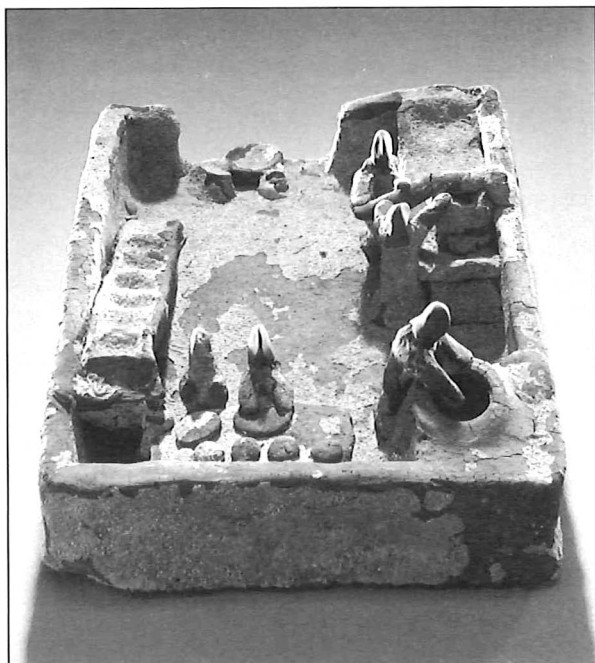


Figura 4-5

Modellino fittile dalla Collezione Shlomo Moussaieff (foto di Leonid Padrul - Eretz Israel Museum di Tel Aviv).

etnoarcheologici, fonti letterarie e, naturalmente, archeologiche³⁷. Un reperto, recentemente acquistato sul mercato antiquario, costituisce un interessante documento sull'intero processo produzione del pane (figg. 4-5)³⁸. In esso è riprodotto un ambiente³⁹, che ha l'aspetto di un vero e proprio «panificio» forse connesso ad una struttura palatina più che domestica⁴⁰, in cui cinque figure sono impegnate in diverse attività connesse alla panificazione: due sono intente alla macinazione dei cereali, altre due a spianare l'impasto che la quinta figura provvede a cuocere, inserendo i pani nel forno cilindrico. Le spiane erano fatte aderire alla superficie interna del forno e cuocevano per l'azione combinata prodotta dal surriscaldamento delle pareti della struttura e dall'aria calda sprigionata dal combustibile inserito al suo interno. Lungo uno dei lati del modellino fittile, accostato a quello che sembra essere uno sgabello, è visibile un grande recipiente circolare dove, forse, i cereali erano fatti macerare oppure nel quale la farina era impastata con l'acqua⁴¹.

Sempre a proposito del pane va ricordato che nei testi biblici vi è la frequente menzione di focacce impastate con olio, oppure dolcificate con miele e frutta secca (fichi, datteri, uva passa) o ancora impresse con l'immagine della dea Astarte e offerte alla divinità, secondo una modalità che sembra essere attestata anche successivamente in Occidente dai numerosi stampi fittili decorati⁴². Per la cottura di schiacciate o dolci potevano essere usate basse teglie⁴³ o piatti/vassoi, di diametro assai variabile, recanti

³⁷ Cf. da ultimo L. Campanella, "Nota su un tipo di forno fenicio e punico", *RSF* 29 (2001), pp. 231-239; *Ead.*, "Un forno per il pane da Nora", *QuadCagliari* 18 (2001), pp. 115-123; *Ead.*, "Dal *tannūr* al κλίβανος: considerazioni sul pane *syriaci genus* (Fest. 142M)", in *ACFPV*, c.d.s.

³⁸ Il modellino fittile, descritto come rinvenimento subacqueo dalle acque di Tiro e datato su basi stilistiche al VII sec. a.C., è attualmente parte della Collezione Shlomo Moussaieff di Londra, ed è stato esibito in occasione della mostra "The Corn Spirit" nell'Eretz Israel Museum (I. Ziffer – C. Sorek, *The Corn Spirit*, Tel Aviv 2002). Recentemente è stato edito da Rafael Frankel (R. Frankel, "The Olynthus Mill, Its Origin, and Diffusion: Typology and Distribution", *AJA* 107 (2003), pp. 1-21, fig. 9) che ne ha riconosciuto l'attestazione della macina nota come «Olynthus Mill». Sono estremamente grata a Rafael Frankel e Irit Ziffer per la generosa e proficua collaborazione; un ringraziamento va anche a Leonid Padrul dell'Eretz Israel Museum di Tel Aviv che mi ha cortesemente autorizzato a pubblicare le sue fotografie del reperto.

³⁹ Lungo uno dei lati è raffigurata la scala di accesso ad un piano superiore.

⁴⁰ La panificazione resta a lungo un'attività prettamente domestica e solo presso le corti regali, o forse i templi, dovevano esistere figure assimilabili a cuochi di professione. Anche nel mondo romano la figura del *pistor*, secondo Plinio (*Nat. Hist.*, XVIII 107), si affermerà tardi, agli inizi del II sec. a.C.

⁴¹ Si tratta di un'ipotesi formulata dalla sola osservazione delle fotografie.

⁴² A. Spanò Giammellaro, "L'alimentazione fenicia e punica", *cit.* Sugli stampi cf. da ultimo P. Mattazzi, *Le matrici fittili decorate di cultura punica in Sardegna*, Roma 1999.

⁴³ V. M. Guerrero, "La vajilla púnica de usos culinarios", *RSF* 23 (1995), pp. 61-99, serie III (*baking pan*).

sul fondo esterno fori non passanti la cui funzione era verosimilmente di favorire il surriscaldamento uniforme del recipiente⁴⁴.

Tornando al vasellame da fuoco, la seconda forma più rappresentata è il tegame, a fondo arrotondato, attestato in numerosissime varietà dimensionali (fig. 3.8)⁴⁵. Si tratta di un recipiente più specificamente utilizzato nella cottura di alimenti solidi, in presenza di olio⁴⁶. Le sue pareti interne recano frequentemente uno spesso strato di engobbio che ha la funzione di vero e proprio rivestimento «antiaderente»; l'adesione dei cibi al fondo era inoltre scongiurata dalla costante presenza del coperchio, testimoniato dal battente per la sua posa.

Il consumo dei cibi avveniva nei piatti e nelle scodelle, accompagnati dalle coppe per le bevande (fig. 6.9)⁴⁷. Osservando l'evoluzione morfologica dei piatti sembra possibile individuare un graduale passaggio da alimenti più liquidi, brodosi, serviti in piatti arcaici con bordi estremamente ridotti e ampia cavità, a cibi più solidi, forse ad indicare un graduale incremento nella dieta di proteine nobili derivanti da carne e pesce. Alimenti carnei, soprattutto nelle fasi più antiche, dovevano essere piuttosto rari nella dieta giornaliera⁴⁸, ed il loro consumo prevalentemente legato ad occasioni particolari quali sacrifici o giorni di festa⁴⁹. Nel VII sec. a.C. i piatti hanno tesa sviluppata e vasca meno ca-

piante (fig. 6.10)⁵⁰ mentre in età punica prevale il tipo con ampia tesa, più o meno orizzontale, e ridotta ombelicatura centrale (fig. 6.11)⁵¹ fino ad arrivare all'assoluto predominio, in età ellenistica, del cosiddetto «piatto da pesce» (fig. 6.12)⁵², caratterizzato da orlo pendulo, tesa obliqua, piccola cavità al centro della vasca⁵³. Esso deve il suo nome ad esemplari greci, di forma simile, prodotti nella tecnica a figure rosse con figurazione di varie specie ittiche commestibili attorno alla depressione centrale ed interpretati come piatti per servire pesce accompagnato da salse o sughi contenuti nell'incavo centrale.

Le bevande presenti in tavola, prima fra tutte l'acqua naturalmente, erano contenute in brocche a bocca circolare (fig. 6.16)⁵⁴ o ancor meglio dotate di versatoio per un più agevole travaso del liquido (fig. 6.17)⁵⁵. Tra le bevande aveva certamente grande rilievo nutritivo il latte, anche se la rapidità con cui, allo stato liquido, doveva essere soggetto a contaminazione da parte di microorganismi fa presupporre una sua frequente trasformazione in yogurt⁵⁶, con l'aggiunta di aceto o di latte acidificato dalla presenza di batteri acidofili, alimento ancora oggi diffusissimo nelle regioni calde. Il formaggio, altro sistema conservazione del latte, richiedeva l'abbattimento di animali giovani per l'estrazione del caglio dagli intestini e non doveva quindi essere un alimento troppo comune⁵⁷. Un ruolo

⁴⁴ Un esemplare integro proviene da Lachish, cf. O. Tufnell – C. H. Inge – L. Harding, *Lachish II*, Oxford 1940, p. 39, tavv. LIV A e B, n. 338. Per un recente riesame complessivo della forma, attestata in Occidente a Cartagine, Nora e nella Penisola Iberica, cf. M. Botto, "I rapporti fra le colonie fenicie di Sardegna e la Penisola Iberica attraverso lo studio della documentazione ceramica", *AION ArchStAnt* n.s. 7 (2000), pp. 25-42.

⁴⁵ Tegame punico a fondo convesso, con prese contrapposte e risega per la posa del coperchio, dall'US 500 (CRON 216). Engobbio rosso nella vasca.

⁴⁶ G. Pucci, "Il fritto nel mondo greco", in O. Longo – P. Scarpi (eds.), *Homo Edens. Regimi, miti e pratiche dell'alimentazione nella civiltà del Mediterraneo*, cit., pp. 45-48.

⁴⁷ Coppa punica con orlo estroflesso dall'US 500 (CRON 478).

⁴⁸ L. Milano, "Alimentazione e regimi alimentari nella Siria preclassica", *Dda* 3 (1981), pp. 85-121; M. L. Uberti, "Qualche nota sull'alimentazione fenicia e punica: i principali costituenti energetici", cit.

⁴⁹ Lo squilibrio nutrizionale dell'alimentazione quotidiana, a base di cereali e legumi, integrata stagionalmente da frutta e verdura, appare evidente dai deficit nutrizionali riscontrati nelle analisi osteologiche condotte sui resti dei defunti, cf. i contributi a cura di R. Di Salvo in nota 19.

⁵⁰ Piatto fenicio con superficie superiore rivestita di engobbio rosso dall'US 500 (CRON 107).

⁵¹ Piatto punico dall'US 500 (CRON 96).

⁵² Rielaborazione grafica di un piatto «da pesce» proveniente dal *tofer* di Monte Sirai e databile tra metà III e metà II sec. a.C., tratto da P. Bartoloni, "Monte Sirai 1981. La ceramica del tofer", *RSF* 10 (1982), pp. 283-290, fig. 3, a.

⁵³ Per un riesame complessivo della forma cf. da ultimo L. Campanella, *Ceramica punica di età ellenistica da Monte Sirai*, Roma 1999, pp. 50-52.

⁵⁴ Brocca punica dall'US 500 (CRON 907).

⁵⁵ Brocca fenicia arcaica dall'US 500 (CRON 321).

⁵⁶ Numerosi sono nella Bibbia i riferimenti a «latte acido» (cf. ad es. Gn 18, 8; Giud 5, 25; II Sam 17, 29).

⁵⁷ R. Zito, "Biochimica nutrizionale degli alimenti liquidi", in L. Milano (ed.), *Drinking in Ancient Societies: History and Culture of Drinks in the Ancient Near East. Papers of a Symposium held in Rome (May 17-19 1990)*, Padova 1994, pp. 69-75.

particolare svolgeva infine il vino⁵⁸, certamente diffuso ma legato a momenti di non comune commensalità come banchetti o libagioni funebri. Esso non doveva rappresentare un alimento quotidiano, anche perché - al contrario della birra - peraltro assai meno diffusa nel mondo fenicio e punico⁵⁹, risultava pressoché privo di nutrienti⁶⁰. Il suo apprezzamento era più legato all'ebbrezza che poteva provocare e alla sua caratteristica di prodotto di grande pregio, inserito in circuiti commerciali d'élite ai quali si associa l'introduzione di nuove forme vascolari, di «mode» e rituali conviviali, ricchissimi di conseguenze sul piano economico e sociale⁶¹. La preziosa bevanda doveva essere di preferenza servita in vasi potori simposiaci di pregio, come certamente erano quelli d'importazione greca ed etrusca rinvenuti nei contesti fenici e punici, oppure in recipienti di produzione fenicia e punica che imitavano tipologie allogene. Una forma che studi recenti hanno permesso di associare al consumo rituale del vino è la coppa-tripode (fig. 6.14)⁶² usata nella macinazione di spezie o aromi aggiunti alla bevanda nel corso della sua degustazione⁶³.

Parte del servizio «da tavola»⁶⁴ dovevano

essere le piccole coppe ad orlo rientrante (fig. 6.13)⁶⁵ molto diffuse in età ellenistica e adatte al contenimento di salse e intingoli, forse a conferma di un incremento nella dieta di alimenti carnei. Grandi recipienti a tesa pronunciata (fig. 7.20)⁶⁶, anche su alto piede, dovevano contenere i cibi prima del loro sporzionamento. In età fenicia, così come in epoca cartaginese, la costante presenza di tipologie di piatti di diametro ridotto farebbe pensare ad un prevalente consumo individuale del cibo, contrariamente a quanto attestato in periodi storici successivi.

La conservazione del cibo doveva costituire un aspetto di grande rilievo, soprattutto in regioni calde come quelle interessate in genere dalla presenza fenicia e punica. Una consistente parte della documentazione non ci è probabilmente giunta perché costituita da materiale deperibile, basti pensare a cesti in vimini, suppellettili e utensili lignei, otri, sacchi di stoffa. Lo stoccaggio dei cereali doveva avvenire, secondo una modalità molto diffusa in Oriente, in silos ottenuti scavando una cavità nel suolo⁶⁷, oppure all'interno di grandi recipienti ceramici come i doli, inter-

⁵⁸ Nell'ambito della vasta bibliografia sul vino fenicio si segnalano in particolare D. Ruiz Mata, "El Vino en época Prerromana en Andalucía Occidental", in S. Celestino Pérez (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera 1995, pp. 157-212; J. A. Greene, "The Beginnings of Grape Cultivation and Wine Production in Phoenician/Punic North Africa", in P. E. McGovern - S. J. Fleming - S. H. Katz (eds.), *The Origins and Ancient History of Wine*, Amsterdam 1996, pp. 311-322; J.-P. Morel, "Que buvaient les Carthaginois?", in *El Vi a l'antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani Occidental. Actes (Badalona 6-9 maig de 1998)*, Badalona 1998, pp. 29-38; A. Spanò Giammellaro, "Il vino nel mondo fenicio-punico", in D. Tomasi - C. Cremonesi (eds.), *L'avventura del vino nel Bacino del Mediterraneo. Itinerari storici ed archeologici prima e dopo Roma. Simposio internazionale (Conegliano, 30 settembre - 2 ottobre 1998)*, Conegliano 2000, pp. 45-69; J.-Á. Zamora, *La vid y el vino en Ugarit*, Madrid 2000.

⁵⁹ L. Milano, "Vino e birra in Oriente. Confini geografici e confini culturali", in L. Milano (ed.), *Drinking in Ancient Societies*, cit., pp. 421-440.

⁶⁰ R. Zito, "Biochimica nutrizionale degli alimenti liquidi", cit., p. 73.

⁶¹ L'argomento, appena accennato in quanto esula dal tema centrale di questo contributo, è stato ampiamente indagato per l'area etrusco-laziale da M. Botto in diversi contributi tra cui si ricordano "Considerazioni sul commercio fenicio nel Tirreno nell'VIII e nel VII secolo a.C." e "Considerazioni sul commercio fenicio nel Tirreno nell'VIII e nel VII secolo a.C. II. Le anfore da trasporto nei contesti indigeni del *Latium Vetus*", *AION ArchStAnt* 11 e 12 (1989 e 1990), pp. 233-251 e pp. 199-215; *Id.*, "Influssi orientali nei contesti funerari orientalizzanti del *Latium Vetus*", in A. González Prats (ed.), *El mundo funerario. III Seminario Internacional sobre Temas Fenicio (Alicante 3-5 mayo 2002)*, c.d.s.

⁶² Rielaborazione grafica di una coppa tripode di età fenicia dall'Area del Cronicario, tratta da P. Bernardini, "S. Antioco: area del Cronicario (campagne di scavo 1983-86). La ceramica fenicia: forme aperte", *RSF* 18 (1990), pp. 81-98, fig. 6, b.

⁶³ M. Botto, "Tripodi siriani e tripodi fenici dal *Latium Vetus* e dall'Etruria meridionale", in P. Bartoloni - L. Campanella (eds.), *La ceramica fenicia di Sardegna*, cit., pp. 63-98.

⁶⁴ In realtà, ad eccezione di banchetti o pasti rituali, è probabile che si mangiasse in terra, su stuoie o tappeti (A. Spanò, "L'alimentazione fenicia e punica", cit., pp. 67-68).

⁶⁵ Coppetta di età ellenistica dall'US 500 (CRON 620).

⁶⁶ Grande recipiente «da portata» di età ellenistica dall'US 500 (CRON 413).

⁶⁷ Numerosi silos, ottenuti scavando la roccia o il paleosuolo, sono stati individuati nell'abitato arcaico di Mozia, cf. M. L. Famà (ed.), *Mozia. Gli scavi nella "Zona A" dell'abitato*, Bari 2002, pp. 63-66. Un silos è stato individuato anche nell'area del Cronicario in prossimità della cisterna contenente l'US 500, cf. P. Bernardini, "I Fenici nel Sulcis: la necropoli di San Giorgio di Portoscuso e l'insediamento del Cronicario di Sant'Antioco", in P. Bartoloni - L. Campanella (eds.), *La ceramica fenicia di Sardegna*, cit., pp. 29-56. Per l'Oriente cf. I. Milevski, "Nota sobre sistemas de almacenamiento en Palestina y el Próximo Oriente", *AuOr* 10 (1992), pp. 69-85.

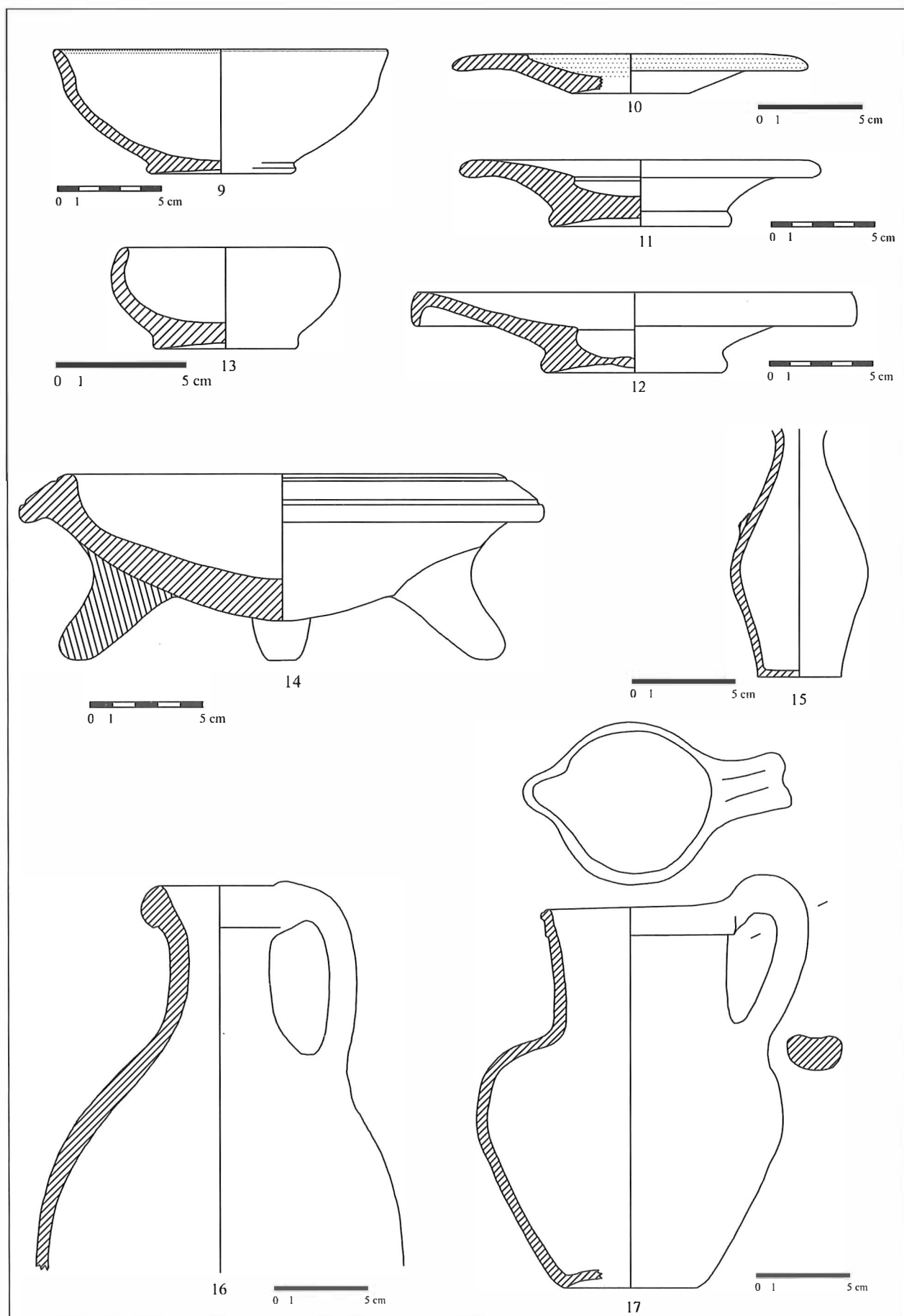


Figura 6
Fig. 6.9- 6.17

rati nel suolo. Le piccole riserve domestiche di olio o di cibi in salamoia potevano essere conservate in brocche ad orlo circolare e in anforette «da tavola» o in recipienti di maggiori dimensioni dai quali si attingeva per mezzo di brocchette monoansate (*dipper*) (fig. 6.15)⁶⁸. Un ampio recipiente da conservazione molto diffuso, in particolare nella Penisola Iberica, è inoltre il *pithos* a due, tre o quattro anse, spesso interessato da una decorazione policroma⁶⁹.

Le anfore rappresentano il contenitore destinato per eccellenza alla conservazione, in specie per il trasporto marittimo degli alimenti⁷⁰ (fig. 7.21)⁷¹. Il loro utilizzo era però assai diffuso anche in ambito domestico dove erano adibite alla raccolta di acqua potabile e allo stoccaggio di alimenti⁷². Un recente rinvenimento olbiese relativo ad un ambiente seminterrato in uso tra il IV sec. a.C. e i primi del III sec. a.C. offre dati di grande interesse⁷³. Le ridotte dimensioni del sondaggio urbano non hanno permesso di ricostruire il tessuto urbanistico immediatamente contiguo ma gli scavatori ipotizzano che l'ambiente possa essere interpretato come «magazzino, forse anche con funzioni di retrobottega di merci destinate alla vendita al minuto»⁷⁴. Al suo interno è stata rinvenuta un'anfora punica a siluro (tipo Bartoloni D⁷⁵), ancora provvista del tappo in argilla e contenente i resti di oltre trecento zeri

(*Centracanthus cirrus* e *Maena smaris*), cioè pesci commestibili di piccole dimensioni assai diffusi in Sardegna; un secondo recipiente conteneva cefali dorati (*Mugil auratus*)⁷⁶. L'analisi dei resti ittici⁷⁷ ha permesso di risalire alla stagione di morte degli individui che coinciderebbe con il periodo di riproduzione e con il conseguente avvicinamento delle specie alle coste. I pesci, posti nei contenitori interi e completi delle squame, erano probabilmente conservati sotto sale; uno strato di frammenti di pareti di anfora, assieme ad argilla e forse a foglie o tessuto, comprimeva gli alimenti prima del tappo finale. Dallo stesso contesto provengono anche resti ittici relativi a prodotti che forse erano freschi al momento della distruzione del magazzino: molluschi commestibili rinvenuti con le valve ancora chiuse, ricci di mare, un'orata (*Sparus auratus*). Assieme agli alimenti descritti erano anche resti di animali, in prevalenza ovicapri e, in misura minore, suini e bovini, recanti segni evidenti di taglio e macellazione⁷⁸. Tra gli uccelli sono attestati resti di pollo e di un anatide da identificarsi forse con il germano reale⁷⁹.

Un settore della ricerca in grado di offrire dati utili alla ricostruzione dell'alimentazione fenicia è quello dell'archeologia subacquea. Le particolari condizioni ambientali permettono infatti di recuperare recipienti integri e spesso provvisti del loro contenuto

⁶⁸ Brocchetta punica dall'US 500 (CRON 927).

⁶⁹ H. Schubart – G. Maass-Lindemann, "Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del Río de Vélez. Excavaciones de 1971", *NaHisp* 18 (1984), pp. 74-78; G. Maass-Lindemann, "Vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España. Su procedencia y posición dentro del mundo fenicio occidental", in G. del Olmo – M. E. Aubet, *Los Fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell 1986, pp. 235-237; D. Ruiz Mata, "Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)", *ibid.*, pp. 254-257; J. A. Martín Ruiz, *Catálogo documental de los Fenicios en Andalucía*, Sevilla 1995, pp. 119-120.

⁷⁰ P. Bartoloni, s. v. "I contenitori per il trasporto delle merci in Egitto, nel Vicino-Oriente e nel mondo fenicio", in *Il mondo dell'archeologia. Treccani 2000*, Roma 2002, pp. 603-605.

⁷¹ Anfora da trasporto punica dall'US 500 (CRON 30).

⁷² Un recente scavo di Olbia (cf. *infra*) ha attestato un forte riutilizzo dei contenitori ceramici in ambito domestico. Le anfore da trasporto, in particolare, dopo una accidentata rottura, potevano essere recuperate tagliandone il fondo, usato come recipiente aperto, o il collo, come supporto. Per il mondo punico va incidentalmente ricordato l'uso di inumare i fanciulli all'interno di anfore da trasporto, tagliate allo scopo.

⁷³ P. Cavaliere – R. D'Orlando – F. Manconi – A. Sanciù – B. Wilkens, "Olbia punica: intervento di scavo in via delle Terme", *RSP* 1 (2000), pp. 5-99 (di seguito citato come "Olbia punica").

⁷⁴ A. Sanciù, "Lo scavo", in *Olbia punica*, p. 9.

⁷⁵ P. Bartoloni, *Le anfore fenicie e puniche di Sardegna*, Roma 1988.

⁷⁶ P. Cavaliere, "Le anfore puniche", in *Olbia punica*, pp. 47-74; *Ead.*, "Anfore puniche utilizzate come contenitori di pesce. Un esempio olbiese", *MEFRA* 112 (2000), pp. 67-72.

⁷⁷ B. Wilkens, "I resti ittici dal magazzino del IV-III sec. a.C. di Olbia", in *Olbia punica*, pp. 81-92; F. Delussu – B. Wilkens, "Le conserve di pesce. Alcuni dati da contesti italiani", *MEFRA* 112 (2000), pp. 53-65.

⁷⁸ F. Manconi, "I resti animali di via delle Terme (Olbia)", in *Olbia punica*, pp. 93-99.

⁷⁹ A. Sanciù, "Lo scavo", in *Olbia punica*, pp. 9-10.

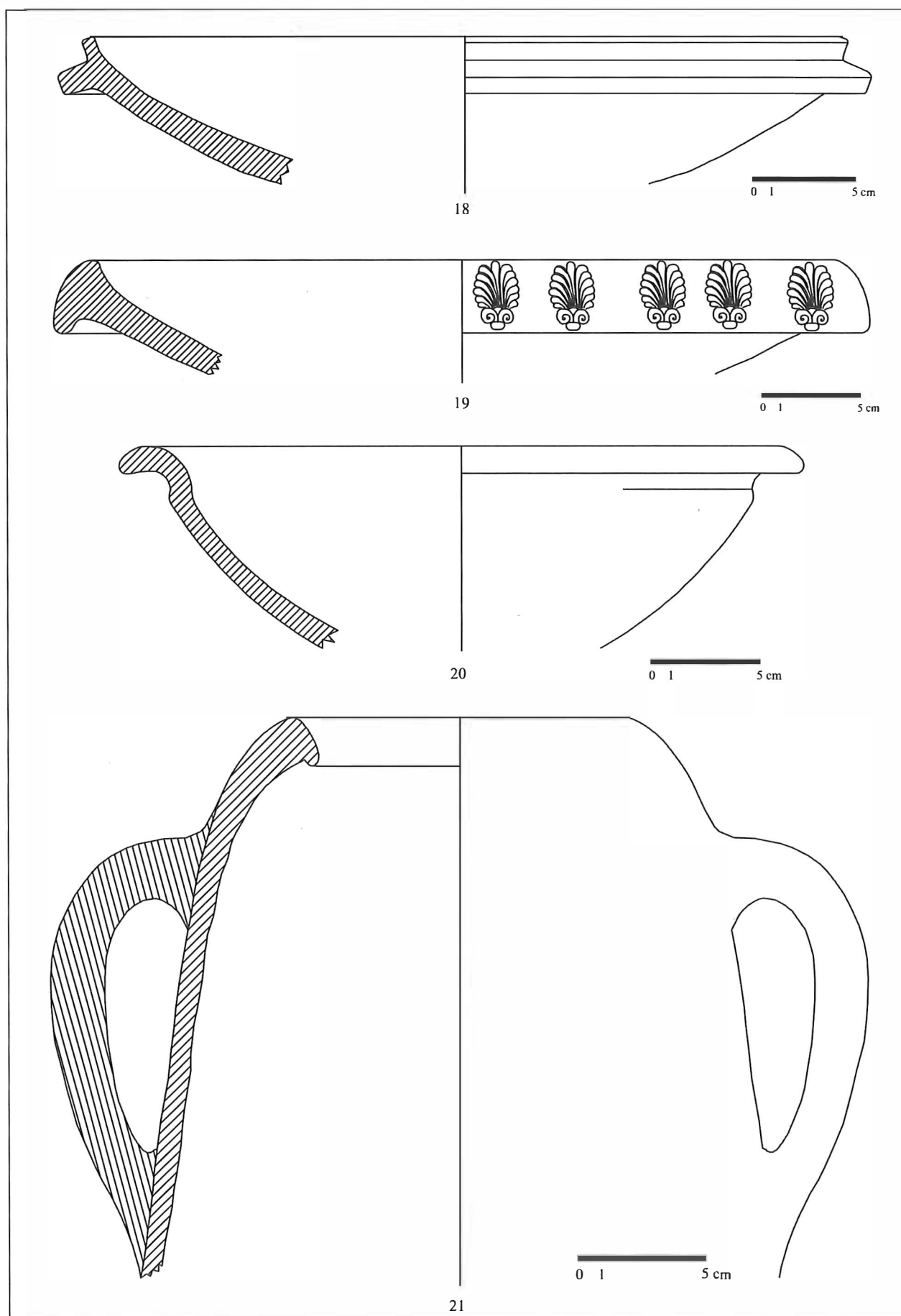


Figura 7
Fig. 7.18-7.21

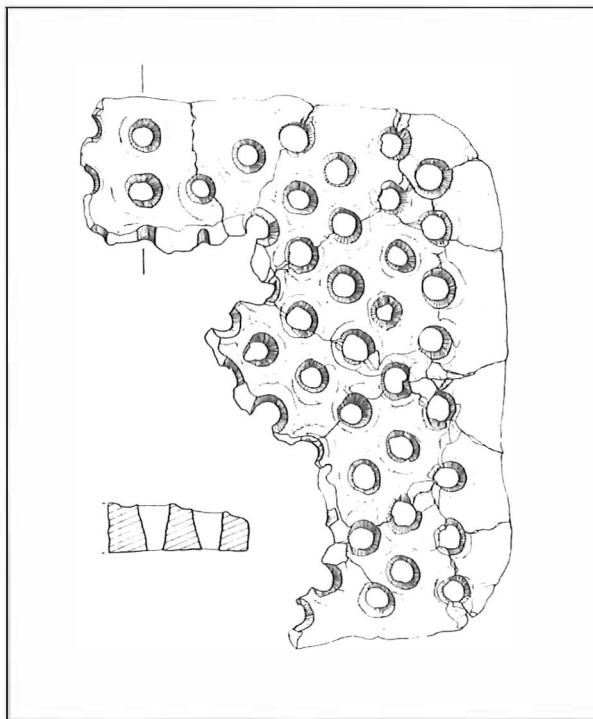


Figura 8

Griglia fittile da Mozia (M. L. Famà (ed.), *Mozia. Gli scavi nella "Zona A" dell'abitato*, Marsala 2002, p. 63, fig. 71).

originario⁸⁰ costituito da pesci interi o macerati nel celebre *garum*⁸¹, carni ovine, bovine, suine, olive, nocciole. Di particolare interesse, per i metodi di conservazione dei cibi, sono ad esempio le analisi effettuate sul contenuto di alcune anfore fenicie e puniche recuperate a Nora da M. Cassien tra il 1978 e il 1980⁸². I resti degli animali, per lo più ovini in tenera età (agnelli), ma anche montoni e bovini (in un caso sembra trattarsi di un esemplare di

zebù, bovide di origina africana), erano macellati in pezzi di dimensioni adatte al loro passaggio attraverso la stretta imboccatura delle anfore. I tagli, effettuati con una mannaia o un grosso coltello, appaiono finalizzati all'ottenimento delle parti migliori e più adatte al consumo. Le porzioni potevano essere conservate sotto sale ma anche essiccate e/o affumicate. Questi procedimenti di disidratazione sono infatti spesso utilizzati in associazione e il loro scopo è di rendere inattivi i microrganismi grazie alle proprietà antisettiche e antiossidanti dell'affumicatura. Un altro sistema di conservazione all'interno di un contenitore è l'immersione degli alimenti in sostanze grasse, come l'olio, così da creare un ambiente privo di ossigeno nel quale non possano proliferare i batteri. Il rinvenimento di vinaccioli e frustoli carboniosi in associazione con i resti animali ha fatto ipotizzare, per le anfore norensi, un ulteriore procedimento, costituito dall'inserimento nell'anfora di pezzi di carne essiccata, forse cosparsa di cenere, assieme ad acini d'uva che, fermentando, avrebbero provocato la sterilizzazione del contenuto⁸³. Problematica resta l'individuazione di un nesso tra la tipologia, l'eventuale presenza di un rivestimento impermeabilizzante sulla superficie interna delle pareti dei recipienti, ed il contenuto delle anfore⁸⁴; tuttavia sembra ormai indubbia una assiduità dell'associazione *resinagarum* supportata, oltre che dalle fonti letterarie, anche da indizi di natura epigrafica⁸⁵.

⁸⁰ Per una sintesi dei rinvenimenti nel Mediterraneo centro-occidentale, cf. J. Ramón, *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, cit., pp. 264-266 e il relativo apparato bibliografico. Per la Sardegna cf. anche F. Fanari, "Ritrovamenti archeologici nello stagno di Santa Giusta (OR)", *QuadCagliari* 5 (1988), pp. 97-108 e *Id.*, "Un'anfora contenente resina proveniente dal mare di Sucis", *QuadCagliari* 10 (1993), pp. 81-91.

⁸¹ La bibliografia sulle preparazioni di pesce, soprattutto per quanto riguarda il modo classico, è vastissima, cf. M. Ponsich – M. Tarradell, *Garum et industries antiquae de la salaison dans les Méditerranéens occidentales*, Paris 1965; M. Ponsich, *Aceite de oliva y salazonas de pescado. Factores geo-económicos de Betica y Tingitana*, Madrid 1988; da ultimo N. Desse-Berset – J. Desse, "Salsamenta, garum et autres préparations de poissons. Ce qu'en disent les os", *MEFRA* 112 (2000), pp. 73-97.

⁸² F. Poplin, "Les ossements animaux des amphores puniques de Nora", in M. Cassien, *Campagne des sauvetages 1980 sur les sites sous-mari de Nora-Pula* (volume ciclostilato depositato presso la Soprintendenza Archeologica di Cagliari e Oristano), Paris 1980, pp. 76-97.

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ Sulla superficie interna degli esemplari olbiesi e norensi ricordati non era presente pece o resina (che peraltro generalmente si preserva con difficoltà negli scavi terrestri). Va considerato che la versatilità delle anfore rende complessa, e forse irrisolvibile, la questione: le anfore olbiesi contenenti il pesce, ad esempio, sono di probabile produzione tharrense, ed erano verosimilmente state riutilizzate per l'immagazzinamento di alimenti una volta espletata la loro funzione primaria di contenitori da trasporto (P. Cavaliere, "Le anfore puniche", cit.). Suggestiva ma, come sottolineato dall'autrice, indimostrabile è inoltre la possibilità di una connessione tra le impressioni di valve di conchiglia presenti sulle anse di alcune anfore olbiesi e l'originario contenuto dei recipienti (*ibid.*); una connessione considerata peraltro attendibile per i bolli impressi raffiguranti tonni e uomini intenti allo stoccaggio del pescato presenti sulle anfore iberiche T-9.1.1.1. (J. Ramón, *Las ánforas fenicio-púnicas*, cit., pp. 226-227, fig. 223).

⁸⁵ J. Ramón, *Las ánforas fenicio-púnicas*, cit., p. 265.

La preparazione quotidiana dei cibi, come del resto la loro cottura, doveva essere operata - soprattutto dalle donne⁸⁶ - nel cortile delle abitazioni, dove spesso era presente il forno da pane. Non è infatti sempre individuabile un vano adibito a cucina quale lo intendiamo oggi⁸⁷ e la definizione degli spazi risulta in questo senso spesso problematica, agevolata solo da un eventuale rinvenimento di focolari o *instrumenta* ad essi connessi come griglie fittili per arrostiti (fig. 8) o supporti. Le forme destinate per eccellenza alla preparazione dei cibi sono i bacini⁸⁸ (fig. 7.19)⁸⁹ e i mortai-tripode in terracotta in cui i cibi erano lavati, sminuzzati, o impastati⁹⁰. Entrambi si caratterizzano per la capienza e robustezza della vasca, le cui pareti - assai spesse - erano realizzate in un impasto simile a quello da fuoco. La necessaria stabilità era garantita nei bacini da un'ampia base di appoggio e nei tripodi dai piedi robusti impostati senza soluzione di continuità con l'orlo. Una costante, nei bacini, è la presenza di un orlo esternamente ingrossato o di una vera e propria tesa orizzontale o pendula (fig. 7.18)⁹¹ atta al trasporto dei vasi che, a causa del loro peso, non potevano essere maneggiati con delle semplici anse applicate.

In conclusione si vuole portare l'attenzione sullo straordinario ruolo che sembra essere stato svolto dai Fenici nella diffusione di alcuni alimenti che sono ormai comunemente ritenuti alla base dell'alimentazione mediterranea. Si tratta della celebre «triade mediterranea», cioè il grano, l'olivo, la vite, componenti primari nell'alimentazione Mediterranea dai tempi antichi⁹² sino ad oggi. Il successo dei tre alimenti-base deriva dal valore nutritivo⁹³ unito alla loro conservabilità. Se nella diffusione della domesticazione della vite e dell'olivo e nella trasmissione dei relativi processi produttivi⁹⁴ sembra esserci un consenso quasi unanime tra gli studiosi riguardo ad una loro connessione con il processo di colonizzazione fenicio⁹⁵, per il pane si intende solo in realtà attirare l'attenzione su una analogia di diffusione nel Mediterraneo occidentale, anche al di fuori dell'ecumene punica, di un modo di cuocere il pane tipicamente orientale⁹⁶. Dispositivi che sembrano avvalersi del medesimo sistema di cottura attuato nel *tannūr* sono stati infatti rinvenuti in Grecia⁹⁷ e in Etruria⁹⁸ e nel mondo romano il forno descritto sembra identificabile con il *clibanus*, citato spesso nelle fonti, nel quale, secondo la definizione data da Pompeo Festo, era cotto il *panis Syriaci genus*⁹⁹.

⁸⁶ Sul ruolo femminile nella panificazione cf. L. Campanella, "Dal *tannūr* al κλίβανος", *cit.*

⁸⁷ M. Fantar, *Kerkouane. Cité punique du Cap Bon. II. Architecture domestique*, Tunis 1985, pp. 153-156.

⁸⁸ Un recente riesame della forma in V. Bellelli - M. Botto, "I bacini di tipo fenicio-cipriota: considerazioni sulla diffusione di una forma ceramica nell'Italia medio-tirrenica nel periodo compreso fra il VII e il VI sec. a.C.", in *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'Età del Bronzo finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici (Sassari - Alghero - Oristano - Torralba, 13-17 ottobre 1998)*, Roma 2002, pp. 277-307. Per un esame funzionale della forma nel mondo classico, cf. P. Matteucci, "L'uso dei mortai di terracotta nell'alimentazione antica", *StC/O* 36 (1986), pp. 239-277.

⁸⁹ Bacino di età ellenistica dall'US 500 (CRON 397) con decorazione a palmette impressa lungo l'orlo.

⁹⁰ Per la triturazione di alimenti più compatti doveva essere adoperato il mortaio-tripode in pietra, cf. M. Botto, "Tripodi siriani e tripodi fenici dal *Latium Vetus* e dall'Etruria meridionale", *cit.*, p. 67. Per esemplari litici di tipologia diversa, cf. M. Fantar, *Kerkouane*, *cit.*, pp. 160-161.

⁹¹ Bacino punico a tesa dall'US 500 (CRON 456).

⁹² J. L. López Castro, "El trigo, la vid y el olivo: la triada mediterránea entre fenicios y cartagineses", in C. San Martín - M. Ramos (eds.), *Con Pan, Aceite y Vino... La triada mediterránea a través de la historia. Catálogo de la exposición*, Granada 1998, pp. 37-52. AA.VV., *Alimentos sagrados. Pan vino y aceite en el Mediterráneo antiguo*, Barcelona 2001.

⁹³ Per la vite se è vero che, come abbiamo visto, il potere nutritivo della bevanda non era apprezzabile, l'uva essiccata costituiva un alimento estremamente energetico.

⁹⁴ Le infrastrutture per la produzione di olio e vino sono molto simili e spesso vengono esaminate insieme, cf. R. Frankel, *Wine and Oil Production in Antiquity in Israel and Other Mediterranean Countries*, Sheffield 1999.

⁹⁵ Oltre ai contributi già citati in nota 58 cf. anche S. Hadjisavvas, *Olive oil processing in Cyprus, from the Bronze Age to the Byzantine period* (= *SMA* 99), Nicosia 1992; M. Heltzer, "Olive Oil and Wine Production in Phoenicia and in the Mediterranean Trade", in M.-C. Amouretti - J.-P. Brun (eds.), *La production du vin et de l'huile en Méditerranée*, *cit.*, pp. 49-54; V. M. Guerrero Ayuso, "El Vino en la Protohistoria del Mediterráneo occidental", in S. Celestino Pérez (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, *cit.*, pp. 73-104.

⁹⁶ L. Campanella, "Dal *tannūr* al κλίβανος", *cit.*

⁹⁷ B. A. Sparkes - L. Talcott, *Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th Centuries B.C.*, *cit.*, pp. 233, 377, pl. 97, 2023 (P 17822); B. A. Sparkes, "Not Cooking but Baking", *GA* 28 (1981), pp. 175-176, note 24-25.

⁹⁸ C. Scheffer, *Acquarossa. II. Cooking and Cooking Stands in Italy 1400-400 B.C.*, Stockholm 1981, *passim*.

⁹⁹ Sex. Pompeius Festus, *De verborum significatione*, 142M.

VI. EL HOMBRE Y LAS ARTES Y TÉCNICAS

11. L'ARTIGIANO

M. BOTTO – I. OGGIANO*

1. PREMESSA

Naviganti, commercianti, colonizzatori, i Fenici erano famosi nell'antichità anche e soprattutto per la bellezza delle loro produzioni artigianali. Le testimonianze letterarie da un lato e gli oggetti rinvenuti nei contesti archeologici d'Oriente e d'Occidente dall'altro testimoniano, direttamente e indirettamente, dell'alta qualità del lavoro delle botteghe fenicie e dell'importanza che l'artigianato ebbe nell'organizzazione economica dei centri fenici dell'intero Mediterraneo. Ma se le fonti scritte e i documenti archeologici consentono di farsi un'idea abbastanza chiara della tipologia dei prodotti, della loro commercializzazione e della fama di cui essi godettero nell'antichità, ben poco si conosce degli uomini, donne e bambini che lavorarono alla produzione tanto dei manufatti pregiati quanto dei più modesti oggetti di uso quotidiano, nella cui realizzazione era impiegata buona parte della popolazione.

Poiché scopo di questo contributo è quello di tratteggiare la figura dell'uomo che si «nasconde» dietro il prodotto, si cercherà di ovviare alla elusività della documentazione di cui si dispone adottando un tipo di analisi che metta a confronto le testimonianze fenicie e puniche con quelle delle culture dell'area mediterranea con le quali Fenici e Cartaginesi interagirono e per le quali si dispone di una documentazione più soddisfa-

cente circa l'organizzazione delle strutture economiche e sociali.

Si partirà quindi dall'esame delle culture levantine di I millennio, di cui le città fenicie costituivano una delle espressioni socialmente, economicamente e culturalmente più vivaci per passare poi ad esaminare la documentazione coloniale tenendo parallelamente presenti, per entrambi gli ambiti d'indagine, le testimonianze documentarie delle società egiziana, greca e romana. Queste ultime peraltro saranno considerate non come immobili sistemi culturali di confronto ma vivi organismi sociali che, nell'interazione con la civiltà fenicia e punica, contribuirono alla sua stessa trasformazione¹. Tale approccio interculturale consentirà così di non limitare l'analisi al semplice dato disponibile, ma di ampliarla fino a ricostruire un quadro plausibile del tipo di vita dell'artigiano basato sulla comparazione dei sistemi produttivi adottati sia nel Vicino Oriente sia nel Mediterraneo centro-occidentale. Così, se l'ambiente mediterraneo preclassico fornirà utili spunti per la ricostruzione delle fasi arcaiche, l'esame dell'organizzazione dei cicli produttivi artigianali nel mondo greco e romano sarà di aiuto per la conoscenza delle strutture economiche di Cartagine e del suo impero, che del confronto col mondo classico fece un elemento cardine del suo stesso sviluppo interno.

Ma chi era l'artigiano nella società fenicia? Al riguardo è possibile affermare che il termine *hrš* poteva riferirsi a varie categorie di lavoratori impiegati in attività di trasformazione, dal semplice apprendista allo specialista sino all'artista più apprezzato². Que-

* Il presente contributo è stato elaborato nella sua totalità da entrambi gli Autori. La divisione dei singoli paragrafi è da riferirsi alla composizione finale del testo.

¹ Numerosi gli studi sulle fasi produttive e sulle figure degli artigiani in Egitto, in Grecia e a Roma. Per alcune interessanti sintesi cf. D. Valbelle, "L'artigiano", in S. Donadoni (ed.), *L'uomo egiziano*, Roma-Bari 1990, pp. 35-62; A. Giardina, *L'uomo romano*, Roma-Bari 2001, pp. 235-268; J. C. Mossé, "L'uomo e l'economia", in J. P. Vernant (ed.), *L'uomo greco*, Roma-Bari 2001⁴, pp. 25-53. Recente e utilissimo per la conoscenza delle fonti letterarie classiche per la storia della critica d'arte è il volume di M. L. Gualandi, *Le fonti per la storia dell'arte. L'antichità classica*, Roma 2001, con bibliografia aggiornata.

² Sulla figura dell'artista e dell'artigiano nel Vicino Oriente cf. per es. D. Matthew, "Artisans and Artists in Ancient Western Asia", in J. Sasson (ed.), *Civilisation of the Ancient Near East*, New York 1995, pp. 455-468. Per l'ambito classico cf. F. Coarelli (ed.), *Artisti e artigiani in Grecia*, Roma-Bari 1980, pp. 5-22; M. L. Gualandi, *cit.* (nota 1), pp. 97-112.

sta generica definizione pertanto comprendeva diversi soggetti sociali dei quali si vorrebbe conoscere il ruolo loro assegnato all'interno della catena produttiva, il diverso impiego che di essi si fece a seconda del sesso e dell'età, lo *status* giuridico e anche semplicemente il tipo di vita che svolgevano all'interno della comunità. L'assenza di fonti scritte limita notevolmente purtroppo la possibilità di giudizio riguardo a molti di questi aspetti. Per esempio risulta assai difficile dire quale fosse realmente il grado di mobilità degli artigiani all'interno della comunità di appartenenza, se l'eventuale miglioramento delle condizioni economiche potesse corrispondere in alcuni casi al riconoscimento di un prestigio sociale, quale coscienza ebbero del proprio lavoro e come eventualmente espressero una solidarietà di categoria.

[M. B. - I. O.]

2. LE BOTTEGHE DELLE CITTÀ FENICIE: IL RUOLO DEI DIVERSI COMMITTENTI

Le città della Fenicia si connotano soprattutto come importanti centri di trasformazione e di scambio di prodotti provenienti prevalentemente dalle regioni limitrofe dell'area siro-palestinese. Lo sviluppo di tali attività si deve alla loro posizione privilegiata che costituisce una cerniera fra le dinamiche realtà politico-economiche dell'area siro-mesopotamica e quelle del Mediterraneo³.

In questo contesto sociale l'attività artigianale doveva costituire la base dell'economia cittadina rivolta a soddisfare non solo le richieste quotidiane della popolazione comu-

ne, ma anche le particolari esigenze del tempio e del palazzo e soprattutto di quelle potenti corporazioni di commercianti che furono elemento cardine della società fenicia.

Nel I millennio le botteghe che lavoravano per il palazzo dovevano essere organizzate in forme in parte diverse da quelle del Tardo Bronzo, quando la ferrea catena produttiva della grande organizzazione palatina collocava l'artigiano in posizione di netta dipendenza⁴. Infatti, le profonde trasformazioni sociali che si colgono nel Levante tra il Tardo Bronzo e la prima età del Ferro si riflessero anche nell'organizzazione del mondo artigianale, che risulta in questa fase più svincolato dal palazzo e rivolto a soddisfare le richieste di un'impresoria privata divenuta ora elemento portante del sistema economico levantino⁵. Le botteghe artigianali pertanto, pur continuando a svolgere le loro attività in laboratori collocati sia all'interno dei palazzi sia in specifici settori della città⁶, svilupparono forme di organizzazione del lavoro più autonome; esse prevedevano la possibilità di una crescita economica indipendente anche attraverso una concorrenzialità tra imprese non pensabile nel contesto dell'economia palatina di II millennio. Questo non significa che la dipendenza dal palazzo fosse venuta totalmente meno, dal momento che l'ambiente di corte era ancora in grado di controllare oltre a molti *ateliers* specializzati anche interi settori dell'attività economica, dalla gestione del patrimonio forestale, alla produzione di armi e almeno parte della cantieristica navale. Il dualismo fra palazzo e impresa privata emerge chiaramente nel racconto di Wenamun, redatto nella prima

³ M. Liverani, *Antico Oriente*, Roma-Bari 1988, p. 698; S. F. Bondi, "Elementi di Storia fenicia nell'età dell'espansione mediterranea", in *ACFP II*, pp. 51-58.

⁴ Sulla contrapposizione fra «liberi» e «servi» all'interno dell'economia palatina di II millennio si vedano le osservazioni di M. Liverani, "Il modo di produzione", in S. Moscati (ed.), *L'Alba della Civiltà*, II, Torino 1976, pp. 64-68.

⁵ Sull'emergere di forme di economia privata nel Vicino Oriente tra il Bronzo Tardo e la prima età del Ferro cf. S. F. Bondi, "Sull'organizzazione dell'attività commerciale nella società fenicia" in *Stato economia lavoro nel Vicino Oriente antico*, Milano 1988, pp. 348-355; M. Botto, "L'attività economica dei Fenici in Oriente tra il IX e la prima metà dell'VIII sec. a. C.", *Egitto e Vicino Oriente* 11 (1988), pp. 117-153; S. Sherrat, "«Sea Peoples» and the Economic Structure of the Late Second Millennium in the Eastern Mediterranean", in S. Gitin - A. Mazar - E. Stern (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, in Honour of professor Trude Dothan, Jerusalem 1998, pp. 292-313; A. Bauer, "Cities of the Sea: Maritime Trade and Origin of Philistine Settlement in the Early Iron Age Southern Levant", *Oxford Journal of Archaeology* 17, 2 (1998), pp. 149-169.

⁶ Per una revisione critica della collocazione delle botteghe artigianali all'interno dei palazzi orientali cf. J. C. Margueron "Existet-il des ateliers dans les palais orientaux de l'âge du Bronze?", *Ktema* 4 (1979), pp. 3-25.

metà dell'XI sec. a. C.⁷, dove si allude al controllo diretto esercitato dal sovrano di Biblo sul taglio e la commercializzazione del cedro del Libano e al contempo si parla di società mercantili marittime e di un importante armatore chiamato Barkatel.

Connessa al palazzo era sicuramente la produzione di beni di lusso. Le fonti antiche sia orientali sia classiche sono concordi nell'attribuire ai Fenici il magistero nella lavorazione degli avori, dei gioielli, del vasellame in metallo pregiato e dei vestiti riccamente adornati⁸. Queste produzioni avevano nelle corti levantine del X e del IX secolo i principali destinatari, anche se poco note sono le modalità di rapporto tra la committenza palatina e le botteghe produttrici. Una delle poche fonti di informazione è rappresentata dalla Bibbia, laddove in I Re 5, 15-32 si fa riferimento agli accordi tra Hiram I di Tiro e Salomone per la costruzione del tempio di Gerusalemme. Al di là della questione della datazione di questo passo⁹, molte informazioni presenti nel testo biblico sono interessanti per comprendere la posizione dell'artigiano fenicio. Il contributo di maestranze tirie sembra riguardare soprattutto la realizzazione degli arredi, in particolare di quelli in bronzo. La Bibbia infatti narra che Salomone mandò a chiamare un artigiano di Tiro, un certo Hiram, dotato di abilità, intelligenza e perizia nell'eseguire qualsiasi opera di bronzo figlio di una vedova della tribù di Neftali e di un uomo di Tiro «che lavorava il bronzo» (I Re 7, 13-14). Egli era a capo di un gruppo di artigiani fenici dipendenti dal-

la casa regnante di Tiro; questo significa che dovevano esistere ampie schiere di specialisti e di loro aiutanti che potevano essere inviate in paesi stranieri per realizzare opere di elevato valore artistico, contribuendo in tal modo ad incentivare le relazioni commerciali fra la Fenicia e le regioni limitrofe. La figura dell'artigiano itinerante era ben documentata nel Vicino Oriente già nel corso dell'età del Bronzo¹⁰. Tale modello venne riproposto dalle monarchie fenicie della Prima età del Ferro, che si posero, anche da questo punto di vista, nel segno della continuità con la tradizione cananaica del II millennio a. C. L'eventualità che l'artigiano fenicio potesse soggiornare per lunghi periodi fuori della propria patria sembra indirettamente confermata dal fatto che il padre di Hiram prese in sposa non una propria conterranea bensì una Israelita; inoltre le opere commissionate da Salomone erano di così grande impegno da richiedere certamente per la loro realizzazione un lungo soggiorno a Gerusalemme. Quest'ultima considerazione introduce un ulteriore elemento di riflessione su come doveva essere organizzato il lavoro delle imprese. Infatti, quanto richiesto da Salomone necessitava dell'impiego di numerose persone. Si deve quindi ritenere che Hiram fosse alla guida di un'officina specializzata composta da molti dipendenti con competenze diversificate e vari livelli di responsabilità. Questa posizione di prestigio deve essere stata raggiunta da Hiram dopo un lungo apprendistato cominciato alle dipendenze del padre. L'artigianato, dunque,

⁷ Per una bibliografia aggiornata cf. la voce Wenamun in *LÄ*. Per una recente traduzione italiana del testo cf. M. C. Betrò, *Racconti di viaggio e di avventura dell'antico Egitto*, Brescia 1990, pp. 66 e 69, con bibliografia. Fra i numerosi studi al riguardo si segnalano: H. Goedicke, *The Report of Wenamun*, Baltimore-London 1975; G. Bunnens, "La mission d'Uonamun en Phénicie point de vue d'un non-égyptologue", *RSF* 7 (1979), pp. 1-16; H. J. Katzenstein, "The Phoenician Term Hubur in the Report of Wen-Amon", in *ACFP* I, pp. 599-602; M. A. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, Barcelona 1994², pp. 106-110.

⁸ Sulle fonti assire relative alla Fenicia cf. C. Saporetti, "Testimonianze neo-assire relative alla Fenicia da Tiglat-pileser III ad Assurbanipal", in M. Botto, *Studi Storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII secolo a. C.*, Pisa 1990, pp. 109-239. Per i testi omerici cf. I. Winter, "Homer's Phoenicians: History, Ethnography or Trope? [A Perspective on Early Orientalism]", in J. B. Carter – S. P. Morris (eds.), *The Ages of Homer. A Tribute to Emily Vermeule*, Austin 1995, pp. 247-271.

⁹ È in corso tra gli specialisti un acceso dibattito circa la datazione e il valore storico da attribuire agli eventi riportati in questo passo. Tradizionalmente collocati nel X sec. a. C. essi vengono oggi da alcuni ritenuti episodi leggendari, la cui redazione si collocherebbe in epoche posteriori al X secolo, cioè, a seconda delle ipotesi, tra VIII sec. a. C. e età postesilica, se non addirittura ellenistica. Per un punto sul dibattito si veda W. G. Dever, *What Did the Biblical Writer Know and When Did They Know It?*, Cambridge 2001, pp. 1-52, anche se si deve tener presente l'atteggiamento eccessivamente polemico dello studioso americano relativamente alle posizioni dei cosiddetti «revisionisti». Sul tema si vedano gli Atti del Convegno *Recenti tendenze nella ricostruzione della Storia Antica di Israele* (Roma 6-7 marzo 2003), in c. s.

¹⁰ C. Zaccagnini, "Patterns of Mobility among Ancient Near Eastern Craftsmen", *JNES*, 42, 3 (1983), p. 259 e ss.

da quanto traspare dall'episodio narrato doveva essere organizzato su base parentelare. In questo modo alcune preziose conoscenze tecniche come per esempio la metallotecnica, vera fonte di ricchezza, non rischiavano di essere disperse ma erano tramandate di padre in figlio secondo precise regole e forse sotto la tutela dello stesso palazzo.

L'episodio consente infine alcune riflessioni sulle modalità di gestione dei rapporti economici che in questo caso sembrano essere esclusivamente e direttamente nelle mani dei sovrani di Tiro e di Gerusalemme, senza che le imprese artigiane avessero alcun ruolo¹¹. Tale situazione cambiò nel corso dei secoli. Un significativo episodio al riguardo è ancora una volta presente nei testi biblici quando, a proposito della ricostruzione del tempio di Gerusalemme portata a termine da Zorobabele dopo il ritorno dall'esilio babilonese, si fa nuovamente riferimento a personale di Tiro e Sidone (*Esdra* 3,7); in tale occasione, però, le maestranze risultano direttamente coinvolte nel rapporto lavorativo senza la mediazione della casa regnante¹².

Sempre in età persiana, epoca di grande sviluppo dell'artigianato in tutta l'area siro-palestinese¹³, si deve collocare il fenomeno della presenza in territorio sidonio di artigiani provenienti dalla Grecia che sembrano ripercorrere per via inversa il cammino che fu un tempo dei Fenici in un momento di forte apertura del mondo levantino alla ricezione degli stimoli culturali e delle suggestioni sti-

listico-iconografiche dell'ambiente greco¹⁴. Anche questa informazione è interessante perché testimonia della grande apertura di questa classe sociale che, in virtù del tipo di attività svolta si trovò sempre al centro degli eventi e, rispetto a contadini e ai pastori, prontamente coinvolta nei mutamenti economici e culturali¹⁵.

Al di là di queste poche informazioni deducibili dall'esame del testo biblico, riguardo all'organizzazione delle botteghe si sa ben poco. Anche gli studi più recenti sugli *ateliers* di avori, ai quali si devono i notevoli progressi raggiunti nell'individuazione di singole scuole e centri di produzione nell'area siro-palestinese¹⁶, non hanno per ora approfondito l'esame di questo fondamentale aspetto di quella che fu una delle più alte manifestazioni artigianali del Vicino Oriente antico. Come già osservato da R. Barnett¹⁷ l'ampia diffusione di manufatti realizzati in avorio doveva richiedere un notevole grado di organizzazione sia del lavoro vero e proprio, che necessitava di un lungo apprendistato, sia del coordinamento dei servizi, che andavano dall'approvvigionamento delle materie prime (reperimento, ordine, trasporto) ai rapporti con la committenza per la selezione della tipologia degli oggetti richiesti e del repertorio iconografico. Non si sono fino ad oggi trovati laboratori per la lavorazione dell'avorio in città fenicie.

Tuttavia al riguardo un certo interesse riveste, a livello anche semplicemente compa-

¹¹ M. Heltzer, "Crafts in the West (Syria, Phoenicia, Palesatine, ca. 1500-331 BCE)", *Altorientalische Forschungen* 23 (1996), pp. 278-283.

¹² *Ibid.*, p. 281.

¹³ Cf. M. Rossi, "La Siria e il mondo greco dopo l'età arcaica" in S. Settis (ed.), *I Greci. Storia cultura arte società, 3. I Greci oltre la Grecia*, Torino 2001, pp. 345-355; per gli aspetti iconografici e stilistici delle produzioni artigianali di queste fasi in area fenicia cf. A. Nunn, "Images et croyances au Levant du VI^e au IV^e siècle av. J.-C.", *Transuephratène* 23 (2002), pp. 9-25.

¹⁴ Riguardo al fenomeno della penetrazione greca in Fenicia J. Elay, *Pénétration grecque en Phénicie sous l'empire perse*, Nancy 1988; la presenza di Fenici in Grecia è peraltro testimoniata da iscrizioni degli inizi del IV secolo da Atene e dal Pireo (cf. *KAI* I, p. 13; II, pp. 70-73). Su queste fasi cf. da ultimo S. F. Bondi, "Interferenze fra culture ne Mediterraneo antico: Fenici, Punici, Greci" in S. Settis (ed.), *I Greci. Storia cultura arte società, cit.* (nota 13), pp. 381-385. Per la presenza di artigiani fenici nell'Egeo nei primi secoli del I millennio a. C. cf. la recente sintesi di J. N. Coldstream, "Exchanges between Phoenician and Early Greeks", *National Museum News* 11 (2000), pp. 15-32. Cf. adesso il contributo di M. F. Baslez nel presente volume.

¹⁵ Per la precoce ricezione degli influssi greci nell'artigianato levantino di età persiana cf. A. Nunn "Images et croyances au Levant", *cit.* (nota 13), p. 14.

¹⁶ Sulle botteghe artigianali e sui problemi legati alla loro identificazione cf. gli Atti dell'incontro *Cultural Contact and Innovation. The Evidence of Eastern Mediterranean Minor Art of the First Millennium*, (Fribourg 2001), in c. s.; per una sintesi sulla questione terminologica relativa sia alla classificazione degli avori sia all'uso di termini come *school*, *workshop* *school of craftsmen*, cf. S. Di Paolo "Appunti per una propedeutica di ricerca sugli avori di Nimrud", *Egitto e Vicino Oriente* 19 (1996), 173-178.

¹⁷ R. Barnett, "Phoenician and Punic Arts and Handicrafts. Some Reflections and Notes" in *ACFPI*, pp. 19-26.

rativo, l'esame del palazzo reale fatto costruire da Omri (884-873 a. C.) a Samaria. All'interno dell'edificio infatti, in un contesto fortemente disturbato, è stato rinvenuto un importante lotto di avori inizialmente datati al IX sec. a. C. e attribuiti a scuola fenicia per il carattere fortemente egittizzanti e per il riferimento biblico alla «casa d'avorio di Acab» e al rapporto tra le corti di Samaria e Tiro¹⁸. Oggi si tende ad abbassare la datazione all'VIII secolo¹⁹, e a ritenere i pezzi il frutto dell'attività di diverse botteghe operanti tra Fenicia, Siria meridionale - un gruppo di avori si inserisce nella tradizione cosiddetta «intermedia» che combinava elementi della scuola nord-siriana e di quella fenicia - e Palestina - per alcuni degli avori è stata supposta la produzione nella stessa Samaria²⁰. Al di là della problematica individuazione dei centri di manifattura, gli aspetti che qui interessano sono due: da un lato il fatto che alcuni indizi come il ritrovamento in associazione con gli avori di alcuni pezzi non finiti e di zanne di elefante potrebbero indicare che la lavorazione dovesse avvenire almeno in parte in loco e probabilmente all'interno dello stesso palazzo²¹ dall'altro che le caratteristiche dei pezzi nei quali si mescolano stili e iconografie diverse, indicano l'esistenza durante i secoli IX e VIII a.C. di una fitta rete di rapporti tra le diverse botteghe dell'area sirio-palestinese. Questi dovevano avvenire semplicemente tramite la circolazione di prodotti e cartoni, la qual cosa sarebbe sufficiente a spiegare la trasmissione di stili e iconografie, o tramite lo spostamento di artigiani fatto che spiegherebbe meglio la diffusione di alcune tecniche di lavorazione²². La mobilità di personale specializzato

peraltro non doveva essere inusuale all'interno di quella fitta rete di rapporti che legava le corti del Levante meridionale in queste fasi cronologiche.

La presenza del laboratorio di Samaria ripropone inoltre la questione della collocazione degli *ateliers* all'interno delle mura del palazzo suggerendo che almeno alcuni di essi, in particolare quelli in cui venivano utilizzati materiali preziosi, dovessero essere strettamente controllati dall'autorità palatina.

Come precedentemente affermato, il tempio dovette giocare un ruolo molto importante quale committente delle botteghe e imprese artigiane e industriali. Il ruolo dell'istituzione templare nelle diverse attività economiche è ben noto, ed è stato di recente posto in luce in particolare per il suo possibile coinvolgimento nella gestione di importanti settori come quello della estrazione e lavorazione dei metalli. In tal senso orienterebbe per esempio la lettura di due iscrizioni incise su oggetti di provenienza cipriota dei quali non si conosce il contesto ma che dovevano originariamente essere votati all'interno di un tempio. I testi, datati intorno al 735 a.C., fanno riferimento a un governatore (*skn*) dipendente dal potente re di Tiro e Sidone Hiram, che avrebbe dedicato i due manufatti iscritti come «primizia del bronzo»²³; essi testimonierebbero quindi del diretto interesse del tempio nelle attività metallurgiche che avevano nell'isola uno dei centri principali del Mediterraneo.

Il rapporto fra artigiano e istituzione templare era peraltro molto articolato e andava dalla fase di costruzione del tempio stesso a quella di normale amministrazione delle attività svolte nel santuario, che preve-

¹⁸ J. W. Crowfoot - G. M. C. Crowfoot - E. L. Sukenik, *Samaria Sebaste II. Early Ivories from Samaria*, London 1938; per lo studio degli aspetti stilistici del gruppo cf. I. J. Winter, "Phoenician and North Syrian Ivory Carving in Historical Context: Question of Style and Distribution", *Iraq* 38 (1976), pp. 109-115; *Ead.*, "Is there a South Syrian Style of Ivory Carving in the Early First Millennium B.C.?", *ibid.*, 43 (1981), pp. 1-22; per l'analisi paleografica delle lettere incise su molti frammenti cf. B. Delavault - A. Lemaire, "Les inscriptions phéniciennes de Palestine", *RSF* 7 (1979), pp. 21-22.

¹⁹ I. J. Winter, "Phoenician and North Syrian Ivory Carving in Historical Context, *cit.* (nota 18), p. 16.

²⁰ I. Winter, "Is there a South Syrian Style of Ivory Carving", *cit.* (nota 18); per l'esistenza di una produzione samaritana cf. S. Di Paolo "Appunti per una propedeutica di ricerca sugli avori, *cit.* (nota 16), pp. 172-173.

²¹ J. W. Crowfoot - G. M. C. Crowfoot - E. L. Sukenik, *Samaria Sebaste II. Early Ivories*, *cit.* (nota 18), p. 2.

²² Su queste complesse tematiche si vedano gli Atti del Congresso di Fribourg citato alla nota 16.

²³ C. Grottanelli, "Of Gods and Metals. On the Economy of Phoenicians Sanctuaries", *Scienze dell'Antichità* 2 (1988), pp. 243-255. Per la lettura «rame di prima qualità» cf. P. Magnanini, *Le iscrizioni fenicie dell'Oriente. Testi, traduzioni, glossari*, Roma 1973, p. 133.

devano l'impiego di molti dipendenti con specifiche e differenziate mansioni. Esplicita al riguardo è un'iscrizione da Kition Bamboula, datata al primo quarto del IV sec. a. C., dove si fa riferimento alle modalità di assegnazione dei salari e dei compiti di coloro che erano quotidianamente impegnati all'interno del tempio della dea Astarte²⁴.

Oltre al palazzo e al tempio fra i più importanti committenti delle botteghe artigiane vi furono le potenti associazioni di mercanti che affiancarono le istituzioni palatina e templare nella gestione delle imprese commerciali sia in Oriente sia nell'Occidente mediterraneo. A questo tipo di committenza si dovette lo sviluppo di forme nuove di organizzazione delle botteghe che lasciavano maggiore spazio a rapporti diretti e privati tra coloro che organizzavano le imprese mercantili e coloniali e coloro che realizzavano i prodotti da esportare. Tale gestione del lavoro e del rapporto con la committenza consentiva una certa flessibilità e quindi una maggiore capacità di adeguamento alle richieste di mercati lontani e diversificati. Su questo punto si tornerà più avanti.

Ma le botteghe cittadine non lavorarono solo per soddisfare una committenza ricca e esigente; dovevano esistere nelle città come nei più piccoli centri rurali molti laboratori per la produzione e commercializzazione di oggetti d'uso comune. La vita di coloro che vi lavoravano non doveva essere dissimile, nel quotidiano, da quella degli artigiani che producevano per il palazzo o per i ricchi mercanti a parte forse una maggiore incertezza insita nel tipo di attività svolta e una assai più limitata possibilità di guadagni.

Si deve infine ricordare che la maggior

parte della gente comune si produceva da sé gli oggetti d'uso: dal vestiario alla ceramica al mobiliario alla suppellettile domestica. Molte delle attività di ambito domestico dovevano essere appannaggio delle donne, soprattutto in settori come la produzione ceramica e tessile.

3. ORGANIZZAZIONE DEL LAVORO

In base a quanto detto fin'ora si può quindi affermare che un gran numero di artigiani abitava i centri della costa levantina costituendo gran parte della popolazione urbana. Alcune attività artigianali (la lavorazione del vetro, dei metalli, della ceramica e della porpora) si svolgevano in specifici quartieri della città distinti dal resto dell'abitato, spesso in posizione decentrata sia per rendere più agevole l'approvvigionamento dei materiali impiegati nella lavorazione sia perché le attività di trasformazione potevano produrre sostanze tossiche²⁵. In Oriente, casi particolarmente indicativi al riguardo sono costituiti dal quartiere dei ceramisti di Sarepta²⁶, dislocato in prossimità del mare, ai margini del settore abitativo, e quello di Tiro, dove forni da ceramista erano ubicati in un'area periferica della città insulare²⁷.

Particolarmente sgradevole per l'emanazione di odori pestilenziali doveva essere il lavoro di coloro che estraevano la porpora la cui lavorazione è attestata a Sarepta, Sidone, Tiro²⁸. A questo aspetto fa riferimento Strabone (XVI, 2,23) quando sostiene che vivere a Tiro sia poco gradevole per l'odore emanato dai resti di *murex trunculus*, il mollusco dal quale si ricavava il prezioso colorante.

²⁴ M. G. Amadasi – V. Karageorghis, *Fouilles de Kition III. Inscriptions phéniciennes*, Nicosia 1977, C, 1 (pp. 103-126) = *CIS I*, 86 = *TSSI III*, 33.

²⁵ Cf. G. Delacroix – J. L. Huot, "Les fours dits de potier dans l'Orient ancien", *Syria* 49 (1972), pp. 35-95, dove si afferma che i forni dei vasai erano relegati in prossimità dei bastioni della città lontano dai quartieri abitativi. Per osservazioni di carattere generale cf. inoltre H.-G. Niemeyer, "The Early Phoenician City-States on the Mediterranean Archaeological Elements for their Description", in M. H. Hansen (ed.), *A Comparative Study of Third City-State Culture*, Copenhagen 1999, p. 96.

²⁶ W. P. Anderson, "The Kilns and Workshop of Sarepta (Sarafand, Lebanon): Remnants of a Phoenician Ceramic Industry", *Berytus* 35 (1990), pp. 41-66, con bibliografia.

²⁷ P. Maynor Bikai, *The Pottery of Tyre*, Warminster 1978, pp. 13-14.

²⁸ Per Sarepta cf. J. B. Pritchard, *Recovering Sarepta. A Phoenician city*, Princeton 1978, pp. 126-127; Id., *Sarepta. A Preliminary Report on the Iron Age*, Philadelphia 1975, pp. 71-84; per Sidone cf. G. Conteneau, "Deuxième mission archéologique à Sidon, 1920", *Syria* 4 (1923), pp. 275-276.

Assai faticoso doveva peraltro essere anche la tintura dei tessuti che gli operai dovevano pigiare in grandi vasche. Un dato interessante per la ricostruzione delle modalità di organizzazione delle imprese che operavano in questo importante settore dell'economia fenicia è che gli impianti per la tintura potevano trovarsi in località diverse da quelle di estrazione della porpora. Non si esclude la possibilità per esempio che la porpora di Sarepta fosse poi portata a Tiro e Sidone note nell'antichità per la realizzazione di tessuti pregiati²⁹. Questo significa che a fianco degli operai addetti allo svolgimento delle mansioni più umili e faticose dovevano operare anche responsabili della commercializzazione del prodotto e dei rapporti con le altre botteghe e con la committenza sia privata che palatina.

Se alcuni degli impianti produttivi dovevano essere localizzati all'interno dei palazzi o in stretta connessione con essi (dalla lavorazione degli avori a quella dei tessuti pregiati, gioielli) ed altri in settori specifici dell'area urbana, si deve tuttavia ricordare che buona parte dell'attività del piccolo artigianato doveva invece svolgersi all'interno di laboratori inseriti nel tessuto urbano abitativo e soprattutto all'interno della casa. In tutti questi casi si deve immaginare che la maggior parte dei lavoratori abitasse nei pressi dello stesso luogo dove svolgevano la propria attività, dal momento che questa li impegnava per tutto l'intero arco della giornata.

Per quanto concerne l'organizzazione del lavoro, si è già detto a proposito del famoso bronzista Hiram di Tiro che il mestiere era trasmesso di padre in figlio. Questo doveva avvenire tanto nelle piccole botteghe a conduzione familiare come nelle grandi imprese dove la trasmissione delle conoscenze doveva riguardare in particolar modo quei settori

per i quali si richiedeva una certa preparazione professionale. Nei laboratori più grandi che lavoravano per il palazzo e per il tempio doveva esistere una organizzazione gerarchica piuttosto articolata, con operai addetti allo svolgimento delle mansioni più umili e altri impiegati in attività per le quali era richiesto un alto livello di specializzazione tutti coordinati da una figura la cui funzione variava a seconda del tipo di attività svolta (dal capobottega, al capocantiere fino a figure equiparabili nel mondo moderno a quelle all'architetto o dell'ingegnere). Oltre al già ricordato Hiram, che doveva essere un capobottega esperto, noto e famoso, l'esistenza di questa figura è nota da una iscrizione di Cipro dove si parla di un *rb hrš* «artigiano in capo» appunto³⁰.

All'interno dei laboratori dovevano lavorare tanto persone libere di diversa età (dal giovane apprendista al maturo artigiano specialista) e sesso tanto manodopera schiavile, la cui esistenza è ben documentata per le fasi più tarde ma che doveva essere strutturale alla società fenicia³¹.

Confronti etnografici e storici consentono di affermare che l'età era diversificata a seconda del tipo di lavoro: i bambini dovevano forse essere impiegati sia come apprendisti che in mansioni di varia natura. Le donne, cui tradizionalmente ad esempio è legata l'attività della tessitura, potevano forse essere coinvolte in altre produzioni come la ceramica. Da esse era sicuramente svolta gran parte della attività artigianale domestica. Infine non si deve dimenticare l'impiego degli schiavi, soprattutto i prigionieri di guerra, nello svolgimento dei lavori più faticosi anche se è probabile che, in casi di soggetti particolarmente abili, ad essi fosse consentito lo svolgimento di attività altamente specialistiche.

²⁹ Sul commercio dei tessuti fenici all'interno delle corti mesopotamiche cf. A. L. Oppenheim, "Essay on Overland Trade in the First Millennium B.C.", *JCS* 21 (1967); per i commerci fenici di tessuti nell'area anatolica cf. G. Garbini, *I Fenici. Storia e religione*, Napoli 1980, pp. 104-107 e M. Botta, "L'attività commerciale fenicia nella fase arcaica in relazione alla direttrice siro-anatolica" in *ACFP II*, pp. 259-267; per le fonti omeriche (dei pepli di Sidone si parla in Iliade VI, 288-295) cf. I. Winter, "Homer's Phoenicians: History, Ethnography or Trope? [A Perspective on Early Orientalism]", *cit.* (nota 8).

³⁰ M. G. Amadasi - V. Karageorghis, *Fouilles de Kitron*, *cit.* (nota 24), B9, 3 = *CIS I*, 64.

³¹ Sulla figura del bambino, della donna e dello schiavo cf. i contributi di M. Cruz Marín, M. G. Lancellotti e A. Lemaire nel presente volume.

La differenza di ruolo, sesso, età e condizione giuridica dovette influenzare anche il tipo di trattamento economico. Certamente più agiata era la vita del capobottega anche se al benessere economico non dovette necessariamente corrispondere un miglioramento dello status sociale. Non è immaginabile infatti che anche i più ricchi e famosi artigiani potessero godere di una qualche forma di prestigio sociale o di potere politico. La visione che si ebbe di questi lavoratori nel Vicino Oriente, così come in Egitto e in ambito classico, fu sempre improntata al disprezzo e all'ironia anche se la condizione normale dell'artigiano medio non doveva essere cattiva se paragonata a quella della maggior parte della popolazione³².

A parte il caso di Hiram, non sono giunti fino a noi nomi di artigiani e artisti fenici. Questo si deve imputare a una serie di fattori. In primo luogo quasi mai un solo artigiano era in grado di portare a compimento l'intero ciclo produttivo, fatto questo che dovette rendere difficile agli occhi dei contemporanei l'attribuzione di un'opera a un singolo individuo. Inoltre, contrariamente all'Egitto³³, dove immagini del lavoro delle botteghe si hanno nelle pitture delle tombe, e alla Grecia classica³⁴, dove sui vasi si hanno numerose raffigurazioni di artigiani al lavoro, sulla costa levantina le uniche testimonianze di rappresentazioni di scene di vita quotidiana si trovano in alcune terrecotte deposte all'interno delle sepolture che si limitano a immortalare scene di produzione

di alimenti³⁵. Se da un lato si deve tener conto del diverso spazio che la narrazione del quotidiano ebbe nelle manifestazioni artistiche e artigianali delle culture greca ed egiziana dall'altro si deve considerare il fatto che, nel momento in cui pure è testimoniata l'esigenza di rappresentare un aspetto della vita di tutti i giorni, ad essere scelti non furono mai i lavori svolti al di fuori dell'ambito domestico. L'attività lavorativa, il mestiere, quella parte così importante nella vita degli individui nelle società antiche come in quelle moderne, non fu mai per i Fenici un soggetto degno di essere rappresentato. Rare sono peraltro anche le attestazioni di nomi di mestieri nelle iscrizioni funerarie, le uniche che potrebbero fornire un indizio sulla volontà di qualificare il defunto in base alla sua appartenenza non solo a un nucleo familiare ma anche a un gruppo sociale. Si ricordano a Kition i casi della stele funeraria del «fabbricante di carri», l'iscrizione dell'«artigiano in capo» e infine quella del defunto che ricorda il mestiere di «lapidista» (scultore o incisore) svolto da suo padre³⁶.

La presenza delle iscrizioni sul retro degli avori così come su alcune coppe e vasi di ceramica, pone la questione del grado di alfabetizzazione degli artigiani. È probabile che alcuni artigiani-artisti, magari i capi bottega e coloro che interagivano coi mercanti e col palazzo, fossero mediamente alfabetizzati in base alle necessità del loro lavoro.

Singoli segni compaiono su vasi di ceramica e su diversi strumenti di lavoro, come

³² Sulla problematica in ambito vicino orientale sempre valido è lo studio di C. Zaccagnini, «Le tecniche e le scienze» in S. Moscati (ed.), *L'Alba della Civiltà*, cit (nota 4), pp. 300-315; per l'ambito classico cf. M. L. Gualandi, *Le fonti per la storia dell'arte*, cit (nota 1) e B. Fehr, «Kouros e korai. Formule e tipi dell'arte arcaica come espressione di valori», in S. Settis (ed.), *I Greci. Storia Cultura e Società*, cit. (nota 13), pp. 795-803.

³³ Oltre a D. Valbelle, «L'artigiano», cit. (nota 1), con la relativa bibliografia cf. in particolare per le fonti iconografiche A. M. Donadoni Roveri, *Civiltà degli Egizi. La vita quotidiana*, Milano 1987 e AA. VV., *Les artistes de Pharaon. Deir el-Médineh et la Vallée du Roi*, Catalogo della mostra, Paris 2002.

³⁴ Sulla figura del βάρυτος e le rappresentazioni del lavoro artigianale in ambito greco si veda da ultimo B. Fehr, «Kouros e korai», cit. (nota 32); D. Willers, *Dedalo*, *ibid.*, pp. 1295-1301; M. L. Gualandi, *Le fonti per la storia dell'arte*, cit. (nota 1).

³⁵ V. Karageorghis, *The Coroplastic Art of Ancient Cyprus. V. The Cypro-Archaic Period*, Nicosia 1998, pp. 45-48, tavv. XXIX-XXX. La presenza di queste figurine con scene di vita quotidiana a Cipro è attribuita all'influenza fenicia: cf. F. Vandenabeele, «Phoenician Influence on the Cypro-Archaic Terracotta Production and Cypriot Influence Abroad» in V. Karageorghis (ed.), *Acts of the International Archaeological Symposium «Cyprus between the Orient and the Occident»*, Nicosia 1986, pp. 356-357. Nel caso di queste rappresentazioni V. Karageorghis non esclude l'ipotesi che si tratti della preparazione delle offerte di pane alla Grande Dea o ad altra divinità.

³⁶ M. G. Amadasi - V. Karageorghis, *Fouilles de Kition III*, cit (nota 24), B42 pp. 91-93, tav. XVI, 1; B46 pp. 100-101, tav. XIV, 2; B9, pp. 60-61 tav. I n. 4; Fig. 11; M. Sznycer, «Les noms de métier et de fonction chez les Phéniciens de Kition d'après les témoignages épigraphiques», in AA. VV., *Chypre. La vie quotidienne de l'Antiquité à nos jours*, Paris 1985, p. 86. Sul mestiere del lapidista cf. C. Bonnet, «La terminologie phénico-punique relative au métier de lapidiste et à la gravure des textes», *SEL* 7 (1990), pp. 111-122.

per esempio su due *tuyères* da Biblo indicando che in alcuni casi, in semplice funzione del lavoro svolto, l'artigiano doveva se non saper scrivere almeno conoscere i segni dell'alfabeto³⁷. Si può infine pensare che in alcune circostanze, come nel caso della consegna di un lotto di avori particolarmente importante, venisse chiamato uno scriba che, collaborando con la bottega, apponeva sull'oggetto l'iscrizione richiesta³⁸.

Infine una possibile coscienza della propria posizione sociale e un certo senso di solidarietà di classe sono testimoniate dall'esistenza di associazioni artigianali. Esse non sono direttamente attestate in area fenicia nel I millennio ma se ne ha notizia dai testi di Ugarit dove si parla di gruppi di lavoratori capeggiati da un *rb*. Si tratta di associazioni inserite all'interno di un sistema economico ancora fortemente vincolato al palazzo, ma possono costituire un utile indizio di una prima forma di aggregazione tra persone che svolgono la stessa professione secondo un'usanza che dovette mantenersi in area levantina fino all'età persiana se nella Bibbia si parla di associazioni di gioiellieri e di altri artigiani³⁹.

[I. O.]

4. IL RUOLO DELL'ARTIGIANO NEL PROCESSO DI COLONIZZAZIONE IN OCCIDENTE

A partire dalle fasi più antiche della colonizzazione si svilupparono negli insediamenti fenici del Mediterraneo centro-occidentale forme di organizzazione politica ed economica autonome, che ebbero inevitabili riflessi sul mondo del lavoro e, di conseguenza,

anche sulle attività artigianali. Infatti, se sin dall'inizio del fenomeno coloniale l'organizzazione del lavoro riprese sostanzialmente le forme che erano state tipiche dei centri orientali, si devono segnalare significative differenziazioni. Innanzitutto il palazzo non è più il principale committente delle botteghe artigianali, che si trovano ad operare prevalentemente sotto la tutela dell'istituzione templare e per la ricca classe mercantile, che fu la vera promotrice dell'espansionismo fenicio nel Mediterraneo. Una stretta collaborazione fra mercanti e artigiani è infatti ben documentata sin dalle prime imprese transmarine dall'Egeo alle coste atlantiche del Marocco e della Penisola Iberica⁴⁰.

Si deve pertanto ipotizzare che nel complesso processo della colonizzazione i potenti armatori fenici dovettero riservare un ruolo molto importante alla classe artigianale non solo per la formazione delle nuove entità urbane, ma anche nel delicato rapporto con il mondo indigeno. In effetti, fu proprio la più evoluta esperienza tecnologica orientale, di cui l'artigiano era il detentore e il custode, a rappresentare uno degli elementi chiave dell'interazione con le componenti locali. Inoltre, nel confronto con le comunità indigene emergerà un nuovo ruolo sociale dell'artigiano itinerante, il quale all'interno di un vasto territorio si muoverà portando con sé insieme al proprio strumentario tecnico una conoscenza che assunse talora connotazioni quasi magiche. Il fenomeno, già magistralmente analizzato da J. N. Coldstream per l'Egeo e per i rapporti con la componente greca⁴¹, si ripresenta in modo chiaramente leggibile nel Mediterraneo centrale e occi-

³⁷ M. Dunand, *Fouilles de Byblos I*, Paris 1937-1939, pp. 186-187, n. 2927; *Id.*, *Fouilles de Byblos, II (1933-1938)*, Paris 1954-58, pp. 460-467, n. 11671.

³⁸ Si ricorda ad esempio la presenza non di lettere ma di intere parole sul retro degli avori da Nimrud e Arslan Tash che guidavano il montaggio dell'oggetto al momento della consegna R. Barnett, *Phoenician and Punic Arts and Handicrafts*, cit. (nota 17), p. 26 e nota 45.

³⁹ Per l'interpretazione in tal senso del passo di Nehemia 3:31 cf. M. Helzer, "A Recently Discovered Phoenician Inscription and the Problem of the Guilds of Metal-caster" in *ACFP I*, pp. 119-123, in part. p. 120; P. Xella, s. v. "associazioni", in *DCF*; E. Lipiński, s.v. "corporations", in *DCPP*, pp. 120-121.

⁴⁰ M. Botto, "Artigiani al seguito di mercanti: considerazioni su un aspetto del commercio fenicio nel Mediterraneo", in S. Bruni – T. Caruso – M. Massa (eds.), *Studi in onore di Orlando Pancrazzi*, in c. s.

⁴¹ Oltre allo studio citato a nota 14 cf. J. N. Coldstream, "Greeks and Phoenicians in the Aegean", in H.-G. Niemeyer (ed.), *Phönizier im Westen*, Mainz am Rhein 1982; J. N. Coldstream, "Crete and the Dodecanese: Alternative Eastern Approaches to the Greek World During the Geometric Period", in V. Karageorghis – N. Chr. Stampolidis (eds.), Athens 1998, pp. 255-60. L'intera problematica è stata recentemente ripresa da M. Botto, "Cipro fra la Fenicia e l'Italia", in *Seminario interparlamentare italo-cipriota sull'identità mediterranea* (Nicosia 7-10 Gennaio 2001), in c. s.

dentale. Nel primo caso andranno ricordati gli studi incentrati sulla Sardegna, dove l'espansionismo fenicio si pone sulla scia di continuati e duraturi contatti a cavallo fra II e I millennio fra il mondo nuragico e le svariate componenti etniche del Mediterraneo orientale e della costa levantina⁴². Al riguardo particolarmente significativa risulta la documentazione raccolta nel villaggio nuragico di Sant'Imbenia, nella baia di Porto Conte, a nord di Alghero, dove viveva sin dalla fine del IX sec. a. C. una comunità di commercianti e di artigiani fenici⁴³. La Sardegna rappresentò inoltre, insieme all'insediamento di Pithecusa, nel golfo di Napoli, un'importante ponte per l'irradiazione fenicia lungo le coste dell'Etruria e del *Latium Vetus*, dove operavano all'interno delle comunità indigene ristretti nuclei di artigiani orientali⁴⁴.

Passando all'estremo Occidente mediterraneo il problema è stato soprattutto affrontato per la Spagna meridionale, che rappresenta la principale area di irradiazione fenicia nella Penisola Iberica⁴⁵. Al riguardo, uno dei campi di indagine più proficui per stabilire il grado di penetrazione della componente fenicia all'interno delle comunità locali è rappresentato dallo studio dei contesti tombali⁴⁶. Inoltre, tale tipo di ricerca ha permesso di dare maggiore visibilità al ruolo svolto dagli artigiani in questo processo. In proposito risulta emblematico il caso di Peña

Negra de Crevillente, nella provincia di Alicante, dove le indagini condotte hanno portato all'individuazione di un vero e proprio quartiere di artigiani e commercianti fenici provenienti dalla vicina colonia di La Fonteta, con botteghe di ceramisti, bronzisti e orafi che, col passare del tempo, diedero vita a scuole locali⁴⁷. L'avvenuta consapevolezza dell'importanza della propria attività da parte di questo gruppo di artigiani e di altri che lavoravano, molto verosimilmente, presso comunità limitrofe risulta documentata da un rinvenimento del tutto eccezionale. Si tratta di una matrice per la realizzazione di pendenti ovali di stile orientalizzante ben attestati in tutta la Penisola, proveniente con tutta probabilità da un contesto tombale relativo ad un centro satellite del grande insediamento indigeno⁴⁸. In questo caso risulta evidente la volontà, da parte degli artigiani fenici stabilitisi nel Sud-Est peninsulare, di valorizzare nel simbolico spazio funerario il lavoro svolto in vita.

Il fenomeno trova interessanti riscontri anche all'interno delle stesse colonie, come ben documentato per Cartagine. Fra le testimonianze più antiche in grado di evidenziare l'importanza della figura dell'artigiano nella società cartaginese andranno ricordate quelle raccolte dal S. Lancel sulla collina di Byrsa, dove all'interno di un gruppo di tombe databili nel secondo quarto del VII sec. a.

⁴² Su questa linea interpretativa fondamentali risultano P. Bernardini, *Micenei e Fenici. Considerazioni sull'età precoloniale in Sardegna*, Roma 1991; P. Bartoloni, "Le linee commerciali all'alba del primo millennio", in *I Fenici: Ieri Oggi Domani*, Roma 1995, pp. 245-259; P. Bernardini, "I *Phoinikes* verso Occidente: una riflessione", *RSF* 28 (2000), pp. 13-33.

⁴³ I. Oggiano, "La ceramica fenicia di Sant'Imbenia (Alghero - SS)", in P. Bartoloni - L. Campanella (eds.), *La ceramica fenicia di Sardegna*, Roma 2000, pp. 235-258.

⁴⁴ M. Martelli, "I Fenici e la questione orientalizzante in Italia", in *ACEP II*, pp. 1049-1072; G. Colonna, "La cultura orientalizzante in Etruria", in *Principi etruschi tra Mediterraneo ed Europa*, Venezia 2000, pp. 55-66.

⁴⁵ Cf. per es. J. Fernández Jurado, "La orientalización de Huelva", in M. E. Aubet (ed.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell 1989, in part. pp. 347-348; D. Ruiz Mata, "Repensando el concepto histórico de Tartessos", *Historia* 5 (2000), pp. 23-45; M. Botto, "Rapporti fra Fenici e indigeni nella Penisola Iberica (VIII - VI sec. a. C.)", in *Hispania Terris Omnibus Felicio*, Pisa 2002, pp. 9-62; *Id.*, "Artigiani al seguito di mercanti: considerazioni su un aspetto del commercio fenicio nel Mediterraneo", *cit.* (nota 40).

⁴⁶ Significativo al riguardo è lo studio di M. L. de la Bandera - E. Ferrer, "Recostrucción del ajuar de una tumba de Cástulo: Indicios de mestizaje?", *Kolaios* 4 (1995), pp. 53-65.

⁴⁷ A. González Prats, "La presencia fenicia en el Levante peninsular y su influencia en las comunidades indígenas", in *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-prínica*, Ibiza 1991, p. 113; *Id.*, "Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (La Peña Negra, Crevillente, Alicante)", *Saguntum*, 26 (1993), pp. 181-188; *Id.*, "Fenicios e indígenas en el Levante Peninsular", in D. Ruiz Mata (ed.), *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos e interacción*, El Puerto de Santa María 2000, pp. 107-117.

⁴⁸ A. González Prats, "Dos bronce fenicios de la Colección Candela. Aportación al conocimiento de la orfebrería e iconografía orientalizante de la Península Ibérica", in M. E. Aubet (ed.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, *cit.* (nota 45), pp. 411-430, con riferimento al bronzo denominato Candela 1.

C. si distinguono tre sepolture accomunate da elementi caratteristici⁴⁹. Si tratta di deposizioni di individui adulti per le quali è stato adottato il rituale dell'incinerazione largamente minoritario a Cartagine; eccezionale è anche il fatto che parte del corredo risulti collocato all'interno di anfore da trasporto di appurata produzione locale⁵⁰; in due casi (A-160, 162), infine, il corredo vascolare era caratterizzato dalla presenza di una *kotyle* protocorinzia, che permette una corretta datazione dei contesti intorno al 660/650 a. C. Tuttavia, il dato di gran lunga più interessante riguarda i materiali raccolti nelle anfore da trasporto, che per le sepolture A-143 e A-160 erano in prevalenza avori. La presenza sia di prodotti lavorati sia di pezzi allo stato grezzo indica chiaramente come ci si trovi di fronte alla sepoltura di artigiani che hanno voluto in questo modo testimoniare l'acquisita consapevolezza del valore sociale raggiunto, grazie alla propria attività, all'interno della comunità di appartenenza. Secondo il parere di chi scrive, inoltre, questi artigiani dovevano essere originari della madrepatria fenicia⁵¹. Il loro trasferimento nella metropoli nord-africana potrebbe rientrare in precise ottiche di mercato programmate dalle potenti corporazioni di imprenditori fenici, oppure dipendere da fattori contingenti, come per esempio dalla difficile situazione attraversata dalla Fenicia agli inizi del VII sec. a. C. a seguito delle devastazioni attuate dagli eserciti di Asarhaddon nei confronti di Tiro e Sidone⁵². Le origini orientali di questa famiglia (?) di artigiani sono innanzitutto da

rintracciare, a nostro avviso, nel rituale dell'incinerazione; al riguardo, un altro importante indizio proviene da alcuni avori lavorati a giorno, messi in luce nella tomba A-143, in cui sono ritratti l'albero sacro e figure di cervidi⁵³. Contrariamente a quanto sostenuto dall'editore e in accordo con I. J. Winter si ritiene infatti che questi splendidi avori siano da collegarsi direttamente alla tradizione orientale e quindi agli *ateliers* levantini che produssero analoghi reperti rinvenuti a Nimrud e a Salamina⁵⁴.

Nelle più antiche colonie gli impianti artigianali si trovavano, come nella madrepatria, ai margini della città. Il fenomeno è strettamente connesso all'organizzazione dello spazio urbano dei primi insediamenti fenici di Occidente, che doveva essere strettamente dipendente dai modelli orientali⁵⁵. A Cartagine, per esempio, la collocazione dei quartieri artigianali vicino alla spiaggia costituiva una sorta di cintura industriale, con laboratori per ceramisti e per metallurghi⁵⁶. Sulla base delle indicazioni ricavate soprattutto per gli *ateliers* ceramici è possibile affermare che tale disposizione doveva essere già in funzione dalla fine del VII o al massimo dal primo quarto del VI sec. a. C. Nel Mediterraneo centrale laboratori artigianali così antichi si trovano solo a Mozia⁵⁷, mentre nella Penisola Iberica la situazione appare più articolata. Per quel che concerne l'VIII sec. a. C. si deve segnalare il rinvenimento a Morro de Mezquitilla di un'officina per la lavorazione del ferro disposta marginalmente all'abitato, sul pendio superiore dell'insedia-

⁴⁹ Cf. le tre tombe di individui adulti A-143, A-160, A-162 pubblicate da S. Lancel, "Fouilles françaises à Carthage. La colline de Byrsa et l'occupation punique (VIIe siècle - 146 av. J.-C.). Bilan de sept années de fouilles", *CRAI* 1981, in part. pp. 162-164; Id., "Les niveaux funéraires", in S. Lancel (ed.), *Byrsa II*, Paris 1982, p. 340 e ss.

⁵⁰ Cf. J. Ramón, *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Barcelona 1995, pp. 107, 182 (tipo T-3.1.1.2.).

⁵¹ Valutazioni analoghe sono espresse da M. Gras - P. Rouillard - J. Teixidor, *L'universo fenicio*, Torino 2000, pp. 205, 279-281.

⁵² Cf. M. Botta, *Studi storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII sec. a. C.*, cit. (nota 8), pp. 75-82.

⁵³ S. Lancel, "Ivoires phénico-puniques de la peuple archaïque de Byrsa, à Carthage", in *ACFP I*, pp. 687-692.

⁵⁴ La tesi del Lancel è riportata *ibid.*, pp. 691-692; per quella di I. J. Winter cf. "Homer's Phoenicians: History, Ethnography or Trope? [A Perspective on Early Orientalism]", cit. (nota 8), p. 267, nota 40.

⁵⁵ H.-G. Niemeyer, "The Early Phoenician City-States on the Mediterranean Archaeological Elements for their Description", cit. (nota 25), p. 107.

⁵⁶ F. Rakob, "Khartago. Die frühe Siedlung", *RM* 96 (1989), pp. 156-164, fig. 5; M. Vegas, "Archaïsche Töpferöfen in Karthago", *ibid.*, 97 (1990), pp. 33-56.

⁵⁷ J. I. S. Whitaker, *Motya. A Phoenician Colony in Sicily*, London 1921, pp. 173-174; V. Tusa, *La necropoli arcaica e adiacenze. Relazione preliminare degli scavi eseguiti a Mozia negli anni 1972-74*, in *Mozia IX*, Roma 1978, pp. 7-98; G. Falsone, *Struttura e origine orientale dei forni da vasaio di Mozia*, Palermo 1981.

mento che si erge fra il mare e il porto⁵⁸. Pressoché contemporanei sono inoltre i forni per la coppellazione rinvenuti al Castillo de Doña Blanca, nella baia di Cadice, anche se la parzialità degli scavi per quel che concerne le fasi più antiche dell'insediamento non permette di stabilire con esattezza la loro disposizione all'interno del tessuto urbano⁵⁹. Per il VII sec. a. C., invece, particolare menzione meritano i casi di Sa Caleta, a Ibiza⁶⁰, e di La Fonteta, sulla costa alicantina, dove officine destinate alla fusione e alla lavorazione dei metalli sono state individuate in corrispondenza di quella che era l'antica spiaggia⁶¹.

5. LA FASE PUNICA: L'ARTIGIANO E LE NUOVE STRUTTURE ECONOMICO-PRODUTTIVE

La successiva fase punica si caratterizza per la formazione a partire dall'avanzato VI sec. a. C. di un vasto impero mediterraneo da parte di Cartagine, che sviluppò una politica economica basata prevalentemente su un intenso sfruttamento del territorio. Le nuove direttrici imposte dalla metropoli nord-africana ebbero ripercussioni anche sull'organizzazione del lavoro artigianale orientato verso forme di produzione su larga scala, con massiccio utilizzo di manodopera schiavile⁶². Naturalmente questo non fu l'esclusivo sistema adottato in tale periodo sto-

rico, dal momento che dovettero essere sempre attive le piccole botteghe artigianali, le cui produzioni erano indirizzate verso i mercati locali, e gli *ateliers* specializzati destinati ai prodotti di lusso, dove l'artigiano nel rapporto con l'oggetto da lui prodotto aveva ancora la possibilità di esprimere la propria abilità professionale. In quest'ambito l'organizzazione della bottega non doveva essere diversa da quella dei laboratori della madrepatria e dei più antichi *ateliers* occidentali. Si ha notizia, per esempio, della trasmissione di generazione in generazione del tipo di mestiere, in particolare di quelli come il metallurgo, l'orafo o l'intagliatore di avori, per i quali erano necessari una conoscenza tecnica e un'abilità particolari⁶³.

Per quel che concerne invece le produzioni più standardizzate andrà osservato che la progressiva perdita di qualità dell'oggetto elaborato testimonia il degrado delle capacità professionali dell'artigiano, ridotto a svolgere, come un semplice operaio, mansioni ripetitive e alienanti⁶⁴. Questo tipo di sistema di produzione venne adottato soprattutto dalle grandi imprese urbane come quelle che operarono a Cartagine nell'ambito dell'edilizia, della cantieristica, dell'armamentario da guerra e della ceramica da trasporto e di uso comune⁶⁵. Andrà comunque osservato che se la produzione standardizzata raggiunse la sua massima diffusione con l'apogeo della potenza cartaginese, non manca-

⁵⁸ H. Schubart, "La forja fenicia del hierro en el Morro de Mezquitilla", in A. González Prats (ed.), *La cerámica fenicia en Occidente*, Alicante 1999, pp. 248-249.

⁵⁹ D. Ruiz Mata, "La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca", *Complutum* 10 (1999), p. 306.

⁶⁰ J. Ramon, "El yacimiento fenicio de Sa Caleta", in *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Eivissa 1991, pp. 177-187.

⁶¹ A. González Prats – E. Ruiz Segura, "Una zona metalúrgica de la primera mitad del siglo VII en la ciudad fenicia de La Fonteta (Guardamar, Alicante)", in *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, III, Cartagena 1999, pp. 355-357. Cf. adesso A. González Prats – M. Renzi, *infra*, cap. 12.

⁶² Per il problema dell'utilizzo della componente schiavile nelle attività artigianali all'interno del mondo romano rimangono ancora fondamentali gli studi raccolti da A. Giardina – A. Schiavone (eds.), *Società romana e produzione schiavistica, II. Mercati, mercati e scambi nel Mediterraneo*, Roma-Bari 1981.

⁶³ Significativa al riguardo risulta l'iscrizione da Cartagine CIS I 5984 datata al II sec. a. C. nella quale si ricordano ben quattro generazioni di fonditori («Tomba di Bodmelqart, figlio di 'STNYS, figlio di 'KYS, figlio di PQY, il fonditore»). Interessanti risultano anche CIS 327 e CIS 328, sempre da Cartagine, relative molto verosimilmente a due fratelli che avevano ereditato dal padre lo stesso mestiere di orafo. Sulle professioni artigianali a Cartagine cf. in generale A. Ferjaoui, "Fonctions et métiers de la Carthage punique à travers les inscriptions", in *REPPAL* 6 (1991), pp. 71-86.

⁶⁴ Per raffronti con il mondo romano oltre agli studi citati a nota 62 cf. J. P. Morel, "La produzione artigianale e il commercio transmarino", in *Storia di Roma*, II, 1, Torino 1990, in part. pp. 402-404.

⁶⁵ Per le grandi opere urbane cf. per es. la famosa «iscrizione urbanistica» del III sec. a. C., A. Mahjoubi – M. H. Fantar, "Une nouvelle inscription carthaginoise", *RANL*, ser. VIII, 21 (1966), pp. 201-209; A. Dupont-Sommer, "Une nouvelle inscription punique de Carthage", *CRAI* (1968), pp. 116-133. Per la cantieristica cf. Polibio X 17,9 dove si fa riferimento a duemila operai che lavoravano nell'arsenale di Cartagena in Spagna.

no esempi riferibili alla fase fenicia. Emblematico al riguardo è il caso dall'*atelier* ceramico individuato al Cerro del Villar, nella provincia di Malaga. Lo studio di questo impianto, infatti, ha evidenziato come già nella prima metà del VI sec. a. C. si producessero nella colonia andalusa grandi contenitori per il trasporto e lo stoccaggio di prodotti alimentari (anfore, *pithoi*), destinati non solo a soddisfare le esigenze degli abitanti dell'insediamento fenicio, ma anche di quelli dei centri indigeni ad esso economicamente vincolati. La fabbricazione di questi vasi raggiunse livelli quantitativi così elevati da implicare sin dall'inizio un'organizzazione del lavoro alquanto complessa e da giustificare l'utilizzo del termine «industriale» per definire tale tipo di produzioni⁶⁶.

Per le fasi più tarde interessante risulta la situazione di Cadice, la potente città dell'Andalusia occidentale che intratteneva con Cartagine rapporti paritetici. Molta dell'importanza di tale centro si deve allo sfruttamento delle risorse marine, in particolare di quelle legate alla pesca e alla conservazione del tonno e alla produzione di *garum*. Queste attività, praticate sin dalle prime fasi di vita della colonia, con il IV sec. a. C. assunsero proporzioni prima impensabili. In tale periodo, infatti, si assiste a un radicale cambiamento nel tipo di organizzazione sia della lavorazione del pescato sia della sua distribuzione, con il passaggio da un commercio regionale a un commercio ad ampio raggio indirizzato verso molti dei principali mercati del Mediterraneo, da Corinto a Cartagine, da Ampurias a Vulci. Nella Baia di Cadice si moltiplicano gli stabilimenti di lavorazione

del pesce e allo stesso tempo si assiste all'intensificazione della produzione di sale, necessario per la conservazione degli alimenti, e alla nascita di *ateliers* ceramici destinati alla realizzazione di specifici contenitori per il trasporto del pescato contraddistinti da bolli di garanzia⁶⁷. Si passa quindi da una produzione limitata, gestita prevalentemente da piccoli gruppi di persone, a una produzione di tipo industriale, per la quale, come è stato ripetutamente segnalato, il santuario di Melqart, dovette svolgere un importante ruolo di controllo⁶⁸. Quello del tempio gaditano è sicuramente uno dei casi più evidenti e conosciuti sin dall'antichità di gestione da parte della classe sacerdotale di attività economico-artigianali. Un altro interessante esempio proviene da Kerkouane, dove all'interno del santuario cittadino è stato messo in luce un laboratorio artigianale datato al III secolo a. C., nel quale si producevano terrecotte figurate destinate ai fedeli⁶⁹.

Anche nella fase punica i quartieri degli artigiani erano dislocati alla periferia degli abitati, in zone in disuso e marginali rispetto ai quartieri residenziali. A Cartagine per esempio, a seguito della grande espansione della città avvenuta a partire dal V sec. a. C., gli artigiani si spostarono a lavorare in aree diverse da quelle utilizzate nel periodo precedente, che vennero invece occupate da abitazioni signorili, verosimilmente di ricchi commercianti⁷⁰. Gli scavi condotti fra la fine dell'Ottocento e i primi decenni del Novecento hanno fornito una documentazione esaustiva al riguardo, evidenziando come le necropoli di Douimès e Dermech, in funzione nelle fasi più antiche della colonia, fossero destinate

⁶⁶ J. A. Barceló *et al.*, "El área de producción alfarerera del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)", *RSF* 23 (1995), pp. 147-181; E. Curiá *et al.*, "El taller alfarero de principios del siglo VI a. C.", in M. E. Aubet *et al.*, *Cerro del Villar – I*, Sevilla 1999, pp. 157-305; E. Curiá *et al.*, "La organización de la producción de cerámica en un centro colonial fenicio: el taller alfarero del siglo VI a. n. e. del Cerro del Villar (Málaga)", in *ACFP IV*, pp. 1475-1485.

⁶⁷ J. I. Vallejo – I. Córdoba – A. M. Niveau, "Factorías de salazones en la Bahía gaditana: economía y organización espacial", *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, III, Murcia 1999, pp. 107-114; J. C. Carrera – J. L. de Madaria – J. Vives-Ferrándiz, "La pesca, la sal y el comercio en el Círculo del Estrecho. Estado de la cuestión", *Gerión* 18 (2000), pp. 43-76.

⁶⁸ Su queste problematiche cf. F. Chaves – E. García Vargas, "Reflexiones en torno al área comercial de Gades: estudio numismático y económico", *ibid.*, 3 (1991), suplemento "Alimenta. Estudios en Homenaje al Dr. Michel Ponsich", pp. 139-68; M. C. Marín Ceбалlos, "Reflexiones en torno al papel económico-político del templo fenicio", in *Homenaje a José María Blázquez*, III, Madrid 1994, pp. 349-362.

⁶⁹ M. H. Fantar, "Les études puniques en Tunisie", in *ACFP I*, pp. 184-185; *Id.*, *Kerkouane, cité punique du Cap Bon (Tunisie)*, III, Tunis 1986, pp. 155-158.

⁷⁰ F. Rakob (ed.), *Karthago I. Die deutschen Ausgrabungen in Karthago*, Mainz am Rhein 1991.

a ospitare laboratori ceramici⁷¹. Queste notizie si integrano con quelle del rinvenimento di un forno per la fusione del vetro nell'area di Dermech⁷², di un *atelier* metallurgico sul fianco sud-est della collina di Byrsa⁷³ e di impianti per la lavorazione della porpora a Le Kram, databili fra la seconda metà del III e gli inizi del II sec. a. C.⁷⁴.

Discorso analogo deve essere fatto per la vicina Utica, dove nel 1925 l'Abbé Foulard scoprì un quartiere di vasai nell'area della necropoli arcaica⁷⁵. Rimanendo in Nord-Africa particolarmente interessante risulta la situazione di Kerkouane, che ha restituito forni da ceramista sia all'esterno sia all'interno della città, questi ultimi destinati comunque a una produzione ordinaria rivolta a una clientela ristretta. Tale differenziazione spaziale è riscontrabile anche per altre attività. Infatti, mentre nell'abitato è stata messa in luce una vetreria, i forni per la produzione di calce e le attività legate alla lavorazione della porpora erano esterni alle mura, dislocati prevalentemente in prossimità del mare⁷⁶.

A Mozia, in Sicilia, le attività artigianali rimasero confinate nella zona nord dell'isola, tra il tofet e la necropoli arcaica⁷⁷. Situazione analoga è riscontrabile per le aree «industriali» individuate nelle colonie di Tharros e di Nora, in Sardegna. Nel primo caso le fornaci pirometallurgiche, in funzione già nel V sec. a. C., si dispongono nel settore occidentale della collina di *Su Muru mannu*⁷⁸, ai limiti

dell'abitato. A Nora, invece, i laboratori artigianali della fase tardopunica si collocano alla base del versante nord-occidentale della «Collina di Tanit», non distanti dal mare e in direzione del porto⁷⁹. Passando alla Penisola Iberica andrà senza dubbio segnalata la particolare situazione verificatasi al Cerro del Villar, dove a seguito dell'abbandono della colonia intorno al 570 a. C., l'area in virtù dell'eccellente qualità delle argille venne trasformata nel V e nel IV sec. a. C. in un vasto quartiere industriale dipendente dalla vicina Málaga, con forni e laboratori destinati alla produzione ceramica⁸⁰. Ben documentata è inoltre la situazione di La Fonteta, dove si riscontra una continuità fra fase fenicia e fase punica anche per quel che concerne la dislocazione delle officine metallurgiche⁸¹.

Sulla consapevolezza da parte dell'artigiano della propria funzione sociale importanti elementi sono forniti dallo studio dei contesti funerari. Interessante al riguardo risulta lo scavo di una tomba di Utica databile agli inizi del IV sec. a. C. Le indagini condotte da Pierre Cintas alla fine degli anni Cinquanta del secolo scorso hanno infatti portato al recupero della sepoltura di un artigiano ebanista, che si era fatto sotterrare con i propri utensili, con la materia prima ancora da lavorare e con una serie di prodotti in corso di esecuzione, come placchette di osso, ciottoli levigati e valve madreperlacee accuratamente pulite destinate ad ornare pissidi e

⁷¹ A. L. Delattre, «La nécropole punique de Douimès à Carthage (Fouilles de 1895 e 1896)», *Mémoires de la Société Nationale des Antiquaires de France*, 56 (1897), pp. 22-25; P. Gauckler, *Nécropoles puniques de Carthage*, II, Paris 1915, pp. 512-516; S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, IV, Paris 1924, p. 57 e ss.; P. Cintas, *Céramique punique*, Paris 1950, pp. 23-33.

⁷² Cf. per una descrizione piuttosto sommaria P. Gauckler, *Nécropoles puniques de Carthage*, I, cit. (nota 71), p. 10.

⁷³ G.-Ch. Picard – C. Picard, *Vie et mort de Carthage*, Paris 1970, pp. 39, 115-118 e 158; S. Lancel, *Carthage*, Paris 1992, pp. 154-161.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 163-165.

⁷⁵ J. Moulard, «Fouilles à Utique en 1925», in *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques*, 1926, pp. 225-235.

⁷⁶ M. H. Fantar, *Kerkouane, cité punique du Cap Bon (Tunisie)*, cit. (nota 69), pp. 509-524.

⁷⁷ V. Tusa, «L'area industriale di Mozia» in E. Acquaro (ed.), *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione*, Pisa-Roma 1996, pp. 1003-1022.

⁷⁸ C. Galeffi, «Nota preliminare allo studio delle «fornaci» di Tharros», *RSF* 28 (2000), pp. 195-197; G. M. Ingo et al., «Primo contributo alla ricostruzione delle fornaci pirometallurgiche di Tharros», *ibid.*, pp. 199-204.

⁷⁹ B. M. Giannattasio, «L'area C di Nora, ovvero uno spazio aperto», in C. Tronchetti (ed.), *Ricerche su Nora – I (anni 1990-1998)*, Cagliari 2000, pp. 77-86.

⁸⁰ Cf. M. E. Aubet, «La secuencia arqueo-ecológica del Cerro del Villar», in A. González Prats (ed.), *La cerámica fenicia en Occidente*, cit. (nota 58), pp. 47-48 e da ultimo M. E. Aubet – A. Delgado, «La colonia fenicia del Cerro del Villar y su territorio», in C. G. Bellard (ed.), *Ecobistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia 2003, p. 62.

⁸¹ A. González Prats, «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97», *RSF* 26 (1998), pp. 191-213.

piccoli contenitori per cosmetici⁸². Il grado di benessere raggiunto da questo individuo risulta confermato dal proprio corredo personale composto da un *collier* con cinque pendenti e da un orecchino d'oro puro di pregevole fattura decorato con motivi realizzati a filigrana. Interessanti sono inoltre le indicazioni fornite da P. Gauckler in riferimento ad una tomba scavata nella necropoli di Dermèche, il cui corredo comprendeva, fra l'altro, anche delle placchette di marmo di cui alcune presentavano ben evidenti le tracce di un lavoro fatto al compasso, abbozzato ma mai terminato⁸³. Dalla metropoli nord-africana provengono altre importanti indicazioni relative allo scavo di tombe. La prima riguarda il recupero di un'impronta di sigillo che raffigura un *murex trunculus*, cioè il gasteropode da cui i Fenici ricavano la porpora. Come è stato giustamente evidenziato da M. H. Fantar il proprietario di questo sigillo doveva molto verosimilmente dirigere una tintoria o essere un commerciante di stoffe colorate⁸⁴. Il dato può essere integrato con il recupero all'interno di una sepoltura cartaginese di una brocca con incisa l'iscrizione «Bodashtart, figlio di Baalhanno» contenente *murex* frantumati⁸⁵. Questa pratica doveva avere origini molto antiche, dal momento che risulta documentata in alcune sepolture della necropoli orientalizzante de La Joya, presso Huelva, databili nel VII sec. a. C.⁸⁶. Anche per le attestazioni spagnole si è giustamente sottolineato il valore simbolico del *murex*, la cui presenza nelle sontuose tombe delle aristocrazie tartessiche doveva rimarcare una sacralizzazione dell'attività tecnica legata all'estrazione della porpora

fonte di notevole ricchezza per i signori di una regione in cui questo tipo di gasteropode era particolarmente diffuso⁸⁷.

Sempre in riferimento alla consapevolezza da parte dell'artigiano della propria funzione sociale una non trascurabile documentazione proviene dai tofet, dove in alcuni casi le stele presentano insieme al nome del dedicante anche la qualifica del mestiere, oppure l'iconografia degli strumenti utilizzati nella professione⁸⁸. Il caso senza dubbio più significativo è rappresentato dal tofet di Cartagine, dove le attestazioni di attività artigianali seppur non numerosissime sono abbastanza consistenti e fanno riferimento a varie professioni, in particolare a quelle legate alla lavorazione dei metalli (ferro, rame, oro)⁸⁹. Per quel che concerne le stele su cui si trovano le raffigurazioni di strumenti di lavoro è stato osservato che si datano tutte al periodo tardo (fine III - inizi II sec. a. C.)⁹⁰. Non è forse un caso che, nella scarsità generale delle attestazioni, queste iconografie rimandino tutte a lavori strettamente connessi alla produzione di stele, quali quelli dell'incisore, del cavatore di pietre e dello scultore. È probabile, quindi, che questi artigiani abbiano ceduto alla tentazione di autorappresentarsi simbolicamente sul monumento votivo, indicando il proprio strumentario. Fuori della metropoli nord-africana le attestazioni al riguardo sono molto rare. Fra i pochi significativi esempi si deve comunque ricordare la dedica di *'bd'lm*, il vasaio, al suo signore Ba'al Hammon, rinvenuta nel *tofet* di Mozia⁹¹.

Il limite estremo di tale processo di consapevolezza delle proprie qualità e del ruolo

⁸² P. Cintas, "Deux campagnes de fouilles à Utique", *Karthago* 2 (1958), p. 37.

⁸³ P. Gauckler, *Nécropoles puniques de Carthage*, I, cit. (nota 71), p. 91, n. 212.

⁸⁴ M. H. Fantar, *Carthage. Approche d'une civilisation*, I, Tunis 1993, p. 308.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ J. P. Garrido, "Influencias foráneas en el círculo fenicio del Atlántico: el complejo cultural de Huelva en el periodo orientalizante", in *Actas del I Congreso Internacional el estrecho de Gibraltar*, I, Madrid 1988, pp. 399-406.

⁸⁷ P. Fernández Uriel, "El comercio de la púrpura", in P. Fernández Uriel et al. (eds.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid 2000, p. 276.

⁸⁸ H. Hours - Miédan, "Les représentations figurées sur les stèles de Carthage", *Cahiers de Byrsa* 1 (1951), pp. 65-66, non esclude la possibilità che si tratti di strumenti religiosi.

⁸⁹ M. H. Fantar, *Carthage. Approche d'une civilisation*, I, cit. (nota 84), p. 292.

⁹⁰ Cf. per es. C. Picard, "Les représentations de sacrifice *molk* sur les stèles de Carthage", in *Karthago* 18 (1978), pp. 5-116.

⁹¹ M. G. Arnadasi, *Scavi a Mozia - Le iscrizioni*, Roma 1986, pp. 25-26, n. 16.

svolto all'interno della comunità di appartenenza è raggiunto nel momento in cui l'artigiano arriva a firmare il proprio lavoro. Le attestazioni al riguardo risultano quasi tutte di epoca tarda. Le uniche possibili firme di artigiani relative alla fase arcaica si riferiscono alle iscrizioni presenti su due dei più raffinati prodotti fenici rinvenuti nella Penisola Italica: si tratta delle patere d'argento decorate a sbalzo e ad incisione provenienti da Pontecagnano⁹² e da Praeneste⁹³, datate fra la fine dell'VIII e gli inizi del VII sec. a. C. Nel primo caso la lettura dell'iscrizione proposta da G. Garbini è: *bls^obnnsk*, interpretata come «*bls^o*» che appartiene alla corporazione dei fonditori⁹⁴. Recentemente però è stata avanzata una differente lettura, basata su una nuova riproduzione fotografica, secondo la quale sarebbe più verosimile leggere dopo il nome proprio l'indicazione della paternità (*bn hmlk*)⁹⁵. Riguardo all'iscrizione della patera della tomba Bernardini sembra invece generalmente accettata la lettura *šmny^od bn šr*, interpretata come la firma dell'artigiano che ha eseguito il lavoro seguita dal patronimico⁹⁶.

Più ricca, anche se sempre molto limitata, risulta la documentazione delle fasi più tarde. Al riguardo si ricorda l'iscrizione incisa su una stele del tofet di Sousse, in cui compare il nome dell'artigiano Abdashtart, la cui bottega era collocata «alla porta del santuario»⁹⁷, secondo una prassi documentata per il Nord-Africa anche a Kerkouane, come del resto già osservato⁹⁸. Da quest'ultimo centro proviene un'altra importante attestazione riferibile all'iscrizione apposta sopra

l'entrata alla camera funeraria di una sepoltura scavata nella roccia, che M. H. Fantar legge: *yzbq hnsk*⁹⁹. Di un certo interesse è il fatto che il nome del defunto possa riferirsi a un libico, dal momento che fra le centinaia di tombe scavate le uniche due che presentano un epitaffio sembrano di individui appartenenti a questo gruppo etnico. Nel caso sopra segnalato si tratta di un fonditore, che voleva distinguersi dal resto dei defunti sia per le sue origini sia per il tipo di attività svolto in vita, ritenuto, evidentemente, di un certo prestigio. Un'altra interessante iscrizione funeraria proviene da Mozia ed è stata rinvenuta nel lontano 1779. Il testo, datato su base paleografica alla fine del V - IV sec. a. C., indica che la tomba appartiene ad un certo *mtr*, il vasaio¹⁰⁰. Tornando in Nord-Africa, dalla necropoli di Kélibia, antica Aspis, proviene un'iscrizione incisa sulle pareti di una tomba a camera che è stata tradotta «taglio che ha fatto Arshim figlio di Bodashtart»¹⁰¹: in questo caso l'artigiano che ha realizzato la tomba tagliandola nella roccia ha voluto lasciare indelebile l'indicazione della propria opera. Un ulteriore esempio di firma di artigiano potrebbe essere quello rinvenuto su un'iscrizione riportata su una stele neopunica da Maktar¹⁰², dove dopo il patronimico e il mestiere del dedicante si legge in caratteri più piccoli: *b/p^ol ym^or 'br*, tradotto con «fatto dal *ym^or* lo scultore». In questo caso si potrebbe pensare alla firma dello scultore che ha scolpito la stele o del lapicida che ha inciso l'iscrizione, ma «è interessante notare che la nostra conoscenza

⁹² B. D'Agostino, «La patera orientalizzante da Pontecagnano riesaminata», *SE* 45 (1977), pp. 51-58, con bibl. prec.

⁹³ F. Canciani - F.-W. von Hase, *La tomba Bernardini di Palestrina*, Roma 1979, p. 38, n. 19.

⁹⁴ G. Garbini, «L'iscrizione fenicia», in B. D'Agostino, «La patera orientalizzante da Pontecagnano riesaminata», *cit.* (nota 92), pp. 58-62. L'interpretazione del Garbini è avallata da M. Heltzer, «A Recently Discovered Phoenician Inscription and the Problem of the Guilds of Metal Caster», in *ACFPI*, pp. 119-123.

⁹⁵ Cf. M. G. Amadasi, «Coppe «orientali» nel Mediterraneo occidentale», *Scienze dell'Antichità Storia Archeologia Antropologia* 5 (1991), p. 415.

⁹⁶ G. Garbini, «L'iscrizione fenicia», *cit.* (nota 94), p. 61; M. G. Amadasi, «Iscrizioni semitiche di nord-ovest in contesti greci e italici (X-VII sec. a. C.)», *DdA* 5 (1987), pp. 26-27, n. 12.

⁹⁷ M. H. Fantar, «Récents découvertes dans le domaines de l'archéologie et de l'épigraphie puniques», *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques*, n. s. 7 (1971), 1973, pp. 262-264.

⁹⁸ Cf. *supra* nota. 69.

⁹⁹ M. H. Fantar, *Kerkouane, cité punique du Cap Bon (Tunisie)*, III, *cit.* (nota 69), pp. 423-426, tav. II.

¹⁰⁰ *ICO*, pp. 55-56, Sicilia 3.

¹⁰¹ M. H. Fantar, «L'archéologie punique en Tunisie 1980-1987», in *ACFP II*, pp. 843-845.

¹⁰² C. Bonnet, «La terminologie phénico-punique relative au métier de lapicida et à gravure des textes», *SEL* 7 (1990), pp. 111-122.

della terminologia non permette di distinguere le due operazioni anche se questo non induce a concludere che i due mestieri fossero fatti dalla stessa persona»¹⁰³. Comunque fra tutte le attestazioni segnalate senza dubbio la più interessante è quella di Ataban, l'architetto costruttore del mausoleo di Dougga¹⁰⁴, che permette anche di affrontare il problema dell'organizzazione del lavoro nei cantieri edili. Per le grandi opere architettoniche e per i lavori urbani più importanti infatti le maestranze dovevano essere coordinate dai progettisti, che seguivano direttamente sul cantiere tutte la fasi della realizzazione della loro opera. Il dato emerge anche nella già citata «iscrizione urbanistica» di Cartagine, nella quale si fa preciso riferimento a un «ingegnere stradale» che di fatto doveva dirigere i lavori per la costruzione della nuova arteria cittadina¹⁰⁵. Il testo in questione è importante anche perché in esso si chiarisce forse per la prima volta in modo esaustivo il rapporto che rappresentava fra questi grandi lavori edili e le corporazioni artigianali. L'iscrizione infatti riporta in modo dettagliato quelle corporazioni con sede nella metropoli che dovettero garantire il buon esito dell'impresa, dai trasportatori ai ceramisti, dai fonditori d'oro a coloro che controllavano il peso delle monete. Da ciò si deduce inoltre che a Cartagine, nel III sec. a. C., le corporazioni dovevano avere un certo peso politico, dal momento che erano in grado di riunire tutte le più importanti forze produttive della città e di manifestare il proprio operato tramite documenti pubblici.

L'accrescersi della documentazione in relazione alle fasi più tarde dell'impero permette di considerare in modo più approfondito l'organizzazione sociale in ambito cartaginese¹⁰⁶. Gli artigiani potevano appartenere alle tre principali classi sociali della metropoli

li nord-africana: gli uomini liberi, i semi-liberi e gli schiavi. Se è chiaro che alla maggior parte degli artigiani venisse riservato il diritto, insieme agli altri uomini liberi di condizione inferiore, di partecipare all'assemblea generale del popolo, non si è invece in grado di stabilire se ad essi, almeno ai più ricchi, fosse consentito di accedere alle fasce più alte della gerarchia sociale e quindi alla carriera pubblica. Le informazioni raccolte da Polibio (X, 17) e da Tito Livio (XXVI, 47) si riferiscono all'esistenza a Cartagine di un numero considerevole di uomini liberi definiti rispettivamente dai due scrittori come χειροτέχναι e *opifces*. Questi sono giuridicamente differenziati dai cittadini detentori della totalità dei diritti chiamati πολιτικοί o *cives*. Solo questi ultimi, dopo la conquista della città da parte di Roma, ricevettero la garanzia di restare liberi. Il possesso della cittadinanza doveva essere quindi un fattore discriminante; nel movimento interno alla gerarchia sociale doveva tuttavia essere impossibile a un artigiano, anche il più bravo, essere considerato cittadino cartaginese. La bravura tecnica e il censo non dovevano essere cioè elementi discriminanti al fine del passaggio da un gradino all'altro della scala sociale. Qualcosa di simile a quanto avveniva a Roma, dove anche il più ricco e il più bravo degli artigiani non poteva essere paragonato a livello di riconoscimento giuridico al più povero cittadino romano¹⁰⁷.

[M. B.]

6. UN DIO ARTIGIANO O UN DIO PER GLI ARTIGIANI?

Esisteva presso i Fenici la figura di un dio artigiano¹⁰⁸. Il suo nome era Chusor, che significa «esperto» ed è attestato nell'epigrafia

¹⁰³ *Ibid.*, p. 118. Sulla questione cf. anche M. G. Amadasi, *Scavi a Mozia – Le iscrizioni*, cit. (nota 91), pp. 49-54 e 93-94.

¹⁰⁴ J. G. Février, "L'inscription du Mausolée dit d'Atban (Dougga)", *Karthago* 10 (1959-1960), pp. 53-57.

¹⁰⁵ Cf. *supra* nota 65.

¹⁰⁶ S. F. Bondi, "La société", in *CPPMR*, pp. 345-353.

¹⁰⁷ Sul rapporto tra il concetto di *civitas* romana e il diritto di cittadinanza cartaginese cf. G. Garbini, "Considerazioni conclusive", in *Fenici e Arabi nel Mediterraneo*, Roma 1983, pp. 153-166.

¹⁰⁸ P. Xella, "Il dio artigiano Kothar", in P. Xella (ed.), *Magia. Studi di Storia delle Religioni in memoria di Raffaella Garosi*, Roma 1976, pp. 11-125; E. Lipiński, *Dieux et déesses de l'univers phénicien et punique*, Leuven 1995, pp. 108-112.

fenicia e punica solo nell'onomastica, dove figura sotto la forma *Kšr*¹⁰⁹. È verosimilmente solo un caso il fatto che l'elemento teoforo *Kšr* non compaia nell'onomastica fenicia d'Oriente, mentre è ben attestato in punico e neopunico, in particolare in Nord-Africa dove ricorre specialmente nella forma *'bdkšr* «servitore di *Kšr*»¹¹⁰.

La figura di un dio artigiano che viveva appartato in una dimora lontana «oltre il mare» è nota nei testi di Ugarit col nome di *Ktr-w-ḥss* («Abile-e-ingegnoso») ¹¹¹. Gli ambienti colti che elaborarono questa figura divina, fornendoci una serie di informazioni circa l'immagine che nei contesti palatini si aveva del lavoro artigianale, dipingono *Ktr* come artefice di gioielli preziosi e armi invincibili per le altre divinità, costruttore di dimore divine, saggio consigliere e connesso con musica e magia.

Per il I millennio a. C. le informazioni relativamente a Chusor sono quelle fornite da alcune testimonianze negli scrittori classici. Il dio è citato da Filone di Biblo che lo assimila a Efesto e a Zeus Meilichios dicendo che fu l'inventore della navigazione, delle formule magiche e della pesca¹¹², dal filosofo neoplatonico Damascio, che cita un certo Mochos (per il quale Chusoros ha un ruolo di intervento nella cosmogonia fenicia)¹¹³, e dallo Pseudo-Melitone che considera Chusor come il re dei Fenici e il padre di Tammuz, di cui si sarebbe invaghita la Baalat Gebal

ipotizzando che Biblo fosse la sua residenza.

Come Efesto e Vulcano era quindi un dio di cui tutti, uomini e dei, avevano bisogno, ma che viveva emarginato e le cui conoscenze, apprezzate ma spesso viste come artifici magici e incontrollabili, ne facevano una figura al contempo necessaria e temibile.

Quanto alle forme di culto di questa divinità non si sa molto. Non si hanno notizie di templi ad essa dedicati, anche se Polibio (X, 10,11) dice che a Cartagena esisteva una collina di Efesto, che si può intendere come sede del quartiere artigianale, ma forse anche come luogo in cui si trovava un tempio dedicato al dio.

Parrebbe quasi che il dio artigiano non fosse necessariamente la divinità cui specificamente gli artigiani indirizzavano le loro preghiere. In tal senso significativa sembra la testimonianza di Sarepta, dove il tempio verosimilmente intitolato alla dea Astarte era inserito proprio all'interno del quartiere industriale e doveva verosimilmente essere frequentato da coloro che lavoravano nelle officine ceramiche.

Non si hanno infine rappresentazioni iconografiche di questo dio, ma è di un certo interesse il fatto che nella colonia fenicia di Malaga fosse rappresentata una divinità dal copricapo conico e con delle tenaglie. Questa divinità è stata identificata con l'Efesto greco o col Vulcano latino¹¹⁴.

[I. O.]

¹⁰⁹ F. L. Benz, *Personal Names in the Phoenician and Punic Inscriptions*, Roma 1972, pp. 131, 330, 336.

¹¹⁰ È attestato a Cartagine, Costantina, Guelfa, Ain Nechma e Henchir Bou Atfan. Lipiński, *cit.*, p. 110; per l'onomastica Benz, *cit.* nota 109.

¹¹¹ P. Xella, "Il dio artigiano Kothar", *cit.* (nota 40); D. Pardee, *s. v.* "Koshar", in *DDD*, con bibliografia.

¹¹² Philo Bybl., fr.2 Jacoby (*FgrHist*) *apud* Eus., *Praep. evang.*, I, 10,11.12

¹¹³ Moch. (Laetus), fr. 4 Jacoby (*FgrHist*), *apud* Damasc., *De princ.*, 125 c., in questa fonte Chusoros è detto «l'apritore».

¹¹⁴ G. Del Olmo Lete – M. E. Aubet, (eds.), *Los fenicios en la Península Ibérica* II, Sabadell 1986, pp. 139-155, in particolare F. Chaves – M. C. Marín Ceballos, *L'influence phénico-punique sur l'iconographie des frappes locales de la Péninsule Ibérique*, in T. Hackens – Gh. Moucharte (eds.), *Numismatique et histoire économique phéniciennes et puniques* (Studia Phoenicia IX), Louvain la Neuve 1992, pp. 167-194; L. I. Manfredi, *Monete puniche. Repertorio epigrafico e numismatico delle leggende puniche*, Roma 1995, pp. 228 con bibliografia.

12. EL HOMBRE Y LOS METALES

A. GONZÁLEZ PRATS – M. RENZI

El uso, producción y comercialización de los metales fueron actividades substanciales en la vida cotidiana del hombre fenicio. Las ciudades fenicias fueron los puertos de entrada de ingentes cantidades de plata procedentes del Occidente mediterráneo y son bien conocidas las exigencias tributarias cuando la presión militar asiria.

La elaboración de variados objetos con diversos metales llegó a ser una de sus grandes especialidades, adquiriendo renombre entre los pueblos vecinos.

Así, la literatura homérica recoge la fama de los cuencos de plata fabricados en Sidón, en una ocasión figurando como premio en los juegos fúnebres de Patroclo:

... Y el hijo de Peleo sin demora nuevos premios iba depositando para recompensar la ligereza: una cratera de plata labrada en la que bien cabían seis medidas y en belleza venía con exceso a cualquier otra por la tierra toda, puesto que bien la habían labrado muy expertos artífices sidonios y varones fenicios, transportándola por sobre el mar brumoso... (Ilíada, XXIII, 741-745)

y en otra como regalo ofrendado a Menelao por el rey de los sidonios:

... Te daré una cratera bien trabajada, de plata toda ella y con los bordes pulidos en oro. Es obra de Hefesto; me la dio el héroe Fedimo, rey de los sidonios... (Odisea, IV, 615).

... En cuanto a los dones [...], te voy a entregar el más hermoso y estimable de cuantos tesoros tengo en casa. Te voy a dar una cratera trabajada, toda ella de plata, con los bordes fundidos con oro... (Odisea, XV, 107-109).

La alianza establecida entre las casas reales de Hiram y Salomón en el siglo X propició intensas relaciones comerciales entre Tiro e Israel. Han quedado reflejadas en las fuentes bíblicas, con numerosas alusiones a los cargamentos de metales (plata, oro, hierro,

estaño y plomo) que llegaban a los puertos fenicios desde Tarshish y Ophir:

... Tarshish comerciaba contigo [Tiro], por tu opulento comercio; plata, hierro, estaño y plomo te daba a cambio (Ezequiel, XXVII, 12).

... Hizo también equipar Salomón una flota en Asiongaber, que cae junto a Aliat, sobre la costa del mar Rojo, en la Idumea; y envió Hiram en esta flota algunas de sus gentes, hombres inteligentes de la náutica y prácticos de la mar, con las gentes de Salomón. Y habiendo navegado a Ophir, tomaron de allí cuatrocientos veinte talentos de oro y trajéronlos al rey Salomón (Reyes I, IX, 26-28).

... Pues la flota del rey se hacía a la vela e iba con la flota de Hiram una vez cada tres años a Tarshish a traer de allí, oro y plata, y colmillos de elefantes, y monas y pavos reales (Reyes I, X, 22).

La pericia de los metalúrgicos fenicios queda referida en la narración bíblica del encargo de todo el trabajo del metal del templo de Yahvé a un artesano tiro llamado Hiram:

... Además de esto, el rey Salomón hizo venir de Tiro a Hiram, [...] artífice dotado de gran saber, inteligencia y maestría para ejecutar todo género de obras de bronce... (Reyes I, VII, 13-15)

... Hizo también Hiram calderos, y cuencos y calderillas, y concluyó todo cuanto le ordenó hacer el rey Salomón para el templo del Señor; es a saber, las dos columnas, y los dos cordones de los capiteles de las columnas, y las dos mallas que cubrían los dos cordones que estaban sobre las cabezas de las columnas; cuatrocientas granadas en las dos mallas; dos órdenes de granadas en cada malla que cubría los cordones de los capiteles, asentados sobre las cabezas de las columnas; las diez basas y las diez conchas sobre las basas; el mar y los doce bueyes de debajo del mar, y los calderos, cuencos y calderillos. Todos los vasos que hizo Hiram al rey Salomón para el servicio de la casa del Señor eran de bronce fino (Reyes I, VII, 40-45).

La tecnología del bronce, de raigambre mesopotámica, tenía honda tradición en el mundo cananeo, donde desde el Bronce Medio, a comienzos del II milenio a. C., se generaliza la aleación del cobre con estaño.

En los textos de Ugarit, la ciudad cananea más septentrional, figura un patrón de valores que utiliza la plata como referencia, por debajo del oro, como ocurría en Mesopotamia¹. Así, la relación con el oro era de 3-4:1, con el estaño 200:1 y con el cobre de 200/235:1.² Las tablillas aluden a diversas manufacturas metálicas que eran objetos de comercio, como copas de oro y plata [Fig. 1].

Las tablillas del Palacio Real de Ugarit recogen, asimismo, el nombre de oficios específicos dentro del trabajo del metal, como los fundidores (*nškm*), los fabricantes de flechas, de espadas afalcadas³ o de ollas⁴. Recordemos que en algunas dependencias se hallaron toberas⁵.

Una buena muestra de las actividades metalúrgicas en época pre-fenicia nos la proporcionan las excavaciones llevadas a cabo en la ciudad cananea de Ras Ibn Hani. En varias dependencias del palacio norte del Bronce Reciente han aparecido múltiples vestigios de lo que debía de ser una intensa actividad industrial vinculada a una zona artesanal controlada por la reina. Adquiere especial relevancia un gran molde para fundir lingotes en forma de «piel de toro» cuyo diámetro máximo alcanzaba 67,2 cm. y que generarían piezas en torno a 58,5 x 33,5 cm.

Los análisis de los gránulos de metal residuales hallados alrededor indican que se trata de cobre prácticamente puro que por las impurezas de oro y plata sería de origen chipriota⁶. Chipre fue el gran abastecedor de cobre no sólo de las ciudades cananeas sino también de Egipto, como ilustra una de las cartas de El Amarna enviada por uno de los reyes chipriotas al faraón:

... *Mira, hermano mío, te he enviado 500 talentos de cobre y continuaré enviándote todo el cobre que quieras*⁷.

En las representaciones de las tumbas egipcias de las dinastías XVIII y XIX figuran filas de personajes transportando a hombros este tipo de lingotes⁸, que aparecen igualmente en los cargamentos de los pecios de Ulu Burum y Gelidonya, hundidos en la costa meridional de Turquía⁹ y se difundieron hasta Cerdeña. La peculiar forma de estos lingotes de la Edad del Bronce en Oriente tendrá un notable impacto en el Occidente durante el Hierro Antiguo, debido a su carácter sacralizado¹⁰, reproducido en los santuarios de Cancho Roano y Coria del Río¹¹ y que vemos igualmente en diversas joyas hispanas.

Volviendo al palacio norte de Ras Ibn Hani, en áreas contiguas a la lingotera aparecieron abundantes restos de toberas y crisoles, así como escorias tanto de cobre como de plomo. Las toberas son tanto del tipo cilíndrico, con una única perforación, como prismáticas. Los crisoles tienen las bases planas y las paredes ligeramente convexas, midiendo 17 cm. de profundidad y 32 cm. de diámetro.¹²

¹ J.-Cl. Margueron, *Los mesopotámicos*, Madrid 1996, p. 193.

² M. Heltzer, "The Economy of Ugarit", in *HUS*, p. 447.

³ *Ibid.*, 451.

⁴ J. P. Vita, "The Society of Ugarit", in *HUS*, p. 488.

⁵ C. F. A. Schaeffer, *Ugaritica* 2. Paris 1949, fig. 87.

⁶ A. Bounni – E. Lagarce – J. Lagarce, *Ras Ibn Hani, I. Le palais nord du Bronze Récent. Fouilles 1979-1995, Synthèse préliminaire*, Beyrouth 1998, pp. 43-44.

⁷ G. Herm, *Los fenicios*, Barcelona 1976, p. 150.

⁸ J. Vandier, *Manuel d'Archéologie égyptienne*. Tome IV. Paris 1964, figs. 317 A; 320, XII; 323, 324, 326 V y 327 V.

⁹ G. Bass, "Cape Gelidonya: A Bronze Age Shipwreck", *Transactions of the American Philosophical Society* 57 (1967); G. Bass – D. A. Frey, – C. Pulak, "A Late Bronze Age Shipwreck at Kas, Turkey". *International Journal of Nautical Archaeology*, 13 (1984), pp. 271-279; G. Bass, "A Bronze Age Shipwreck at Ulu Burum (Kas). 1984 Campaign", *AJA* 90 (1986), pp. 269-296.

¹⁰ E. Lagarce – J. Lagarce, "Les lingots «en peau de boeuf», objets de commerce et symboles idéologiques dans le monde méditerranéen", *REPPAL* 10 (1997), pp. 73-91.

¹¹ J. L. Escacena – R. Izquierdo, "Oriente en Occidente: arquitectura civil y religiosa en un «barrio fenicio» de la *Caura* tartésica", in S. Celestino – D. Ruiz Mata (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid 2001, fig. 6.

¹² A. Bounni – E. Lagarce – J. Lagarce, *Ras Ibn Hani, I, cit.*, p. 45.

Aunque la Antigua Edad del Hierro se inicia en el Oriente Próximo tras el colapso de la cultura cananea ocasionado por los llamados *Pueblos del Mar*, en torno a 1200 a. C., en realidad la adopción del metal que marca la nueva etapa tecnológica, el hierro, siguió un proceso gradual. Ya hemos visto antes en el texto de Ezequiel que el hierro forma parte de las materias que llegan a los puertos fenicios y figura entre otros metales tan valiosos como la plata y el estaño.

El hierro era conocido por los hititas ya desde finales del III milenio -armas de hierro figuran como presentes al faraón en la segunda mitad del II milenio- y de allí su conocimiento pasó a los asirios, mientras que de los filisteos, uno de los pueblos del mar, pasó a los hebreos. Pudo haberse originado a partir de los residuos férricos de la propia reducción de los minerales cupríferos¹³. El hierro tenía un valor similar al del oro y los textos asirios del siglo XIX lo definen en relación con la plata como 1:35/40, siendo 400 veces más caro que el estaño¹⁴.

Su diferencia tecnológica esencial con respecto al cobre y al bronce es que no se podía fundir totalmente, como ocurre en los altos hornos actuales, por lo que era preciso un trabajo de forja mediante martillo sobre yunque, manteniendo la pieza constantemente al rojo vivo. Se obtenían piezas de una dureza superior a las de bronce, sobre todo si se enriquecía con carbono, obteniendo auténtico acero, como ya se observa en alguna pieza de Idalion (Chipre) y de Palestina en los siglos XII-XI a. C.

El hierro llegaría a imponerse pronto en el Mediterráneo oriental, apareciendo cada vez con mayor frecuencia entre los útiles y armas, pero sin llegar a sustituir el tradicional bronce. Una buena muestra de este proceso tal vez lo constituya el impresionante complejo metalúrgico portuario de época sa-



Figura 1
Cuencos de oro y plata de Ugarit (s. XIV a.C.) y de Praeneste (s. VII).

lomónica excavado por Glueck en Tell el-Kheleifeh, identificada con la antigua Ezion-geber, en el sur del Negueb, entre Elat y Aqaba. El Wadi Arabah ofrecía prolíficas minas de hierro y cobre que abastecían al complejo industrial metalúrgico donde se trataban y refinaban ambos metales, generando varios montículos de escorias. En las instalaciones se utilizaban hornos dotados de chi-

¹³ C. Giardino, *I metalli nel mondo antico*, Bari 1998, p. 205.

¹⁴ *Ibid.*, p. 198.

meneas en sus muros de adobe, abiertos hacia la dirección del viento dominante para aprovecharlo. Se han recuperado enormes crisoles de arcilla de 350 litros de capacidad.¹⁵

LA METALURGIA EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL FENICIO

La documentación sobre actividades metalúrgicas en las ciudades fenicias del Mediterráneo oriental es escasa. Es evidente que la primera colonia fenicia en ultramar, Kition-Kittim, instalada en el siglo IX sobre la que tal vez fuera la Alashiya que mencionan los textos egipcios, debió de aprovechar las inmensas posibilidades que ofrecía anteriormente tanto la isla de Chipre como el propio enclave, en el que se han documentado en el Chipriota Reciente talleres dedicados a la metalurgia del cobre extraído de las minas de Kalavassos y Troulli.¹⁶

LA METALURGIA EN EL MEDITERRÁNEO CENTRAL FENICIO

En el Mediterráneo central, en Cerdeña, restos de actividad metalúrgica se localizan en la colonia de Tharros, donde existía cerca del tofet un barrio industrial dedicado a la siderurgia cuya documentación arqueológica, datada durante toda la existencia de la ciudad, radica en fragmentos cerámicos con adherencias metálicas, crisoles y toberas.¹⁷ Merece destacarse los dos escondrijos de lin-

gotes lenticulares de cobre hallados en una cabaña del hábitat nurágico de Sant'Imbenia (Alghero, Sassari), conocida por ello como «Capanna dei ripostigli». El más antiguo procede de la fase II (fines del s. IX - primera mitad del VIII) y consta de 44,6 kg. de cobre, ocultos en el interior de un ánfora a mano de producción local. El más reciente, corresponde a la fase III (s. VIII-VII) y ahora los lingotes de cobre se introducen en un ánfora a torno con la boca rota para su mejor acceso, considerada por su pasta igualmente de producción local. Ambos depósitos de cobre aparecen en contextos con cerámicas fenicias, euboicas y centroitálicas y apuntan a una actividad industrial relacionada con la producción de algún taller metalúrgico local¹⁸. A una época posterior, entre los siglos V y III a. C., pertenece la herrería (horno y escorias) de la acrópolis de Monte Sirai (Cagliari).¹⁹

Otro centro fenicio que ha proporcionado un abundante conjunto metalúrgico es la propia Cartago, aunque la documentación obtenida en las excavaciones de 1977-78 corresponde ya a época púnica y no remonta el siglo IV. En la zona del taller metalúrgico se recuperaron abundantes escorias de cobre (Sector NE) y hierro (Sector SO), toberas y hornos de tipo tabouna²⁰ [Fig. 2].

LA METALURGIA EN EL OCCIDENTE FENICIO

La información que disponemos de actividades metalúrgicas se enriquece en los centros coloniales del Occidente fenicio, donde

¹⁵ N. Glueck, *The Other Side of the Jordan*. New Haven 1940; D. Harden, *Los fenicios*, Barcelona 1967, p. 171; G. Herm, *Los fenicios*, cit., pp. 106-109.

¹⁶ G. Rachet, *Dictionnaire de l'Archéologie*, Paris 1983, p. 239.

¹⁷ G. M. Ingo - E. Acquaro - P. Bernardini - G. Bultrini - M. Y. Francis - L. I. Manfredi - L. Scoppio - G. Padeletti - G. Petruccioli, "Primi risultati delle indagini chimico-fisiche sui materiali rinvenuti nel quartiere metallurgico di Tharros (Sardegna)", in *L'Africa romana. Atti dell' XI Convegno di Studio*, Tunis 1994, pp. 853-872.

¹⁸ S. Baffico - I. Oggiano - D. Ridgway - G. Garbini, "Fenici e indigeni a Sant'Imbenia (Alghero)", in *Phoinikes b Shrdn. I Fenici in Sardegna, nuove acquisizioni*, Oristano-Roma, p. 46; I. Oggiano, "La ceramica fenicia di Sant'Imbenia (Alghero-SS)", in P. Bartoloni - L. Campanella (eds.), *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti. Atti del Primo Congresso Internazionale Sulcitano (Sant'Antioco, 19-21 settembre 1997)*, Roma 2000, pp. 238-243.

¹⁹ F. Barreca, *La Sardegna fenicia e punica*. Sassari 1987, pp. 197-198.

²⁰ S. Lancel, "Les sondages dans le secteur sud-ouest de l'îlot C (G IV 3/7, G III 15/16)", in *Byrsa II. Mission Archéologique Française à Carthage. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques* (Collection de l'École Française de Rome, 41) Roma 1982, pp. 217-248; J. P. Thuillier, "Les sondages dans le secteur nord-est de l'îlot C", in *Byrsa II, cit.*, pp. 249-260.

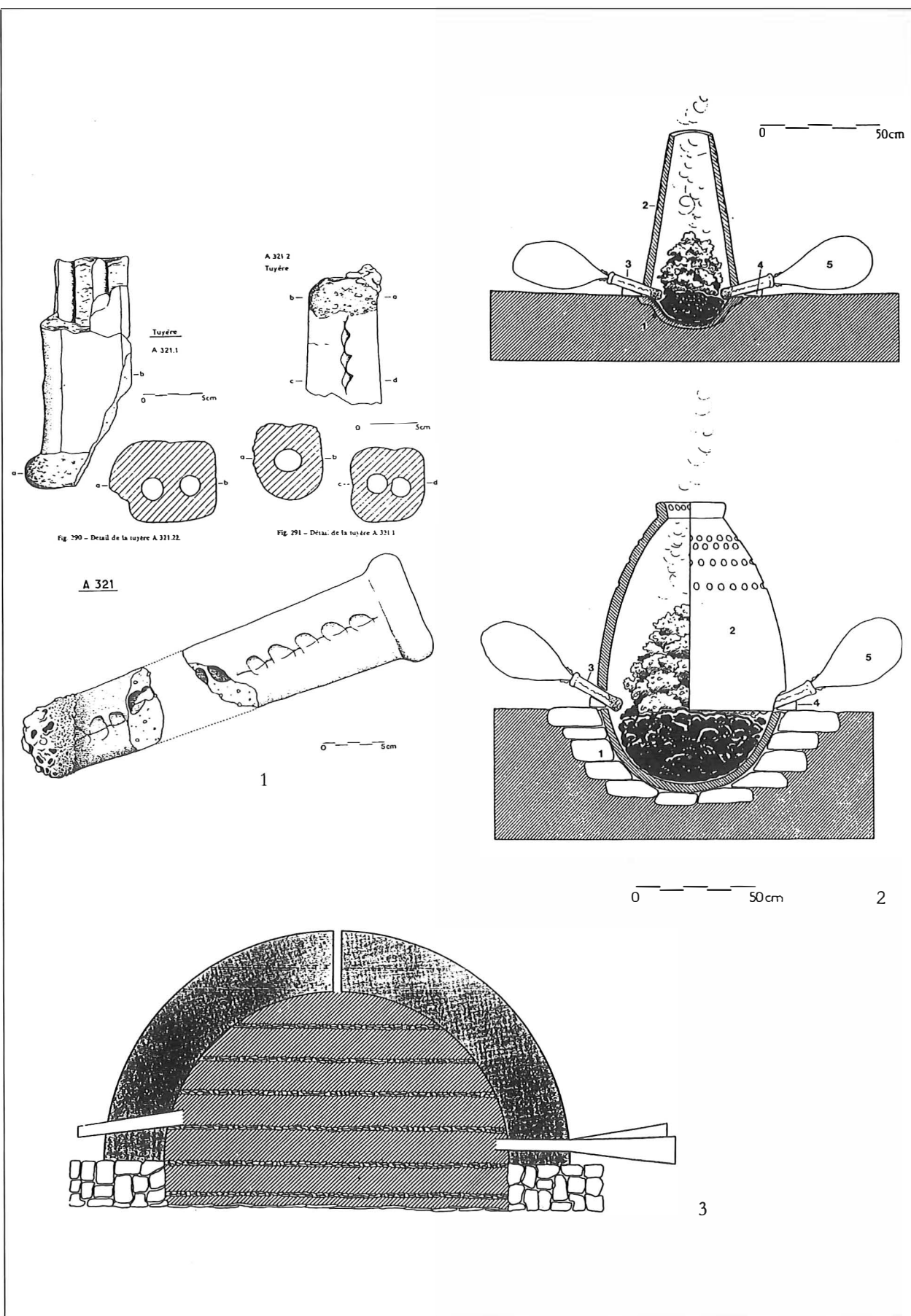


Figura 2

Toberas (1) y reconstrucción de hornos siderúrgicos (2) de Cartago y del horno para metalurgia de plata de Huelva (3), según Lancel, Thuillier y Fernández Jurado.

al trabajo del cobre y del hierro se une la explotación y el comercio de metales preciosos, últimas razones para muchos investigadores de la presencia fenicia en Hispania²¹.

Una de las etimologías propuestas para *ἱσπανία* alude precisamente a la dedicación metalúrgica de las costas ibéricas: «costa de las forjas», «costa de los forjadores».²²

Las primeras evidencias de talleres dedicados a la fundición de metales proceden de las colonias malagueñas del Morro de Mezquitilla y del Cortijo de los Toscanos. En el primero de ellos se detectaron diversos hornos contruidos algunos con zócalo de piedras y barro que no superan los 70 cm. de diámetro, además de escorias de hierro con restos de cobre, toberas con extremos vitrificados y restos de barro cocido, al parecer pertenecientes a las paredes de los hornos. En éstas se pudieron localizar los agujeros de inserción de las toberas. Por la descripción de algunas piezas con adherencias metálicas es posible que estemos ante la presencia de crisoles. Las actividades metalúrgicas del Morro están registradas desde el principio del asentamiento.²³

En Toscanos se hallaron en las campañas de 1964-1979 varias toberas y escorias metálicas²⁴. Con posterioridad, las excavaciones efectuadas en la Terraza II del Cerro del Peñón afloraron un pequeño horno para tratamiento del hierro junto con toberas prismáticas y notable cantidad de escorias, así como de nuevo restos de vasijas a mano con adherencias metálicas.²⁵

En el Cerro del Villar su excavadora señala la existencia de una dependencia en la calle porticada con restos de actividades metalúrgicas, sugiriendo además un comercio

de plata en bruto o en polvo²⁶ en donde podrían haber intervenido los pesos de plomo recuperados.

La riqueza en plata del territorio tartésico fue referida en múltiples ocasiones por geógrafos e historiadores de época clásica. Conocido es el significativo nombre de uno de sus reyes: *Arganthonios*. La explotación de los minerales de plata a través de nuevas técnicas es uno de los fenómenos más característicos de la influencia fenicia en Tartessos.

La tecnología que introdujeron los fenicios para la obtención de la plata se basaba en un doble proceso de fusión y copelación. En primer lugar, el mineral triturado, se mezcla con material fundente y se somete en el horno a su reducción. Tras ésta, se obtiene escoria y el régulo, una mezcla de plata y plomo. Para separar la plata del plomo se utiliza la copela, un recipiente fabricado con cal y ceniza, en donde la acción del fuego consigue la oxidación del plomo cuyos restos quedan adheridos a las paredes de la copela, dejando así libre la plata.

En el área onubense, diversos yacimientos tartésicos constituyen una red de explotación, tratamiento y comercio del mineral argentífero (gossan) procedente de las zonas de Aznalcóllar y Riotinto. Tomando como referencia los diferentes valores de los elementos mineralógicos de las escorias halladas en los yacimientos arqueológicos y del mineral de origen, se han establecido dos rutas comerciales: una, que aprovecha el mineral de Riotinto y lo conduce a Huelva y otra que se abastece de las minas de Aznalcóllar y lleva el metal hasta Gadir²⁷.

Los poblados que han proporcionado elementos relacionados con la metalurgia de

²¹ M. E. Aubet, "Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a. C.", in *ACFP* I, vol. III, p. 817; "El comercio fenicio en Occidente: balance y perspectivas", in *I Fenici: ieri, Oggi, Domani. Ricerche, scoperte, progetti*, Roma 1995, pp. 227-243.

²² J. L. Cunchillos – J. Á. Zamora, *Gramática fenicia elemental*, Madrid 2000³, pp. 152-153.

²³ H. Schubart, "El asentamiento fenicio del s. VIII a. C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)", in G. del Olmo – M.E. Aubet, *Los Fenicios en la Península Ibérica*, I, Sabadell 1986, p. 63; "La forja fenicia del hierro en el Morro de Mezquitilla", in *La cerámica fenicia en Occidente: centros de producción y áreas de comercio*, Alicante 1999, pp. 241-256.

²⁴ H. G. Niemeyer, "El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación de 1964-1979", *HA* 6 (1982), pp. 116-117.

²⁵ I. Keesmann – H. G. Niemeyer – C. Briese – F. Golschani – B. Schulz-Dobrick, "Un centro primitivo de la elaboración de hierro en la factoría fenicia de Toscanos", in *Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones mediterráneas y europeas*, Madrid 1989, pp. 100-103.

²⁶ M. E. Aubet, "Un lugar de mercado en el Cerro del Villar", in *Los fenicios en Málaga*, Málaga 1997, pp. 203 y 211.

²⁷ J. Fernández Jurado, "La metalurgia de la plata en época tartésica", in *Minería y metalurgia*, cit., pp. 163-164.

la plata son Huelva, Niebla y Riotinto por un lado y San Bartolomé, Peñalosa y Tejada por otro, relacionados con Gadir.

En Huelva destaca el horno de la Calle Puerto 6, de forma circular y construido sobre lajas de pizarra con un zócalo de piedra caliza y guijarros, que alcanzaba un diámetro de 1,50 m. La base estaba ligeramente inclinada hacia el SO, dirección que seguiría la colada de metal hacia un banco situado en cota inferior sobre el que se dispondría el recipiente para recogerla.

En el Cerro Salomón de Riotinto, Blanco excavó un campamento minero dedicado a la explotación de la plata, con mazos de minero, piedras con cazoletas donde se trituraba el mineral y un horno de tipo primitivo rehundido en el suelo asociado a toberas y goterones de plomo²⁸. Este núcleo forma parte del conjunto minero completado por Quebrantahuesos y Lago.

En las excavaciones de urgencia realizadas en el exterior de la muralla de Niebla se detectaron numeroso material escoriáceo, toberas y crisoles²⁹.

San Bartolomé en Almonte es un poblado metalúrgico, no minero, de enorme extensión cuyas viviendas son cabañas endeble construidas con materiales perecederos con una escasa duración de vida, tal vez de carácter estacional debido al escaso depósito interior. La actividad del poblado se ha estimado que ocurre desde el s. IX al VI a. C. Su instalación se realiza en un lugar situado a 40 km de las minas de Aznalcóllar para aprovechar la caliza necesaria para el primer proceso de reducción. Los hornos metalúrgicos son de dimensiones mayores que el de Puerto 6 de Huelva, pero carecen de la infraestructura arquitectónica de éste, siendo simples oquedades practicadas en el suelo³⁰. Nu-

merosos «coladores» de cerámica aparecidos en este yacimiento han sido interpretados como moldes para fabricar copelas, extremo en el que no coinciden todos los investigadores³¹.

Peñalosa constituye otro ejemplo de un poblado dedicado a la metalurgia de la plata. Aunque no se ha llegado a detectar ningún horno, son numerosas las escorias de sílice libre relacionadas con la reducción del mineral argentífero y en algunos fondos de las cabañas endebles, como en San Bartolomé, se han encontrado toberas. Un único fragmento de cuenco de engobe rojo ayuda a perfilar la cronología de este yacimiento no más allá de finales del siglo IX a. C.³².

El *oppidum* de Tejada, muy próximo a Peñalosa, configuraría el lugar central de la zona de explotación de las minas de plata de Aznalcóllar. Su propia articulación urbanística y defensiva, con soberbios lienzos de murallas que albergan bastiones semicirculares junto con un único contrafuerte cuadrangular, encierra una extensa zona de hábitat que llega a 6,5 Ha. Por tanto, se trata de una gran población cuya función residiría en el control y dominio tanto de las explotaciones metalúrgicas como de la redistribución de los minerales. La información arqueometalúrgica depara machacadores de mineral, escorias de sílice libre, cerámica con adherencias metálicas y un lavadero de mineral, existiendo evidencias de triturado de mineral en las esquinas de varias habitaciones³³. La ausencia de estructuras de fundición en Tejada no resulta significativa debido al escaso registro de campo.

Si al puerto fenicio de Huelva llega el mineral de Riotinto, Gadir recibe el ingente volumen de plata que baja de San Bartolomé-Peñalosa-Tejada. En el Castillo de Doña

²⁸ A. Blanco – J. M. Luzón – D. Ruiz, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)*. Sevilla 1970.

²⁹ J. Bedía – J. A. Pérez Macías, "Excavaciones arqueológicas en la muralla tartésica de Niebla. Los cortes II-III/92", *Cuaderno Técnico* 6 (1993).

³⁰ D. Ruiz Mata – J. Fernández Jurado, *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva) (HA 8)*, Huelva 1986.

³¹ J. Fernández Jurado, "La metalurgia de la plata en época tartésica", in *Minería y metalurgia*, cit., p. 165.

³² C. García Sanz – J. Fernández Jurado, "Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final", *HA* 16 (2000), pp. 80-86.

³³ J. Fernández Jurado, *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica (HA 9)*, Huelva 1987.

Blanca hay abundantes evidencias de esta metalurgia de plata, con restos de toberas, escorias, litargirio y vasijas con adherencias metálicas. Incluso en una habitación de los primeros momentos de la ciudad yacían almacenados numerosos lingotes de plomo con un peso superior a 1000 kgs.³⁴

Hacia la frontera con Portugal, Monte Romero constituye otro de los centros dedicados a la explotación de la plata. Pese a la escasa extensión del registro arqueológico, junto con abundante cerámica a mano acompañada de típicas cerámicas fenicias, se ha recuperado un notable conjunto de elementos metalúrgicos, como toberas, algunas con las paredes de los hornos adheridas, y más de una decena de copelas de arcilla, halladas apiladas, además de las características escorias³⁵.

La presencia fenicia en el sur de Portugal incide en dos importantes núcleos como son Castro Marim, sobre el Guadiana, y Tavira, en la desembocadura del río Gilão. La única información publicada procede del Cerro de Santa María en Tavira, donde se ha localizado un horno semicircular con basamento de piedras y en otro sector restos de toberas y una pequeña barra de plata³⁶. La explotación de las minas del cinturón montañoso del Bajo Guadiana debió de ser mucho más intensa de lo que los datos actuales publicados permiten deducir, debiendo esperar hallazgos de la propia Castro Marim.

En las instalaciones fenicias de la costa occidental portuguesa, la actividad de los artesanos que trabajaban metales ha dejado igualmente sus huellas. Así, en Abul, situado

en la desembocadura del Sado, cerca de Alcácer do Sal, se documentaron restos de toberas, minerales y escorias de hierro³⁷. En Alcácer, están atestiguados restos de crisoles y escorias de cobre y hierro³⁸.

El estuario del Tajo ofrece un intenso poblamiento fenicio plasmado principalmente en la Quinta do Almaraz (Almada) y en la Sé de Lisboa, que debía controlar por ambas orillas del río el comercio y la navegación hasta el fondo del estuario en Santarém, un puerto en el que embarcaría un volumen ingente de metales. En Almada se refieren crisoles y escorias de bronce y hierro³⁹, mientras que en Lisboa han aparecido escorias de hierro y bronce⁴⁰. Santarém ofrece mayores datos, como son la existencia de dos pequeños hornos circulares de 1 m. de diámetro con zócalos de esquisto asociados a toberas y coladores cerámicos⁴¹.

El asentamiento fenicio más septentrional se sitúa en Santa Olaia, en el Mondego, y allí se ha excavado un numeroso conjunto de hornos metalúrgicos contruidos sobre zócalos de piedras, con paredes de barro, asociados a escorias, fragmentos de plomo, cerámicas con adherencias metálicas y coladores de cerámica⁴².

El arco de explotaciones mineras que denota los núcleos con presencia fenicia de la costa portuguesa no sólo se debió circunscribir al laboreo del cobre y la plata, sino que el oro y el estaño debieron de formar parte de los intereses comerciales orientales canalizados desde Gadir, como recogen las fuentes literarias referidas a las míticas Cassitérides.

En el litoral atlántico marroquí existían

³⁴ D. Ruiz Mata, "Fenicios en la bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)", in *Metalurgia en la Península Ibérica durante el Primer milenio a. C. Estado actual de la investigación*, Murcia 1993, pp. 167-188.

³⁵ B. Rothenberg – P. Andrews – I. Keesmann, "Monte Romero, September 1986 – the discovery of a unique Phoenician silver smelting workshop in south-west Spain", *IAMS Newsletter* 9 (1986), pp. 1-4.

³⁶ M. García Pereira, "Tavira fenicia. O território para Ocidente do Guadiana, nos inícios do I milénio a.C.", in *Fenícios y Território*, Alicante 2000, p. 126.

³⁷ F. Mayet – C. Tavares da Silva, *L'établissement phénicien d'Abul. Portugal. Comptoir et sanctuaire*, Paris 2001, p. 172.

³⁸ A. M. Arruda, *Los fenicios en Portugal. Fenícios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a. C.)* (Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6), Barcelona 2002, p. 67.

³⁹ *Ibid.*, 109.

⁴⁰ *Ibid.*, 114.

⁴¹ *Ibid.*, 215-216.

⁴² I. Pereira, "Figueira da Foz. Santa Olaia", in *Os Fenícios no Território Português* (Estudos Orientais, I), Lisboa 1993, pp. 292-293.

⁴³ C. Aranegui – C. Gómez Bellard – A. Jodin, "Los fenicios en el Atlántico. Perspectivas de nuevas excavaciones en Marruecos", *RArq* 223 (2000), p. 35.

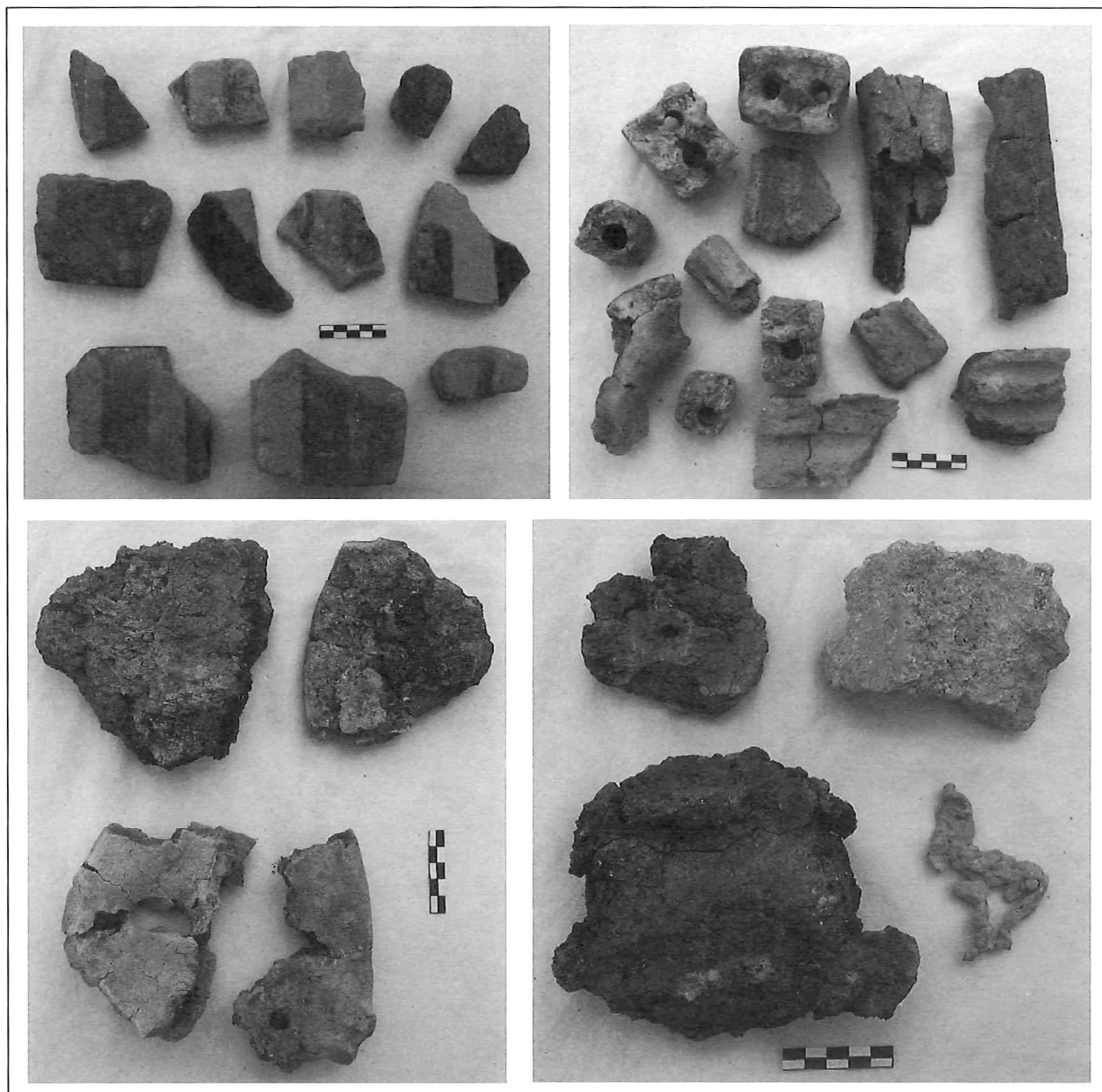


Figura 3

Moldes, toberas, crisoles y escorias metálicas de La Fonteta.

también artesanos dedicados a la fundición de los metales, según lo demuestra los restos de toberas y escorias férreas de Mogador⁴³ y el hallazgo reciente de un horno asociado a escorias de hierro en Lixus⁴⁴.

Los artesanos del metal desarrollaron igualmente una intensa actividad en el Sudeste de la Península Ibérica y en la colonia de Eivissa, a tenor de los datos que han sido

extraídos en los últimos años. En esta zona, además, contamos con abundante información sobre el estado de la tecnología metalúrgica anterior a la presencia de los herreros fenicios, lo que proporciona un elemento de comparación entre ambas producciones, indígena y colonial⁴⁵.

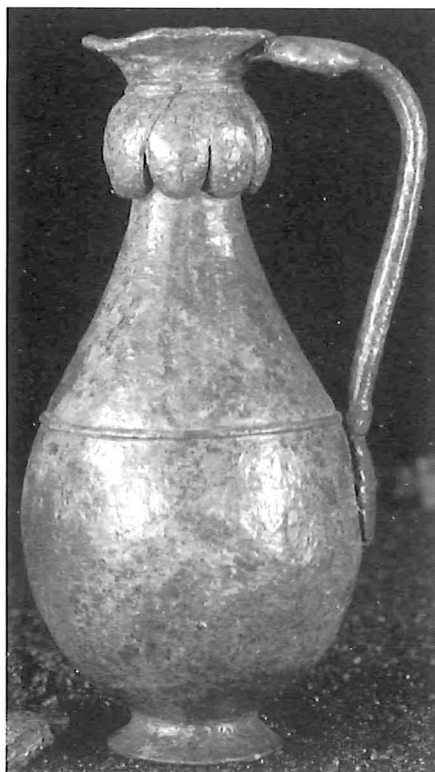
En las excavaciones del asentamiento de Sa Caleta se localizaron numerosos nódulos

⁴⁴ Agradecemos a C. Gómez Bellard esta información oral.

⁴⁵ A. González Prats (ed.), *Nueva luz sobre la protohistoria el Sudeste peninsular*, Alicante 1990; M. Ruiz Gálvez, "La metalurgia de Peña Negra I", in A. González Prats (ed.), *Nueva luz*, cit., pp. 317ss.



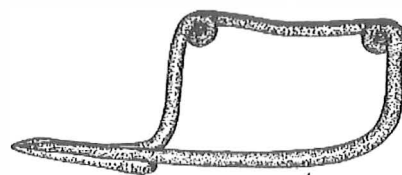
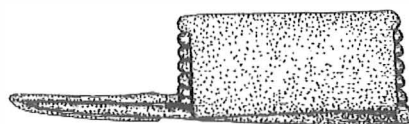
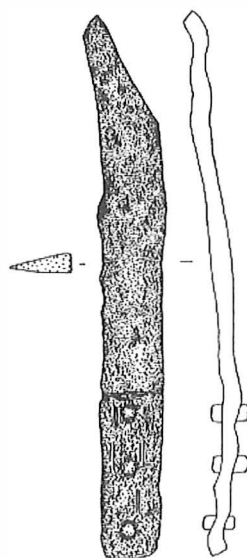
1



2



3



4

Figura 4

Jarros de plata de Caere (1) y de bronce de Huelva (2), sacerdote de Cádiz (3), fíbula de doble resorte y cuchillo de hierro de la Cre-
mación 42 de Les Moreres (Crevillente) (4).

de galena argentífera y en la estancia XV se encontraba un pequeño horno para la fundición de hierro, habida cuenta de la gran cantidad de escoria férrica hallada a su alrededor, así como una tobera prismática⁴⁶. En el lugar ocupado por el propio yacimiento arqueológico todavía quedan restos de nódulos de mineral de hierro.

En la bahía de Mazarrón destaca el hallazgo de dos naves fenicias hundidas en la Playa de la Isla cuyo cargamento consta de numerosas tortas circulares de litargirio y plomo que ilustran su procedencia de la transformación de la galena argentífera⁴⁷. Muy próximo se yergue el poblado de la Punta de los Gavilanes, un pequeño enclave al parecer indígena con importaciones fenicias que ha proporcionado cerámicas griegas y notables huellas de metalurgia de plata procedentes de un taller datado en los siglos IV-III a. C. Se ha recuperado un conjunto integrado por un horno, toberas, crisoles y copelas⁴⁸. Es más que probable que esta actividad metalúrgica se realizara desde el momento de la presencia fenicia en el yacimiento y explique la posible relación con el cargamento de los barcos mencionados.

De nuevo relacionado con la metalurgia de la plata nos encontramos la colonia fenicia de La Fonteta, frente a Ibiza y no muy lejana a la zona minera de Mazarrón. En esta ciudad que venimos excavando desde 1996 han aparecido diversas instalaciones y estructuras dedicadas a la metalurgia tanto de la plata (tortas de litargirio y goterones de plomo) como del hierro y cobre. A lo largo de la secuencia se suceden más de una veintena de pequeños hornos cuya actividad generó potentes vertederos en donde se están recu-

perando numerosos nódulos escoriáceos, crisoles, escorias de sílice libre, tortas de metal, toberas de diversos tipos y moldes de arenisca en los que se fundían simultáneamente dos y tres piezas (hachas-escoplos) de bronce.⁴⁹ Los exquisitos ajuares hallados en las zonas de vertido metalúrgico nos ilustran del elevado status de los artesanos responsables del trabajo del metal, que habían instalado sus talleres a pie de la playa de los siglos VIII y VII a. C., y calmaban su sed bebiendo en copas griegas, a la vez que saboreaban exquisitos crustáceos, equínidos y pescado. De uno de los talleres del siglo VII procede una lucerna de engobe rojo que nos ha legado el nombre de uno de estos artesanos (MLKRT YSP)⁵⁰, seguramente tirio.

LA PRODUCCIÓN DE LOS ARTESANOS DEL METAL

La destreza, la pericia y el conocimiento de las sofisticadas técnicas de la siderurgia, la broncestería y la orfebrería se traducen en las variadas producciones que los artesanos del metal fueron elaborando para una clientela exquisita que también porfiaba por los otros objetos preciados como los marfiles.

Los cuencos metálicos con finos grabados que elogian los textos homéricos aparecen repartidos por Fenicia, Chipre, Grecia y Etruria⁵¹ y fabricados en bronce y plata, con soberbias representaciones vinculadas a la iconografía fenicia, de marcado resabio egiptizante.

En Occidente tuvo un desarrollo especial la fabricación de jarros y aguamaniles de bronce que encontramos preferentemente en contextos, generalmente tumbas, de carácter orientalizante⁵².

⁴⁶ J. Ramón, "El yacimiento fenicio de Sa Caleta", in *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, Eivissa 1991, p. 182.

⁴⁷ I. Negueruela – J. Pinedo – M. Gómez – A. Miñano – I. Arellano – J. S. Barba, "Seventh-century BC Phoenician vessel discovered at Playa de la Isla, Mazarrón, Spain", in *The International Journal of Nautical Archaeology* 24 (1995), pp. 189-197.

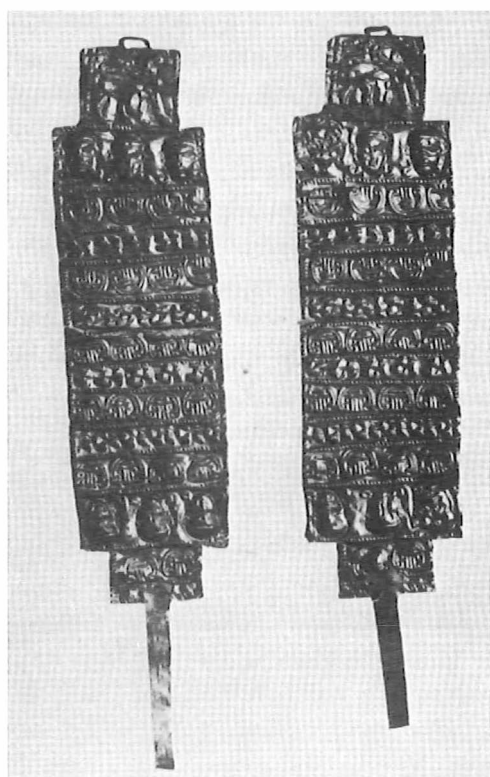
⁴⁸ M. M. Ros Sala, "Minería y metalurgia de la plata en el asentamiento protohistórico de Punta de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia). I. Estudio arqueológico", in *Metalurgia en la Península Ibérica*, cit., pp. 205-220.

⁴⁹ A. González Prats, *La colonia fenicia de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante)*. *Sapanu* (2000), <http://www.labherm.filol.csic.es/sapanu2000/alicante/fonteta.htm>.

⁵⁰ J. Elayi – A. González Prats – E. Ruiz Segura, "Une lampe avec inscription phénicienne de La Fonteta (Guardamar, Alicante)", *RSF* 26 (1998), pp. 229-242.

⁵¹ G. Markoe, *Phoenician Bronze and Silver Bowls from Cyprus and the Mediterranean*, Berkley-Los Angeles-London 1985; D. Neri, *Le coppe fenicie della tomba Bernardini nel Museo di Villa Giulia*, Roma 2000.

⁵² B. Grau-Zimmermann, "Phonikische Metallkannen in der Orientalisierenden Horizonten der Mittelmeerraumes", *MM* 19 (1978), pp. 161-218.



1



2



3



4

Figura 5

Pendientes de oro de Vetulonia (1), matriz de bronce para fabricar medallones áureos (2) y diadema (3) de Crevillente y colgante de La Fonteta (4).

La moda del vestir oriental difundió por todo el ámbito de expansión fenicia otros pequeños objetos de bronce como las fíbulas, una de cuyas variedades, denominada de doble resorte, fue ampliamente fabricada, difundida y utilizada en el Extremo Occidente⁵³.

El arte de la guerra trajo por todo el Mediterráneo otra producción de los talleres metalúrgicos fenicios: las puntas de flecha con arpón que con dos, tres o cuatro filos constituyeron una de las más temibles armas ofensivas⁵⁴.

Los orfebres fenicios disponían de una larga tradición en la elaboración de joyas de plata y, sobre todo, oro, en donde no faltaban incrustaciones de esmaltes. En muchos casos su trabajo se aproximaba al de los eboristas y unos y otros representaban una amplia gama de temas e imágenes que hicieron fortuna e influyeron profundamente en las representa-

ciones simbólico-religiosas de muchos pueblos que surgieron de los procesos orientalizantes, como el caso del mundo ibérico en Hispania o el etrusco en Toscana [Fig. 4].

Un sinfín de colgantes, pendientes, brazaletes, estuches, amuletos, pectorales, y diademas eran elaborados con finas láminas de oro o argénteas y decoradas con las centenarias técnicas del repujado, el granulado y la filigrana. Esta joyería ligera se convirtió en uno de los signos de identidad de la civilización mediterránea, sustituyendo en el Occidente europeo a la pesada orfebrería de carácter atlántico. Los orfebres fenicios debieron acomodar, en ocasiones, sus modelos a la nueva clientela de las áreas de influencia, generando productos tan bellos como abigarrados, como el pectoral de la tumba Regolini-Galassi o los conjuntos de La Aliseda o El Carambolo [Fig. 5].

⁵³ M. M. Ruiz Delgado, *Fíbulas protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Sevilla 1989.

⁵⁴ J. Elayi – A. Planas Palau, *Les pointes de flèches en bronze d'Ibiza dans le cadre de la colonisation phénico-punique*. Suppl. 2 à Transseuphratène, Paris, 1995.

13. L'UOMO E IL MARE

P. BARTOLONI

Nel mondo antico l'abilità dei naviganti fenici era talmente conclamata da far sorgere leggende eziologiche e inverosimili, quali ad esempio quella che narrava del nocchiero fenicio che, inseguito da navi straniere, preferì gettare la sua imbarcazione sugli scogli pur di non rivelare la sua destinazione. È ovvio che la narrazione nasconde la non conoscenza dei naviganti greci del bacino occidentale del Mediterraneo unita alla perizia della mariniera fenicia e all'affabulazione delle enormi ricchezze rinvenute dai Fenici in quei luoghi.

Di norma le navi fenicie e puniche di tipo commerciale erano solite prendere il mare verso la fine di marzo e, attorno agli inizi di ottobre, a fine stagione venivano ricoverate nei porti. Il periodo della navigazione commerciale, infatti, durava poco più di sei mesi e si apriva con particolari cerimonie propiziatricie, delle quali si hanno ancora gli echi nell'Africa ormai romanizzata. La scelta della navigazione durante il periodo primaverile ed estivo era necessariamente obbligata dagli agenti atmosferici, tra i quali principalmente il vento. Questo, infatti, nel Mediterraneo è abbastanza costante solo nel periodo indicato mentre nell'autunno avanzato e durante l'inverno è assente o incostante oppure spira con forza eccessiva rendendo talvolta assai agitato il mare. In primavera e in estate, nel bacino occidentale del Mediterraneo, il vento, a regime di brezza, è più costante e con il *Maestrale* e lo *Scirocco* si alterna prevalentemente lungo la direttrice nord-ovest - sud-est, favorendo in tale modo i collegamenti tra le opposte sponde del Mediterraneo. Nella parte orientale invece le brezze del periodo sono di direzione variabile nell'arco della giornata, se si eccettua il *Meltemi*, vento ben noto anche ai navigatori greci, che a partire da agosto soffia spesso con forza da nord-est, rendendo assai problematiche le rotte verso Oriente.

La navigazione a scopi militari invece avveniva necessariamente con ogni tempo e talvolta durante tutto l'anno, quando gli eventi bellici lo richiedevano. Il pattugliamento delle coste e le azioni di attacco o di difesa non conobbero soste soprattutto durante la Prima Guerra Punica ed in realtà lo stesso Polibio ebbe a notare che il vero vincitore fu il mare poiché i danni provocati dalle intemperie furono di gran lunga superiori a quelli causati dagli eventi bellici veri e propri. Si calcola, infatti, che se i Cartaginesi perdettero a causa delle tempeste 750 navi, quelle dei Romani naufragate per gli stessi motivi superarono il migliaio.

Vero è che, come si vedrà in seguito, sia per struttura sia per forma il naviglio da guerra era assolutamente inadeguato ad affrontare le grandi traversate o sfidare il mare agitato e, infatti, la maggior parte dei fatti d'arme avevano luogo in prossimità della costa.

I sistemi di navigazione erano differenti a seconda della distanza e del luogo di destinazione. Infatti, per le brevi distanze era utilizzata la navigazione di piccolo cabotaggio che avveniva tenendo costantemente in vista la costa. Ma ciò era teoricamente possibile in condizioni di visibilità eccellente entro un arco inferiore alle cinquanta miglia, quindi per raggiungere alcune isole o per tagliare il Mediterraneo da nord a sud era necessario praticare la navigazione d'altura. Questa aveva luogo orientandosi con il sole e con le stelle o, in loro mancanza, per mezzo di altri indizi quali ad esempio l'umidità e la temperatura del vento o la direzione delle correnti.

Un aiuto fondamentale per l'orientamento era dato senza dubbio dalla navigazione astronomica, anticamente assai meno empirica di quanto si possa ritenere. Pertanto, l'altezza del sole sull'orizzonte forniva senza dubbio un'idea della posizione. Emblematico al riguardo è il racconto di Erodoto che ci descrive con dichiarato scetticismo la circumnavigazione dei Fenici attorno al continente africano, al soldo del faraone Neco.

Dice Erodoto: «Neco re d'Egitto ... mandò dei Fenici su navi ordinando loro che al ritorno, passando attraverso le colonne d'Ercole, navigassero fino al Mare Boreale e per questa via ritornassero in Egitto. I Fenici ... partiti dal Mar Rosso navigavano sul Mare Australe ... ogni volta che sopraggiungeva l'autunno approdavano e seminavano la terra e attendevano là la mietitura ... in modo che, trascorsi due anni, al terzo, doppiate le Colonne d'Ercole, giunsero in Egitto. E raccontavano per me cose non credibili, ma per qualche altro sì, cioè che circumnavigando la Libia avevano il sole a destra»¹.

Fin qui lo storico greco ed è appunto grazie alla sua incredulità riguardo alla posizione del sole che il racconto dei navigatori fenici diviene credibile.

Contrariamente a quanto comunemente ritenuto, la stella guida non era la *Stella Polare*, che costituisce l'estremità della coda della costellazione dell'*Ursa Minor* e che alla fine del Secondo Millennio era ben distante dal polo celeste, bensì la stella *Kochab*, che invece rappresenta la zampa anteriore sinistra della stessa costellazione. Ciò a causa del movimento di rotazione dell'asse terrestre. Per di più *Kochab* era comunemente nota nel mondo antico con il nome sintomatico di *Stella Phoenicia*.

Altre stelle note alla navigazione nel mondo antico, soprattutto greco, sono ad esempio Betelgeuse e Rigel, nella costellazione di Orione, Aldebaran, nel vicino Toro, e Arcturus, della costellazione di Boote, che, prossima all'*Ursa Major*, si eleva sul Mediterraneo fin quasi allo Zenit.

Lo stesso Ulisse, e quindi i primi navigatori da cui Omero trasse ispirazione, utilizzavano queste stelle nella navigazione di altura, come ad esempio ci suggerisce l'Odissea:

*Lieto l'eroe dell'innocente vento
la vela dispiegò. Quindi al timone
sedendo, il corso dirigea con arte,
né gli cadea sulle palpebre il sonno
mentre attento le Pleiadi mirava
e il tardo a tramontar Boote e l'Orsa*²

Quando il tempo nuvoloso non permetteva l'osservazione degli astri, si poteva utilizzare lo spirare dei venti. Questi, quantunque nel Mediterraneo non siano certamente costanti, hanno caratteristiche specifiche pur nella loro variabilità. Essendo note le direzioni dei venti, associate ai loro caratteri peculiari di temperatura e di umidità, un abile nocchiero poteva intuire la direzione di provenienza e regolarsi al riguardo.

Un ulteriore sistema utilizzato per reperire la direzione e la distanza della terra più vicina durante la navigazione d'altura era quello di liberare un volatile della razza dei passeracei. Caratteristica degli uccelli di questa specie è il volo corto, quindi, se la terra era per loro troppo distante, rientravano a bordo. Eco di questo espediente è anche nella narrazione biblica del Diluvio Universale, mentre la testimonianza archeologica è fornita dalle lucerne nuragiche a barchetta, che talvolta recano sulle battaglie numerose figurazioni di uccelli.

È noto l'aneddoto biblico legato al Diluvio universale che narra quanto segue:

Le acque intanto andavano ... abbassandosi ... (e) ... apparvero le cime dei monti ... Noè ... mandò fuori il corvo che andava avanti e indietro, finché le acque non si furono prosciugate sulla terra.

*Dopo di lui mandò fuori la colomba, per vedere se le acque fossero diminuite sulla superficie della terra. Ma la colomba non trovò dove posare la pianta del suo piede e se ne tornò da lui nell'arca, perché vi era ancora dell'acqua sulla superficie di tutta la terra ... Noè ... aspettò altri sette giorni, quindi fece nuovamente uscire dall'arca la colomba. E la colomba tornò ... ma ecco, aveva nel becco un ramoscello ... aspettò altri sette giorni poi fece uscire la colomba, che non tornò più da lui*³.

Nascosta nel racconto biblico vi è la consapevolezza degli antichi naviganti riguardo alla resistenza al volo di alcune specie di uccelli e quindi della possibilità di utilizzarle per conoscere la direzione e la distanza della

¹ Erodoto, IV, 42, 2-3.

² Omero, *Odissea*, V, vv. 346-51.

³ *Genesi*, 8, 5-12.

terra più vicina, ancorché non in vista. Ciò poichè il volatile, scelto tra quelli di abitudini terrestri e di carattere sedentario, quindi preferibilmente tra i passeracei, levatosi in volo poteva scorgere la terra più vicina e dirigersi se era alla sua portata. In caso contrario, l'uccello, scelto appositamente per la sua scarsa resistenza al volo, era necessariamente costretto a fare ritorno sulla nave.

Questa teoria ci viene confermata anche da alcuni dati archeologici, i quali mostrano alcuni piccoli volatili schierati sui capi di banda delle barchette votive nuragiche in bronzo databili tra il IX e l'VIII sec. a. C., le quali, anche se avevano la funzione di lampade, traevano probabilmente ispirazione da modelli realmente esistenti.

Tra le antiche rotte quelle che colpiscono maggiormente sia per la loro antichità che per l'apparente elementarità dei natanti usati e del loro armamento sono quelle dell'ossidiana, attive dall'età neolitica e quindi praticate almeno fin da 7000 anni fa. Non si tratta in realtà di un singolo itinerario, bensì di alcuni, strettamente legati ai sei giacimenti di ossidiana noti nel periodo e affacciati sul bacino centro-orientale del Mediterraneo.

Da Oriente a Occidente, si tratta dei giacimenti di Gyal e di Milo, nell'Egeo, di Pantelleria, nel Canale di Sicilia, di Lipari, nel Tirreno meridionale, di Palmarola, nel Tirreno centrale e del Monte Arci e di Carloforte in Sardegna. Mentre i primi due giacimenti servirono tutte le terre afferenti all'Egeo e allo Ionio meridionale e quindi la Turchia costiera e la Grecia peninsulare, i restanti s'irradiarono soprattutto verso la penisola italiana. In particolare il giacimento di Pantelleria era utilizzato da Malta, che si serviva anche del giacimento di Lipari. Quest'ultimo, superando la Calabria, s'irradiava anche verso la costa pugliese. Il giacimento di Palmarola aveva sbocchi sempre nella Puglia e nella costa istriana. Quanto alla Sardegna, la sua ossidiana giungeva fino nel cuore dell'Appennino settentrionale e nella Francia meridionale⁴.

Se tutti questi tragitti non appaiono oggi certamente insormontabili, poichè quasi tutti erano effettuabili teoricamente con navigazione a vista, vorrei ricordare che avvenivano 6500 anni prima dei viaggi di Colombo e di Magellano e 4000 prima del pur mitico viaggio di Ulisse. Vi è da domandarsi a questo punto quali furono gli impulsi che spinsero degli uomini ad affrontare delle spaventose incognite attraverso ben 140 Miglia di mare aperto, che corrispondevano al tragitto tra Pantelleria e Malta. E vi è da domandarsi con quali mezzi potevano avere almeno la speranza di incrociare le isole alla fine del viaggio, se non avessero già avuto le opportune conoscenze di navigazione astronomica.

Un altro capitolo epico dell'antica marineria fu scritto senza dubbio dai naviganti micenei. Nel caso di questi marinai, si trattava di veri e propri corsari e pirati al tempo stesso. Corsari perché probabilmente assalivano con estrema disinvoltura navi amiche e nemiche; pirati perché, commerciando soprattutto schiavi, assalivano villaggi costieri indifesi ogni volta che se ne presentava l'occasione.

Dotati probabilmente di imbarcazioni senza ponte, quindi scoperte, percorsero primi fra tutti le rotte dell'Occidente, tracciando per primi l'itinerario mediano che, attraverso Sicilia, Sardegna e Baleari, giungeva fino alla penisola iberica. I loro luoghi di sosta erano veri e propri nidi di pirati e tra questi occorre ricordare lo Scoglio del Tonno, l'isola di Vivara, lo scoglio del Castel dell'Ovo, e probabilmente l'Isola Rossa e l'isola di Tuerredda di Teulada, in Sardegna⁵. Si tratta in tutti i casi di luoghi apparentemente privi di ridossi, ma tutti collocati in posizione strategica, davanti a centri abitati indigeni o in prossimità di zone minerarie.

I rapporti tra il mondo miceneo e la Sardegna, evidenziati di recente e assai più intensi di quanto non si possa immaginare, pongono all'attenzione il problema tanto di-

⁴ E. F. Bloedow, "Aspects of ancient trade in the Mediterranean: Obsidian", *SMEA* 26 (1987), pp. 59-124.

⁵ P. Bartoloni - S. F. Bondi - S. Moscati, "La penetrazione fenicia e punica in Sardegna, trent'anni dopo", *Memorie dell'Accademia dei Lincei* 9, 9 (1997), pp. 39-40.

battuto sull'origine dei Popoli del Mare e del loro tragitto che li portò ad aggredire l'antico Egitto durante il regno di Ramses III.

Una corrente di pensiero, principalmente sulla base delle assonanze dei nomi di questi popoli, pone gli Shekelesh come originari della Sicilia e gli Sherdana come abitanti della Sardegna. Si pone quindi il problema di una navigazione tra la Sardegna e l'Egitto, che di per sé non è certamente improbabile, dati alcuni reperti di matrice nuragica rinvenuti nell'isola di Creta⁶, che costituiva una tappa obbligata di tale tragitto. Si pone tuttavia il problema di non facile soluzione che riguarda la migrazione massiccia via mare di questi popoli, che appare assai meno probabile. Comunque, a favore dell'ipotesi di un parallelismo tra popolazioni nuragiche (Sardi) e gli Sherdana sono state portate anche testimonianze archeologiche più o meno probanti quali ad esempio la somiglianza dei caschi dei guerrieri.

Ma, un'ulteriore e più recente ipotesi, questa volta fondata su dati linguistici e storici decisamente più concreti, stabilisce definitivamente, sulla base della lingua accadica, che la vocalizzazione del nome è senza dubbio Sherdana e non Shardana. Inoltre si è accertato che tali persone non formavano un gruppo etnico, ma probabilmente costituivano dei corpi di milizie mercenarie speciali al soldo sia dei Faraoni che dei dinasti siriani o accadici e che i tutti i casi avevano dei nomi propri rispettivamente di origine egiziana o siriana e accadica⁷.

La principale rotta tracciata dai Fenici è quella da Oriente a Occidente, che si sviluppava per ben 2000 Miglia e che quindi teoricamente richiedeva circa un mese di navigazione senza soste. In realtà, tenendo conto dei

necessari approvvigionamenti e dell'incostanza degli agenti atmosferici, i tempi potevano più che raddoppiare, tanto che il tragitto tra Tiro e Cadice poteva durare anche circa tre mesi. Una ulteriore rotta era quella che conduceva verso il delta del Nilo: come tragicamente dimostrato dai relitti rinvenuti, anche in questo caso era praticata la navigazione d'altura⁸.

Le rotte commerciali mutarono con il corso degli eventi e con le aperture dei differenti mercati. Infatti, se tra la fine del Secondo e gli inizi del Primo Millennio assai frequentata era la rotta che percorreva le coste dell'Anatolia, già nel VII sec. a. C. vi erano i primi sintomi di abbandono dell'itinerario. Anche la grande rotta verso Occidente, che in teoria poteva seguire la costa, subì delle varianti nel corso dei secoli, poichè se all'origine percorreva un itinerario «settentrionale» che toccava Creta⁹, Kitera, lo Stretto di Messina, la Sardegna, le Baleari e quindi l'estremo Occidente¹⁰, dalla fine dell'VIII sec. a. C. introdusse la variante «meridionale» che toccava appunto i porti della costa meridionale della Sicilia¹¹.

Occorre ricordare a questo punto i grandi viaggi esplorativi intrapresi su impulso del governo cartaginese: il più noto è senza dubbio quello intrapreso dall'ammiraglio Anno-ne verso la fine del VI secolo a. C.¹² da Cartagine lungo la costa dell'Africa fino a raggiungere il golfo di Guinea. Un ulteriore viaggio esplorativo fu quello intrapreso poco dopo dall'ammiraglio Imilcone¹³, volto a raggiungere le isole Cassiteriti, da identificare probabilmente con la Cornovaglia.

Come è intuibile, il sistema di navigazione considerato il più elementare era ed è anche attualmente quello a vista, cioè quello di

⁶ L. V. Watrous, "A Preliminary Report on Imported 'Italian Wares' from the Late Bronze Age Site of Kommos on Crete", *SMEA* 27 (1989), pp. 69-79.

⁷ M. Liverani, *Antico Oriente. Storia società economia*, Bari 1988, pp. 634-636.

⁸ R. Ballard – L. E. Stager, "Iron Age Shipwrecks in Deep Water off Ashkelon, Israel", *AJA* 106 (2002), pp. 151-68.

⁹ S. Moscati, "La via delle isole", *RSF* 21 (1993), suppl. pp. 87-90.

¹⁰ P. Bartoloni, "Le linee commerciali all'alba del primo millennio", in *I Fenici ieri oggi domani*, Roma 1995, pp. 248-51; *Id.*, "La Sardegna crocevia del commercio fenicio", in *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo, Actas del I coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de noviembre, 1998*, Madrid, 2000, pp. 103-106.

¹¹ *Ibid.*, p. 251.

¹² Plinio S., *Naturalis Historia*, 2, 169; C. Müller, *Geographi Graeci Minores*, I, 1-14.

¹³ Festo Avieno, *Ora marittima*, vv. 90-98, 412-16; Plinio S., *Naturalis Historia*, 2, 169.

condurre la nave lungo la costa, tagliando unicamente tra due promontori. Se questo sistema era apparentemente il più sicuro, in realtà era invece certamente il più lento per raggiungere un punto determinato e impediva di trasferirsi lungo precise rotte che abbreviavano enormemente il tragitto. Inoltre alcuni punti del Mediterraneo non erano assolutamente raggiungibili se non attraverso peripli di inaudita lunghezza. Ad esempio, per assurdo, da Biserta, per raggiungere la Sardegna navigando a vista lungo la costa occorrerebbe percorrere oltre 2000 Miglia, quando invece l'isola dista dalla costa nordafricana appena 105 Miglia in linea d'aria e quindi non più di 36 ore di navigazione d'altura. Ma, l'unico modo sicuro per la navigazione a vela era appunto quello delle rotte di altura. La posizione relativa fondamentale era quella di essere sempre sopravento rispetto alla costa.

Occorre considerare che nel periodo primaverile ed ancor più in quello estivo sono presenti foschie diffuse che limitano la visibilità; pertanto tutti i tragitti che superavano le 40 miglia dalla costa erano da considerare tragitti di alto mare. Itinerari che prevedevano la navigazione d'altura furono dunque ad esempio quelli pur brevi che collegavano la costa siro-palestinese con Cipro o quella del Nord-Africa con la Sicilia e la Sardegna e quest'ultima isola con l'arcipelago delle Baleari¹⁴ e la Penisola Iberica.

Nel tragitto verso Occidente furono scelti scali temporanei che riproponevano le condizioni ambientali lasciate nella madrepatria. I principali e più sicuri furono dunque i porti fluviali, quali ad esempio quello di Biblo o di Al-Mina in Oriente, duplicati in Occidente in numero considerevole. In pratica non esistono estuari lungo le coste occidentali che non rechino tracce di insediamenti fenici arcaici: tra tutti, a titolo puramente esemplificativo, Utica e Lixus nel Nord-Africa, Bitia e Bosa nella Sardegna,

Toscanos e Huelva nella Penisola Iberica meridionale¹⁵.

Esisteranno inoltre porti formati da isole antistanti la costa, quali ad esempio quelli di Arado, di Tiro e di Sidone in Fenicia o, in Occidente, di Rachgoun, di Algeri, di Mogador e di Cadice, che, con opportune integrazioni artificiali, fornivano eccellenti ridossi. Parimenti ottimi furono i porti lagunari, nel cui interno trovavano rifugio numerosissime navi: tra questi si possono citare come esempio quello di Lixus, quello di Mozia e, in Sardegna, quelli di Cagliari, di Nora e di Sulcis. Ma la città che fruì del migliore porto naturale del Mediterraneo fu senza dubbio Cartagine. A questo riguardo esiste un illuminante aneddoto, riferito all'ammiraglio genovese Andrea Doria, il quale interrogato su quali fossero i migliori porti del Mediterraneo rispose che erano tre e cioè i mesi di Giugno e di Luglio e il Golfo di Cartagine. Questa apparente battuta di spirito la dice lunga sull'abilità dei navigatori fenici, poiché attribuisce a tutti gli approdi naturali la qualifica di *summer anchorages*, quindi di approdi temporanei estivi, nei quali non era comunque prudente riporre troppa fiducia, tranne che al golfo dove sorse Cartagine, che è di fatto l'unico approdo naturale permanente del nostro mare.

Ampio se non diffusissimo fu l'utilizzo dei porti artificiali, che furono attivati là dove la natura lo permetteva e che avevano soprattutto la funzione di bacini di carenaggio per il calafataggio delle navi. Alcuni bacini superstiti, in alcuni casi anche oggi in eccellenti condizioni, sono ancora visibili ad esempio a Cartagine e a Madia¹⁶, a Mozia e a Tharros.

Ci si è spesso chiesti quali rotte seguissero i Fenici nel loro percorso verso Occidente e il perché di tali scelte. Per parte mia, dopo aver effettuato per circa trent'anni prospezioni archeologiche e indagini di scavo lungo le coste del Mediterraneo centro-occidentale,

¹⁴ V. M. Guerrero, "Intercambios y comercio precolonial en las Baleares (c. 1100-600 cal. BC)", in *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, cit., pp. 35-53.

¹⁵ S. Moscati, "Porti di transito", *Empúries* 48-50 (1993), pp. 152-54.

¹⁶ S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, pp. 210-11.

ho motivo di ritenere che i Fenici seguissero soprattutto le vie naturali del tonno¹⁷. Certo, non che la ricerca dei metalli non costituisse il primo motore delle loro straordinarie imprese, ma la imprescindibile necessità di cibo in zone ostili o comunque deserte deve averli spinti a cercare anche nel mare il loro sostentamento. A questo proposito si ricordi il già citato periplo del continente africano, con le soste stagionali effettuate per la mietitura.

Tornando alle vie del tonno, non esistono al momento prove dirette di questo assunto, ma un insieme di indizi porta a credere nella sua ragionevolezza. Dapprima gioca a favore la grande tradizione dell'industria conserviera del pescato che aveva questo popolo. Si pensi ad esempio al famoso *garum gaditanum*, prodotto a Cadice con pesce azzurro e tanto importante nell'economia della città da essere addirittura effigiato sulle sue monete. Inoltre, si pensi a città di fondazione fenicia, scomparse fin dall'età romana, quali ad esempio Tunisa, presso Ras Zebib, e Missua, presso Ras el Ahmar, località in cui fino agli anni sessanta erano ancora attive le tonnare, ormai assai distanti dagli abitati contemporanei di afferenza.

A questo proposito sarà sufficiente tenere presente che il tonno è un pesce stenoalino, cioè un pesce che richiede un tasso costante di salinità dell'acqua, per cui il suo percorso, che a prima vista può sembrare tortuoso, invece segue le acque che hanno la medesima percentuale di salinità, che deve essere compresa tra il 37 e il 38 per mille. Una ulteriore caratteristica di questo animale è la termofilia: infatti il tonno è un pesce stenotermico, che necessita di una temperatura dell'acqua costante e per di più non inferiore ai 14°. Queste particolarità spiegano i motivi per cui i branchi di tonni spesso rasentano la costa. Infatti molte zone costiere del Mediterraneo e soprattutto quelle del Nord-Africa e della Sardegna sud-occidentale erano e sono interessate da falde freatiche sottomarine.

Quindi le acque dolci riversandosi in mare mantengono costante il corretto tasso di salinità dell'acqua e dunque, se ve ne è bisogno, dimostrano che la via del tonno è da millenni sempre stata la stessa.

Un famoso brano della Bibbia¹⁸ descrive con una allegoria la città di Tiro in veste di nave ed elenca una serie di tipi di legname utilizzati per la sua costruzione. È chiaro che dietro la convenzione poetica vi è un solido nucleo di verità, poichè le navi fenicie almeno in parte erano costruite con i legni descritti: cipresso, cedro e quercia. Questi costituiscono il tipo di legname più duro e resistente disponibile su larga scala nel bacino del Mediterraneo e rappresentano le «parti nobili» dello scafo, quali la chiglia, i trincari o le ordinate. Nell'elenco non sono compresi il pino e l'abete che erano più facilmente reperibili e che andavano a comporre le parti periferiche della nave, quali il fasciame.

Le tecniche costruttive erano quelli ancora oggi in uso per la costruzione delle imbarcazioni da pesca tradizionali. La costruzione del natante aveva luogo impostando la chiglia e quindi le ordinate e i bagli, che ne costituivano l'ossatura. Su quelle veniva impostato il fasciame esterno, mentre su questi veniva appoggiato il ponte di coperta. All'interno, veniva posto un ulteriore fasciame. Tutte le parti lignee erano strettamente commesse con mortase e tenoni e con lunghi chiodi di bronzo e di ferro con sezione quadrangolare ribattuti. All'esterno, lo scafo era calafatato con stoppa, ricoperto con pece e quindi rifasciato con lastre di piombo per tutta la parte immersa.

A conferma di quanto riportato da Plinio¹⁹, un interessante e fortemente innovativo sistema di costruzione rapida delle navi in uso a Cartagine in età ellenistica è stato osservato grazie ad un relitto rinvenuto presso Mozia. Si è potuto notare che tutte le parti lignee erano marcate da linee-guida e da lettere dell'alfabeto fenicio identiche in corrispondenza di incastri e ciò ha permesso di

¹⁷ P. Bartoloni, "Le più antiche rotte del Mediterraneo", *Civiltà del Mediterraneo* 2 (1991), p. 14.

¹⁸ *Ezechiele*, 27, 3-15.

¹⁹ Polibio, 1, 20, 9-10; Plinio, *Naturalis Historia*, 16, 92.

arguire che i singoli pezzi fossero prefabbricati e venissero montati solo nel momento in cui era necessario varare una nave. L'indubbio vantaggio che ne derivava era che in tempo di pace si poteva provvedere con tranquillità al taglio dei pezzi, che venivano poi immagazzinati ed erano montati solo in caso di effettiva necessità, con grande risparmio di tempo e di spazio.

Le navi erano considerate quasi alla stregua di esseri viventi ed erano oggetto di attenzioni particolari. Ai lati della prua erano disegnati o scolpiti in rilievo due grandi occhi apotropaici, che permettevano alla nave di vedere la rotta e di accorgersi degli eventuali pericoli. Alcune fonti classiche narrano come lo stesso varo di una nave da guerra fosse accompagnato da particolari riti propiziatori che, almeno in qualche caso consistevano di far scivolare a mare lo scafo sui corpi di alcuni prigionieri di guerra, in modo che il sacrificio cruento «lavasse» ed esonerasse preventivamente la nave da futuri contributi di sangue²⁰.

Come è noto, la propulsione della nave avveniva grazie alla vela. Da quanto ci è tramandato sia dalle fonti che dalle illustrazioni sappiamo che l'unica vela delle navi mercantili era quadra e che questo tipo di navi era privo di rematori. È altrettanto noto che un simile tipo di vela non permette di creare l'effetto di depressione proprio delle vele attuali, che consente di risalire il vento con andatura di bolina.

Tuttavia, l'esame attento delle antiche figurazioni, permette di individuare delle manovre correnti - una sorta di caricamezzi - che potevano influire grandemente sulla vela e quindi sul corso stesso della nave. Questi imbrogli, che potremo definire latamente degli antenati dei matafioni, correivano lungo i ferzi della vela e, opportunamente manovrati, ne potevano sventare una parte più o meno ampia. Questa operazione, combinata con l'orientamento dell'unico pennone, non permetteva di certo un'andatura di bolina, ma consentiva senza dubbio di non sca-

dere al vento e di guadagnare sia pure minimamente con l'andatura al traverso.

Certamente le navi fenicie più caratteristiche furono quelle da carico, note attraverso il nome greco *Gaulos*, che è un evidente deformazione del vero nome fenicio, poiché deriva dalla radice semitica *GAL. Questa parola è utilizzata in genere per esprimere il concetto di rotondità e quindi era applicata alle navi onerarie che per l'appunto erano «tonde».

Le navi di questo tipo, destinate solo al trasporto, utilizzavano esclusivamente la propulsione a vela e dunque erano armate con un solo albero che sorreggeva un pennone sul quale era disposta la vela, spesso di lino. La direzione era garantita da un grande remo di governo fissato su un lato della poppa. L'equipaggio, oltre al comandante e al timoniere, era ridotto a pochi uomini, il cui compito era unicamente quello di curare le manovre della nave.

Diversa invece era la funzione degli equipaggi imbarcati sulle navi da guerra. Infatti, in questo caso la maggior parte degli uomini era applicata ai remi, mentre solo ad alcuni era deputata la guida e la cura della propulsione a vela. Le navi da guerra, dunque, si muovevano con un duplice sistema che poteva essere utilizzato in alternativa o contemporaneamente. Infatti, per la navigazione fino al teatro delle operazioni veniva usata la vela, mentre per l'azione in battaglia la nave veniva mossa unicamente con la forza dei remi.

Le navi da guerra fenicie e puniche furono assai varie per tipo e per dimensioni a seconda del tempo del loro impiego e della loro funzione. Innanzi tutto occorre considerare che la funzione e lo scopo di una nave da guerra erano quelli di mettere fuori combattimento l'imbarcazione avversaria e per fare ciò era necessario colpirla ed affondarla. Dunque sia la struttura che la forma di una nave da guerra erano completamente diverse da quelle delle navi da carico. Mentre queste ultime erano larghe e tozze, con un rapporto tra lunghezza e larghezza non superiore a 3:1, le navi da battaglia avevano un rapporto

²⁰ P. Xella, "Un'uccisione rituale punica", in *Saggi Fenici - I* (Collezione di Studi Fenici, 6), Roma 1975, pp. 23-27.

attorno a 6,5:1. Ciò che caratterizzava queste navi erano la lunghezza e la relativa esilità, che se la rendevano mal governabile con mare agitato, ne facevano un dardo nella corsa e un ariete nell'impatto.

La struttura della nave²¹ poggiava tutta su tre componenti longitudinali, costituite dalla chiglia e dai trincarini, sulle quali si imperniavano tutte le altre parti, quali le ordinate, il fasciame e il ponte di coperta. Queste robuste travi, che correvano rispettivamente alla radice della chiglia e lungo i fianchi, si congiungevano all'estrema prua e confluivano nel rostro. Quest'arma micidiale nelle navi della madrepatria era costituita da una punta lignea fasciata di bronzo, mentre in quelle di Cartagine, durante le Guerre Puniche, era interamente di bronzo con tre punte e in una forma caratteristica la cui invenzione era attribuita alla marineria etrusca.

Numerosi furono i tipi di navi da guerra utilizzati dalle città fenicie nel corso della loro storia ed è interessante notare come le pur partigiane fonti greche e latine attribuiscano incondizionatamente l'invenzione dei differenti tipi alla marineria fenicia.

Il tipo più semplice e decisamente cosmopolita fu la pentecontera, utilizzata nella forma canonica fin dall'VIII sec. a. C. La nave, lunga circa 30 metri e larga meno di 5, era fornita di un albero con pennone e vela ed era spinta, come suggerisce il suo nome, da 24 rematori per ogni lato; al conto occorre aggiungere i due timonieri, che dirigevano i remi di governo fissati ai lati della poppa. Un comandante situato a poppa e un ufficiale inferiore, che trovava posto a prora, completavano l'equipaggio. Una passerella con parapetti di vimini protetti talvolta da scudi correva tra i banchi dei rematori e permetteva le comunicazioni tra prora e poppa.

È alla fine dell'VIII sec. a. C. che compare in Fenicia, raffigurata sui rilievi assiri, la diera. Si tratta di una nave la cui concezione rivoluzionaria permise di aumentare il nu-

mero dei rematori, e quindi la velocità, senza accrescere la lunghezza dello scafo. Il principio si basava sulla disposizione alternata dei rematori su due differenti livelli, per cui un rematore del livello superiore si veniva a trovare nell'interspazio tra i due rematori della fila inferiore.

Ma è con gli inizi del VII sec. a. C. che inizia a solcare le onde quella che fu la regina incontrastata del mare almeno fino all'età ellenistica. Si tratta della triera, la cui invenzione è attribuita ai Fenici²², cioè di una nave della lunghezza di circa 35 metri e di una larghezza di poco superiore ai 5, fornita di tre file di rematori disposti in alternanza. Ciò permise non solo di limitare la lunghezza complessiva della nave, ma anche di contenerne l'altezza dello scafo fuori dall'acqua. L'equipaggio era composto da 154 rematori divisi su tre file per ogni lato, ma, mentre le due file inferiori erano composte di 25 rematori ciascuna, quella superiore, sfruttando la maggiore lunghezza dello scafo a quel livello, ne allineava 27. Ciò garantiva alla nave una velocità stimata attorno ai cinque nodi (circa 9 km/h), che con l'aiuto della vela potevano giungere fino a sei (circa 11 km/h). La sola propulsione a vela non permetteva di superare i tre nodi (5,5 km/h), che costituivano anche la velocità di crociera di una normale nave da carico.

Oltre ai 154 rematori, vi era un equipaggio addetto alla manovra dei due timoni e della vela e, talvolta, un piccolo nucleo di fanteria. La battaglia di Salamina così come tutte le guerre sui mari condotte nella Guerra del Peloponneso e nei fatti d'arme connessi in cui furono coinvolte le satrapie persiane, sotto le cui insegne militavano le marine delle città fenicie, furono combattute con questo tipo di nave²³.

Lo stesso Aristotele attribuisce ai Cartaginesi l'invenzione della tetrera nel IV sec. a. C. L'invenzione era costituita dal ritorno ad una sola fila di remi per ogni lato, ma all'ap-

²¹ P. Bartoloni, "Fenici e Cartaginesi sul mare", *Le Scienze* 130 (1979), pp. 30-36; *Id.*, "Le navi da guerra cartaginesi di età ellenistica", *Antiqua* 12 (1979), pp. 19-30.

²² Clemente Alessandrino, *Stromateis*, 1, 16, 76-77, *contra* Tuciddide, 1, 13, 2, che ne attribuisce l'invenzione ai Corinzi.

²³ J. S. Morrison - J. F. Coates, *The Athenian Trireme*, Cambridge 1986.

plicazione di quattro rematori per ciascun remo. Ciò rendeva il remeggio abbastanza lento ma certamente più costante e duraturo. Ogni tetrera aveva 25 remi per lato e quindi un equipaggio di 200 rematori, ai quali andavano aggiunti circa 30 marinai di coperta.

Immediatamente prima delle Guerre Puniche vide la luce la regina dei mari dell'età ellenistica. Si tratta della pentera, nave lunga circa 40 metri e larga circa 6, armata con i consueti 25 remi, ai quali venivano applicati cinque rematori per ciascuno. Gli scafi erano dotati di un ponte praticabile per tutta la larghezza ed avevano due castelli, eretti rispettivamente a prua e a poppa. Su quello di prua trovano posto le catapulte o i mangani che lanciavano pietre o frecce infuocate sulle navi avversarie. Davanti al castello di prua veniva eretta l'insegna simbolica o una statua della divinità sotto la cui protezione era posta la nave; in altri casi si trattava di riproduzioni di animali marini, quali ad esempio i delfini, che potevano alludere probabilmente alla velocità stessa della nave. Infine si poteva trattare di una protome mostruosa di de-

mone o di animale feroce, destinate in questo caso a incutere timore nel nemico.

Gli equipaggi erano sempre e soltanto composti da cittadini al soldo dell'armatore e non da schiavi, la cui eventuale ribellione avrebbe gravemente compromesso la sicurezza e la vita stessa della nave. Anche per questo motivo le battaglie navali avevano luogo in prossimità delle coste e quindi per limitare le perdite umane in caso di affondamento delle navi.

Lo scopo più immediato della battaglia era quello di provocare l'affondamento dell'avversario e dunque esistevano diverse tattiche atte a conseguire questo risultato, comunemente attribuite alla marineria fenicia e punica. Tenendo conto che le flotte avversarie prima del combattimento si schieravano su due linee contrapposte, una delle tattiche era quella di infilarsi nel varco tra due navi avversarie e, se lo spazio lo consentiva, virare repentinamente ad angolo e colpire con il rostro l'avversario sul fianco. Se le navi nemiche erano più vicine tra di loro, un'altra tattica era quella di infilarsi nel varco e, sfilando oltre il nemico, virare di bordo e colpirlo a poppa.

²⁴ Aristotele, fr. 600 *apud* Plinio, *Naturalis Historia*, 7, 207.

VII. EL HOMBRE Y EL COMERCIO

14. EL MERCADER

M. E. AUBET

INTRODUCCIÓN

Los fenicios fueron considerados por sus contemporáneos como los comerciantes por excelencia. En el antiguo Israel, donde el comercio nunca llegó a ser un sector clave de la economía, esta actividad fue considerada casi exclusivamente «cananea», es decir, fenicia. Habitualmente, el término bíblico utilizado para designar al comerciante era el de *knʿny* o cananeo¹, lo que significa que la práctica del comercio profesional era percibida como una actividad propia de extranjeros, en este caso, de los fenicios.

Al igual que en el Antiguo Testamento, para la épica homérica «comerciante» y «fenicio» vienen a ser lo mismo. Pero a diferencia de los textos bíblicos, los poemas homéricos – sobre todo la *Odisea* – nos han transmitido una imagen totalmente negativa de este personaje. En la *Odisea*, el comerciante fenicio es taimado, rapaz, mentiroso y tramposo², todo «lo contrario de un varón ilustrado»³, y en un pasaje se describe a un capitán de barco procedente de Sidón como una persona sin escrúpulos, «un fenicio falaz e intrigante, un taimado que ya había traído la desgracia sin cuento a otros hombres»⁴.

Es evidente que Homero insiste en una serie de tópicos –muchos de los cuales todavía se mantienen en la actualidad–, en los que los mercaderes fenicios no salen demasiado bien parados. Tópicos que expresan la ideología de una época y de una sociedad –la griega–, cuya profunda crisis en el siglo VIII coincide con la expansión del comercio feni-

cio al Egeo y al Mediterráneo. Como portavoz de la aristocracia, Homero expresa su hostilidad hacia una profesión y un personaje, cuya conducta es la antítesis de los valores e ideales del héroe griego, que busca la aventura, el prestigio y la gloria, y no el provecho y las ganancias por medio de la manipulación y el regateo⁵.

Sea o no subjetiva y parcial la valoración que merece el mercader fenicio entre sus contemporáneos, lo cierto es que se trata de una de las figuras más representativas de una sociedad que, con sus grandezas y sus miserias, supuso para muchos una amenaza real para el orden establecido, tanto desde el punto de vista ideológico (Ezequiel, Isaías), como social y económico (Homero, Hesíodo). Falta, sin embargo, documentación escrita que describa, desde el lado fenicio, los rasgos principales de una profesión que sin duda fue clave para la historia económica del mundo fenicio. Esta escasez de información contrasta con la abundante documentación escrita del segundo milenio a. C., donde la figura del comerciante, su actividad y su rol en la sociedad del Próximo Oriente antiguo es descrita con todo lujo de detalle en las tablillas cuneiformes de Kanesh, Babilonia o Ugarit. En dichos textos se describen sus viajes y expediciones y se registran sus cuentas, sus ganancias y pérdidas, sus transacciones de negocios, sus aventuras, sus contratos de compra-venta y sus formas de organización en el marco de los circuitos privados y estatales de intercambio. Todo parece indicar que, en el primer milenio, los comerciantes fenicios trasladaron por escrito sus transacciones de negocios a materiales perecederos, como el papiro, que no se han conservado.

A pesar de ello, la documentación escrita

¹ Isaías 23: 8; Ezequiel 17: 4.

² *Od.* XV, 415-419.

³ *Od.* XIV, 159-164.

⁴ *Od.* XIV, 288-320.

⁵ *Cf. Od.* VIII, 159-164.

que se ha preservado entre sus vecinos –anales asirios, textos bíblicos, fuentes clásicas y egipcias– y, sobre todo, la evidencia arqueológica, permiten reconstruir los rasgos que caracterizaron a uno de los principales responsables del éxito alcanzado por las ciudades-estado fenicias en su aventura colonial en Occidente.

La posición y el prestigio del mercader fenicio en la sociedad debieron ser parecidos a los que había tenido el comerciante cananeo y levantino durante el segundo milenio a. C. Tras la destrucción de Ugarit en 1197-1192 a. C. y el colapso de los grandes estados del Bronce final, en menos de un siglo, Tiro y su comercio reemplazaron a aquella ciudad en los circuitos internacionales de intercambio, heredando muchas de las tradiciones comerciales de ciudades portuarias como Biblos. A diferencia de otras regiones del Mediterráneo oriental, la costa fenicia no sufrió tanto los efectos de la «crisis del 1200», que había supuesto el final de civilizaciones enteras, como la hitita, la micénica o la ugarítica. Excavaciones arqueológicas recientes en ciudades fenicias como Tiro, Beirut, Akko o Dor han puesto de manifiesto la fuerte continuidad que existe entre el mundo cananeo del 2º milenio y el fenicio del 1º milenio. Salvo una interrupción momentánea del tráfico comercial que sigue a la invasión de los llamados «pueblos del mar», apenas se aprecia una ruptura cultural entre lo cananeo y lo fenicio. Cabe suponer, en consecuencia, que el mercader fenicio debió heredar del comerciante cananeo gran parte de sus prerrogativas sociales y políticas. De ahí la importancia de analizar sus precedentes directos en el Bronce final.

LOS ANTECEDENTES EN EL BRONCE FINAL

Aunque en el Bronce final fueron potencias marítimas de segundo orden, Tiro, Sidón

y Biblos participaron en la gran *koiné* mediterránea que vinculó los principales estados del Mediterráneo oriental, en la que el puerto de Ugarit ocupó un lugar destacado. En las ciudades del Levante y en Mesopotamia, el mercader o *tamkārūm* formó un cuerpo social poderoso y elitista. De sus excelentes relaciones con el palacio real deriva su posición privilegiada en la sociedad, ya que su actividad fue fundamental para los monarcas de la época. Lo demuestra el hecho de que se publicaran edictos y tratados entre estados para garantizar su seguridad en el exterior⁶. Además de dedicarse al comercio, el mercader acompañaba a los embajadores de la corte en calidad de asesor y agente de negocios en el extranjero, actuaba como mensajero, emisario y agente del rey y a veces ejercía actividades políticas en misiones diplomáticas y militares, es decir, que también desempeñaba actividades de espionaje e información. También se dedicó a la práctica de la usura, percibiendo del palacio concesiones especiales en forma de capital mercantil, que invertía en sus empresas privadas⁷. En sus expediciones comerciales al exterior, habitaba en distritos especiales bajo la autoridad de un mercader en jefe y en ocasiones se unía a otros mercaderes para formar asociaciones mercantiles, sentando las bases de lo que constituyó una influyente oligarquía mercantil en las ciudades de la costa.

Se conoce el nombre de alguno de estos personajes, que ocuparon posiciones relevantes en la corte de Ugarit. Así, por ejemplo, uno de los mercaderes más ricos e influyentes fue Sinaranu, que contaba con extensos dominios, propiedades y tierras en el reino y mantuvo intenso comercio con Creta por cuenta del rey. Sinaranu pertenecía a una familia de comerciantes de Ugarit, operaba como empresario privado y ejerció gran influencia sobre el monarca, que le dispensaba un trato de favor en las inspecciones aduaneras del puerto de la ciudad⁸.

⁶ A. F. Rainey, "Business agents at Ugarit", *IEJ* 13 (1963), pp. 315-316.

⁷ M. C. Astour, "The merchant class of Ugarit", in D. O. Edzard (ed.), *Gesellschaftsklassen im alten Zweiströmland und in angrenzenden Gebieten* (XVIIIe RAI) München 1972, pp. 11-14; M. Liverani, "La dotazione dei mercanti di Ugarit", *UF* 11 (1979), p. 495; cf. B. I. Faist, *Der Fernhandel des assyrischen Reiches zwischen dem 14. und 11. Jh.v.Chr.*, Münster 2001, pp. 124-127.

⁸ A. F. Rainey, "Business agents at Ugarit", *cit.*, p. 317; G. Bunnens, "Quelques aspects du commerce à longue distance des syriens et des phéniciens", in E. Acquaro – L. Godart – F. Mazza – D. Musti (eds.), *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*, Roma 1988, p. 228.

A finales del siglo XIII destaca otro mercader, cuya actividad se dirige sobre todo a efectuar transacciones comerciales con la ciudad de Tiro. Se trata de Šipit-Ba'al, un comerciante que opera al más alto nivel, tanto en Tiro como en Ugarit, y que figura como responsable del tráfico comercial en el puerto de Ugarit⁹. Ostenta el título de «jefe del puerto» (*lu-gal kar-ri*), uno de los cargos más importantes del reino, y mantiene contactos regulares con Tiro, Emar y Egipto. Además, Šipit-Ba'al está muy próximo a la familia real, puesto que es yerno de Ammurapi, el último rey de Ugarit. En cualquier caso, se trata de un importante y activo hombre de negocios, que en ocasiones aparece como garante en acuerdos comerciales y que efectúa transacciones en las que intervienen personalmente los monarcas de Tiro y Ugarit. Es evidente que también en las actividades de este personaje se confunden la esfera privada y las operaciones mercantiles por cuenta del palacio.

Una forma habitual utilizada por los mercaderes para organizar expediciones mercantiles fue la de establecer, mediante contrato, una asociación o firma con otros comerciantes, en vistas a unir esfuerzos y repartir beneficios. Se conoce uno de estos contratos en Ugarit: se trata de un documento jurídico que estipula la captación de fondos por parte de las partes contratantes para organizar una expedición comercial conjunta a Egipto¹⁰.

En la ciudad de Ugarit se han excavado algunas casas pertenecientes a estos ricos mercaderes. Su estructura y contenido lujosos reflejan el rango adquirido por algunos de estos personajes, su rol en la política de la

ciudad y el alcance internacional y cosmopolita de sus actividades¹¹.

Sin duda el rey Rib-addi de Biblos se refiere a esta oligarquía mercantil cuando, en sus cartas enviadas a la corte del faraón Amenophis III, alude a «los señores de la ciudad»¹² o a «la ciudad»¹³. De esas cartas se infiere también que estos mercaderes ocuparon importantes puestos de responsabilidad política en las ciudades fenicias del Bronce final, ya que en todas partes aparecen descritos como iguales al rey en poder e influencia¹⁴.

SU STATUS SOCIAL

Gran parte de los rasgos que caracterizan al *tamkārūm* de Ugarit, Biblos y Tiro en el segundo milenio reaparecen en el comerciante fenicio del primer milenio. En las fuentes escritas de la época, el mercader fenicio recibe la misma consideración social que en los textos del Bronce final. Así, a principios del siglo VI a. C., el profeta Ezequiel describe a los comerciantes de Tiro como «príncipes del mar»¹⁵, y a finales del siglo VIII a. C. Isaías evoca la figura del mercader fenicio con estas palabras¹⁶:

*Tiro la coronada,
cuyos mercaderes eran príncipes,
cuyos traficantes eran los más grandes de la
tierra.*

Sin duda estos príncipes o *sarim* corresponden al mismo grupo social al que se refiere Arriano cuando habla de «los tirios importantes»¹⁷, grupo que se describe en Carta-

⁹ D. Arnaud, "Une lettre du roi de Tyr au roi d'Ougarit: milieux d'affaires et de culture en Syrie à la fin de l'Âge du Bronze Récent", *Syria* LIX (1982), pp. 105-107; P. Bordreuil, "Tyr et Ougarit au IIe millénaire", in *Tyr et la formation des civilisations méditerranéennes*, Rencontre UNESCO-Association pour la Sauvegarde de Tyr, Paris 1992, pp. 109-110.

¹⁰ M. Heltzer, *Goods, Prices and the Organization of Trade in Ugarit*, Wiesbaden 1978, p. 141; G. Bunnens, "Quelques aspects du commerce", *cit.*, pp. 227-234.

¹¹ F. Malbran-Labat, "La découverte épigraphique de 1994 à Ougarit", *SMEA* 36 (1995), pp. 103-104.

¹² *EA* 138: 49.

¹³ *EA* 89: 40-41.

¹⁴ H. J. Katzenstein, *The History of Tyre*, Jerusalem 1973, pp. 30-31. También en la Assur del Bronce final se conoce con el término de "los grandes" a estas poderosas familias de mercaderes: B. I. Faist, *Der Fernhandel des assyrischen Reiches*, *cit.*, pp. 96-108.

¹⁵ Ezequiel 26: 16.

¹⁶ Isaías 23: 8; cf. G. Chiera, "Is. 23: L'elegia su Tiro", *RSF* 14 (1986), pp. 3-19.

¹⁷ Arriano II 24: 5.

go como los «señores de la ciudad»¹⁸. En el caso de Cartago se trata probablemente de la misma oligarquía mercantil que había participado en la fundación de la ciudad, cuando Elissa, hermana del rey de Tiro, había huído acompañada de un grupo de «príncipes» tírios, entre los que se encontraba Bitias, comandante de la flota¹⁹. Por otra parte, el relato sobre los orígenes de Cartago deja muy claro que, para la fundación de una colonia, bastaban un sacerdote, mercaderes, oro y mujeres.

Otro documento que revela la importancia del comerciante es el tratado suscrito en el año 676 a. C. por Asarhaddon rey de Asiria y el rey Baal de Tiro. Las cláusulas de este tratado imponen severas restricciones a la navegación comercial –las naves de Tiro sólo pueden comerciar hasta Biblos, Akko y Dor–, en un contexto de férreo control asirio sobre el comercio marítimo de las ciudades fenicias, poco antes de la anexión definitiva del territorio por parte del Imperio asirio. En el texto se mencionan en igualdad de condiciones las «naves de Baal» y «las naves de las gentes de Tiro». Significa que los asirios establecen una clara distinción entre las naves del rey y las naves de los mercaderes de la ciudad, un grupo social, este último, que actúa además al lado del monarca en calidad de consejo de notables en la administración de la ciudad²⁰.

En general, los textos bíblicos y asirios equiparan el poder económico y mercantil de los grandes mercaderes fenicios con los del propio monarca. Al igual que sus antepasados del Bronce final, estos personajes alcanzaron su máxima prosperidad, lógica-

mente, en la época del apogeo de Tiro en el mar (siglos X-VII a.C.). También realizaron operaciones de crédito a cambio de elevados intereses²¹, así como misiones diplomáticas y mercantiles por cuenta del rey y la recaudación de tributos e impuestos²². A través de sus actividades en las lejanas colonias de Occidente, debieron monopolizar gradualmente la circulación de mercancías, acumulando parte importante del excedente colonial a través de los beneficios obtenidos en el comercio de larga distancia²³.

En los textos bíblicos, una de las funciones principales del comerciante es la de ejercer de emisario y mensajero²⁴. Porque entre sus actividades más rentables figuró la de las expediciones de larga distancia, en las que además de obtener beneficios, debió acumular una considerable experiencia viajera y un vasto conocimiento sobre lugares distantes y rutas de navegación. Además, su prestigio como extranjeros en tierras lejanas debió servir a estos mercaderes de fuente inagotable de información, que podían transmitir a su rey o a sus asociaciones mercantiles. En este sentido, el comerciante fenicio gozó de un status parecido al del mercader azteca – los *pochtecas* –, que desempeñó el rol de comerciante y espía y que, por esta razón, estuvo situado en las más altas esferas del poder. El *pochteca* asesoraba al emperador en asuntos políticos y económicos y, al igual que en Ugarit, constituyó un grupo cerrado y hereditario, que era a la vez temido y envidiado por sus compatriotas²⁵. En este contexto, cobra especial dimensión la figura del dios griego Hermes, que probablemente hereda de su homólogo Melqart de Tiro muchos de

¹⁸ Polibio VII 9, 5.

¹⁹ Justino XVIII 4, 9.

²⁰ H. J. Katzenstein, *The History of Tyre*, cit., pp. 270-272; G. Pettinato, "I rapporti politici di Tiro con l'Assiria alla luce del trattato tra Asarhaddon e Baal", *RSF* 3 (1973), p. 153; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée* (Institut Historique Belge de Rome, tome XVII), Rome 1979, p. 55; *Id.*, "Quelques aspects du commerce", cit., p. 231; G. Kestemont, "Tyr et les assyriens", in *Studia Phoenicia* I/II, Leuven 1983, p. 77; N. Na'aman, "Esarhaddon's treaty with Baal and Assyrian provinces along the Phoenician coast", *RSF* 22 (1994), pp. 4-5.

²¹ K. Deller, "Tamkaru-Kredite in neuassyrischer Zeit", *JESHO* 30 (1987), p. 3.

²² K. Radner, "Traders in Neo-assyrian period", in J. G. Dercksen (ed.), *Trade and Finance in Ancient Mesopotamia*, Istanbul 1999, p. 102.

²³ K. Ekholm – J. Friedman, "Capital imperialism and exploitation in ancient world systems", in M. T. Larsen (ed.), *Power and Propaganda* (Mesopotamia 7), Copenhagen 1979, p. 52; M. Elat, "The monarchy and the development of trade in ancient Israel", en E. Lipinski (ed.), *State and Temple Economy in the Ancient Near East*, Leuven 1979, pp. 527-546.

²⁴ M. Elat, "The monarchy and the development of trade", cit., p. 531.

²⁵ M. W. Helms, *Ulysses' Sail. An Ethnographic Odyssey of Power, Knowledge and Geographical Distance*, New Jersey 1988, pp. 88-94.

sus atributos: patrón de los mercaderes, heraldo real y embajador, mensajero sagrado e inviolable, agente del rey y poseedor de poderes mágicos gracias a sus vastos conocimientos de lo distante y lo lejano.

SU ACTIVIDAD EN EL EXTERIOR

La evidencia arqueológica constata claramente la presencia de estos comerciantes fenicios en los circuitos terrestres y marítimos de intercambio. Hoy por hoy, los vestigios más antiguos que se conocen sobre la llegada de mercaderes fenicios a ultramar proceden de la necrópolis de Kouklia/Paleopaphos, en el sudoeste de Chipre. En esta localidad, más de la mitad de las tumbas de mediados del siglo XI a. C. revela materiales fenicios y denota prácticas funerarias típicamente tirias²⁶. La concentración de estos hallazgos en una región tan concreta sugiere la posibilidad de que existiera en la zona una pequeña comunidad de mercaderes que, de confirmarse, constituiría el establecimiento comercial fenicio más antiguo conocido fuera del Levante. La pequeña instalación de Paleopaphos debió proporcionar al comercio de Tiro unas ventajas considerables de cara a su penetración en el mercado egeo a través de Creta y Rodas. El establecimiento de esta primera base comercial en ultramar coincide, además, con claros indicios de que, por la misma época –hacia el 1050 a. C.–, otros grupos de colonos y mercaderes de Tiro se estaban instalando en la costa norte de Palestina

–Akko, Dor, Tell Abu Hawam y Tell Keisan²⁷. Estos primeros contactos culminan hacia el 950 a. C., cuando el comercio con el Egeo ya se ha afianzado y se estrechan las relaciones con Eubea, de la que proceden numerosas importaciones halladas en Tiro²⁸.

En el siglo IX a. C., los mercaderes de Tiro ya disponen de una segunda base permanente de operaciones en ultramar: se sitúa en Kommos, en la costa meridional de la isla de Creta, donde se ha descubierto un pequeño enclave comercial fenicio fundado probablemente a finales del siglo X a. C.²⁹ El sitio de Kommos reviste particular importancia, en cuanto que revela una de las prácticas habituales del comercio exterior fenicio: la de erigir un santuario destinado a tutelar el establecimiento comercial y servir de lugar de mercado en la ruta de navegación hacia el oeste. En el caso de Kommos, el denominado templo B es un pequeño santuario típicamente cananeo en su concepción –con tres pilares en el frente y altar al fondo–, que recibió culto entre los años 875 al 760 a. C.

Datan probablemente de esta época los contactos comerciales que menciona Homero en sus poemas. El panorama que describen los poemas homéricos es el propio de un comercio itinerante y oportunista, en el que los mercaderes fenicios van de puerto en puerto ofreciendo sus mercancías, navegan por cuenta propia, controlan la ruta hacia Creta y Egipto y regresan periódicamente a su hogar –Sidón o Tiro–, donde poseen casa propia³⁰.

Después de esta época de primeros contactos con Chipre y el Egeo, los siglos IX-VII

²⁶ P. M. Bikai, "The imports from the East", en V. Karageorghis (ed.), *Palaepaphos-Skales. An Iron Age Cemetery in Cyprus*, Konstanz 1983, p. 405; *Id.*, Trade networks in the Early Iron Age: The Phoenicians at Palaepaphos, in D. W. Rupp (ed.), *Western Cyprus: Connections*, Göteborg 1987, pp. 125-126; *Id.*, *The Phoenician Pottery of Cyprus*, Nicosia 1987, p. 50; *Id.*, "Phoenician Tyre", in M. Sharp Joukowsky (ed.), *The Heritage of Tyre*, Kendall, Dubuque 1992, p. 46; *Id.*, The Phoenicians and Cyprus, in V. Karageorghis (ed.), *Cyprus in the 11th Century B. C.*, Nicosia 1994, p. 31.

²⁷ M. E. Aubet, "Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean", *Münstersche Beiträge zur Antiken Handelsgeschichte* 19 (2000), pp. 70-120.

²⁸ J. N. Coldstream, "Early greek pottery in Tyre and Cyprus: some preliminary comparisons", *Report of the Department of Antiquities Cyprus* (1988), pp. 37-40; *Id.* "Early greek visitors to Cyprus and the Eastern Mediterranean", in V. Tatton-Brown (ed.), *Cyprus and the East Mediterranean in the Iron Age*, London 1989, pp. 90-95; *Id.*, "The first exchanges between Euboeans and Phoenicians: who took the initiative?", in S. Gitin – A. Mazar – E. Stern (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition*, Jerusalem 1998, pp. 354-356.

²⁹ J. W. Shaw, "Phoenicians in Southern Crete", *AJA* 93 (1988), pp. 166 y 181; *Id.*, "Kommos in Southern Crete", in V. Karageorghis – N. Stampolidis (eds.), *Eastern Mediterranean: Cyprus - Dodecanese - Crete 16th-6th Centuries BC*, Athens 1998, pp. 18-22; *Id.*, "The Phoenician shrine, ca. 800 BC at Kommos in Crete", *ACFP* IV, p. 1110; O. Negbi, "Early Phoenician presence in the Mediterranean Islands: A Reappraisal", *AJA* 96 (1988), p. 607.

³⁰ G. Bunnens, "Quelques aspects du commerce", *cit.*, p. 231.

a. C. representan para el comercio fenicio el dominio absoluto en el mar. Tal como reflejan los textos bíblicos³¹, Tiro mantiene a partir del siglo IX el monopolio del transporte marítimo y del comercio internacional, y su poder político y comercial se extiende hasta unos límites jamás alcanzados antes por ninguna ciudad del Levante³². Así lo manifiestan las palabras del profeta Ezequiel:

Mis dominios están en el corazón de los mares,

Los que te edificaron te hicieron perfectamente hermosa.

*De cipreses de Sanir hicieron tus quillas,
de cedros del Líbano tus mástiles,
tus remos de encinas de Basán,
tus bancos de boj incrustado de marfil,
traídos de las islas de Kittim (Chipre)
(Ezequiel 27: 4-6).*

El poderío de Tiro y de sus mercaderes se reflejan en otro pasaje del mismo oráculo de Ezequiel contra Tiro³³, donde la ciudad aparece representada como un gran galeón a punto de hundirse en el mar, cuyo poderío habría repercutido en los confines de la tierra³⁴. La riqueza de Tiro y la posición privilegiada de sus comerciantes no sólo se deduce del establecimiento de su imperio colonial –fundación de Kiton en el 850 y de Cartago en el 813-4 a. C.–, sino de la calidad y cantidad de tributo que paga la ciudad a los reyes asirios Asurnasirpal II y Salmanasar III entre el 879 y el 858 a. C., consistente mayoritariamente en oro, plata, estaño, cobre, lino, monos, ebonita y marfil³⁵. Tiro es la ciudad que más cantidad de oro y plata ca-

naliza hacia el Imperio asirio, una riqueza a la que sin duda contribuyeron sus mercaderes en ultramar. Y cabe pensar que gran parte de esta riqueza debió transitar a través del *Eurychoros*, el mercado central de Tiro, cuya fama internacional derivaba de la intensa actividad que desarrollaron en él los comerciantes minoristas y las grandes firmas comerciales de la ciudad³⁶.

La descripción más completa que se conserva sobre la actividad de los comerciantes tirios en el exterior aparece de nuevo en la profecía de Ezequiel contra Tiro, fechada a principios del siglo VI a. C. Ezequiel establece los límites del «cosmos» comercial de la ciudad (Fig. 1), a cuyo puerto afluyen las riquezas de todos los países³⁷: esclavos, madera de cedro y de ciprés, ebonita, marfil, lino, hierro, estaño, plomo, caballos, coral, rubíes, miel, cereal, vino, lana y especias. Se trata de un inmenso mercado, en el que los países que comercian con Tiro habrían actuado como agentes e intermediarios comerciales entre Iberia, Jonia, Egipto, Chipre, Damasco, Arabia y Asia Menor³⁸. Una descripción sin duda poética, pero a la vez malintencionada, en la que no vemos a Tiro trabajando para el comercio internacional, sino el mundo exterior trabajando para el comercio de Tiro³⁹.

Entre los indicadores arqueológicos que permiten intuir la presencia de comerciantes fenicios en el exterior, destacan los juegos de pesas y medidas, unos útiles esenciales en las transacciones y un elemento necesario para estipular precios y equivalencias en los intercambios que se desarrollan en países lejanos. La evidencia arqueológica demuestra que los mercaderes llevaban consigo su propio juego

³¹ Cf. II Cron. 8: 18.

³² H. Katzenstein, *The History of Tyre*, cit., p. 135.

³³ Ezequiel 27: 25-36.

³⁴ Cf. M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona 1994, pp. 112-117.

³⁵ H. Katzenstein, *The History of Tyre*, cit., pp. 140 y 163.

³⁶ Flavio Josefo, *Antiquitates Judaicae* VIII 145; cf. N. B. Jankowska, "Some problems of the economy of the Assyrian empire", *Ancient Mesopotamia. Socio-economic History*, Moscow 1969, p. 255.

³⁷ Ezequiel 27: 1-25.

³⁸ R. D. Barnett, "Ezekiel and Tyre", *EI* 9 (1969), pp. 6-7; G. Garbini, "Il commercio di Tiro", in *I Fenici. Storia e religione*, Napoli 1980, pp. 65-69; E. Lipiński, "Products and brokers of Tyre according to Ezekiel 27", in *Studia Phoenicia* III, Leuven 1985, pp. 213-217; I. M. Diakonoff, "The naval power and trade of Tyre", *IEJ* 42 (1992), pp. 170-182.

³⁹ M. Liverani, "The trade network of Tyre according to Ezek. 27", in M. Cogan – E. Eph'al (eds.), *Ab Assyria... Studies in Assyrian History and Ancient Near Eastern Historiography presented to H. Tadmor (Scripta Hierosolymitana 33)*, Jerusalem 1988, p. 74.

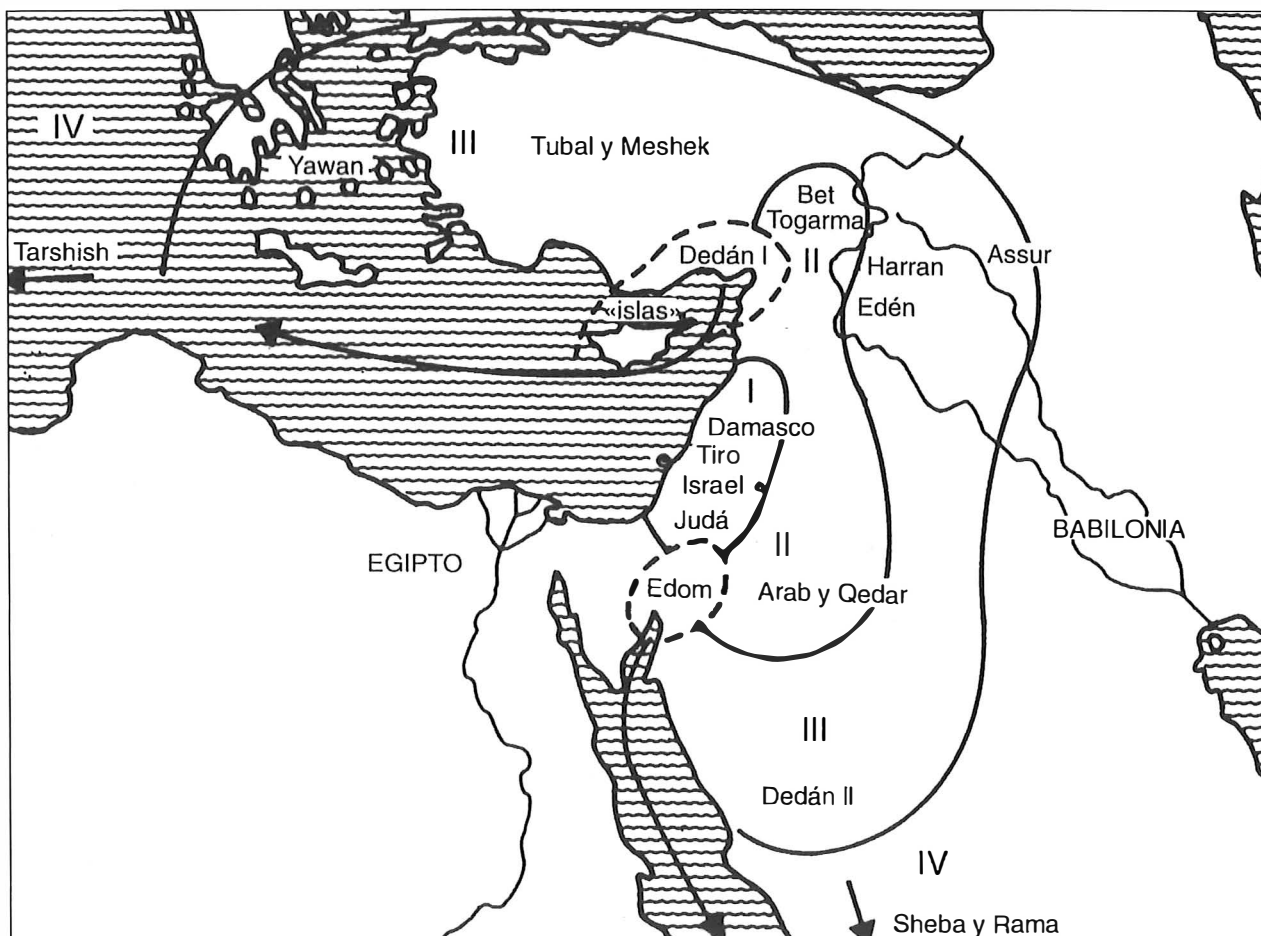


Figura 126
El ámbito comercial de Tiro en Ezequiel (según Liverani).

de pesas para facilitar las operaciones de compra-venta en los puertos y escalas de destino. Así lo demuestra, entre otros, el hallazgo de 52 pesas en la cabina del barco de Cabo Gelidonya, fechado hacia el 1200 a. C.⁴⁰ Además, muchos comerciantes se enterraban con sus juegos de pesas⁴¹ y su presencia en establecimientos de ultramar no sólo sugiere el paso de un mercader importante, sino la existencia de un centro de mercado, donde se efectuaba a diario el pesado y valoración de las mercancías. Destacan, en este sentido, las pesas halladas en Al Mina, un puerto sirio frecuentado por mercaderes fenicios durante los siglos VIII-VII a. C.⁴² y

las identificadas en varias viviendas privadas de finales del siglo VIII a. C. en la colonia fenicia del Cerro del Villar, en la costa de Málaga (Fig. 2), probablemente habitadas por mercaderes de cierto rango⁴³.

ESTRATEGIA Y FORMAS DE ORGANIZACIÓN

Las formas de organización de los comerciantes fenicios son muy similares a las del Bronce final. El mecanismo utilizado habitualmente por los comerciantes con vistas a reducir costos, dividir esfuerzos y aumentar las ganancias es la asociación con otro u otros

⁴⁰ G. F. Bass, *Cape Gelidonya: A Bronze Age Shipwreck* (Transactions of the American Philosophical Society), Philadelphia 1967, p. 135.

⁴¹ J.-C. Courtois, "Les poids de Palaepaphos-Skales", in V. Karageorghis (ed.), *Palaepaphos-Skales. An Iron Age Cemetery in Cyprus*, Konstanz 1983, p. 424.

⁴² C. L. Woolley, "Excavations at Al Mina, Sueidia", *JHS* 58 (1938), pp. 13-24.

⁴³ M. E. Aubet, "A Phoenician market place in southern Spain", in B. Pongratz-Leisten – H. Kühne – P. Xella (eds.), *Ana šadi Labnāni lū allik, Festschrift W. Röllig*, Neukirchen-Vluyn 1997, pp. 11-22.

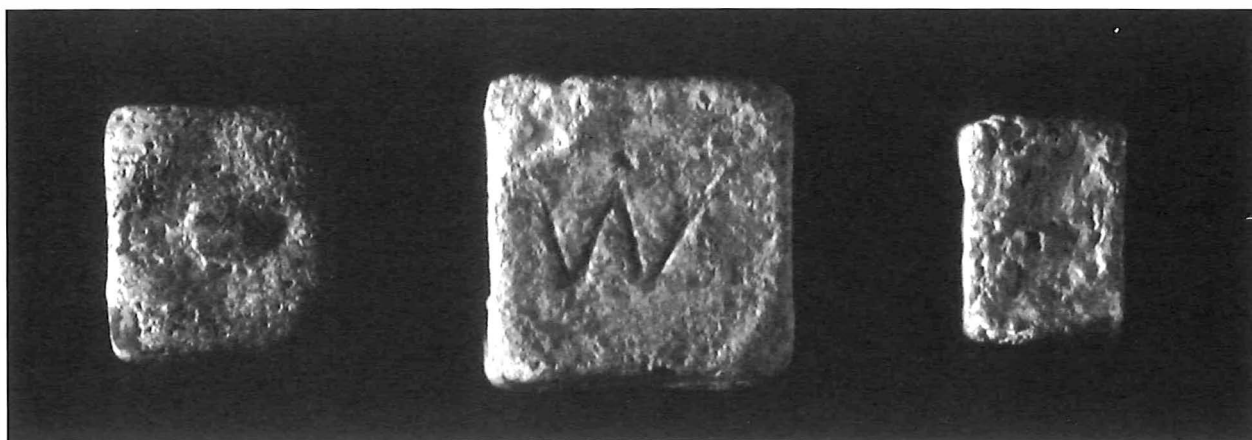


Figura 2

Pesas de plomo de finales del siglo VIII a. C. del Cerro del Villar (Málaga).

comerciantes afines para financiar expediciones comerciales conjuntas de larga distancia. En Ugarit, este tipo de asociaciones o consorcios mercantiles se crean mediante acuerdo o contrato ante testigos, y sin duda reaparecen en época fenicia, cuando los enormes intereses en juego en las colonias exigían organizarse en consorcios o firmas mercantiles. La buena marcha del comercio colonial dependió probablemente de grandes sumas de dinero para financiar empresas y establecimientos coloniales en el exterior, lo que hubiera sido imposible de asumir por parte de un solo mercader o inversor.

Una de estas organizaciones se describe en el relato de Unamón, un enviado egipcio a la corte del rey de Byblos en busca de madera de cedro hacia el año 1070 a. C.⁴⁴ Unamón menciona a Werket-el, un príncipe mercader y agente del rey de Sidón, que reside en el Delta del Nilo. Posee una flota de 50 barcos mercantes en el puerto de Sidón, opera en «asociación» comercial con otros mercaderes y tiene sucursales y agentes en Tanis. También se describe la presencia de 20 barcos en el puerto de Biblos, que comercian en «asociación» con Smendes, que por esa época gobierna en el Delta. El término utilizado

para describir este tipo de asociación es *hbr*, que significa compañía naviera, consorcio, relación de negocios o vínculo comercial. Con un significado parecido —el de gremio de mercaderes o firma comercial—, el término *hubur* o *haber* también aparece en los textos bíblicos posteriores⁴⁵ y se utiliza, por ejemplo, para describir el tipo de asociación mercantil que Josafat y Ocozías establecen en el siglo IX a. C. para financiar sus expediciones navales a Ophir en busca de oro⁴⁶.

En su relato, Unamón no alude a simples comerciantes locales, sino a grandes armadores independientes, que poseen sus propias flotas de barcos mercantes y que disponen de agentes y sucursales en el extranjero, al estilo de los poderosos mercaderes de Ugarit y a los «príncipes» del mar mencionados por Isaías y Ezequiel.

Otra estrategia organizativa utilizada en el comercio exterior consiste en constituirse en comunidades de mercaderes que habitan barrios específicos o extramuros de las ciudades⁴⁷. Sin duda ello exigía una concesión especial por parte de las autoridades locales, al estilo del *kārum* del segundo milenio a. C., así como unos órganos centralizados de gestión y administración. La institución del ba-

⁴⁴ H. J. Katzenstein, *The History of Tyre*, cit., pp. 70-72; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée*, cit., 1979, pp. 45-48; M. Elat, "The monarchy and the development of trade", cit., 1979, p. 539.

⁴⁵ Cf. Isaías 23: 8.

⁴⁶ II Cron. 20: 35-37.

⁴⁷ H. Katzenstein, *The History of Tyre*, cit., p. 124.

rio comercial se documenta por primera vez en el siglo IX a. C., cuando se fundan los célebres barrios de mercaderes de Damasco y Samaria⁴⁸. El más conocido es sin duda el de Samaria, fundado entre los años 876-875 a. C. a raíz de los acuerdos suscritos por los monarcas de Israel, Omri y Achab, con el rey Ethbaal de Tiro. Este barrio comercial fenicio estuvo habitado exclusivamente por comerciantes tirios y fue construido con motivo de la boda de Achab con la hija de Ethbaal, Jezabel, en una zona privilegiada de la ciudad y bajo la tutela de un templo de Baal-Melqart⁴⁹. Su estructura administrativa debió ser parecida a la del «campamento de los tirios» de la ciudad de Memphis, un barrio comercial en el que habitó una importante comunidad fenicia bajo la tutela de un templo de Astarté⁵⁰.

Además de los textos antiguos, la arqueología también constata el carácter intrusivo de este tipo de instalaciones en varias zonas estratégicas del Próximo Oriente. Es el caso, por ejemplo, de la región de Gaza, junto a la frontera meridional de Palestina, habitada por población mayoritariamente filisteas. En torno a la ciudad antigua se han hallado tres necrópolis fenicias del siglo VIII a. C. —Tell Far'a (Beth Pelet), Tell el-Ajjul (Gaza) y Er-Reqeish—, formadas por pequeños conjuntos de sepulturas de incineración, que reflejan la presencia de grupos reducidos de población tiria habitando en esta zona, sin duda un punto neurálgico en la ruta del incienso y del oro hacia el sur de Arabia y el Mar Rojo⁵¹.

La organización del barrio comercial nos lleva a su vez a otra institución característica del comercio exterior fenicio, que concierne exclusivamente al ámbito religioso. Ya hemos visto que las principales instalaciones comerciales en el exterior —Kommos, Samaria, Memphis—, al igual que algunas colonias de Occidente —Gadir, Lixus— estuvieron domi-

nadas por un santuario. Ello obedece a que, en tierras lejanas, el templo sustituye a la autoridad política como garante de las transacciones y de la continuidad en los intercambios. Al mismo tiempo, el templo tutela la empresa comercial y, lógicamente, ofrece protección divina para asegurar la correcta reciprocidad en las relaciones de intercambio⁵². Lejos de su tierra, el mercader precisa, además, de una entidad corporativa superior de carácter permanente que proteja a los viajeros, que asegure la hospitalidad en tierras lejanas y que sepa manejar cualquier problema surgido con las grupos nativos. Se trata de la función que mejor define, por ejemplo, al célebre templo de Melqart en Gadir⁵³.

Paralelamente a las comunidades de mercaderes que se organizan en consorcios y gremios profesionales, existe la figura del comerciante individual, al estilo del que describe Homero, que viaja por cuenta propia y practica una especie de comercio itinerante. Esta figura resulta mucho menos conocida que la del mercader de alto rango, probablemente porque sus actividades no fueron consideradas dignas de ser registradas en los documentos de la época. Y sin embargo, esta figura debió desempeñar un rol significativo en el comercio terrestre, a juzgar por algunos documentos que revelan su presencia en todos los rincones del Próximo Oriente, en particular en Asiria. Así, en un relieve del siglo IX a. C. hallado en el palacio de Asurnasirpal se representa a un mercader fenicio acompañado por un servidor, llevando entre sus mercancías varios monos (Fig. 3). En una tablilla cuneiforme de finales del siglo VII a. C. hallada en Nínive, se estipula un contrato entre dos comerciantes fenicios instalados en la capital asiria: se trata de Adoni-hay y Pa-diri, que prestan a un mercader arameo 460 litros de trigo por un período de cuatro meses, a un interés del 50%⁵⁴. Ello confirma, no sólo la

⁴⁸ I Re. 20: 34.

⁴⁹ I Re. XVI: 31-32.

⁵⁰ Heródoto II 112.

⁵¹ M. E. Aubet, "Aspects of Tyrian trade", *cit.*, p. 99.

⁵² G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée*, *cit.*, 1979, p. 284; J. W. Shaw, "Kommos in Southern Crete", *cit.*, p. 20.

⁵³ M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, *cit.*, pp. 238-241.

⁵⁴ E. Lipiński, "Deux marchands de blé phéniciens à Ninive", *RSF* 3 (1975), pp. 1-4.

existencia de contratos y documentos jurídicos, sino la práctica extendida de la usura y del crédito por parte los mercaderes fenicios. Por último, una inscripción del siglo VIII a. C. destaca la presencia de otro mercader fenicio, llamado Makbiram, en Hazor, en Galilea, en cuya vivienda habría almacenado diversas mercancías, como recipientes contenedores y marfil⁵⁵.

EN LAS COLONIAS

En las colonias de Occidente, el rol del comerciante y del comercio fueron decisivos para estabilizar y consolidar los centros de ultramar. La gestión administrativa de las primeras colonias no debió diferir demasiado de la de los barrios comerciales de Samaria y Memphis. En cualquiera caso, es sobre todo el registro arqueológico el que permite definir la categoría de esas instalaciones, así como también el status social de las comunidades que habitaron en las colonias.

En el extremo occidental del Mediterráneo, dos tipos de institución, que se manifiestan a través de la arquitectura colonial, parecen caracterizar mejor el espíritu de estos profesionales del comercio. Por un lado, destaca el célebre almacén de Toscanos, muy similar a otras estructuras halladas en Al Mina y Motya. Se trata de un gran edificio de tres naves formado por dos pisos, que estaba situado junto a una pequeña ensenada portuaria y que probablemente desempeñó un rol multi-funcional, es decir, el de edificio público y el de centro administrativo. A juzgar por su monumentalidad, su contenido y su posición central, debió ser el centro de administración de la colonia, sirviendo también como depósito, almacén de mercancías y lugar de mercado, es decir, una especie de lonja utilizada por los mercaderes para sus operaciones de importación y exportación⁵⁶.

Una segunda institución económica se do-

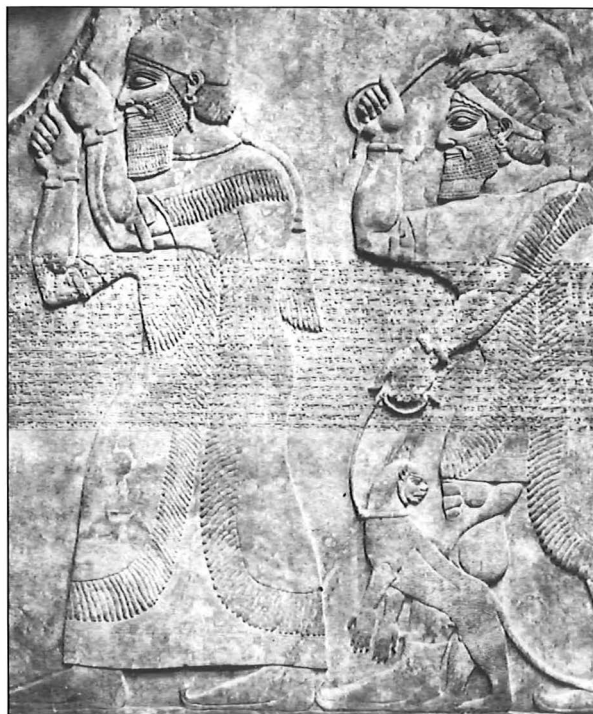


Figura 3

Bajorrelieve asirio del siglo IX a. C. representando a un mercader fenicio (según Barnett).

cumenta en la colonia fenicia del Cerro del Villar. En este caso se trata de una calle de mercado, situada en el centro de la colonia y rodeada de un amplio sector residencial formado por lujosas viviendas de mercaderes⁵⁷. En dicha calle central, fechada a finales del siglo VIII y situada en las proximidades del puerto, existieron, junto a talleres metalúrgicos, varias pequeñas tiendas donde, a juzgar por su tamaño y contenido, se practicaba un comercio minorista de pescado y de objetos manufacturados de metal, que debió atraer regularmente a comerciantes procedentes de otras colonias y del ámbito indígena.

La estructura y contenido de las necrópolis fenicias de la zona confirman una vez más la presencia de algunos grupos de élite entre los primeros colonos llegados a Occidente. Las urnas cinerarias de alabastro de la necrópolis de Almuñécar y las grandes cámaras funerarias monumentales de Trayamar,

⁵⁵ B. Delavault – A. Lemaire, “Les inscriptions phéniciennes de Palestine”, *RSF* 7 (1979), pp. 8-10.

⁵⁶ M. E. Aubet, “Arquitectura colonial e intercambio”, in *Fenicios y Territorio* (Actas II Seminario sobre Temas Fenicios), Alicante 2000, pp. 13-45.

⁵⁷ M. E. Aubet, “A Phoenician market place”, *cit.*, 1997.

Jardín y Puente de Noy resultan excepcionalmente ricas en términos de ajuares funerarios y de trabajo invertido en su construcción. Ello sugiere la presencia en algunas colonias del sur de Iberia de unos personajes de alto nivel social, capaces de reclutar técnicos y arquitectos profesionales llegados expresamente de Oriente para la construcción de sus tumbas monumentales y de sus lujosas viviendas en Toscanos, Morro de Mez-

quitilla y Cerro del Villar. En el caso de los hipogeos Trayamar, la evidencia arqueológica y antropológica sugiere, además, que algunas de estas tumbas monumentales pudieron servir de panteones familiares para una o más generaciones de mercaderes fenicios, lo que confirmaría la hipótesis de que se trata de un sector social cerrado y elitista, en el que la profesión se hereda probablemente de padres a hijos.

VIII. EL HOMBRE Y LA FAMILIA

15. LA DONNA

M. G. LANCELOTTI

Le informazioni riguardo alla donna, al suo ruolo privato e sociale, al suo universo culturale, tanto nel mondo fenicio d'Oriente quanto in quello - dalla documentazione ai nostri occhi più variegata - delle colonie puniche del Mediterraneo, sono diseguali e generalmente scarse, soprattutto per quanto riguarda le fonti dirette provenienti dalla madrepatria.

Tale situazione riproduce del resto abbastanza fedelmente lo stato generale della documentazione concernente l'intera vita sociale degli appartenenti a questa civiltà, ma è resa forse qui ancora più precaria dal tipo di soggetto al centro dell'indagine: si tratta della figura femminile, che anche in questo caso tende a restare ai margini delle informazioni provenienti da una società di tipo patriarcale. Come quella di tante altre donne dell'antichità, anche la vita della donna fenicia si svolgeva, dall'inizio alla fine, prevalentemente, se non esclusivamente, nell'ambito della famiglia ed è eventualmente solo in qualche caso, come ad esempio nella vita religiosa (si pensi in particolare alle preferenze devozionali delle singole persone), che può emergere per barlumi un universo femminile altrimenti difficilmente ricostruibile.

Da questo punto di vista, qualche indicazione può essere fornita dal repertorio dei nomi propri fenici e soprattutto (in virtù del numero e della omogeneità spazio-temporale) puniche. Premesso che pochi sono gli antroponomi che, per tipologia specifica (vale a dire, non dal punto di vista grammaticale) sono esclusivamente femminili, uno sguardo rapido alla documentazione nel suo complesso offre qualche piccola ma utile indicazione sulle preferenze devozionali e su alcune concezioni che traspaiono dai meccanismi di scelta e imposizione del nome. Privilegiando i nomi teofori, si constata ad esempio che vi è una serie molto

ristretta di divinità chiamate in causa, anche se occorre sempre ricordare che gli ipocoristici celano di certo molti personaggi ed epiteti divini che, invece, dovevano essere immediatamente riconoscibili ai contemporanei. In ogni caso, risulta che Astarte (anche con qualche epiteto, come ad esempio *lbt*, «leonessa») e Melqart (cui potrebbe ricondursi l'epiteto *n'm*) fanno la parte del leone, ma si segnalano anche Baal (Hammon?), Eshmun, Tinnit, la coppia egiziana Osiride e Iside, Pumay, Gad, Mlk e Mlkt (se non sono epiteti rispettivamente di Melqart e di Astarte), *šlm*, mentre *špn* entra in composizione nel nome *špnb'l* (Sophonisba), esclusivamente femminile (e non per ragioni grammaticali). Quanto all'atteggiamento della fedele, si noti in particolare come di contro a *'bd-*, «schiavo», che indica il rapporto di sottomissione dell'uomo anche nei confronti della divinità, il repertorio femminile ha *'mt-*, mentre anche *'š-* potrebbe esprimere la stessa relazione di assoluta dipendenza. Come accade per gli uomini, anche molte donne si dicono «figlia», *bt*, di un dio (*b'l*, *zbl*, probabile epiteto dello stesso), mentre - tratto esclusivo dell'onomastica femminile - Eshmun e Astarte sono come una «madre», *'m*, per la fedele che ne porta i nomi. Ma l'indagine meriterebbe di essere ulteriormente articolata e approfondita.

Ritornando al problema generale, altri aspetti della nostra tematica sono parzialmente deducibili o faticosamente intuibili a prezzo di ipotesi comparative, ma non arrivano comunque a configurare un insieme né coerente né tanto meno completo. Tale quadro è reso ancora più problematico dagli scarti di ordine cronologico e geografico imposti dalla documentazione, che impediscono in tutti i casi di disporre di materiali omogenei tra loro, da studiare in seriazioni omogenee. L'esposizione che segue si propone quindi di presentare i dati meno incerti e di inserirli in una sintesi che, per le ragioni sin qui esposte, non può avere caratteristiche di organicità e completezza.



Figura 1
Statuetta femminile, Lapithos, s. VI a. C. (da S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988, p. 112).

Come in ogni indagine storica condotta sulla civiltà fenicio-punica, anche nel nostro caso si ha a che fare con fonti dirette e fonti indirette, le prime costituite dai materiali epigrafici e archeologici, le seconde rappresentate sostanzialmente dalle informazioni degli autori classici e da alcuni dati dell'Antico Testamento.

Mentre le testimonianze dirette offrono informazioni di prima mano e generalmente

attendibili, pur segnalandosi – specie i testi – per laconicità e uniformità, i dati classici e quelli biblici attirano la nostra attenzione soprattutto su singole figure femminili che appaiono sostanzialmente delle «icone», cioè prodotti confezionati e emblematici, frutto di una rilettura ideologica di originali inesistenti o non più attingibili, la cui storicità è scarsa o addirittura nulla.

Nel caso delle iscrizioni, si tratta di un *corpus* tipologicamente poco variato (abbiamo soprattutto epigrafi votive e funerarie), che può fornire solo risposte limitate dal punto di vista storico, socio-economico, storico-religioso e anche linguistico ma, come anticipato, di sicura validità storiografica. Ce ne occuperemo più avanti in dettaglio. Pare più opportuno gettare prima uno sguardo sulle fonti indirette, bibliche e greco-latine, non già per una loro utilizzazione mirante a una qualsiasi ricostruzione diretta, bensì per tentare di cogliere, tra le maglie delle varie riletture operate da culture diverse, aspetti generali che siano in qualche modo riconducibili alla realtà storica, dopo le necessarie e difficili decodifiche sul piano ideologico.

* * *

Pur nella loro profonda diversità, le fonti vetero-testamentarie, da un lato, e quelle letterarie in lingua greca e latina, dall'altro, sono accomunate dalla circostanza di guardare *dall'esterno* i soggetti su cui riferiscono e di darne una visione tendenzialmente negativa in virtù di pregiudizi culturali (e politici) tipicamente etnocentrici: essi sono visti infatti come esponenti-simbolo di un universo culturale sentito come alieno, negativo, sorpassato e talora addirittura antitetico ai propri valori.

Per usare una terminologia antropologica, quanto mai appropriata in questo caso, si potrebbe affermare che mentre i documenti epigrafici e archeologici presentano il punto di vista «emic», cioè quello interno alla cultura stessa, le fonti classiche costituiscono quello «etic», cioè quello esterno e ideologicamente condizionato in virtù dei differenti

parametri di sensibilità e di giudizio; è evidente che il tipo di informazioni veicolato è assai diseguale e va accuratamente vagliato prima dell'utilizzazione a fini storici.

Sullo sfondo della Bibbia ebraica, come è noto, i Fenici altro non sono che i Cananei, visti nell'insanabile contraddizione di essere «indigeni», ma al contempo occupanti in qualche misura abusivi della «terra promessa», in più portatori di una cultura e di un politeismo inconciliabile con la fede in Yahwè. Le loro donne, a maggior ragione, anche per il ruolo da esse svolto nei culti sirio-palestinesi e per la concettualizzazione negativa che del femminile fornisce la tradizione ebraica, rappresentano persone dai costumi e dagli istinti riprovevoli. Il contatto con esse, forse ancor più di quello con gli uomini, è suscettibile di inquinare la «vera» religione e distogliere i fedeli monoteisti dal seguire la via indicata dal Signore.

Visti con gli occhi degli autori classici – in particolare gli scrittori latini – Fenici e soprattutto Cartaginesi sono in realtà più avversari politici che culturali, ma i meccanismi della revisione ideologica, con la creazione di stereotipi da stigmatizzare come alieni, sono largamente operanti anche in tale documentazione. Trattandosi comunque di una cultura incentrata anch'essa su un sistema politeistico, che per sua stessa natura non è incline all'esclusivismo e al particolarismo religioso, il giudizio etico delle fonti classiche è meno severo e feroce, pur mantenendosi la devalorizzazione sul piano dei costumi, dell'indole, della tradizione culturale (con qualche eccezione).

È quindi per questa ragione che i ritratti femminili e le relative informazioni concernenti varie donne puniche sfuggono, nelle fonti greche e latine, a quella «scomunica» etica che caratterizza l'atteggiamento ideologicamente condizionato degli autori biblici (i quali, non va dimenticato, non sono che in piccola parte rappresentativi degli orientamenti della società cui appartengono). Per la

cultura classica, maschilista ma politeistica, il giudizio sulle donne, generalmente non depositarie di poteri politici, è più benevolo e si arriva talvolta anche a valorizzarne (le eccezioni confermano però la regola!) le doti umane e morali.

Venendo ai dati biblici, menzione va fatta innanzitutto della regina fenicia Jezebel¹, figlia di Ittobaal I, re di Sidone. Costei andò in sposa al re di Israele, Acab, uno dei sovrani più negativamente bollati dalla storiografia deuteronomistica, certo nel quadro di un matrimonio dinastico suggerito da necessità di alleanze e altre strategie internazionali. Sia Acab che la sua consorte straniera sono presentati come esempi aberranti di idolatria, dediti alla venerazione di Baal e di altre divinità cananee, per cui erigono un tempio e arrivano persino a perseguitare dei sedicenti profeti di Yahwè, tra i quali in particolare Elia. A seguito della morte di Acab e dei successivi drammatici eventi, Jezebel restò senza più alcuna protezione e andò incontro ad una fine orribile ad opera del nuovo re, il pio Ieu. Vistasi perduta, la donna desiderò comunque morire con dignità: si pettinò, bistrò i suoi occhi e si mise ad attendere alla finestra della reggia. Quando vide arrivare Ieu, nuovo re di Israele, la regina lo apostrofò con sarcasmo, ma alcuni eunuchi, che le erano accanto, la gettarono dalla finestra e, come aveva predetto il profeta Elia, il suo corpo fu divorato dai cani, così che di lei non rimasero che il cranio, le mani e i piedi. Si tratta, in tutta evidenza, di una caratterizzazione stereotipa e ideologicamente condizionata, che fa di una regina straniera l'emblema stesso di ogni vizio e malvagità, senza alcuna pretesa di riscontri storici.

A fare da contrappunto alla perfida regina fenicia, ecco però l'immagine della vedova di Sarepta² la quale, prestando fede alle parole del profeta Elia, condivise con lui la poca farina e il poco olio che le rimanevano durante una terribile carestia. Come premio

¹ 1 Re 16, 29-34; 18-19; 21; 2 Re 9, 30-37.

² 1 Re 17, 9-24.

della sua carità ella ottenne addirittura la resurrezione del figlio ad opera del profeta. Anche in questo caso, è l'atteggiamento del personaggio, aperto al messaggio divino veicolato dal profeta, che ne sancisce la positiva valutazione e la ricompensa miracolosa.

Nel caso di Jezebel, come s'è detto, è chiaramente in atto il ricorrente processo di demonizzazione dell'«altro» operato dai redattori biblici: se lo straniero è di per sé un nemico, che concentra in sé tutta una serie di caratteristiche negative, queste ultime si accrescono e si aggravano, se possibile, nel caso di una donna, già essere «altro» per eccellenza in una società maschile come quella ebraica, che l'opera dei redattori biblici ci descrive profondamente condizionata dall'intransigenza religiosa più di quanto doveva accadere nella realtà storica. Sempre per l'identico processo ad Athalia, figlia di Jezebel e per metà straniera, saranno fatte ripercorrere le tracce di sua madre cui la accomuneranno sia la malvagità, sia la tragica fine cui andrà incontro.

Si è accennato in precedenza ai «ritratti» femminili che forniscono le fonti classiche, in un certo senso accostabili alle donne fenicie della tradizione biblica per l'ottica esterna di osservazione e di svalutazione culturale, mitigata tuttavia, come si è osservato, da pregiudizi religiosi minori o addirittura inesistenti.

Un caso particolare tra questi ritratti è rappresentato da Elissa-Didone, la mitica fondatrice e regina di Cartagine cui viene anche assegnato dalla tradizione latina un ruolo non irrilevante nella storia della fondazione di Roma. Su di essa tornerò tra breve. Accanto a lei vengono però ricordate da autori greci e latini altre figure femminili puniche, delle quali si mettono in luce la fierezza e il coraggio.

È questo ad esempio il caso della moglie di Asdrubale³, il cui nome non ci è giunto, la quale, durante l'assedio di Cartagine, si ri-

fugia con i suoi figli nel tempio cittadino dedicato a Eshmun, dove è in atto l'ultima e disperata resistenza all'assalto romano. Nella speranza di salvare i suoi cari, Asdrubale implora il perdono e la grazia di Scipione ma sua moglie, non sopportando l'idea di una resa, in un gesto di estremo coraggio si getta nel fuoco portando con sé i propri figli. Il suo atteggiamento fiero ed eroico è evidenziato dalla tradizione in antitesi a quello del marito, con l'implicita morale che un uomo cartaginese può prendere lezioni di coraggio persino da una donna.

Su questa linea, anche se in contesto storico differente, si potrebbe ricordare ancora la visione corale delle donne cartaginesi, pronte a tutto pur di salvare la patria, che ci è fornita da Diodoro Siculo⁴, il quale racconta come esse offrirono i loro gioielli alle casse dello Stato e i loro capelli per costruire funi per imbarcazioni e catapulte.

Un'altra celebre figura di eroina è Sophonisba⁵ – forma latina del diffuso nome punico *špnbl* –, un'aristocratica cartaginese la cui triste vicenda si svolge durante la seconda guerra punica. Benché promessa al re numidico Massinissa, Sophonisba sposa nel 205 a.C. Syphax, re dei Massyli, inducendolo quindi ad allearsi con i Cartaginesi. In seguito alle varie vicende avviene il fatale incontro tra Massinissa, alleato dei Romani, e Sophonisba, che si conclude con le loro nozze, celebrate allo scopo di risparmiare alla donna il disonore di finire in mano ai Romani. In un colloquio con Scipione, Syphax getta la colpa del suo tradimento su Sophonisba, presentandola in una luce del tutto negativa. Scipione allora parla con Massinissa, ricordandogli come massime virtù siano la temperanza e la continenza e invitandolo ad abbandonare Sophonisba al suo destino. Rivendicando l'autorità di Roma, che ha vinto e può pertanto disporre da padrona, Scipione rileva che Sophonisba è colpevole del voltafaccia di Syphax e che Massinissa non deve dunque proteggerla. Quest'ultimo,

³ App., *Lybica* 130; Polyb., XXXIX 3.

⁴ XXXII 9.

⁵ T. Liv., XXX 11 – 15.

in preda all'angoscia, non sa come dividersi tra quanto gli chiede Scipione e il suo amore per la donna. Esiste un'unica via, per mantenere l'alleanza con i Romani e non venire meno alla promessa fatta a Sophonisba, di non lasciarla nelle mani di Scipione: come dono di nozze Massinissa le invia del veleno che Sophonisba accetta di assumere con forza d'animo. Dal racconto emerge chiaramente il punto di vista romano, che vede nella donna straniera da una parte un essere infido – ne sono pesantemente criticati i costumi e la sua posizione politica è giudicata pericolosa – dall'altra se ne esalta la dignità di fronte al sacrificio supremo. Si tratta di un'operazione che spesso viene compiuta dalla propaganda letteraria romana quando si tratta di donne straniere che svolgono un ruolo importante in vicende che vedono coinvolti i Romani stessi. È quanto avviene, ad esempio, nei casi dell'egiziana Cleopatra e della palmirena Zenobia, alle quali vengono attribuite doti di coraggio e dignità addirittura straordinarie per esaltare indirettamente il valore di chi contro di esse si è venuto a trovare. Non si tratta già di fragili donnicciole, ma di avversari temibili come e più di uomini, la cui sconfitta, anziché da passare sotto silenzio, produce al contrario e di riflesso gloria e prestigio massimi ai vincitori.

La figura femminile che però domina la scena, per il mondo fenicio-punico, è indubbiamente Elissa-Didone (il nome Didone sarà da essa assunto in Libia⁶), personaggio al centro di una complessa e stratificata tradizione riportata da vari autori classici.

Numerosi studi hanno evidenziato come le fonti greche e latine che ci hanno lasciato il ricordo di questo personaggio debbano essere analizzate secondo un procedimento di decodificazione volto a discernere, nella misura del possibile, gli eventuali aspetti «fenici» degli episodi tramandati, rispetto alle reinterpretazioni successive soprattutto ad opera degli autori latini, per i quali sia Didone che Cartagine rappresentano un modello

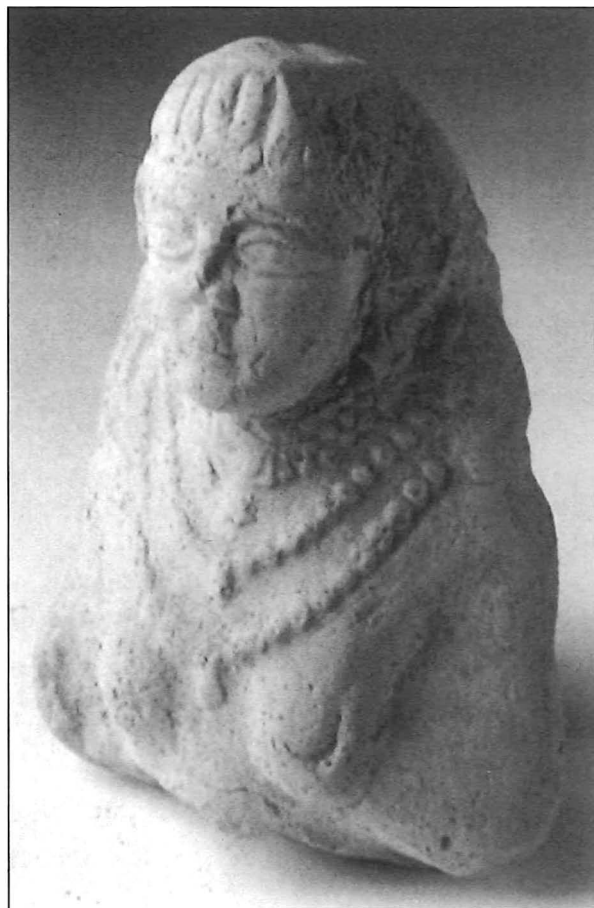


Figura 2
Frammento di statuetta femminile, Amrit, s. VI-IV a. C. (da S. Moscati (ed.), *cit.*, p. 150).

rovesciato e antitetico rispetto a Roma e alle sue istituzioni politiche. Le vicende di Didone ci giungono così attraverso una mediazione che, a vari livelli, non manca di ribadire la differenza tra Roma e Cartagine, in funzione anticartaginese e autodefinitoria.

Per quanto riguarda i rispettivi miti di fondazione delle due metropoli, ad esempio, è stata messa in evidenza una contrapposizione abbastanza sistematica di elementi che li ordina su due diversi assi ideologici. Per Roma, da una parte, c'è il fondatore Romolo che sceglie di non delimitare il territorio, lasciando così aperta la prospettiva di espansione attraverso nuove conquiste; per Cartagine, dall'altra parte, Didone fonda il suo regno nei limiti di una pelle di bue, utilizzando l'arma dell'astuzia; per quanto riguarda il

⁶ Cf. Timeo *FGH* 556, fr. 82.

rapporto con l'esterno, Didone rifiuta di sposare il suo vicino Hiarbas optando con ciò per una strategia, che sancisce la irrinunciabile diversità di Cartagine rispetto agli insediamenti limitrofi; proprio al contrario di Romolo e i suoi, i quali, attraverso il rapimento di fanciulle «straniere», pongono le basi per i rapporti con i vicini, aprendo per il nuovo regno le porte ad un'espansione basata sull'esogamia e sul fruttuoso assorbimento di genti straniere. Anche per il destino dei due fondatori si registra una netta contrapposizione, giacché mentre Didone si suicida gettandosi nel fuoco, Romolo celebra la sua apoteosi e viene assunto tra gli dei.

I vari racconti incentrati su Elissa / Didone ce la descrivono come una nobile principessa di Tiro che in suolo africano diviene senza ambiguità una regina, prima dinasta di un regno da lei stessa fondato. Le fonti storiche a noi note, per contro, sembrano coerenti e univoche nel non documentare mai la regalità a Cartagine, dove in realtà vigeva un modello di governo basato sui sufeti.

Anche questo dato contribuisce dunque a collocare Didone in un tempo mitico, necessariamente diverso e incompatibile con quello attuale, senz'altro giudicato più che negativamente dai Romani, che avevano anch'essi in qualche modo confinato l'istituto regale agli albori della loro civiltà. In un modo o nell'altro, la regalità – e in particolare la regalità esercitata da donne – sembra dunque appartenere a un mondo lontano e differente, il mondo «orientale» quale è concettualizzato dai Romani, da cui la stessa Didone proviene e da cui porta con sé certi tratti peculiari e inconfondibili.

Si ricorderà che secondo le tradizioni essa è la sorella di Pygmalion, re di Tiro, e moglie di Sic(h)arbas, sacerdote del dio Melqart. Quando il fratello uccide suo marito, Didone lascia Tiro conducendo con sé un gruppo di fedeli compagni. Le fonti narrano che la donna fa una tappa a Cipro, dove raccoglie ottanta prostitute sacre dal tempio di Astarte

e le porta con sé fino in Africa. La sua morte, che appare nei racconti diversamente motivata – nell'episodio relativo al matrimonio con Hiarbas Didone si getta sulla pira perché rifiuta questo connubio, mentre in Virgilio il tragico gesto è conseguenza dell'abbandono da parte di Enea che non vuole essere suo sposo – presenta dei tratti apparentemente «fenici»: attraverso il passaggio per il fuoco l'eroina «si divinizza» e può ricevere un culto divenendo la divinità protettrice della città, a somiglianza della vicenda mitico-rituale che vedeva protagonista – prima soccombente poi «risvegliato» – l'antico dio di Tiro, Melqart.

Passando ora dalla mitica regina Elissa / Didone quale emerge dai racconti degli autori classici alle fonti dirette, noi possediamo alcune epigrafi fenicie che fanno riferimento a regine realmente esistite, però naturalmente in Oriente, e il cui ruolo sembra non essere stato di poco conto. Questi testi ci forniscono anche qualche informazione sparsa di interesse storico-culturale. L'iscrizione (c. 350 a. C.) della regina Batnoam⁷, madre del re Azzibaal di Byblos, ci rivela ad esempio come le spoglie delle donne della famiglia reale venissero deposte avvolte in un sudario, col capo coperto e con una laminetta aurea posta sulla bocca. La sidonia Ummiashtart, vedova di Tabnit, esercitò molto probabilmente la funzione di reggente durante il regno di suo figlio Eshmunazor II, di cui l'iscrizione incisa sul sarcofago⁸ dice che fu «orfano, figlio di una vedova». Madre e figlio si autocelebrano per la loro attività di edilizia sacra in favore delle divinità poliadi e Ummiashtart, in particolare, porta il titolo di *khnt* (sacerdotessa) di Astarte, di cui suo figlio – probabilmente in ragione della giovane età – non si fregia, a differenza del padre Tabnit. Queste informazioni disorganiche segnalano comunque la grande autorità, politica e religiosa, di cui poteva godere una regina fenicia, anche se la vicenda di Eshmu-

⁷ KAI 11.

⁸ KAI 14.

nazor II appare abbastanza eccezionale, per quanto ne sappiamo, nelle tradizioni storiche della Fenicia.

In Oriente il sacerdozio femminile appare dunque particolarmente legato alla regalità, anche se conosciamo una sacerdotessa di Astarte menzionata in un'iscrizione incisa su un cratere⁹ che non porta titoli regali. Diverso appare, come ci si attenderebbe, il quadro che emerge dal mondo punico, in cui l'istituto regale non è probabilmente mai esistito. Qui la documentazione punica attesta il pieno inserimento delle donne nei quadri degli operatori cultuali, in taluni casi con rango di primo piano.

A Cartagine si trovano nelle epigrafi i termini «sacerdotessa» (*khnt*)¹⁰, «capo (femm.) delle sacerdotesse» (*rb khnt*)¹¹, «capo (femm.) dei sacerdoti» (*rb khnm*), ma è probabile che vi sia un errore per *khnt*)¹². Nel caso della *rb khnm*, apprendiamo dal testo che la persona in questione era figlia di un *rb* e che il marito, il padre, il nonno e il bisnonno erano tutti sufeti. Si trattava pertanto di una donna appartenente alla più alta aristocrazia cittadina, di consolidata nobiltà familiare, andata per questo in sposa ad un uomo altrettanto autorevole. Alla luce di questo, ben si comprende il suo incarico prestigioso e le prerogative importanti che ne derivavano.

La partecipazione femminile alla sfera del culto doveva tuttavia contemplare altre mansioni e includere altre figure, su cui non abbiamo che scarsissime notizie, appartenenti anche a ceti sociali meno elevati. Se per le epoche più tarde abbiamo notizia dell'esistenza di sacerdotesse della «Caeres africana» votate al celibato¹³, le quali compaiono anche nelle raffigurazioni accompagnate dai loro strumenti rituali, ulteriori anche se non eloquenti dati ci vengono dalle iscrizioni puniche. È questo il caso delle donne che, a

Cartagine, vengono qualificate genericamente come «appartenenti alla congregazione» di una divinità (Astarte: *ʾš bʿmt ʾš ʿšrt*)¹⁴, ovvero sono denominate semplicemente come «serva della divinità» (*ʾmt ʾlm*)¹⁵. Per quanto riguarda questa «congregazione» e lo statuto di «serva» di un dio o più ancora di una dea, è stata emessa l'ipotesi che possa trattarsi di congregazioni di prostitute sacre, che svolgevano cioè la loro attività sotto l'egida di un santuario o nell'ambito di un culto.

Si tratta di un problema tanto dibattuto quanto intrigante, come dimostra anche il fatto che non c'è unanimità tra gli studiosi, sia nel riconoscere l'effettiva esistenza di tale prassi rituale, sia nel determinarne eventuali aspetti e ideologia. Ciò è da attribuire in gran parte all'ambiguità delle fonti, quasi tutte esterne e di carattere letterario, anche se qualche epigrafe può offrire, come si è visto, materia e spunti di riflessione in questo senso.

Nell'ambito della cultura fenicio-punica questo fenomeno è testimoniato per alcuni centri specifici legati in particolare al culto di una divinità femminile, da identificarsi ovunque con Astarte (Afrodite). In generale, è invalsa la tendenza a distinguere, almeno teoricamente, due tipi di prostituzione sacra: la prima sarebbe quella praticata sistematicamente da personale specializzato del tempio, la seconda invece consisterebbe in una sorta di voto che donne comuni avrebbero dovuto assolvere una sola volta nella loro vita. I santuari a cui fanno riferimento le fonti sono quelli di Afka, Byblos e Baalbek in Oriente, Cipro, Erice, Sicca Veneria e Pyrgi nell'Occidente mediterraneo.

Per quanto riguarda Byblos, si racconta che nel corso delle celebrazioni in onore di Adonis le donne che rinunciavano a farsi radere la testa dovevano prostituirsi per un giorno agli stranieri¹⁶. Più recenti sono le te-

⁹ E. Puech, *Transeuphratène* 8, 1994, pp. 47-69.

¹⁰ CIS I 5940, 5941, 5942, 5947, 5949, 5950, 5961, 5985, 5994.

¹¹ CIS 5949.

¹² CIS I 5988.

¹³ Tertulliano, *De exhort. cast.* 13.

¹⁴ CIS I 263.

¹⁵ CIS I 378.

¹⁶ Plut., *De dea Syria* 6.

stimonianze relative a forme di prostituzione sacra a Baalbek e Afka¹⁷, che non aggiungono molto a questo quadro.

Alla prostituzione di tipo «votivo» si fa riferimento per Cipro¹⁸. Lo stesso si racconta per Sicca Veneria in Africa¹⁹. Un grande numero di prostitute doveva un tempo praticare la professione presso il tempio siciliano di Astarte a Erice²⁰. Per Pyrgi (S. Severa) infine le testimonianze sono piuttosto labili, ma il riferimento ad una *scorta pyrgensia* farebbe pensare anche in questo caso a pratiche di prostituzione sacra²¹.

Per quanto riguarda la documentazione epigrafica considerata in questa ottica, hanno attirato l'attenzione degli studiosi quelle iscrizioni che presentano un matronimico al posto del consueto patronimico. L'uso del matronimico ha fatto cioè ipotizzare che si trattasse di figli illegittimi, probabilmente figli delle donne che esercitavano la prostituzione sacra nei templi.

Un ulteriore contributo al problema può provenire da quei nomi di persona che presentano l'elemento *ʾrš*, da una radice che significa «desiderare», quindi da intendersi come «Desiderato/a». Secondo un'ipotesi suggestiva, il nome *ʾrštbtʿl* portato dal personale del culto a Cartagine²² potrebbe essere messo in relazione con la ierodulia: tale supposizione troverebbe conferma nel fatto che, in relazione a questo nome o alla sua eventuale forma ipocoristica si trovano genealogie matrilineari che rivelerebbero delle nascite al di fuori dell'istituto matrimoniale. Di particolare interesse appare la dedica di una Arišutbaal detta *ʾmt ʿštrt ʾrk*, cioè «serva dell'Astarte di Erice», uno dei luoghi dove tradizionalmente veniva esercitata la prostituzione sacra.

Anche alcune rappresentazioni iconografiche sono state chiamate in causa in riferimento alla prostituzione sacra. È questo il

caso della celebre figura della «donna alla finestra» raffigurata in alcuni avori provenienti da Arslan Tash, Samaria e Khorsabad. Il personaggio femminile è rappresentato frontalmente, mentre si affaccia da una balaustra, e porta un'acconciatura egittizzante. In particolare, tale rappresentazione è stata messa in relazione con l'*Aphrodite parakyp-tousa* cipriota²³, ovvero sia Afrodite rappresentata come prostituta, anche se tutta l'argomentazione è molto ipotetica.

Le *puellae gaditanae*, cioè fanciulle di Gades, in Spagna, ricordate nelle fonti classiche²⁴, costituirebbero per alcuni autori una sopravvivenza, rielaborata in un diverso contesto culturale, di un più antico servizio di prostituzione sacra. Si tratta di ragazze che nel corso di banchetti e di feste intrattengono gli ospiti con danze voluttuose, non disdegnando di praticare anche servizi di tipo sessuale. Del resto la presenza di danzatrici e suonatrici di diversi strumenti tanto in circostanze profane che rituali ci è bene attestata nella coroplastica e nelle iscrizioni.

Per quanto riguarda la famiglia, mancano informazioni dirette sul ruolo che in essa vi svolgeva la donna, anche se in questo caso il quadro può essere in parte ricostruito su base comparativa con le altre culture coeve dell'area mediterranea. È lecito immaginarsi la casa come regno delle varie attività femminili, incentrate soprattutto sulla cura per i figli e gli altri lavori domestici. In ogni caso, la menzione nella maggior parte delle epigrafi funerarie del marito e il fatto che nelle stele votive, tranne poche eccezioni, sia solo il marito ad essere ricordato, rivela come la donna fosse almeno sul piano ufficiale in una posizione subordinata rispetto al proprio consorte. D'altra parte, il matrimonio coincideva anche con il raggiungimento di un determinato status sociale.

¹⁷ Eus., *PE* IV 16, 22; *Vit. Const.* III 55.58; *Theoph.* II 14; Socr., *Hist. eccl.* I 18; Sozom. *Hist. eccl.* I 8; V 10.

¹⁸ Erod. I 199; Clem. Aless., *Propt.* II 13; Aten. *Deimosoph.* XII 515-516.

¹⁹ Val. Max. II 6, 15; Solim. XXVII 8.

²⁰ Diod. Sic., IV 83, 4; Strab. 6, 2, 6.

²¹ Luc. Fr. 1271 Marx.

²² *CIS* I 5941, 6067a, 2798:3-4, 4627:2-3.

²³ Plut., *Mor.* 766c-d; *Venus prospiciens*: Ov., *Met.* XIV 698-771; cf. anche *Prov.* 7, 6.

Nelle iscrizioni di Cartagine compaiono, oltre ai nomi semitici, anche nomi greci, egiziani e soprattutto libici sia per quanto riguarda le donne, che il loro padre o i loro ascendenti. Ciò starebbe a dimostrare che, almeno nell'occidente punico, i matrimoni misti erano frequenti e accettati. I matronimici, anche se si non si vuole accettare la tesi di una loro correlazione con la prostituzione sacra, ci riconducono in ogni caso a nascite avvenute apparentemente al di fuori del matrimonio, le quali non sembrano essere state condannate, dal momento che vengono appunto implicitamente segnalate in quei documenti «ufficiali» che sono le iscrizioni. Sembra probabile che i Fenici e i Punici praticassero la monogamia, come fa supporre il ritrovamento di coppie all'interno di sepolture, anche se un'eccezione pare testimoniata da un'iscrizione²⁵ in cui si parla di due defunte come di *šnyt*, ovverosia di «concubine».

Per quanto riguarda gli usi e i costumi, e in generale la vita quotidiana, siamo poco informati sull'abbigliamento delle donne fenicie, le quali, come documentano le terracotte, dovevano comunque portare in genere delle vesti colorate e fermate in vita da una cintura con frange, a differenza da quelle degli uomini che scendevano diritte.

Per le donne cartaginesi, le testimonianze provengono soprattutto dalle stele neopuniche e dai corredi funerari. Esse dovettero adottare abbastanza precocemente l'abbigliamento greco, come testimoniano per il VI secolo le statuette con le vesti ricamate tipiche della Ionia. Di solito nelle rappresentazioni delle stele funerarie le donne appaiono vestite in modo semplice, con una lunga veste diritta e dalle rare pieghe, il capo velato e raramente un mantello. Sia gli uomini che le donne adottarono anche gli abiti di mussolina pieghettata di tipo cipriota, con una fascia verticale ricamata. Ad essi si accompagnava, a partire dal III-IV secolo a. C., una pellegrina. Un sarcofago cartaginese di Santa Monica (seconda metà del IV secolo a. C.)

ci offre forse l'immagine di una sacerdotessa in abito cerimoniale che ritrova quasi identico riscontro, tra l'altro, in due statuine di terracotta provenienti dalla necropoli di Cartagine (fine III - inizio II secolo a.C.) e nella statua leontocefala da Thinissut, la cui iconografia si ritrova a sua volta anche su un denario africano databile tra il 48 e il 46 a. C. Oltre alla lunga veste e alla corta pellegrina, due lunghe ali avvolgono i fianchi e le gambe della defunta.

Anche per quanto riguarda le acconciature, si devono rilevare influssi dalle culture vicine. Le pettinature sono in alcuni casi elaborate: i capelli portati lunghi possono infatti essere raccolti o tirati all'indietro e lasciati ricadere in lunghi boccoli dietro le orecchie, oppure essere divisi da una scriminatura al centro del capo e disposti in festoni a incorniciare la fronte. Sono attestati anche lo *chignon* e l'ondulazione «a melone». Al vestiario si accompagnavano gioielli di vario tipo: anelli (anche per il naso), pendenti, collane, orecchini, fermagli per capelli e bracciali da polso e da caviglia in oro, argento o bronzo con pietre preziose o pasta vitrea. Alle finissime creazioni riservate ai ceti più alti si affiancano i modelli semplicissimi dei meno abbienti. La quantità di oggetti da toletta rinvenuti nelle tombe indicano inoltre l'inclinazione delle donne puniche al trucco e al profumo.

Nelle epigrafi funerarie la donna è generalmente indicata con la sua genealogia, il nome del marito e i suoi ascendenti, oppure più semplicemente è accompagnata dal nome del marito. Mentre negli epitaffi maschili viene menzionato il mestiere del defunto, per quanto riguarda le donne abbiamo un solo caso del genere, in cui è menzionata una certa *šblt šrt hqrt*²⁶, ovvero «Šblt commerciante della città (= Cartagine?)». La traduzione di *šrt* non è però priva di problemi e gli studiosi oscillano tra una accezione di mercante che pratica un commercio porta a porta, di commerciante che gestisce un volume di affari di

²⁴ Strab. II 3, 4; Mart. 1, 41; 3, 63; 3, 78; 6, 71; 14, 203; Iuv. *Sat.*, 11 162ss.; Stat., *Silv.* I 6, 70; Plin., *Ep.* 1, 15.

²⁵ CIS I 6011.

²⁶ CIS I 5948.

una certa entità e quello di «maga» pubblica. In ogni caso, la funzione di questa donna doveva apparire importante e significativa se, contro ogni consuetudine, essa viene segnalata nell'epitaffio. Nei restanti casi dobbiamo immaginare che le attività alle quali si dedicava la donna fenicia non fossero degne di menzione, rientrando nell'ambito familiare o nel piccolo commercio; in ogni caso non era ciò che faceva che la qualificava o le conferiva un'identità, quanto piuttosto a chi fosse sposata o di chi fosse figlia.

Proprio le sepolture ci forniscono, attraverso i loro ritrovamenti, le maggiori informazioni sulle occupazioni delle donne. Per quanto riguarda Cartagine, oltre ai gioielli e agli articoli da toletta sono stati rinvenuti svariati oggetti che ci rimandano alle attività quotidiane: la pratica della tessitura è attestata ad esempio attraverso immagini o utensili da lavoro come fusi e conocchie; il vasellame quotidiano appare spesso di manifattura non commerciale, segno che probabilmente erano le stesse donne che lo usavano a fabbricarlo; anche la panificazione era eseguita a livello domestico.

Le stele votive che provengono dal *tophet* di Cartagine offrono altre interessanti indicazioni sulle donne e la loro posizione nell'ambito della famiglia e della comunità, specie se si adotta l'ottica del rituale che vi era praticato.

Come è ben noto, il *tophet* era un luogo particolare nel quale, in un contesto sacro, venivano eseguite varie cerimonie e in particolare erano offerti – non è rilevante qui stabilirne le precise modalità – dei bambini e/o degli animali; insieme alle urne cinerarie sono presenti migliaia di stele dedicatorie. Data la natura presumibile di questo santuario, è lecito immaginarsi che i fedeli vi accorressero per richieste che investivano direttamente l'universo femminile: fertilità, discendenza, buona salute, protezione sulle nozze e sui parti dovevano essere all'ordine del giorno tra i motivi delle visite e dei riti, sicché la partecipazione delle donne doveva essere ol-

tremodo massiccia. L'accentuarsi nel pantheon cartaginese, a partire da una certa epoca, del ruolo di Tinnit che passa al primo posto davanti a Baal Hammon tra gli interlocutori divini invocati nelle dediche, potrebbe leggersi come una sorta di riconoscimento dell'importante ruolo mediatore esercitato da una divinità femminile presso l'austero e lontano consorte, possibile riflesso di quello terreno delle mogli e delle madri.

Ritornando alle iscrizioni, l'analisi di un buon numero di esse, con l'attenzione rivolta specificamente ai personaggi femminili, ha messo in risalto – come si notava sopra – che quasi sempre la donna è menzionata insieme con il nome del padre e dei suoi ascendenti. Le spiegazioni per tale fenomeno sono ipotetiche, la presenza della genealogia della donna poteva forse essere riportata quando si aveva a che fare con una famiglia illustre, oppure – ipotesi già ricordata – si poteva trattare di nascite fuori del matrimonio. Nel caso in cui nelle stele compare invece solo il nome dell'uomo che offre il sacrificio, è lecito pensare che questi agisse anche in nome della moglie, senza che si avvertisse la particolare necessità di menzionarla.

Purtroppo non siamo in grado di ricostruire quale fosse l'atteggiamento psicologico delle madri che offrivano in sacrificio i propri figli, ma la quantità di sepolture rilevate nei diversi *tophet*, che costellano svariati insediamenti punici in Occidente, mostra l'importanza che tale rituale rivestiva all'interno delle comunità e delle famiglie che la componevano. Sappiamo tuttavia da una fonte greca che al momento del sacrificio la donna doveva mostrarsi serena e senza lacrime: nel caso in cui avesse pianto o si fosse lamentata, ciò non avrebbe evitato il compiersi del sacrificio e per di più essa sarebbe stata considerata disonorata²⁷. Alla promozione della fertilità, alla protezione delle giovani madri gravide e dei bambini erano certamente consacrati i culti di guarigione che si svolgevano, oltre che nell'ambito del *tophet*, anche in diversi santuari quali ad esempio il

²⁷ Plut., *De superst.* 13.

tempio di Eshmun e Astarte a Bustan-esh-Sheikh, oppure quello dedicato a una divinità ancora non identificata a Kharayeb, che dobbiamo quindi immaginare come mete abbastanza privilegiate di ragazze, giovani spose, madri.

Lo schizzo rapido fin qui tracciato lascia di certo più punti oscuri di quanti non ne risultino chiariti. Tornando a invocare in questa sede lo stato frammentario e limitato del-

la documentazione, non si può comunque non concludere che, anche in questo caso, una antica società mediterranea ha privilegiato e trasmesso soprattutto i valori maschili in essa imperanti, lasciando una volta di più in penombra un universo femminile che, per i ruoli rivestiti nell'ambito familiare, sociale, economico e culturale, rappresentava certo qualcosa di più di una minoranza silenziosa.

16. EL NIÑO

M. C. MARÍN CEBALLOS

INTRODUCCIÓN

Resulta realmente llamativa la atención creciente que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX se ha venido prestando por parte de los historiadores al estudio de la familia y de la vida privada en general. Grandes colecciones de repercusión internacional¹, además de infinidad de monografías y artículos de revista, se han dedicado a estos temas, especialmente en los últimos años. Dentro de este amplio campo historiográfico ocupan un papel destacado la mujer y el niño, figuras, por otra parte, muy relacionadas entre sí.

EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

Sin embargo, a pesar de esta floración de publicaciones, no es mucho lo que conocemos acerca de la familia, especialmente en lo relativo a las épocas más antiguas, y es que el estudio de este segmento social presenta especiales connotaciones. Como bien se ha dicho, «the family is difficult to investigate in any case, since it represents in many societies the ultimate bastion of privacy, the threshold that the public sphere cannot cross»². Pero aún más complicado, dentro de la familia, es seguir el rastro del niño, dado su desdibujado papel en el ámbito oficial, y, como consecuencia, la escasez de testimonios de cara a la investigación histórica. Aunque ciertamente las circunstancias son muy dis-

tintas según el ámbito cultural en cuestión. En lo que al Próximo Oriente se refiere, la región más beneficiada es sin ninguna duda Egipto, con abundante material literario y arqueológico que permite una visión bastante completa³.

En el caso del mundo fenicio, esta circunstancia, común con otros ámbitos, viene a unirse al bien conocido problema de la escasez de fuentes para su conocimiento, lo que seguramente incide en el hecho de que no abunden los estudios sobre determinadas facetas de su cultura. Muy frecuentemente, en este campo, se ha desdeñado el uso de las fuentes arqueológicas⁴. La epigrafía, aunque de modo ciertamente indirecto, puede ser útil para ilustrar ciertos aspectos, como la atención de los padres hacia el hijo, o del hijo hacia los padres, e igualmente para todo lo relativo a la elección de un nombre. Y, por supuesto, para lo que atañe al ritual que tiene como escenario el tofet. Los textos clásicos destacan sobre todo aquellas costumbres que extrañan a su cultura, como pueden ser la circuncisión o el sacrificio infantil. Resultarán, sin embargo, de gran ayuda, los textos ugaríticos, pertenecientes a un ámbito cultural claramente homogéneo con el estudiado. El mejor conocimiento que se tiene de otras culturas próximas en el espacio y en el tiempo, como la egipcia, la hebrea, o la griega, puede servir de apoyo para llenar determinados vacíos. La arqueología constituye, sin embargo, un interesante filón al que intentaremos aproximarnos, aunque desde la conciencia de que un estudio serio sobre todo lo que atañe al niño en el mundo fenicio y púnico precisaría de una investigación mucho más amplia que aquí no podemos empre-

¹ Ph. Ariès – G. Duby (eds.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1992; A. Burguière et alii (eds.), *Historia de la familia*, Madrid, Alianza, 1988; G. Duby – M. Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente*, Madrid, 1991-2000.

² E. Boswell, "Expositio and Oblatio: The Abandonment of Children and the Ancient and Medieval Family", *The American Historical Review* 89, 1 (1984), p. 10.

³ R. M. Janssen – J. J. Janssen, *Growing up in Ancient Egypt*, Londres 1990; E. Feucht, *Das Kind im Alten Ägypten*, Frankfurt-New York, 1995.

der. Este trabajo pues no pretende otra cosa que ofrecer una visión de conjunto de las escasas fuentes a nuestro alcance, que sirva para desbrozar el camino a futuras investigaciones.

Constituye un lugar común la preocupación que los antiguos orientales, de Mesopotamia⁵ a Israel⁶, muestran por la descendencia. La mayor desgracia de un hombre, sin lugar a dudas, es no tener hijos. Las epopeyas ugaríticas de Keret y de Aqhat son especialmente elocuentes en este sentido. El primero, (KTU 1.14-16) rey del país de Hubur, se siente desgraciado por haber perdido a toda su familia e implora al dios El, que acude solícito a sus lamentos ofreciéndole bienes materiales. La respuesta de Keret no puede ser más expresiva de sus anhelos de perpetuar la estirpe: «¿Para qué (quiero) yo amarillo (metal), [oro] junto con el lugar en que se encuentra, / y siervos a perpetuidad, aurigas de carros / de la reserva de esclavos? / [Concéde-me] que consiga procrear hijos, [dame] que pueda multiplicar [la parentela]» (KTU 1.14, II)⁷. De manera semejante, Aqhat, tras rogar a Baal durante varios días, recibe su bendición, que supone la mediación ante El para el cumplimiento de sus deseos: «Y, ¡mira!, al séptimo día / se acercó, [sí], Baal compadecido / de la miseria de Daniel, el Refai, / del quejido del Prócer Harnamí, / el que no tenía hijos como sus hermanos, ni descendencia como sus parientes: / - ¡Que pueda tener un hijo como sus hermanos / y descendencia como sus parientes, / (el que) revestido a los dioses alimenta, / revestido da de beber a los santos! / Bendícelo, ¡oh Toro El!, padre mío, / confórtalo, ¡oh Creador de las creaturas! / Y haya un hijo suyo en (su) casa, / descendencia

en su palacio» (KTU 1.17 I)⁸. Ciertamente que se trata, en ambos casos, de estirpes reales donde la falta de descendencia resulta especialmente grave, al verse amenazada con ello la propia estabilidad del reino⁹, pero todo parece indicar que se trata de sentimientos comunes a cualquier mortal.

Estos deseos de descendencia no carecen, sin embargo, de intereses egoístas, inherentes a la propia especie humana: los versos que siguen al citado pasaje del poema de Aqhat lo manifiestan con claridad: «que erija la estela de su dios familiar, / en el santuario, el cipo votivo de su gente; / que de la «tierra» libere su «espíritu», / del «polvo» proteja su(s) resto(s); / que cierre las mandíbulas de sus destructores, / expulse al que le haga algo; / que le tome por la mano en su embriaguez, / cargue con él [cuando] esté harto de vino; / que consuma su ración en el templo de Baal, / [y] su porción en el santuario de El; / que revoque su tejado cuando (se forme) [barro], / lave sus vestidos cuando se ensucien» (KTU 1.17 I)¹⁰. Este famoso párrafo reproduce con toda claridad los temores de cualquier hombre ante la vejez y la muerte, y los deseos de que un hijo pueda paliarlos. En primer lugar se busca su apoyo en los momentos duros de la vejez: el hijo habrá de sustituir al padre en todo aquéllo necesario para la familia: reparará el techo, lavará su ropa y realizará, como representante de la familia, los sacrificios ante los dioses, pero, a la vez, sostendrá al padre en su debilidad y le defenderá ante sus enemigos. Tras la muerte, por último, el deber supremo: protegerá su tumba y erigirá su estela y, de esta manera, liberará su espíritu de la tierra, es decir, hará posible que viva feliz entre los Refaim¹¹. Se ha destacado que

⁴ Así, por ejemplo, el capítulo dedicado a la familia en S. Moscati, *I Fenici e Cartagine. Società e costume*, Torino 1972, pp. 50-61.

⁵ M. Stol, "Private Life in Ancient Mesopotamia", in J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. II, New York 1995, 485 ss.

⁶ R. de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Barcelona 1992, pp. 77-78.

⁷ Traducción de G. del Olmo, *Mitos, leyendas y rituales de los semitas occidentales*, Barcelona 1998, p. 180.

⁸ Traducción de G. del Olmo, *cit.* (n. 7), p. 217.

⁹ En las fórmulas de maldición sobre las tumbas reales es frecuente la referencia al castigo que espera al que viole la tumba, así en la inscripción sobre el sarcófago antropoide de Tabnit, de mediados del s. V: "que no haya para tí una simiente entre los vivos bajo el sol ni un lugar de reposo entre los muertos", *TSSI* III, n.º 27, pp. 101-105.

¹⁰ Traducción de G. del Olmo, *cit.* (n. 7), p. 218.

¹¹ Sobre la importancia del culto a los antepasados véase K. Van der Toorn, *Family Religion in Babylonia, Syria and Israel. Continuity and Change in the Forms of Religious Life* (SCHANE 7), Leiden 1996, p. 134.

bajo esta fórmula repetitiva, resumen de lo que se considera la actuación del hijo ideal, se esconde un poderoso sentido de la solidaridad del clan¹². Esos mismos deseos interesados se esconden tras los procesos de adopción que en Ugarit, como en el resto del Próximo Oriente, se realizaba fundamentalmente para suplir los problemas de la vejez y por motivos económicos¹³. La adopción de un hijo resulta de la inscripción neopúnica de Leptis, Tripolitania 31 (*KAI* 124, 3): «entrar como hijo con...»¹⁴.

Muchos epígrafes fenicios de carácter funerario expresan el cumplimiento de estos deberes por parte de los hijos. Baste como ejemplo una inscripción de Umm el-Amed, del s. II a.C.: «Esta es la estela de B^cLMR [y de L]^pMN, su esposa, que ha erigido para ellos su hijo ^cZB^cL para la eternidad»¹⁵.

Los textos ugaríticos nos ilustran ampliamente sobre determinados ritos de propiciación de la fecundidad. Hemos visto que el dios El es quién parece otorgar la descendencia, pero existen unas divinidades especializadas en la concepción y el parto, las Kotharot o «hijas del Lucero», las Golondrinas, epítetos que reciben, por ejemplo, en el poema de Aqhat, donde además se nos describen los ritos que conllevan: «Se dirigió Daniel a su casa, / marchó Daniel a su palacio. / Entraron en su casa las Kotharot, / las hijas del «Lucero», las Golondrinas. / A continuación, Daniel, el Refaí, / inmediatamente el Prócer Harnamí, / un buey sacrificó para las Kotharot, / dió de comer y de beber a las Kotharot, / a las hijas del Lucero, las Golondrinas. / He aquí, un día y otro / (se repite hasta 7 veces). Y, ¡mira!, al séptimo día / se marcharon de su casa las Kotharot, las hijas

del «Lucero», las Golondrinas, / dispensadoras de la delicia del lecho fecundo, / de la belleza del lecho de procreación» (*KTU* 1.17 I-II) (Traducción de G. del Olmo). Aquí se suscita, sin embargo, la duda entre los que creen que se trata de un ritual previo a la concepción, y los que se inclinan a pensar que en realidad estas diosas vigilan la buena marcha del parto y que se marchan de la casa una vez que el recién nacido supera los primeros 7 días de vida, los más peligrosos sin duda¹⁶. Pero el texto citado parece inclinar la balanza hacia los que defienden la primera opción¹⁷, y lo mismo ocurre con respecto al himno en su honor que aparece al final del mito de las bodas entre Yarih y Nikkal. Este mito nos ofrece además la correspondencia de las Kotharot con las siete diosas sumerias ayudantes de Nammu en la creación del hombre (mito de Enki y Nin-mah) (*KTU* 1.24)¹⁸.

Hasta aquí hemos descrito la que podríamos denominar actitud positiva hacia la procreación y el nacimiento de un hijo, sin duda la más común y natural, pero no se nos puede ocultar el hecho de que, como ha ocurrido en todas las épocas, hay circunstancias en las que un hijo no es bienvenido: entre ellas juega un papel importante la pobreza, pero existieron sin duda otro tipo de razones de índole social y religiosa (adulterio, incesto, prostitución etc.) que movieron, especialmente a la mujer, a actuar de un modo u otro «contra natura». Desgraciadamente, nada en nuestras fuentes nos permite acceder a este terreno de especial privacidad, aunque sí tenemos información de otras regiones próximas como Mesopotamia, Israel o Egipto. La primera vía de actuación es

¹² N. Wyatt, "The Religion of Ugarit", in *HUS*, p. 567.

¹³ J.-P. Vita, "The Society of Ugarit", in *HUS*, p. 479.

¹⁴ S. Moscati, *cit.* (n. 4), p. 61.

¹⁵ P. Magnanini, *Le iscrizioni fenicie dell'Oriente (testi, traduzioni, glossari)*, Roma 1973, n° 6, pp. 18-19.

¹⁶ J.-M. Husser ("The Birth of a Hero: Form and Meaning of *KTU* 1.17 I-II", in N. Wyatt – W. G. E. Watson – J. B. Lloyd (eds.), *Ugarit, Religion and Culture: Proceedings of the International Colloquium, Edinburgh July 1994. Festschrift J. C. L. Gibson (UBL 12)*, Münster 1996, pp. 85-98) se inclina a relacionarlas mas bien con la concepción.

¹⁷ Véase D. Pardee, s. v. "Kosharoth", in *DDD*.

¹⁸ G. Del Olmo, "Yarhu y Nikkalu. La mitología lunar sumeria en Ugarit", *AutOr (Fs. M. Civil)* 9 (1991), pp. 74-75. Para el mito mesopotámico véase, J. Bottéro y S. N. Kramer, *Lorsque les dieux faisaient l'homme. Mythologie mésopotamienne*, Paris 1989, pp. 188-198, especialmente 194-195 y versos 34-35.

siempre la contracepción, pero es quizá la más difícil de documentar¹⁹. Más información tenemos, para estos ámbitos vecinos, sobre el aborto. En *Ex* 21, 22-23 se penaliza duramente el provocado mediante golpes, y diversos textos cuneiformes de Mesopotamia nos ilustran al respecto²⁰.

Esa actitud negativa se puede prolongar, no obstante, tras el nacimiento. Prácticas de *expositio* e infanticidio se documentan en muchas culturas, y especialmente, para la época antigua, en el mundo clásico. La *expositio* o abandono se considera una de las formas más habituales de regular la familia, respondiendo a causas muy variadas; se trata, en definitiva, de una alternativa al infanticidio²¹. Carecemos sin embargo de documentación acerca de su posible práctica entre los fenicios o los semitas occidentales en general. Respecto al infanticidio, es conocida la polémica existente hoy día acerca de la interpretación del ritual del tofet, tema sobre el que volveremos más adelante.

Se ha dicho que es un lugar común en la literatura del Próximo Oriente eludir las cir-

cunstancias que tienen que ver con el discorrir del embarazo, resultando mucho más atractivos el placer de la unión sexual y el momento mismo del nacimiento²². Sin embargo, la importancia que la cultura fenicia otorgó a la fecundidad femenina se manifiesta en la existencia de diosas cuyo rasgo más característico es el de estar embarazadas. Es el caso del tipo iconográfico, ampliamente difundido en el mundo fenicio y cartaginés, que W. Culican bautizó como *dea tyria grauida*, y que hoy se prefiere llamar simplemente *dea grauida*, hasta el momento documentado sólo en terracotas²³. Desgraciadamente, desconocemos el nombre de la diosa así representada²⁴, pero parece claramente relacionada con tipos similares en que se muestra en el acto de parir²⁵, con un niño en los brazos²⁶ (fig. 1), o incluso con una palmeta que, a manera de gran abanico, se sitúa ante el vientre abultado en clara referencia a la idea de fecundidad²⁷. Difundidísimo es, por otra parte, el icono de la mujer desnuda, a veces con velo, e incluso vestida, con el vientre frecuentemente abultado, que se presiona los senos en una actitud entre provoca-

¹⁹ Prácticas de este tipo sí eran conocidas por los egipcios, véase G. Lefebvre, *Essai sur la médecine égyptienne de l'époque pharaonique*, Paris 1956, p. 100.

²⁰ J. C. Pangas, "Notas sobre el aborto en la antigua Mesopotamia", *AuOr* 8 (1990), pp. 213-218. R. Labat, "Fehlgeburt", in *RIA* III, p. 32. En Egipto no está claro, en muchos casos, si determinadas "recetas" son para prevenir la concepción o para provocar el aborto (G. Pinch, "Private Life in Ancient Egypt", in J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. I, New York 1995, p. 376). Del mismo modo, P. Veyne ("El Imperio romano", in Ph. Ariès - G. Duby (eds.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus 1992, p. 26) advierte de que los romanos confundían bajo el nombre genérico de aborto métodos quirúrgicos que nosotros llamaríamos contracepción. Carecía de importancia el momento biológico en que la madre se deshacía de un futuro hijo que no deseaba tener.

²¹ E. Boswell, *cit.* (n. 2), pp. 10-33.

²² J.-M. Husser, *cit.* (n. 16), p. 91.

²³ W. Culican, "Dea tyria grauida", *Australian Journal of Biblical Archeology* I, 2 (1969), pp. 35-50. Véase E. Gubel, "Art in Tyre during the First and Second Iron Age. A Preliminary Survey", in *Studia Phoenicia* I-II, Leuven 1983, pp. 33-36. Se trata de unas figuras que se caracterizan por estar tocadas con una peluca tipo *klafi*, cuyos ejemplares más antiguos se sitúan al menos en el s. VIII. Sin embargo, no es éste el único tipo de terracotas que representan a una mujer embarazada con o sin niño en los brazos: existe otro en el que la figura femenina, siempre de pie, y cubierta de un velo, se sitúa sobre un alto pedestal: véase Culican, *cit.*, pl. II, y III; E. Gubel, *cit.*, fig. 9, p. 35; P. Bordreuil y E. Gubel, *BAALIM* II, *Syria* 62 (1985), pp. 176-179. Existe la posibilidad de que una escultura entronizada hallada en Cádiz, así como otra de Villaricos, representen a una diosa embarazada (M. C. Marín Ceballos - R. Corzo, "Escultura femenina entronizada de la necrópolis de Cádiz", in *ACFP* 2, vol. III, pp. 1025-1038).

²⁴ Culican, *cit.* (n. 23), p. 42-43, sugiere el nombre de Koshart, que cree la misma Cusart citada por Philón de Biblos (Eusebio, *Praep. Evan.* 1.10, 43), quién a su vez la identifica con Turo, según Culican la egipcia Thoeiris. Quizá sería posible relacionarla con Astarté, aunque tal atribución no es segura (C. Bonnet, *Astarté. Dossier documentaire et perspectives historiques*, Roma 1996, p. 43). Chr. Uehlinger ("Il était une fois la naissance: ancienne Egypte et Proche-Orient ancien", http://www.unifr.ch/bif/bom/actual/welcome_fr.html), comentando una de estas imágenes, sobre pedestal, de la colección de la Universidad de Friburgo, que presenta, como otras del mismo tipo, el llamado signo de Tanit, la llama directamente «Astarté de Tiro», de la que dice es conocida y venerada en Occidente como Tanit.

²⁵ Ejemplar del Louvre, Paris (*AO* 13), E. Gubel, "Art in Tyre", *cit.* (n. 23), p. 33, n. 58.

²⁶ A. Nunn, *Der figürliche Motivschatz Phöniziens, Syriens und Transjordanien vom 6. bis zum 4. Jahrhundert v. Chr.*, Freiburg 2000, p. 54.

²⁷ Véase el ejemplar de Cartago en Culican, *cit.* (n. 23), pl. I, B, procedente de la necrópolis de Dermech. Pero su origen es también oriental (E. Gubel, "Art in Tyre", *cit.* (n. 23), p. 34).

tiva y sugerente²⁸, muy probablemente también una diosa, aunque con dificultad podemos siquiera intuir si se trata de la misma deidad que la anterior. Como señala C. Bonnet, «on peut sans doute imaginer que pareille iconographie, présente par exemple dans des contextes funéraires, se multiplie sans rapport direct avec un lieu de culte ou avec une déesse précise, dans le cadre d'une dévotion populaire visant à capter la protection d'une déesse-mère, dont Astarté était, il est vrai, l'expression la plus évoluée»²⁹.

En todo caso, la gran abundancia de imágenes religiosas relacionadas con la propiciación de la fecundidad, el embarazo y la lactancia, nos muestra de manera patente, de un lado, la ya referida preocupación por la descendencia pero, sobre todo, la necesidad de protección divina ante los peligros que sin duda entraña el embarazo, el parto y la fase infantil que corresponde a la lactancia.

Por los textos ugaríticos más arriba citados sabemos que en su época existían unas divinidades especializadas en la concepción y el parto, las Kotharot o «hijas del Lucero». Salvo las referencias de Filón de Biblos a una diosa Cusartis³⁰, no tenemos constancia clara de que durante el primer milenio se haya mantenido el culto a estas deidades, o quizá sus funciones han sido asumidas por alguna otra (¿Astarté?). Lo que sí podemos documentar, a través del hallazgo frecuente de imágenes, amuletos y escarabeos en tumbas y santuarios, es la enorme difusión que en este terreno alcanzaron ciertas deidades egipcias, en especial Bes, Tawaret-Thoeris e Isis-Hathor. Del primero es bien conocida su relación con la fertilidad, pero al mismo tiempo la protección que ejerce sobre la embarazada, así como en el momento del parto y la primera infancia³¹. Su influencia en la región



Figura 1
Diosa encinta con niño de Larnaca (Chipre). Museo del Louvre. (*Les Phéniciens et le monde méditerranéen*, nº 38).

siro-palestina se advierte ya desde el Bronce Reciente pero va en aumento a lo largo de los siglos, y especialmente durante el primer milenio a.C.³². La imagen de Tawaret-Thoeris, la diosa hipopótamo preñada es igualmente frecuente, sobre todo en amuletos. En cuanto a Isis-Hathor, de todas las facetas de su personalidad que encontraron eco en el ámbito siro-palestino y mediterráneo desde

²⁸ O. Keel – Chr. Uehlinger, *Dieux, déesses et figures divines*, Paris 2001, 103 ss; A. Nunn, *cit.* (n. 26), p. 36-38.

²⁹ *Cit.* (n. 24), p. 51.

³⁰ Véase nota 24.

³¹ El dios se muestra como protector de Horus-niño ya desde el Imperio Medio (V. Wilson, "The Iconography of Bes with Particular Reference to the Cypriot Evidence", *Levant* 7 (1975), p. 81).

³² En el mundo fenicio-púnico el dios adquiere una evolución propia y autónoma con matices específicos. Véase, entre otros, A. M. Bisi, "Da Bes a Heracles. A proposito di tre scarabei del Metropolitan Museum", *RSF* 8 (1980), pp. 19-42. D. Gómez Lucas, "Introducción al dios Bes: de Oriente a Occidente", in E. Ferrer (ed.), *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla 2002, pp. 87-121.

épocas remotas³³, la que predomina en el ámbito popular, y muy especialmente a partir del s. VI, es sin duda la maternal y nutricia. Como diosa que amamanta al niño Horus, ya como bebé sentado sobre sus rodillas, o como niño ya crecido, representado de pie, la encontramos en numerosos soportes, desde marfiles, cuencos metálicos, amuletos, escarabeos (fig. 3), navajas de afeitar etc., a veces confundida con Sekhmet y con Astarté³⁴. En la práctica de la magia egipcia, se identifica al niño con el propio Horus³⁵.

Hay que recordar que ya en el mundo ugarítico las diosas Athirat y Anat actúan como nodrizas de los dioses (*KTU* 1.15 II), y una de ellas, muy probablemente Anat, con ciertos rasgos que toma prestados a Hathor, se nos muestra en uno de los paneles de marfil del palacio de Ugarit amamantando a dos pequeños príncipes representados de pie³⁶.

Esa imagen de madre lactante es muy del gusto fenicio, como podemos apreciar en diversas representaciones, no necesariamente egipcizantes: así la vemos en la escultura de la fig. 2, procedente de Beirut³⁷. Para el mundo de Cartago, contamos igualmente con el aspecto nutricio de Tanit, que pervivirá posteriormente en la *Nutrix Saturni* de época romana³⁸ (fig. 14).

Con estas figuras se suelen asociar también iconos de carácter apotropaico como el ojo de Horus o Udjat (wedjat) que en forma de amuletos (fig. 4) alcanza gran difusión en el mundo fenicio-púnico³⁹, probablemente utilizado contra el mal de ojo, como en Egipto. En general, se ha constatado ampliamente que en el mundo siro-palestino y fenicio-púnico, buena parte de los objetos conocidos



Figura 2

Escultura procedente de Beirut, Museo Nacional. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988, n° 16, p. 285).

como *aegyptiaca*, especialmente amuletos y escarabeos, se circunscriben al ámbito de lo femenino, asociado siempre a la primera infancia, sea en tumbas o en santuarios⁴⁰. Un ejemplo significativo lo tenemos en el templo de Sarepta, que probablemente estuvo dedicado a la divinidad Tanit-Ashtart, a juzgar por la famosa inscripción allí encontrada⁴¹.

Especial veneración goza además entre los fenicios la figura del niño Horus sentado o de rodillas sobre la flor de loto, imagen del sol naciente (lám. 7)⁴², e igualmente como

³³ W. Nagel – Chr. Eder, “Altsyrien und Ägypten”, *Damaszener Mitteilungen* 6 (1992), pp. 47-50.

³⁴ M. Belén – M. C. Marín Ceballos, “Diosas y leones en el Periodo Orientalizante de la Península Ibérica”, *Spal* 11 (2002), p. 174, fig. 8.

³⁵ G. Robins, *Las mujeres en el antiguo Egipto*, Madrid 1996, pp. 92-93.

³⁶ E. Lagarde, “Le rôle d’Ugarit dans l’élaboration du répertoire iconographique syro-phénicien du premier millénaire avant J.-C.”, in *ACFP* I, 2, pp. 549-551.

³⁷ Resulta de interés recordar aquí la imagen conocida como «Astarté de Galera» (Granada, España), en realidad un vaso plástico que representa a una diosa entronizada que se ha identificado con Astarté, en la que se resalta justamente su aspecto nutricio. Véase R. Olmos, “Diosas y animales que amamantan: la transmisión de la vida en la iconografía ibérica”, *Zephyrus* 53-54 (2000-2001), pp. 356-359.

³⁸ C. Picard, “Tanit courotrophe”, in *Hommages à Marcel Rénard* III (Col. Latomus) (1969), pp. 474-484, láms. 170-174.

³⁹ Véase G. Hölb, *Ägyptische Kulturgut im phönizischen und punischen Sardinien* I (ÉPRO 102). Leiden 1986, p. 142-153.

⁴⁰ G. Hölb, *cit.* (n. 39), p. 39 ss.

⁴¹ J. B. Pritchard, *Sarepta IV. The Objects from Area II, X*, Beyrouth 1988, capítulo III, figs. 17-18.

⁴² Documentado en marfiles, páteras metálicas, escarabeos, véase G. Hölb, *cit.* (n. 39), pp. 271-277; Este autor lo interpreta en relación con el culto fenicio a divinidades que mueren y resucitan (“Ägyptische Kunstelemente im phönikischen Kulturkreis des 1. Jahrtausends v. Chr.: Zur Methodik ihrer Verwendung”, *Orientalia* NS, 58 (1989), pp. 321-324. Véase S. Ribichini, “Divinità egiziane nelle iscrizioni fenicie d’Oriente”, *Saggi Fenici* I, 1975, pp. 7-14.

Harpócrates, representado de pie, con el peinado y gesto característico del infante egipcio⁴³.

Con toda probabilidad, la lactancia se prolongaría al menos hasta los tres años, como sucede en Egipto⁴⁴, lo que explica el que en estas representaciones divinas, que como hemos visto están en su mayoría inspiradas por aquella cultura, veamos a niños lactantes que se mantienen de pie, posición que, en opinión de E. Feucht⁴⁵ está especialmente indicada para el faraón, que a través de la leche de diversas diosas adquiere su carácter divino⁴⁶. En Egipto, además, la leche materna tiene uso terapéutico⁴⁷.

Es evidente que los fenicios, cuyos hijos sin duda sufrían los mismos riesgos que sus vecinos egipcios, conocían bien las formas de exorcizar o curar tales males, práctica en la que sin duda debieron estar profundamente influidos por la magia y la medicina egipcias, a juzgar por el uso de amuletos y preces a las divinidades egipcias «especializadas» que hemos visto representadas más arriba. La ausencia de textos⁴⁸ que nos ilustren sobre estos temores y los remedios para evitarlos se ve de algún modo compensada por la presencia de estos objetos en tumbas y santuarios.

Circunstancia de especial riesgo debió ser la circuncisión, que pudo ser practicada a edad temprana. El testimonio de Heródoto se considera esencial en este sentido. Dice así: «De entre todos los hombres, los cólquidos, los egipcios y los etíopes son los únicos que han practicado la circuncisión desde un principio, mientras los fenicios y los sirios de Pa-



Figura 3
Escarabeo con representación de Isis amamantando a Horus, Ibiza, Museo Arqueológico Nacional. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., p. 403).

lestina ellos mismos reconocen que han aprendido este uso de los egipcios, y los sirios que habitan en la región del río Termodonte y del Partenio y los macrones que son sus vecinos, dicen que la han aprendido recientemente de los cólquidos. Y estos son los únicos hombres que se circuncidan, y es evidente que lo hacen de la misma manera que los egipcios. Pero de los mismos egipcios y de los etíopes, no sabría decir cuál de los dos pue-

⁴³ Véase Hölb, *cit.* (n. 39), p. 277-285. Del culto a Harpócrates entre los fenicios que viven en Egipto se cuenta también con evidencia epigráfica, véase M. G. Amadasi, "Su tre iscrizioni fenicia dall'Egitto: formule augurali e cronologia", in E. Acquaro (ed.), *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati*, vol. III, Roma 1996, pp.1049 ss.

⁴⁴ E. Feucht, *cit.* (n. 3), p. 149.

⁴⁵ *Cit.* (n. 3), p. 157.

⁴⁶ J. Lécant, "Le rôle du lait et de l'allaitement d'après les Textes des Pyramides", *JNES* 10 (1951), p. 123 ss. Según G. Robins (*cit.* n. 35, p. 98), la leche de una diosa podía también servir a los muertos como medio de renovación y de paso de un estado a otro.

⁴⁷ En el Pap. Médico n° 10.059 BM, se ofrece una receta médica para sanar a un niño de una quemadura: el niño es como Horus a quien cura su madre Isis vertiendo su leche sobre sus miembros. La receta consiste en pronunciar esas palabras mientras se pone sobre las quemaduras una pócima de diversos productos vegetales mezclados con leche de una madre (J. M. Serrano, *Textos para la Historia Antigua de Egipto*, Madrid 1993, pp. 277-278), leche que probablemente se guardaba en unos envases que tenían la forma de una mujer arrodillada en distintas actitudes que evocan la lactancia (R. M. – J. J. Jansen, *cit.* n. 3, pp. 19-20).

⁴⁸ Para época ugarítica, se conoce un conjuro por la salud de un niño de rango regio. La acción conlleva la consulta a un antepasado (necromancia), a fin de conocer el remedio a aplicar. Se hace referencia a ritos en los templos de Horon y Baal. G. del Olmo, "Receta mágica para un infante enfermo (KTU 1.124)", in *Homenaje al Prof. Fernando Díaz Esteban (Sefarad 52/1)*, Madrid 1992, pp. 187-192.

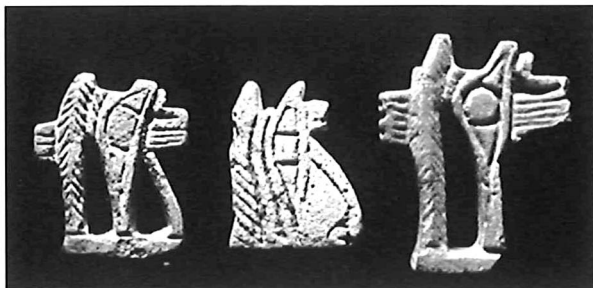


Figura 4

Amuletos con el «ojo de Horus», Cerdeña. Cagliari, Museo Arqueológico Nacional. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., p. 483).



Figura 5

Vaso «bibberón» procedente de Tharros. Cagliari, Museo Arqueológico Nacional. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., nº 772, p. 714).

blos aprendió esta práctica del otro, pues es evidente que es algo muy antiguo. Y que la aprendieron frecuentando Egipto, para mí hay esta gran prueba: todos los fenicios que frecuentan Grecia ya no imitan a los egipcios

en lo de las partes pudendas y no hacen circuncidar a sus descendientes» (II 36)⁴⁹. Por otra parte, conocemos también la práctica hebrea, que, aún cuándo en origen debió ser un rito de iniciación para el matrimonio, con la finalidad de favorecer la pervivencia del clan, ya que capacita para la vida sexual, acabó por adquirir un matiz religioso y de pertenencia al grupo, claramente afianzado como tal ya al regreso del exilio, convirtiéndose en signo visible de la pertenencia a Yahveh e Israel (Lev 12.3)⁵⁰. Antioco Epífanes prohibió su práctica en Palestina castigando a los recalcitrantes (1Mac 1,60-61; 2Mac 6,10), mientras que en época de Josefo, los judíos eran los únicos palestinos que la practicaban⁵¹. No hay motivos para dudar de la afirmación de Heródoto en el sentido de la práctica por parte de los fenicios, sea por la influencia de Egipto o por una costumbre común también a otras poblaciones semitas, y tampoco parece fuera de lugar la explicación que da para el olvido de la misma, que sin duda debió ser gradual. Es posible también que no fuese ni normativa ni general, lo que podría estar justificado por el eclecticismo fenicio y el contacto con etnias y hábitos diversos desde épocas antiguas. En Egipto, parece haberse practicado tanto durante la adolescencia⁵², como en niños pequeños⁵³. Sin embargo, aparte de la información de Heródoto, éste como tantos otros aspectos de las costumbres e instituciones fenicias apenas si está documentado, aunque, como puede verse más adelante, existen datos de interés, especialmente en Chipre. En el caso de Cartago, Gsell se muestra excéptico acerca de su práctica que, aduce, habría encontrado eco en los textos clásicos⁵⁴.

Existen en Egipto algunas referencias a la práctica de la circuncisión femenina o ablación del clítoris⁵⁵.

⁴⁹ Traducción de J. Berenguer Amenós, Madrid 1971, vol. II.

⁵⁰ R. de Vaux, cit. (n. 6), p. 83-86. En su opinión, el hecho de celebrarla a los pocos días del nacimiento va en relación con estas connotaciones de tipo religioso.

⁵¹ R. de Vaux, cit. (n. 6), p. 86.

⁵² G. Pinch, cit., (n. 20), p. 378.

⁵³ E. Feucht, cit. (n. 3), pp. 246-247.

⁵⁴ St. Gsell, *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, vol. IV, Paris 1929, pp. 188-189.

⁵⁵ E. Feucht, cit. (n. 3), pp. 250-251. G. Pinch (cit. n. 20, pp. 378-379) menciona un papiro del s. II (London I 24) en que se hace referencia a una joven circuncidada antes del matrimonio que, casualmente, vivía entre los fenicios del templo de Astarté en Menfis, por lo que ella atribuye esta práctica a la influencia extranjera.

Como se ha indicado más arriba, un capítulo importante en el material documental a nuestra disposición viene dado por los exvotos depositados en los santuarios. Entre ellos ocupan un lugar especial las esculturas en piedra y figuras de terracota que representan a niños de diversas edades, siendo especialmente abundantes aquéllas en que se muestran sentados y en una posición convencionalmente aceptada en el Mediterráneo Oriental, al parecer de origen egipcio⁵⁶, para representar a niños que aún no andan: la pierna derecha un poco levantada, mientras que la izquierda permanece sobre el suelo (a veces es la izquierda la que se levanta), sosteniendo con la mano derecha un pequeño animalito u objeto que se interpreta como un juguete. El mayor número de esculturas de este tipo, conocido como «temple-boy» proceden de diversos santuarios chipriotas, y han sido estudiados y catalogados por C. Beer⁵⁷. Los hay igualmente en la región siro-palestina, generalmente en santuarios, sobre todo en el dedicado a Eshmún en Bostan esh-Sheikh, a las afueras de Sidón, pero también, aunque en menor cantidad, en los santuarios de Amrit, que se suponen igualmente consagrados a Eshmún⁵⁸, Lattakia, Kharayeb, Tell Sippor, Al-Mina y Tell Sukas⁵⁹. Por otra parte, los encontramos, en este caso sólo en terracota, y representados en algunas estelas de los tofets, en Cartago⁶⁰.

El conjunto resulta de gran interés, ya que constituye una de las más importantes fuentes documentales para aproximarnos, incluso en el aspecto físico, al mundo de la infancia. La interpretación del mismo está evidentemente también en relación con la preocupación que los padres sienten por la salud y bienestar de unos niños que, en el



Figura 6
Askos en forma de gallo procedente de Ibiza. Museo Arqueológico de Ibiza. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., p. 736).

primer año de vida, están sujetos a todo tipo de riesgos y enfermedades. Hay, sin embargo, en este caso, algunas particularidades interesantes que merece la pena destacar.

Del estudio de C. Beer se desprende que los ejemplares chipriotas, datables en su mayoría entre el 500 y el 300 a.C. presentan sobre todo dos rasgos que los singularizan: un vestido característico que se levanta, de forma claramente intencionada, para dejar ver el sexo⁶¹ (fig. 8), y un collar o cadena diagonal totalmente llena de colgantes de tipos muy peculiares, sin duda de carácter amulético y apotropaico⁶². La hipótesis de la autora⁶³ supone que estos exvotos se ofrecían en los santuarios con ocasión de la celebración del rito de la circuncisión, y probablemente, añadimos nosotros, ésta era la forma en que los niños chipriotas iban ataviados y protegidos contra los peligros

⁵⁶ Th. Hadzisteliou-Price, "The Type of the Crouching Child and the Temple-Boys", *BSA* 64 (1969), pp. 95-111.

⁵⁷ *Temple-Boys. A Study of Cypriote Votive Sculpture. Part I. Catalogue*, Jonsered 1994, *Part 2. Functional Analysis*, Stockholm University 1993.

⁵⁸ P. Bordreuil, "Le dieu Echmoun dans la région d'Amrit", *Studia Phoenicia* III, 1985, pp. 221-230.

⁵⁹ P. J. Riis, *Sukas VI. The Graeco-Phoenician Cemetery and Sanctuary at the Southern Harbour*, Kobenhavn 1979, pp. 33-68. C. Beer, cit. n. 57, Part 2, pp. 90-94.

⁶⁰ Z. Cherif, "Le thème de la personne assise par terre ou accroupie dans l'iconographie carthaginoise", *REPPAL* 11 (1999), pp. 9-20.

⁶¹ C. Beer, cit. (n. 57), Part 2, pp. 9-15.

⁶² C. Beer, cit. (n. 57), Part 2, pp. 18-32.

⁶³ C. Beer, "Comparativ Votive Religion: the Evidence of Children in Cyprus, Greece and Etruria", in *Gifts to the Gods*, 1987, pp. 21-29; también en cit. (n. 57), Part 2, pp. 131-134.



Figura 7

Placa de marfil con representación del niño Horus sobre la flor de loto. Nimrud. Bruselas, Museos Reales de Arte y de Historia. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., p. 413).

que tal manipulación quirúrgica entrañaba. A pesar de las críticas recibidas⁶⁴, parece la explicación más convincente, lo que no significa necesariamente que todos los ejemplares de

«temple-boy» en piedra o terracota del ámbito fenicio hayan sido ofrecidos por el mismo motivo, sino que pudo haber otras muchas ocasiones a lo largo de la edad infantil, en las que los padres, gentes sin duda acomodadas como para hacer semejantes ofrendas, sintiesen la necesidad de encomendar a sus hijos a las divinidades que se estimaban más proclives a satisfacer sus demandas. Estas divinidades fueron, en Chipre, muy diversas, con una preferencia por Afrodita-Astarté (en especial la Afrodita Kourotrophos de Idalion) y Apolo (identificado con Reshef-Mikal). La primera, sin duda, como diosa madre, y Apolo-Reshef como deidad que puede producir la enfermedad y por tanto también evitarla. Resulta del mayor interés reseñar que esculturas de Melqart-Heracles de tipo chipriota se han encontrado en diversos lugares, tanto en Chipre como en Levante, relacionadas con figuras de temple-boys, dándose la circunstancia de que diversas razones han conducido a pensar que quizá esta iconografía heraclea pueda haber servido en determinadas épocas para representar también al dios Eshmún⁶⁵.

En cuanto a la región siro-palestina, el más importante centro de culto donde aparecen un buen número de estos exvotos infantiles del tipo temple-boy es el santuario de Eshmún en Bostan esh-Sheikh, a las afueras de Sidón. En concreto unas 26 figuras completas y 13 fragmentadas, datables a partir de fines del s. V⁶⁶. En la misma posición hay también algunos ejemplares femeninos. Pero además del tipo citado, funcional sólo en niños de alrededor de un año, Stucky distingue otro nivel de edad, entre 1 y 3 años, al que adscribe a los niños representados de pie, en total 20, siempre en una proporción mucho mayor los niños que las niñas⁶⁷. El

⁶⁴ El argumento utilizado por R. A. Stucky (*Die Skulpturen aus dem Eshmun-Heiligtum bei Sidon. Griechische, römische, kyprische und phönizische Statuen und Reliefs vom 6. Jahrhundert vor Chr. bis zum 3. Jahrhundert nach Chr.*, Suppl. 17 Antike Kunst, Basel 1993, p. 57) es que si así fuera, estas esculturas mostrarían el sexo circuncidado, lo que no sucede. Sin embargo, en mi opinión, el exvoto no tiene porqué mostrar tal incidencia, ya que debió ofrecerse con anterioridad a la celebración del rito con el fin de propiciar la protección divina con ocasión del mismo.

⁶⁵ Véase C. Beer, cit. (n. 57), Part 2, p. 81. R. A. Stucky, cit. (n. 64), p. 17-18.

⁶⁶ R. A. Stucky, cit., (n. 64), p. 29.

⁶⁷ R. A. Stucky, *Ibidem*. El estilo, en el caso de las niñas, es de clara adscripción griega: se visten con un peplos sujeto con cinturón y, para señalar claramente su edad infantil, llevan en la mano el típico animalito o juguete. Se datarían en la primera mitad del s. IV (p. 35, n.ºs. 188-192). Stucky interpreta, como representantes de un tercer nivel de edad, la pubertad, las 6 esculturas fragmentarias que representan a jóvenes a la manera griega de los atletas, véase su argumentación en pp. 38-39.

citado autor considera que esta desproporción puede deberse al hecho de que las niñas se confiarían más bien a deidades femeninas, como ocurre en Grecia, lo que no obsta para que en este santuario, como en tantos otros, griegos como orientales, se manifestase una evidente discriminación sexual propia de estas sociedades⁶⁸.

Algunas de las esculturas de este santuario portan inscripciones que, aunque no demasiado explícitas en cuanto a los motivos de la ofrenda, resultan de interés. La mayoría están consagradas a Eshmún. La ilustrada en la fig. 9, sobre la base de la escultura, se data hacia el 400 a.C., y parece haber estado dedicada por la salud de un príncipe, probablemente el heredero de la corona⁶⁹. Otra se dedica a Ashtart y a su señor Eshmún (nº 227, p. 104, lám. 101). También es interesante la nº 229 (p. 105, lám.55), dedicada por un personaje que se dice «guardián de las estatuas votivas de los niños». En todos los casos, la dedicatoria termina con la imprecación: «que él le bendiga». Parece pues indudable que se apela a Eshmún, como dios salutarífico⁷⁰, así como también a Astarté, como diosa madre que protege a la familia y la fecundidad en general. Relacionado con este aspecto está también el dios Bes, del que se conserva en este santuario una pequeña escultura en piedra (nº 37, p. 72), así como algunas terracotas⁷¹. Stucky rechaza, como se ha visto más arriba (n. 64), la interpretación de C. Beer, en el caso de las esculturas chipriotas con exhibición del sexo, en relación con la circuncisión, insistiendo en los riesgos que acechan a los niños en el mundo antiguo y la preocupación consiguiente por parte de los padres⁷². Lo cual no excluye, en mi



Figura 8
«Temple-boy» de Kurion, Chipre. New York, Metropolitan Museum of Arts. (C. Beer, *Temple-Boys (part 1)*, cit., cat. nº 194, lám. 176 a).

opinión, la posibilidad de que, en caso de que aceptemos esta práctica en el Sidón de los siglos VI-III a. C., los padres de los niños circuncidados pudieran rogar a Eshmún por el feliz término de la intervención, ofreciendo, en nombre de su hijo o hijos, un exvoto al dios, sin que, naturalmente, sea ésta la única razón para hacerlo.

Entre los exvotos, hay uno que se diferencia claramente de los demás, completándose además con una inscripción (fig. 10). Procede de la famosa «favissa», datándose probablemente a finales del V (nº 157, pp.

⁶⁸ R. A. Stucky, *op.cit.* (n. 64), p. 37.

⁶⁹ TSSI/III, nº 29, pp. 114-116.

⁷⁰ En opinión de Stucky (*cit.* n. 64, p. 57), son precisamente estas esculturas el testimonio más antiguo que tenemos de esta inflexión de Eshmún, originariamente un dios del mismo tipo que Melqart o Adonis, hacia el ámbito de la salud. Para estas cuestiones véase P. Xella, «Eshmun von Sidon», in M. Dietrich y O. Loretz (eds.), *Mesopotamica - Ugaritica - Biblica. Festschrift für Kurt Bergerhof*, Neukirchen-Vluyn 1993, pp. 490 ss.

⁷¹ L. Ganzmann – H. van der Meijden – R. A. Stucky, «Das Eshmunheiligtum von Sidon. Die funde der türkischen Ausgrabungen von 1901 bis 1903 im Archäologischen Museum in Istanbul», *Istanbuler Mitteilungen* 37 (1987), p. 121.

⁷² Recuerda el autor (*cit.* n. 64, pp. 57-58) los estudios realizados sobre el contenido de las urnas de los tofets, en especial la determinación de las edades en ellos representadas (los niños habrían muerto de forma natural), para referirse a las etapas infantiles de mayor riesgo que, en su opinión, coinciden con los dos niveles aquí determinados. Lo mismo sucedería con respecto a las estelas funerarias infantiles griegas.

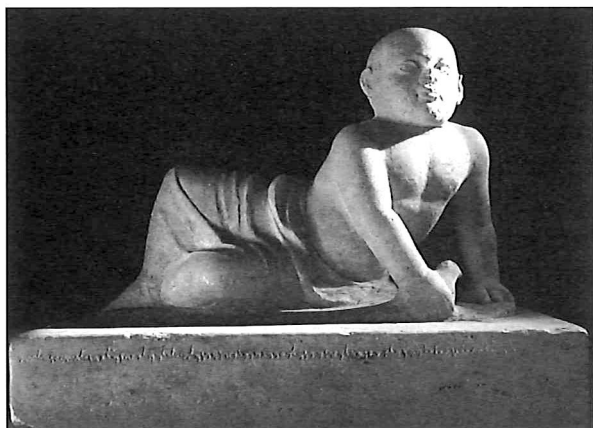


Figura 9

Estatua votiva con inscripción del santuario de Eshmún en Bostan esh-Sheikh, Beirut, Museo Nacional. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., p. 285).

91-92, lám. 54. Probablemente la n° 158 fuese del mismo tipo). Representa a un niño, seguramente, por sus proporciones, de corta edad, de pie, vestido con una túnica larga y ancha sin cinturón que le cubriría incluso los brazos, y calzado con sandalias. La inscripción no se diferencia de las demás. Stucky sugiere que ese vestido inusual pudiera corresponder a un atavío sacerdotal, lo que entra dentro de lo posible⁷³.

Relacionados con el mundo de la infancia y testimonio del mismo ambiente determinado por estos exvotos son los relieves de uno de los edificios situados en el mismo santuario de Bostan esh-Sheikh, con una función imprecisa. Decorarían parte de la fachada exterior del mismo, próxima a la conocida como «piscina del trono de Astarté». Incompletos y difíciles de interpretar, reflejan un mundo, posiblemente mítico, que Stucky ha comparado con las estelas funerarias infantiles áticas del s. IV, así como con escenas festivas de los cultos de Dionisos y Apolo⁷⁴.

Otro santuario frecuentado por mujeres y niños, donde también apareció una figura de terracota del tipo «temple-boy»⁷⁵ es el de Kharayeb, entre Tiro y Adlum. Las excavaciones de M. Chéhab⁷⁶ y B. Kaoukabani⁷⁷ han permitido detectar dos fases de ocupación, una de época persa (fines s. VI-IV), y otra helenística, con repertorio fuertemente egipcizante⁷⁸. Los numerosos exvotos de terracota que caracterizan a este espacio cultural, nos muestran imágenes de fecundidad, como las típicas figuras femeninas desnudas presionándose los senos, la *dea grauida*, numerosas representaciones de Bes y patecos, imágenes infantiles de tipos diversos, y pequeños animales, probablemente juguetes. Desconocemos el nombre de la deidad allí venerada, que podría ser femenina, como creen sus excavadores⁷⁹ o quizá masculina, a juzgar por la iconografía de algunas terracotas que representan a un dios entronizado o de pie, tocado con corona Atef, que sostiene a veces una flor de loto. Entre los exvotos infantiles, de época helenística, nos llama la atención un niño sentado con un díptico sobre sus piernas⁸⁰.

Si podemos hablar de forma relativamente extensa de la preocupación por la fecundidad y por el cuidado y la salud de madres y niños, sin duda uno de los sectores más débiles de la sociedad, estamos muy mal informados, por el contrario, de todo lo que se refiere a la vida familiar, las relaciones entre padres e hijos, la educación de los mismos, la edad núbil para chicos y chicas etc. Uno de los pasos fundamentales en la vida de un niño, que implica en cierto modo su primer contacto con la sociedad como institución, y esto muy especialmente entre

⁷³ Según el testimonio de Silio Itálico a propósito de los sacerdotes del templo de Melqart en Gadir (*Punica* III, 21-29) los sacerdotes que queman el incienso iban desceñidos. Véase M. C. Marín Ceballos – A. Ma Jiménez Flores, “Los sacerdotes del templo de Melqart en Gadir según el testimonio de Silio Itálico”, in *ACFP* 5, en prensa.

⁷⁴ “Le bâtiment aux frises d’enfants du sanctuaire d’Echmoun à Sidon”, *Topoi* 7 (1997), pp. 915-927, especialmente 919-920.

⁷⁵ C. Beer, cit. (n. 53) Part 2, p. 92-93.

⁷⁶ “Les terres cuites de Kharayeb”, *Bulletin du Musée de Beyrouth* X (1951-52), XI (1953-1954).

⁷⁷ “Rapport préliminaire sur les fouilles de Kharayeb 1969-1970”, *Bulletin du Musée de Beyrouth* XXVI (1973), pp. 41-58, láms. I-XVIII.

⁷⁸ B. Kaoukabani, cit. (n. 77), pp. 41-44.

⁷⁹ *Idem*, p. 58.

⁸⁰ B. Kaoukabani, cit. (n. 77), p. 43: Kh. 716, lám. III, fig. 4.



Figura 10
Escultura infantil del santuario de Bostan esh-Sheikh. (R. A. Stucky, *Die Skulpturen*, cit., p. 35, n° 157).



Figura 11
Cabeza infantil del santuario de Bostan esh-Sheikh. (R. A. Stucky, *Die Skulpturen*, cit., p. 43, n° 186).

los pueblos del Próximo Oriente⁸¹, es la imposición del nombre. Ignoramos los detalles de tal acontecimiento, pero parece muy probable que se produjese nada más nacer y que en su elección tuviese un papel destacado la madre, con la colaboración sin duda del padre. La gran mayoría de los nombres, tanto en época ugarítica⁸² como durante el I milenio, son teóforos⁸³. Propio de la cultura semítica occidental es el hecho de que el nombre esté con frecuencia formado por una oración completa: sujeto y predicado, razón por la que la onomástica resulta ser una importante fuente para conocer los sen-

timientos del hombre hacia la divinidad. Las posibilidades resultantes del juego de teónimos y epítetos o verbos son múltiples. Señalemos que en Oriente los teónimos más frecuentemente utilizados son, por este orden, Baal, Eshmún, Milk, Ashtart y Melqart; en Cartago: Baal, Melqart, Ashtart, Eshmún, Milkt y Milk. En cuanto a los sentimientos expresados por el fiel, son muy variados, dependiendo de los dioses y las áreas, desde la exaltación de la divinidad hasta su relación filial o familiar con él, agradecimiento, admiración, protección, sometimiento, etc.⁸⁴

⁸¹ R. de Vaux, *cit.* (n. 6), p.80. Se constata también en Palestina el uso prioritario de nombres teóforos. En los ostraca de Samaría, es frecuente el uso de teónimos "cananeos", en especial Baal: *Ibidem*.

⁸² Un catálogo de nombres teóforos ugaríticos ofrecen S. Ribichini – P. Xella, "Problemi di onomastica ugaritica. Il caso dei teofori", *SEL* 8 (1991) pp. 149-170. Se destaca la frecuente aparición del nombre de El, invocado como padre, rey, amante, amigo, benévolo etc., incluyendo entre sus actividades la creación, el juicio, el decreto etc. Sin embargo el nombre de Baal es el más documentado en la onomástica ugarítica, con atributos similares en parte a los de El, pero con su propia personalidad: así es también creador y juez, pero a la vez es héroe, y salva y ayuda. Los demás dioses aparecen a gran distancia numérica, destacando entre ellos las deidades ancestrales y dinásticas: G. del Olmo, "La religión de la onomástica", in *La religión cananea según la liturgia de Ugarit. Estudio textual*, Barcelona 1992, pp. 226-228. Véase un estado reciente de la cuestión en R. S. Hess, "The Onomastics of Ugarit", in *HUS*, 499-528.

⁸³ F. L. Benz, *Personal Names in the Phoenician and Punic Inscriptions*, Roma 1972.

⁸⁴ Véase el útil estudio estadístico de A. Ferjaoui, *Recherches sur les relations entre l'Orient phénicien et Carthage* (OBO 124), Fribourg 1993, pp. 408-473.



Figura 12
Escultura infantil de Golgoi, Chipre. Cambridge, Fitzwilliam Museum. (C. Beer, *Temple-Boys, part 1*, cit., lám. 196 b, Appendixes C, nº 1).



Figura 13
Terracota votiva representando a una madre con su hijo. Bitia, Museo Arqueológico Nacional de Cagliari. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., p. 341).

El nombre constituye pues otro modo de poner al hijo bajo la protección de una divinidad, que suele, lógicamente, corresponder a una devoción privada, familiar o políada de los padres. La abundante documentación examinada en relación con los cultos de fecundidad y protección a la infancia, nos refleja unos primeros años de estrecha proximidad de madre e hijo, que vemos incluso, de un modo plástico, en los exvotos que los representan unidos ante la divinidad (fig. 13). Esa relación madre-hijo varón debió mantenerse, como sucede en Egipto⁸⁵. Aún admitiendo la excepcionalidad del caso, recordemos las inscripciones funerarias de Eshmunazar de Sidón, del que se insiste en que era hijo de una viuda⁸⁶, o la de Kilamu-

wa, donde se habla de «los sentimientos del huérfano hacia la madre»⁸⁷, imágenes que son, por otra parte, testimonios propios de una sociedad fuertemente patriarcal y del consiguiente desamparo del hijo ante la falta del padre. El hijo varón, no obstante, debió pasar pronto bajo la esfera de influencia del mismo, que procedería a su educación, en función, claro está, de la clase social a la que pertenecieran. Las mejor documentadas, una vez más, son las clases superiores. Especialmente, para la época ugarítica y del Bronce Reciente en general, conocemos las actividades de los jóvenes en relación con la caza y la guerra⁸⁸. Nada sabemos de otro tipo de enseñanzas. La imagen del niño de Kharayeb, aprendiendo a leer, es un testimonio tardío,

⁸⁵ G. Pinch, cit. n. 20, p. 377.

⁸⁶ P. Magnanini, cit. (n. 15), nº 1, pp. 3-5.

⁸⁷ Idem, Zinjirli I, pp. 45-47.

⁸⁸ Recuérdese, a manera de ejemplo, el poema de Aqhat.

helenístico. No obstante, la literacidad debió ser frecuente entre las clases altas, cuyos miembros recibirían quizá su formación en las escuelas del palacio y los templos, donde aprenderían la historia y tradiciones de su pueblo⁸⁹. No tenemos constancia de la existencia de escuelas privadas hasta época helenística, en que se introduce también el Gimnasio⁹⁰. R. de Vaux subraya, para el caso de Israel, cómo el sacerdote recibirá el nombre de «padre», porque reproduce la relación entre maestro y alumno que en principio correspondería al progenitor⁹¹. En cuanto a las clases medias e inferiores, como ocurre en Mesopotamia⁹² y el resto de Oriente, el padre está obligado a enseñar su oficio al hijo, que asegurará así la continuidad y subsistencia de la familia. Existe constatación epigráfica, por ejemplo, de escribas cuyos padres también lo fueron⁹³. Distinto es, sin duda, el caso de las hijas, que continuarán ligadas a la madre, aprendiendo las tareas domésticas, hasta su temprano matrimonio.

El poema ugarítico de Keret nos permite conocer los sentimientos de amor filial entre padre e hijos: la preferencia de Keret por su hija, la octava: Thitmanat, hasta el punto de ofrecerle la primogenitura, y los sentimientos de dolor expresados por ella o su hermano Elihu ante la enfermedad de su padre (KTU 1.16 I-III).

Hemos de referirnos por último, aún brevemente, a la cuestión del tofet, tema quizá hoy día el más conflictivo de cuántos atañen a la cultura fenicio-púnica. La gran cantidad de publicaciones al respecto, así como la amplia divulgación de tan debatida cuestión nos eximirá de una exposición detallada, limitándonos a trazar las grandes líneas del estado de la cuestión a efectos de completar nuestra visión del niño fenicio. Cuán-



Figura 14

Terracota representando a Dea Nutrix de Soliman (Cap Bon), Túnez. (A. Ben Abed Ben Khader y D. Soren (eds.), *Carthage: A Mosaic of Ancient Tunisia*, nº 17, p. 154).

to aquí se ha tratado en relación con los problemas de salud que conllevan el embarazo, parto y primera infancia, dada la alta mortalidad infantil de la época, nos ayudará a entender de qué manera esa preocupación por la descendencia derivará en Cartago y su área de influencia⁹⁴ en una institución de carácter religioso que conocemos genéricamen-

⁸⁹ Cf. C. Bonnet, "Les scribes phénico-puniques", in *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, (Studia Phoenicia X), Liège-Namur 1991, pp. 147-171.

⁹⁰ R. A. Stucky, *cit.* (n. 64), pp. 38-39.

⁹¹ *Cit.* (n. 6), p. 87-88.

⁹² Código de Hammurabi 189, edición de A. Finet, *Le code de Hammurapi*, Paris 1973, p. 108.

⁹³ C. Bonnet, *cit.* (n. 89), p. 152.

⁹⁴ P. Bernardini, "Giustino, Cartagine e il tofet", *RSF* 24/1 (1996), pp. 27-45.



Figura 15
Estela del tofet de Cartago. Túnez, Museo del Bardo. (S. Moscati (ed.), *I Fenici*, cit., p. 306).

te como rito *mlk*, mientras que el lugar en que se efectúa es llamado *tofet*. El *mlk*, que según los textos bíblicos consistiría en «pasar por el fuego» a los niños, se ha interpretado como sacrificio infantil, en función de las referencias de los autores clásicos que acusaban a los cartagineses de tal práctica⁹⁵.

Sin embargo, buena parte de la investigación reciente ha contestado esta interpretación acusándola de simplista. Su posición se basa, desde el punto de vista arqueológico, en la edad perinatal de las pequeñas víctimas, que les lleva a pensar que se trata de muertes naturales; en la copresencia de diversos elementos, como las estelas, muchas de ellas inscritas, de cuya relación directa con las deposiciones no hay pruebas; en la variabilidad de la ejecución del rito de unos lugares a otros; en la rareza de enterramientos infantiles en las necrópolis. Desde el punto de vista de las fuentes clásicas: en que ninguno de los autores que se refieren al sacrificio conoce directamente la práctica, no mencionan los lugares conocidos como tofets ni a la diosa Tanit que junto con Baal Hammón son los destinatarios del sacrificio. Por otra parte, los autores griegos y romanos en cuestión, enemigos y rivales de los púnicos, pecan de tendenciosidad y desinformación. En cambio, ninguno de los grandes historiadores hace referencia a tal práctica⁹⁶.

A través de los datos que la arqueología nos ha librado, y sobre todo la epigrafía de las estelas, los espacios denominados convencionalmente como tofets, se perfilan como verdaderos santuarios de Baal Hammón, o de Baal Hammón y Tanit, como demuestra el hecho de que tras la conquista romana continúen existiendo como santuarios de Saturno o de Saturno y Caelestis⁹⁷. Baal Hammón se nos muestra en Cartago como deidad ancestral, protectora de la familia y ga-

⁹⁵ S. Ribichini se ocupa últimamente del estudio de estos textos. Véase "Sacrifici umani a Tiro? La testimonianza di Q. Curzio Rufo", in B. Pongratz-Leisten – H. Kühne – P. Xella (eds.), *Ana šadī Labnāni lū allik. Beiträge zu altorientalischen und mittelmeerischen Kulturen. Festschrift für Wolfgang Röllig*, Neukirchen-Vluyn 1997, pp. 43-56, pp. 355-361.

⁹⁶ S. Ribichini "La questione del 'tofet' punico", in St. Verger (ed.), *Rites et espaces en pays celte et méditerranéen*, Roma 2000, pp. 293-304, con referencia a la bibliografía más reciente.

⁹⁷ Cf. M. G. Amadasi, "Le iscrizioni del tofet: osservazioni sulle espressioni di offerta", in C. González Wagner – L. A. Ruiz (eds.), *El Molk como concepto del sacrificio púnico hebreo y el final del dios Moloch* (reedición y traducción de la obra de O. Eissfeldt), Madrid 2002, pp. 93-119, en especial 112-113.

rante de la descendencia⁹⁸, mientras que la diosa Tanit, a la que en uno de los epígrafes se denomina significativamente «madre»⁹⁹, se presenta como mediadora entre los hombres y el dios supremo, rostro amable de Baal dirigido hacia los mortales. Constituyen por tanto, en Occidente, las deidades que presiden los destinos de Cartago y su área de influencia y son responsables de la continuidad de su existencia como tal. La epigrafía, pero también los objetos de distinto tipo hallados, tanto formando parte de los ajueres funerarios como de otros probables depósitos votivos, manifiestan la diversidad de ritos practicados en estos recintos, desde auténticos sacrificios infantiles¹⁰⁰, sacrificios de sustitución (*mlk 'mr*), plegarias y ofrendas por la fecundidad y la salud de la progenie, y, según la opinión de buen número de especialistas, enterramientos de niños muertos en edad perinatal que son ofrecidos a la divinidad en un ritual específico, con fines distintos según las diferentes interpretaciones¹⁰¹.

En definitiva, son muchas las cuestiones que quedan abiertas en tan espinoso tema, y seguramente, salvo que la arqueología nos depare sorpresas, lo estarán por mucho tiempo. Para lo que atañe a la cuestión de la infancia que aquí nos compete, nos limitaremos a decir que hay muchos elementos en los tofet que nos recuerdan a los santuarios

más arriba reseñados. Por ejemplo, en algunas estelas de Cartago se nos muestra una imagen infantil, en la postura del temple-boy, generalmente en una posición destacada en la parte superior de la misma¹⁰², con animalitos o juguetes como los ejemplares orientales o, en un caso, realizando el gesto de bendición (*CIS I 522*). Tales imágenes han sido objeto de diversas interpretaciones, pero lo más lógico es entenderlas como representación del niño objeto del ritual recordado en los epígrafes, lo mismo que los que se muestran en brazos, probablemente del sacerdote que va a efectuar tal rito (fig. 15)¹⁰³. Pero además de estas imágenes infantiles se dan en las estelas otras que nos hablan de fertilidad y vida, como la palmera y el árbol en general¹⁰⁴, la flor de loto¹⁰⁵, la granada¹⁰⁶, los pechos femeninos¹⁰⁷, etc. Otros elementos que nos conducen al mismo ambiente que tiene que ver con la salud y la reproducción son las figuras de terracota a torno¹⁰⁸, y, muy especialmente en Sicilia, una gran cantidad de terracotas femeninas¹⁰⁹. En definitiva, parece evidente que el tipo de devoción aquí implicada tiene que ver con lo que más arriba hemos llamado la preocupación por la descendencia¹¹⁰, lo que implica la continuidad de la familia, y ésta, a su vez, y más aún en un territorio colonial, la de la comunidad misma.

⁹⁸ P. Xella, *Baal Hammon. Recherches sur l'identité et l'histoire d'un dieu phénico-punique*, Roma 1991, *passim*.

⁹⁹ *CIS I*, 380; M. G. Amadasi, *cit.* (n. 97), p. 101.

¹⁰⁰ Incluso los detractores de la tesis sacrificial aceptan la posibilidad de ciertos sacrificios, e n especial de niños deformes o con taras genéticas: S. Moscati, "Il sacrificio dei bambini: un aggiornamento", *QANL* 266 (1991), pp. 4-5 y 13. H. Benichou-Safar, "À propos des ossements humains du tophet de Carthage", *RSF* 9/1 (1981), p. 9.

¹⁰¹ Para G. del Olmo ("Pervivencias cananeas (ugaríticas) en el culto fenicio. II. El culto «mlk»", *Hommages à Maurice Sznycer (Semitica 39)*, vol. II Paris 1990, p. 71 y 73) el ritual implicaría la idea de consagrar, iniciar ú ofrecer al o a la joven a la divinidad mediante algún rito en relación con el fuego como elemento de deificación o purificación.

¹⁰² M. Hours-Miedan, "Les représentations figurées sur les stèles de Carthage", *Cahiers de Byrsa I* (1951), p. 61, lám. XXXIII, a (*CIS I*, 522), b y g (*CIS I*, 3466); C. Beer (*cit.* n. 57, Part 2, pp. 94-96) añade otros ejemplares: lám. XXVII a y XXVII, b (*CIS I*, 2, 2609) y *CIS I*, 2, 1301, conservada fragmentariamente. También Z. Cherif (*cit.* n. 60, pp. 12-15) reseña estas representaciones, añadiendo alguna más, así su n.º 10, *CIS I*, 3120 (probablemente mal dibujada en M. Hours-Miedan, lám. XXXV a); n.º 4, *CIS I*, 1121; n.º 6, *CIS I*, 985; n.º 7, *CIS I*, 1356; n.º 8, *CIS I*, 1410. La autora se refiere a *CIS I*, 3466 (n.º 9), probablemente también mal dibujada en Hours-Miedan, en la que cree ver dos niños desnudos. En cuanto a la conocida estela *CIS I*, 5780 (n.º 1), representa en mi opinión, en el mismo lugar y postura, a una niña vestida con túnica que se sujeta con un cinturón, realizando una libación.

¹⁰³ M. Hours-Miedan, *cit.* n. 102, lám. XXXV, c y f.

¹⁰⁴ *Ibidem*, lám. XVIII g, XIX, XX.

¹⁰⁵ *Ibidem*, lám. XXI.

¹⁰⁶ *Ibidem*, lám. XX.

¹⁰⁷ *Ibidem*, lám. XXXVII, f.

¹⁰⁸ M. P. Toti, *Scavi a Mozia. Le terrecotte figurate*, Roma 1994, pp. 13-87.

¹⁰⁹ Véase A. Ciasca, "Archeologia del tofet", in C. González Wagner - L. A. Ruiz (eds.), *cit.* n. 97, pp. 137-139.

¹¹⁰ Véase S. Ribichini - P. Xella, *La religione fenicia e punica in Italia*, Roma 1994, pp. 84-85.

IX. EL HOMBRE BAJO EL HOMBRE

17. L'ESCLAVE

A. LEMAIRE

Dans le contexte de l'abondante épigraphie monumentale phénico-punique, la documentation sur la place et le rôle des esclaves reste des plus limitée tandis que la tradition littéraire étrangère n'a pas été spécialement intéressée par cette population servile et n'y fait référence que très occasionnellement.

Le vocabulaire phénicien pose d'ailleurs de difficiles problèmes d'interprétation car 'bd peut aussi bien désigner un esclave, qu'un serviteur de manière plus générale ou un «sujet / vassal» d'un royaume (cf. 'bd kn lbt mps: Karatepe A I,15) ou encore un «serviteur du temple» (cf. 'bd bt: CIS I,11?, 247-254, 3779, 4834-4842, 4845...) ou même un haut fonctionnaire de l'administration («serviteur de X [nom de roi]», cf. «serviteur de Hirôm» CIS I,5; «serviteur de Milkiram»¹), ou encore un ministre (cf. Karatepe A I,1-2) ou un suffète en tant que serviteur de la divinité (CIS I,176), tandis que l'interprétation d'un mot *drkhlt* dans le sens de «servante / concubine»² reste très incertaine³.

Enfin, la notion même d'esclave, aussi bien à l'époque moderne que dans l'antiquité, reste difficile à définir⁴.

Dans ces conditions, toute présentation du rôle de l'esclave dans le monde phénico-punique ne peut être que préliminaire et provisoire⁵, même si elle s'éclaire quelque peu par ce que nous connaissons, de manière générale, sur l'esclavage dans l'Antiquité.

Dans le Proche-Orient ancien du Bronze Récent, quelques textes font référence à l'esclavage lié aux habitants de la côte phénicienne. Un texte égyptien mentionne un esclave d'Arwad, lié à un bateau de transport et recherché par les autorités pour être soumis à la corvée⁶, tandis que plusieurs textes ougaritiques font référence à des esclaves⁷, et même à un rachat d'esclaves⁸. De manière plus précise, une des sources principales de cet esclavage semble avoir été soit la vente pour dette, soit la vente pour survivre en cas de guerre comme le laisse entendre l'insistance avec laquelle Rib-Adda de Byblos répète: «nos fils et nos filles ont disparu, puisqu'ils ont été vendus dans le pays de Yarimuta contre des vivres, pour nous garder en vie» (EA 74,15; 75,11; 81,39; 85,13; 90,36).

Au premier millénaire, l'historiographie biblique salomonienne rapporte la participation de «serviteurs» de Hirôm de Tyr aux côtés de ceux de Salomon pour bâtir le temple de Jérusalem (1 Rois 5,20), en particulier en fournissant les bois du Liban (1 Rois 5,23). Cependant le texte ne précise pas le statut exact de ces «serviteurs» et il est difficile de préciser s'il s'agit de sujets corvéables ou d'esclaves. Le même problème se pose à propos des «serviteurs / esclaves (*ardani*)» de Tyr mentionnés dans une lettre d'un haut fonctionnaire néo-assyrien, Qurdi-ashshur-lamur, vers la fin du VIII^e s.⁹ La référence à des esclaves est plus assurée dans un contrat néo-assyrien de vente d'esclaves, daté de 709 av. n. è., où le nom du propriétaire, Dagan-milki, rapproché de ceux des témoins, rend

¹ A. Lemaire, "Milkiram, nouveau roi phénicien de Tyr?", *Syria* 53 (1976), pp. 85-87.

² J. Teixidor, "L'inscription phénicienne de Tartous (RES 56)", *Syria* 56 (1979), pp. 148.

³ *DNWSI*, p. 262.

⁴ I. J. Gelb, "Definition and Discussion of Slavery and Serfdom", *UF* 11 (1979), pp. 283-297.

⁵ J. Elayi, *Recherches sur les cités phéniciennes à l'époque perse*, Napoli 1987, pp. 62-67; Van Guth 1992; S. F. Bondi, "Elementi di storia fenicia nell'età dell'espansione mediterranea", in *ACFP* II, pp. 51-58.

⁶ W. Wolf, "Papyrus Bologna 1086. Ein Beitrag zur Kulturgeschichte des Neuen reiches", *ZÄS* 65 (1930), pp. 80-97.

⁷ J.-P. Vita, "The Society of Ugarit", in *HUS*, pp. 466-467.

⁸ R. Yaron, "A Document of Redemption from Ugarit", *VT* 10 (1960), pp. 83-90.

⁹ H. W. F. Saggs, "The Nimrud Letters, 1952 - Part II", *Inq* 17 (1955), pp. 126-131.

vraisemblable qu'il s'agisse d'un Phénicien. Selon ce contrat, un esclave (homme) valait apparemment une mine d'argent¹⁰.

De son côté, Homère se fait l'écho de la réputation des Phéniciens agissant comme des pirates et n'hésitant pas à enlever les habitants de la côte de la Méditerranée orientale pour les vendre ensuite comme esclaves dans un autre pays (Odyssée XIV,287) et l'on retrouve une tradition similaire dans Hérodote I,1; II,54.

Le fait que les commerçants phéniciens se soient adonnés au commerce des esclaves nous est clairement confirmé par plusieurs textes bibliques du VIII^e au II^e s. av. n. è. Ainsi Amos reproche-t-il à Tyr d'avoir trahi «la mémoire de l'alliance entre frères» en livrant des déportés (israélites) en masse à Édom (*Amos* 1,9-10). Cette réputation de marchands d'esclaves à côté de la vente d'objets précieux se retrouve en *Ezéchiel* 27,13 et *Joël* 4,6-8 où la vente semble surtout dirigée vers «Yawân / l'Ionie». Ce commerce des esclaves était particulièrement important au moment des guerres car une des sources principales en était les prisonniers de guerre comme le révèle le nombre de 30000 esclaves vendus par Alexandre après la prise de Tyr et mentionné par Arrien (*Anabase*, II,24,5). Il s'agissait apparemment surtout de femmes et d'enfants (Diodore, *Bibliothèque historique*, XVII,46,4). Lors des guerres maccabéennes de l'époque hellénistique, de riches commerçants de la côte suivaient les armées séleucides tentant de pénétrer en Judée avec l'espoir d'acheter 90 esclaves pour un talent (soit environ soixante drachmes l'esclave) (2 Maccabées 8,10-11.25; cf. 1 Maccabées 3,41).

Tout en reconnaissant la situation particulière des soldats ayant épousé des «captives

indigènes», une ordonnance de Ptolémée II s'était efforcée de limiter le commerce des esclaves en tant de paix car il semble avoir été, alors, surtout alimenté par le rapt d'hommes libres¹¹. De façon plus précise, cette ordonnance prescrit, «en Syrie et en Phénicie», la déclaration officielle à l'«économe» de tout esclave possédé: «Quiconque ne le déclarera pas ou ne le présentera pas, se verra confisquer l'esclave». De plus, «à l'avenir, il ne sera plus permis à personne d'acheter ou de recevoir en gage, sous aucun prétexte, des indigènes libres, à l'exception de ceux que l'intendant des revenus de Syrie et Phénicie livre à la procédure de réalisation des gages...». On voit là que l'autre source officielle de l'esclavage, la vente pour dettes, était désormais sévèrement contrôlée¹² et un papyrus de Zénon (1,59093) se fait l'écho des difficultés du trafic d'esclave à Joppé et Tyr, probablement pour mieux contrôler leur exportation vers le royaume séleucide¹³.

Ces diverses références au commerce et à l'existence des esclaves dans les cités phéniciennes peuvent être éventuellement complétées par la mention énigmatique d'une révolte des esclaves de Tyr rapportée par Justin (XVIII,3-4), historien latin du II^e ou III^e s. de n. è. et abrégiateur des *Historiae Philippicae* de Trogue-Pompée. Cette tradition a été récemment étudiée par J. Elayi¹⁴ qui propose de la situer entre 360 et 338¹⁵. Si cette interprétation était confirmée, elle permettrait de bien saisir l'importance numérique et sociale des esclaves dans le royaume de Tyr du IV^e s. av. n. è., laissant peut-être même entendre que les esclaves ne possédaient rien en propre et n'auraient même pas eu le droit de se marier, leurs enfants naissant esclaves¹⁶. «Cependant, un témoignage unique doit toujours être considéré avec prudence:

¹⁰ E. Lipiński, «Phoenicians in Anatolia and Assyria, 9th-6th Centuries B.C.», *OLP* 16 (1985), pp. 84-89.

¹¹ M.-T. Lenger, *Corpus des ordonnances des Ptolémées* (Académie Royale de Belgique, Mémoire de la Classe des Lettres 64/2), Bruxelles 1980, n° 22.

¹² X. Durand, *Des Grecs en Palestine au III^e siècle avant Jésus-Christ*, Paris 1997, p. 36.

¹³ X. Durand, *Des Grecs en Palestine*, cit., pp. 227-233, n° 45.

¹⁴ J. Elayi, «La révolte des esclaves de Tyr relatée par Justin», *Baghdader Mitteilungen* 12 (1981), pp. 139-150; J. Elayi, *Recherches sur les cités phéniciennes*, cit., pp. 62-67).

¹⁵ J. Elayi, *Recherches sur les cités phéniciennes*, cit., pp. 64.

¹⁶ J. Elayi, *Recherches sur les cités phéniciennes*, cit., p. 65.

on attendra, pour admettre sans réserves son authenticité, la découverte de nouveaux documents concernant cet événement»¹⁷.

La tradition littéraire classique semble comporter plus d'allusions au rôle et à l'importance des esclaves dans la civilisation carthaginoise¹⁸. Leur nombre semble avoir été élevé (Appien, *Guerre de Libye* 59, 260)¹⁹. Ainsi, en 396, les quelque 200000 rebelles africains comportaient-ils parmi eux de nombreux esclaves (Diodore, XIV 77,3) tandis que, dans sa tentative de prise du pouvoir vers le milieu du IV^e s., Hannon s'appuya sur quelque 20000 esclaves (Justin XXI,4,6; Orose, *Histoire contre les païens*, IV,6,18)²⁰. Vers la fin du III^e s., ce sont quelque 5000 esclaves qu'Hasdrubal achète pour être employés comme rameurs (Appien, *Histoire romaine*, 9,35). Il s'agit là de chiffres très importants qui semblent concorder avec l'indication d'un nombre d'une centaine d'esclaves proposés personnellement au dernier général carthaginois, Hasdrubal, en 147 (Polybe, *Histoires*, XXX-VIII,8,4).

Toutes ces références semblent clairement indiquer le rôle capital des esclaves dans les armées carthagoises. Le lien des esclaves et de la guerre était d'ailleurs assez complexe. D'une part, selon toute vraisemblance, nombre de ses esclaves (ou de leurs ancêtres) étaient des prisonniers de guerre (Diodore, XX,13,2; 69,5), résultant des divers combats soutenus par Carthage en Afrique ou dans les îles de la Méditerranée: certains provenaient de Sicile, de Sardaigne ou des îles Baléares²¹, d'autres d'Afrique du Nord, d'autres encore étaient des esclaves noirs probablement vendus par les Gara-

mantes du Sahara²². D'autre part, l'engagement comme soldat au service de Carthage pouvait éventuellement favoriser l'affranchissement: ainsi, au début de la troisième guerre punique (149), le Sénat déclara-t-il libres tous les esclaves (Appien, 93) pour qu'ils combattent en faveur de Carthage menacée. Il s'agit là d'une mesure exceptionnelle que l'on peut éventuellement rapprocher de celle mentionnée en *Jérémie* 24,8.

Cependant ces esclaves pouvaient aussi bien appartenir à l'État qu'à des notables (cf. *supra*). Ils pouvaient aussi bien être employés dans l'entretien des maisonnées ou dans des manufactures (Diodore, XX,13,2²³) que sur de (grands) domaines agricoles (Polybe, XV,18,1; Diodore XX,13,2; 69,2,5)²⁴. Ils jouissaient apparemment de certains droits, comme celui de se marier (Plaute, *Casina* 67-77) et, apparemment, d'effectuer des vœux religieux, si l'on en juge par un petit nombre d'inscriptions votives avec *'bd(t)*, «serviteur / servante / esclave» (CIS I, 236.3; 318,1-2; 319.1; 320.3-4; 2751.3; 3020.3?; 3185.4; 3702.4; 3785.3-4...). Sauf quelques exceptions (CIS I,3185.4; 4846; 4848; 4850; 4851; 4853; 4856; 5585; 6002), les noms de ces esclaves ne sont pas suivis de leur patronyme mais de l'indication du nom du maître dont ils sont les serviteurs / esclaves. Parfois ces stèles indiquent le métier exercé par cet esclave. Ainsi en est-il d'une inscription du musée Pincé d'Angers où on peut lire: «[Appartenant à] GRY, le foulon (*kbs*), esclave / serviteur (*'bd*) de Hanno, fils de 'Abdeshmoun»²⁵.

D'autres inscriptions votives révèlent une certaine similitude de relation de propriété entre deux hommes: X § Y, «X de Y». Cepen-

¹⁷ J. Elayi, "La révolte des esclaves", *cit.*, p. 149.

¹⁸ E. Matilla, "Surgimiento y desarrollo de la esclavitud cartaginesa y su continuación en época romana", *Hispania Antigua* 7 (1977), pp. 99-123; W. Huss, *Geschichte der Karthager*. München 1985, pp. 497-501.

¹⁹ S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* II, *L'état carthaginois*. Paris 1918, p. 226.

²⁰ S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* II, *cit.*, p. 247.

²¹ S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* IV, *La civilisation carthaginoise*. Paris 1929, pp. 134-136.

²² S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* I, *Les conditions du développement historique, les temps primitifs, la colonisation phénicienne et l'empire de Carthage*. Paris 1920, pp. 302; *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* IV, *cit.*, pp. 140, 173-174; cf. Hérodote, IV,183.

²³ I. Schiffmann, "Zur Interpretation der Inschriften IFPCO Sard. 36 und 39 aus Sardinien", *RSF* 4 (1976), pp. 49-52.

²⁴ S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* II, *cit.*, pp. 299-300.

²⁵ M. Szymer, "Une inscription punique de Carthage retrouvée au musée d'Angers", *Semitica* 26 (1976), pp. 81-91.

dant cette relation n'est pas précisée: il pourrait s'agir d'un esclave (*cf.*, en latin, *servus*) appartenant à son maître ou, peut-être plus probablement, d'une sorte d'affranchi gardant un certain lien avec son ancien maître²⁶, comme pourrait le laisser entendre le syntagme *hšdn šm'rk'*, probablement à traduire «l'affranchi de Marcus»²⁷.

En effet, comme à Rome, ce grand nombre d'esclaves a pu s'accompagner d'une possibilité, assez exceptionnelle, de sortir de cet état par la grâce de son propriétaire. C'est le problème de l'affranchissement et de la position sociale de l'«affranchi». À la suite des articles de J.-G. Février²⁸, la plupart des commentateurs²⁹ pensent que *ʾš šdn* signifie «selon toute vraisemblance, «affranchi»... même si son explication étymologique n'est pas encore assurée»³⁰ et si plusieurs interprétations, toutes aussi incertaines³¹, ont été proposées³².

Ce syntagme *ʾš šdn* (*CIS* I, 269-286, 289-293, 2998, 4901-4908, 5638, 5679...),

«homme de Sidon (?)» ou «homme du bronze(?)», est souvent suivi de *bd* + N.P. précédé éventuellement de *ʾdny/m*, «son maître» (*CIS* I, 269, 272, 276, 279?, 280, 289, 290, 292, 293...). Il s'agirait alors du nom du maître qui l'aurait affranchi, éventuellement par un testament, si c'est bien dans ce sens qu'il faut comprendre *bdlt ʾš htm lbtm*, peut-être «en vertu de la tablette qu'il a scellée pour sa maison»³³.

Bien plus, le syntagme *ʾš šdn...* est souvent suivi de l'expression partielle ou entière: *lmy' ms 'm qrtħdšt* dont l'explication étymologique reste difficile³⁴ mais qui correspond apparemment à l'expression latine «ex decreto». C'est dire que l'affranchissement de l'esclave par son maître pourrait avoir été officialisé par une sorte de décret, une décision de «l'assemblée du peuple» de Carthage³⁵, étant donné que par une telle décision l'affranchi faisait probablement désormais partie du peuple de Carthage, qu'il acquerrait une sorte de citoyenneté.

²⁶ M. Fantar, «Une inscription punique exposée au musée d'Utique», *Les Cahiers de Tunisie* 20 (1972), pp. 9-15.

²⁷ J.-G. Février, «*Vir Sidonius*», *Semitica* 4 (1951/2), p. 13.

²⁸ J.-G. Février, «*Vir Sidonius*», *cit.*, pp. 13-18; «Deux inscriptions néo-puniques. La néopunique 12 (Numida sexta)», *Karthago* 10 (1959/60), pp. 64-66; J.-G. Février, «Texte puniques et néopuniques relatifs aux testaments», *Semitica* 11 (1961), pp. 4-8.

²⁹ *KAI* II:81; M. Sznycer, «L'Assemblée du Peuple» dans les cités puniques d'après les témoignages épigraphiques», *Semitica* 25 (1975), pp. 56-59; W. Huss, *Geschichte der Karthager*, *cit.*, pp. 497-498.

³⁰ M. Sznycer, «L'Assemblée du Peuple», *cit.*, p. 56.

³¹ *DNWSI*, pp. 960-961.

³² A. Van den Branden, «*MQNY HTRŠ*, esclave héréditaire ou marchand de vin?», *BiOr* 23 (1966), pp. 142-145; I. Schiffmann, «Zur Interpretation der Inschriften IFPCO Sard. 36 und 39 aus Sardinien», *RSF* 4 (1976), p. 49-52; S. F. Bondi, «Elementi di storia fenicia», *cit.*, p. 56: «di diritto sidonio».

³³ J.-G. Février, «Textes puniques et néopuniques relatifs aux testaments», *cit.*, p. 6; S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*. Torino 1972, pp. 638-639.

³⁴ M. Sznycer, «L'Assemblée du Peuple», *cit.*, pp. 57-59; M. Heltzer, «The Meaning of the Punic Expression from Carthago *lmy' ms 'm qrtħdšt* and the Root *'-m-s'*», *OA* 24 (1985), pp. 77-84.

³⁵ M. Sznycer, «L'Assemblée du Peuple», *cit.*, pp. 47-68.

X. EL HOMBRE Y EL OTRO

18. L'ÉMIGRANT

M. F. BASLEZ

La Diaspora phénicienne dans le monde grec est un phénomène comparable à celle des Juifs par son ampleur démographique, économique et culturelle. Elle est malheureusement beaucoup moins documentée, au moins directement, car les Phéniciens de la Diaspora n'ont produit aucune littérature analogue aux romans, aux histoires et aux sagesses du judaïsme hellénistique¹. Pourtant, il serait regrettable de ne considérer l'émigrant phénicien qu'à travers l'image conventionnelle et à peu près immuable qu'en ont véhiculée les Grecs depuis Homère jusqu'aux romanciers de l'époque impériale². En matière de documentation directe, susceptible de renseigner sur la situation et la mentalité de l'émigrant, on ne dispose que des inscriptions, ce qui fait du monde grec le cadre privilégié pour étudier la diaspora phénicienne, à partir du IV^e siècle avant notre ère. C'est, en effet, au contact des Grecs que les Phéniciens ont le plus écrit et se sont le plus longuement exprimés, d'abord en phénicien exclusivement, puis dans des textes bilingues et, enfin, dans un grec dont les maladresses révèlent bien souvent une pensée phénicienne. L'épigraphie fournit le moyen d'apprécier la place des Phéniciens dans le monde grec, à travers leur degré d'acculturation et d'intégration, ainsi que leur attachement à leur patrie d'origine que manifeste, en particulier, l'usage continu du phénicien, écrit ou parlé.

Les documents à caractère autobiographique sont rares, et même très rares. On ne peut guère espérer en trouver que dans la littérature funéraire, d'autant que les Phéniciens accordaient beaucoup d'importance à leurs funérailles et au fait qu'elles soient célébrées par des compatriotes, selon les rituels ancestraux³; ils ont acquis, pour les leurs, des enclos funéraires et érigé des monuments importants⁴. Néanmoins, les épitaphes sont brèves et quand l'expression y est plus développée, c'est toujours en grec, sous la forme d'une épigramme, c'est-à-dire dans le moule des conventions grecques⁵. Il est vrai que le genre de l'épigramme a été bien représenté en Phénicie par Antipater de Sidon et Antipater de Tyr, même si on ne peut établir qu'ils ont composé pour leurs compatriotes⁶.

L'épigramme pour Antipatros d'Ascalon, *Shamay* de son nom phénicien, mort et enterré au Pirée au IV^e siècle, est quand même atypique en milieu grec. C'est un petit récit qui raconte un fait divers, illustré, d'autre part, par un relief que l'on peut lire comme la succession de trois scènes⁷ [Fig. 3]. Le défunt a été blessé par un lion lors d'un voyage (scène de gauche); tronqué, il est représenté nu, à la proue de son navire (scène de droite); il figure au centre, allongé sur un lit funéraire. L'imagerie est grecque, incontestablement, mais la réalisation en est maladroit. L'épigramme, où le défunt s'exprime à la première personne, évoque, outre le fait divers, les solidarités amicales qui se sont manifestées. Elle insiste sur l'attente de *hiéronautes*⁸, venus de Sidon, pour que les funé-

¹ Sur l'utilisation de ces sources, E. Gruen, *Diaspora. Jews amidst the Greeks*, Harvard 2002, deuxième partie.

² Sur la confrontation de cette image avec la réalité, F. Briquel-Chatonnet, "L'image des Phéniciens dans le roman grec" in *Le monde du roman grec*, Paris 1992, pp. 189-198.

³ Voir en particulier l'inscription du IV^e siècle IG II², 8388. Voir ci-dessous.

⁴ M. Th. Couilloud-Le Dinahet, "Une famille de notables tyriens à Délos", *BCH* 121 (1997), pp. 617-666.

⁵ Sur ce genre littéraire, M. F. Baslez, *Les sources littéraires de l'histoire grecque*, Paris 2003, pp. 174-177 et A. Le Bris, *La mort et les conceptions de l'au-delà en Grèce ancienne à travers les épigrammes funéraires*, Paris 2001, en particulier pp. 163-164.

⁶ Introduction de P. Waltz, *Anthologie Palatine*, Paris 1928, pp. XV-XVI.

⁷ Étudiée par C. Bonnet, "Antipatros l'Ascalonite dévoré par un lion, CIS I, 115", in *Hommage à Maurice Sznycer (Semitica 38)*, Paris 1990, pp. 37-47.

⁸ Voir ci-dessous.

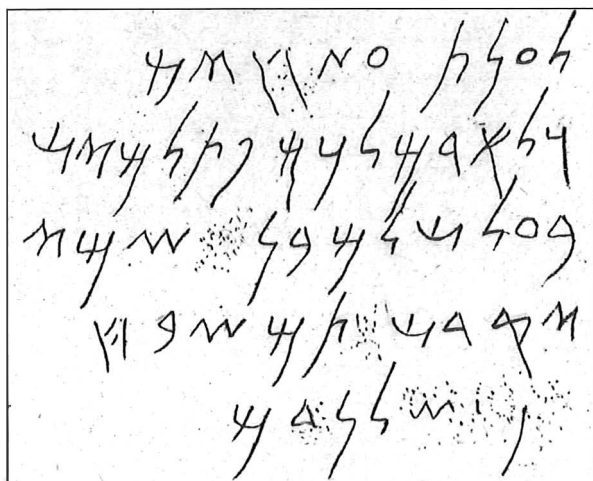


Figure 1
CIS 1, 95 (KAI 42).

raillais puissent être célébrées selon les règles. Le dernier vers exprime discrètement la nostalgie de celui qui est mort en terre étrangère: «J'ai quitté la Phénicie; c'est dans cette terre-ci que mon corps est enseveli».

Pour l'époque hellénistique, la nécropole de Rhénée, où étaient inhumés les habitants de Délos, a livré quatre épigrammes funéraires de Phéniciens⁹. Celle d'Aliné, une Phénicienne arrivée d'Ascalon et morte enceinte à Délos, insiste davantage sur le malheur de la condition d'émigré¹⁰. La femme est évoquée dans un dénuement et une précarité extrêmes: elle était arrivée d'Ascalon, sans qu'on sache quelle était sa patrie; c'était une solitaire, une errante, une femme du peuple (*démotis*), le type de l'«abandonnée»; comme dans l'épigramme précédente, on insiste sur la gratitude que mérite celui qui a procédé à l'ensevelissement «avec les honneurs voulus». Cette image de désolation est évidemment contradictoire avec l'impression

d'aisance que révèlent la commande d'une épigramme et l'érection d'une stèle sculptée représentant la femme de façon très classique, dans toute sa dignité. Mais peut-être était-elle d'origine servile... Il s'agit, en tout cas, d'un texte très stéréotypé, où domine cependant le thème de l'apatride et celui de la solitude ainsi que le désir qu'éprouvait tout émigré phénicien de se faire ensevelir selon les rites.

Deux autres épigrammes nous introduisent dans un milieu plus cosmopolite, où des alliances matrimoniales ont été conclues entre familles phéniciennes, antiochéennes et athéniennes. Dans la première, la Sidonienne, épouse d'un Athénien, s'exprime à la première personne¹¹. Le texte exalte la défunte dans son rôle classique, en Grèce, de gardienne de la maisonnée; il mêle des idées grecques de la mort (l'*Hadès*, le thème de l'*alupos*, «celui qui n'a causé aucun chagrin») à un appel «aux vivants», qui paraît bien faire écho à ce que l'on pouvait lire dans les épitaphes en phénicien du IV^e siècle¹² [Fig. 1, 4]. Cette formule se retrouve dans deux autres épigrammes¹³, où l'ethnique de la défunte n'est pas précisé, mais où l'une porte un nom araméen, Martha, selon une mode assez répandue en milieu phénicien aux II^e et I^{er} siècles¹⁴. Une formule de bénédiction, inhabituelle pour les Grecs, conclut la seconde¹⁵; celle-ci évoque encore un fait divers, un incendie cette fois, où ont péri Théodoros de Beyrouth, son épouse, une Antiochéenne, ainsi qu'une trentaine d'esclaves, sans compter les femmes.

Ce dossier donne l'impression que les conceptions et les rites ancestraux avaient gardé leur importance pour les Phéniciens

⁹ D'autres sont conservées dans l'*Anthologie Palatine* VII, où il s'agit, cette fois, de véritables œuvres littéraires qui exploitent le thème conventionnel du Phénicien coureur des mers, si bien qu'on ne peut pas les traiter comme des documents.

¹⁰ *Monuments funéraires de Rhénée, Exploration Archéologique de Délos* xxx (1974), n° 468.

¹¹ *Ibidem*, n° 476.

¹² KAI 42 (Lapethos) et 53 (Le Pirée). L'idée sous-jacente s'exprime aussi dans l'anthroponyme Zoilos, «Le Vivant», (*Etymologicum Magnum* 602.13), nom qui n'est guère porté en Grèce sinon par des Sémites (M. F. Baslez, *cit.* (1977), p. 385), et qui doit traduire approximativement des composés de *yhw* (F. Briquel-Chatonnet, «Quelques remarques sur l'onomastique des Phéniciens d'après les inscriptions grecques», in *ACFP* III, p. 206).

¹³ *Monuments funéraires de Rhénée, cit.*, n. 467 et 469.

¹⁴ J. P. Rey Coquais, *Arados et sa Pérée aux époques hellénistique et romaine* (BAH 97), Paris 1974, p. 233.

¹⁵ *Monuments funéraires de Rhénée, cit.*, n. 477, à rapprocher peut-être du n° 418, sépulture collective d'esclaves, qui paraît se rapporter à la même catastrophe..

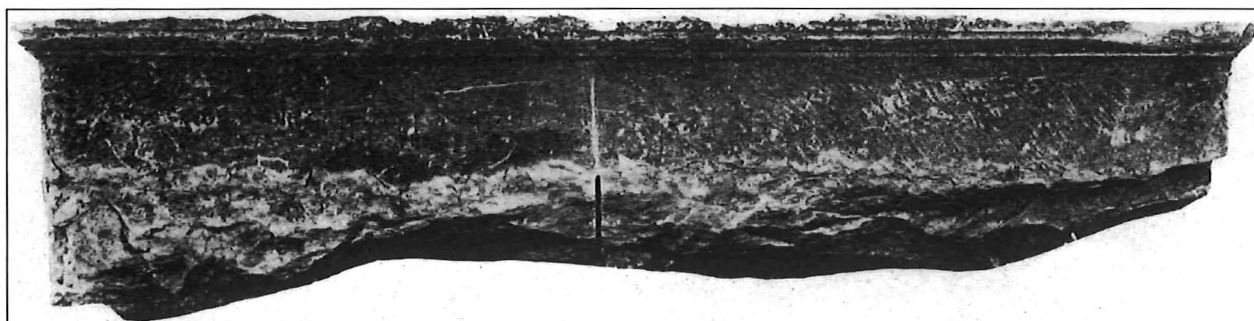


Figure 2
CIS I, 114.

de l'émigration, jusqu'à une époque tardive et indépendamment de leur niveau d'acculturation. Cependant, les commanditaires ont porté davantage d'intérêt aux circonstances exceptionnelles du décès, plutôt qu'à la situation d'étranger. Il est donc nécessaire de passer de l'analyse des témoignages individuels à la mise en série des inscriptions, afin d'éclairer indirectement et dans la diachronie les conditions de vie et la mentalité de l'émigré phénicien. Deux phases apparaissent alors clairement.

Dans une première phase de leur histoire, les Phéniciens de la Diaspora se sont considéré comme des émigrés, de passage en terre étrangère, et ils ne s'identifiaient que par rapport à leur cité d'origine. Ils n'adhéraient pas, en effet, au statut d'étranger domicilié, «métèque» en grec, qui était déjà précisément défini depuis le Ve siècle à Athènes et dans d'autres cités grecques. Deux inscriptions du Pirée, du IV^e siècle, l'établissent sans équivoque. La première est l'épithaphe bilingue d'une certaine Éréne de Byzance, qui avait donc, sans doute, épousé un Phénicien, domicilié comme elle au

Pirée¹⁶ [Fig. 5]; la version phénicienne glose l'ethnique dans une périphrase, pour préciser que c'était à Byzance qu'elle était citoyenne. La formulation est la même dans l'amendement voté par Athènes, avant 360, dans l'intérêt des Sidoniens du Pirée, à la suite du décret qui instituait des relations diplomatiques avec le roi Straton Ier, à l'initiative de celui-ci¹⁷. Ces émigrés ont demandé à être exemptés des charges pesant statutairement sur les métèques – la taxe de séjour, la chorégie et l'*eisphora* en temps de guerre – parce qu'ils se considéraient toujours comme «résidant à Sidon», où ils exerçaient leurs droits de citoyens (*politeuomenoi*), «de passage à Athènes» (*épidémountes*), seulement, pour le trafic maritime (*kat'emporian*). Ils renversent les termes selon lesquels Athènes considérait ordinairement les étrangers domiciliés, en les inscrivant comme «résidant dans un dème»¹⁸.

C'était l'époque où les Phéniciens du Pirée s'exprimaient publiquement en phénicien, même quand ils érigeaient un monument dans l'espace civique, soit exclusivement ou presque¹⁹, soit dans des inscriptions bilingues²⁰. Cette situation s'est prolongée à

¹⁶ KAI 56 (IG II², 8440).

¹⁷ IG II², 141, l. 29-36. Les relations qui s'instituent entre les deux États sont tout à fait embryonnaires. Le roi de Sidon n'a pas envoyé une ambassade officielle, comme va le faire Athènes, mais a recouru à un intermédiaire (l. 4-5: «celui qui est venu de la part du roi de Sidon»), auquel la cité assure une certaine protection (l. 6-9) et qui est invité au Prytanée (l. 25-28). Sidon apparaît encore si lointaine qu'on prévoit l'échange de *symbola* entre le Conseil et le roi de Sidon, pour authentifier les relations qui pourront s'instaurer par la suite (l. 19-25). Ces dispositions sont tout à fait anormales dans un décret athénien.

¹⁸ Peut-être quelques Phéniciens s'étaient ainsi inscrits, puisque les noms de Dorotheos et de Diodotos, «domiciliés» au Pirée à la fin du IV^e siècle (IG II², 1569, B, 50 et 1570, 77), peuvent traduire des anthroponymes phéniciens (voir ci-dessous).

¹⁹ KAI 58 et 60.

²⁰ Une partie des textes a été rassemblée ou listée dans H. Donner et W. Röllig, *Kanaanäische und Aramäische Inschriften (KAI)*, Wiesbaden 1964, n° 30 à 45 et 53 à 60, par J. Teixidor, «L'assemblée législative en Phénicie d'après les inscriptions», *Syria* 57 (1980) p. 460, par C. Bonnet, in *CPPMR*, pp. 654-655 (liste à peu près complète).



Figure 3
CIS I, 115 (KAI 54)

Athènes jusqu'en 320, au moins, puisque nous avons daté de cette année-là un décret associatif des Sidoniens du Pirée²¹. Le bilinguisme est encore attesté à Cos dans le dernier tiers du IV^e siècle, toujours pour des Sidoniens²², et plus tard, encore, à Démétrias de Thessalie et à Rhodes, durant tout le III^e et le début du II^e siècle²³. Ces inscriptions attestent la volonté de ces émigrés d'affirmer leur identité phénicienne à travers des pratiques tout à fait spécifiques de leur milieu d'origine: l'éponymie du roi de Sidon à Cos et à Délos²⁴ [Fig. 2], la papyponymie et même la fierté des charges exercées dans la métropole²⁵.

On constate, d'ailleurs, que des personnalités de tout premier plan ont participé ou ont été associées à ce mouvement d'émigration. À Athènes, c'est un suffète, dont le père avait été chancelier de sa cité²⁶. À Cos, c'est le fils du dernier roi de Sidon mis en place par Alexandre – Diotimos selon la conjecture de Maurice Szyner – qui ne put succéder à son père puisqu'il ne porte pas le titre royal et qui émigra dans le monde grec où ses intérêts le rendirent solidaire des gens de mer. Le type de l'aristocrate aventurier, si conforme à l'image homérique du Phénicien, semble bien avoir perduré jusqu'au début du III^e siècle, car on peut considérer que le roi Philoclès de Sidon en est le dernier avatar. Quelle qu'ait été son origine, puisqu'il n'appartenait pas à la dynastie régnante, il s'engagea comme condottiere au service des Ptolémées et commanda la flotte lagide en Égée entre 286 et 275²⁷. Il intervint aussi dans la vie économique et les transactions financières des insulaires²⁸. Sans doute a-t-il entraîné dans son sillage les émigrants sidoniens que l'on voit ensuite apparaître dans

²¹ Sur la datation, M. F. Baslez – F. Briquel-Chatonnet, "Un exemple d'intégration phénicienne au monde grec: les Sidoniens au Pirée à la fin du IV^e siècle", in *ACFP* III, Rome 1991, pp. 229-240.

²² Inscription publiée et commentée par Ch. Kantzia – M. Szyner, *Archaiologikon Deltion* 35 (1980) [Athènes 1986], pp. 1-30. La référence chronologique est donnée par le nom du dernier roi de Sidon, Straton II, mis en place par Alexandre en 332.

²³ O. Masson, "Recherches sur les Phéniciens dans le monde hellénistique", *BCH* 93 (1969), pp. 694-699, n°4, 5, 6. P. M. Fraser, "Greek Phoenician Bilingual Inscriptions from Rhodes", *ABSA* 65 (1970), pp. 31-36.

²⁴ *Inscriptions de Délos* 50 (voir J. Elayi, "L'inscription bilingue de Délos CIS I, 114", *Bagh. Mitteilungen* 19 (1988), pp. 549-555).

²⁵ KAI 58, Démétrias n°4.

²⁶ KAI 58.

²⁷ Voir maintenant H. Hauben, "Philocles, King of the Sidonians and General of the Ptolemies" in *Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millenium B.C. (Studia Phoenicia V)*, Louvain 1987, pp. 413-427.

²⁸ *IG* XI 4, 559 (F. Dürrbach, *Choix d'Inscriptions de Délos*, Paris 1921, n° 18).

les îles: non seulement à Délos, mais à Samos vers 275²⁹, à Kéos au IIIe siècle³⁰, et en Béotie où il était aussi passé³¹. À la même époque, apparaît dans la correspondance de Zénon, relative à son voyage en Palestine, un Théodotos qui lui vendit du miel attique et de l'essence de rose, qui est dit «archonte venu» ou «originaire» de Sidon (ἐκ Σιδωνος) et dont on ne peut déterminer s'il s'agit d'un magistrat de la métropole, qui fait aussi du trafic³², ou du responsable d'une communauté d'immigrés.

La période du bilinguisme (IVe-IIIe siècles) révèle des processus d'acculturation et d'intégration élémentaires. Le cas le plus simple est fourni par des épitaphes sommaires, où l'on s'est contenté de translittérer le nom du défunt d'une langue à l'autre, en l'accompagnant de l'ethnique: dans presque tous les cas du phénicien au grec et dans un seul cas, tout à fait exceptionnel, du grec au phénicien, pour Érenè de Byzance, déjà citée. Les noms ont été écrits comme ils étaient prononcés, sans aucune trace d'hellénisation, mais ils sont quand même vocalisés, ce qui est intéressant³³. D'autre part, l'ethnique est toujours régulièrement décliné, ce qui suggère que le graveur était grec; d'ailleurs, quand on veut faire connaître la filiation, le graveur sait rétablir à un nom phénicien la finale du génitif³⁴. Dans cette catégorie d'inscriptions, on peut penser que le nom phénicien a été écrit par un Grec, tel qu'il l'entendait prononcer³⁵. L'emploi de graveurs grecs pour des inscriptions modestes est confirmé plus tard par la paléographie d'une plaque bilingue de l'Asclépieion de Délos, datée du milieu du IIe siècle, où le



Figura 4
CIS I, 116 (KAI 53).

²⁹ Proxénie de Métrodoros de Sidon (SEG XXXVII, 722), considéré comme un marchand de blé par L. Robert, "Une épigramme d'Antomédon", REG 94 (1981), pp. 341-342. Philoclès y rendit un arbitrage (SEG I, 363).

³⁰ IG XII 5, 596A.

³¹ IG VII 2419, à rapprocher du décret de proxénie d'Oropos pour deux marchands de blé de Tyr et de Sidon (IG VII, 4262).

³² Interprétation de X. Durand, *Des Grecs en Palestine au IIIe siècle avant Jésus-Christ. le dossier syrien des archives de Zénon de Caunos*, Paris 1997, n°40.

³³ À Athènes, Ἀσείπτε (KAI 59; IG II², 10 271); à Rhodes, Βααλμυλίκ (P. M. Fraser, *cit.* (1970) n° 2 (restitution)); à Démétrias, Μεττουμικμ Ἀβδελήβ (O. Masson, *cit.* (1969), n° 3). Cette pratique élémentaire s'est prolongée même dans les communautés très hellénisées, comme l'atteste une épitaphe de Délos du IIe siècle, au nom de Πελοειτ de Beyrouth (*Monuments funéraires de Rhénée, cit.*, 1974, n° 392).

³⁴ Voir en particulier à Athènes Ἀσείπτε Ἑουμσεληνου (KAI 59; IG II², 10 271) et dans l'inscription de Cos Ἀβδαλωνμου.

³⁵ Sur les phénomènes phonétiques liés aux transcriptions, M. G. Amadasi – C. Bonnet, "Anthroponymes phéniciens et anthroponymes grecs: remarques sur leurs correspondances", SEL 8 (1991), pp. 1-9.



Figura 5
CISI, 120 (KAI 56).

tracé malhabile des caractères phéniciens s'oppose à la précision du dessin des lettres grecques et où nous avons pu établir que le texte phénicien avait été écrit de gauche à droite³⁶. Plus fréquemment, on constate une hellénisation superficielle, par l'introduction d'une désinence grecque: Domsalos et Domanos pour *d^cmslh* et *d^cmhn*³⁷ [Fig. 3], Abdaïos ou Abdès pour *Abd^a*³⁸, auxquels il faut ajouter, d'après les inscriptions grecques, Gérostratos pour *Ger ashtart*, très fréquent³⁹, ou Narilos pour *Na^car-il*⁴⁰.

Mais dans la plupart des cas, qu'il s'agisse d'épithètes ou de dédicaces, les noms de personnes ou de divinités font l'objet d'une traduction, qui utilise souvent les équivalences entre divinités grecques et phéniciennes, établies par les historiens et les mythographes, compte tenu du caractère théophore de la plupart des anthroponymes phéniciens. Le nom d'Ashtart est interprété en Aphrodite à Cos et au Pirée⁴¹. Dans les inscriptions funéraires, *Abd Tanit* devient Artémidoros, *Abd Shamash* Héliodoros, *Abd Ashtart* Aphrodisios, *Ben Hodesh* Nouménios, *Abd Melqart* Héracleidès et Asclépiadès rend un nom composé sur *Eshmun*⁴². Cette utilisation de l'«interprétation grecque» des divinités phéniciennes est évidemment très significative d'un début d'évolution syncretique des cultes. Mais elle révèle aussi une pratique du grec parlé, car il faut bien en induire que ces émigrés se faisaient appeler par leur nom grec dans la vie publique et par leur nom sémitique dans la vie privée.

Durant cette période, les professions identifiées pour des Phéniciens du Pirée ou de Cos ont presque toutes un caractère itinérant. À l'exception d'un certain nombre de Phéniciens d'Athènes, qui étaient employés dès le IV^e siècle dans de petits métiers sédentaires (ouvriers, transporteurs ou boutiquiers) et qui devaient être d'origine servile⁴³, la très grande majorité est engagée dans le trafic international, comme *emporos* «naviguant sur le navire d'autrui» avec sa cargaison⁴⁴, ou comme convoyeur maritime, *naucière*⁴⁵. C'étaient des marins de Sidon, qui utilisaient le sanctuaire d'Astarté à Cos. Des *hieronautes* ou «convoyeurs sacrés», venus de Tyr ou de Sidon, sont connus à la fin

³⁶ M. F. Baslez – F. Briquel-Chatonnet, "L'inscription gréco-phénicienne de l'Asklépieion de Délos", in *Hommage à Maurice Sznycer* (Semitica 38), Paris 1990, pp. 32-33.

³⁷ KAI 54 (IG II², 8388).

³⁸ À Athènes IG II², 9031 (inscription des années 400, dont seules trois lettres subsistent du texte phénicien supérieur). Démétrios, n° 5.

³⁹ Voir ci-dessous.

⁴⁰ Nom porté par un Phénicien de Marathos, connu en Eubée (IG XII³ 818). Voir Briquel-Chatonnet, *cit.* (1995), p. 204.

⁴¹ *Archaiologikon Deltion* 1980. IG II² 337.

⁴² KAI 53 [Fig. 4], 54 [Fig. 3], 55 et 57. P. M. Fraser, *cit.* (1970), n°1. Masson, *cit.* (1969), n° 3.

⁴³ M. F. Baslez, "Le rôle et la place des Phéniciens dans la vie économique des ports de l'Égée", in *Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millenium B.C.*, Studia Phoenicia V, p. 267-270.

⁴⁴ Définition donnée par *La Souda* et qui remonte à *Odyssée* II, 319 et XXIV, 300.

⁴⁵ Ouvrage de référence de J. Velissaropoulos, *Les naucières grecs*, Paris Genève 1980, pp. 108-110.

du IV^e siècle à Athènes où ils procèdent aux funérailles traditionnelles d'un Ascalonite⁴⁶ [Fig. 5], et aussi à Délos, où ils dédient officiellement les statues de Tyr et de Sidon personnifiées dans le sanctuaire d'Apollon; on peut penser qu'ils étaient chargés d'apporter périodiquement des offrandes à quelque grand sanctuaire, d'autant que cet usage est attesté, pour cette période, entre Carthage et Tyr⁴⁷ [Fig. 2]. Les Phéniciens de Sidon et de Kition, pris en compte par les décrets athéniens de 360 et de 333, furent identifiés comme des *emporoi*⁴⁸. Les deux Tyriens, nommés proxènes d'Athènes vers 335, étaient des convoyeurs, puisqu'ils ont promis d'acheminer du blé d'Afrique à Athènes⁴⁹. Apollonidès de Sidon était lié aux *emporoi* et naoclères athéniens, qui firent un rapport en sa faveur pour lui faire obtenir la proxénie et le droit de propriété⁵⁰. Le *Périple du Pseudo Scylax*, qui est une compilation achevée au milieu du IV^e siècle, évoque, comme une silhouette familière en Méditerranée, ces Phéniciens sur leur *gaulos*, leur navire creux⁵¹. L'image professionnelle du Phénicien, qui se perpétue alors dans le monde grec, est celle qui est véhiculée depuis Homère. Cependant, des Phéniciens étaient déjà mieux installés dans les ports de l'Égée, où les sources grecques leur font jouer le rôle d'«intermédiaire» (*palinkapelos*) dans la chaîne du trafic international: Pythodoros le Phénicien servait de commissionnaire ou de courtier au

banquier athénien Pasion; Théodoros le Phénicien était aussi un courtier installé au Pirée⁵². Leur désignation dans le milieu athénien par le seul sobriquet ethnique de «Phénicien», sans mention de leur patronyme ni même de leur ethnique, révèle que les Phéniciens étaient encore peu nombreux au Pirée, qu'ils apparaissaient typés et qu'il n'y avait pas encore de communauté assez nombreuse, ni assez stable pour qu'on ait éprouvé le besoin d'en distinguer les membres. Cet usage se prolongea à Délos jusqu'à la fin du III^e siècle, où il est confirmé qu'il s'appliquait plutôt à des Phéniciens sédentaires⁵³.

À ce stade, les trafiquants phéniciens ont surtout cherché à assurer leur sécurité et à se donner un point de ralliement dans les grands ports, plutôt qu'à vraiment s'organiser. Construire un sanctuaire, qui leur soit propre, servait à cela. Dans le dernier tiers du IV^e siècle, on connaît un sanctuaire d'Asarté à Cos, qui était utilisé par les marins de Sidon⁵⁴, et un autre au Pirée, qui y fut construit en 333 par les *emporoi* de Kition, après qu'ils aient obtenu le droit de propriété⁵⁵; au Pirée, encore, les Sidoniens achevèrent leur propre sanctuaire, par l'édification du parvis, en 320⁵⁶. Le Phénicien Benhodesh consacra un autel au Pirée⁵⁷: ou bien ce monument s'inscrivait, lui aussi, dans un sanctuaire particulier, ou bien il avait été érigé dans un sanctuaire grec que fréquentaient des Phéniciens de passage. C'était encore la

⁴⁶ IG II², 8440 (KAI 56). Voir C. Bonnet, *cit.* (1990), pp. 37-47.

⁴⁷ *Inscriptions de Délos* 50 (CIS I, 114). J. Elayi, *cit.* (1988), pp. 549-555, a considéré qu'il s'agissait d'une corporation marchande, mais les parallèles sont plutôt en faveur de convoyeurs sacrés: voir M. F. Baslez, "Cultes et dévotions des Phéniciens en Grèce. Les divinités marines" in *Religio Phoenicia (Studia Phoenicia IV)*, Namur 1986, p. 305 et n. 40, ainsi que J. Velissaropoulos, *cit.* (1980), p. 108-109, suivies par C. Bonnet, *cit.* (1990), p. 45 et n.40.

⁴⁸ IG II², 141 et 337.

⁴⁹ IG II², 342, recomposé avec IG II², 418 par M. B. Walbank, "Athens, Carthage and Tyre", *ZPE* 59 (1985), pp. 107-111.

⁵⁰ IG II², 343.

⁵¹ Ps Scylax in *Geographici Graeci Minores* I, 14. Le *gaulos* est défini comme le cargo phénicien par l'*Odyssée* IX, 223, Hérodote III, 136 et Aristophane, *Oiseaux* 598. Voir aussi *La Souda* et le lexique d'Hésychius.

⁵² Isocrate, *Trapézitique* 4; Démosthène, *Contre Phormion* 6. Sur ces métiers, voir R. Bogaert, "Banquiers, courtiers et prêts maritimes à Athènes et à Alexandrie", *CdE* 40 (1965), p. 140 n.1 et Baslez, *cit.* (1987), pp. 271-273.

⁵³ En 192, le garant d'un Délien est nommé «Apollonios Phénicien» (*Ins. Délos* 400, l. 10-11). Mais il n'est pas assuré qu'*Hérakleïdou Phoinikos* (groupe nominal au génitif), connu en 275 (IG XI² 163, Ab, l. 45), soit un Phénicien plutôt que le fils d'un Phoinix. Mégès le Phénicien apparaît sur une stèle funéraire (*Les monuments funéraires de Rhénée, cit.*, n° 477).

⁵⁴ D'après la traduction de la version phénicienne de la bilingue de Cos effectuée par M. Szynger, *Archaiologikon Deltion* 35, 1980 (Athènes 1986), pp. 17-30. En dépit des incertitudes, il s'agit alors d'achever les aménagements par l'édification d'un accès monumental.

⁵⁵ IG II², 337.

⁵⁶ KAI 60 / IG II², 2946.

⁵⁷ KAI 58.

façon la plus simple de se retrouver et de se réunir. Elle est attestée aussi bien à Athènes à la fin du IV^e siècle, qu'à Délos, au milieu du II^e siècle encore⁵⁸.

Au IV^e siècle, en effet, la cité grecque laissait peu d'espace de liberté aux Phéniciens pour s'organiser. Il faut souligner que les premières mesures votées par l'assemblée d'Athènes en faveur d'émigrés sidoniens et kitien, l'ont été dans le cadre d'amendements, au terme de débats agités, comme le révèle, en particulier, le décret pour les Kitien. Dans les deux cas, les négociations avaient été menées au niveau des États, par les cités étrangères, et non par leurs ressortissants émigrés. Pour les Kitien, le Conseil d'Athènes ne s'est pas prononcé sur le fond (c'est-à-dire sur l'octroi du droit de propriété à des étrangers, pour qu'ils puissent édifier un sanctuaire), comme il le faisait d'ordinaire en rédigeant un *probouleuma* approprié; il s'est contenté d'inscrire la requête à l'ordre du jour de l'assemblée. À ce moment, les *emporoi* eux-mêmes se sont manifestés en utilisant la procédure des «supplications légales», qui donnaient accès à l'assemblée pour tout individu démun, exilé, étranger ou esclave⁵⁹. Il fallut encore l'intervention d'un homme politique de premier plan, Lycurgue, qui est l'auteur de l'amendement, pour emporter la décision.

Construire et aménager un sanctuaire qui leur soit propre permettait aux émigrés phéniciens de disposer d'un lieu de rencontre et de profiter d'un minimum de vie collective, quelle que soit la durée de leur séjour. Le décret des Sidoniens montre que ces sanctuaires étaient le siège d'un *marzeah*, géré par quelques permanents, c'est-à-dire d'une asso-

ciation tout à la fois religieuse et conviviale, selon un modèle répandu dans tout le monde sémitique⁶⁰; il y avait aussi une fête patronale annuelle⁶¹. La réunion que tinrent les Sidoniens en l'une de ces occasions, en 320, témoigne déjà d'une véritable vie associative, calquée sur celle des dèmes grecs, du moins si l'on admet que l'«assemblée des Sidoniens», qui vote des honneurs au bienfaiteur du sanctuaire, est celle des émigrés du Pirée et non celle de la métropole⁶².

Ce décret honorifique s'intègre parfaitement dans les pratiques de la cité et des dèmes, telles qu'elles sont attestées à l'époque, et c'est d'ailleurs ce qui permet de le dater: l'expression *l'tr ... 'trt* (l. 1 et 3) traduit exactement la formule grecque *στέφανον στεφανῶσαι*, la couronne d'or représentant un des «très grands honneurs» dans la cité grecque⁶³. Entrant dans le système de l'évergétisme qui se met alors en place, les Sidoniens doivent formuler la notion de «service» (*χρεία, χήριμος* en grec), qu'ils ont rendue par *msrt* (l. 4 et 8). Pour exprimer la relation de réciprocité, fondamentale entre la collectivité et ses bienfaiteurs, ils utilisent le verbe *slm*, comme équivalent d'*ἀποδιδῶναι*, mais à la notion grecque de «reconnaissance» (*χάριτες*), ils ont substitué celle d'«échange» ou de «substitut» (*hlpt*, l. 7). Sur le plan des concepts et des pratiques politiques⁶⁴, les Sidoniens ont intégralement traduit la formule de décision traditionnelle «Il a plu aux Sidoniens» (*tm bd sdnym* pour *ἔδοξε τοῖς Σιδωνίοις*). La construction du texte est assez classique, puisque le verbe de décision (*tm*) régit trois infinitifs, avec une alternance d'infinitifs et de verbes conjugués, qui est anormale en phénicien, mais ordinaire en grec. Cepen-

⁵⁸ Procès de *diadikasia* à propos d'un sanctuaire de Phalère, plaidé contre des Phéniciens par Dinarque (Denys d'Halicarnasse, *Dinarque* 10). *Ins. Délos* 1519, l.5: les Tyriens se réunissaient jusque-là dans le sanctuaire d'Apollon.

⁵⁹ Elle est étudiée par Ph. Gauthier, *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs* (BCH Suppl. XII), Paris 1985, pp. 187-189.

⁶⁰ Références dans le DCP, s. v. «Associations religieuses» et «Thiase». Sur ses origines et son caractère, T. J. Lewis, *Cults of the Dead in Ancient Israel and in Ugarit*, Atlanta 1989, pp. 80-94.

⁶¹ Elle sert à dater leur décret de 320, *KAI* 60.

⁶² Point de vue de J. Teixidor, «L'Assemblée législative en Phénicie d'après les inscriptions», *Syria* 57 (1980), pp. 453-464. Voir nos réserves in *ACFP* II, Rome 1991, pp. 229-240.

⁶³ Sur les honneurs et les formules de l'évergétisme, Ph. Gauthier, *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs* (BCH Suppl. XII), Paris 1985.

⁶⁴ M. F. Baslez – F. Briquel Chatonnet, «De l'oral à l'écrit: le bilinguisme des Phéniciens en Grèce», in *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, Namur 1991, pp. 371-374.

dant la partie des considérants manque: elle est remplacée par une proposition causale. Pour désigner l'instance qui prend la décision, les Sidoniens utilisent un pluriel collectif (*bn spt*, «les membres de l'assemblée») et non le terme institutionnel seul comme le font les Grecs⁶⁵. «Communauté», *κοινὸν* dans la version grecque⁶⁶, est traduit par *gw* (l. 2, 5 et 7), un mot ancien, bien attesté dans le contexte sémitique et en hébreu en particulier; il en va de même pour le mot *nʿs* (*nasi*), utilisé pour désigner le président, sans doute celui qu'on appelle l'*épimélète* dans les textes associatifs de l'époque. Cependant, les Sidoniens doivent emprunter à l'araméen pour traduire *pséphisma*: le terme retenu, *rt*, change alors de champ d'application, puisqu'il désignait dans la Bible une décision royale et non un vote⁶⁷. La formule de transcription et de publication est une traduction littérale du grec (*ʔyt rʿt z lktb* pour ἀναγραφῆσαι τόδε το ψήφισμα).

Ce texte qui révèle un effort important pour faire passer des idées grecques dans la langue phénicienne, établit clairement qu'à la fin du IV^e siècle, les Phéniciens d'Athènes avaient assimilé les procédures législatives grecques ainsi que le système des honneurs. Les membres sédentaires de cette communauté savaient donc lire et comprendre un décret honorifique de la cité ou d'un dème et ils ont été capables de traduire les formules grecques de décision, presque mot à mot. Certains devaient donc parler très couramment le grec, ce qui ne ressort pas aussi bien

des épitaphes gréco-phéniciennes du Pirée, et l'on peut penser que le bienfaiteur honoré était déjà un émigré «entre deux mondes». Ce *Shama'baal* de Sidon se faisait en effet appeler en grec Diopeithès⁶⁸, qui est un anthroponyme grec classique mais ne rappelle en rien le nom d'origine; il devait donc utiliser indifféremment l'un ou l'autre de ces deux noms, selon le milieu où il évoluait. Cette pratique est aussi attestée à Chypre et à Démétrias au III^e siècle⁶⁹ [Fig. 1].

La sédentarisation des Phéniciens et la constitution de véritables communautés d'immigrés dans le monde grec, avec le changement de mentalité que cela suppose, représentent un phénomène tardif. L'étude des structures corporatives qu'ils se sont données⁷⁰ en fournit un premier indice, car elles regroupèrent majoritairement à Délos des professions itinérantes. Antérieure à 178⁷¹, la première association des Beyrouthins (ou Laodicéens de Phénicie) était composée de naoclères et d'«entrepôts» (*ekdokeis*), qui, malgré le caractère sédentaire de cette profession⁷², s'identifiaient toujours par leur cité d'origine et non par le lieu de résidence. Un *synode*, qui fut sans doute constitué par des gens d'Arados⁷³, avait la même composition, ainsi que l'association complexe organisée par les émigrés tyriens vers 153, qui distinguaient, cependant, les sédentaires et les navigants⁷⁴. Le grand établissement des Beyrouthins, qui fut aménagé à peu près à la même date⁷⁵, associait, quant à lui, les «entrepôts

⁶⁵ Pourtant *spt* est attesté dans une inscription de Sidon, plus tardive: voir J. Teixidor, «Les fonctions de *mb* et de suffète en Phénicie», *Semitica* 29 (1979), pp. 9-17.

⁶⁶ *IG* II², 2946.

⁶⁷ Esdras 5, 17.

⁶⁸ *KAI* 60 / *IG* II², 2946).

⁶⁹ *KAI* 42 (Le roi de Lapethos *Bʿl Šlm* se faisait appeler en grec Praxidémios). Démétrias n° 5 (Démétrios à la place d' *Abdai*) et 6 (Sopatros fils de Diodoros à la place de *Smʿadn* fils de *bʿr*).

⁷⁰ Recensions de M. F. Baslez, «Les communautés d'Orientaux dans les cités grecques» in *L'étranger dans le monde grec* I, Nancy 1988, pp. 139-158 et par W. Ameling, «Κοινὸν τῶν Σιδωνίων», *ZPE* 80 (1990), pp. 189-199.

⁷¹ *IG* XI 4, 1114: dédicace en l'honneur du ministre séleucide Héliodoros, sans doute lors de son passage à Délos dans le cortège nuptial de Laodice, future femme de Persée, en 178 (*Ins. Délos* 468, l. 7-9).

⁷² Étudiée en Égypte par C. Préaux, *L'économie royale des Lagides*, Bruxelles 1931, p. 271 et F. Cumont, *L'Égypte des astrologues*, Bruxelles 1937, p. 110. Voir Baslez, *cit.* (1987), pp. 276-279.

⁷³ *Ins. Délos* 1543, monument en l'honneur d'un autre officier séleucide, très mutilée, où on lit en fin de ligne τῶν ἐν Δηλῶι AP... où il y a la place de restituer Ἀρ(αδίων).

⁷⁴ *Ins. Délos* 1519, datée de cette année-là (voir ci-dessous).

⁷⁵ L'achèvement date du même archontat de Phaidrias, sous lequel les Tyriens reçurent le droit de propriété (*Ins. Délos* 1520, l. 91-93, restituées par L. Robert, *BCH* 1, Paris (1973), p. 486-489).

sitaires» aux *emporoi* et aux naulères, tout comme les *stationarioi* tyriens de Pouzzoles bien plus tard, au II^e siècle de notre ère⁷⁶. Dans l'enclos funéraire d'une famille tyrienne installée à Délos sur trois générations, on trouve la stèle d'un naufragé, qui devait donc exercer une profession itinérante⁷⁷. La sédentarisation des Phéniciens résulte, en définitive, du développement de leurs affaires, où négoce et convoiage constituaient les deux aspects complémentaires de la même activité, qui finirent par se répartir entre les membres d'une même famille, les uns voyageant et les autres s'implantant dans un port où ils assuraient l'accueil des itinérants et la redistribution de leurs cargaisons. Rostovtzeff l'a démontré pour la famille d'Abdemoun de Sidon, qui était implantée vers 260 à Sidon, à Alexandrie et à Rhodes, en utilisant les papyrus de Zénon⁷⁸: une partie des cadeaux envoyés au dioecète d'Alexandrie provient des entrepôts de Rhodes, l'autre, sans doute, de ceux de Sidon. L'étude de la famille de Jason d'Arados, à Délos au début du III^e siècle, confirme ce schéma. Jason d'Arados, qui était installé dans l'île où il fit édifier un monument familial important, était un bailleur de fonds, qui prêta de l'argent à la cité et à des particuliers⁷⁹, fonction secondaire que remplissait souvent des marchands ou des entrepreneurs; son fils Straton était le propriétaire ou l'exploitant d'une flottille de gros bateaux, qui conclut un contrat de transport avec l'intendance du temple en 274⁸⁰. Au tournant des II^e et I^{er} siècles, les grandes familles phéniciennes de Délos se sont enrichies en diver-

sifiant leurs activités. Les uns, comme Diès de Tyr, ont investi dans la ferme des impôts⁸¹; Philostratos d'Ascalon est devenu banquier, tout en étendant son réseau jusqu'à Naples, qui constituait un relais vers Pouzzoles, alors qu'il résidait en famille à Délos⁸². Théodoros de Beyrouth, qui est mort dans un incendie en même temps que trente esclaves mâles, sans compter les femmes, était évidemment un entrepreneur important⁸³.

Plus précisément, c'est seulement l'étude des familles phéniciennes sur plusieurs générations qui permet d'analyser et d'apprécier le phénomène de sédentarisation. L'épigraphie de Délos fournit, de ce point de vue, une source exceptionnelle et unique sur la base de recoupements prosopographiques. Les monuments familiaux, les exèdres, donnent la composition d'une famille à un moment donné ainsi que les relations au sein du groupe familial. La papyonymie, qu'on peut prouver dans 35% des cas, fait suivre les familles sur trois et parfois quatre générations. Les tombes de Phéniciens, dans la nécropole de Rhénée, permettent d'identifier un groupe familial élargi au sein de deux enclos funéraires communicants: le premier, très imposant, regroupe vingt-deux tombes autour de la chapelle funéraire de la donatrice, Athénaïs de Tyr, et de son époux; le second est beaucoup plus modeste⁸⁴. Il y a plusieurs critères d'installation définitive à Délos: l'inhumation à Rhénée, au moins quand elle a un caractère familial, puisqu'il y avait aussi les tombes de gens de passage et même des cénotaphes pour des marins périés en mer⁸⁵; le

⁷⁶ OGI 595. L'établissement est désigné par le nom latin de *statio*, transcrit en grec. Voir Ch. Dubois, *Pouzzoles antique*, Paris 1907, pp. 83-98, dont beaucoup de commentaires ont gardé leur valeur.

⁷⁷ M. Th. Couilloud-Le Dinahet, "Une famille de notables tyriens à Délos", *BCH* 121 (1997), stèle n° 9, p. 646.

⁷⁸ M. Rostovtzeff, "Alexandrien und Rhodos", *Klio* 30 (1937), pp. 226-228 et *Histoire Économique et Sociale du Monde Hellénistique*, édition française, Paris 1989, pp. 155-157.

⁷⁹ Décret de proxénie IG XI 4, 776.

⁸⁰ Le nom de Straton, qui n'est pas autrement porté à Délos à cette date et qui peut traduire un nom théophore dérivé d'Ashtart (voir ci-dessus), conduit à identifier le convoyeur (IG XI 2, 199, A, l. 78) à l'Aradien de l'exèdre de Jason (IG XI 4, 1203).

⁸¹ Athénée V, 211e-213f. Voir P. Roussel, *Délos Colonie Athénienne*, Paris 1978, p. 58 et n.1.

⁸² G. Mancinetti-Santamaria, "Filostrato di Ascalona, Banchiere in Delo" in *Delo e l'Italia, Opuscula Instituti Romani Finlandiae* 2 (1982), pp. 79-89.

⁸³ *Les monuments funéraires de Rhénée, cit.*, n° 477.

⁸⁴ M. Th. Couilloud, *cit.* (1997), pp. 617-666. Cette sépulture est comparable à la nécropole familiale édifée par Apollophanès de Sidon à Marisa, vers 200, qui fut utilisée pendant un siècle (J. P. Peters – H. Thiersch, *Painted Tombs in the Necropolis of Marissa*, Londres 1905, p. 39).

⁸⁵ Ph. Bruneau, "Stèles funéraires de Rhénée à sujets maritimes", *BCH* 99 (1975), pp. 294-297.

financement d'activités locales par le biais de souscriptions ou d'actions évergétiques, qui sont mieux explicables s'il s'agit de résidents. La participation à l'éphébie délienne, qui s'est ouverte aux étrangers vers 140, est souvent invoquée comme une preuve déterminante de domiciliation. Les jeunes Phéniciens y apparaissent en masse, mais on ne peut cependant pas les rattacher, pour le plus grand nombre, à des familles connues dans l'île, si bien qu'on ne saurait exclure que certains soient venus faire un séjour d'études, indépendamment de leur famille. Au total, on peut reconstituer vingt-six familles, dont près de la moitié sont de Beyrouth, ce qui permet d'établir qu'à la fin du II^e siècle et au début du I^{er}, 70% des Phéniciens de Délos vivaient dans l'île en famille, avec leur femme et leur(s) enfant(s). Il s'agit de familles nombreuses, comptant de trois à cinq fils, plus nombreuses que les familles athéniennes. La famille phénicienne constituait donc un noyau solide dans l'émigration.

Pour la renforcer, les Phéniciens de Délos pratiquèrent d'abord une endogamie assez stricte, allant jusqu'à l'échange matrimonial entre deux familles de même origine: dans la famille de Jason d'Arados, au III^e siècle, à la première génération, Jason épousa une compatriote; à la deuxième génération, il y eut un double mariage entre la famille de Jason et une autre famille phénicienne, dont l'ethnique est inconnu, celle de Sillis; à la quatrième génération, il ne restait plus qu'une fille, unique héritière, ce qui représente une remarquable concentration de la richesse⁸⁶. À la fin du II^e siècle, la tradition endogamique subsistait sans être exclusive, comme en témoignent les sépultures rassemblées dans l'enclos funéraire aménagé par Athénaïs

de Tyr et utilisé entre 100 et 70: même si tous les rapports de parenté ne peuvent être précisés, on devine des alliances endogamiques, entre Tyriens, et exogamiques, avec des familles grecques d'Antioche et des Romains⁸⁷; on observe d'ailleurs le même mélange de populations et d'influence dans la nécropole sidonienne de Marisa. Les stratégies matrimoniales ont évolué, l'alliance de femmes phéniciennes avec des Romains représentant des cas repérables d'hypergamie⁸⁸; ces femmes gardaient la disposition et la gestion de leurs biens, comme en témoignent leurs monuments et leurs offrandes⁸⁹. L'entrée de femmes phéniciennes dans des familles athéniennes se déduit aussi de l'intrusion de noms spécifiquement phéniciens dans le milieu des Athéniens de Délos: ainsi Gérostratos, attesté trois fois, qui transcrit Gerashtart et n'est jamais traduit⁹⁰, ou Kasiodoros, qui fait référence au Baal du Mont Kasios, protecteur de Beyrouth; ces noms apparaissent dans trois familles athéniennes de Délos, inconnues par ailleurs, où ils se transmettent du grand-père au petit-fils⁹¹.

En effet, la répartition et la succession des noms au sein d'une même famille fournissent la meilleure preuve de l'attachement des Phéniciens de Délos à leurs origines, même si cela relève peut-être autant de la règle papponymique que d'une dévotion particulière et même si ces noms sont hellénisés, donc polysémiques. Les noms les plus fréquemment attribués au sein de cette communauté ethnique sont Dionysios (11 fois), Théodoros et Apollonios (5 ou 6 fois), Diès et Zénon (4 fois): ce sont tous des noms théophores, qui peuvent renvoyer à des divinités phéniciennes telles que Baal, El ou Reshep pour Apollonios⁹². Dans un tiers des

⁸⁶ IG XI 4, 1203.

⁸⁷ M. Th. Couilloud, *cit.* (1997), stèles n° 10 et 17. Voir aussi *Monuments funéraires de Rhénée*, *cit.*, n° 477.

⁸⁸ M. F. Baslez, "Mobilité et ouverture de la communauté «romaine» de Délos: amitiés, mariages mixtes, adoptions", in *Les Italiens dans le monde grec* (BCH Suppl. 41, 2002), pp. 62-63. Voir aussi *Monuments funéraires de Rhénée*, *cit.*, n° 476 et 477.

⁸⁹ Stèle d'Épicarpia de Sidon, *Monuments funéraires de Rhénée* n°476. Donation de Cléopâtre fille de Philostrate d'Arados au sanctuaire syrien (Ins. Délos 2272). Athénaïs de Tyr, qui aménagea l'enclos funéraire pour sa famille, est une émigrée de la deuxième génération (M. Th. Couilloud, *cit.* (1997), p. 638).

⁹⁰ J. P. Rey Coquais, "Inscriptions grecques inédites, découvertes par Roger Saidah", in *Archéologie du Levant. Recueil R. Saidah*, Lyon 1982, p. 398. Ins. Délos 1417, B, II, 110; 1816; 2607, l. 12.

⁹¹ Ins. Délos 1963.

⁹² M. F. Baslez, *Recherches sur les conditions de pénétration et de diffusion des religions orientales à Délos*, Paris 1977, pp. 71-74.

cas, ces noms passaient de génération en génération, puisque huit enfants portent le nom de leur père ou de leur mère, six le nom de leur aïeul, six encore un hypocoristique formé sur un nom de tradition familiale. Le nom était donc devenu, dans ce milieu de Phéniciens émigrés, un élément de l'héritage familial, qui participait à l'identification en rappelant l'appartenance ancestrale, quel que soit le degré de l'hellénisation. On peut parler de patrimoine culturel familial, d'autant que le Nom était une abstraction divinisée en Phénicie; cela doit expliquer l'intérêt porté par les Phéniciens aux noms grecs qui comportaient l'élément *-patros* (Antipatros, Sopatros, Sosipatros, Patron) et qui exprimaient un peu la même chose⁹³.

Autant que la famille, la structure religieuse et conviviale du *marzeah* a constitué un noyau de résistance et un conservatoire des traditions. Le *marzeah*, qu'on traduisait en grec par «thiasé», est attesté dans tous les lieux d'émigration: pour les Sidoniens du Pirée au IV^e siècle, pour les Tyriens et les Beyrouthins de Délos au milieu du II^e siècle⁹⁴, ainsi qu'à Cos, où un thiasé, qui était voué à Astarté et à Zeus Sôter (sans doute Baal Malagè, le dieu des traversées) rassemblait certainement des Phéniciens⁹⁵. Le néologisme d'«archithiasite», qui est utilisé dans les documents associatifs phéniciens de Délos⁹⁶, alors qu'il n'apparaît jamais dans des textes grecs, traduit évidemment le titre sémitique de *rab marzeah*⁹⁷: cela suffit à démontrer que c'est bien le *marzeah* traditionnel des

peuples sémitiques qui est ainsi désigné en grec, sous le nom de «thiasé».

Dans les communautés phéniciennes de l'émigration, qui s'autodésignaient comme telles⁹⁸, le *marzeah* constituait le noyau dur des permanents, c'est-à-dire un groupe restreint. Chez les Tyriens de Délos, le nom de «thiasite» est réservé à ceux qui participent tout à la fois aux banquets culturels et à la prise de décision⁹⁹; chez les Beyrouthins, la qualité de «thiasite» donne le droit de prononcer la malédiction et l'exclusion, en pratiquant une forme d'autorégulation collective¹⁰⁰. Sympathisants et hôtes de passage en paraissent exclus. De même dans l'établissement des Tyriens de Pouzzoles, les itinérants, *emporoi* et naoclères, ne participaient pas au financement des cérémonies et des fêtes¹⁰¹. Le *marzeah* apparaît donc comme une instance de direction; c'est aussi une personne morale¹⁰².

Survivance d'une institution communautaire, sociale et religieuse, qui était déjà attestée à Ugarit et qui se répandit très largement dans tout le monde sémitique jusqu'à la fin de l'époque impériale¹⁰³, le *marzeah* hellénistique pratiquait des célébrations sous la forme de banquets festifs. C'était une occasion de réunion religieuse et conviviale, qui pouvait s'étendre sur plusieurs jours¹⁰⁴ et c'est en ce sens, dans son acception temporelle, que le terme apparaît dans le décret des Sidoniens du Pirée. Elle n'exigeait pas forcément un lieu spécifique et l'on pouvait utiliser une demeure privée ou, en Grèce, un

⁹³ Voir C. Bonnet, *cit.* (1990), pp. 37-47.

⁹⁴ KAI 60. *Ins. Délos* 1519 et 1520.

⁹⁵ A. Maiuri, *Nuova Silloge epigrafica di Rodi e Cos*, Florence 1929, n° 496. Sur l'interprétation de ce dieu sauveur, E. Lipiński, *Dieux et déesses de l'univers phénicien et punique* (OLA 64), Louvain 1995, pp. 243-244. Rappelons que dès la fin du IV^e siècle, il y avait un sanctuaire d'Astarté à Cos, dédié «au salut des marins» (voir ci-dessus).

⁹⁶ M. F. Baslez, *cit.* (1977), pp. 228-233.

⁹⁷ Ce titre désigne à Palmyre le président de l'association culturelle: voir J. Teixidor, «Les fonctions de *rab* et de suffète en Phénicie», *Semitica* 29 (1979), pp. 15 et «Le thiasé de Belastôr et de Beelshamên d'après une inscription récemment découverte à Palmyre», *CRAI* (1981), p. 311 et n.9.

⁹⁸ Voir M. F. Baslez, *cit.* (1988), pp. 139-158 et W. Ameling, *cit.* (1990), pp. 189-199.

⁹⁹ *Ins. Délos* 1519, l. 11 et 26.

¹⁰⁰ *Ins. Délos* 1520, l. 85-86.

¹⁰¹ *OGI* 595, l. 17-18.

¹⁰² *Ins. Délos* 1519, l. 21.

¹⁰³ Sur ses origines et son caractère, T. J. Lewis, *cit.* (1989), pp. 80-94. Voir aussi M. O'Connor, «Northwest Semitic Designation for Elective Social Affinities», *JANES* 18 (1982), pp. 70-72 et P. Bordreuil – D. Pardee, «Le papyrus du *marzeah*», in *Hommage à Maurice Sznycer* (*Semitica* 38), Paris 1990, pp. 47-60.

¹⁰⁴ KAI 60 (quatre jours). *Ins. Délos* 1519, l. 26 (la réception du thiasé dure deux jours).

sanctuaire local, comme le firent des Phéniciens au Phalère, au IV^e siècle, et les Tyriens de Délos avant 153¹⁰⁵.

Le *marzeah* assurait la continuité des cultes ancestraux et un service cultuel régulier, garanti par des sacerdoces voyageurs¹⁰⁶. La notion de «rituels ancestraux» (*kata ta patria*) apparaît au IV^e siècle dans le décret d'une association du Pirée, vouée à Adonis et à Aphrodite (Astarté), qui devait, elle aussi, regrouper des Phéniciens¹⁰⁷. Bien plus tard, en 174 de notre ère, c'est le souci de «préserver l'usage courant (*synetheia*)», ainsi que le culte des dieux ancestraux, qui motive les Tyriens de la métropole pour financer la station de Pouzzoles¹⁰⁸. La conformité des rituels sacrificiels était garantie par des règlements, comme celui des Ascalonites à Délos¹⁰⁹, et par la charge particulière de «sacrificateur» chez les Beyrouthins, *thutès* devant traduire *sw*¹¹⁰; ce dernier préside le banquet sacrificiel, si bien qu'il doit faire fonction de chef de la liturgie. Les divinités, qui patronnaient les associations d'émigrés, étaient qualifiées de «dieux ancestraux», c'est - à- dire qu'il s'agissait des divinités poliades de la métropole¹¹¹, affublés de noms grecs. Enfin, si ces *marzeah* se définissaient comme des communautés - *gw* en phénicien, *koinon* en grec et *corpus* en latin¹¹² - ainsi qu'on l'a déjà relevé, c'est en fonction d'une théologie bien particulière au monde sémitique, qui conçoit le *marzeah* comme une fondation divine et la communauté comme le corps de la divinité¹¹³.

Enfin le *marzeah* contribue à maintenir l'identité familiale et nationale à travers la fonction funéraire qu'il assume dans l'émigration comme à ses origines¹¹⁴. Il peut fournir le cadre d'une héroïsation familiale, puisque le bienfaiteur des Tyriens de Délos le régalé pendant deux jours en souvenir de son fils¹¹⁵. Cette tendance à l'héroïsation familiale, que les Phéniciens de l'émigration partageaient avec les Grecs¹¹⁶, est confirmée par les aménagements de l'enclos funéraire d'Athénaïs de Tyr, qui présente tous les caractères d'un *hérôon* familial, avec des statues funéraires dans le jardin, autour de la chapelle funéraire; de plus, sur les stèles funéraires de Phéniciens, l'héroïsation du défunt est suggérée par des thèmes classiques de l'iconographie grecque: l'arbre au serpent, la vigne, la nudité partielle¹¹⁷. À Pouzzoles, en 174 de notre ère, les Beyrouthins avaient acquis la propriété d'un cimetière qui leur était propre, avec des tavernes pour les repas funèbres en l'honneur des morts¹¹⁸.

On comprend dès lors que malgré l'utilisation de la langue grecque et une hellénisation superficielle, dont témoigne en particulier la traduction des anthroponymes et des noms de divinités, les Phéniciens de l'émigration aient continué à se penser dans leur langue et suivant les concepts de leur culture d'origine. Même s'ils s'efforcent de donner une allure grecque au fonctionnement de leur communauté, pour satisfaire à la nécessaire transparence qu'exigeait la cité¹¹⁹, les

¹⁰⁵ Bordreuil - Pardee, *cit.* (1990), p. 57. Denys d'Halicarnasse, *Dinarchie* 10; *Ins. Délos* 1519, l. 2.

¹⁰⁶ *Ins. Délos* 1519, l. 57-58 (le fondateur du sanctuaire est prêtre à vie); 1780 et 1796 (chez les Beyrouthins, le sacerdote viager se déduit du fait que le même prêtre est en charge plusieurs années).

¹⁰⁷ *IG II²* 1261, l. 10 et 31-32.

¹⁰⁸ *OGI* 595, l. 39.

¹⁰⁹ *Ins. Délos* 1720 et 2305. Le règlement du culte du Baal d'Ascalon est édicté "au nom de la cité".

¹¹⁰ *Ins. Délos* 1520, l. 33. Un «sacrificateur» (*sw*) est attesté dans les cultes phéniciens de Chypre (J. C. Greenfield, "Larnax tès Larnethou III", in *Studia Phoenicia* V, Louvain 1987, pp. 395-396).

¹¹¹ M. F. Baslez, *cit.* (1977), pp. 67-71.

¹¹² *KAI* 60; *Ins. Délos* 1519 et 1520; Dessau 4291 (*Corpus Heliopolitanorum* pour les Beyrouthins de Pouzzoles (voir Dessau 300).

¹¹³ M. F. Baslez, "Entre traditions nationales et intégration: les associations sémitiques du monde grec" in S. Ribichini - M. Rocchi - P. Xella (eds.), *La questione delle influenze vicino-orientali sulla religione greca*, Rome 2001, pp. 242-243.

¹¹⁴ Voir T. J. Lewis, *cit.* (1989), pp. 89-94.

¹¹⁵ *Ins. Délos* 1519, l. 26.

¹¹⁶ Voir en particulier A. Wittenburg, *Il testamento di Epicteta*, Rome 1990.

¹¹⁷ M. Th. Couilloud, *cit.* (1997), p. 644 et stèles 9 et 13.

¹¹⁸ Dessau 4291. Voir V. Tran Tam Tinh, *Le culte des divinités orientales en Campanie* (EPRO 27), Leyde 1972, p. 149-150.

¹¹⁹ M. F. Baslez, "Place et rôle des associations dans la cité d'Athènes au IV^e siècle", in P. Carlier, *Le IV^e siècle av. J.-C.*, Nancy 1996, p. 286-292.

deux décrets associatifs de Délos révèlent un effort important pour faire passer des idées phéniciennes dans la langue grecque.

Avec toutes ses maladresses, c'est le décret des Beyrouthins de Délos qui permet le mieux d'analyser comment une pensée sémitique se coule dans la langue grecque¹²⁰. L'auteur de la minute du décret était bien évidemment un Phénicien qui maniait assez mal les subtilités du grec¹²¹. Il y a des fautes d'orthographe et d'autres de déclinaison. Des mots sont écorchés. Le texte garde certaines particularités grammaticales et formelles d'un écrit phénicien: dans les considérants, on relève des séries de périphrases nominales employées à la place d'infinitifs simples, ce qui a pour effet de supprimer les verbes ou de se limiter à des verbes simples, comme *einai* ou *poiein*, en évitant ainsi d'entrer dans le système complexe des conjugaisons grecques. On note aussi un emploi intensif et inhabituel en grec de coordonnées en série, au lieu de subordonnées, ce qui usuel dans la syntaxe sémitique. Ce texte écrit en grec, a été pensé en phénicien, comme l'indiquent certains termes vraiment inhabituels ou déplacés de leur sens courant. L'expression *τοὺς ἐπὶ τὴν κατασκευὴν τοῦ τεμνέου* est l'exact parallèle de celle qu'avaient utilisée dans les mêmes circonstances les Sidoniens d'Athènes (*ʿl mbnt hsr bt ʿlm*). *Τὸ εὐυναλλάκτον*, «facilité des échanges», est un adjectif substantivé très lourd, rare en grec, qui peut traduire une phrase phénicienne exprimant l'évergétisme. Le mot *syllagos*, pour désigner l'assemblée, et celui de *protoklisia*, pour désigner la place d'honneur, sont tout à fait inhabituels en grec et doivent traduire des mots phéniciens qui ne nous sont pas connus.

Des expressions, toutes aussi inhabituelles dans les décrets grecs, semblent bien venir du grec parlé. L'auteur a hésité sur les emplois respectifs de *usteron*, «plus tard», qui

appartient à la langue parlée, et de *εἰς τὸ λοιπὸν*, «à l'avenir», qui est traditionnel dans les formules hortatives des décrets grecs. Les deux composés *asumbolos* et *aleitourgetos*, qui servent à formuler l'exemption financière, l'*atélie*, viennent de la langue de la comédie et des plaidoyers et ils font référence à des pratiques concrètes, non à un statut; les Phéniciens sont les seuls à leur donner un sens institutionnel. Des termes et des formules relèvent de la pratique des affaires: la clause de validité et les clauses de protection dans les cas de défaillance des responsables, qui constituent la plus grande partie du dispositif, n'apparaissent jamais dans un décret honorifique grec, mais sont caractéristiques des écrits contractuels. Il est vrai que des Phéniciens sont accoutumés depuis le IV^e siècle à la pratique de l'écrit commercial grec et à la forme du contrat grec¹²².

Tout révèle dans ce texte que la connaissance du grec par les Phéniciens de Délos relevait seulement de la langue parlée et que leur apprentissage avait été pragmatique. Le décret des Tyriens le confirme, en fournissant l'indice que la connaissance du grec écrit n'était pas si répandue que cela parmi les Phéniciens. C'est le secrétaire nommé par l'association qui est l'auteur de la transcription du décret et il est donc évident qu'il pouvait écrire le grec, ce qu'il fait très correctement et dans une forme classique; or c'est le seul des responsables de l'association (si l'on excepte le prêtre), qui avait un mandat de durée illimitée et qui n'était pas soumis au renouvellement annuel¹²³. C'est un signe indiscutable que cette charge, qui exigeait le bilinguisme parlé et écrit, n'était pas facile à pourvoir. Il y avait bien parmi les Phéniciens émigrés des hommes «entre deux mondes», tels que *Shama'baal* / Diopeithès de Sidon, au Pirée en 320, ou Patron fils de Dorothéos de Tyr, capable de mener une délégation devant le Conseil d'Athènes en 153 avant notre

¹²⁰ *Ins. Délos* 1520.

¹²¹ M. F. Baslez – F. Briquel-Chatonnet, «De l'oral à l'écrit: le bilinguisme des Phéniciens en Grèce», in *Phoinikeia Grammata. Livre et écrire en Méditerranée*, Namur 1991, p. 371-386.

¹²² *Contre Lacritos* 32,33; *Contre Phormion* 6.

¹²³ *Inscr. de Délos* 1519, l. 47.

ère¹²⁴, ou encore Lachès de Tyr à Pouzzoles, qui porte un beau nom grec mais qui a donné à son fils le nom d'Agathopous traduit du phénicien *Namphame*¹²⁵, mais ce n'était certainement qu'une minorité. L'utilisation du phénicien à l'intérieur des communautés paraît être une évidence¹²⁶; d'ailleurs un Tyrien de Délos, qui consacra une plaque dans l'Asclépieion, vers 150 avant notre ère, et qui recourut à un graveur grec, accepta que l'intitulé éponymique, qui faisait référence à l'autorité locale, fût écrit en grec, mais fit rédiger son ex voto en phénicien¹²⁷.

Le véritable changement de mentalité se manifeste dans le réflexe d'«immigré», que révèlent les Phéniciens de Délos et de Pouzzoles par la manière dont ils s'autodésignent à l'époque romaine pour établir leur domicile légal. La catégorie des «résidents à l'étranger» apparaît alors dans les textes phéniciens, certainement décalquée de celle des *katoikoi* ou *paroikoi*, qui étaient établis sur le territoire des cités hellénistiques¹²⁸. À la date de 153 avant notre ère, l'appellation de *κατοικοῦντες ἐν Δηλῶι* est utilisée par les Beyrouthins mais non par les Tyriens, ce qui veut dire qu'elle est liée à la situation et à l'activité professionnelle des entrepositaires (*ekdokeis*), dont la présence différencie les deux corporations¹²⁹. À Pouzzoles, en 174 de notre ère, les Tyriens aussi bien que les Beyrouthins se qualifient de «résidents», qu'ils utilisent le grec ou le latin¹³⁰. Cette désignation va de

pair avec la condition de *stationarioi*, qui est l'équivalent d'*ekdocheis*¹³¹. Elle va de pair, aussi, avec l'aménagement d'un établissement mixte, qui est plus qu'un sanctuaire. Les Beyrouthins de Délos nomment le leur *oikos*: il était composé de plusieurs chapelles organisées autour d'une cour, ainsi que de pièces à usage collectif ouvrant sur un péristyle¹³². Les Tyriens de Pouzzoles et de Rome utilisèrent le terme latin de *statio* (hellénisé en *στατίων*), qui était défini par les auteurs latins comme un lieu de réunion¹³³; la station comprenait un immeuble locatif, et peut-être des entrepôts adjacents ou indépendants¹³⁴. L'entretien d'un établissement impliquait un financement complexe et représentait une lourde charge pour ces immigrants: pour achever d'aménager leur établissement, les Beyrouthins de Délos durent contracter un emprunt important auprès d'un Romain¹³⁵. En 174 de notre ère, les Tyriens de Pouzzoles ne bouclaient plus leur budget: après avoir été subventionnés par la station tyrienne de Rome, qui était devenue beaucoup plus prospère que la leur avec le développement du port d'Ostie¹³⁶, ils sollicitent de la métropole qu'elle assume une partie des frais constants. Dans tous ces établissements, il ne s'agissait pas seulement de payer le loyer et d'entretenir les bâtiments, mais aussi de financer les rituels particuliers et les fêtes locales officielles, Apollonia et peut-être Posidéa à Délos, concours de Pouzzoles et culte impérial¹³⁷.

¹²⁴ *Ins. Délos* 1519, 4, 36 et 50. Son nom grec se rattache à la racine – *patr*, privilégiée par les Phéniciens (voir ci-dessus).

¹²⁵ *OGI* 595, l. 38-39; la traduction en phénicien et en latin est donnée par Saint Augustin, *Lettres* 17.

¹²⁶ Sur la survie du phénicien, mise au point de F. Briquel-Chatonnet, "Les derniers témoignages sur la langue phénicienne en Orient", *RSF* 19 (1991), pp. 3-21.

¹²⁷ M. F. Baslez – F. Briquel-Chatonnet, *cit.* (1990), p. 27-37.

¹²⁸ Ph. Gauthier, "Métèques, périèques, paroikoi", in *L'étranger dans le monde grec* I, Nancy 1984, p. 23-46.

¹²⁹ *Ins. Délos* 1520, l. 2.

¹³⁰ *OGI* 595, l. 4 et 7: οἱ ἐν Ποπυλῶνι κατοικοῦντες Τύριοι. Dessau 300: *Berytenses qui Puteolis consistunt*.

¹³¹ Bien vu déjà par Ch. Dubois, *cit.* (1907), p. 90.

¹³² Fouilles publiées par Ch. Picard, *L'établissement des Poseidonias de Délos*, Exploration Archéologique de Délos VI, Paris 1921. La terminologie et le dispositif ont été étudiés à plusieurs reprises par Ph. Bruneau, *Recherches sur les cultes de Délos à l'époque hellénistique et romaine*, Paris 1970, pp. 625-626 et "Les cultes de l'établissement des Poseidonias à Délos", in *Hommages à Maarten J. Vermaseren*, Leyde 1978, pp. 160-190.

¹³³ Plin., *Lettres* I, 13, 15 et II, 9, 5.

¹³⁴ Ch. Dubois, *cit.* (1907), pp. 87-90.

¹³⁵ *Ins. Délos* 1520, l. 2 à 6.

¹³⁶ *OGI* 595, l. 35-36.

¹³⁷ *Ins. Délos* 1520, l. 51-52; *OGI* 595, l. 12: sur les deux sites, la participation des associations phéniciennes aux fêtes locales consiste à offrir des bœufs en victimes sacrificielles, qui étaient marqués au nom de l'association à Délos.

Ainsi, ces établissements phéniciens de l'étranger n'ont jamais été complètement indépendants de leur métropole, même pas ceux de Délos, dont les membres étaient pourtant certainement plus prospères que ceux de Pouzzoles trois siècles plus tard. En effet, les Beyrouthins de Délos s'intéressaient de près à la vie politique de la métropole, puisqu'il dédièrent les statues de deux personnalités, Héliodoros en 178, qui fut le principal ministre de Séleucos IV¹³⁸, et le propréteur Caius Octavius vers 90, qui était patron de Beyrouth¹³⁹. Les résidents de Pouzzoles considèrent toujours Tyr comme «leur cité» et leur «patrie souveraine», notion qu'ils rajoutent à la titulature officielle de Tyr; ils font appel à la Providence de la cité¹⁴⁰. Celle-ci, de son côté, estime «de son intérêt» de maintenir la station en l'état¹⁴¹.

La place importante des Phéniciens dans le trafic international, telle que la documentent les sources grecques, ne doit donc pas faire illusion. Les conditions de vie de ces émigrés furent toujours assez précaires, si bien que les liens avec la métropole demeurèrent solides, malgré l'effort d'intégration locale. L'hellénisation de l'onomastique, des figures divines et du fonctionnement associatif fut somme toute assez superficielle et extérieure, l'usage du phénicien et des rituels ancestraux restant bien vivants. La pratique de mariages mixtes n'empêcha pas la famille de rester un conservatoire des traditions, tout comme l'association cultuelle, le *mar-zeah*. De ce point de vue, l'émigration phénicienne a fonctionné exactement comme la Diaspora juive.

¹³⁸ *IG XI 4*, 1114 (voir ci-dessus).

¹³⁹ *Ins. Délos* 1782, 4-5.

¹⁴⁰ *OGI* 595, l. 1 et 4; 12-13.

¹⁴¹ *OGI* 595, l. 37.

19. EL INDÍGENA

M. ALMAGRO-GORBEA, M. TORRES,
A. MEDEROS

1. INTRODUCCIÓN

El proceso de la colonización fenicia en el Mediterráneo central y occidental se realiza en un espacio geográfico que no se encuentra vacío de población, sino en el que se desarrollaban diversas culturas que tenían en común la posesión de una organización social de tipo preestatal. Sin embargo, ello no significa que la llegada de los fenicios acabara con ellas o las absorbiera rápidamente dentro de su propio esquema cultural, sino que se producirán diversos procesos de interacción que tendrán características particulares según la especificidad del contexto geográfico, histórico y socio-económico en que éstos tienen lugar.

Dada la variedad de regiones y ambientes culturales sobre los que va a incidir la colonización fenicia en Occidente, hemos preferido hacer un análisis de tipo abstracto basándonos en los datos disponibles más que una reconstrucción literaria con personajes (ya que éstos habrían tenido que ser, por necesidad, excesivamente numerosos) que sirvieran para ilustrar el aspecto de la colonización fenicia que se nos ha encomendado. Dado que esto provoca que el texto sea más árido, nos gustaría pedir paciencia y comprensión a los lectores, pero nos ha aparecido que ésta era la forma más adecuada de abordar el asunto.

El marco geográfico que nos planteamos analizar es el de las colonias fenicias del Mediterráneo central y occidental y sus áreas de influencia: es decir, Sicilia, Cerdeña, Túnez, norte de Marruecos y el sur de la Península Ibérica. Por tanto, se deja de lado Chipre, que presenta unas características propias que aconsejan su estudio por separado, dada su posición geográfica tan cercana a la propia Fenicia y a la complejidad de las relaciones entre los autóctonos, griegos y fenicios que tienen lugar en esta isla.

Por su parte, el arco temporal en el que nos centramos es el de los siglos IX-VI a. C., coincidente con la denominada época arcaica de la colonización fenicia en Occidente, en este caso por nuestra mayor familiaridad con el registro arqueológico y textual de este momento, lo que no es óbice para que se hagan referencias a momentos temporalmente posteriores. No obstante, habría que señalar que las relaciones con los fenicios en algunas zonas, como el sur de la Península Ibérica o Cerdeña, no es sino la continuación de las rutas de intercambio que unían estas zonas con el Mediterráneo oriental desde una fecha anterior que cabría elevar a los siglos XIV-XIII a. C. dentro de una matriz cultural principalmente micénica pero en la que también se incluirían elementos chipriotas, cretenses y próximo-orientales¹.

Por último, antes de acabar con esta pequeña introducción, nos gustaría señalar que el análisis de las relaciones interétnicas entre fenicios e indígenas en el Mediterráneo cuenta con una importante tradición en la Península Ibérica² y

¹ M. Almagro-Gorbea, "Arqueología e Historia Antigua: el proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante Mediterráneo", *Anejos de Gerión* 2 (1989), pp. 277-288. A. Mederos, "La conexión levantino-chipriota. Indicios del comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final", *TP* 53(2) (1996), pp. 95-115.

² M. E. Aubet, "Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico", *Pyrenae* 13-14 (1977-78), pp. 81-107. M. Almagro-Gorbea, "Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Iberica", in *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*, Pisa-Roma 1983, pp. 429-461. C. G. Wagner, "Notas en torno a la aculturación en Tartessos", *Gerión* 4 (1986), pp. 129-160. C. G. Wagner, "Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica", *TP* 52(1) (1995), pp. 109-126. D. Ruiz Mata, "Fenicios e indígenas en Andalucía occidental. Tartessos como paradigma", in D. Ruiz Mata (ed.), *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos e interacción*, El Puerto de Santa María 2000, pp. 9-37. M. Botto, "Rapporti fra Fenici e indigeni nella Penisola Iberica (siglos VIII-VI a.C.)", in *Hispania terris omnibus felicio*, *Premesse ed esiti di un proceso di integrazione*, Pisa 2002, pp. 9-62.

Cerdeña³, mientras que es más escasa en Sicilia y el norte de África, quizá por una menor intensidad en la relación entre fenicios o indígenas o, más probablemente, a causa de un vacío de investigación sobre este tema. Así las cosas, pasamos a examinar los principales aspectos de las relaciones entre fenicios e indígenas en las diferentes áreas geográficas anteriormente reseñadas.

2. LA PENÍNSULA IBÉRICA

2.1. *El primer contacto*

La llegada de los primeros navegantes y colonos fenicios a la Península Ibérica debió significar tanto un factor de continuidad como de ruptura para las poblaciones locales. En un sentido, se debieron percibir como unos participantes más en las redes de intercambio ya constituidas que integraban la fachada atlántica europea y la cuenca del Mediterráneo central y occidental del Bronce Final⁴. Sin embargo, por otro, debió ser evidente que estos nuevos socios comerciales se diferenciaban profundamente de todo lo que las poblaciones indígenas del sur peninsular habían visto hasta ese momento y, es más, pretendían establecer asentamientos más o menos permanentes en sus costas.

Este hecho debió generar, sin duda, un sentimiento encontrados hacia los recién llegados. Si, por un lado, se admirarían las nuevas mercancías que estos individuos traían, igualmente debió surgir un sentimiento de amenaza a causa de las nuevas costumbres que traían y a su más avanzada tecnología, factor éste último siempre presente en una relación de tipo colonial, además de la posi-

bilidad de una conquista territorial por parte de los fenicios, ya que las relaciones entre ambos grupos étnicos pudieron ser mucho menos pacíficas de lo que suponemos⁵.

Se ponía así en marcha un proceso en el que las ventajas que traía para las poblaciones locales el intercambio, no tanto en el terreno estrictamente económico como en el social, dado el carácter competitivo de las elites del Bronce Final del sur peninsular⁶, provocará la consolidación de los contactos y que se proporcione a los fenicios facilidades para que se asienten en las costas peninsulares, fenómeno éste último que debió implicar la concesión por parte de las elites locales⁷. No obstante, es muy probable que los primeros fenicios que permanecieron largos períodos en la Península Ibérica lo hicieran en poblados indígenas, quizá unidos en matrimonio a mujeres del país de las que tendrían una descendencia bilingüe que pudiera facilitar en un futuro las relaciones entre ambas etnias en un proceso ya conocido en la expansión colonial portuguesa⁸.

Pero, aparte de las razones socioeconómicas señaladas, las poblaciones del sur peninsular también pudieron atribuir a las mercancías traídas por los fenicios un valor exótico e incluso divino y sobrenatural como resultado de su avanzada tecnología y/o porque se percibía que sus distribuidores pertenecían también ellos mismos al mundo de lo sobrenatural, lo que facilitaría su adquisición por parte de las elites locales como medio de acrecentar aún más su poder y su prestigio, en un proceso similar al acaecido por ejemplo en las islas Hawaii en el momento del contacto con los europeos⁹. Sería esta la razón que acabaría facilitando el estableci-

³ P. Bernardini, "La Sardegna e i Fenici. Appunti sulla colonizzazione", *RSF* 21(1) (1993), pp. 29-81. P. Bernardini, "Fenomeni di interazione tra fenici e indigeni in Sardegna", in D. Ruiz Mata (ed.) *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos e intención*, El Puerto de Santa María 2000, pp. 39-98.

⁴ M. Ruiz-Gálvez, "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce", *TP* 43 (1986), pp. 9-42.

⁵ Ruiz Mata 2000, cit. n. 2, pp. 19, 21-23. C. G. Wagner, "Consideraciones sobre un nuevo modelo colonial fenicio en la Península Ibérica", in *Actas del Congreso de Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Mérida 2003, c.s.

⁶ M. Ruiz-Gálvez, "Canciones del muchacho viajero", *Veleia* 7 (1990), p. 94.

⁷ A. Tejera, "¿Se estableció un pacto entre fenicios y tartesios para la fundación de Cádiz?", in M. A. Querol y T. Chapa (eds.) *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda (Complutum Extra 6(1))*, Madrid 1996, pp. 369-372.

⁸ M. Ruiz-Gálvez, "La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental", Barcelona 1998, p. 65.

⁹ G. J. Stein, "Rethinking world-systems: power, distance, and diasporas in the dynamics of interregional interaction", P. N. Kardulias (ed.) *World-Systems theory in practice. Leadership, production and exchange*, Lanham – Boulder – New York – Oxford 1999, p. 156.

miento de relaciones y la concesión de lugares para asentarse en territorio indígena más allá de la posible amenaza que dicho hecho constituyera.

2.2. Indígenas en los asentamientos coloniales

La presencia de población indígena en las colonias fenicias de la Península Ibérica se ha venido planteando desde los años ochenta con motivo de la proposición realizada por Alvar y Wagner¹⁰ de la existencia de una agricultura comercial en las colonias fenicias de la costa mediterránea del sur peninsular. Dentro de este modelo, se sugiere que contingentes poblacionales indígenas se integrarían dentro de los asentamientos coloniales como mano de obra dependiente para la ejecución de las tareas agrícolas efectuadas en el territorio de dichos asentamientos.

Esta idea ha sido retomada posteriormente por Martín Ruiz¹¹, que ha señalado que la cerámica fabricada a mano y ciertos tipos de fíbula, como las de doble resorte, hallados en contextos fenicios peninsulares corresponderían a poblaciones indígenas asentadas en los mismos. No obstante, incide igualmente en que dicha presencia se produciría mediante el aporte de mano de obra asentada en los establecimientos fenicios junto a algún personaje de mayor relevancia social, pero señala ya la existencia de matrimonios mixtos, un aspecto que nos parece mucho más interesante¹².

En este sentido, hay que señalar que en

los niveles más antiguos de dichos asentamientos, principalmente los fechados en el siglo VIII a.C., la cantidad de cerámica a mano alcanza una elevada proporción, incluso en un asentamiento como el Castillo de Doña Blanca, identificada con la propia Gadir¹³, donde alcanza el 40% del total¹⁴.

Esta integración en los asentamientos fenicios de la costa malagueña llegaría al punto de que parte de estas poblaciones locales del sur peninsular formarían parte del contingente humano que fundó la factoría fenicia de Lixus en el norte de Marruecos¹⁵, donde se ha hallado un importante lote de cerámica a mano, en buena medida de procedencia peninsular¹⁶, lo que señala las estrechas relaciones de ambos grupos.

La cohabitación entre fenicios e indígenas vendría también avalada por los datos ofrecidos por el túmulo 1 de la necrópolis de las Cumbres, dependiente del mencionado poblado del Castillo de Doña Blanca. Para este último se viene defendiendo su carácter fenicio¹⁷ y, sin embargo, el túmulo muestra las prácticas funerarias de las poblaciones indígenas en un momento en el que el asentamiento fenicio está ya funcionando. De hecho, la integración llega a tal punto que el principal enterramiento del denominado túmulo secundario muestra una importante influencia de los ritos y creencias funerarias fenicias, como el uso de arena de playa, lo que ha llevado a plantear que se trataría del enterramiento de un fenicio dentro del espacio funerario indígena¹⁸.

¹⁰ J. Alvar – C. G. Wagner, “La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica”, *Gerión* 6 (1988), pp. 169-185.

¹¹ J. A. Martín Ruiz, “Indicadores arqueológicos de la presencia indígena en las comunidades fenicias de Andalucía”, *Mainake* 17-18 (1995-96), pp. 73-90.

¹² J. A. Martín Ruiz, *cit.* n. 11, pp. 86-87.

¹³ D. Ruiz Mata, “La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: contrastación textual y arqueológica”, *Complutum* 10 (1999), pp. 279-317.

¹⁴ D. Ruiz Mata 2000, *cit.* n. 2.

¹⁵ F. López Pardo – J. Suárez, “Traslados de población entre el norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico”, *Gerión* 20(1) (2002), pp. 120-122.

¹⁶ M. Belén – J. L. Escacena – C. López Roa – A. Roderó, “Fenicios en el Atlántico. Excavaciones españolas en Lixus: los conjuntos ‘C. Montalbán’ y ‘Cata Basílica’”, in M. A. Querol – T. Chapa (eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda (Complutum Extra 6(1))*, pp. 342, 345, Madrid 1996; M. Belén – J. L. Escacena – C. López Roa – A. Roderó, “Materiales de época fenicia conservados en el Museo de Tetuán”, C. Aranegui (ed.): *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval (= Saguntum Extra 4)*, Valencia 2001, pp. 86-89.

¹⁷ D. Ruiz Mata, *cit.* n. 13.

¹⁸ I. Córdoba, “Rituales de cremación durante la protohistoria en el Mediterráneo y sur peninsular”, in J. L. Cunchillos – J. M. Galán – J. Á. Zamora (eds.), *Actas del I Congreso Español del Antiguo Oriente Próximo. El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente* (CD-ROM – <http://www.labherm.filol.csic.es>), Madrid 1998. D. Ruiz Mata 2000, *cit.* n. 2, p. 28.

Hemos visto, por tanto, la presencia de la población local integrada dentro del espacio habitacional fenicio, pero ahora hay que preguntarse por su status. Como se ha señalado, Alvar y Wagner¹⁹ sostienen que se trata de poblaciones dependientes utilizadas como fuerza de trabajo, pero el hecho de que esta presencia indígena se documente arqueológicamente sólo en los momentos iniciales de las colonias fenicias permiten plantear otras circunstancias.

En primer lugar, obviamente, que responda principalmente a la presencia de mujeres indígenas emparejadas con los colonizadores con el fin de garantizar la reproducción física de la colonia, un hecho que conocemos en otros ámbitos coloniales como, por ejemplo, el griego²⁰. Dicha necesidad se va diluyendo con el aporte progresivo de nuevos contingentes poblacionales desde la metrópolis y el propio aumento poblacional de la colonia con individuos que, aunque mestizos, pueden ser caracterizados ya como fenicios al cabo de algunas generaciones. Sería este hecho el que explicaría que las cerámicas a mano de los asentamientos fenicios vayan desapareciendo progresivamente a lo largo del siglo VII a. C.²¹, planteando una dicotomía más señalada entre indígenas y fenicios. Sin embargo, la situación pudo ser más compleja, pudiéndose haber trasladado también a las nuevas colonias poblaciones desarraigadas, refugiados, artesanos, etc., en un contexto que aún refuerza más la pluralidad de procedencias de la población colonial²².

No obstante, estos fenicios serían ya una población plenamente colonial, en cierto

sentido criolla, y diferenciada de la de la metrópolis por las peculiaridades políticas y económicas que se desprenden de su nueva ubicación en el occidente del Mediterráneo.

En todo caso, la presencia de los asentamientos fenicios a lo largo de la costa mediterránea andaluza no supone el total dominio político de la zona, al menos, hasta la reorganización territorial acaecida en el siglo VI a. C., ya que en los últimos años se viene documentando una importante presencia indígena a lo largo de la misma que indica que estas poblaciones locales no han sido desplazados por las fenicias en los siglos VIII-VII a. C., estando aún buena parte del territorio y de los medios de producción en sus manos²³. Por ello, no se les puede atribuir en el marco colonial únicamente un papel dependiente, sino una presencia activa y dinámica que implica la interacción entre ambos grupos sociales en la que son los indígenas los que todavía mantienen el control de la mayor parte de los recursos que no tiene que ver con el panorama apreciado en situaciones coloniales más recientes²⁴.

Para terminar, poco es lo que se puede decir de la presencia de poblaciones autóctonas en los asentamientos identificados como fundaciones coloniales fenicias: Abul y Santa Olaia. Únicamente, señalar que la presencia en ambos de cerámica a mano²⁵ quizá deba relacionarse con dichas poblaciones, aunque en ambos asentamientos dichas piezas son minoritarias en comparación con el grueso de la cerámica fenicia, lo que indicaría una

¹⁹ J. Alvar – C. G. Wagner 1988, *cit.* n. 10, pp. 173, 175-177.

²⁰ J. N. Coldstream, "Mixed marriages at the frontiers of the early Greek world", *Oxford Journal of Archaeology* 12(1) (1993), pp. 89-107.

²¹ J. A. Martín Ruiz 1995-1996, *cit.* n. 11, p. 77.

²² F. López Pardo, com. pers. Aprovechamos para agradecer a F. López Pardo sus valiosos comentarios.

²³ J. Suárez – I. Navarro – E. Fernández – J. Mayorga – M. I. Cisneros, "Consideraciones acerca de los procesos de interacción entre indígenas, fenicios y griegos en Málaga. Aportaciones de la Arqueología de Urgencia", in F. Wulff – G. Cruz Andreotti – C. Martínez Maza (eds.) *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a. C. - año 711 d. C.)*. Actas del II Congreso de Historia Antigua de Málaga, Málaga 2001, pp. 109, 114-115, 120-121; J. Suárez – I. Navarro – A. Soto – J. A. Santamaría – L. E. Fernández – J. M. Sánchez, "Aproximación a la dinámica poblacional del litoral occidental malagueño durante la Antigüedad: Protohistoria", in F. Wulff – G. Cruz Andreotti (eds.) *Historia Antigua de Málaga y su provincia*, Málaga 1996, pp. 184-185; F. López Pardo – J. Suárez, "Aproximación al conocimiento del paleoambiente, poblamiento y aprovechamiento de los recursos durante el primer milenio a.C. en el litoral occidental de Málaga y su territorio", C. Gómez Bellard (ed.) *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia 2003, pp. 75-91.

²⁴ D. Ruiz Mata, *cit.* n. 2, pp. 18-19.

²⁵ F. Mayet – C. Tavares da Silva, *L'établissement phénicien d'Abul, Portugal*. París 2000, pp. 56 y ss.; A. M. Arruda, *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6. Barcelona 1999-2000, p. 230, fig. 158.

presencia muy puntual o, más bien, su inclusión en el registro arqueológico como reflejo de intercambios entre ambos grupos. No obstante, el material de Abul no se parece a la cerámica del Bronce Final de la zona, relacionándose más bien con la aparecida en otros asentamientos fenicios²⁶.

2.3. La aculturación fenicia en el contexto cultural indígena

El asentamiento de las colonias fenicias en el sur de la Península Ibérica provocarán a lo largo del tiempo la transformación de las poblaciones locales en diferentes niveles, como el tecnológico, la organización de las casas y el espacio urbano y el de la organización social. Si en un primer momento, de fines del siglo IX a. C. a fines del VIII, está transformación no es muy profunda, desde esta última fecha, y a lo largo de los siglos VII-VI a. C., se observan en el mundo indígena del sur peninsular profundos cambios.

Comenzando por la cerámica, la llegada de los fenicios provocará la difusión de las primeras cerámicas a torno por las poblaciones del Sur peninsular pero no se va a generalizar hasta la transición entre los siglos VIII-VII a. C., con la generalización de la cerámica gris, fabricada a torno pero que sigue el gusto indígena en lo referente a las formas fabricadas y al uso de la cocción reductora, que sigue las tradiciones propias del Bronce Final²⁷, además de adoptar en algunos casos la retícula bruñida como decoración, motivo también propio de la cerámica bruñida del Bronce Final²⁸.

La adopción de esta tecnología se va extendiendo progresivamente, hasta el punto de que a fines del siglo VII e inicios del VI a. C. la mayor parte de la producción cerámica se realiza ya a torno, incluso en los asentamientos rurales, como demuestran los lotes cerámicos hallados en los fondos de cabaña de El Trobal, Vaina y el número 1 del poblado de San Bartolomé de Almonte²⁹. Igualmente, se documentan estructuras para la fabricación de cerámica en ámbitos locales desde estos mismos momentos, como evidencian los hornos del Cerro de los Infantes de Granada³⁰ y de las Calañas de Marmolejo³¹, además de los análisis de pastas efectuados en el poblado malagueño de Ronda la Vieja-Acinipo, que muestra la fabricación local de la casi totalidad de las ánforas de tipología fenicia halladas en el mismo³², lo que atestigua también un notable grado de especialización artesanal.

También en la orfebrería se observa el impacto del mundo colonial, ya que técnicas propias del Mediterráneo oriental como el uso de la soldadura, del granulado y la filigrana van a ser adoptadas por los artesanos indígenas. En algunas piezas, como los pectorales y los brazaletes del tesoro del Carambolo, esas innovaciones se usan conjuntamente con las tecnologías y modas propias del Bronce Final, como demuestran el uso de la filigrana, claramente colonial, sobre una pieza del ámbito tecnológico Villena-Estremoz, en un evidente ejemplo de integración tecnológica³³ que se fecharía en el siglo VIII³⁴ o, como mucho, en la primera mitad del VII a. C.³⁵

²⁶ F. Mayet – C. Tavares da Silva, *cit.* n. 25, p. 64.

²⁷ A. M. Roos, "Acerca de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica", *Ampurias* 44 (1982): pp. 54-55.

²⁸ J. A. Vallejo, "Las decoraciones bruñidas en las cerámicas grises orientalizantes", *Spal* 8 (1999), pp. 85-100.

²⁹ D. Ruiz Mata. – R. González, "Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana", *Spal* 3 (1994), pp. 220-225.

³⁰ F. Contreras – F. Carrión – F. Jabáloy, "Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 1983.

³¹ M. Molinos – C. Rísquez – J. L. Serrano – S. Montilla, *Un problema de fronteras en la periferia de Tartessos: las Calañas de Marmolejo*. Jaén 1994, p. 22-23.

³² B. Padial – O. Garrido – E. Barahona – P. Aguayo – M. Carrilero, "Estudios analíticos de un conjunto de ánforas de tipología fenicia occidental del asentamiento prehistórico de Ronda la Vieja (Ronda, Málaga)", *in ACFP IV*, p. 1844.

³³ A. Perea, "La metalurgia del oro en la fachada atlántica peninsular durante el Bronce Final: interacciones tecnológicas", *in* M. Ruiz-Gálvez (ed.) *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*, Madrid 1995, pp. 76-77.

³⁴ M. Torres, *Tartessos (Biblioteca Archaeologica Hispana 14)*. Madrid 2002, p. 237.

³⁵ A. Perea – B. Armbruster, "Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de «El Carambolo»", *TP* 55(1) (1998), p. 136.

La evolución subsiguiente, ya en el siglo VII a. C., la encontramos en el tesoro de la Aliseda, en el que ya únicamente encontramos elementos tecnológicos propios del ámbito colonial pero usados en algunos tipos de joya, como por ejemplo la diadema, que no cuentan con paralelos en el mundo fenicio, lo que muestra la asimilación de la tecnología fenicia que es aplicada dentro de un elenco tipológico claramente indígena.

Igualmente, también en la toreútica encontramos el proceso de interacción tecnológica que venimos observando en el resto de las manifestaciones artesanales, en este caso en dos aspectos.

Un primero se limita a la integración de elementos iconográficos orientales en piezas no conocidas en el entorno colonial, como podrían ser los broches de cinturón. En estas piezas observamos como frente a la decoración puramente geométrica típica de los broches de los tipos 1 y 2 propios del siglo VIII a. C., en la centuria siguiente se atestigua la incorporación de elementos iconográficos orientales como las rosetas del broche de la tumba 19 de la necrópolis onubense de la Joya³⁶, los broches con decoración de rosetas de El Acebuchal y la Cruz del Negro³⁷, los toros pasantes del broche de El Castellón³⁸ o el árbol de la vida calado de la pieza hallada en la tumba 20 de la necrópolis de Medellín³⁹.

Un segundo aspecto es la imitación de elementos del ámbito colonial con técnicas que siguen las tradiciones indígenas. Así, nos encontramos con la fabricación de los jarros piriformes fundidos de una sola pieza a la cera perdida, siguiendo la tradición indígena de la orfebrería del Bronce Final, mientras que las piezas orientales están fabricadas en

varias mediante forja de una chapa de bronce y después ensambladas entre sí⁴⁰, lo que permite valorar las elecciones de los artesanos locales al realizar piezas de tipología exógena. En esa misma tendencia hay que situar la técnica de fabricación en dos piezas a la cera perdida de algunas otras piezas típicamente tartésicas como el caballo de Cancho Roano, las ciervas de la colección Várez y del British Museum y el león alado del J. P. Getty Museum, cuya técnica, que no iconografía, considera Shefton⁴¹ típicamente tartésica. En su conjunto, la interacción entre artesanos de ambos ámbitos tecnológicos se demuestra muy compleja, como reflejan las piezas reseñadas.

Por otra parte, también en la organización del espacio se aprecian notables cambios respecto al período precolonial, siendo, al igual que en el caso de la cerámica, a fines del siglo VIII a. C. en adelante cuando se observa una mayor incidencia de la influencia fenicia.

Así, las cabañas de planta oval u circular construidas mayoritariamente con materiales perecederos van a dejar su lugar a casas de planta rectangular con muros rectos y constituidas por varias habitaciones. Esta sustitución será más rápida en aquellos centros indígenas principales que organizan el territorio y en los que se asientan las elites locales, mientras que será mucho más lenta en el ámbito rural, donde subsisten las cabañas hasta momentos avanzados del siglo VII a. C. e inicios del VI, como se aprecia, por ejemplo, en la campiña gaditana⁴².

Cuestión más complicada es dilucidar si también la organización del espacio urbano adopta pautas de tipo oriental, ya que la

³⁶ J. P. Garrido – E. M. Orta, “Excavaciones en la necrópolis de La Joya (3ª, 4ª y 5ª. Campañas)”, in *Excavaciones Arqueológicas en España* (96). Madrid 1978, pp. 156-157 fig. 98, láms. CI-CII.

³⁷ M. L. Cerdeño, “Los broches de cinturón tartésicos”, *HA* 5 (1981), fig. 6:1,3-4,6.

³⁸ F. Chaves – M. L. de la Bandera, “Los broches de cinturón llamados tartesios”, in J. Alvar – J. Mangas (eds.) *Homenaje a José M. Blázquez*, vol. II, Madrid 1993, pp. 159 fig. 2, 164 lám. I:2.

³⁹ M. Almagro-Gorbea, *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Biblioteca Praehistorica Hispana XIV. Madrid 1977, pp. 336 fig. 131, lám. LXVII.

⁴⁰ B. B. Shefton, “Greek Imports at the extrimities of the Mediterranean, West and East. Reflections on the case of Iberia in the Fifth century B. C.”, in B. Cunliffe – S. Keay (eds.) *Social complexity and the developments of towns in Iberia. From the Copper Age to the Second century A.D.*, Londres 1995, p. 145.

⁴¹ B. B. Shefton, “intervención”, in *La Magna Grecia e il Lontano Occidente. Atti del Ventinovesimo Convegno di Studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989*, Taranto 1990, p. 192.

⁴² D. Ruiz Mata – R. González, *cit.* n. 29.

práctica inexistencia de excavaciones en extensión no permite hacerse una idea de la organización del espacio urbano en el período orientalizante tartésico. No obstante, las pocas evidencias disponibles hacen pensar que se produjo una transición hacia formas de organización urbana más ordenadas y concentradas que en el período anterior, por lo que podemos hablar de la existencia de verdaderas ciudades desde fines del siglo VIII a. C., de las que un buen ejemplo lo encontraríamos en Huelva, donde se han recuperado numerosos restos constructivos de este momento⁴³, además de en otros asentamientos⁴⁴.

Con esta reorganización del espacio urbano, y también con los cambios sociales y políticos acaecidos a lo largo del siglo VIII a. C., hay que relacionar la aparición y generalización desde fines de dicha centuria de murallas que rodean los principales centros de población indígenas del sur peninsular, como Tejada la Vieja⁴⁵, que en sus aspectos constructivos derivan claramente de formas arquitectónicas orientales y que se documentan también en algunas de las más importantes fundaciones fenicias de la Península Ibérica como el Castillo de Doña Blanca o La Fonteta⁴⁶.

A estos cambios en el uso del espacio hay que atribuir también la adopción de las formas arquitectónicas orientales en los espacios públicos de función sacra, como demuestra la superposición al edificio A del poblado de Montemolín, una gran cabaña de planta oval con cimentación de piedra, de un gran edificio de planta rectangular y mu-

ros rectos, el edificio D, con evidente función sacra⁴⁷. Una sustitución que también parece apreciarse en el Carambolo⁴⁸.

Sin embargo, en ambos casos no creemos que nos encontremos ante templos fenicios que servían a gentes orientales asentadas en la zona⁴⁹, sino a la adopción de formas arquitectónicas de origen oriental para la construcción de edificios sacros indígenas, un proceso bien documentado tanto en la Italia peninsular⁵⁰ como en Sicilia⁵¹, siendo éste un aspecto más de la interacción entre ambas esferas culturales.

En lo referente a la organización social, también se observa una profunda transformación en la que el contacto con el mundo fenicio es fundamental, ya que a través de éste va a introducirse la nueva ideología que va a servir de fundamento a las elites tartésicas: la monarquía sacra⁵².

Frente a las elites del Bronce Final, de carácter militar y en el que el status era de tipo adquirido y se conseguía por el poder del linaje al que se pertenecía, a la habilidad militar, como demuestran las representaciones de las estelas decoradas del Sudoeste y a la habilidad en la gestión de los intercambios con otros linajes y grupos culturales; a partir de fines del siglo VIII a. C. se produce una transformación social en la que se pasa del status adquirido al status heredado propio de los estados arcaicos.

Así, se pasa de las viejas justificaciones ideológicas del poder a otras nuevas de evidente origen próximo oriental que llegan al Sudoeste peninsular a través del contacto con el mundo fenicio. Así, las elites tartési-

⁴³ C. García Sanz, "El urbanismo protohistórico de Huelva", *HA* 10-11(3) (1988-89), pp. 143-175.

⁴⁴ D. Ruiz Mata – A. M. Niveau – J. I. Vallejo, "La ciudad Tartésica-Turdetana", C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Valencia 1998, 65-82.

⁴⁵ M. Torres, *cit.* n. 34, p. 291-294.

⁴⁶ J. L. Escacena, "Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista", *Spal* 11 (2002), pp. 69-105.

⁴⁷ M. L. de la Bandera – F. Chaves – E. Ferrer – E. Bernáldez, "El yacimiento tartésico de Montemolín", *Tartessos 25 años después*, Jerez de la Frontera 1995, pp. 315-332.

⁴⁸ M. Belén – J. L. Escacena, "Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental", *Spal* 6 (1997), pp. 103-131.

⁴⁹ *Contra* M. L. de la Bandera – F. Chaves – E. Ferrer – E. Bernáldez, *cit.* n. 47, p. 323; M. Belén – J. L. Escacena 1997, *cit.* n. 48, p. 113.

⁵⁰ P. A. J. Artema – G. J. Burgers – M. Kleibrink – D. G. Yntema, "Case studies in indigenous developments in early Italian centralization and urbanization: a Dutch perspective", *European Journal of Archaeology* 1(3) (1998), p. 335, 337.

⁵¹ A. Domínguez Monedero, "Interacción entre indígenas y griegos en el sur de Italia y Sicilia en época arcaica", D. Ruiz Mata (ed.) *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos e interacción*, El Puerto de Santa María 2000, pp. 125-128.

⁵² M. Almagro-Gorbea, *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid 1996, pp. 41-76.

cas adoptan la ideología de la monarquía sacra oriental como medio de justificar su nueva posición de poder por encima de los linajes, sirviendo este concepto de origen oriental para justificar su poder. En este sentido, la rápida adopción de dicha ideología se justifica por la necesidad de dichas elites de un soporte ideológico en el que sostener formas más complejas de poder en un marco en que la presencia de los fenicios y la aceleración de los intercambios favorecían a dichos individuos en su propósito de alcanzar un mayor poder social, político y económico. Así, la adopción de la monarquía sacra no se basa en un préstamo unidireccional cimentado en la supuesta superioridad cultural fenicia, sino que se inserta en un marco en el que algunos individuos buscan consolidar nuevas formas de poder para la que necesitan una nueva justificación ideológica, que es precisamente la que van a obtener del concepto de la monarquía sacra, cuya transmisión sólo pudo venir a través de fenicios familiarizados con los ambientes palatinos del Próximo Oriente.

En su conjunto, todas estas aportaciones debidas al proceso de interacción entre indígenas y fenicios van a provocar una profunda orientalización de la cultura tartésica, que no hay que entender tanto como una transposición lineal de la organización social y económica del mundo fenicio y la adopción de artesanías con un notable peso del componente oriental como una negociación no exenta de tensiones y la articulación de dichos elementos dentro de un marco que se debe adaptar al propio contexto histórico del Sudoeste peninsular.

Por último, también para Portugal se ha sostenido la presencia de poblaciones fenicias en asentamientos indígenas, como serían los casos del Cerro del Castillo de Alcacer do Sal, en la desembocadura del Sado, y en la Quinta do Almaraz, en la desembocadura

del Tajo, con motivo de las investigaciones efectuadas en los últimos años.

Para el primero de estos yacimientos se ha propuesto la presencia de individuos fenicios durante la Primera Edad del Hierro (desde mediados del siglo VII a. C. en adelante), a la que dicho asentamiento deberá su carácter orientalizante⁵³. En este sentido, la orientalización que muestran los materiales hallados en la necrópolis de Olivar do Senhor dos Martires, ubicada junto al asentamiento, se debería igualmente a esta fuerte presencia oriental⁵⁴, explicada por la existencia en las cercanías de una verdadera fundación colonial fenicia.

Igualmente, en la Quinta de Almaraz, ubicada frente a Lisboa, se ha documentado un asentamiento que presenta un consistente nivel de ocupación del siglo VI a.C. que por la existencia de un foso muy similar al de Doña Blanca, sus materiales cerámicos (mayoritariamente a torno y de tradición oriental), la existencia de vestigios de metalurgia y el hallazgo de pesos de plomo ha sido interpretado como habitado por un contingente humano de origen fenicio junto a las poblaciones locales⁵⁵, en un ejemplo más del proceso de interacción entre ambas etnias.

Adicionalmente, esta presencia de población fenicia se ha propuesto también en Santarem, al fondo del antiguo estuario del Tajo a causa de los materiales documentados y la tecnología de los mismos, que parece presuponer la presencia directa de individuos orientales.

Esta fuerte presencia fenicia en la desembocadura del Tajo ayudaría a explicar otros hallazgos orientalizantes, como el jarro de bronce piriforme y el recipiente ritual de soporte de asa de manos (braserillo) de Torres Vedras⁵⁶ y el jarro de bronce piriforme de Faião, Sintra⁵⁷. Estos reflejarían la consolidación de las elites locales con motivo de los intercambios con los fenicios, principalmente

⁵³ A. M. Arruda 1999-2000, *cit.* n. 25, p. 72.

⁵⁴ *ibidem*, p. 99.

⁵⁵ *ibidem*, pp. 110-111.

⁵⁶ *ibidem*, pp. 221-222 fig. 151.

⁵⁷ *ibidem*, pp. 222-223 fig. 152.

de minerales, sal y productos agropecuarios⁵⁸, que llevaría finalmente a la existencia de una evidente jerarquización social y territorial.

Finalmente, en la zona más septentrional alcanzada por la zona colonial fenicio llegamos al área de la desembocadura del Mondego, donde se localiza en la costa el yacimiento de Santa Olaia, interpretado como fundación fenicia⁵⁹ y, más al interior, Conimbriga, donde sobre un sustrato del Bronce Final se empiezan a recibir las primeras importaciones fenicias a lo largo del siglo VII a. C.⁶⁰, observándose igualmente en esta zona una fuerte interacción entre las poblaciones locales y los fenicios.

3. CERDEÑA

Después de la Península Ibérica, es en Cerdeña donde se dispone de más evidencias acerca de la interacción entre los fenicios y las poblaciones locales, ya que se ha atestiguado tanto la presencia de materiales fenicios en contextos indígenas como la presencia de población indígena en las propias colonias fenicias. No obstante, la interacción entre ambas comunidades no provocó el surgimiento de una cultura Orientalizante en la isla, por causas bien analizadas por Bernardini⁶¹.

3.1. Indígenas en los asentamientos coloniales.

La presencia de poblaciones nurágicas en el interior de las fundaciones fenicias de la isla queda atestiguada a través de diversos elementos arqueológicos y ha venido siendo

propugnada por diferentes investigadores⁶².

La evidencia más antigua conocida hasta ahora proviene de la necrópolis fenicia de San Giorgio de Portoescuso, a pocos kilómetros de la ciudad de Sulcis, donde junto a las ánforas fenicias usadas como urna cineraria también se usaron grandes vasos nurágicos con las típicas asas *a gomito rovescio* con la misma finalidad, lo que indica la agregación de gentes nurágicas, seguramente mediante lazos familiares, al grupo fenicio asentado allí entre 770-750 a. C.⁶³.

También a fines del siglo VIII a. C. se fecha el uso en el *tophet* de Sulcis como urnas cinerarias de ollas que se relacionan con los denominados *vasi bolli latte*, lo que indica el concurso de las poblaciones nurágicas en el poblamiento de las más antiguas ciudades fenicias tanto mediante su asentamiento en las mismas como formando familias mixtas⁶⁴.

Este hecho vendría reforzado por la presencia de algunos fragmentos de cerámica nurágica en los estratos fenicios del Croninario de Sulcis que se fechan de mediados del siglo VIII a mediados del VII a. C.⁶⁵, que en opinión de Bernardini⁶⁶ hay que atribuir a una circulación reducida de dichos productos indígenas en la ciudad recién fundada.

Esta integración de elementos nurágicos en las fundaciones fenicias se observa también en Tharros, donde se ha documentado en la necrópolis la existencia de las típicas faretas votivas sardas, además de agujas, botones en bronce e imágenes de animales⁶⁷. En este caso, se ha defendiendo que el alto status inherente a dichos objetos implica la in-

⁵⁸ *ibidem*, pp. 222-223.

⁵⁹ *ibidem*, p. 253.

⁶⁰ *ibidem*, p. 250 y ss.

⁶¹ P. Bernardini, "La facies Orientalizzante in Sardegna: Problemi di individuazione e di metodologia", R.H. Tykot – T.K. Andrews (eds.) *Sardinia in the Mediterranean: a footprint in the sea*, Sheffield 1992, p. 407. P. Bernardini 2000, *cit.* n. 3, pp. 50-52.

⁶² R. Zucca, "Bronzi nuragici di Tharros", in *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C. Atti del II Convegno di studi «Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo»*. Selargius-Cagliari 27-30 novembre 1986, Cagliari 1987, pp. 117-132. P. Bernardini 1993, *cit.* n. 3, p. 75-76; 2000, *cit.* n. 3, pp. 47-49.

⁶³ P. Bernardini 2000, *cit.* n. 3, p. 47; 2000a, "I Fenici nel Sulcis: la necropoli di San Giorgio di Portoescuso e l'insediamento del Croninario di Sant'Antioco", in P. Bartoloni – L. Campanella (eds.) *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti*, Roma 2000, pp. 36, 38 fig. 3:3.

⁶⁴ P. Bernardini 2000, *cit.* n. 3, pp. 47, 83 fig. 36.

⁶⁵ L. Usai, "La cerámica preistorica dell'area del Croninario", *RSF* 18(1) (1990), p. 114-115, fig. 8.

⁶⁶ P. Bernardini 1993, *cit.* n. 3, p. 59.

⁶⁷ R. Zucca 1987, *cit.* n. 62. P. Bernardini 2000, *cit.* n. 3, p. 48.

tegración en dicha ciudad de elementos aristocráticos sardos⁶⁸, algo que también vendría indicado por las estatuas del santuario de Monte Prama, ubicadas en sus cercanías y pertenecientes a un grupo gentilicio aristocrático sardo⁶⁹. Otra cuestión sería el status del elemento indígena en Tharros, que Bernardini⁷⁰ cree que debía ser subalterno respecto al fenicio excepto los aristócratas, equiparados a los colonos y con los que colaboraban para tener sometida al resto de la población.

Esta integración de elementos poblacionales nurágicos en Tharros va seguido igualmente de una proyección territorial del asentamiento fenicio hacia el *hinterland*, controlado por los indígenas en los siglos VIII-VII a. C. Pero ya desde mediados del siglo VII a. C. en adelante el dominio fenicio se va concretando, pasando ya a observarse como el territorio en torno a Tharros se inserta en un modelo de poblamiento urbano centrado en dicha ciudad⁷¹, en un proceso que recuerda al que se está produciendo en las costas de Málaga.

Finalmente, en la tumba 24 de la necrópolis de Bitia se ha documentado una sepultura de incineración en urna en la que se usaron como recipientes cinerarios dos urnas de evidente tradición nurágica⁷² que parecen evidenciar la adscripción étnica de su propietario.

Igualmente, se ha hallado en la tumba 4 un puñal de bronce de hoja triangular de tradición nurágica en contexto secundario, ya que se trata de una tumba de época púnica⁷³, además de alguna faretrina votiva y armas de tradición sarda⁷⁴, lo que evidencia también en este caso la existencia de indivi-

duos indígenas de elevado rango incluidos en la comunidad colonial fenicia.

Por último, señalar que existen evidencias del rito de la descarnación en una tumba de inhumación en ánfora fechada a fines del siglo VII a. C., que quizá deba relacionarse con su uso por parte de las poblaciones locales⁷⁵.

3.2. *El impacto fenicio en los asentamientos nurágicos.*

Por el contrario, no existen por el momento pruebas de la presencia sistemática de individuos fenicios en los poblados nurágicos (la única excepción conocida hasta el momento sería la de Sant'Imbenia), documentándose únicamente la llegada de materiales cerámicos fenicios, la más que posible adopción del torno de alfarero, aunque en un grado ciertamente limitado, y la adopción de ciertos elementos iconográficos y tal vez ideológicos por parte de las poblaciones locales, principalmente sus elites⁷⁶.

Comenzando por el ya mencionado poblado de Sant'Imbenia, aquí sí que parece clara la presencia de un contingente de comerciantes fenicios asentados ya en fechas muy tempranas, fines del siglo IX a. C., como demuestra la importante cantidad de cerámica fenicia hallada en el mismo desde esa fecha hasta mediados del siglo VII a. C.⁷⁷, sin paralelos hasta la fecha en ningún otro yacimiento indígena de Cerdeña.

La explicación que se ha dado para la presencia de este contingente fenicio es que se trataba de un *emporion* o asentamiento comercial en territorio extranjero, que tendría como misión drenar la riqueza en meta-

⁶⁸ R. Zucca 1987, *cit.* n. 62, pp. 124-125.

⁶⁹ P. Bernardini 1992, *cit.* n. 61, p. 406.

⁷⁰ P. Bernardini 1993, *cit.* n. 3, p. 76.

⁷¹ A. Stiglitz, "Città e campagna nella Sardegna punica", in C. Gómez Bellard (ed.) *Ecología del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia 2003, pp. 114-115.

⁷² P. Bartoloni, *La necropoli di Bitia I*, Roma 1996, p. 53, fig. 22:186-187.

⁷³ M. Botto, "Le armi", in P. Bartoloni *La necropoli di Bitia I*, Roma 1996, p. 143.

⁷⁴ P. Bernardini 1993, *cit.* n. 3, p. 75.

⁷⁵ P. Bartoloni, *cit.* n. 72, p. 53.

⁷⁶ P. Bernardini 1992, *cit.* n. 61; 2000, *cit.* n. 3.

⁷⁷ I. Oggiano, "La ceramica fenicia di Sant'Imbenia (Alghero - SS)", in P. Bartoloni - L. Campanella (eds.) *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti*, Roma 2000, pp. 235-258.

les de la comarca de la Argentiera, como sugieren los dos depósitos de lingotes de cobre hallados en el interior de una de las cabañas del poblado⁷⁸, en una zona en la que nunca se fundaron colonias fenicias, que quedaban situadas geográficamente más al sur.

Otra cuestión es explicar como se integraba esta población dentro del tejido social nurágico, si simplemente se trataba de una población flotante o, por el contrario, era permanente y estaba ligada a la comunidad local por algún tipo de lazo social, ya sea éste el parentesco o cualquier otro.

En el resto de Cerdeña, no hay motivos que impidan explicar la presencia de materiales fenicios en el medio indígena como reflejo de los intercambios existentes entre los colonos fenicios y las poblaciones locales, observándose como algunos de estos bienes, sobre todo los de mayor prestigio, se amortizan en contextos de carácter sacro, como el *thymiaterion* del santuario de Santa Vittoria di Serri o la ampolla para perfumes o aceite perfumado recuperada en el pozo sacro de Cuccuru Nuraxi di Settimo San Pietro⁷⁹.

Por lo demás, se conocen algunas importaciones de material fenicio en diferentes poblados nurágicos, como el *thymiaterion* de S'Uraki di S. Vero Milis⁸⁰ y las cerámicas de Barumini⁸¹, la cabaña 1 del nuraghe Piscu⁸² y la lucerna de un pico (quizá una imitación) de Monte Olladiri de Monastir⁸³, aunque ciertamente éstos no parecen ser muy abundantes.

Igualmente, se ha planteado la influencia de la plástica oriental sobre la iconografía de

las estatuas monumentales en piedra del santuario de Monte Prama y parte de la bronceística figurada sarda, aunque se trataría más de la incorporación de detalles decorativos a un lenguaje artístico local que de una traslación directa de la iconografía y de los mensajes orientales a estas producciones sardas⁸⁴.

En el caso de Monte Prama, el propio concepto de escultura monumental en piedra parece propiamente fenicio, pero no así el tipo de imagen y de mensaje social que se pretende transmitir, que aparece plenamente asociado a la tradición local y con una función de soporte ideológico de los grupos dominantes locales basados en estructuras sociales de tipo gentilicio⁸⁵.

Parece, por tanto, que no existe una profunda asimilación del lenguaje artístico fenicio, posiblemente tampoco de su mitología, ya que estas obras artísticas se realizan siguiendo las convenciones propias de la población nurágica, así como tampoco de una adopción notable de la tecnología de la cerámica a torno, que no parece generalizarse hasta fines del siglo VII e inicios del VI a. C.

Este hecho ha sido explicado por Bernardini⁸⁶ por el debilitamiento a causa de la colonización fenicia de la aristocracia nurágica a lo largo del siglo VII a. C., que sería la clientela natural de las producciones orientales y de las innovaciones tecnológicas e ideológicas de la misma procedencia, lo que provocaría que no surgiese una cultura orientalizante plenamente desarrollada, como en el caso de la Península Ibérica, y el colapso de la organización social nurágica de la Edad

⁷⁸ S. Bafico – R. D'Oriano – F. Lo Schiavo, "Il villaggio nuragico di S. Imbenia ad Alghero (SS). Nota preliminare", in *ACFP* III, 1, pp. 89-91.

⁷⁹ P. Bernardini – G. Tore, "Sui materiali del tempio a pozzo di Cuccuru Nuraxi di Settimo San Pietro (Cagliari)", in *La Sardegna tra il secondo e il primo millennio a.C.*, Cagliari 1987, pp. 299-312.

⁸⁰ G. Tore "Intorno ad un "torchiere" bronzeo di tipo cipriota da San Vero Milis (S'Uraki)-Oristano", in *Società e cultura in Sardegna nei periodi orientalizzante ed arcaico (fine VIII sec. A.C. – 480 a.C.). Rapporti fra Sardegna, Fenici, Etruschi e Greci*, Cagliari 1986, pp. 65-76.

⁸¹ V. Santoni, "Osservazioni sulla Protoistoria della Sardegna", *Mélanges de l'École Française de Rome, Antiquité* 59(2) (1977), pp. 447-470.

⁸² V. Santoni, "L'Orientalizante antico-medio della capanna n. 1 del nuraghe Piscu di Suelli – Cagliari", *QuadCagliari* 6 (1989), pp. 73-111; "Nota preliminare sull'Orientalizante antico-medio della capanna n. 1 del nuraghe Piscu", in *ACFP* II, 3, pp. 1231-1244.

⁸³ G. Ugas, "La produzione materiale nurágica", in *Note sull'apporto etrusco e greco. Società e cultura in Sardegna nei periodi orientalizzante ed arcaico (fine VIII sec. A.C. – 480 a.C.). Rapporti fra Sardegna, Fenici, Etruschi e Greci*, Cagliari 1986, tav. I:4.

⁸⁴ P. Bernardini 1992, cit. n. 61, p. 406.

⁸⁵ P. Bernardini 1992, cit. n. 61, pp. 403, 406.

⁸⁶ P. Bernardini 1992, cit. n. 61, p. 407.

del Hierro, lo que facilitaría posteriormente la inclusión de buena parte de la isla en el área de dominio colonial cartaginés.

4. SICILIA Y EL NORTE DE ÁFRICA

A diferencia de lo que sabemos de la Península Ibérica y de Cerdeña, poco es lo conocido acerca de las relaciones entre los colonos fenicios asentados en el occidente de Sicilia y la población local (los Elimos), ya que las evidencias arqueológicas son muy escasas y se limitan a cierta cantidad de cerámica indígena hallada en Motya en la necrópolis, el *tophet* y el área sacra del Capiddazzu que podrían indicar la presencia de individuos locales incluidos dentro de la población colonial⁸⁷.

Así, las cerámicas «elimas» halladas en contextos fenicios son muy escasas, documentándose únicamente algunos fragmentos en Motya y en la necrópolis de Palermo⁸⁸, todas ellas con las típicas decoraciones geométricas incisas y pintadas. Por ello, se supone que la presencia de poblaciones indígenas de la Sicilia occidental en las colonias fenicias sería muy escasa o inexistente, explicándose mejor estos fragmentos cerámicos como consecuencia de las relaciones de los colonos fenicios con las poblaciones circundantes⁸⁹.

Igualmente, también a contextos indígenas se han referido las denominadas *pignatta*, un vaso de cerámica a mano de perfil troncocónico y con cuatro mamelones bajo el borde que actuaban como asas. Esta forma cerámica sólo se ha documentado en las necrópolis fenicias (Motya, Palermo y So-

lunto) y en contextos indígenas de Sicilia⁹⁰, por lo que podría estar también indicando la presencia de algunos indígenas incluidos dentro de la población colonial fenicia.

También escasas son las evidencias de cultura material fenicia en contexto indígena, pudiéndose señalar los cuencos y anillos de oro de estilo orientalizante y los jarros de engobe rojo local que muestran evidentes influencias de las producciones fenicias hallados en la necrópolis indígena de Sant'Angelo Muxaro y algunos escarabeos documentados en la de Finocchito⁹¹. En este sentido, conviene recordar también como el asentamiento elimo de Eryx, a pocos kilómetros de Motya, no muestra influencias fenicias hasta avanzado el siglo VI a. C.⁹².

Todo ello, hace pensar a Bondí⁹³ que esta ausencia de penetración al interior del territorio debió limitar el contacto físico entre fenicios e indígenas sólo a las fundaciones coloniales, mientras que las poblaciones indígenas del *hinterland*, ya fuera por la fuerza de sus tradiciones culturales o por el escaso número de fenicios, no resultaron influidas culturalmente por los colonos. No obstante, se nos escapa el grado de interacción entre ambos grupos culturales y cuál fue el posible mecanismo de integración de los indígenas en las fundaciones fenicias.

No obstante, que las relaciones existían y debían ser estrechas lo demuestra, para una época más tardía (segunda mitad del siglo V a. C.), el texto de Tucídides⁹⁴ que relata las buenas relaciones existentes entre el pueblo asentado en las cercanías de las colonias fenicias, los Elimos, y éstas últimas, lo que contrasta con el panorama ofrecido en este mis-

⁸⁷ S. F. Bondì, "I Fenici en Occidente", in *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes* (=Collection de L'École Française de Rome), Pisa-Roma, p. 383.

⁸⁸ S. F. Bondì, "Gli Elimi e il mondo fenicio-punico", in G. Nenci – S. Tusa – V. Tusa, *Gli Elimi e l'area elima fino all'inizio della Prima Guerra Punica*, Palermo 1990, p. 136, nota 10. Spanò Giamellaro, A., "La cerámica fenicia della Sicilia", in P. Bartoloni – L. Campanella (eds.) *La ceramica fenicia di Sardegna*, cit., pp. 307. 309.

⁸⁹ S. F. Bondì 1990, cit. n. 88, p. 136.

⁹⁰ A. Spanò Giamellaro, "I Fenici in Sicilia: Modalità insedimentali e rapporti con l'entroterra. Problematiche e prospettive di ricerca", in A. González Prats (ed.) *Fenicios y territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Alicante 2000, pp. 322-323, esp. nota 80. Spanò Giamellaro 2000a, cit. n. 88, p. 306.

⁹¹ R. Leighton, *Sicily before history. An archaeological survey from the Palaeolithic to the Iron Age*, Londres 1999, 230-231 figs. 122-123.

⁹² S. F. Bondì 1983, cit. n. 87, p. 384.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ *Guerra del Peloponeso*, VI,2,4.

mo momento por las relaciones entre los indígenas y las colonias griegas, que son marcadamente conflictivas.

Por su parte, poco es lo que conocemos de las poblaciones indígenas del norte de África a inicios del I milenio a. C. sobre las que debió incidir la fundación de las colonias fenicias de Utica y Cartago y, más al oeste, la de Lixus.

En el caso de Cartago es evidente la existencia de estas poblaciones, ya que las fuentes clásicas nos narran la estratagema con la que Elisa obtiene de la población local el solar de la futura Cartago⁹⁵, los posteriores problemas existentes al pedir Hiarbas, el rey de los Maxitanos en matrimonio a la propia Elisa, y el hecho de que Cartago pagaba un tributo a las poblaciones locales hasta fines del siglo VI o inicios del V a. C.⁹⁶.

Igualmente, la existencia en los niveles más antiguos de Cartago de un considerable porcentaje de cerámica a mano ha llevado a algunos investigadores⁹⁷ a plantear que ésta permite conjeturar la existencia de relaciones entre los fenicios y la población indígena local, ya que parte de este material podría ser de origen norteafricano. No obstante, a partir de las evidencias actuales es difícil emitir un juicio sobre como debieron ser las relaciones entre los cartagineses y las poblaciones locales de la zona, ya que ni siquiera tenemos una caracterización arqueológica de estas últimas.

En la misma dirección apuntan algunos de los ritos funerarios documentados en las necrópolis arcaicas de Cartago (colinas de Byrsa y Junon) y Útica desde el siglo VII a. C., como es el de aplicar una sustancia roja (cinabrio, ocre) sobre el rostro de los difun-

tos, hallándose a veces cuencos con esta sustancia junto a los mismos. Es esta una práctica ritual que no se conoce en Fenicia y, sin embargo, es propia de las poblaciones «libio-fenicias» del cabo Bon y del Sahel tunecino (aunque en época más tardía), lo cual nos estaría indicando la integración de estas gentes en la colonia desde un momento muy antiguo, pudiendo ser este elemento el mayoritario en el asentamiento en ese momento⁹⁸.

Estas relaciones con las poblaciones locales vienen también marcadas por la conquista física de sus territorios ya en la segunda mitad del siglo VI a. C. con las campañas de Malco⁹⁹ y, posteriormente, de Magón, Asdrúbal, Amílcar y sus sucesores¹⁰⁰, que convierten a Cartago en el estado con implantación territorial e importantes intereses agrícolas en el norte de África que disputará a los romanos la hegemonía del Mediterráneo occidental en el siglo III a. C.

Ya a un momento más tardío nos lleva la cuestión de los Libiofenicios mencionados en las fuentes clásicas¹⁰¹, considerados por algunos autores como la población local del norte de África fuertemente semitizada y en situación de dependencia respecto a los colonos cartagineses que habrían sometido políticamente su territorio y serían igualmente utilizados por la metrópoli como un instrumento más de su política colonial en Cerdeña y el sur de la Península Ibérica¹⁰².

Es precisamente en este momento más tardío cuando se registran en el Sahel tunecino y el norte de Argelia toda una serie de necrópolis, como las de la zona de Mahdia, Smirat y Tipasa, que muestran un importante peso del componente local que se traduciría precisamente en el uso del cinabrio o del

⁹⁵ *Just.*, XVIII, 5, 9.

⁹⁶ *Just.* XIX, 1, 3-5 y XIX, 2, 3-4.

⁹⁷ K. Mansel, "Consideraciones sobre la importancia de los productos indígenas en Cartago durante los siglos VIII-VII a.C. A propósito de la cerámica decorada a mano", in A. González Prats (ed.) *Fenicios y territorio*, cit., pp. 170, 173.

⁹⁸ S. Lancel, *Byrsa I. Rapports préliminaire des fouilles (1974-1976)*, París 1979, pp. 256-257, nota 53; S. Lancel, *Cartago*, Barcelona 1994, p. 61.

⁹⁹ *Just.*, XVIII, 7, 2.

¹⁰⁰ *Just.*, XIX, 2, 3-4.

¹⁰¹ *Periplo de Hannon* 1; Herodoto, frag. 2; Éforo en Ps. Scymnos 196-198; Avieno *OM* 420; Diodoro XIII, 19, 8; Estrabón XVII, 3, 19; Plinio *N.H.* V, 3, 24-25.

¹⁰² J. L. López Castro, "Los Libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la Península Ibérica", *RSF* 20(1) (1992), pp. 47-65; A. Domínguez Monedero, "Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias", *Gerión* 13 (1995), pp. 213-239.

ocre en los ritos funerarios aplicado directamente sobre el cadáver o en cuenco junto al mismo, además de la colocación del difunto en posición de cúbito lateral flexionado (posición fetal)¹⁰³.

También hay que señalar el impacto fenicio en las poblaciones del norte de Marruecos en torno a las actual ciudad de Tánger y de la colonia fenicia de Lixus. En una serie de necrópolis de las cercanías de Tánger, entre las que cabe destacar las de Ain Dalia Kebira, Dar Shiro, Djebila y Bouchet B, se observa la influencia fenicia tanto en algunas de las estructuras funerarias documentadas, (sarcófagos monolíticos, cistas rectangulares de sillares, etc.) como en parte de los materiales hallados en las mismas.

Así, se han documentado numerosos elementos de joyería, entre ellos los denominados pendientes de cestilla, algunas cerámica de tradición fenicia y huevos de avestruz. Estas necrópolis ya fueron interpretadas por Ponsich¹⁰⁴ como de poblaciones locales aculturadas y fechadas en los siglos VIII-V a.C., aunque quizá su fecha de inicio pudiera rebajarse al siglo VII a. C. En este sentido, López Pardo¹⁰⁵ ha señalado como los elementos de cultura material fenicia son usados por las poblaciones locales para reflejar un ritual y unas creencias propias, lo que implica un evidente proceso de negociación y una paulatina, pero inexorable, orientalización que trasciende el plano material para pasar también al plano de las ideas y las creencias.

Igualmente, señalar lo anteriormente mencionado sobre la colonia de Lixus, donde la presencia de cerámica a mano fue interpretada como indicio de los intercambios entre las poblaciones locales y los colonos

fenicios¹⁰⁶, evidenciando la existencia de relaciones entre ambos. No obstante, dicha cerámica se ha interpretado últimamente como reflejo de la existencia de individuos naturales de la Península Ibérica formando parte del contingente poblacional de la colonia, seguramente naturales, al menos en parte, de la Andalucía oriental¹⁰⁷. A esto hay que añadir como en los últimos años se ha documentado la proyección fenicia sobre a través del valle del Loucos, como evidencia el yacimiento de Azib Slaoui, donde se han hallado fragmentos de cerámica de engobe rojo y ánforas que permiten fechar el yacimiento de mediados del siglo VI hasta el III a. C.¹⁰⁸.

Por último, pero ya en la costa mediterránea marroquí, encontramos la factoría fenicia de Sidi Abdsalen del Behar en la desembocadura del wadi Martil, que muestra evidentes indicios de interacción con el hábitat indígena de Tamuda, en el curso medio del mismo río, donde se han hallado una fíbula de tipo Acebuchal y un jarro de boca de seta que remontan el mismo al menos hasta el siglo VI a. C.¹⁰⁹.

5. EPÍLOGO

De lo anteriormente expuesto, se puede observar como el análisis de las relaciones entre fenicios e indígenas ha sufrido importantes novedades en los últimos tiempos, dejándose de lado la aplicación de modelos lineales en los que se planteaba el préstamo directo de elementos materiales e ideológicos desde el ámbito fenicio al indígena, y dándose una mayor importancia al estudio de la negociación en dichas relaciones.

¹⁰³ S. Lancel 1994, *cit.* n.98, pp. 267 y ss.

¹⁰⁴ M. Ponsich, *Nécropoles phéniciennes de la région de Tanger*, Tánger 1967.

¹⁰⁵ F. López Pardo, "Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica", *Archivo Español de Arqueología* 63 (1990), p. 29.

¹⁰⁶ F. López Pardo, "Reflexiones sobre el origen de Lixus y su *Delubrum Herculis* en el contexto de la empresa colonial fenicia", *Lixus*, París 1992, pp. 93-94.

¹⁰⁷ F. López Pardo – J. Suárez, *cit.* n. 15, pp.120-122.

¹⁰⁸ A. Akkerraz – A. El Khayari, "Prospection archéologiques dans la région de Lixus. Résultats préliminaires" *L'Africa Romana* 13 (2000) p. 1651-1657.

¹⁰⁹ F. López Pardo, "Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización de implicaciones productivas", *Gerión* 14 (1996), p. 268

No obstante, la diversidad de situaciones históricas y sociales que encontraron los fenicios en su diáspora por el Mediterráneo provoca una gran variedad de respuestas en la interacción de las poblaciones locales con ellos, que va desde el surgimiento de una cultura intensamente orientalizada en el Sudoeste de la Península Ibérica (Tartessos), a una orientalización menos intensa vinculada principalmente a las elites en Cerdeña, hasta

la casi inexistencia de elementos coloniales fenicios en Sicilia.

Sin embargo, los vacíos de investigación existentes todavía en muchas áreas no permiten comprender aún el fenómeno de la interacción entre fenicios e indígenas en el Mediterráneo occidental en su totalidad, aunque las líneas principales han quedado ya delineadas y deben ser matizadas por la investigación en el futuro.

XI. EL HOMBRE Y LA MUERTE

20. IL MORTO

S. RIBICHINI

Ogni ipotesi, ogni ragionamento che noi facciamo intorno alla morte, tenta di aggirare un ostacolo: che la morte, come il sole, non si può guardare direttamente. Il sole perché fa troppa luce, la morte perché è troppo buia, cioè è impenetrabile. Ciò che sappiamo sulla morte si basa su ciò che non sappiamo.

Santo Piazzese, *Il soffio della valanga*

IN LIMINE

Accogliendo un suggerimento del promotore di questa iniziativa editoriale, lo stile qui adottato è per larga parte quello del discorso diretto. Ragioni metodologiche e documentarie giustificano tale scelta, che va comunque precisata.

L'adozione di un linguaggio personale, in primo luogo, consente di porre precisamente in risalto il modo fenicio di considerare e trattare la morte, evitando ripetizioni rispetto a recenti messe a punto delle conoscenze, talune delle quali a firma di chi scrive.

La documentazione, d'altro canto, autorizza largamente una simile impostazione. Nel *corpus* delle testimonianze epigrafiche fenicie e puniche, in effetti, le iscrizioni funerarie costituiscono un cospicuo gruppo, e benché forniscano soprattutto concise notizie sul defunto, di fatto consentono anche di riconoscere i modelli adottati per il distacco dal morto, la sua collocazione tra i deceduti e qualche idea sulle rappresentazioni della morte nell'immaginario fenicio. Negli epitaffi viene ricordato solitamente il nome del defunto, accompagnato o no dal patronimico e dall'indicazione della professione; talora vi è anche la menzione della costruzione sepolcrale e qualche cenno agli esseri che popolano il mondo degli estinti, mentre l'indicazione dell'età di morte, insolita nelle epigrafi più antiche, diviene abituale nelle iscrizioni

neopuniche. In qualche caso, con il nome del defunto viene ricordato anche quello di colui che ha preso l'iniziativa della sepoltura e curato la costruzione della tomba, oppure l'indicazione che a ciò s'è interessato, da vivo, lo stesso defunto. Le epigrafi sono tracciate su vari tipi di supporto: il sarcofago, l'urna, l'ingresso o le pareti di una tomba; oppure la stele, i cippi, le lapidi o i muri di un monumento funebre. Di rado, comunque, le iscrizioni funerarie hanno la struttura di un "dialogo" del morto con il vivo che legge l'epitaffio; più spesso è l'oggetto o lo spazio che segna o racchiude i resti mortali a dare testimonianza di essi, a conservare il ricordo e l'identità del defunto, a documentare per noi i rituali seguiti per la sepoltura e il desiderio di permanere nel ricordo dei vivi. Così, nel rispetto dei formulari, in vari paragrafi ci si limita qui di seguito a citare i testi, per sottolineare la massa (e la qualità) d'informazioni che ne derivano, oppure si enfatizza il riferimento all'oggetto che contiene i resti.

Più volte, poi, per porre a frutto informazioni diverse da quelle derivanti dalle iscrizioni, si è proceduto a personalizzare l'enunciato degli scrittori greci e latini o le conclusioni cui sono giunti gli archeologi, rielaborando con libertà la documentazione (e liberamente accostandola, in più casi, a qualche epitaffio). L'uso delle virgolette uncinate («_») per i testi epigrafici riportati in traduzione consente tuttavia di distinguere agevolmente il rinvio alla documentazione diretta dalla rielaborazione qui compiuta per le notizie letterarie indirette (si usano, a tal fine, le virgolette inglesi: " ") o per le deduzioni offerte dall'analisi archeologica. Tale criterio si segue in particolare per rendere conto della pluralità dei riti testimoniati dagli scavi dei siti fenici e punici¹ e della diversità delle costruzioni sepolcrali²: temi sui quali non è qui possibile trattare in dettaglio.

Tenendo conto infine della varietà dei co-

stumi funerari nelle diversità spaziali e temporali che la documentazione permette d'individuare, da Oriente a Occidente, dagli inizi del I millennio a. C. alle testimonianze d'epoca successiva alla caduta di Cartagine, la personalizzazione della figura in esame viene resa con riferimento non al morto, in generale, bensì alla pluralità dei deceduti e dei riti per loro adottati, distinguendo a più riprese quanto relativo, nei diversi luoghi e circostanze, agli incinerati o agli inumati, al re, al magistrato, all'artigiano, al sacerdote, all'uomo d'armi, alla donna, al bambino, allo straniero e così via. Si procede, per forza di cose, con esempi circoscritti, che pongono in primo piano la storicità del singolo individuo ma non esauriscono la tipologia dei riti, delle sepolture e dell'architettura funeraria, né consentono di stabilire notazioni con valore generale, applicabili ovunque e in ogni tempo.

Si raccolgono dunque, per paragrafi successivi (ma qualche ripetizione o diversa collocazione è inevitabile), le notizie relative alle idee circolanti sullo stato di morte, alle costumanze funerarie che marcavano le esequie, ai riti seguiti per la sistemazione del cadavere, alle immagini e alle preoccupazioni circa l'oltretomba, il pericolo di essere dimenticati, rimanere insepolti o venire disturbati dal riposo eterno. Disseminati nel testo, in caratteri maiuscoli, s'indicano poi i termini specifici del vocabolario funerario, qual-

che nome proprio non vocalizzato, e ancora qualche titolo o epiteto testimoniati nelle iscrizioni. I puntini di sospensione, infine, sono utilizzati sia per tagli nelle citazioni sia per passaggi di difficile interpretazione o poco significativi ai fini di questo contributo.

Si spera, in definitiva, di essere così riusciti a proporre un panorama sufficientemente fedele dello stato della documentazione, nella piena coscienza del rischio di parodiare in tal modo altre e bene accreditate antologie d'epigrafi funerarie³, nonché dell'impossibilità pratica di assegnare una risposta a tutte le questioni.

LO STATO DI MORTE

Mot, e Muth, 'la Morte'. "In principio era un alito d'aria oscura e il caos, torbido e tenebroso, e tutto rimase a lungo indefinito e senza limite ... Poi si produsse una mescolanza degli elementi del soffio e questa combinazione fu chiamata Pothos (= Desiderio); essa fu il principio di tutta la creazione. ... E dalla combinazione del vento sorse Mot: questo alcuni chiamano fango, altri putrefazione della mescolanza dell'acqua; e da ciò prese origine ogni seme della creazione e la formazione di tutte le cose". "E qualche tempo dopo, quando morì un altro suo figlio, nato da Rhea e chiamato Muth, il sommo dio Kronos ne fe-

¹ Nella Fenicia dei secoli X-VIII a. C. l'inumazione è il costume prevalente, benché non manchino ritrovamenti d'urne cinerarie. Nella necropoli di Khaldé presso Beirut, ad esempio, accanto alla pratica maggioritaria dell'inumazione si osservano alcune incinerazioni in vasi funerari. A Cartagine, il rito della cremazione coesiste in epoca arcaica con la pratica più generale dell'inumazione; poi l'incinerazione si diffonde, dalla fine del V sec. a. C. Dall'VIII al VI secolo, negli insediamenti fenici occidentali, le proporzioni si invertono e l'incinerazione è largamente maggioritaria. In Sardegna, ad esempio, le sepolture fenicie più antiche sono per lo più a incinerazione; la consuetudine d'inumare i defunti entra nell'uso più tardi, e diviene il solo rito praticato nel terzo quarto del VI secolo, nel momento in cui si afferma il dominio cartaginese e genti nord-africane introducono sull'isola i loro costumi. La cremazione cade così in disuso per due o tre secoli, tornando però in auge nella Sardegna d'epoca ellenistica, probabilmente per influsso greco. Cf. in generale *TPC* e *Riti funerari e di olocausto*.

² Tombe a camera sotterranea, con accesso mediante pozzo o piano inclinato, eventualmente con gradini; ipogei imponenti e ben costruiti o semplici pozzi talora con vani laterali; tombe a cista, composte da lastre di pietra; tombe a fossa, scavate nel terreno o nella coltre di pietra, senza particolari costruzioni o talora sigillate da una lastra; mausolei del Nord Africa romanizzato; per sepolture individuali o collettive, ecc. Cf. *TPC*, *passim*; *DCPP*, pp. 457-61 e *CPPMR*, pp. 130-31, 366 e 411-25.

³ L'antologia di epitaffi più recente e più vicina a questi testi è quella edita da M. Khanoussi – L. Maurin, *Mourir à Dougga. Recueil des inscriptions funéraires*, Bordeaux-Tunis 2002. Tra i lavori di riferimento comparativo sono da ricordare: la raccolta di epigrafi sepolcrali in M. Guarducci, *Epigrafia Greca*, vol. II, Roma 1970, pp. 162-76 e vol. III, Roma 1974, pp. 119-97; la silloge di R. Merkelbach – J. Stauber (eds.), *Steinepigramme aus dem Griechischen Osten*, vol. I ss., Stuttgart-Leipzig 1998 ss.; e quella di L. Storoni Mazzolani, *Iscrizioni funerarie, sortilegi e pronostici di Roma antica*, Torino 1973. Ma il pensiero corre altresì ai più conosciuti epigrammi sepolcrali della *Anthologia Graeca Palatina* (libro VII), a quelli di F. Buecheler, *Carmina Latina Epigraphica*, Leipzig 1895-1897 (suppl. di E. Lommatzsch, 1926) e finanche alle poesie della *Spoon River Anthology*, di Edgar Lee Masters. Citando le iscrizioni fenicie e puniche, si è fatto qui riferimento alle principali antologie di testi (*CIS*, *RES*, *KAI*, *ICO*, ecc.), nonché a vari altri studi di epigrafia, senza volere (o potere) discutere la scelta delle traduzioni e trascrizioni adottate; anche la vocalizzazione degli antroponimi è a volte arbitraria.

ce l'oggetto di un culto. E i Fenici lo chiamano Thanatos (= Morte) e Plutone"⁴.

Mwt, 'Morire'. «Per Muttunbaal ..., figlio di MSLM. Tomba e (retta ... come ricor)do della sua famiglia per sempre, al padre. Visse anni 86. Monumento di un morto»⁵.

Škb, 'Riposare, giacere', e *mškb*, 'luogo di riposo'. «Io Tabnit, sacerdote di Astarte, re dei Sidonii, figlio di Eshmunazor, sacerdote di Astarte, re dei Sidonii, riposo in questo sarcofago ...»⁶. «Nel mese di Bul, nell'anno quattordicesimo del suo regno, del re Eshmunazor, re dei Sidonii, figlio del re Tabnit, re dei Sidonii, parlò il re Eshmunazor, re dei Sidonii, dicendo: Fui strappato non a mio tempo, figlio di un numero ristretto di giorni, orfano, figlio di una vedova. E riposo in questo sarcofago e in questo sepolcro, nel luogo che io costruii. Chiunque tu sia, ogni re e ogni uomo, non aprire questo luogo di riposo e non vi cercare alcunché, poiché non vi posero alcunché, e non sollevare il sarcofago del mio luogo di riposo e non portare via me da questo luogo di riposo in un altro luogo di riposo. Anche se gli uomini ti consigliano, non ascoltare le loro parole! ...»⁷. «Io, ... figlio di Shipitbaal, re di Biblo, feci per me questo luogo di riposo ... sarcofago ... Perciò feci ... in questo luogo di riposo nel quale riposo ...»⁸. «Questa stele (è quella) che ha eretto Arish, capo degli agenti di commercio, per suo padre Parsi, capo degli agenti di commercio, figlio di Arish, capo de-

gli agenti di commercio, figlio di Menahem, capo degli agenti di commercio, figlio di MSL, capo degli agenti di commercio, figlio di Parsi, capo degli agenti di commercio; e per sua madre, per Shemzebul, figlia di Baalrom, figlio di Milkyaton, figlio di Azor, capo degli ispettori delle sorgenti (?), sul luogo del loro riposo in pace, per l'eternità»⁹.

L'lm o *b'lm*, 'per Sempre', o 'nell'Eternità'. «Sarcofago che fece Etbaal, figlio di Ahirom, re di Biblo, per Ahirom suo padre, quando lo depose nell'eternità ...»¹⁰. «Io, Abdosir, figlio di Abdsasm, figlio di Hor, una stele, ancora in vita, ho eretto sul mio luogo di riposo in pace per l'eternità, e per mia moglie, Amotashtart, figlia di Taam, figlio di Abdmilk»¹¹. «Per Shamor... Questa stele (è quella che ha eretto ... per l'e)ternità»¹². «Urna per le ossa di Abdmelqart, consigliere, liberto, servo (?) di Abdmelqart. Ha eretto questo per lui Shillek, preposto ai ... Per l'eternità»¹³.

Io sono ..., io ero ..., ora giaccio. In questa mia dimora permanente. Luogo del mio riposo, per sempre. «Stanza della dimora perpetua. Tomba»¹⁴.

LE ESEQUIE

«Geratmilk, sacerdotessa di Astarte-ḪR. Ossa che ha fatto raccogliere Etbaal. La si compiangano!»¹⁵. Il corpo venne dapprima lava-

⁴ I due frammenti di cosmogonia derivano dalla *Storia fenicia* scritta in greco da Erennio Filone (fr. 2 Jacoby, in Eus., *Præp. Evang.*, I 10,1 e 34), un erudito originario di Biblo, vissuto al tempo dell'imperatore Adriano. Verosimilmente sono tratti da similari tradizioni fenicie relative alla "morte" e forniscono testimonianza che anche in tale ambito, analogamente alle tradizioni cananee antecedenti su Mot (= la Morte), documentate dai testi di Ugarit, essa fosse concepita in forma personale e sovraumana, con un probabile ruolo di forza caotica primordiale nella formazione del mondo, poi ridimensionata nel suo potere originario.

⁵ IPT 29 = KAI 128, neopunica da Leptis Magna. L'espressione finale ("monumento di un morto") traduce il neopunico *npš mt*. Il termine *npš* è quello che meglio corrisponde, nell'epigrafia semitica, ai vocaboli greci indicanti le "anime", nel senso di "ombre dei morti". Ma in fenicio *npš* ha anche il valore di "persona" (cf. KAI 37 B 5, da Kition = IK C1: "persone, personale"), "disposizione" (*nbš*, in KAI 24 da Zircirli) e, come sembra anche qui, quello di "monumento" (cf. gr. μνημείον).

⁶ KAI 13, da Sidone, incisa sulla parte inferiore di un sarcofago antropoide; metà del V sec. a. C.

⁷ KAI 14, da Sidone, incisa su un sarcofago antropoide della metà del V sec. a. C. Il termine qui tradotto "sarcofago" è *hlt* (da *hlb*).

⁸ KAI 9, da Biblo, prima metà del V sec. a. C.

⁹ KAI 34, da Kition (= IK B45), su una stele di marmo bianco a forma di obelisco, probabilmente della metà del IV secolo a. C.

¹⁰ KAI 1, da Biblo, 1000 circa a. C., situata al margine del coperchio del sarcofago del sovrano [Fig. 8].

¹¹ KAI 35 da Kition (= IK B1), su una lastra di marmo bianco. L'iscrizione si data alla fine del IV sec. a. C. La formula "luogo di riposo in pace" traduce il fenicio *mškb nḥty*.

¹² RES 1208 da Kition (= IK B47), del IV-III sec. a. C.

¹³ RES 906, su due linee, graffita su un vaso a due anse ritrovato nella necropoli di Sousse.

¹⁴ *hḏr br 'lm qbr*: CIS I 124 = ICO Malta 2, del IV-III sec. a. C., su un blocco quadrangolare verosimilmente incastrato nella parete di una tomba.

¹⁵ L'iscrizione è incisa su un cratere fenicio, databile nella seconda metà dell'VIII secolo a. C. Cf. E. Puech, "Un cratère phénicien inscrit: rites et croyances", *Transeuphratène* 8 (1994), pp. 47-73.

to, unto, truccato e adornato con i gioielli e i simboli del mio rango. Un banchetto fu dato in mio onore¹⁶. Poi la mia salma venne condotta alla pira, con una processione di donne che a mani alzate piangevano, e si battevano il petto, e facevano lamentazioni, al suono triste di quei flauti fenici che i Greci chiamano *gingroi*¹⁷. Liquidi furono versati a mia gloria¹⁸ e un agnello venne sacrificato. Etbaal fece quindi predisporre un cratere, nel quale furono raccolte le mie ossa, che ora in pace giacciono, nel luogo del mio riposo, per sempre.

“Io sono Asdrubale, figlio di Magone, condottiero dei Cartaginesi. Sotto il mio comando fu portata la guerra in Sardegna e combattei a lungo contro i mercenari in rivolta; poi, gravemente ferito, morii sull’isola, dopo aver trasmesso il comando a mio fratello Amilcare. E la mia morte fu degnamente onorata a Cartagine, suscitando grande lutto nella città, perché io ero stato undici volte dittatore¹⁹ e avevo celebrato solennemente ben quattro trionfi”²⁰. E per me, “secondo l’usanza praticata in occasione di una grande sventura e in segno di lutto, i Cartaginesi posero drappi neri sulle mura”²¹. E “piangendo si prosternarono a terra, percuotendola con le mani e con la testa, strappandosi le vesti, e alzando al cielo le mani, con pianti e grida”²².

“Io sono Imilcone, figlio di Annone, grande e sventurato comandante dell’esercito di Cartagine in Sicilia. Dopo aver vinto molte battaglie per terra e per mare, dopo aver conquistato Gela, Agrigento e altre città, improvvisamente perdetti il mio esercito, per il violento influsso pestilenziale di una stella. Pagai un for-

te riscatto al mio nemico, Dionisio tiranno di Siracusa, per potermi ritirare con i concittadini scampati al contagio. Quando ciò fu annunciato a Cartagine, la città piombò nel dolore: ogni luogo risuonava di alti gemiti, quasi che la città stessa fosse stata conquistata. Furono chiuse le case private, serrati i templi degli dèi, interrotte le cerimonie sacre, trascurati gli affari privati. Tutti vennero al porto, per chiedere notizie sui propri familiari e accogliere i pochi che sbarcavano; e quando divenne chiara la sorte di quegli infelici uccisi dalla peste, allora tutta la spiaggia fu piena dei gemiti di quanti si abbandonavano alla disperazione, degli urli e dei tristi lamenti delle sventurate madri. Io scesi dalla nave discinto, con una squallida veste di servo; levando le mani al cielo, deplorai la mia sorte e la pubblica sciagura: vincitori eravamo rispetto al nemico, ma vinti riguardo all’epidemia. Niente era più intollerabile per me che il non essere potuto morire fra gli uomini più forti e l’essere invece sopravvissuto non per godere la vita, ma per essere oggetto di scherno da parte della sventura. E volli mostrare alla patria che non ero vissuto fino a quel giorno nel desiderio di vivere, ma solo per non abbandonare proditoriamente con la mia morte, lasciandoli in mezzo alle armate nemiche, coloro che erano stati risparmiati dalla peste orrenda. Così gridando entrai in Cartagine, e come giunsi sulla soglia di casa congedai la folla, con un ultimo discorso; poi chiusi le porte e senza lasciar entrare nessuno, neppure i miei figli, mi detti da solo la morte”²³.

Straniero io sono, e pur tuttavia testimone, con la mia fine, delle usanze di Cartagine.

¹⁶ Cf., tra gli altri, A. Krandel Ben Younès, “Le thème du banquet funéraire sur une hachette rasoir punique”, *REPPAL* 9 (1995), pp. 109-113; A. M. Jiménez Flores, “Imagen y ritual: las representaciones simposíacas en contextos funerarios púnicos”, in *ACIFP* IV, III, pp. 1177-184 e per confronto D. Bonatz, “Il banchetto funerario. Tradizione e innovazione di un soggetto sociale nella Siria-Anatolia dal Bronzo Antico all’età del Ferro”, *Egitto e Vicino Oriente* 24 (2001), pp. 159-74.

¹⁷ Cf. *Ath.*, IV 174; *Poll.*, *Onom.*, IV 76; Hesych., γ 559; Eustath., *ad Hom. Il.*, XVIII 496 (§ 1157).

¹⁸ Dati in J. Debergh, “La libation funéraire dans l’Occident punique. Le témoignage des nécropoles”, in *ACFP* I, pp. 757-62.

¹⁹ In punico, probabilmente, *rb mħnt*: cf. M. Szynger, “Les titres puniques des fonctions militaires à Carthage”, in *113e Congrès national des Sociétés Savantes, Strasbourg, 1988, IVe Colloque international sur l’histoire et l’archéologie de l’Afrique du Nord*, I, Paris 1990, pp. 113-21 e particolarmente p. 117.

²⁰ Just., XIX 1,6-8. L’episodio si colloca verso la fine del VI secolo o gli inizi del V a. C.

²¹ Questa forma di cordoglio nazionale è testimoniata da Diod. Sic., XIX 106,4 per un avvenimento del 311 a. C., quando una forte tempesta aveva causato gravi perdite all’esercito occupato nelle operazioni militari di Sicilia. Cf. anche Diod. Sic., XX 9,1 (drappi neri sulle prore delle navi).

²² Cf. *Liv.*, XLII 23,10; Diod. Sic., XXXII 6; App., *Lib.*, 81 e 91-92, per riti di lutto in occasioni diverse da questa.

²³ Il resoconto si trova in Just., XIX 2,7-3,12; cf. anche Diod. Sic., XIV 54-76 (con qualche variante). L’episodio si colloca nel 396 a. C. Sul generale punico cf. K. Geus, *Prosopographie der literarisch bezeugten Karthager*, Leuven 1995, pp. 159-66.

Tiberio Sempronio Gracco è il mio nome; ed ero console di Roma per la seconda volta quando morii, combattendo contro Magone, fratello e luogotenente di Annibale il Cartaginese. «E Magone annunciò subito ad Annibale la mia morte e ordinò che il mio corpo esanime fosse posto dinanzi alla tribuna del generale, insieme con i fasci littori che erano stati presi sul campo. E Annibale fece alzare per me un rogo all'ingresso dell'accampamento cartaginese; e l'esercito in armi sfilò tra le danze guerresche degli Iberici, con scuotimento di armi e movenze di corpi proprie di ciascuna gente, mentre lo stesso Annibale celebrava le mie esequie con ogni forma di tributo, in atti e in parole»²⁴.

«È stata eretta questa lapide per Ianuaria. Un agnello è stato immolato. Ed ecco che ha vissuto 43 anni sulla terra (?)»²⁵.

IL TRATTAMENTO DEL CADAVERE

«... io sono solo, ed ecco, io riposo in questo sarcofago, raccolto nella mirra e nel bdellio...»²⁶. «Io, Tabnit, re dei Sidonii, riposo in questo sarcofago ...» egiziano, che simula sul suo coperchio una mummia avvolta nel sudario e reca su tutto il corpo, su varie colonne, una lunga iscrizione geroglifica con l'epitaffio del primo occupante del sarcofago, il generale Penptah. E giaccio avvolto in un impasto di resina di cedro, di terebinto, bitume, foglie di timo, menta e hen-



Figura 1
Sarcofago di Ahirom, lato.

na, fasciato nelle bende su una tavola di sicomoro; e conservo, presso di me, gli oggetti del mio corredo funerario²⁷.

«In questo sarcofago io Batnoam, madre del re Azibaal, re di Biblo, figlio di Paltibaal, sacerdote della Baalat, riposo con una veste e un diadema sopra di me e una lamina d'oro sulla mia bocca, così come era costume fare con le donne regali che furono prima di me»²⁸.

«Sepolcro di Arishutbaal, la sacerdotessa, moglie di Melqarthalos»²⁹. A Cartagine, io

²⁴ Liv., XXV 16-17. Il console morì nel 212 a. C. in Lucania. Sulla sua fine, come osserva lo stesso Livio, esistevano vari resoconti. Diod. Sic., XXVI 1,6 racconta che quando ad Annibale fu portato il corpo del nemico caduto, i soldati reclamarono a gran voce che fosse tagliato a pezzi e che questo fossero poi sparsi al vento. Annibale però si oppose e non permise che il loro odio si sfogasse su un corpo ormai insensibile all'oltraggio; ammirò anzi il valore di quell'uomo e gli garantì un magnifico funerale. Poi raccolse le ossa in un'urna e le mandò al campo romano.

²⁵ Il testo è quello di un'iscrizione neopunica dell'antica Uzappa, a circa 20 km da Maktar, in Tunisia, dove sembra possibile leggere il ricordo dell'erezione di una pietra funeraria per la defunta, e della celebrazione, in occasione del suo funerale, del sacrificio di un agnello. Si segue la traduzione di J.-G. Février, "Inscriptions puniques et néopuniques inédites", *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux historiques et scientifiques*, 1965-1966, pp. 223-26. Ma cf. anche G. Garbini, *Venti anni di epigrafia punica nel Maghreb (1965-1985)*, Roma 1986, p. 59 e F. Vattioni, "Le iscrizioni di Uzappa", *AIÖN* 53 (1993), pp. 462-63. Per la questione dei sacrifici funerari nel mondo punico cf. *TPC*, pp. 278-82.

²⁶ È l'iscrizione nota come "Byblos 13", incisa sul frammento di un sarcofago di marmo bianco ritrovato a Biblo e pubblicata in J. Starcky, "Une inscription phénicienne de Byblos", *MUSJ* 45 (1969), pp. 259-73 (cf. pp. 262-63) e ora con il n° 280 in *KAI*, 5 Auflage, Wiesbaden 2002.

²⁷ L'iscrizione *KAI* 13, della quale si è qui citato l'inizio, è incisa sulla base del sarcofago e si data alla fine del VI sec. a. C. Nel testo (cf. più avanti) si maledicono i violatori della sepoltura e quanti disturberanno il riposo di Tabnit, cosa che, verosimilmente, fu fatta per la salma del primo occupante. I dati archeologici sullo stato dei resti mummificati del sovrano sono ricordati in G. Contenau, *Manuel d'archéologie orientale*, III, Paris 1931, p. 1480.

²⁸ *KAI* 11, da Biblo, 350 circa a. C., incisa su una teca di marmo bianco.

²⁹ Iscrizione punica da Cartagine, nella necropoli detta "dei Rab", *CISI* 5941.



Figura 2
ICO, Sard 35.

giaccio, nella tomba sotterranea costruita per me da mio fratello, che fece immergere la mia salma in un bagno di materie oleose e di sostanze resinose, affidandosi alle arti di un esperto imbalsamatore³⁰. Il corpo fu poi rivestito dell'abito funebre e corredato di gioielli e d'ornamenti. Piccole foglie d'argento sono state poste sulle unghie delle mie mani; anelli, pendenti, braccialetti e orecchi-

ni preziosi adornano il mio corpo e un diadema la mia fronte; un sigillo e un corredo vascolare ricordano chi fui. Vasi con alimenti solidi e liquidi sono a mia disposizione, nella tomba; e ancora lampade, unguentari, amuleti, monete, uova di struzzo e altri oggetti numerosi: doni per me, testimonianze d'affetto e d'apprensione per il mio riposo³¹. E giaccio in un sarcofago di marmo bianco, lavorato al modo greco, che mi raffigura sul coperchio con la mano destra levata a sorreggere il velo e la sinistra piegata sul grembo, lo sguardo attonito, la posa ieratica...³².

«Questi (sono) i resti consumati di Bodsid»³³, morto per le ferite riportate combattendo contro i Greci venuti in Libia al seguito dello spartano Dorieo³⁴. «E mentre ciò accadeva, ambasciatori inviati da Dario, re dei Persiani, vennero a Cartagine recando un editto con il quale si vietava ai Cartaginesi di sacrificare vittime umane e di mangiare carne di cane. Inoltre il re ordinava di cremare i cadaveri dei defunti, piuttosto che seppellirli. Nello stesso tempo, i delegati chiedevano aiuto contro la Grecia, alla quale Dario stava per fare guerra. Ma i Cartaginesi, rifiutando gli aiuti a causa delle loro continue guerre contro i vicini, obbedirono volentieri agli altri ordini, per non apparire recalcitranti in ogni cosa»³⁵. Così il mio cadavere venne bruciato su una pira e fu sepolto insieme alle salme dei miei familiari: inumati e incinerati nella stessa tomba, urne accanto alle bare, ceneri vicine alle ossa, per uomini che avevano immaginato pressoché allo stesso modo il mondo dei morti...³⁶.

³⁰ Cf. Plaut., *Poemulus*, 62-63. Sulla preparazione del corpo degli inumati di Cartagine cf. *TPC*, pp. 273-75.

³¹ *TPC*, pp. 260 ss.

³² Sono liberamente accostati in questo paragrafo dati archeologici provenienti da varie tombe di Cartagine. Per la descrizione del sarcofago e le circostanze del suo ritrovamento in una tomba che conteneva anche altre sepolture, si è fatto particolare riferimento a A. L. Delattre, «Sarcophage de marbre avec couvercle orné d'une statue, trouvé dans une tombe punique de Carthage», *CRAI* 1902, pp. 56-64.

³³ L'epitaffio è su un'anfora del Museo di Cartagine: cf. J. Ferron, «Épigraphie funéraire punique», *OA* 5 (1966), p. 199. Il termine per «resti consumati» è *hrt*, che compare anche in *CIS* I 6002, su un vaso recuperato nella necropoli di S. Monica a Cartagine; l'iscrizione è esaminata *ibid.*, pp. 197-201.

³⁴ La spedizione del principe, esule da Sparta, si colloca intorno al 510 a. C. Dopo circa tre anni fu scacciato dall'Africa dai Cartaginesi e si rifugiò in Sicilia: *Hdt*, III 148, V 39-48.

³⁵ *Just.*, XIX 1,10-13. La richiesta di Dario si colloca verso il 491/490 a. C.

³⁶ Nel mondo fenicio e punico è attestata sia la pratica dell'inumazione che quella della cremazione delle salme. La presenza talora concomitante dell'uno e dell'altro rito, anche nella stessa tomba, porta ad escludere che la scelta avesse come motivazione distinte concezioni escatologiche. È difficile in altri termini ipotizzare l'idea che la distruzione completa del cadavere nel fuoco potesse impedire una particolare sopravvivenza nell'aldilà, garantita per contro dall'inumazione, come avviene invece presso taluni popoli che usano distintamente l'uno o l'altro rito. Per la scelta della cremazione o dell'inumazione si sono date anche altre spiegazioni: motivi d'ordine sociale (ricchi, poveri), etnico (fenici, punici, indigeni, stranieri), economico-sanitario (praticità dell'incinerazione, problemi di spazio) o anche l'età del defunto. Ma la questione rimane aperta.

Defunto ancor giovane, io giaccio in un'anfora, com'era costume fare per i ragazzi deceduti in Fenicia e a Cipro, e poi ancora a Cartagine, in Sicilia e in Sardegna. La giara fu dapprima sezionata trasversalmente e poi rinchiusa, il corpo adagiato per il riposo eterno, con la testa a toccare il fondo del vaso; poi l'anfora venne deposta su un'esigua banchina, ricavata sulla gradinata del corridoio di accesso alla tomba sotterranea della mia famiglia³⁷[Fig. 5].

Morii per una tremenda epidemia, che decimò la popolazione di Cartagine, e fui sepolto in una grande fossa comune, disteso sul dorso, accanto a centinaia d'altri corpi: uomini e donne, l'uno accanto all'altro, l'uno sopra l'altro, in tutta fretta, senza corredo³⁸.

Io giaccio. Non v'è sepolcro ad accogliermi, in questa terra di Sardegna, che mi vide nativo di Sulcis, ma una semplice fossa, nel luogo stesso in cui venne cremata la mia salma, su un letto di querce e di ginepri. Estinto il fuoco, le mie ossa rimasero nella posizione in cui s'erano venute a trovare; sui resti del mio cranio fu posto un piatto, e i vasi utilizzati per l'unzione del mio cadavere vennero deposti accanto a ciò che restava dei miei arti inferiori. Alla sommità della mia tomba, ricoperta col materiale ricavato dallo scavo della depressione, venne eretto un piccolo tumulo e innalzato un segnacolo in pietra³⁹.

«Abdo, servo di Germelqart, figlio di Yatonsid, capomastro»⁴⁰. Un *ustrinum* è servito per cremare la mia salma, non lontano dalla fossa della mia sepoltura; poi i miei resti furono raccolti in un recipiente, insieme ai frammenti dei vasi usati nel rito funebre e gettati tra le fiamme della pira; accanto all'urna, nella fossa del mio riposo, hanno deposto anche il vaso per l'unzione, intatto⁴¹.

Inumato, riposo in posizione supina, con



Figura 3
Stele di Antipatros l'Ascalonita divorato da un leone (CIS I 115 A), Museo Nazionale di Atene (*Semitica*, 38 [1990], tav. IV, p. 48).

³⁷ Per questo tipo di sepoltura, nota con il termine greco *enkythrismos*, cf. *TPC*, pp. 65-68 e P. Bartoloni, "Riti funerari fenici e punici nel Sulcis", in *Riti funerari e di olocausto*, p. 74.

³⁸ Per i dati archeologici su questa fossa comune a inumazione cf. *TPC*, pp. 68 e 344-45. La fossa era forse già in uso al tempo dell'epidemia del 379 a. C., ricordata da Diod. Sic., XV 24,2.

³⁹ Cf. Bartoloni, *cit.*, in *Riti funerari e di olocausto*, pp. 67-81 (cf. pp. 68-69 per questa modalità, individuata a Bithia, Monte Sirai e Paniloriga).

⁴⁰ Il personaggio è attestato in una dedica punica di Monte Sirai *ICO Sard 39* (IV-III sec. a. C.), su una placchetta rettangolare in bronzo. La traduzione "capomastro" rende il punico *b'lhṛš*, che altri traducono "architetto", "imprenditore" o anche "incisore".

⁴¹ Cf. Bartoloni, *cit.*, in *Riti funerari e di olocausto*, p. 69.



Figura 4
CIS I, 6000.

le braccia distese lungo i fianchi e il corredo vascolare dietro la mia testa, rivolta a sud-est. La mia tomba è una fossa, scavata nella roccia per pochi centimetri, quanto basta a contenere il cataletto, marginata da filari di ciottoli e ricoperta da lastre che poggiano sui lati della sepoltura. Sul mio corpo sono state disposte grosse pietre, in modo regolare, quasi a voler impedire un ritorno tra i vivi ...⁴² [Figg. 11, 12, 14].

Sono morto di malamorte, prima del mio tempo, bruciato su una pira. Non c'è un nome, sulla pietra che sovrasta l'urna dei miei pochi resti, e forse un nome neppure l'ho avuto, nella mia breve esistenza dopo la nascita: qualche mese o forse solo qualche giorno, non so. Non è lo spazio di una necropoli ad accogliere i miei resti, e quelli di altri, come me, morti neonati, ma un'area consacrata ai confini dell'abitato, con un sa-

cello per contenere le immagini del dio titolare del culto. Accanto alle mie ceneri, sotto la mia urna e sopra la stele, altri resti, umani e animali, in altre urne, con altre stele, conservano memoria di un rito che ha preceduto la mia tumulazione e la dedica del cippo, e del rito, per il Signore Baal Hammon, e per la sua paredra, la Signora Tanit. «Alla signora Tanit-Volto-di-Baal e al signore Baal Hammon, dono che ha dedicato Bodashtart figlio di Arish figlio di Baalhalos figlio di Arish. Perché ha ascoltato la sua voce, lo ha benedetto»⁴³, hanno scritto i dedicanti, secondo la formula consueta in questo luogo di culto ... E vengono i miei familiari e versano liquidi, e bruciano incenso, sulla stele, e invocano nuovamente Tanit, e per suo tramite Baal Hammon...⁴⁴.

LA TUMULAZIONE

šd 'lmm, 'campo degli dèi'. Ceneri di «Abdhammon, figlio di Ab(i)sid», raccolte in un'urna e deposte in una fossetta, ricavata dalla roccia, che segna il mio spazio nel «campo degli dèi»⁴⁵.

Qbr, 'seppellire'. «... e non siano sepolti in un sepolcro ...»⁴⁶.

Qbr, 'tomba, sepolcro'. «Tomba di Akboram, il fonditore, figlio di Baalshillek»⁴⁷. «Tomba di Amran, figlio di Gerashtart. Questa è la tomba che fece sua moglie Kabdash-tart, Arvadita»⁴⁸. «Tomba di Shibolet, commerciante della città»⁴⁹. «Tomba di Matar, il vasaio»⁵⁰. «Tomba di Baalzebul, moglie di

⁴² *Ibid.*, p. 71. E cf. anche P. Bartoloni, «La tomba 88 della necropoli arcaica di Monte Sirai», in R. Rolle – K. Schmidt (edd.), *Archäologische Studien in Kontaktzonen der antiken Welt*, Göttingen 1998 (= *Veröffentlichungen der Joachim Jungius-Gesellschaft der Wissenschaften*, 87 [1998]), pp. 353-58, con i dati relativi al ritrovamento di un betilo in trono sovrastante un defunto di rilevante livello sociale, in una sepoltura di Monte Sirai, e parimenti P. Bartoloni, «La tomba 95 della necropoli fenicia di Monte Sirai», *RSF* 27 (1999), pp. 193-205 (cf. p. 197), per l'anfora oneraria sovrapposta dagli affossatori al cadavere di una donna in una tomba della stessa necropoli.

⁴³ Iscrizione di Sousse, Tunisia (Stele Cintas 288): cf. M. H. Fantar, «Stèles épigraphes du Tophet de Sousse», *REPPAL* 9 (1995), p. 37.

⁴⁴ Sulla questione del cosiddetto *tofet* nel mondo punico e i rapporti con le sepolture nelle necropoli cf. da ultimo H. Benichou-Safar, «Tophets et nécropoles puniques», in *VIème Colloque international sur l'Histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord* (Pau, oct. 1993), Nancy 1995, pp. 91-102; S. Moscati – S. Ribichini, «Tofet e necropoli, I-II», *RSF* 24 (1996), pp. 77-83.

⁴⁵ L'espressione *šd 'lmm*, «campo degli dèi» (cioè, verosimilmente, la «necropoli»), si trova in *RES* 1512, su un'urna da Tebe, in Egitto, e precede il nome del defunto qui citato.

⁴⁶ *KAI* 14 da Sidone, iscrizione di Eshmunazor, altrove citata.

⁴⁷ Iscrizione punica da Cartagine, *CIS* I 5943.

⁴⁸ Iscrizione punica da Cartagine, *CIS* I 5945. L'iscrizione è incisa in un cartiglio, in caratteri molto eleganti. Nella camera sotterranea in cui fu trovata v'erano una quarantina di scheletri di giovani d'entrambi i sessi.

⁴⁹ *CIS* I 5948 = *KAI* 92 da Cartagine.

⁵⁰ Iscrizione punica su un blocco di calcare, da Mozia, in Sicilia, fine del V-IV sec. a. C.; *ICO* Sic 3.

Azorbaal, figlio di Miqim»⁵¹. «Tomba di Gerashtart, figlio di Baalpillès»⁵². «Tomba di ZYBQT, sacerdotessa della Signora (?) ..., figlia di Abdeshmun, figlio di Baalyaton, figlio di Abdeshmun, moglie di Baalhanno, *miqim elim*, figlio di Abdmelqart, figlio di Himilkat, figlio di Abdeshmun. Non si apra!»⁵³.

Bt, 'edificio'. «Per Smyrnos (?), il Licio, fabbricante di coppe (?), che è in questo edificio (funerario)»⁵⁴.

Hdr, 'stanza, camera sotterranea'. «Stanza della dimora perpetua. Tomba. (Fu fatta?) la sua cavità completamente (?) il m(ese) di Merpam, dell'anno di Hannibaal, figlio di Bodmilk»⁵⁵.

«Himilkat, figlio di Muttun»⁵⁶. E giaccio in un cinerario incastonato in una fossa circolare e formato da sei lastre tufacee grezze: quattro laterali, una in basso come fondo e l'altra in alto come coperchio. All'esterno venne deposto il mio corredo: una bottiglia di argilla rossastra decorata con tre fasce nere, un boccale a ingubbiatura rossa e un vaso ollare, con ansa nastriforme, annerito dal fuoco ...

In questa tomba io riposo per sempre, a Sulcis. La mia salma venne disposta in un feretro ligneo, lungo un lato della camera sotterranea che accoglie, in altrettante bare di legno, i resti di altri nove congiunti. Associati alla mia deposizione sono gli oggetti utilizzati nel mio funerale: una brocca, un piatto e un'anfora. Sul mio corpo, i miei gioielli: una collana e uno scarabeo. Altri corredi, in questa camera, contrassegnano ciascuna sistemazione e i riti seguiti per ungere e aspergere ogni salma; altre brocche, altre anfore, altri ornamenti, e lucerne. La bara venne portata

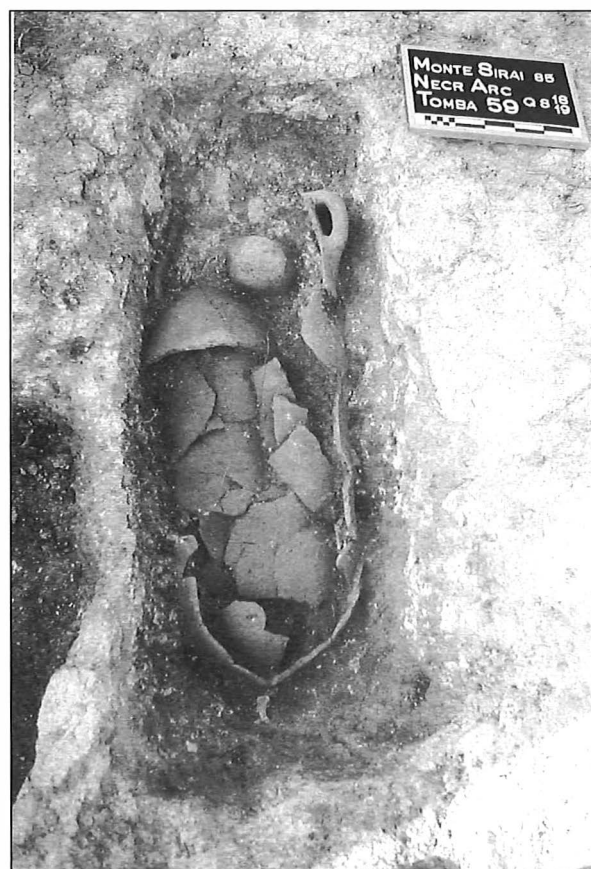


Figura 5
Monte Sirai. Tomba di un bambino sepolto in anfora di epoca punica (P. Bartoloni, *Monte Sirai*, Sassari 1989, p. 49, fig. 38).

nella camera scendendo nel lungo corridoio di accesso a gradini, incassato nella roccia tufacea; e fui posto sul lato sinistro, con la testa rivolta verso l'ingresso, allineato con altri tre feretri, mentre i corpi nelle quattro bare disposte nella parte destra della camera sono in una posizione diversa: formano un altro gruppo, con i segnacoli d'altri riti. Il portello di accesso poi fu chiuso, con pietre cementate nella malta di fango e d'argilla ...⁵⁷.

⁵¹ Caratteri incisi su un cippo da Tharros (Sardegna), del IV sec. a. C. circa; *KAI* 67 = *ICO* Sard 24.

⁵² Caratteri incisi su un cippo piramidale da Villaricos, presso Almería, in Spagna, del IV sec. a. C.; *RES* 600 = *ICO* Spa 3.

⁵³ Iscrizione su una stele in calcare nero, ritrovata ad Avignone e verosimilmente proveniente da Cartagine, del III sec. a. C.; *KAI* 70 = *ICO* App. 4.

⁵⁴ *CIS* I 45 (= *IK* B36), bilingue greca e fenicia da Kition, probabilmente del III secolo a. C. Si tratta del sepolcro di un artigiano specializzato, forse non un semplice vasaio; particolare è anche l'indicazione della costruzione funeraria, come "abitazione" del defunto. Cf. M. Szymer, *Annuaire EPHE, Antiquités et épigraphie nord-sémitiques*, 1973-1974, pp. 144-45.

⁵⁵ *CIS* I 124 = *ICO* Malta 2, sopra citata.

⁵⁶ Il nome è attestato su una dedica nel *tofet* di Mozia: è la n° 31 di M. G. Amadasi, *Scavi a Mozia. Le iscrizioni*, Roma 1986, p. 36. La descrizione che segue è quella della tomba distinta con il n° 50 nella necropoli arcaica di Mozia: cf. A. Ciasca et alii, *Mozia - IX*, Roma 1978, p. 11.

⁵⁷ È la tomba distinta con il numero 9 nella necropoli punica di Sant'Antioco (l'antica Sulcis), con inumazioni che si distribuiscono nel corso del V sec. a. C. I dati relativi all'individuazione degli elementi rituali e cerimoniali e lo studio del rapporto tra la composizione dei corredi, la sistemazione dei feretri e lo stato sociale dei defunti sono esaminati da P. Bernardini, "Sistemazione dei feretri e dei corredi nelle tombe puniche: tre esempi da Sulcis", *RSF* 27 (1999), pp. 133-46.

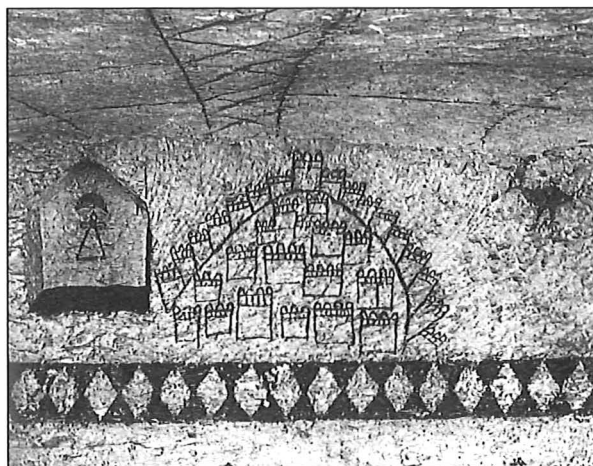
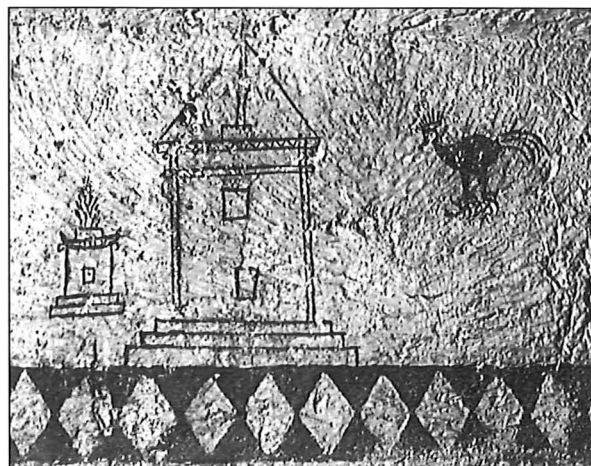


Figura 6

Parete di fondo con decorazioni a pittura di una tomba nella necropoli di Gebel Mlezza, presso Kerkouane, IV-III sec. (S. Moscati, *I Fenici*, cit., p. 449).



Con i miei familiari io sono, nella terra dei Siculi, in questa tomba che insieme raccoglie inumati e incinerati, in una grande camera sepolcrale chiusa da tre grandi lastre monolitiche. Giaccio inumato in un sarcofago di calcare, chiuso da tegole e coppi così da essere più volte riutilizzato; sicché io ora riposo con due inumati e due incinerati accanto a me, adulti e di sesso maschile. Ai piedi del sarcofago, su blocchi di pietra e coperto da tegoli poggiati ad esso, v'è il mio corredo funerario: un'anfora greco-italiota e numerosi vasi a vernice nera. Lungo le pareti della camera quadrangolare vi sono quattro blocchi di calcare, con resti di animali combusti; e coppe, piatti, vaschette, patere e ceramica d'altro tipo; e alcuni cinerari per altre salme cremate; e ancora, nella stanza, un anello d'oro e un coltello e un ago e un anellino di bronzo ...⁵⁸.

Nella tomba: il sarcofago, il cataletto, l'urna, il corredo.

⁵⁸*ʾrn*, 'sarcofago'. «Sarcofago che fece Et-baal, figlio di Ahirom, re di Biblo, per Ahirom suo padre ...»⁵⁹. E poggia su quattro leoni accosciati; e raffigura sui lati lunghi una processione di oranti e offerenti verso il sovrano (o un dio?) seduto in trono; e sui lati corti si vedono scene di lamentazione, con donne che si battono il petto e si strappano i capelli ... [Fig. 1; *vid.* pure Figg. 7, 8, 9]

⁵⁹*ʾrn*, 'urna, cinerario in pietra' [Fig. 16]. «Urna di Baalyaton, figlio di Abdmelqart»⁶⁰, che ha fabbricato Arish, figlio di Bodashtart, l'artigiano costruttore di ossuari.

Mʾspt e *mḥsp*, 'ricettacolo, contenitore per ossa', e *mʿšn*, "urna". «Ricettacolo delle mie ossa»⁶¹. «Urna per le ossa di Yatonmilk, figlio di Bodmelqart, figlio di Abdmelqart, il ...»⁶²; «Urna per le ossa di ...»⁶³.

ʿšmm, 'ossa'. «Non aprire questo sepolcro per disturbare le mie ossa»⁶⁴. «... per aprire questo sarcofago e disturbare le mie ossa

⁵⁸ È la cosiddetta "Tomba Regina" di Palermo, cui si accedeva tramite un *dromos* di m. 2,40 circa, utilizzata come tomba di famiglia per un ampio periodo di tempo, compreso tra la prima metà del V sec. e gli inizi del III sec. a. C., nella quale sono stati identificati circa 35 incinerati. Cf. C. A. Di Stefano e altri, *Palermo punica*, Palermo 1998, pp. 211 ss.

⁵⁹ *KAI* 1 da Biblo, altrove citata. La datazione del sarcofago [Fig. 1] è il XIII-XII secolo; l'iscrizione è contemporanea o forse più recente (intorno al 1000 a. C.). Il termine *ʾrn*, con il significato di "sarcofago", compare anche in altre iscrizioni funerarie regali fenicie; cf. ad esempio *KAI* 9, 11, 13 e 280 (= "Byblos 13"), altrove citate. Per l'arte dei sarcofagi cf. *CPPMR*, pp. 471-73.

⁶⁰ *CIS* I 6043, da Cartagine, trovata incisa sul coperchio di un piccolo ossuario in pietra deposto in un pozzo funerario. Il successivo riferimento all'artigiano (*lḥs ʾmt*, "fabbricante di sarcofagi / ossuari") è desunto da *CIS* I 326, votiva da Cartagine (e vedi anche *CIS* I 3333).

⁶¹ *CIS* I 6000 bis (epitaffio di Milkpilles, altrove citato: *mʾspt ʿšmy*), da Cartagine. Cf. anche *mḥsp* in *CIS* I 6002 e *RES* 596.

⁶² *RES* 951, neopunica da Sousse, graffita sull'ansa di un vaso.

⁶³ *RES* 950 D, su un vaso da Sousse.

⁶⁴ *KAI* 9, da Biblo, iscrizione di Shipitbaal, altrove citata.

...»⁶⁵. «... Ossa di ...R, figlio di Baalshillek, figlio di ...»⁶⁶. «Ossa di Amotmelqart, figlia di Himilkat, figlio di Baalshillek, figlio di Abdeshmun»⁶⁷. «Ossa di Milkat, figlia di Baalshillek»⁶⁸. Ossa ...: le mie ossa ...; quelle ossa dalle quali, secondo la credenza comune, io ho generato i miei figli ...⁶⁹.

«Rasoio di Abdbaal, figlio di Azor»⁷⁰. E riposo disteso, il viso rivolto ad ovest, in un catafalco di legno, in una tomba sotterranea, su più piani, cui dà accesso un pozzo profondo, scavato lateralmente. E all'interno di queste stanze della dimora perpetua le pareti sono decorate con stucco e hanno nicchie, per le urne. Altre salme giacciono a terra, e in un incavo scavato nella pietra. C'è un corredo di vasi per ciascuna sepoltura, e monete e utensili e maschere in terracotta, un'anfora per liquidi, bruciaprofumi e vasselame intenzionalmente rotto, quasi reso inutilizzabile a nostro onore. Un cesto di frutta venne deposto presso il mio cataletto. In un angolo vi sono resti di animali, donazioni per altre deposizioni: capre e montoni, cani e volatili. Una stele fu posta per me all'ingresso del pozzo, in superficie, accanto alle altre: una lastra funeraria di calcare grigio che mi raffigura in un'edicola, la mano destra levata in segno di preghiera, la sinistra piegata sul grembo ...⁷¹.

Fuori la tomba: stele, cippi, altari, edicole e mausolei.

Mšbt e mnšbt, 'stele funeraria, cippo', poi



Figura 7

Sarcofagi con coperchi a figure maschile e femminile da Cartagine IV-III sec. a. C., marmo con pittura. Cartagine Musée de Carthage (S. Moscati, *I Fenici*, cit., p. 297).

anche 'monumento funerario'. «Stele del mio sepolcro ...»⁷². «Stele tra i viventi che eresse Abdosir per il padre suo, per Arkytas (?)»⁷³. «Stele tra i viventi di Abdeshmun, figlio di Milkyaton»⁷⁴. «Cippo di Ketam, figlio di Yashabaal»⁷⁵. «Questa stele è quella che io, Menahem, figlio di ... il *mšl*, ho eretto per mio padre, per Barakshamsh, figlio di Bodeshmun, il *mšl*»⁷⁶. «Stele che hanno fatta i suoi figli al padre loro Nimira ... Costruttori (?) ... »⁷⁷. «Cippo di Bitbaal, figlia di Aulus, la sacerdotessa, sposa di Muttunbaal, figlio di Š'DBR. (L')hanno costruito i suoi figli a loro spese. Ha vissuto 91 anni»⁷⁸. «Monumento funerario di Poltakan, figlio di Masulat, abitante di Dugga ...»⁷⁹.

ʿbn, 'pietra, lapide'. «Lapide posta per Naamphamo, figlia di ... Visse anni 15»⁸⁰.

⁶⁵ Nell'iscrizione detta Byblos 13 (= *KAI* 280), altrove citata.

⁶⁶ *RES* 949, su un vaso da Sousse.

⁶⁷ *RES* 937, dipinta su un vaso da Sousse.

⁶⁸ *RES* 892 (= 593), da Sousse.

⁶⁹ Cf. Serv., in *Verg. Aen.*, IV 625: *sane Punici ex ossibus dicunt oriri posteros, quos nos ex sanguine*.

⁷⁰ *CIS I* 6065 da Cartagine.

⁷¹ Cf. J. Ferron, *Mort-dieu de Carthage, ou les stèles funéraires de Carthage*, Paris 1975.

⁷² Iscrizione bilingue da Demetriade: cf. più avanti nota 109. Per l'arte delle stele funerarie cf. *CPPMR*, pp. 475-93. *Mšbb*, attestato in fenicio, punico e neopunico nelle forme *mšbt* e *mnšbt*, ha il significato generico di stele e quello specifico di cippo o stele funeraria, poi anche "mausoleo" nel quale è iscritto l'epitaffio.

⁷³ *CIS I* 58, fenicia da Kition (= *IK B3*). L'espressione "stele tra i viventi" traduce il fenicio *mšbt blym*.

⁷⁴ *CIS I* 59 (= *IK B4*), fenicia da Kition.

⁷⁵ Caratteri punici incisi su un cippo in arenaria da Tharros, in Sardegna, del V-IV sec. a. C.; *CIS I* 159 = *ICO Sard* 7.

⁷⁶ *CIS I* 57 da Kition (*IK B2*).

⁷⁷ *IPT* 77, neopunica dalla Tripolitania, su un blocco di calcare, testo della seconda metà del I sec. d.C.

⁷⁸ Cf. A. Ferjaoui, "Dédicaces néopuniques d'édifices funéraires", *REPPAL* 9 (1995), pp. 63-68.

⁷⁹ *RES* 237 e 1857, neopunica da Tatahouine (Tunisia).

⁸⁰ Le iscrizioni raccolte in questo paragrafo provengono dalla Tunisia e dall'Algeria e si trovano in J.-B. Chabot, *Punica*, Paris 1918. Si osservi la presenza di nomi numidici e latini frammisti a quelli di tradizione punica, nonché il fatto che in queste epigrafi è consueta l'indicazione dell'età di morte, nella formula "è vissuto anni X" o in quella "è morto all'età di anni Y".



Figura 8
Sarcofago di Eshmunazar (*CIS* I, 3, Tab. II).

«Lapide eretta per Fronto, figlio di Baalhan-
no, il *pyt*». E visse anni 55». «Lapide che è
stata posta per Shibolet, moglie di Gumzal.
Visse anni 40. La eresse per lei Gumzal, suo
sposo». «Lapide eretta per Sisoi, figlia di
Quintus ... Visse anni 85». «È stata eretta
questa lapide per Felix, figlio di Faustus; e fu
tre anni onesto in vita»⁸¹. «Lapide eretta per
Naamphamo, figlia di Iaga, figlio di Abdku-
shor. Visse anni 8». «Lapide eretta per Rufus,
figlio di Montanus. Ha vissuto 13 anni». «Lapide
posta per Bodmelqart, figlio di La-
ban. Visse la vita 75 (anni)». «Lapide eretta
per Iunilius. Ha vissuto anni 6». «Lapide che
è stata eretta per Marishat, figlia di Satur.
L'ha eretta per lei Satur, figlio di Vitalio. Lei
ha vissuto 41 anni». «È stata eretta questa la-
pide per Sulla(?), figlio di Himilkat; è morto
che aveva 2 anni». «È stata eretta questa lapi-

de per Shapurgam, figlio di Dabar, cittadino
di Maktar. Visse anni 50». «Questa lapide è
eretta per Shibolet, figlia di Malel. Visse an-
ni 25. Sposa di Mashiktan, figlio di Chini-
dial».

Nṣb, «stele» [Fig. 10]. «In ..., Š'DYT,
gran sacerdotessa, è morta all'età di 77 anni.
È stata per 18 anni a capo del servizio (reli-
gioso). Stele»⁸².

Mqdš, «tempio, santuario». «I cittadini di
Dugga hanno costruito questo tempio al re
Massinissa, figlio del re Gaia, figlio del sufe-
ta Zilalsan, nell'anno 10 del regno di Micipsa ...»⁸³. «Santuario funerario del Vivente
dei viventi, Micipsa, re dei Massili, il Rim-
pianto, il Reggente della patria, il Capo dei
re, il Benevolo. A lui ha offerto questa statua
con il mantello, e la camera con l'urna fune-
raria (?) Y'ZM, figlio di YZGGSN, figlio di
Bogud, figlio di Massinissa, *miqim elim*, in
ricordo glorioso della illustre Maestà, della
Perfezione illustre, così come i fusti e le basi
(delle colonne), che sono su tutta l'altezza,
preparati per lui ... e profumi ... con una
fiamma ... e gli aromi e la mirra fluida (?)
con canne (aromatiche), incenso ... Ha fatto
Arish, figlio di Abdo, figlio di ...»⁸⁴.

I DEFUNTI

Il re fenicio. «Degno di commiserazione
io sono, strappato non a mio tempo, figlio
di un numero ristretto di giorni, orfano, fi-
glio di una vedova io sono. Poiché io Esh-
munazor, re dei Sidonii, figlio del re Tabnit
re dei Sidonii, figlio del figlio del re Eshmu-
nazor, re dei Sidonii, e mia madre Amash-
tart, sacerdotessa di Astarte, figlia del re Esh-

⁸¹ La formula neopunica traduce quella latina *vixit honeste* e fa probabile riferimento a un bimbo che per tre anni è stato perfetto, cioè integro. Cf. *KAI* 134.

⁸² Epitaffio su una stele probabilmente del I sec. d.C., sormontato da un crescente lunare e relativo, con tutta probabilità, a una of-
ficiante responsabile del culto della Cerere punica. Cf. A. Ferjaoui, «Une épitaphe néopunique d'une grande prêtresse de Cérès pro-
venant de 'Ayin Zakkar (Tunisie)», *Semitica*, 46 (1996), pp. 25-35. Precedentemente edita in *KAI* 136, con interpretazione e datazione
diverse.

⁸³ Iscrizione bilingue punica e numidica *KAI* 101, da Dugga (Cf. Chabot, *Punica*, cit., p. 267 ss.). Il testo qui citato è seguito da un
lungo elenco di persone e relative mansioni, civili o militari, con i nomi di quanti s'incaricarono della costruzione. L'anno 10 di Micipsa
corrisponde al 149 d.C. Questa iscrizione e la successiva documentano epigraficamente la divinizzazione dei sovrani presso le genti di
Libia in tali epoche.

⁸⁴ *KAI* 161, neopunica da Cherchel (Algeria). Si segue la traduzione di J.-G. Février, «L'inscription funéraire de Micipsa», *RA* 45
(1951), pp. 139-50. La formula «santuario funerario» traduce quella neopunica *myqdš qn'm*.

munazor re dei Sidonii, (fummo noi) che costruimmo il tempio degli dèi, il tempio di Astarte in “Sidone terra del mare” e facemmo abitare Astarte in *šmm ʾdrm* e (fummo) noi che costruimmo un tempio a Eshmun ... e (fummo) noi che costruimmo i templi per gli dèi di Sidone in “Sidone terra del mare”, un tempio a Baal di Sidone e un tempio ad Astarte-Nome-di-Baal...”⁸⁵.

I funzionari, il clero. «Per Eshmunadon, figlio di Eshmunadon, governatore di Tiro»⁸⁶. «Di Baalshamor, capo dei portinai, figlio di Abdosir. (Stele) commemorativa che ha eretto per suo padre Abdosir, capo dei portinai»⁸⁷. «Per ʿTHD, figlia di Abdeshmun, il sufeta, moglie di Germelqart, figlio di Benhodesh, figlio di Germelqart, figlio di Eshmunazor»⁸⁸. «Tomba di Shapot, il rab, figlio di Eshmunyaton figlio di Germelqart, figlio di Addirbaal»⁸⁹. «Baalshillek, il rab»⁹⁰. «Tomba di Sophonibaal, la sacerdotessa, figlia di Azorbaal, figlio di Magon, figlio di Bodashtart, moglie di Hanno, il sufeta, gran sacerdote, figlio di Abdmelqart, il sufeta, gran sacerdote, *miqim elim mtrh ʿštrny*»⁹¹. «Tomba del gran sacerdote Muttunbaal, figlio di Himilk, figlio di Abdmelqart, figlio di Himilk, figlio di Baalhalos»⁹².

L'uomo comune, ricco e povero. «(Stele) di Amaskar», «Di Abdshamsh, figlio di ʾŠY», «Di Zakarmilk», «Di Ama, il fabbro», «Di Tabn(it?)», «Boday»⁹³. «Di Abdeshmun, figlio di Abdmelqart»⁹⁴. «TʾRʾ, moglie di

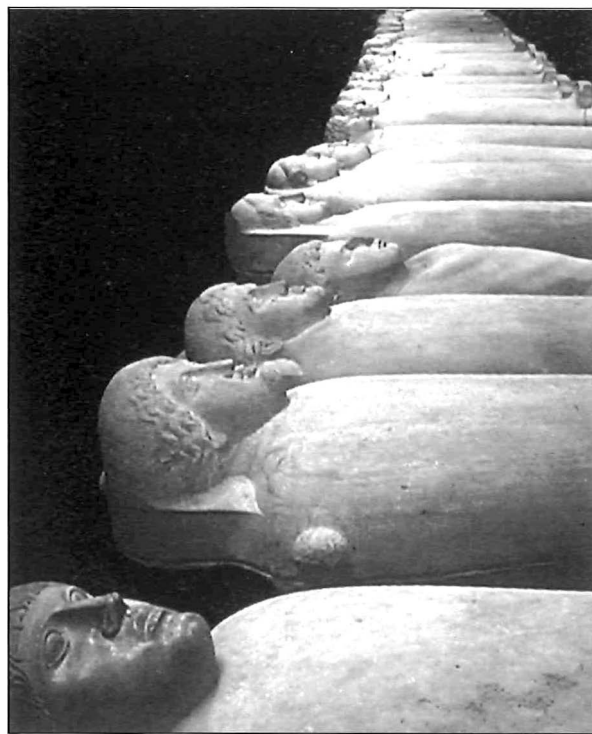


Figura 9

Sarcofagi antropoidi provenienti da Sidone, Beirut, Museo Nazionale (S. Moscati, *I Fenici*, cit., p. 295).

Milkyaton, capo artigiano»⁹⁵. «Shema, figlio di Azibaal, lo scultore»⁹⁶. «Per Abdashtar, figlio di Eshmun..., il costruttore di carri; ha fatto questo (per lui) ZY...»⁹⁷. «Bodeshmun, figlio di PTHʾ, figlio di Maharbaal, lo scriba»⁹⁸. «Di Shillembaal. Di Milkashtart, concubina (?) di Shamorbaal, figlio di Abdmelqart»⁹⁹. «Tomba di Germelqart, figlio di Eshmunyaton, figlio di Himilk, figlio di Ad-

⁸⁵ KAI 14 da Sidone, altrove citata.

⁸⁶ Iscrizione del IV sec. a. C., su un sarcofago, verosimilmente a forma di cassa, di Cipro. Cf. O. Masson – M. Sznycer, *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*, Paris 1972, pp. 69-75 e IK F6 (pp. 188-89).

⁸⁷ Stele da Umm el-Awamid, del III-II sec. a. C.: M. Dunand – R. Duru, *Umm el-ʿAmed. Une ville de l'époque hellénistique aux échelles de Tyr*, Paris 1962, p. 194. Il defunto è raffigurato con il capo velato, sotto il disco solare alato.

⁸⁸ KAI 36 da Kition (= IK B31), del IV sec. a. C. circa.

⁸⁹ CIS I 5954 da Cartagine.

⁹⁰ CIS I 6047, da Cartagine.

⁹¹ Iscrizione punica da Cartagine, CIS I 5950. I titoli non tradotti che chiudono l'epitaffio indicano cariche sacerdotali importanti.

⁹² Iscrizione punica da Cartagine, CIS I 5946.

⁹³ Queste prime iscrizioni sono sulle sei stele recuperate dalla necropoli di Akziv, sulla costa palestinese: Cf. M. Dayagi-Mendels, *The Akhziv Cemeteries, The Ben-Dor Excavations, 1941-1944*, Jerusalem 2002, pp. 169-73 (qualche dubbio sull'autenticità dell'ultimo documento: Cf. *ibid.*, p. 173).

⁹⁴ CIS I 68, da Kition (= IK B13).

⁹⁵ CIS I 64, da Kition (= IK B9).

⁹⁶ CIS I 51 (= IK B42), su una stele di Kition del IV sec. a. C. circa.

⁹⁷ RES 1207 = IK B 46, su una stele in calcare da Kition, del IV sec. a. C., nella quale sono anche raffigurati gli strumenti di lavoro del defunto.

⁹⁸ CIS I 154 = ICO Sard 12, da Tharros, del V-IV sec. a. C.

⁹⁹ CIS I 6011 A e B. Si tratta di due iscrizioni, dipinte con inchiostro nero e giustapposte su un'anfora da Cartagine.

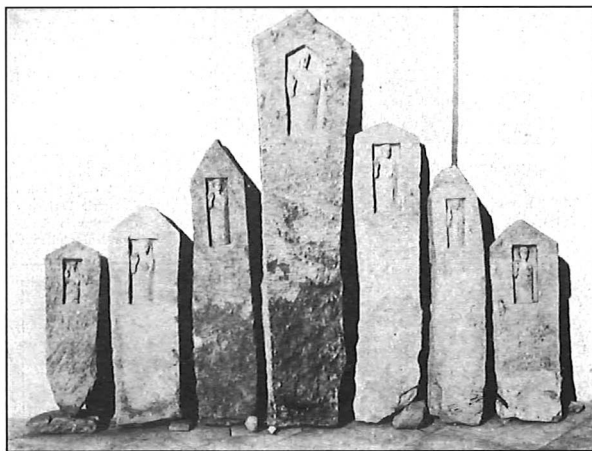


Figura 10

Stele funerarie cartaginesi (A. L. Delattre, *La nécropole des Rabs... Troisième année*, 1904, p. 20).

dirbaal»¹⁰⁰. «Tomba di Abdmelqart, fabbricante di pissidi»¹⁰¹. «Tomba di Halosbaal, figlio di Bodashtart, figlio di Abdmilkat, mercante di canna»¹⁰². «Tomba di Bodmelqart, figlio di ʾSTNYS, figlio di ʾKYS, figlio di PQY, il fonditore»¹⁰³. «Tomba di Baalazor, figlio di Bodashtart, il mercante»¹⁰⁴. «(Di) Geray, il follone, schiavo (o servo) di Hanno, figlio di Abdesmun»¹⁰⁵. «Magon, figlio di Gereshmun»¹⁰⁶. «Baalshillek figlio di Baalshillek». «Naamatgidde». «Boccus». «Byrycht figlia di ...». «Gersakon». «Naamatpame, moglie di Hannibaal ʾrks». «Felicula, figlia di Primus». «Margarita». «Peregrinus Abd-saphon»¹⁰⁷.

E ancora, ricordati da vivi nelle iscrizioni votive o in quelle commemorative¹⁰⁸, tutti gli

uomini della società fenicia. *I funzionari dell'amministrazione*: il sufeta, il rab, il contabile, lo scriba, il capo degli scribi, il membro del consiglio dei trenta preposti alle tasse, il membro del consiglio dei dieci preposti ai santuari, il gabelliere, l'ispettore del mercato, l'ispettore della cava, l'ufficiale, il comandante, l'interprete, l'araldo, ... *Il personale dei santuari*: il gran sacerdote, il sacerdote, la gran sacerdotessa, la sacerdotessa, il diacono, il sacrificatore, il barbiere della divinità, il macellaio-cuciniere, il cantore, il portinaio, il servo, la serva della divinità, ... *I lavoratori*: l'artigiano, il capomastro, il fonditore del ferro, del bronzo, dell'oro, l'orafo, il falegname, il fabbricante di carri, di navi, di reti, di archi, di strigili, di tenaglie, il carpentiere, il muratore, il decoratore, il marmista, il tosatore, il follone, il tessitore, il profumiere, il calzolaio, il vasaio, il lavorante delle saline, il castratore di cavalli, l'accenditore di lampade, il medico, il mercante di profumi, di spezie, di ferro, di oro, di lino, di elefanti / d'avorio, il fornaio, il negoziante, ...

Il forestiero. «Stele del mio sepolcro. Io sono Abday, figlio di Abdelonim, di Arado»¹⁰⁹. «Shemadon, figlio di Hor, di Kition»¹¹⁰. «Di Benhodesh, figlio di Abdmelqart, figlio di Abdshamsh, figlio di Tagnis, uomo di Kition»¹¹¹. «Io sono Asept, figlia di Eshmunshillem, di Sidone. (Questo è ciò) che eresse per me Yatonbel, figlio di Eshmunsaloh, gran sacerdote del dio Nergal»¹¹². «..., figlio di Eshmunadon, uomo di Ki-

¹⁰⁰ CISI 5971, da Cartagine.

¹⁰¹ CISI 5952, da Cartagine.

¹⁰² CISI 5967, da Cartagine. Il testo dell'iscrizione è molto danneggiato.

¹⁰³ CISI 5984, da Cartagine.

¹⁰⁴ CISI 5993, da Cartagine, su un frammento di marmo bianco.

¹⁰⁵ Cf. M. Szyner, «Une inscription punique de Carthage retrouvée au Musée d'Angers», *Semitica* 26 (1976), pp. 81-91.

¹⁰⁶ CISI 6044, da Cartagine.

¹⁰⁷ Le epigrafi di quest'ultimo gruppo sono incise in neopunico su coperchi di urnette cinerarie da Leptis Magna; cf. IPT 33 ss.

¹⁰⁸ Un campione dei titoli relativi ai mestieri, alle funzioni politiche e amministrative in M. Szyner, «Les noms de métier et de fonction chez les Phéniciens de Kition d'après les témoignages épigraphiques», in AA. VV., *Chypre. La vie quotidienne de l'Antiquité à nos jours* (Musée de l'Homme), Paris 1985, pp. 79-86; A. Ferjaoui, «Fonctions et métiers de la Carthage punique à travers les inscriptions», *REPPAL* 6 (1991), pp. 71-86.

¹⁰⁹ L'iscrizione, del 200 circa a. C., è bilingue e proviene da Demetriade, in Grecia; nella parte greca si legge: «Demetrios (figlio) di Ieronimos, di Arado». Cf. O. Masson, *BCH* 93 (1969), II, p. 698.

¹¹⁰ Iscrizione bilingue, su una stele di marmo, del 225 circa a. C., da Demetriade; il testo greco recita: «Sopatros, (figlio) di Diodoros, di Kition». Cf. O. Masson: *BCH*, 93 (1969), II, p. 699.

¹¹¹ *KAI* 55, iscrizione bilingue del IV-III sec. a. C., su una stele di marmo bianco ritrovata ad Atene. Il testo greco recita: «Numenios, di Kition».

¹¹² Iscrizione greca e fenicia trovata al Pireo; *KAI* 59, del III sec. a. C. Il testo greco conserva il nome di «Asept, (figlia) di Esimselem, di Sidone».

tion»¹¹³. «Io sono Antipatros, figlio di Afrodisios, l'Ascalonita, e riposo in terra greca. Domsalos, figlio di Domanos, il Sidonio, ha costruito per me (questa tomba). Che nessuno tra gli uomini si meravigli della scena raffigurata sulla mia stele, cioè del fatto che da un lato e dall'altro del mio letto si vedono un leone e la prua di una nave. Un leone ostile venne infatti contro di me, e voleva sbranarmi; amici pietosi, che amavo con tutto il cuore e che navigavano su una barca sacra, accorsero però in mio aiuto e mi costruirono infine una tomba, in questo luogo. Lasciata la Fenicia, riposa il mio corpo in questa terra di Grecia»¹¹⁴ [Fig. 3].

Il fante nemico. «Sono (la stele) di Aristogeitos, figlio di Arkadion, il quale sotto (le mura di) Mozia morì», soldato di Selinunte, caduto combattendo contro i Cartaginesi dell'isola¹¹⁵.

DOPO LA MORTE

Il ricordo tra i vivi. Onori e offerte.

Skr, 'Ricordo'. «Questa è la stele commemorativa di Baalyaton, figlio di Baalyaton»¹¹⁶. «Stele commemorativa fra i viventi di Abdtanit, figlio di Abdshamsh, di Sidone»¹¹⁷. «Questa (è la) stele commemorativa di Isbarak, figlia di Eshmunshamor»¹¹⁸.

«Io sono Amilcare, figlio di Magone, signore di Cartagine, venuto in Sicilia con un esercito di trentamila mercenari in soccorso di Terillo figlio di Crinippo, tiranno di Ime-

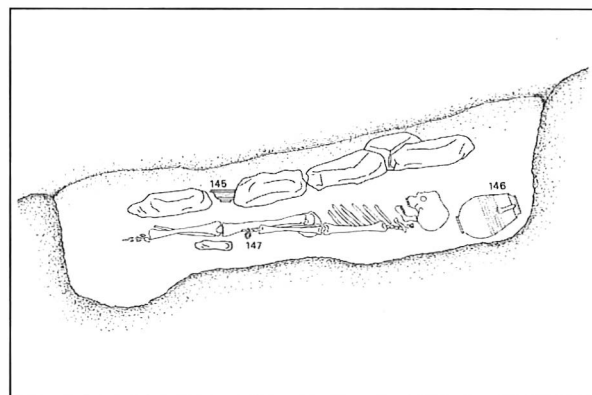


Figura 11
La tomba 35 di Monte Sirai (RSF 13 [1985], p. 258).

ra, debellato, sconfitto e ucciso da Gelone di Siracusa e Terone di Agrigento il giorno stesso in cui i Greci vinsero il Persiano a Salamina. Dopo lo scontro in Sicilia e la sconfitta ivi subita, io scomparvi e non fui più visto sulla terra, né vivo né morto. E i Cartaginesi raccontano che combattemmo contro i Greci dall'aurora fino al tardo crepuscolo e che io rimasi nell'accampamento durante la battaglia, per sacrificare e interrogare le vittime al fine di trarre gli auspici, bruciando animali interi su una grande pira. E quando vidi la rotta del mio esercito, occupato com'ero a libare sulle vittime, mi gettai nel fuoco e scomparvi. A me, ad Amilcare, punico per parte di padre e siracusano per parte di madre, i Cartaginesi fanno sacrifici e hanno eretto monumenti in tutte le città delle loro colonie, e il più grande di essi si trova in Cartagine»¹¹⁹. «In mio onore, poi, quasi set-

¹¹³ CIS I 5997, da Cartagine.

¹¹⁴ Il testo rielabora leggermente l'epigrafe bilingue di una stele da Atene, nella quale i nomi del defunto e del curatore del monumento funebre, in greco e in fenicio, sono seguiti da un epigramma in sei versi greci che ricorda le cause del decesso e le circostanze della sepoltura. Questa fu curata da un fenicio di Sidone, probabile compagno di viaggio del defunto proveniente da Ascalona e verosimilmente anch'egli partecipe della ambasceria sacra; l'assalto del leone potrebbe essere avvenuto durante uno scalo. Si tratta di CIS I 115, databile al IV sec. a. C., sulla quale cf. C. Bonnet, "Antipatros l'Ascalonite dévoré par un lion: commentaire de CIS I, 115", *Semitica* 38 (1990), pp. 39-50. Nel testo fenicio si legge: «Io sono Shem, figlio di Abdashtart, di Ascalona. (Questo è ciò) che eressi io, Domsaloh, figlio di Domhanno, di Sidone» [Fig. 3].

¹¹⁵ Dati e bibliografia per questa iscrizione greca, relativa a un soldato caduto in una delle tante battaglie di terra e di mare che opposero i Greci di Sicilia ai Cartaginesi, nella prima metà del VI sec. a. C., in M. Guarducci, *Epigrafia greca*, III, Roma 1974, pp. 171-72.

¹¹⁶ RES 250, su una stele fenicia da Umm el-Awamid, presso Tiro; seconda metà del II sec. a. C. Il defunto è raffigurato in piedi, in atto d'offrire incenso.

¹¹⁷ Iscrizione greca e fenicia su una stele di marmo trovata ad Atene; KAI 53, del 400 a. C. circa. Il testo greco conserva il nome di «Artemidoros, (figlio) di Eliodoros, di Sidone». La formula "stele commemorativa" traduce il fenicio *mšbt skr*.

¹¹⁸ L'epigrafe è incisa su una stele da Umm el-Awamid, della seconda metà del II sec. a. C., rappresentante un personaggio femminile: Dunand – Duru, *op. cit.*, p. 191.

¹¹⁹ Hdt, VII 165-167. La morte di Amilcare si colloca verso il 480 a. C.; Diodoro (XI 24) scrive diversamente che la battaglia di Imera ebbe luogo il giorno delle Termopili.

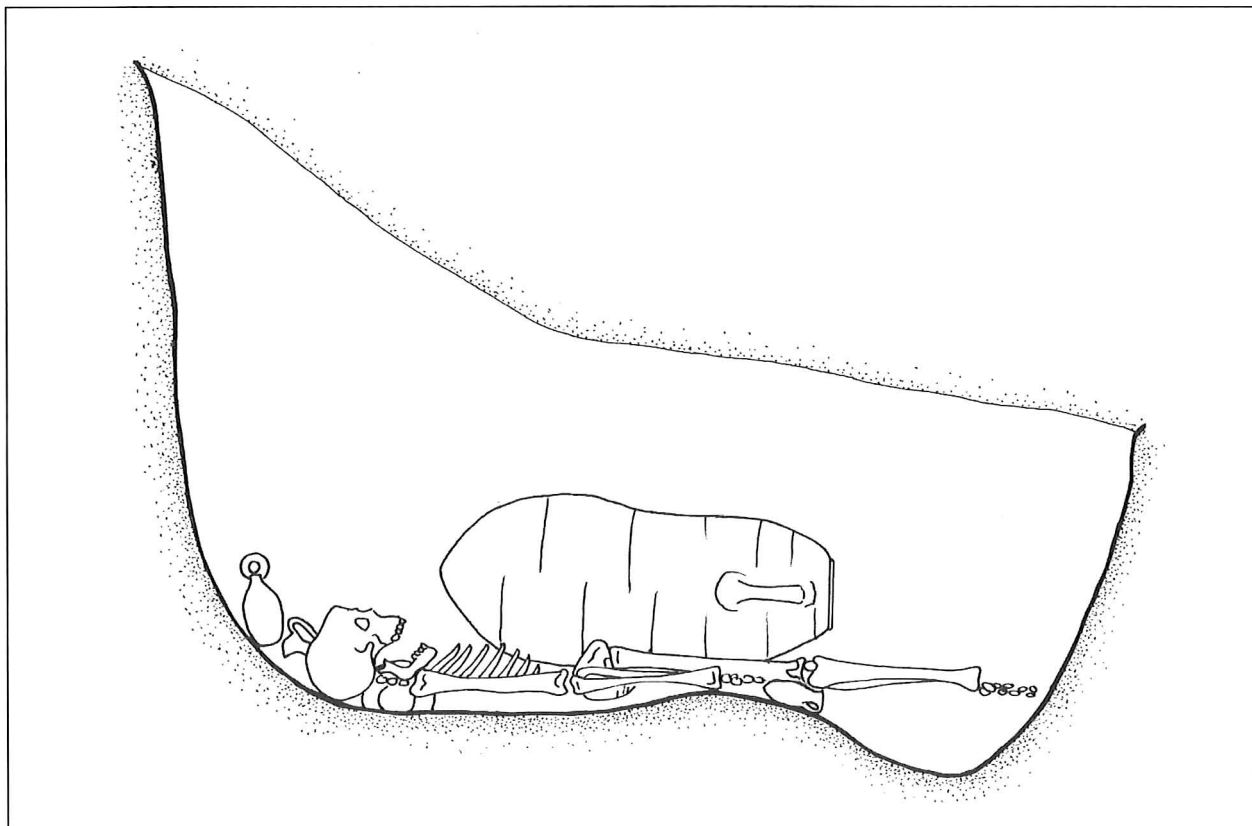


Figura 12

La tomba 95 di Monte Sirai (RSF 27 [1999], p. 196).

tanta anni dopo tali avvenimenti, Annibale figlio di Giscone mio figlio, dopo aver marciato su Imera e averla distrutta, ha trascinato sul luogo della mia morte tremila prigionieri greci, e qui tutti li ha fatti morire con atroci supplizi»¹²⁰.

«Milkpilles, figlio di Bodmelqart, figlio di Milkpilles, figlio di ... Milkpilles, figlio di Melqartpilles, *miqim elim*, figlio di ... Stele in onore di un ... giusto (che) io Ashsap, figlio di ..., in ricordo eressi sopra il ricettacolo delle sue ossa, poiché ha trattato le cose sante ..., perché da vivo ha compiuto le cerimonie del culto come sacerdote (?) e ha offi-

ciato per gli dèi in ogni modo (?). E secondo ... scrissi il suo nome in cima (alla stele) per sempre ... per benevolenza verso di lui e a gloria delle sue ossa, lui che era ... Santuario di Iside. E ho fatto incidere il suo epitaffio, iscritto su questa tabella»¹²¹ [Fig. 4].

«RM con ʾŠT (o: con la moglie), per la vita (?) del loro padrone (o: dei loro padroni)»¹²² [Fig. 2].

Preoccupazioni per l'inviolabilità delle tombe. «Sarcofago che fece Etbaal, figlio di Ahirom, re di Biblo, per Ahirom suo padre quando lo depose nell'eternità. E se un re tra i re e un governatore tra i governatori e

¹²⁰ Diod. Sic., XIII 62.2. Imera fu presa da Annibale, nipote di Amilcare, nel 409 a. C.

¹²¹ CIS I 6000 bis, da Cartagine. La traduzione dell'iscrizione, assai difficile, è particolarmente discussa: cf. tra gli altri J. Ferron, "L'épithaphe de Milkpillès à Carthage", *Studi Magrebini* 1 (1966), pp. 67-79; J.-G. Février, "À propos de l'inscription de Milkpillès", *AION* 28 (1968), pp. 195-97; C. Bonnet, "Le culte d'Isis à Carthage. À propos de l'inscription funéraire punique CIS I, 6000 bis", in B. Pongratz-Leisten – H. Kühne – P. Xella (eds.), *Ana šadi Labnāni lū allik. Beiträge zu altorientalischen und mittelmeerischen Kulturen. Festschrift für Wolfgang Röllig*, Neukirchen-Vluyn 1997, pp. 43-56.

¹²² ʾrm ʾt ʾšt lhwt b'lm: ICO Sard 35, nella traduzione di M. G. Amadasi, *Iscrizioni fenicie e puniche in Italia*, Roma 1990, p. 74. L'iscrizione è dipinta in modo identico su due vasi da una necropoli presso S. Avendrace, datata tra il VI e il IV sec. a. C. G. Garbini, "Iscrizioni funerarie puniche di Sardegna", *AION* 42 (1982), pp. 463-66 (ripreso in *Id.*, *La religione dei Fenici in Occidente*, Roma 1994, pp. 90-93), propone di tradurre piuttosto: "Recipienti con offerte per la vita dei loro padroni".

un comandante dell'esercito attaccherà Biblo e scoprirà questo sarcofago, si spezzi lo scettro del suo comando e si rovesci il trono del suo regno e la pace fugga da Biblo e quanto a lui sia cancellata la sua iscrizione ... »¹²³. «No, non aprire il coperchio (del mio sarcofago) e non mi disturbare, poiché un'abominazione per Astarte è questa cosa. E se apre il suo coperchio e mi disturbi, non sia per te discendenza tra i vivi sotto il sole, né dimora di riposo tra i Refaim»¹²⁴. «Tomba che ha fatto ..., figlio di ..., per ..., suo padre, in questo luogo. E l'uomo che passa di qua, che non entri nella mia tomba e non mi disturbi, perché ... la mia veste ... E che faccia perire chi viola il mio sepolcro ... e finisca tra le mani di Baal e tra le mani di Edom e tra le mani di ... e gli dèi / le ombre dei morti ...»¹²⁵.

Rp'm, 'Refaim', i 'Mani' o le 'Ombre dei morti'. «Ogni re e ogni uomo che aprirà il coperchio di questo luogo di riposo o che solleverà il sarcofago del mio luogo di riposo o che mi porterà via da questo luogo di riposo, non sia ad essi luogo di riposo tra i Refaim e non siano sepolti in un sepolcro e non sia ad essi un figlio né un seme al loro posto. Ma li consegnino gli dèi santi a un re potente che domini sopra di essi affinché li annienti, quel re o quell'uomo che aprirà il coperchio di questo luogo di riposo o che solleverà questo sarcofago ... Non sia per loro radice in basso né frutto in alto né reputazione tra i viventi sotto il sole ... Chiunque sia, non apra ... e non scopra ... e non mi porti via da questo luogo di riposo e non sollevi il sarcofago del mio luogo di riposo, affinché non li consegnino questi dèi santi e distruggano quel re e quegli uomini e il loro seme per sempre»¹²⁶. «Agli dèi Refaim di

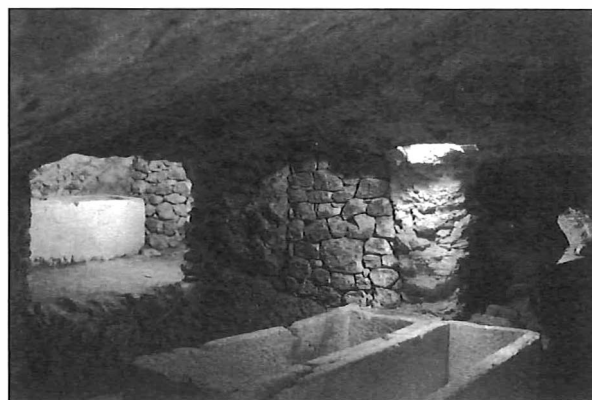


Figura 13
Interno di tomba della necropoli del Puig d'es Molins, Ibiza (S. Moscati, *I Fenici*, cit., p. 239).



Figura 14
Monte Sirai. Area della necropoli fenicia (P. Bartoloni, *Monte Sirai*, Sassari 1989, p. 37, fig. 23).

Apuleius Maximus, soprannominato Rideus, figlio di Iuzalan, figlio di Iurathan. Ha edificato Thanubra, sua moglie, per Pudens e Severus e Maximus (loro) fi(gli?)»¹²⁷.

Preoccupazioni per l'oltretomba. «Ridetevi, o forti d'animo, del vostro nemico, fatevi beffe, fiaccate ed assalite l'avversario. ... disprezzate(lo), calpestate(lo) sulle acque; ... anzi distendete(lo) ... sul mare, legate(lo),

¹²³ KAI 1 da Biblo, 1000 circa a. C. Il termine *rp'm*, con il significato di "sarcofago", compare anche nella successiva iscrizione e in quelle di vari sovrani fenici, altrove citate.

¹²⁴ KAI 13, di Sidone, altrove citata.

¹²⁵ Si tratta della più antica iscrizione di Kition, datata in epoca di poco successiva al 900 a. C.; il formulario di protezione della tomba mediante imprecazioni e minacce contro gli eventuali violatori, è bene attestato in Fenicia e anche a Cartagine. Qui si tiene conto dell'analisi dell'iscrizione cipriota offerta in Masson – Szymer, *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*, cit., pp. 13-20. Il termine finale, reso con "gli dèi / le ombre dei morti", è *lmm*.

¹²⁶ KAI 14, di Sidone, altrove citata.

¹²⁷ KAI 117, da El-Amrouni, al confine tra la Tripolitania e la Tunisia, del I sec. d.C. Cf. F. Vattioni, "La bilingue latina e neopunica di El-Amrouni", *Helikon* 20-21 (1980-1981), pp. 293-99. Nel testo latino, alla formula *FI[um] rp'p'm* corrisponde la dedica *D(is) M(anibus) Sac(rum)*.



Figura 15
Vivai Gitto, Tomba 63 (*Palermo Punica, Guida breve*, p. 18).

sospendete(lo)!¹²⁸. «Proteggi e custodisci e benedici Iside (?)»¹²⁹. «Proteggi Abdo figlio di ŠMŠY dai Possessori della bilancia»¹³⁰. «Mio Signore»¹³¹.

Il paesaggio dell'oltretomba. Nella camera in cui riposo, nella terra dei Libici, si accede da un pozzo; ed è decorata sui tre lati con ocre rosse, stesa direttamente sulla parete rocciosa. A sinistra di chi entra è dipinta una costruzione monumentale su basamento a gradini: davanti ad esso un altare e dietro, più in alto, la figura di un gallo. Questo volatile è dipinto anche sulla parete di fondo, rivolto verso la rappresentazione di una città con edifici merlati, cinta da mura, anch'esse a merli; a sinistra, in una nicchia, un simbolo sacro, sovrastato da un crescente lunare ... Scene del mio viaggio terminale, racconto per immagini delle cerimonie compiute in mio onore, di ciò che resta di me, di chi veglia sul mio ingresso nel regno dei morti ...¹³² [Fig. 6].

Paura dei morti. Sono perito in Sicilia, presso Agrigento, mentre combattevo agli ordini di Annibale il Magonide, figlio di Giscione, e di Imilcone, figlio di Annone. Il primo, «Annibale, impaziente d'assaltare la città assediata su più fronti, ci ordinò di demolire le tombe di una necropoli e di creare un terrapieno fino all'altezza delle mura. Gli ordini furono prontamente eseguiti; ma poi tutti noi dell'esercito punico fummo presi da forti timori superstiziosi. Accadde infatti che il sepolcro di Terone, monumento grandioso, fosse violentemente scosso da un fulmine

¹²⁸ L'iscrizione, databile al VI sec. a. C., è scritta su un sottile rotolo di papiro nel quale grandeggia la figura della dea Iside. Il papiro era contenuto in un talismano bronzeo, composto di un piccolo tubo cavo ottagonale sormontato da un coperchio a forma di animale divino di stile egiziano. Proviene da una tomba punica maltese e s'ispira alle credenze magiche egiziane, parimenti attestate in altri analoghi astucci porta-amuleti, trovati in Fenicia, a Cartagine e in Sardegna. L'edizione e la traduzione sono di T.C. Gouder – B. Rocco, «Un talismano bronzeo da Malta contenente un nastro di papiro con iscrizione fenicia», *SM* 7 (1975), pp. 1-18. Cf. ora H.-P. Müller, «Ein phönizischer Totenpapyrus aus Malta», *JSS* 46 (2001), pp. 251-65.

¹²⁹ Il nome della dea egiziana non è sicuro, in questa iscrizione incisa su una lamina in argento con la raffigurazione di una processione di figure divine ritrovata a Tharros: *RES* 1591 = *ICO* Sard 15.

¹³⁰ Iscrizione incisa su una lamina in argento, con la raffigurazione di una barca con due divinità sedute e sette personaggi in piedi, con scettro e croce ansata; *ICO* Sard 31. La lettura è di Garbini, *La religione ... cit.*, pp. 93-96, che vi vede un'ulteriore testimonianza della forte impronta egiziana nelle concezioni escatologiche fenicie: la formula ricorda infatti, a suo avviso, gli «Addetti alla Bilancia» di un passo del *Libro dei Morti* egiziano.

¹³¹ *B'ly*: caratteri incisi su una piastrina trapezoidale in tufo, rinvenuta in una tomba a camera da S. Antioco (Sulcis, in Sardegna); *ICO* Sard 40, del IV sec. a. C. Secondo F. Barreca (*Oriens Antiquus*, 4 [1965], pp. 53-54) l'oggetto serviva come talismano. Valenze funerarie sono state ipotizzate anche per altre divinità del mondo fenicio e punico, in particolare Baal Addir, Milkashtart e Astarte. Cf. tra gli altri S. Ribichini, «Agrouheros, Baal Addir et le Pluton Africain», in *110^e Congrès national des Sociétés savantes, Montpellier 1985 = III^e Colloque sur l'histoire et l'archéologie d'Afrique du Nord*, Paris 1986, pp. 133-42; G. Garbini, «Milkashtart, il re dell'Elisio fenicio», *SMSR* 62 (1996), pp. 179-87; C. Bonnet, «Brevi osservazioni comparative sull'Astarte funeraria», *AuOr* 17-18 (1999-2000), pp. 335-39.

¹³² È la descrizione sommaria della decorazione della tomba VIII della necropoli del Gebel Mlezza, nei pressi di Kerkouane in Tunisia (IV-III sec. a. C.) [Fig. 6], cf. M. G. Amadasi, «La pittura», in S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988, pp. 448-50. L'interpretazione escatologica delle scene è di M. H. Fantar, *Eschatologie phénicienne-punique*, Tunis 1970, pp. 36-37; è riesaminata in S. Lancel, *Carthage*, Paris 1992, pp. 242-47. Si veda, più recentemente, l'analisi dettagliata delle scene in M. Fantar, *Recherches sur l'architecture funéraire punique du Cap Bon*, Roma 2002, pp. 108 e 121 in particolare.

e ciò convinse taluni indovini ad opporsi alla demolizione di quel mausoleo. E poco tempo dopo una malattia contagiosa scoppiò nel nostro accampamento; morirono molti dei miei commilitoni e non pochi furono coloro che caddero preda d'atroci dolori e sofferenze terribili. Anche Annibale, il comandante, fu vittima dell'epidemia. E io, con altre sentinelle degli avamposti, giurai d'aver visto, durante la notte, i fantasmi dei defunti le cui tombe erano state distrutte. E Imilcone, vedendoci atterriti, fece cessare la distruzione della necropoli; poi ordinò grandi suppliche agli dèi, secondo i riti di Cartagine, e sacrificò un fanciullo, in onore di Kronos, e gettò in mare un'ecatombe di animali, in onore di Posidone. Tuttavia non rinunziò alle opere militari intraprese" e anch'io restai vittima della pestilenza¹³³.

Senza pace io giaccio, sepolto a Cartagine. Una donna malevola, per odio, rabbia e rancore contro qualche sua rivale, chiese a uno stregone un'opera di magia nera; e quello fece il rito della defissione, usando un chiodo e una lamella di piombo. E mi ha disturbato, introducendo nel mio sepolcro una maledizione, iscritta sulla lamina. «Signora del vivere (= della salute), Elat, questa è un'opera di struggimento presso di te. Io opero (con successo) su Emashtart e su 'MRT (?) e su tutto ciò che le appartiene, perché ha esultato per il denaro che mi ha completamente (?) sottratto; o su chiunque si rallegri per la sottrazione di questo denaro, così come si strugge il (la fusione del ?) piombo»¹³⁴. Così è scritto. E in forza di quell'incantesimo e di questa formula, ora io, defunto da tempo, dovrei dare efficacia a tale atto e forzare la dea degli inferi, invocata dal mago, perché colpisca, inchiodi, fonda e distrugga chi ha voluto il male di quella donna.

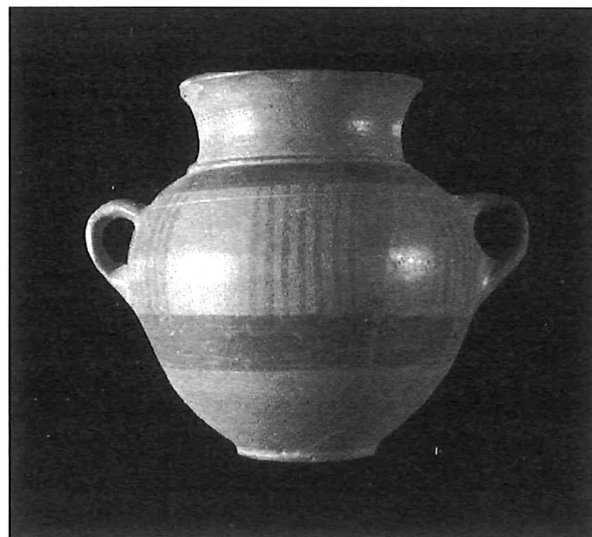


Figura 16

S. Antioco, *tofet*: Urna cineraria fenicia con decorazione geometrica, VIII sec. a. C. (C. Tronchetti, *S. Antioco*, Sassari 1989, p. 9, fig. 2).

“Sono caduto sotto le mura di Utica e rimasto insepolto: oltraggio al mio cadavere, privo di quiete. Facevo parte della guarnigione inviata a sostenere la città, assediata dai mercenari in rivolta. Poi, stremata da lungo assedio, Utica si è arresa ai rivoltosi; e gli abitanti hanno ucciso me, gli ufficiali e tutti i miei commilitoni, circa cinquecento uomini, gettandoci giù dalle mura. E vennero gli ambasciatori di Cartagine a trattare per la nostra sepoltura, ma quelli di Utica si opposero, respinsero ogni supplica e vollero l'ingiuria suprema”, pur consapevoli che, ora, defunti pericolosi noi siamo, e potremmo venire a incutere timore ai vivi che hanno impedito il nostro riposo contro ogni norma, di pace e di guerra ...¹³⁵.

Rimpianti, saluti e formule di augurio. «Non v'è più vigore nella bocca di 'KY, che Astarte aveva reso forte»¹³⁶. «Sepolcro; proprietà assoluta che ha fatto Masaukan per suo

¹³³ Cf. Diod. Sic., XIII 86. L'episodio si colloca nel 406 a. C.

¹³⁴ CIS I 6068 = KAI 89, trovata nel 1889 in una tomba di Cartagine. L'interpretazione del testo presenta vari problemi, anche per via del suo carattere magico. Qui si segue la traduzione di M. G. Amadasi, “La *tabella defixionis* di Cartagine”, in P. Xella – J. Á. Zamora (eds.), *Epigrafia e Storia delle religioni. Dal documento epigrafico al problema storico-religioso. Atti dell'incontro di studio in Roma (28 maggio 2002)*, in stampa.

¹³⁵ Cf. Diod. Sic., XXV 3 e Pol., I 8 e 10; l'episodio si colloca nel 240 a. C. Sulla preoccupazione per la sepoltura dei caduti in battaglia Cf. ad esempio Diod. Sic., XXIV 9 e XXXII 8.

¹³⁶ CIS I 6066, da Cartagine, incisa su un rasoio, nella lettura di Garbini, per il quale (*La religione ... cit.*, pp. 87-90) la menzione di Astarte non contiene alcun riferimento d'ordine escatologico; viene piuttosto sottolineato il momento della morte, per un defunto che aveva la dea quale sua protettrice in vita, quando, verosimilmente, era stato addetto al suo culto.

padre Yamrur figlio di G‘ṬYT (della tribù) dei Massili (?) e per sua madre ZWT figlia di G‘ṬYDN, il *n/tglby* (= della tribù dei ...?), e per suo figlio e per sua moglie ‘SLY‘N/T, figlia di YN/TKD‘SN, figlio di ŠYWK, il *n/tglby* (= della tribù dei ...?). Oh dolore per loro quattro! È stato fatto a sue spese; costruito (?) durante la loro vita e durante la vita dei suoi figli Arishim e ‘Y‘SDN»¹³⁷. «L'eccellente Marcus (o Marcius), figlio di MN/TLK, l'Anziano. Aborrì il peccato, amò la mansuetudi-

ne»¹³⁸. «Pital visse. Fermati per la (sua?) bontà. Visse a(nni) 44»¹³⁹. «Fermati, o passeggero, leggi l'iscrizione che è su questa stele, tutta quanta: Era un uomo (ancora) giovane, e su tutti i Ketam trovò per sé preminenza, Tisdar figlio di Metat, figlio di GWṬL, il ..., insignito di corona e insignito del titolo di grandezza. Visse 50 anni. Memoria della sua famiglia in perpetuo»¹⁴⁰.

«Rapito al nostro affetto». «(Riposi) in pace!». «Riposa, possa tu trovare pace»¹⁴¹.

¹³⁷ IPT 79, neopunica dalla Tripolitania, su un blocco di calcare ritrovato presso l'ingresso della camera di una tomba e probabilmente collocato in origine al di sopra di un architrave lungo un lato del monumento funebre.

¹³⁸ Epigrafe neopunica dipinta accanto ad un'altra sopra le figure di due sposi defunti, in una tomba da Sabratha. Cf. Garbini, *La religione ... cit.*, pp. 109-111. Per lo studioso (p. 112), «la frase riecheggia chiaramente la formula dei *mystai*» e «rivela che il defunto era un *bakchos*, cioè un seguace dei misteri di Dioniso; la sua sorte ultraterrena era quella di un beato, di un «eroe». In tal senso sono pienamente esplicite le figure che decorano la tomba: il defunto è raffigurato sdraiato su una *kline*, banchettante, con una corona radiata sul capo, con accanto una testa di Gorgone e fiancheggiato da due rami di palma».

¹³⁹ RIL 665, latino-punica (?) e libica da Henchir Smala, in Algeria. L'iscrizione in caratteri latini è intesa in senso punico da Garbini, *Venti anni ... cit.*, p. 81.

¹⁴⁰ KAI 165, bilingue latina e neopunica da Guelat Bou-Sba, in Algeria. Cf. Garbini, *Venti anni ... cit.*, p. 68, con rinvio alla traduzione di G. Levi Della Vida, «Parerga neopunica», *OA* 4 (1965), pp. 62-68. Il testo latino si chiude con la formula *O(ssa) T(ibi) B(ene) Q(uiescant)*.

¹⁴¹ Le prime due formule sono rispettivamente in CIS I 6026 (‘*mm*, dipinta su due anfore) e in CIS I 6029 (*bnl*it, graffita su un vaso in argilla rossa), da Cartagine. Cf. TPC, p. 271. L'ultima (*nli*) è graffita su un piede di *kylix* a vernice nera, ritrovata nel 1953 in una tomba di Palermo e datata al V sec. a. C. Cf. R. De Simone, «Iscrizioni», in C. A. Di Stefano, *Palermo punica, cit.*, p. 432.

ABREVIATURAS Y BIBLIOGRAFÍA

ABREVIATURAS

- ACFP I = *Atti del I Congresso internazionale di studi Fenici e Punici* (Roma, 5-10 novembre 1979), 3 vol., Roma 1983.
 ACFP II = *Atti del II Congresso internazionale di studi Fenici e Punici* (Roma, 9-14 novembre 1987), 3 vol., Roma 1991.
 ACFP III = *Actes du IIIe Congrès international des études Phéniciennes et Puniques* (Tunis, 11-16 novembre 1991), 2 vol., Tunis 1995.
 ACFP IV = *Actas del IV Congreso internacional de estudios Fenicios y Pínicos* (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995), Cádiz 2000.
 ACFP V = *Atti del V Congresso internazionale di studi Fenici e Punici* (Marsala-Palermo, 2-8 ottobre 2000), en prensa.
 AI[U]JON / AION ArchStAnt = *Annali dell'Istituto [Universitario] Orientale di Napoli / Annali dell'Istituto Orientale di Napoli, Sezione di Archeologia e Storia Antica*, Napoli.
 AJA = *American Journal of Archaeology*, Baltimore-Concord.
 AJSL = *American Journal of Semitic Languages and Literatures*, Chicago.
 ANET = J. B. Pritchard (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton 1955², 1969³.
 ANEP = J. B. Pritchard (ed.), *The Ancient Near East in Pictures Relating to the Old Testament*, Princeton 1954.
 ANEPs = J. B. Pritchard (ed.), *The Ancient Near East Supplementary Texts and Pictures Relating to the Old Testament*, Princeton 1969.
 ANLR = *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei*, Roma.
 AnOr = *Analecta Orientalia*, Roma.
 AOAT = *Alter Orient und Altes Testament*, Neukirchen-Vluyn.
 AuOr = *Aula Orientalis*, Sabadell (Barcelona).
 BAC = *Bulletin Archéologique du Comité des travaux historiques et scientifiques*, Paris.
 BASOR = *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, Jerusalem, – Bagdad, – New Haven (Conn.).
 BCH = *Bulletin de Correspondance Hellenique*, Athènes.
 Biblica = *Commentarii Periodici Pontificii Instituti Biblici*, Roma.
 BiOr = *Bibliotheca Orientalis*, Leiden.
 CAM = *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, Barcelona.
 CdB = *Cahiers de Byrsa*, Paris.
 CPPMR = V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche* (Handbuch der Orientalistik I,20), Leiden - New-York - Köln 1995.
 CIG = *Corpus Inscriptionum Graecarum*, Berlin 1828 y ss. (y numeración consiguiente).
 CIL = *Corpus inscriptionum latinarum*, Berlin 1863 y ss. (y numeración consiguiente).
 CIS = *Corpus inscriptionum semiticarum*, Paris 1881 y ss. (y numeración consiguiente).
 CRAI = *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, Paris.
 CSOSI = P. Bordreuil, *Catalogue des sceux ouest-sémitiques inscrits de la Bibliothèque Nationale, du Musée du Louvre et du Musée biblique de Bible et Terre Sainte*, Paris 1986.
 DCF = M. G. Amadasi – C. Bonnet – S. M. Cecchini – P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia*, Roma 1992.
 DCP = E. Lipiński (ed.), *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*. Turnhout 1992.
 DDD = K. van der Toorn – B. Becking – P. W. van der Horst (eds.), *Dictionary of Deities and Demons in the Bible*, Leiden – Boston – Köln 1995 (1999³).
 DdA = *Dialoghi di Archeologia*, Roma.
 DNWSI = J. Hofijzer – K. Jongeling, *Dictionary of the North-West Semitic Inscriptions*, Leiden 1995.
 EA = J. A. Knudtzon, *Die El-Amarna-Tafeln* (2 vol.), Leipzig 1907-1915 (y numeración consiguiente).
 EI = *Eretz-Israel: Archaeological, Historical and Geographical Studies*, Jerusalem.
 EpAn = *Epigraphica Anatolica*, Bonn.
 ESE I-III = M. Lidzbarski, *Ephemeris für semitische Epigraphik*, I-III, Giessen 1902-1915.
 GaR = *Greece and Rome*, Oxford.
 HA = *Huelva Arqueológica*, Huelva.
 HUS = W. G. E. Watson – N. Wyatt (eds.), *Handbook of Ugaritic Studies* (Handbuch der Orientalistik I,39), Leiden 1999.
 IAM = L. Galand – J. G. Février – G. Vajda, *Inscriptions antiques du Maroc*, Paris 1966.
 ICO = M. G. Amadasi, *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente*, Roma 1967.
 IEJ = *Israel Exploration Journal*, Jerusalem.
 IG = *Inscriptiones Graecae*, Berlin 1873 y ss.
 IK = M. G. Amadasi – V. Karageorghis, *Fouilles de Kiton. I. Inscriptions phéniciennes*, Nicosia 1977.
 IPT = G. Levi Della Vida – M. G. Amadasi, *Iscrizioni puniche della Tripolitania (1927-1967)*, Roma 1987.
 IRT = J. Reynolds – J. B. Ward-Perkins, *The Inscriptions of Roman Tripolitania*, Roma – London 1952.
 JANES = *The Journal of Ancient Near Eastern Society of Columbia University*, New York.
 JAOS = *Journal of the American Oriental Society*, Boston / New Haven.
 JCS = *Journal of Cuneiform Studies*, New Haven.
 JNSL = *Journal of North West Semitic Languages*, Stellenbosch.
 JHS = *Journal of Hellenic Studies*, London.
 JSS = *Journal of Semitic Studies*, Manchester.
 KAI = H. Donner – W. Röllig, *Kanaanäische und Aramäische Inschriften*, I-III, Wiesbaden 1966-69 (vol. I, 2003⁵ erweiterte und überarbeitete Auflage) (y numeración consiguiente).
 KI = M. Lidzbarski, *Kanaanäische Inschriften (Moabitisch, Althebräisch, Phönizisch, Punisch)*, Giessen 1907.
 KTU = M. Dietrich / O. Loretz / J. Sanmartín, *Die keilalphabetischen Texte aus Ugarit. Einschliesslich der keilalphabetischen Texte ausserhalb Ugarits*, Neukirchen-Vluyn 1976 (y numeración consiguiente).

MM = *Madriider Mitteilungen*, Mainz.
 MMAI = *Mémoires de la Mission Archéologique en Iran*, Paris.
 MEFRA = *Mélanges de l'École Française de Rome – Antiquité*, Rome.
 NaHis = *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Madrid.
 NBAS = *Nuovo Bullettino Archeologico Sardo*, Sassari.
 NE = M. Lidzbarski, *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik nebst ausgewählten Inschriften*, Weimar 1898.
 NESE = R. Degen – W. W. Müller – W. Röllig (eds.), *Neue Ephemeris für Semitische Epigraphik*, Wiesbaden 1972 y ss.
 OA = *Oriens Antiquus*, Roma.
 OLP = *Orientalia Lovaniensia Periodica*, Leuven.
 Orientalia = *Orientalia, Nova Series*, Roma.
 QuadCagliari = *Quaderni della Soprintendenza archeologica per le province di Cagliari e Oristano*, Cagliari.
 RA = *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, Paris.
 RArq = *Revista de Arqueología*, Madrid.
 RAComo = *Rivista Archeologica dell'Antica Provincia e Diocesi di Como*, Como.
 RANL = *Rendiconti dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, Roma.
 RArcheom = *Revue d'Archéométrie*, Rennes.
 RArchNarb = *Revue Archéologique de Narbonnaise*, Paris – Montpellier.
 REPPAL = *Revue des Études Phéniciennes-Puniques et des Antiquités Libyques*, Tunis.
 RES = *Répertoire d'épigraphie sémitique*, Paris 1905 y ss.
 Riti funerari e di olocausto = AA. VV., *Riti funerari e di olocausto nella Sardegna fenicia e punica*, Cagliari 1990 (= *QuadCagliari* 6 (1989), Supplemento)
 RIA = D. O. Edzard et al. (eds.), *Reallexikon der Assyriologie*, Berlin-New York 1932-.
 RSF = *Rivista di Studi Fenici*, Roma.
 RSO = *Rivista degli Studi Orientali*, Roma.
 RSP = *Rivista di Studi Punici*, La Spezia.
 RStAnt = *Rivista Storica dell'Antichità*, Bologna.
 SEAP = *Studi di Egittologia e di Antichità Puniche*, Bologna.
 SEL = *Studi Epigrafici e Linguistici sul Vicino Oriente antico*, Verona.
 Semitica = *Cahiers publiés par l'Institut d'études sémitiques de l'Université de Paris*, Paris.
 SM = *Studi Magrebini*, Napoli.
 SMA = *Studies in Mediterranean Archaeology*, Lund – Göteborg – Jönsered.
 SMEA = *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, Roma.
 SMSR = *Studi e Materiali di Storia delle Religioni*, Roma.
 SrClOr = *Studi Classici e Orientali*, Pisa.
 Syria = *Revue d'art oriental et d'archéologie*, Paris.
 TCP = H. Benichou Safar, *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, Structures, inscriptions et rites funéraires*, Paris 1982.
 TP = *Trabajos de Prehistoria*, Madrid.
 TPC = H. Bénichou-Safar, *Les tombes puniques de Carthage, topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*, Paris 1982.
 TSSI III = J. C. L. Gibson, *Textbook of Syrian Semitic Inscriptions III. Phoenician Inscriptions including inscriptions in the mixed dialect of Arslan Tash*, Oxford 1982.
 UF = *Ugarit Forschungen: Internationales Jahrbuch für die Altertumskunde Syrien-Palästinas*, Kevelaer/Neukirchen-Vluyn.
 VT = *Vetus Testamentum*, Leiden.
 WO = *Die Welt des Orients*, Wuppertal / Göttingen.
 ZÄS = *Zeitschrift für die Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, Leipzig.

BIBLIOGRAFÍA

1. LOS HOMBRES FENICIOS (J. Á. Zamora)

- M. G. Amadasi Guzzo – C. Bonnet – S. M. Cecchini – P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia* (= DCF), Roma 1991.
- M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona 1987.
- Cl. Baurain – C. Bonnet – V. Krings (eds.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée* (*Actes du Colloque de Liège, 5-18 Novembre 1989*), Namur 1991.
- C. Baurain – C. Bonnet, *Les Phéniciens: marins des trois continents*, Paris 1992.
- S. Donadoni (ed.), *L'uomo egiziano*, Roma – Bari 1990.
- A. Giardina (ed.), *L'uomo romano*, Roma – Bari 1989.
- M. Gras – P. Rouillard – J. Teixidor, *L'univers phénicien*, Paris 1989.
- V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche* (= CPPMR), Leiden 1995.
- J. Le Goff (ed.), *L'uomo medievale*, Roma – Bari 1987.
- E. Lipiński (ed.), *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique* (= DCPP), Turnhout 1992.
- M. Meslin, *L'homme romaine: des origines au 1er siècle de notre ère. Essai d'anthropologie*, Paris 1978.
- S. Moscati (ed.), *I fenici*, Milano 1988.
- J.-P. Vernant (ed.), *L'uomo greco*, Roma – Bari 1991.
- Epigrafia e storia delle religioni* (= SEL 20), Verona 2003.

2. IL RE (P. Xella)

- M. G. Amadasi Guzzo – C. Bonnet – S. M. Cecchini – P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia* (= DCF), Roma 1991.
- W. Ameling, *Karthago. Studien zu Militär, Staat und Gesellschaft*, München 1993.
- J. Beloch, "Die Könige von Karthago", *Klio* 7 (1907), pp. 19-26.
- M. C. Betrò, *Racconti di viaggio e di avventura dell'antico Egitto*, Brescia 1990.
- S. F. Bondi, "Les institutions, l'organisation politique et administrative", in CPPMR, pp. 290-302.
- P. Bordreuil, *Catalogue des sceaux ouest-sémitiques inscrits de la Bibliothèque Nationale, du Musée du Louvre et du Musée biblique de Bible et Terre Sainte* (= CSOSI), Paris 1986.
- P. Bordreuil, "Les premiers sceaux royaux phéniciens", in ACFP II, pp. 463-468.
- M. Botto, "Considerazioni sulla diffusione di un motivo astrale dalla Mesopotamia all'estremo occidente mediterraneo e sulla sua interpretazione nell'ambito degli studi fenici e punici", in *Donum natalicium. Studi in onore di C. Saporetti*, Roma 2000, pp. 45-57.
- C. Bonnet, *Melqart. Mythes et cultes de l'Héraclès tyrien en Méditerranée*, Namur 1988.
- H. Donner – W. Röllig, *Kanaanäische und aramäische Inschriften*, I-III (= KAI), Wiesbaden 1971³ (Wiesbaden 2002, 5 ed. vol I, erweiterte und überarbeitete Auflage).
- J. Elayi, "Le roi et la religion dans les cités phéniciennes à l'époque perse", in C. Bonnet – E. Lipiński – P. Marchetti (eds.), *Religio Phoenicia (Studia Phoenicia IV)*, Namur 1986, pp. 249-261.
- J.-M. Fontanier, "Enquête sur la mort de Didon", *Les études classiques* 66 (1998), pp. 245-258.

- E. Gubel, "Notes sur l'iconographie royale sigillaire", in *ACFP* II, vol. III, Roma 1991, pp. 913-922.
- E. Gubel, "La royauté phénicienne d'après le paramètre iconographique", in AA.VV., *Les moyens d'expression du pouvoir dans les sociétés anciennes*, Leuven 1996, pp. 131-156.
- W. Huss, *Geschichte der Karthager*, München 1985.
- W. Huss, "Noch einmal: die karthagischen 'Könige'", *RSF* 25 (1997), pp. 139-151.
- E. Lipiński (ed.), *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique* (= *DCPP*), Turnhout 1992.
- E. Lipiński, "Royauté", in *DCPP*, pp. 378-379.
- M. Liverani, "L'immagine dei Fenici nella storiografia occidentale", *Studi storici* 39 (1998), pp. 5-22.
- G. Ch. Picard, "Le pouvoir suprême à Carthage", in E. Lipiński (ed.) *Karthago (Studia Phoenicia VI)*, Leuven 1988, pp. 119-124.
- Th. Podella, "Ein mediterraner Trauertritt", *UF* 18 (1986), pp. 263-269.
- M. Sznycer, "Le problème de la royauté dans le monde punique", *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques*, n. s. 17B (1981 [= 1984]), pp. 291-301.
- P. Xella, "Regalità", in *DCF*, pp. 174-176.
- G. H. Waldherr, "'Punica fides'. Das Bild der Karthager in Rom", *Gymnasium* 107 (2000), pp. 193-222.

3. IL MAGISTRATO (S.F. Bondi)

- P. Bartoloni – S. F. Bondi – S. Moscati, *La penetrazione fenicia e punica in Sardegna. Trent'anni dopo*, Roma 1997.
- P. Bartoloni – G. Garbini, "Una coppa d'argento con iscrizione punica da Sulcis", *RSF* 27 (1999), pp. 79-91.
- S. F. Bondi, "I Libifenici nell'ordinamento cartaginese", *RANL* ser. 8, 26 (1971), pp. 653-662.
- S. F. Bondi, "Istituzioni e politica a Sidone dal 351 al 332 av. Cr.", *RSF* 2 (1974), pp. 149-160.
- S. F. Bondi, "Les institutions, l'organisation politique et administrative", in *CPPMR*, pp. 290-302.
- M. Botto, *Studi storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII secolo a. C.*, Pisa 1990.
- E. Bresciani, *Letteratura e poesia dell'antico Egitto*, Torino 1990².
- G. Coacci Polsellì, "I *mḥšbm* cartaginesi", *SM* 12 (1980), pp. 83-87.
- J. Elayi, *Recherches sur les cités phéniciennes à l'époque perse*, Napoli 1987.
- M. H. Fantar, "Les inscriptions", in *Ricerche puniche ad Antas*, Roma 1969, pp. 47-93.
- M. H. Fantar, *Carthage. Approche d'une civilisation*, I, Tunis 1998.
- G. Garbini, "Sulla datazione dell'iscrizione di Aḥiram", *AIUON* 37 (1977), pp. 81-89.
- G. Garbini, *I Fenici. Storia e religione*, Napoli 1980.
- G. Garbini, "Considerazioni conclusive", in *Fenici e Arabi nel Mediterraneo*, Roma 1983, pp. 153-166.
- G. Garbini, "Il santuario di Antas a Fluminimaggiore: nuovi dati. La testimonianza delle iscrizioni", in P. Bernardini – R. D'Oriano – P. G. Spanu (eds.), *Phoinikes b Shrdn. I Fenici in Sardegna. Nuove acquisizioni*, Oristano 1997, pp. 110-113.
- S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, II. *L'état carthaginois*, Paris 1920.
- S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972.
- G. C. Picard, "La révolution démocratique de Carthage", *Collections Latomus* 92 (1968), pp. 113-130.
- G. Pettinato, "I rapporti politici di Tiro con l'Assiria alla luce del «trattato tra Asarhaddon e Bal»", *RSF* 3 (1975), pp. 145-160.
- C. Saporetti, "Testimonianze neo-assire", in M. Botto (ed.), *Studi storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII secolo a. C.*, Pisa 1990, pp. 111-243.
- B. Scardigli, *I trattati romano-cartaginesi*, Pisa 1991.

4. IL SACERDOTE (M. G. Amadasi Guzzo)

- M. G. Amadasi Guzzo – E. Lipiński, “Clergé”, in *DCPP*, pp. 113-114.
- G. A. Anderson, *Priesthood and Cult in Ancient Israel (Journal for the Study of the Old Testament. Supplement Series 125)*, Sheffield 1990.
- M. Beard – J. North (eds.), *Pagan Priests: Religion and Power in the Ancient World*, Ithaca, New York, 1990.
- M. G. Bertinelli Angeli, *Nomenclatura pubblica e sacra di Roma nelle epigrafi semitiche*, Roma 1970.
- C. Bonnet, “Miqim elim”, *DCPP*, pp. 294-295.
- C. Bonnet – E. Lipiński – P. Marchetti (eds.), *Religio Phoenicia (Studia Phoenicia IV)*, Namur 1986 (in particolare: J. Elayi, “Le roi et la religion à l’époque perse”, pp. 249-261).
- M. Delcor, “Le personnel du temple d’Astarté d’après une tablette phénicienne (CIS I 86 A et B)”, *UF* 11 (1979) 161-163.
- A. Ferjaoui, “Fonctions et métiers de la Carthage punique à travers les inscriptions”, *REPPAL* 6 (1991), pp. 73-74.
- C. Grottanelli – N. Parise, *Sacrificio e società nel mondo antico*, Roma-Bari 1988.
- W. Huss, *Geschichte der Karthager*, Münster 1985 (cap. “Die Religion”, pp. 543-545).
- G. Levi Della Vida, “Magistrature romane ed indigene nelle iscrizioni puniche tripolitane”, in *Studi in onore di E. Volterra*, VI, Milano 1971, pp. 457-469.
- H. P. Müller, “Der phönisch-punische *mqm ’lm* im Licht einer althebräischen Isoglosse”, *Orientalia* 65 (1996), pp. 111-126.
- J. Quagebauer (ed.), *Ritual and Sacrifice in the Ancient Near East (Orientalia Lovaniensia Analecta 55)*, Leuven 1993 (in particolare: E. Lipiński, “Rites et sacrifices dans la tradition phénico-punique”, pp. 257-282).
- S. Ribichini, “Temple et sacerdoce dans l’économie de Carthage”, in *108^e Congrès des Sociétés Savantes*, Grenoble 1983.
- M. Sznycer, “Noms de métiers et de fonction”, in *Chypre. La vie quotidienne de l’Antiquité à nos jours. Musée de l’Homme*, Paris 1985, pp. 81-84 (“Fonctions religieuses”).
- K. Watanabe (ed.), *Priests and Officials in the Ancient Near East. Papers of the Second Colloquium in the Ancient Near East: the City and its Life, held at the Near Eastern Culture Centrum in Japan (Mitaka, Tokyo), March 22-24 1996*, Heidelberg 1999.
- P. Xella, “Aspects du ‘sacerdoce’ en Syrie ancienne: Remarques méthodologiques et examen d’un cas particulier”, *Numen* 49 (2002), pp. 406-426.

5. LE SCRIBE (C. Bonnet)

• Monde phénicien et punique

- C. Baurain – C. Bonnet – V. Krings (ed.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, Namur 1991.
- V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche (=CPPMR)*, Leiden 1995.
- E. Lipiński (ed.), *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique (=DCPP)*, Turnhout 1992.
- J. Naveh, *Early History of the Alphabet. An Introduction to West Semitic Epigraphy and Paleography*, Jerusalem 1982.

• Parallèles

- P. R. Davies, *Scribes and Schools. The Canonization of Hebrew Scriptures*, Louisville 1998.
- M. Detienne (ed.), *Les savoirs de l’écriture. En Grèce ancienne*, Paris 1988.
- J.-J. Glassner, *Écrire à Sumer. L’invention du cunéiforme*, Paris 2000.

- D. W. Jamieson-Drake, *Scribes and Schools in Monarchic Judah. A Socio-Archaeological Approach*, Sheffield 1991.
- A. Lemaire, *Les écoles et la formation de la Bible dans l'ancien Israël* (OBO 39), Göttingen 1981.
- O. Pedersen, *Archives and Libraries in the Ancient Near East 1500-300 B. C.*, Bethesda 1998.
- A. Schlott, *Schrift und Schreiber im alten Ägypten*, Munich 1989.
- G. Visicato, *The Power and the Writing. The Early Scribes of Mesopotamia*, Bethesda 2000.

6. EL SOLDADO (J. P. Vita)

- P. Bartoloni, "El ejército, la marina y la guerra", en S. Moscati (ed.), *Los fenicios*, Milano 1988, p. 132-138.
- Cl. Baurain – C. Bonnet, *Les Phéniciens. Marins des trois continents*, Paris 1992, pp. 157-160.
- G. Brizzi, "L'armée et la guerre", in *CPPMR*, pp. 303-315.
- S. M. Cecchini, "Architecture militaire, civile et domestique *partim* orient", in *CPPMR*, pp. 390-394.
- E. Lipiński, "Armée", in *DCPP*, pp. 40-41.
- E. Lipiński, "Guerre", in *DCPP*, pp. 198-199.
- W. Mayer, *Politik und Kriegskunst der Assyrier*, Münster 1995.
- E. Stern, "New Evidence from Dor for the First Appearance of the Phoenicians Along the Northern Coast of Israel", *BASOR* 279 (1990), pp. 27-34.
- M. Szymer, "La terminologie de la guerre et de la conquête dans l'épigraphie ouest-sémitique", in L. Nehmé (ed.), *Guerre et conquête dans la Proche-Orient Ancien*, Paris 1999, pp. 93-103.
- P. Xella, "Forze armate", in AA. VV., *Dizionario della civiltà fenicia*, Roma 1992, pp. 112-116.

7. LE MERCENAIRE (S. Crouzet)

- P. Bartoloni, "L'esercito, la marina e la guerra", in S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988, pp. 132-138.
- H. Ben Yonès, "Découverte de deux nouveaux éléments dans le mobilier de la tombe à la cuirasse de Ksour-Essaf au Sahel tunisien", *REPPAL* 10 (1997), pp. 35-39.
- St. Bourdin – S. Crouzet, "Des Italiens à Carthage? Réflexions sur quelques inscriptions puniques", in *Actes du colloque sur l'onomastique dans l'Italie antique (Rome, 13-15 novembre 2002)* (Collection de l'École Française de Rome), à paraître.
- G. Brizzi, "L'armée et la guerre", in *CPPMR*, pp. 303-315.
- F. Cassola, "Problemi di storia neapolitana. Appendice II: I mercenari campani", *Neapolis, Atti del 25 convegno di Studi sulla Magna Grecia, Tarento, 3-7 ott. 85*, Tarento 1988, pp. 77-81.
- A. Fariselli, "I mercenari di Cartagine", *SEAP* 16 (1997), pp. 141-162.
- A. Fariselli, "The impact of Military Preparations on the Economy of the Carthaginian State", in *Phoenicians and Carthaginians in the Western Mediterranean*, Rome 1999, pp. 59-67.
- A. Fariselli, *I Mercenari di Cartagine*, La Spezia 2002.
- Y. Garlan, *Guerre et économie en Grèce ancienne*, Paris 1989.
- A. K. Grayson, *Assyrian Rulers of the Early First Millenium BC II (858-745 BC)*, *The Royal inscriptions of Mesopotamia, Assyrian Periods* vol. 3, Toronto 1996.
- G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge 1935.
- M. Holleaux, "Ceux qui sont dans le bagage", in *Etudes d'épigraphie et d'histoire grecque, III. Lagides et Séleucides*, Paris 1942, pp. 15-26.
- P. Jal, *Tite-Live, Histoire romaine, Tome XIII, Livre XXIII*, Paris 2001.
- J. L. López-Castro, "Los Libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el Sur de la Península ibérica", *RSF* 20 (1992), pp. 47-65.
- L. Loreto, *La grande insurrezione libica contro Cartagine del 241-237 a.C.* (Collection de l'École

Française de Rome 211), Rome 1995.

- A. Merlin, "Découverte d'une cuirasse italiote près de Ksour-Essaf (Tunisie)", *MMAI* 17 (1909), pp. 125-137, pl. 12 à 14.
- S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972.
- S. Pennestri, "Monete puniche in Bruzio. Aspetti e problemi di circolazione in età preannibalica", in *Decima Miscellanea greca e romana*, Roma 1986, pp. 115-140.
- G. Tagliamonte, *I figli di Marte. Mobilità, mercenari e mercenariato italici in Magna Grecia e Sicilia*, Rome 1994.

8. LE CHEF DE GUERRE (V. Krings)

- J. Alexandropoulos, *Les monnaies de l'Afrique antique 400 av. J.-C. - 40 ap. J.-C.*, Toulouse 2000.
- W. Ameling, *Karthago. Studien zu Militär, Staat und Gesellschaft*, Munich 1993.
- P. A. Barceló, *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden*, Bonn 1988.
- G. Brizzi, *Annibale: strategia e immagine*, Città di Castello 1984.
- K. Geus, *Prosopographie der literarisch bezeugten Karthager*, Louvain 1994.
- W. Huss, *Geschichte der Karthager*, Munich 1985.
- V. Krings, *Carthage et les Grecs, 580-480 av. J.-C. Textes et histoire*, Leyde - Boston - Cologne 1998.
- S. Lancel, *Carthage*, Paris 1992.
- S. Lancel, *Hannibal*, Paris 1995.
- Y. Le Bohec, *Histoire militaire des guerres puniques*, Paris 2001.
- L. Loreto, *La grande insurrezione libica contro Cartagine del 241-237 A.C. Una storia politica e militare*, Rome 1995.

9. IL CONTADINO (S. M. Cecchini)

- J. Alvar - C. G. Wagner, "La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica", *Gerión* 6 (1988), pp. 169-185.
- S. Aounallah, *Le Cap Bon, jardin de Carthage. Recherches d'épigraphie et d'histoire romano-africaines (146 a.C.-235 p.C.)*, Bordeaux 2001.
- S. F. Bondi, "Magon", in *Enciclopedia Virgiliana*, III, Roma 1987, pp. 322-323.
- S. F. Bondi, "La société", in *CPPMR*, pp. 345-353.
- S. F. Bondi, "Le commerce, les échanges, l'économie", in *CPPMR*, pp. 268-281.
- J. P. Brown, *The Lebanon and Phoenicia*, I, Beirut 1966.
- S. M. Cecchini, "Problèmes et aspects de l'agriculture carthaginoise", in *Histoire et Agriculture de l'Afrique du Nord. Actes du III^e Colloque International* (Montpellier, 1-5 avril 1985), Paris 1986, pp. 107-117.
- O. Devillers - V. Krings, "Autour de l'agronome Magon", in M. Khanoussi - P. Ruggeri - C. Vismara (eds.), *L'Africa Romana* (Atti dell'XI Convegno di Studio, Cartagine, 15-18 dicembre 1994), Ozieri 1996, pp. 489-516.
- H. M. Fantar, *Kerkouane. Cité Punique du Cap Bon (Tunisie)*, II, Tunis 1985.
- H. M. Fantar, *Kerkouane. Cité punique du Cap Bon (Tunisie)*, III, Tunis 1986.
- H. M. Fantar, *Carthage. Approche d'une civilisation*, 1, Tunis 1993, pp. 258-340.
- M. Fantar, "De l'agriculture à Carthage", in M. Khanoussi - P. Ruggeri - C. Vismara (eds.), *L'Africa Romana* (Atti dell'XII Convegno di Studio, Olbia, 12-15 dicembre 1996), Sassari 1998, pp. 113-121.

- S. Gibson, "Agricultural Terraces and Settlement Expansion in the Highlands of Early Iron Age Palestine. Is There Any Correlation between the Two?", in A. Mazar (ed.), *Studies in the Archaeology of the Iron Age in Israel and Jordan* (Journal for the Study of the Old Testament, Supplement Series 331), Sheffield 2001.
- M. Gras – P. Rouillard – J. Teixidor, *L'Univers Phénicien*, Paris 1989, pp. 73-78.
- S. Gsell, *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, I-IV, Paris 1912-1919.
- W. V. Gucht, "Agriculture, 1: Phénicie", in *DCPP*, p. 9.
- J. Heurgon, "L'agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en latin et en grec", *CRAI* 1977, pp. 441-456.
- B. S. J. Isserlin, "Phoenician and Punic Rural Settlement and Agriculture: Some Archaeological Considerations", in *ACFP* I, Roma 1983, pp. 157-163.
- J. Kolendo, "Il contadino", in A. Giardina (ed.), *L'uomo romano*, Roma-Bari 1989, pp. 217-232.
- S. Lancel – É. Lipiński, "Agriculture, 2: Afrique du Nord", in *DCPP*, pp. 9-10.
- S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, pp. 66-85.
- G. Charles-Picard – C. Charles-Picard, *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal*, Paris 1959.
- A. Stieglitz – G. Tore, "Realtà rurali e urbane: territorio e urbanizzazione nella Sardegna fenicio-punica", in M. Khanoussi – P. Ruggeri – C. Vismara (eds.), *L'Africa Romana* (Atti dell'XII Convegno di Studio, Olbia, 12-15 dicembre 1996), Sassari 1998, pp. 549-563.
- J. Tixeron, "Réflexions sur l'implantation ancienne de l'agriculture en Tunisie", *Karthago* 10 (1959-1960), pp. 1-50.
- E. Ughi, "L'organizzazione dello spazio rurale in Sardegna", in M. Khanoussi – P. Ruggeri – C. Vismara (eds.), *L'Africa Romana* (Atti dell'XII Convegno di Studio, Olbia, 12-15 dicembre 1996), Sassari 1998, pp. 85-112.
- C. Vismara, "L'organizzazione dello spazio rurale nelle province del Nord Africa", in M. Khanoussi – P. Ruggeri – C. Vismara (eds.), *L'Africa Romana* (Atti dell'XII Convegno di Studio, Olbia, 12-15 dicembre 1996), Sassari 1998, pp. 51-84.
- C. G. Wagner – J. Alvar, "Fenicios en Occidente: la colonización agrícola", *RSF* 17 (1989), pp. 61-102.

10. L'UOMO E IL CIBO (L. Campanella)

- S. F. Bondì, "L'alimentazione nel mondo fenicio-punico. L'aspetto economico-industriale", in *L'alimentazione nell'antichità*, Parma 1985, pp. 167-184.
- L. Campanella, "Nota su un tipo di forno fenicio e punico", *RSF* 29 (2001), pp. 231-239.
- M. Fantar, *Kerkouane. Cité punique du Cap Bon. II. Architecture domestique*, Tunis 1985, pp. 153-302.
- J. L. López Castro, "El trigo, la vid y el olivo: la tríada mediterránea entre fenicios y cartagineses", in C. San Martín – M. Ramos (eds.), *Con Pan, Aceite y Vino... La Tríada mediterránea a través de la historia. Catálogo de la exposición*, Granada 1998, pp. 37-52.
- S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, pp. 20-31, 66-85, 511.
- A. Spanò Giammellaro, "L'alimentazione fenicia e punica", in J. L. Flandrin – M. Montanari (eds.), *Storia dell'alimentazione*, Roma-Bari 1999, pp. 56-70.
- A. Spanò Giammellaro, "Il vino nel mondo fenicio-punico", in D. Tomasi – C. Cremonesi (eds.), *L'avventura del vino nel Bacino del Mediterraneo. Itinerari storici ed archeologici prima e dopo Roma*, Simposio internazionale (Conegliano, 30 settembre - 2 ottobre 1998), Conegliano 2000, pp. 45-69.
- A. Spanò Giammellaro, "Pappe, vino e pesce salato. Appunti per uno studio della cultura alimentare fenicia e punica", *Kokalos*, pp. 1-48, c.d.s.
- M. L. Uberti, "Qualche nota sull'alimentazione fenicia e punica: i principali costituenti energetici", *RStAnt* 17-18 (1987-1988), pp. 189-97.

11. L'ARTIGIANO (I. Oggiano – M. Botto)

- M. G. Amadasi Guzzo – V. Karageorghis, *Fouilles de Kition III. Inscriptions phéniciennes*, Nicosia 1977.
- J. A. Barceló *et al.*, “El área de producción alfarerera del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)”, *RSF* 23 (1995), pp. 147-181.
- R. Barnett, “Phoenician and Punic Arts and Handicrafts. Some Reflections and Notes” in *ACFP I*, pp. 19-26.
- S. F. Bondi, “La société”, in *CPPMR*, pp. 345-353.
- C. Bonnet, “La terminologie phénico-punique relative au métier de lapicide et à la gravure des textes”, *SEL* 7 (1990), pp. 111-122.
- M. Botto, “Artigiani al seguito di mercanti: considerazioni su un aspetto del commercio fenicio nel Mediterraneo”, in S. Bruni – T. Caruso – M. Massa (eds.), *Studi in onore di Orlanda Pancrazzi*, in c.s.
- J. N. Coldstream, “Greeks and Phoenicians in the Aegean”, in H.-G. Niemeyer (ed.), *Phönizier im Westen*, Mainz am Rhein 1982, pp. 261-275.
- A. Dupont-Sommer, “Une nouvelle inscription punique de Carthage”, *CRAI* (1968), pp. 116-133.
- G. Falsone, *Struttura e origine orientale dei forni da vasaio di Mozia*, Palermo 1981.
- J. G. Février, “L’inscription du Mausolée dit d’Atban (Dougga)”, *Karthago* 10 (1959-1960), pp. 53-57.
- A. González Prats – E. Ruiz Segura, “Una zona metalúrgica de la primera mitad del siglo VII en la ciudad fenicia de La Fonteta (Guardamar, Alicante)”, in *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, III, Cartagena 1999, pp. 355-357.
- M. Heltzer, “A Recently Discovered Phoenician Inscription and the Problem of the Guilds of Metal Caster”, in *ACFP I*, pp. 119-123.
- M. Heltzer, “Crafts in the West (Syria, Phoenicia, Palestine, ca. 1500-331 BCE)”, *Altorientalische Forschungen* 23 (1996), pp. 278-283.
- C. Grottanelli, “Of Gods and Metals. On the Economy of Phoenicians Sanctuaries”, *Scienze dell’Antichità* 2 (1988), pp. 243-255.
- E. Lipiński, *Dieux et déesses de l’univers phénicien et punique*, Leuven 1995, pp. 108-112.
- H.-G. Niemeyer, “The Early Phoenician City-States on the Mediterranean Archaeological Elements for their Description” in M. H. Hansen (ed.), *A Comparative Study of Thirty City-State Culture*, Copenhagen 1999, pp. 89-115.
- I. Oggiano, “La ceramica fenicia di Sant’Imbenia (Alghero – SS)”, in P. Bartoloni – L. Campanella (eds.), *La ceramica fenicia di Sardegna*, Roma 2000, pp. 235-258.
- S. Moscati (ed.), *L’Alba della Civiltà*, II, Torino 1976.
- D. Pardee, “Koshar”, in *DDD*, s. v.
- J. B. Pritchard, *Recovering Sarepta. A Phoenician city*, Princeton 1978.
- M. Sznycer, “Les noms de métier et de fonction chez les Phéniciens de Kition d’après les témoignages épigraphiques”, in AA.VV., *Chypre. La vie quotidienne de l’Antiquité à nos jours*, Paris 1985.
- I. Winter, “Homer’s Phoenicians: History, Ethnography or Trope? [A Perspective on Early Orientalism]”, in J. B. Carter – S. P. Morris (eds.), *The Ages of Homer. A Tribute to Emily Vermeule*, Austin 1995, pp. 247-271.
- P. Xella, “Il dio artigiano Kothar”, in P. Xella (ed.), *Magia. Studi di Storia delle Religioni in memoria di Raffaella Garosi*, Roma 1976, pp. 11-125.

12. EL HOMBRE Y EL METAL (A. González Prats – M. Renzi)

- M. E. Aubet, “El comercio fenicio en Occidente: balance y perspectivas”, in *I Fenici: Ieri, Oggi, Domani. Ricerche, scoperte, progetti*, Roma 1995, pp. 227-243.

- J. Elayi – A. Planas Palau, *Les pointes de flèches en bronze d'Ibiza dans le cadre de la colonisation phénico-punique* (Suppl. 2 à Transeuphratène), Paris 1995.
- J. Fernández Jurado, “La metalurgia de la plata en época tartésica”, in *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, Madrid 1989, pp. 157-165.
- B. Grau-Zimmermann, “Phonikische Metallkannen in der Orientali-Sierenden Horizonten der Mittelmeerraumes”, *MM* 19 (1978), pp. 161-218.
- M. Heltzer, “The Economy of Ugarit”, in *HUS*, pp. 423-454.
- G. Herm, *Los fenicios*. Destino. Barcelona 1976.
- G. M. Ingo – E. Acquaro – P. Bernardini – G. Bultrini – M. Y. Francisi – L. I. Manfredi – L. Scoppio – G. Padeletti – G. Petruccioli, “Primi risultati delle indagine chimico-fisiche sui materiali rinvenuti nel quartiere metallurgico di Tharros (Sardegna)”, in *L'Africa romana. Atti dell' XI Convegno di Studio*, Tunis 1994, pp. 853-872.
- I. Keesmann – H. G. Niemeyer – C. Briesse – F. Golschani – B. Schulz-Dobrick, “Un centro primitivo de la elaboración de hierro en la factoría fenicia de Toscanos”, in *Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones mediterráneas y europeas*, Madrid 1989, pp. 99-108.
- E. Lagarce – J. Lagarce, “Les lingots «en peau de boeuf», objets de commerce et symboles idéologiques dans le monde méditerranéen”, *REPPAL* 10 (1997), pp. 73-91.
- S. Lancel, “Les sondages dans le secteur sud-ouest de l'îlot C (G IV 3/7, G III 15/16)”, in *Byrsa II. Mission Archéologique Française à Carthage. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques* (Collection de l'École Française de Rome, 41), Roma 1982, pp. 217-248.
- J.-Cl. Margueron, *Los mesopotámicos*, Madrid 1996.
- G. Markoe, *Phoenician Bronze and Silver Bowls from Cyprus and the Mediterranean*, Berkleys – Los Angeles – London 1985.
- I. Negueruela – J. Pinedo – M. Gómez – A. Miñano – I. Arellano – J. S. Barba, “Seventh-century BC Phoenician vessel discovered at Playa de la Isla, Mazarrón, Spain”, *The International Journal of Nautical Archaeology*, 24 (3) (1995), pp. 189-197.
- M. M. Ros Sala, “Minería y metalurgia de la plata en el asentamiento protohistórico de Punta de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia). I. Estudio arqueológico”, in *Metalurgia en la Península Ibérica durante el Primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*, Murcia 1993, pp. 205-220.
- B. Rothenberg – P. Andrews – I. Keesmann, “Monte Romero, September 1986 – the discovery of a unique Phoenician silver smelting workshop in south-west Spain” in *IAMS Newsletter* 9 (1986), pp. 1-4.
- D. Ruiz Mata – J. Fernández Jurado, *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)* (HA 8), Huelva 1986.
- H. Schubart, “La forja fenicia del hierro en el Morro de Mezquitilla”, in *La cerámica fenicia en Occidente: centros de producción y áreas de comercio*, Alicante 1999, pp. 241-256.
- J. P. Thuillier, “Les sondages dans le secteur nord-est de l'îlot C”. *Byrsa II. Mission Archéologique Française à Carthage. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques* (Collection de l'École Française de Rome 41), Roma 1982, pp. 249-260.

13. L'UOMO E IL MARE (P. Bartoloni)

- R. D. Ballard - L. E. Stager, “Iron Age Shipwrecks in Deep Water off Ashkelon, Israel”, *AJA* 106 (2002), pp. 151-68.
- P. Bartoloni, “Le figurazioni di carattere marino rappresentate sulle più tarde stele di Cartagine. I - Le navi”, *RSF* 5 (1977), pp. 147-163.
- P. Bartoloni, “Fenici e Cartaginesi sul mare”, *Le Scienze* 130 (1979), pp. 30-36.
- P. Bartoloni, “L'antico porto di Nora”, *Antiqua* 13 (1979), pp. 57-61.
- P. Bartoloni, “Le figurazioni di carattere marino rappresentate sulle più tarde stele di Cartagine. II - Le imbarcazioni minori”, *RSF* 7 (1979), pp. 181-191.

- P. Bartoloni, "Le navi da guerra cartaginesi di età ellenistica", *Antiqua* 12 (1979), pp. 19-30.
- P. Bartoloni, "La pesca a Cartagine", in AA.VV., *Atti dell'XI Convegno di studio "L'Africa Romana" (Cartagine, 15-18 dicembre 1994)*, Sassari 1996, pp. 479-488.
- L. Basch, "Phoenician oared ships", *Mariner Mirror* 55, 2-3 (1969), pp. 139-62, 227-45.
- G. F. Bass (ed.), *Navi e civiltà. Archeologia marina*, Milano 1974.
- L. Casson, *Navi e marinai dell'antichità*, Milano 1976.
- F. Cordano, *Antichi viaggi per mare. Peripli greci e fenici*, Pordenone 1992.
- S. Medas, *La marineria cartaginese. Le navi, gli uomini, la navigazione* (= *Sardegna Archeologica-Scavi e Ricerche* 2), Sassari 2000.
- S. Moscati, *L'ancora d'argento. Colonie e commerci fenici tra Oriente e Occidente*, Milano 1989.

14. EL MERCADER (M. E. Aubet)

- D. Arnaud, "Une lettre du roi de Tyr au roi d'Ougarit: milieux d'affaires et de culture en Syrie à la fin de l'Âge du Bronze Récent", *Syria* 59 (1982), pp. 101-107.
- M. C. Astour, "The merchant class of Ugarit", in D. O. Edzard (ed.), *Gesellschaftsklassen im alten Zweiströmland und in angrenzenden Gebieten* (XVIIIe RAI), München (1972), pp. 11-26.
- M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona 1994.
- M. E. Aubet, "Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean", *Münstersche Beiträge zur Antiken Handelsgeschichte* 19 (2000), pp. 70-120.
- R. D. Barnett, "Ezekiel and Tyre", *Eretz-Israel* 9 (1969), pp. 6-13.
- P. M. Bikai, "Trade networks in the Early Iron Age: The Phoenicians at Palaeopaphos", in D. W. Rupp (ed.), *Western Cyprus: Connections*, Paul Åström Förlag, Göteborg 1987, pp. 125-128.
- P. M. Bikai, "The Phoenicians and Cyprus", in V. Karageorghis (ed.), *Cyprus in the 11th Century B.C.*, Nicosia 1992, pp. 31-36.
- G. Bunnens, "Quelques aspects du commerce à longue distance des syriens et des phéniciens", in E. Acquaro – L. Godart – F. Mazza – D. Musti (eds.), *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*, Roma 1988, pp. 227-234.
- J. N. Coldstream, "The first exchanges between Euboeans and Phoenicians: who took the initiative?", in S. Gitin – A. Mazar – E. Stern (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition*, Jerusalem 1998, pp. 353-360.
- I. M. Diakonoff, "The naval power and trade of Tyre", *IEJ* 42 (1992), pp. 168-193.
- G. Garbini, "Il commercio di Tiro", in *I Fenici. Storia e religione*, Napoli 1980, pp. 65-69.
- H. J. Katzenstein, *The History of Tyre*, Jerusalem 1973.
- G. Kestemont, "Tyr et les assyriens", in *Studia Phoenicia* I/II, Leuven 1983, pp. 53-78.
- E. Lipiński, "Deux marchands de blé phéniciens à Ninive", *RSF* 3 (1975), pp. 1-6.
- E. Lipiński, "Products and brokers of Tyre according to Ezekiel 27", in *Studia Phoenicia* III, Leuven 1985, pp. 213-220.
- M. Liverani, "The trade network of Tyre according to Ezek. 27", in M. Cogan – E. Eph'al (eds.), *Ah Assyria... Studies in Assyrian History and Ancient Near Eastern Historiography* presented to H. Tadmor (*Scripta Hierosolymitana* XXXIII), Jerusalem 1988, pp. 65-79.
- N. Na'aman, "Esarhaddon's treaty with Baal and assyrian provinces along the Phoenician coast", *RSF* 22 (1994), pp. 3-8.
- O. Negbi, "Early Phoenician presence in the Mediterranean Islands: A Reappraisal", *AJA* 96 (1988), pp. 599-615.
- K. Radner, "Traders in Neo-assyrian period", in J. G. Dercksen (ed.), *Trade and Finance in Ancient Mesopotamia*, Istanbul 1999, pp. 101-126.
- A. F. Rainey, "Business agents at Ugarit", *IEJ* 13 (1963), pp. 313-321.
- J. W. Shaw, "Phoenicians in Southern Crete", *AJA* 93 (1988), pp. 165-183.

J. W. Shaw, "The Phoenician shrine, ca. 800 BC at Kommos in Crete", in *ACFP* IV, pp. 1107-1119.

15. LA DONNA (M. G. Lancellotti)

M. G. Amadasi Guzzo – C. Bonnet – S. M. Cecchini – P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia* (= *DCF*), Roma 1991.

M. G. Amadasi Guzzo, "Dédicaces de femmes à Carthage", in *Studia Phoenicia* VI, Leuven 1988, pp. 143-149.

R. D. Barnett, *A Catalogue of the Nimrud Ivories*, London 1975.

F. L. Benz, *Personal Names in the Phoenician and Punic Inscriptions*, Roma 1972.

W. Fauth, *Aphrodite parakypousa* (Abh. d. Geistes- und Sozialwiss. Kl. Akad. Wiss. und Lit.), Mainz 1966.

A. Ferjaoui, "Les femmes à Carthage à travers les documents épigraphiques", *REPPAL* 11 (1999), pp. 77-86.

C. Grottanelli, "I connotati 'fenici' della morte di Elissa", *Religioni e civiltà* 1 (1972), pp. 319-327.

A. M. Jiménez Flores, "Cultos fenicio-púnicos de Gadir: prostitución sagrada y *puellae gaditanae*", *Habis* 32 (2001), pp. 11-29.

E. Lipiński, "L'élément 'RS' dans l'anthroponymie carthaginoise", in M. Macuch - Ch. Müller – B.G. Fagner (eds.), *Studia semitica necnon iranica, Rudolpho Macuch septuagenario ab amicis et discipulis oblata*, Wiesbaden 1989, pp. 141-148.

E. Lipiński, *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique* (= *DCPP*), Turnhout 1992.

S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972.

G. Ch. Picard – C. Picard, *I Cartaginesi al tempo di Annibale*, Milano 1961.

G. Piccaluga, "Fondare Roma, domare Cartagine: un mito delle origini", in *ACFP* I, vol. 2, pp. 409-424.

J. A. Soggin, "Jezebel, oder die fremde Frau", in A. Caquot – M. Delcor (eds.), *Mélanges bibliques et orientaux en l'honneur de M. Henri Cazelles*, Kevelaer – Neukirchen-Vluyn 1981, pp. 453-459.

I. Toppani, "Una regina da ritrovare: Sofonisba e il suo tragico destino", *Atti Ist. Ven. di Sc., Lett. e Arti* 136 (1977-1978), pp. 561-578.

A. Verger, "Note di epigrafia giuridica punica – I. Matronimici e ierodulia nell'Africa punica", *RSO* 40 (1966), pp. 261-265.

R. Washborne, "Aphrodite *parakypousa* 'the Woman in the Window': The Cypriot Astarte-Aphrodite's Fertily Role in Sacred Prostitution and Rebirth", *RDAC* 1999, pp. 163-177.

S. Yazidi Zeghal, "La femme carthaginoise: état de la recherche", *REPPAL* 9 (1995), pp. 203-212.

16. EL NIÑO (M. C. Marín Ceballos)

M. G. Amadasi Guzzo, "Le iscrizioni del *tofet*: osservazioni sulle expresioni di offerta", in C. González Wagner – L. A. Ruiz (eds.), *El Molk como concepto del sacrificio púnico hebreo y el final del dios Moloch* (reedición y traducción de la obra de O. Eissfeldt), Madrid 2002, pp. 93-119.

C. Beer, *Temple-Boys. A Study of Cypriote Votive Sculpture. Part I. Catalogue, Part 2. Functional Analysis*, Jonsered 1993, 1994.

A. Ciasca, "Archeologia del *tofet*" in C. González Wagner – L. Ruiz (eds.), *El Molk como concepto del sacrificio púnico hebreo y el final del dios Moloch* (reedición y traducción de la obra de O. Eissfeldt), Madrid 2002, pp. 121-140.

R. De Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Barcelona 1992.

- G. Del Olmo, "La religión de la onomástica", in *La religión cananea según la liturgia de Ugarit. Estudio textual*, Barcelona 1992.
- E. Feucht, *Das Kind im Alten Ägypten*, Frankfurt-New York, 1995.
- G. Hölb, *Ägyptische Kulturgut im phönizischen und punischen Sardinien I y II* (ÉPRO 102), Leiden 1986.
- R. M. Janssen – J. J. Janssen, *Growing up in Ancient Egypt*, Londres 1990.
- G. Pinch, "Private Life in Ancient Egypt". in J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. I, New York 1995.
- S. Ribichini, "La questione del 'tofet' punico", in St. Verger (ed.), *Rites et espaces en pays celte et méditerranéen*, Roma 2000, pp. 293-304.
- R. A. Stucky, *Die Skulpturen aus dem Eschmun-Heiligtum bei Sidon. Griechische, römische, kyprische und phönizische Statuen und Reliefs vom 6. Jahrhundert vor Chr. bis zum 3. Jahrhundert nach Chr.* (Suppl. 17 Antike Kunst), Basel 1993.
- K. Van Der Toorn, *Family Religion in Babylonia, Syria and Israel. Continuity and Change in the Forms of Religious Life* (SCHANE 7), Leiden 1996.
- P. Xella, "Eschmun von Sidon", in M. Dietrich – O. Loretz (eds.), *Mesopotamica - Ugaritica - Biblica. Festschrift für Kurt Bergerhof*, Neukirchen-Vluyn 1993, pp. 490 y ss.

17. L'ESCLAVE (A. Lemaire)

- S. F. Bondi, "Elementi di storia fenicia nell'età dell'espansione mediterranea", in *ACFP II*, pp. 51-58.
- S. F. Bondi, "La Société", in *CPPMR*, pp. 345-353.
- X. Durand, *Des Grecs en Palestine au III^e siècle avant Jésus-Christ* (Cahiers de la Revue Biblique 38), Paris 1997.
- J. Elayi, "La révolte des esclaves de Tyr relatée par Justin", *Baghdader Mitteilungen* 12 (1981), pp. 139-150.
- J. Elayi, *Recherches sur les cités phéniciennes à l'époque perse* (Supplemento n° 51 agli *Annali* 47/2), Napoli 1987.
- M. Fantar, "Une inscription punique exposée au musée d'Utique", *Les Cahiers de Tunisie* 20 (1972), pp. 9-15.
- J.-G. Février, "Vir Sidonius", *Semitica* 4 (1951/2), pp. 13-18.
- J.-G. Février, "Deux inscriptions néo-puniques. La néopunique 12 (Numida sexta)", *Karthago* 10 (1959/60), pp. 64-66.
- J.-G. Février, "Texte puniques et néopuniques relatifs aux testaments", *Semitica* 11 (1961), pp. 4-8.
- I. J. Gelb, "Definition and Discussion of Slavery and Serfdom", *UF* 11 (1979), pp. 283-297.
- S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord II. L'état carthaginois*, Paris 1918.
- S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord I, Les conditions du développement historique, les temps primitifs, la colonisation phénicienne et l'empire de Carthage*, Paris 1920.
- S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord IV, La civilisation carthaginoise*, Paris 1929.
- M. Heltzer, "The Meaning of the Punic Expression from Carthago *lmyʿms ʿm qrtḥds* and the Root ʿ-m-s", *OA* 24 (1985), pp. 77-84.
- J. Hoftijzer – K. Jongeling, *Dictionary of the North-West Semitic Inscriptions*, Leiden 1995.
- W. Huss, *Geschichte der Karthager*, München 1985.
- A. Lemaire, "Milkiram, nouveau roi phénicien de Tyr?", *Syria* 53 (1976), pp. 83-93.
- M.-T. Lenger, *Corpus des ordonnances des Ptolémées* (Académie Royale de Belgique, Mémoire de la Classe des Lettres 64/2), Bruxelles 1980.
- E. Lipiński, "Phoenicians in Anatolia and Assyria, 9th-6th Centuries B. C.", *OLP* 16 (1985), pp. 81-90.

- E. Matilla Vicente, "Surgimiento y desarrollo de la esclavitud cartaginesa y su continuación en época romana", *Hispania Antiqua* 7 (1977), pp. 99-123.
- S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972.
- H. W. F. Saggs, "The Nimrud Letters, 1952 - Part II", *Iraq* 17 (1955), pp. 120-160.
- I. Schiffmann, "Zur Interpretation der Inschriften IFPCO Sard. 36 und 39 aus Sardinien", *RSF* 4 (1976), p. 49-52.
- M. Sznycer, "L'Assemblée du Peuple' dans les cités puniques d'après les témoignages épigraphiques", *Semitica* 25 (1975), pp. 47-68.
- M. Sznycer, "Une inscription punique de Carthage retrouvée au musée d'Angers", *Semitica* 26 (1976), pp. 81-91.
- J. Teixidor, "L'inscription phénicienne de Tartous (RÉS 56)", *Syria* 56 (1979), pp. 145-151.
- A. Van den Branden, "MQNY HTRŠ, esclave héréditaire ou marchand de vin?", *BiOr* 23 (1966), pp. 142-145.
- W. Van Gucht, "Esclaves", in *DCPP*, p. 157.
- J.-P. Vita, "The Society of Ugarit", in *HUS*, pp. 455-498.
- W. Wolf, "Papyrus Bologna 1086. Ein Beitrag zur Kulturgeschichte des Neuen reiches", *ZÄS* 65 (1930), pp. 80-97.
- R. Yaron, "A Document of Redemption from Ugarit", *VT* 10 (1960), pp. 83-90.

18. L'ÉMIGRANT (M. F. Baslez)

- M. F. Baslez, *Recherches sur les conditions de pénétration et de diffusion des religions orientales à Délos*, Paris, Presses de l'École Normale Supérieure, 1977.
- M. F. Baslez, "Cultes et dévotions des Phéniciens en Grèce. Les divinités marines" in *Religio Phoenicia* (*Studia Phoenicia* IV), Namur 1986, p. 289-305.
- M. F. Baslez, "Le rôle et la place des Phéniciens dans la vie économique des ports de l'Égée", in *Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millenium B.C.* (*Studia Phoenicia* V), Louvain 1987, p. 267-287.
- M. F. Baslez, "Place et rôle des associations dans la cité d'Athènes au IV^e siècle", in P. Carlier, *Le IV^e siècle av. J.-C.*, Nancy 1996, p. 286-292.
- M. F. Baslez, "Entre traditions nationales et intégration : les associations sémitiques du monde grec", in S. Ribichini – M. Rocchi – P. Xella, *La questione delle influenze vicino-orientali sulla religione greca*, Rome 2001, pp. 235-248.
- M. F. Baslez – F. Briquel-Chatonnet, "L'inscription gréco-phénicienne de l'Asklépieion de Délos", *Hommage à Maurice Sznycer* (*Semitica* 38), Paris 1990, pp. 27-37.
- M. F. Baslez – F. Briquel-Chatonnet, "Un exemple d'intégration phénicienne au monde grec: les Sidoniens au Pirée à la fin du IV^e siècle", in *ACFP II*, pp. 229-240.
- M. F. Baslez – F. Briquel-Chatonnet, "De l'oral à l'écrit: le bilinguisme des Phéniciens en Grèce", in *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée* (Collection des Études Classiques 6), Namur 1991, pp. 371-386.
- C. Bonnet, "Antipatros l'Ascalonite dévoré par un lion, *CIS* I, 115", in *Hommage à Maurice Sznycer* (*Semitica* 38), Paris 1990, pp. 37-47.
- P. Bordreuil – D. Pardee, "Le papyrus du marzeah", in *Hommage à Maurice Sznycer* (*Semitica* 38), Paris 1990, pp. 47-60.
- F. Briquel-Chatonnet, "Les derniers témoignages sur la langue phénicienne en Orient", *RSF* 19 (1991), p. 3-21.
- F. Briquel-Chatonnet, "L'image des Phéniciens dans le roman grec" in *Le monde du roman grec*, Presses de l'École Normale Supérieure, Paris 1992, pp. 189-198.
- F. Briquel-Chatonnet, "Quelques remarques sur l'onomaistique des Phéniciens d'après les inscriptions grecques", in *ACFP III*, p. 203-209.
- Ph. Bruneau, *Recherches sur les cultes de Délos à l'époque hellénistique et romaine*, Paris 1970.

- Ph. Bruneau, "Les cultes de l'établissement des Poseidoniastes à Délos", in *Hommages à Maarten J. Vermaseren*, Leyde 1978, pp. 160-190.
- M. Th. Couilloud, *Monuments funéraires de Rhénée* (Exploration Archéologique de Délos XXX), Paris 1974.
- M. Th. Couilloud, "Une famille de notables tyriens à Délos", *BCH* 121 (1997), pp. 617-666.
- X. Durand, *Des Grecs en Palestine au IIIe siècle avant Jésus-Christ. Le dossier syrien des archives de Zénon de Caunos* (Cahiers de la Revue Biblique 40), Paris 1997.
- F. Dürrbach, *Choix d'Inscriptions de Délos*, Paris 1921.
- J. Elayi, "L'inscription bilingue de Délos CIS I, 114", *Baghdadische Mitteilungen* 19 (1988), pp. 549-555.
- P. M. Fraser "Greek Phoenician Bilingual Inscriptions from Rhodes", *ABSA* 65 (1970), pp. 31-36.
- H. Hauben, "Philocles, King of the Sidonians and General of the Ptolemies" in *Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millenium B.C. (Studia Phoenicia V)*, Louvain 1987, pp. 413-427.
- Ch. Kantzia – M. Szyner, "L'inscription gréco-phénicienne de Cos", *Archaiologikon Deltion* 35, 1980 (Athènes 1986), pp. 1-30.
- T. J. Lewis, *Cults of the Dead in Ancient Israel and in Ugarit*, Atlanta 1989.
- G. Mancinetti-Santamaria, "Filostrato di Ascalona, Banchiere in Delo", in *Delo e l'Italia, (Opuscula Instituti Romani Finlandiae 2)*, Roma 1982, pp. 79-89.
- O. Masson, "Recherches sur les Phéniciens dans le monde hellénistique", *BCH* 93 (1969), pp. 694-699.
- M. O'Connor, "Northwest Semitic Designation for Elective Social Affinities", *JANES* 18 (1982), pp. 70-72.
- Ch. Picard, *L'établissement des Poseidoniastes de Délos (Exploration Archéologique de Délos VI)*, Paris 1921.
- J. P. Rey Coquais, *Arados et sa Pérée aux époques hellénistique et romaine* (BAH 97), Paris 1974.
- J. Teixidor, "Les fonctions de *rab* et de *suffète* en Phénicie", *Semitica* 29 (1979), pp. 9-17.
- J. Teixidor, "L'assemblée législative en Phénicie d'après les inscriptions", *Syria* 57 (1980) p. 453-464.
- V. Tran Tam Tinh, *Le culte des divinités orientales en Campanie* (EPRO 27), Leyde 1972.
- J. Velissaropoulos, *Les naoclères grecs*, Paris Genève 1980.

19. EL INDÍGENA (M. Almagro-Gorbea, M. Torres, A. Mederos)

- M. Almagro-Gorbea, "Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Iberica", in *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*, Pisa-Roma 1983, pp. 429-461.
- M. Almagro-Gorbea, *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid 1996.
- A. M. Arruda, *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal* (CAM 5-6), Barcelona 1999-2000.
- P. Bernardini, "La facies Orientalizzante in Sardegna: Problemi di individuazione e di metodologia", in R. H. Tykot – T.K. Andrews (eds.) *Sardinia in the Mediterranean: a footprint in the sea*, Sheffield 1992, pp. 396-409.
- P. Bernardini, "Fenomeni di interazione tra fenici e indigeni in Sardegna", in D. Ruiz Mata (ed.) *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos e interacción*, El Puerto de Santa María 2000, pp. 39-98.
- S. F. Bondi, "I Fenici en Occidente", in *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes (Collection de L'École Française de Rome)*, Pisa-Roma 1983, p. 379-407.
- M. Botto, "Rapporti fra Fenici e indigeni nella Penisola Iberica (siglos VIII-VI a.C.)", in *Hispania terris omnibus felicioz, Premesse ed esiti di un proceso di integrazione*, Pisa 2002, pp. 9-62.
- S. Lancel, *Cartago*, Barcelona 1994.
- F. López Pardo, "Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náu-

- ticas al de colonización de implicaciones productivas”, *Gerión* 14 (1996), pp. 251-288.
- D. Ruiz Mata, “Fenicios e indígenas en Andalucía occidental. Tartessos como paradigma”, in D. Ruiz Mata (ed.), *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos e interacción*, El Puerto de Santa María 2000, pp. 9-37.
- M. Torres, *Tartessos (Bibliotheca Archaeologica Hispana 14)*. Madrid 2002.
- C. G. Wagner, “Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica”, *TP* 52(1) (1995), pp. 109-126.

20. IL MORTO (S. Ribichini)

- Sulla morte e l'ideologia funeraria nel mondo fenicio e punico:

H. Benichou Safar, *Les tombes puniques de Carthage (=TPC)*, Paris 1982.

H. Benichou Safar, “Les Phénico-Puniques et la mort: mise en perspective des recherches”, in S. Moscati (ed.), *I Fenici. Ieri, oggi, domani*, Roma 1995, pp. 95-105.

S. Ribichini, “Morte e oltretomba a Cartagine: a proposito di un libro recente”, *SMSR* 51 (1985), pp. 353-64.

S. Ribichini, “Concezioni dell'oltretomba nel mondo fenicio-punico”, in P. Xella (ed.), *Archeologia dell'inferno*, Verona 1987, pp. 147-81.

S. Ribichini, “Sui riti funerari fenici e punico. Tra archeologia e storia delle religioni”, in A. Gonzalez Prats (ed.), *«El mundo funerario». III Seminario internacional sobre temas fenicios (Guardamar del Segura, 3-5 maggio 2002)*, c.d.s.
- Sull'archeologia della morte (in aggiunta alla bibliografia citata nelle note al capitolo):

P. Bartoloni e altri, *La necropoli di Monte Sirai - I (Collezione di Studi Fenici, 41)*, Roma 2000.

A. Ben Yonès Krandel, “Typologie des tombes des nécropoles puniques en pays numide”, *REPPAL* 4 (1988), pp. 1-48.

C. Doumet-Serhal, “Jars from the First Millennium BC at Tell el Rachidieh (South of Tyre): Phoenician Cinerary Urns and Grave Goods”, *Archaeology & History in Lebanon* 17 (2003), pp. 42-51.

J. Elayi - M. R. Haykal, *Nouvelles découvertes sur les usages funéraires des Phéniciens d'Arwad (= Transeuphratène, Suppl. 4)*, Paris 1996.

M. Fantar, “Nécropoles puniques de Tunisie”, in *VIème Colloque international sur l'Histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord (Pau, oct. 1993)*, Nancy 1995, pp. 55-72.

C. Gómez Bellard – F. Gómez Bellard, “Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a. E. al II d. E.)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14 (1990), pp. 211-38.

G. Lindemann, “Phönikische Grabformen des 7./6. Jahrhunderts v. Chr. im Westlichen Mittelmeerraum”, *MM* 15 (1974), pp. 122-35.

A. M. Niveau de Villedary, “Pozos púnicos en la necrópolis de Cádiz: evidencias de prácticas rituales funerarias”, *RSF* 29 (2001), pp. 183-230.

A. Nunn, “Nekropolen und Gräber in Phönizien, Syrien und Jordanien zur Achämenidenzeit”, *UF* 32 (2000), pp. 389-463.

L. Perdignes – A. Muñoz – G. Pisano, *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. Siglos VI-V a. de C.*, Roma 1990.

H. Sader, “Nécropoles et tombes phéniciennes du Liban”, *CAM* 1 (1995), pp. 15-30.

G. A. Said-Zammit, “The Punic Tombs of the Maltese Islands”, *RSF* 25 (1997), pp. 153-78.

D. Salvi, “Tomba su tomba: indagini di scavo condotte a Tuvixeddu nel 1997. Relazione preliminare”, *RSF* 28 (2000), pp. 57-78.

A. Tejera, *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterraneo occidental*, Sevilla 1979.

M. Vento, *Le stele dipinte di Lilibeo*, Marsala 2000.

- Sul trattamento delle salme e la ideologia funeraria:

- P. Bartoloni (– M. Botto – L. A. Marras – C. Tronchetti), *La necropoli di Bitia - I*, Roma 1996.
- P. Bienkowski, "Some Remarks on the Practice of Cremation in the Levant", *Levant* 14 (1982), pp. 80-88.
- J. García Raya, "Aportaciones coloniales a las creencias funerarias ibéricas", *Espacio, Tiempo y Forma*, s. II 12 (1999), pp. 291-307.
- A. M. Jimenez Flores, *Ritual funerario y sociedad en las necrópolis fenicias de época arcaica de la Península Ibérica*, Ecija 1996.
- A. M. Jiménez Flores, "Notas sobre las creencias funerarias fenicio-púnicas: el culto a los difuntos", in E. Ferrer Albelda (ed.), *Ex Oriente Lux. Las religiones orientales antiguas en la Península ibérica* (= *Spal* Monografías, II), Sevilla 2002, pp. 123-40.
- M. L. Ramos Sainz, *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*, Madrid 1990.

- Studi sul materiale epigrafico (in aggiunta agli studi e alle antologie di testi citati nelle note al capitolo) e sui termini fenici e punici citati:

- M. G. Amadasi Guzzo, "Sull'iscrizione funeraria RES 1208, da Kition", *RSF* 1 (1973), pp. 16-17.
- J. Hofijzer – K. Jongeling, *Dictionary of the Northwest Semitic Inscriptions* (= *DNWSI*), Leiden - New York - Köln 1995, s. vv.
- H. Niehr, "Zur Semantik von nordwestsemitisch 'lm als 'Unterwelt' und 'Grab'", in B. Pontgratz-Leisten – H. Kühne – P. Xella (eds.), *Ana šadî labnāni lū allik. Beiträge zu altorientalischen und mittelmeeischen Kulturen. Festschrift für Wolfgang Röllig*, Neukirchen-Vluyn 1997, pp. 295-305 (cf. specialmente pp. 297-98).
- M. Pucciarini, "Iscrizioni funerarie fenicie e puniche a carattere privato", *Convivium Assisiense* 1 (1993), pp. 167-77.
- M. Szyner, "Le texte néopunique de la bilingue de Bordj Hellal", *Semitica* 27 (1977), pp. 47-57.
- F. Vattioni, "Domus aeterna", *Augustinianum* 36 (1996), pp. 231-36.

- Materiale comparativo:

- AA.VV., *Aspetti dell'ideologia funeraria nel mondo romano* (= *AION ArchStAnt* 6), Napoli 1984.
- AA.VV., *The Archaeology of Death in the Ancient Near East. International Conference held at the Victoria University of Manchester, Fallowfield Campus, 16th-19th December 1992*, Oxford 1995.
- S. Campbell – A. Green, *The Archaeology of Death in the Ancient Near East* (Oxbow Monograph 52), Oxford 1995.
- A. M. di Nola, *La nera signora. Antropologia della morte e del lutto*, Roma 1995.
- F. Hinard (ed.), *La mort, les morts et l'au-delà dans le monde romain. Actes du Colloque de Caen, 20-22 novembre 1985*, Caen 1987.
- F. Hinard (– M.-F. Lambert) (eds.), *La mort au quotidien dans le monde romain. Actes du Colloque organisé par l'Université de Paris IV (Paris-Sorbonne 7-9 octobre 1993)*, Paris 1995.
- S. C. Humphreys (ed.), *Mortality and Immortality. The Anthropology and Archaeology of Death. Proceedings of a Meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects held at the Institute of Archaeology, London University in June 1980*, London 1981.
- R. Raffaelli (ed.), *Rappresentazioni della morte*, Urbino 1987.
- N. Valenza Mele, "Vita dell'aldilà e corredi funerari. Evoluzioni comparate", *Dialogues d'Histoire Ancienne* 17/2 (1991), pp. 149-74.

ÍNDICES TEMÁTICOS

FUENTES

EPIGRÁFICAS

Byblos 13 (*KAI* 280) 30, 263, 268, 269

CIS I 3 270

CIS I 4 46

CIS I 5 219

CIS I 11 219

CIS I 45 (*IK P* 36) 267

CIS I 51 (*IK B* 42) 271

CIS I 57 269

CIS I 58 269

CIS I 59 (*IK B* 4) 269

CIS I 64 271

CIS I 68 271

CIS I 86 48

CIS I 91 71

CIS I 95 (*KAI* 42) 226

CIS I 114 227

CIS I 115 (*KAI* 54) 228, 265, 273

CIS I 116 (*KAI* 53) 229

CIS I 118 (*KAI* 58) 62

CIS I 120 (*KAI* 56) 230

CIS I 124 (*ICO* Malta 2) 261, 267

CIS I 154 (*ICO* Sard 12) 271

CIS I 159 (*ICO* Sard 7) 269

CIS I 175 40

CIS I 176 219

CIS I 227 53

CIS I 236 221

CIS I 237 52, 238, 239, 376

CIS I 238 52

CIS I 242 62

CIS I 247 52, 219

CIS I 248 52, 219

CIS I 249 52, 219

CIS I 250 52, 219

CIS I 251 219

CIS I 252 219

CIS I 253 219

CIS I 254 219

CIS I 256 52

CIS I 257 52

CIS I 258 52

CIS I 259 52

CIS I 260 53

CIS I 261 53

CIS I 262 53

CIS I 263 52, 193

CIS I 269 222

CIS I 270 222

CIS I 271 222

CIS I 272 222

CIS I 273 63, 222

CIS I 274 222

CIS I 275 222

CIS I 276 222

CIS I 277 63, 222

CIS I 278 222

CIS I 279 222

CIS I 280 222

CIS I 281 222

CIS I 282 222

CIS I 283 222

CIS I 284 222

CIS I 285 222

CIS I 286 222

CIS I 289 222

CIS I 290 222

CIS I 291 222

CIS I 292 222

CIS I 293 222

CIS I 318 221

CIS I 319 221

CIS I 320 221

CIS I 326 268

CIS I 327 140

CIS I 328 140

CIS I 377 53

CIS I 378 52, 193

CIS I 380 215

CIS I 522 215

CIS I 522 215

CIS I 588 52

CIS I 985 215

CIS I 1121 215

CIS I 1273 87

CIS I 1301 215

CIS I 1356 215

CIS I 1410 215

CIS I 2609 215

CIS I 2751 221

CIS I 2798 194

CIS I 2998 222

CIS I 3020 221

CIS I 3120 215

CIS I 3141 87

CIS I 3185 221

CIS I 3333 268

CIS I 3351 53

CIS I 3352 53

CIS I 3466 215

CIS I 3702 221

CIS I 3749 61

CIS I 3776 52

CIS I 3779 219

CIS I 3785 221

CIS I 3788 53

CIS I 3934 87

CIS I 4627 194

CIS I 4834 219

CIS I 4835 219

CIS I 4836 219

CIS I 4837 219

CIS I 4838 219

CIS I 4839 219

CIS I 4840 219

CIS I 4841 219

CIS I 4842 219

CIS I 4846 221

CIS I 4848 221

CIS I 4850 221

CIS I 4851 221

CIS I 4853 221

CIS I 4856 221

CIS I 4859 51

CIS I 4863 53

CIS I 4864 53

CIS I 4865 53

CIS I 4866 53

CIS I 4867 53

CIS I 4868 53

CIS I 4869 53

CIS I 4870 53

CIS I 4871 53

CIS I 4872 53

CIS I 4876 52

CIS I 4877 52

CIS I 4878 87

CIS I 4901 222

CIS I 4902 222

CIS I 4903 222

CIS I 4904 222

CIS I 4905 222

CIS I 4906 222

CIS I 4907 222

CIS I 4908 222

CIS I 5251 87

CIS I 5585 221

CIS I 5638 222

CIS I 5679 222

CIS I 5698 61

CIS I 5780 215

<i>CISI</i> 5903 53	<i>EH</i> 67 51	<i>KAI</i> 56 (<i>CISI</i> 120) 132, 227, 230
<i>CISI</i> 5940 193		<i>KAI</i> 57 132
<i>CISI</i> 5941 193-194, 263		<i>KAI</i> 58 (<i>CISI</i> 118) 62, 132, 227, 228, 231
<i>CISI</i> 5942 193	<i>ICO</i> App 4 (<i>KAI</i> 70) 53, 267	<i>KAI</i> 59 47, 132, 229, 272
<i>CISI</i> 5943 266	<i>ICO</i> Malta 2 (<i>CISI</i> 124) 261, 267	<i>KAI</i> 60 47, 49, 132, 227, 231, 233, 236-237
<i>CISI</i> 5945 266	<i>ICO</i> Sard 7 (<i>CISI</i> 159) 269	<i>KAI</i> 67 (<i>ICO</i> Sard 24) 267
<i>CISI</i> 5946 271	<i>ICO</i> Sard 12 (<i>CISI</i> 154) 271	<i>KAI</i> 69 51
<i>CISI</i> 5947193	<i>ICO</i> Sard 15 (<i>RES</i> 1591) 276	<i>KAI</i> 70 (<i>ICO</i> App 4) 53, 267
<i>CISI</i> 5948 (<i>KAI</i> 92) 195, 266	<i>ICO</i> Sard 24 (<i>KAI</i> 67) 267	<i>KAI</i> 74 51
<i>CISI</i> 5949 51, 193	<i>ICO</i> Sard 31 276	<i>KAI</i> 75 51
<i>CISI</i> 5950 (<i>KAI</i> 93) 53, 193, 271	<i>ICO</i> Sard 35 264, 274	<i>KAI</i> 76 51
<i>CISI</i> 5952 272	<i>ICO</i> Sard 39 265	<i>KAI</i> 81 50
<i>CISI</i> 5954 271	<i>ICO</i> Sard 40 276	<i>KAI</i> 89 (<i>CISI</i> 6068) 277
<i>CISI</i> 5955 51	<i>ICO</i> Sic 3 266	<i>KAI</i> 92 (<i>CISI</i> 5948) 195, 266
<i>CISI</i> 5961 193	<i>ICO</i> Spa 3 (<i>RES</i> 600) 267	<i>KAI</i> 93 (<i>CISI</i> 5950) 50, 53, 193, 271
<i>CISI</i> 5967 272		<i>KAI</i> 95 51
<i>CISI</i> 5971 272	<i>IK</i> A30 62	<i>KAI</i> 101 72, 270
<i>CISI</i> 5979 53	<i>IK</i> B2 269	<i>KAI</i> 110 24
<i>CISI</i> 5980 53	<i>IK</i> B3 269	<i>KAI</i> 117 275
<i>CISI</i> 5984 140, 272	<i>IK</i> B4 (<i>CISI</i> 59) 269	<i>KAI</i> 120 52
<i>CISI</i> 5985 193	<i>IK</i> B9 271	<i>KAI</i> 121 52
<i>CISI</i> 5988 193	<i>IK</i> B13 271	<i>KAI</i> 124 201
<i>CISI</i> 5993 272	<i>IK</i> B31 271	<i>KAI</i> 126 52
<i>CISI</i> 5994 193	<i>IK</i> B36 (<i>CISI</i> 45) 267	<i>KAI</i> 128 (<i>IPT</i> 29) 261
<i>CISI</i> 5997 273	<i>IK</i> B42 (<i>CISI</i> 51) 271	<i>KAI</i> 134 270
<i>CISI</i> 6000 266	<i>IK</i> B46 (<i>RES</i> 1207) 271	<i>KAI</i> 136 270
<i>CISI</i> 6000bis 53, 268, 274	<i>IK</i> F6 271	<i>KAI</i> 161 53, 270
<i>CISI</i> 6002 221, 264, 268		<i>KAI</i> 165 278
<i>CISI</i> 6011 195, 271	<i>IPT</i> 21 52	<i>KAI</i> 202 48
<i>CISI</i> 6026 278	<i>IPT</i> 29 (<i>KAI</i> 128) 261	<i>KAI</i> 280 (<i>Byblos</i> 13) 30, 263, 268-269
<i>CISI</i> 6029 278	<i>IPT</i> 77 269	
<i>CISI</i> 6043 268	<i>IPT</i> 79 278	
<i>CISI</i> 6044 272		
<i>CISI</i> 6047 271	<i>KAI</i> 1 24, 45, 261, 268, 275	<i>Karatepe</i> (<i>KAI</i> 26) 219
<i>CISI</i> 6051 62	<i>KAI</i> 4 23, 25-26, 29, 45	
<i>CISI</i> 6065 269	<i>KAI</i> 5 45	<i>KTU</i> 1.14 200
<i>CISI</i> 6066 277	<i>KAI</i> 6 45	<i>KTU</i> 1.15 200, 204
<i>CISI</i> 6067 194	<i>KAI</i> 7 29, 45	<i>KTU</i> 1.16 200, 213
<i>CISI</i> 6068 (<i>KAI</i> 89) 277	<i>KAI</i> 9 261, 268	<i>KTU</i> 1.17 200-201
	<i>KAI</i> 10 25-26, 29, 45	<i>KTU</i> 1.24 201
<i>EA</i> 74 219	<i>KAI</i> 11 25, 36, 46, 192, 263, 268	
<i>EA</i> 75 219	<i>KAI</i> 12 46	<i>RES</i> 237 269
<i>EA</i> 81 219	<i>KAI</i> 13 36, 45, 261, 263, 268, 275	<i>RES</i> 250 273
<i>EA</i> 85 219	<i>KAI</i> 14 29, 36, 45, 192, 261, 266, 271, 275	<i>RES</i> 586 62
<i>EA</i> 89 175	<i>KAI</i> 15 16, 29, 46	<i>RES</i> 593 (<i>RES</i> 892) 269
<i>EA</i> 90 219	<i>KAI</i> 16 24, 29	<i>RES</i> 596 268
<i>EA</i> 105 76	<i>KAI</i> 24 73	<i>RES</i> 600 (<i>ICO</i> Spa 3) 267
<i>EA</i> 138 175	<i>KAI</i> 26 (<i>Karatepe</i>) 219	<i>RES</i> 892 (<i>RES</i> 593) 269
<i>EA</i> 146 70	<i>KAI</i> 34 261	<i>RES</i> 906 261
<i>EA</i> 147 70	<i>KAI</i> 35 261	<i>RES</i> 937 269
<i>EA</i> 148 70-71	<i>KAI</i> 36 271	<i>RES</i> 949 269
<i>EA</i> 149 70-71, 76	<i>KAI</i> 37 5, 48, 261	<i>RES</i> 950 D 268
<i>EA</i> 150 70	<i>KAI</i> 42 (<i>CISI</i> 95) 226, 233	<i>RES</i> 951 268
<i>EA</i> 151 70	<i>KAI</i> 53 (<i>CISI</i> 116) 132, 229-230, 273	<i>RES</i> 1207 (<i>IK</i> B46) 271
<i>EA</i> 152 70	<i>KAI</i> 54 (<i>CISI</i> 115) 132, 228, 230, 265, 273	<i>RES</i> 1208 261
<i>EA</i> 153 70	<i>KAI</i> 55 132, 272	<i>RES</i> 1502 36
<i>EA</i> 154 70-71		<i>RES</i> 1512 266
<i>EA</i> 155 70		<i>RES</i> 1591 (<i>ICO</i> Sard 15) 276
<i>EA</i> 295 70		<i>RES</i> 1857 269

BÍBLICAS

Am 220 (I)
2 Cron 178 (VIII), 180 (XX)
Esd 132 (III), 233 (V)
Ex 202 (XXI)
Ez 35 (XXVIII), 79, 80 (LXXX), 147 (XXVII), 166 (XXVII), 173 (XVII), 175 (XXVI), 178 (XXVII), 179-180, 220 (XXVII)
Gen 162
Is 173 (XXIII), 175, 180 (XXIII)
Je 221 (XXIV)
Jl 220 (IV)
Lev 206 (XII)
1 Mac 206 (I), 220 (III)
2 Mac 206 (VI), 220 (VIII)
Ne 137 (III)
1 Re 29 (IX), 131 (V, VII), 147 (VII, IX, X), 181 (XVI, XX), 189 (XVI-XIX, XXI), 219 (V)
2 Re 189 (IX)
1 Sam 47 (IV, IX)

CLÁSICAS

App. 97, 190 (*Lyb.* 130), 221 (*Rom. Hist.* 9, 93; *Lyb.* 59), 262 (*Lyb.* 81 y 91-92)
Arist., 33 (*Pol.*), 37 (*Pol.*), 39 (*Pol.*), 40 (*Pol.*), 41 (*Pol.*), 168-169 (fr. 600)
Arr. 36 (*Anab.* 15-16), 71 (*Anab.* II 24), 77 (*Anab.* II 18-24), 175 (*Anab.* II 24), 220 (*Anab.* II 24)
Ath. 194 (*Deinosoph.* XII 515-516), 262 (IV)
August. 239 (*Ep.* 17)
Av. 164 (*Or. mar.* 90-98, 412-416), 253 (*Or. mar.* 420)
Beros. 65
Cato 81 (*Agr.* 4), 105, 109 (*Agr.* 18), 111 (*Agr.* 85), 113
Chair. 97
Clem. Al., 168 (*Strom.*, 1, 16, 76-77), 194 (*Protr.* II 13)
Col. 105, 109 (I, I; III, XII; III, XV; V, V; *Arb.* XVII), 110 (I, II; IV, X; XII, XXXIX), 111 (VI, I; XI, IV; XII, IV), 113
Curt. 36 (IV, 1), 69 (IV 4), 214
Dam., 146 (*De princ.*, 125 c; cf. también Moch.)
D. y Ps.-D. 238 (*Lacr.* 32; *Phorm.* 6)
D. C. 97, 99

D. S. 36 (XVI 45), 59, 80 (XIII 80; XV 70), 81 (XI 1; XI 2; XIV 47), 82 (XIII 44; XIII 80; XIII 88; XIII 110; XIV 8; XIV 9; XIV 95; XVI 73; XVI 81), 83 (XX 34; XX 64; XX 69), 84, 85 (XIV 9), 86 (XIV 61; XIV 77), 87 (V 11; XIII 58; XIV 53; XVI 81); 94 (XIII 80); 95 (XIII 80); 96-97; 106 (XX 8), 107 (XX 8), 190 (XXXII 9), 194 (IV 83), 220 (XVII 46), 221 (XIV 77; XX 13; XX 69), 233, 253 (XIII 19), 262 (XIV 54-76; XIX 106; XX 9; XXXII 6), 263 (XXVI 1), 265 (XV 24), 272, 273 (XI 24), 274 (XIII 62), 277 (XIII 86; XXIV 9; XXV 3; XXXII 8)

Dio Chrys. 93

D. H. 232 (*Dinarch.* 10)

Ephor. 253 (cf. también *Ps. Scymn.*)

Eus. 59 (*Praep evang.* I 9; I 10), 146 (*Praep evang.*, I, 10), 194 (*Praep evang.* IV 16; *Vit. Const.* III 55), 261 (*Praep evang.* I 10); cf. también *Ph. Bybl.*

Eust. 262 (II. XVIII 496)

Fron. 81 (*Str.* 2.1)

Gel. 101 (*Noc. At.* V 5)

Hanno (Peripl.) 89, 96, 253

Hdt. 48 (II 44), 57, 64 (II, 44), 72 (VII 89), 73, 76 (VII 89), 77 (VII 96; VII 98; VII 99), 81 (VII 165), 94-96, 113, 161-162 (IV 42), 181 (II 112), 194 (I 199), 205 (II 36), 206 (II 36), 220 (I, 1; II, 54), 221 (IV, 183), 264 (III 148; V 39-48), 273 (VII 165-167)

Herodor. 253 (frag. 2)

Hes. 173

Hom. 113, 147 (II, XXIII; *Od.* IV, 615; *Od.* XV, 107-109), 162 (*Od.* V, 346-351), 173 (*Od.* VIII, 159-164; *Od.* XIV, 159-164; *Od.* XIV, 288-320; *Od.* XV, 415-419), 177, 181, 220 (*Od.* XIV, 287), 225, 230 (*Od.* II, 319; *Od.* XXIV, 300), 231

Hsch., 262 (g 559)

Iamb. 87 (*VP* 128)

J. 27 (*Ap.* XXIV), 28 (*AJ* VIII; *Ap.* I), 29, 31, 35 (*Ap.* I), 70 (*AJ* IX), 76 (*AJ* IX), 178 (*AJ* VIII), 206

Just. 38 (XIX), 39 (XX), 81 (XIX 1), 90 (XVIII 7), 91 (XVIII 7; XIX 2), 92, 93, 94 (XIX 1; XIX 2), 95, 96, 101, 176 (XVIII 4), 213, 220

(XVIII 3; XVIII 4); 221 (XXI 4); 253 (XVIII 5; XVIII, 7; XIX, 1; XIX 2), 262 (XIX 1, XIX 2, XIX 3), 264 (XIX 1)

Juv. 195 (*Sat.* 11)

Liv. 36 (XXXIII 46), 39 (XXXIII 46), 81 (XXIII 13; XXX 21), 84 (XXII 43; XXIII 10; XXIII 28; XXIV 1; XXIV 15), 85 (XXVI 38; XXVII 28); 86 (XXI 45; XXIV 6), 88 (XXIV 49), 97-98 (XXI 3; XXI 4), 99 (XXIII 33), 100 (XXXII 45, 6), 145 (XXVI, 47), 190 (XXX 11-15), 262 (XLII 23), 263 (XXV 16)

Luc. 194 (Fr. 1271 Marx)

Mart. 195 (1; 3; 6; 14)

Men. Eph. 29 (cf. Joseph.)

Moch. (Laetus) 146 (fr. 4 Jacoby, *FgrHist*, cf. también Dam.)

Nep. 40, 97

Oros. 90 (Hist. IV 6), 91, 101, 221 (Hist. IV 6), 221

Ov. 194 (Met. XIV 698-771; Prov. 7, 6)

Paul. Fest. 87 (p.132.13.L), 111, 125

Ph. Bybl. 59, 65, 146 (fr. 2 Jacoby, *FgrHist*), 203; cf. también *Eus.*

Pl. 59 (*Phdr.*)

Plaut., 221 (*Cas.* 67-77); 264 (*Poen.* 62-63)

Plin. (M) 93, 105 (*HN* XVIII 22), 112 (*HN* XVII 80), 113, 118 (*HN* XVIII 107), 164 (*HN* II 169), 166 (*HN* XVI 92), 169 (*HN* VII 207), 253 (*HN* V 3)

Plin. (m), 195 (*Ep.* 1, 15),

Plu. 82 (*Tim.* 28), 84 (*Tim.* 30), 193 (*Dea Syr.* 6) 196 (*De superst.* 13), 194 (*Mor.* 766c-d)

Poll., 262 (*Onom.*, IV 76)

Plb. 37 (III 22), 38 (I 21; VII 9), 59 (III 22), 81 (I 32); 83 (I 17; I 32; I 67; III 27), 84 (XV 11), 85 (I 30; I 32; I 33; I 66), 86 (I 66), 87, 88 (I 70), 96, 98 (III 11, III 13), 99 (VII 9), 106, 140, 145 (X 17), 146 (X, 10), 161, 166 (I 20), 176 (VII 9), 190 (XXXIX 3), 221 (XV, 18; XXXVIII, 8), 277 (I 8; I 10),

Trog. 96 (cf. también *Just.*)

Ps.-Mel. 146

Ps.-Scymn. 253 (cf. también *Ephor.*)

Serv. 269 (*A.* IV 625)

Sil. 48, 97, 210 (*Pun.* III 21-29)

Silen. 97, 99

Socrates 194 (*Hist. eccl.* I 18)

Solim. 194 (XXVII 8)	(II 3), 253 (XVII 3)	Timae. 191 (<i>FGH</i> 556, fr. 82)
Sosyl. 97-99	<i>Suid.</i> 230	V. Max. 97, 194 (II 6)
Sozom. 194 (<i>Hist. eccl.</i> I 8; V 10)	Tert. 193 (<i>De exhort. cast.</i> 13)	Var. 105, 109 (<i>RR.</i> , I, 17), 110 (<i>RR.</i> ,
Stat. 195 (<i>Silv.</i> I 6, 70)	Thphr. 194 (II 14)	II, V, 18) 110
Str. 53, 194 (VI 2), 134 (XVI 2), 195	Thuc. 168 (I, 13), 252 (VI 2)	Zonar. 83 (8.5; 8.9; 8.17)

PALABRAS Y RAÍCES

SEMÍTICAS

(en las formas presentes en el texto)

ʾbn 269
 ʾbrʾ 144
 ʾdmm 49
 ʾdny, ʾdnm 222
 ʾdr, addir, ʾdrm 52, 271
 ʾlm, ʾelim 28, 40, 52-53, 193, 238, 267, 270-271, 274
 ʾln, ʾlnm, ʿlnm 49, 266, 275
 ʾlp 72
 ʾm 187
 ʾmr 215
 ʾmt, ʾamot 52, 187, 193-194
 ʾnn 50
 ʾrš 194
 ʾrk 194
 ʾrn 268, 275
 ʾrnt 268
 ʾspt 233
 ʾš, ʾšm 40, 49, 52, 63, 71, 187, 193, 222
 ʾšt 274
 ʾt 274
 ʾyt 233
 ʿbd, ʿabd 52, 187, 219, 221
 ʿbdt 221
 ʿl 40, 46, 49, 238
 ʿlm 30, 261
 ʿlmt 49
 ʿm, ʿam 40, 52, 222
 ʿmt 52, 193
 ʿrm 274
 ʿšmm, ʿšmy 268
 ʿštrny 53, 271
 ʿt 50
 ʿzrm 52
 akil 72
 ardani 219
 bʿl, bʿlm, bʿly 37, 40, 49, 144, 187, 265, 276
 bʿlnm 274
 bd 222, 232
 bdlt 222
 berft 100
 bn 24, 144, 233
 brk 64
 bt, btm 49, 187, 219, 222, 238, 261, 267

dl 49
 drkh, drkt 219
 gal 167
 glb, glbm 49, 52
 grm 49
 gw 233, 237
 hbrk 64
 hlpt 232
 sprm 62
 hsr 238
 htr 24
 hbr, haber, hubur 180
 hds 49
 hdr 261, 267
 hlh 261
 hlt 261
 hrš 25, 129, 135, 265, 268
 hrt 264
 hš 74
 htm 62, 222
 hwt 274
 hym 269
 kārūm, kari 175, 180
 kbs 221
 khn, khnm, kohin, kohanim 27, 36, 41-46, 47, 50-51, 193
 khnt 50, 51, 192, 193
 klbm 49
 kl 51
 kn 219
 knʾny 173
 ksʾ 24
 ktb 233
 lbt 187
 lim 72
 mʿšn 268
 mʾspt 268
 mʾt 72
 mšʾtt 52
 mškb 261
 mšl 269
 mšr 25
 marzeah 236, 237, 240
 mbnt 238
 mgn 73
 mkrm 74
 mlʾk 63
 mlk, milk 23, 24, 26, 27, 46, 91, 214-215
 mlkt, milkat 24

mlh 76
 mlhmt 69
 mmlkt 24
 mnsbt 269
 mphrt 25
 mqdš, mqdšm 40, 50, 270
 mqm, miqim 28, 40, 53, 267, 270-271, 274
 mrʾš 25
 mrkbt 74
 mšbt 269, 273
 mt 261
 mtrh 53, 271
 mhšbm 41
 mhnt 34, 69, 71-72, 262
 mhsm 25
 mhsp 268
 mwt 261
 mym 49
 myqdš 270
 myʿms 222
 nʿm 187
 nʿrm 49
 nʿs, nasi 233
 nbš 261
 nglby 278
 npš 49, 261
 nsk, nskm 144, 148
 nšb 270
 nh 278
 nhšt 50
 nhty 261
 pʿl 52, 144
 prkm 49
 pytrʿ 270
 qbr 261, 266
 qdšm 25
 qnʾm 270
 qrt 195
 qwm 48, 53
 r 41, 50
 rʾšt 50
 rʿm 49
 rʿt 233
 rb, rbn, rab 36, 40-41, 47, 49-51, 62, 72, 74, 135, 137, 193, 236, 263, 271-272
 rks, ʿrks 272
 rpʾm, ʾrʾpʾm 275
 rt 233

sarim 175
 skn 24, 34, 133
 skr 273
 slm 232
 spr, sprm 49, 59, 63
 spt 233
 šrt 195
 swʾ 237
 swt 25
 šbʾ 69
 šdn 63, 222
 šdq 24, 25, 26
 šmd 73
 šrm 27
 šrpt 23
 šwʿt 51
 šʿr, šʿrm 46-47
 šblt 195
 šd 266
 šhm 52
 škb 261
 šlšm 52
 šlm 51, 187
 šmʿrkʾ 222
 šmm 271
 šnʾ, šny, šnh 51
 šnyt 195
 šrm 49
 šrt 40
 t 41
 tamkārum 174-175
 tannūr 116
 tglby 278
 tm 232
 tmʾ 34, 72
 tofet, tophet 32, 51, 116, 119, 143-144, 196, 213-214, 249, 252, 266-267, 277
 t̄ābūn 116
 t̄bh 52
 tʿy 63
 yšr 25-26
 yhw 226
 z 233
 zbl 187
 zbḥ, zubeaḥ, zbḥm 49, 52

GRIEGAS Y LATINAS

(en las formas presentes en el texto)

adfectatio 92, 93
 aegyptiaca 204
 aleitourgetos 238
 alupos 226
 Apollonia 239
 archon 32
 asumbolos 238

atēlie 238
 auxilia 84
 bakchos 278
 basileus 32
 cives 145
 civitas 145
 clibanus 125
 consul 32
 cursus 36, 40
 dea 202, 210
 decemviri 40
 deditio 84
 démotis 226
 diadikasia 232
 dictator 81
 disciplina 91, 93
 domestica 115
 dux 32, 90, 92-93
 edens 113
 egerseítēs 53
 egersis 27-28, 53
 einai (cf. εἶναι) 238
 eisphora 227
 ekdokeis, ekdocheis 233, 239
 emporion 250
 emporos, emporoi 230, 232, 234, 236
 enkythrimos 265
 épidémountes 227
 épimélēte 233
 equites 82, 84
 exemplum 90
 expositio 202
 fides 98
 fines 91-92
 flamen 52
 foedus 84
 garum 124, 141, 166
 gaulos 167
 genus 125
 gingroi 262
 gloriae 91-92
 grammata 57
 grammateus 59-60
 grauida (dea) 202, 210
 hérōon 237
 hiéronautes 225, 230
 homo 113
 honeste 270
 honorum 36, 40
 imperator 32, 91, 92
 imperium, imperii 91, 92, 93, 96
 industria 91, 92
 instrumenta 115, 125
 kat'emporian 227
 katoikoi (cf. κατοικοῦντες) 239
 kèrux 60
 kline 278

koinon, (cf. κοινόν) 237
 kotyle 139
 kylix 278
 laudes 91
 locum, loci 51, 94
 manibus 275
 mercede 84
 mercennarii 84
 métiš 98
 militari 91, 93
 milites 84
 morum 40
 mystai 278
 naoclère 230
 nutrix 204
 oikos 239
 opes 91, 92
 opifices 145
 opus 106
 ossa 278
 panis 125
 paroikoi 239
 patros, -patr- 236, 239
 patria 237
 philia 81-82
 pistor 118
 pithoi 141
 poiein 238
 politeuomenoi 227
 populares 36
 posidéa 239
 praefectus, praefecti 40, 52
 praetor 32
 probouleuma 232
 probum 111
 protoklisia 238
 publicani 37
 puellae 194
 puls 111, 116
 punica, poenorum 93, 98, 111
 rex, regni 32, 92, 93
 sacerdotes 51
 sacrum, sacris, sacrorum 40, 52, 275
 servus 221
 signinum 106
 smarīs 122
 socii 84, 86
 statio, stationarioi (cf. στατίων) 234, 239
 sufes 32
 syllogos 238
 symbola 227
 symmachia 81, 82
 synetheia 237
 synode 233
 syriaci 125
 thutēs 237
 thymiaterion 251

trunculus 143
usteron 238
ustrinum 265
utilitas 93

En alfabeto griego:

ἀδελφιδούς 95
ἀδελφός 95
ἀναγράψαι 233
ἀποδιδόναι 232
ἀποσκευή 85
βάναισος 136

ἔδοξε 232
εἶναι (cf. einai) 37
ἐταιρίαι 40
εὐσυνάλλακτον 238
ἱερεῖς 27
κατασκευην 238
κατοικοῦντες (cf. katoikoi) 239
κοινόν (cf. koinon) 233
λοιπον 238
μισθοφόροι 84
μιξέλληνες 83
ξενολόγοι 81
πολιτικοί 145

πρέσβεις 36
στατίων (cf. statio, stationarioi)
239
στέφανον, στεφανῶσαι 232
τεμενους 238
φιδίτια 40
χάριτες 232
χειροτέχνα 145
χήρσιμος 232
χρεία 232
χρημάτων 81
ψήφισμα 233
ῶλητάς 37

NOMBRES PROPIOS

ANTROPÓNIMOS

(en las formas presentes en el texto)

'KYS 272
 'STNYS 272
 'ŠMNY'D 144
 'ŠT 274
 'ŠY 271
 'Y'ŠDN 278
 'Abdhor 46
 'BD'LM 143
 'BDKŠR 146
 'KY 277
 'MRT 277
 'RM 274
 'SLY'N/T 278
 'ŠT' 144
 'THD 271
 Abbar 35
 Abd 230
 Abd Ashtart 230
 Abd Melqart 230
 Abd Shamash 230
 Abd Tanit 230
 Abdashtar 271
 Abdashtart 144
 Abday, Abdaios 230, 272
 Abdbaal 269
 Abdelonim, 'Αβδαλωνιμου 229, 272
 'Αβδεληβ 229
 Abdemoun 234
 Abdès 230
 Abdeshtun, 'Abdeshtun 61, 221, 267, 269, 271, 272
 Abdhammon 266
 Abdmelqart, 'Abdmelqart 53, 261, 267, 268, 271, 272
 Abdmilk, 'Abdmilk 46, 107, 108, 109, 110, 111, 261
 Abdmilkat 272
 Abdo 265, 270, 276
 Abdosir, 'Abdosir 47, 49, 261, 269, 271
 Abdsaphon 272
 Abdsasm 261
 Abdshamsh 271, 272, 273
 Abdtanit 273
 Abiba'al, Abibal 25, 45, 52
 Abi-Milki 70
 Absid, Abisid 266

Acab, Achab 133, 181, 189
 Aderbale, Addirbaal 41, 271-272
 Adlum 210
 Adoni-hay 181
 Afrodisios 273
 Agathopous 239
 Agatocle, Agathocle, Agathoclès 80, 82, 83, 86, 87, 107, 112
 Ágbalo 77
 Ahirom, 'Aḥīrōm 45, 72, 261, 268, 274
 Akboram 266
 Akhéaton 58
 Alejandro, Alejandro Magno, Alessandro Magno, Alexandre le Grand 28, 69-71, 77, 98-99, 101, 220, 228
 Alinè 226
 Ama 271
 Amashtart, Ummiashtart, Umm(i)aštart 25, 192, 270
 Amaskar 271
 Amatashtart, Amotashtart 107, 108, 261
 Amenofis 70
 Amīlcar, Amilcare, Hamilcar 32, 89, 91, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 105, 253, 262, 273, 274
 Amiso 77
 Ammurapi 175
 Amos 220
 Amotmelqart 269
 Amran 266
 Andrea Doria 165
 Anībal, Annibale, Hannibal, Hannibal 15, 36, 38, 39, 81, 83-86, 88-90, 94-102, 107-110, 263, 267, 272, 274, 276-277
 Annone, Hannon, Hanno 50, 80, 89, 93-95, 96 (Sabellus), 98, 107, 108, 164, 221, 262, 271-272, 276
 Antioche, Antiochos, Antioco 100-101, 206, 235
 Antipater 225
 Antipatros 225, 236, 265, 273
 Aphrodisios 230
 Apollonios 235
 Apuleius 275
 Aqhat 30, 200-201, 212
 Arganthonios 152

Aris, Arish 41, 53, 261, 266, 268, 270
 Arisham 53
 Arishut 107, 108, 111
 Aristogeitos 273
 Arkadion 273
 Arkytas 269
 Arshim 144
 Arišutbaal, Arishutbaal, 'RŠTB'L 194, 263
 Artaxata 101
 Artaxias 101
 Artémidoros 230
 Artemisia 77
 Asarhaddon, Assarhaddon 28 35, 70, 139, 176
 Asdrúbal, Asdrubale, Hasdrubal 32, 89, 91, 94-97, 98 (Haedus), 99, 190, 221, 253, 262
 Asept, 'Ασπτε 47, 229, 272
 Ashsap 274
 Aspis 144
 Assurbanipal 76
 Asumasirpal 178
 Ataban 145
 Athalia 190
 Athénaïs 234-235, 237
 Aḥirom, Aḥiram 24, 30-31, 34, 38
 Auguste 93, 97
 Aulus 269
 Azibaal, 'Azziba'al, Ozibal, 'ZB'L 25, 46, 201, 263, 271
 Azor 261, 269
 Azorbaal, 'Azorbal 51, 61, 267, 271
 Azrumilk 41
 B'LMR 201
 Baalator 35
 Baalazor, Balazor 52, 272
 Baalhalos 266, 271
 Baalhanno 143, 267, 270
 Baalmilik 229
 Baalpillés 267
 Baalrom 261
 Baalshamor 271
 Baalshillek 266, 269, 271, 272
 Baalyaton 267, 268, 273
 Baalzebul 266
 Balhanno 53
 Balshamor 47
 Balshillek 53

Balyaton 46, 48	Elisa, Elissa, Éliissa 23, 24, 31, 32, 48, 92, 97, 176, 190, 191, 192, 253	Hor 261, 272
Barakshamsh 269	Emashtart 45, 46, 52, 277	Iaga 270
Barca, Barcides, Bárquidas, 15, 88- 89, 91, 97, 99, 100	Enea 192	Iarbas 31
Barikt 107, 111	Épicarpia 235	Ieu 189
Barkatel 131	Epifanes 206	Ilimilku 63
Barumini 251	Érénè 227, 229	Isbarak 273
Batbal 51	Eshmunadon 271-272	Ittoba'al, Ittobaal, Ἰθάβωλος, Etbaal, Ethbaal, Etbal 24, 27, 30, 34, 45, 181, 189, 261, 262, 268, 274
Batno'am, Batnoam 25, 30, 46, 47, 192, 263	Eshmunazar, Eshmunazor, Ešmun'azor 25, 27, 29, 45, 46, 47, 192-193, 212, 261, 266, 270- 271	Iunilius 270
Bêl-ibni 76	Eshmunhilles 51	Iurathan 275
Ben Hodesh, Benhodesh 230, 271, 272	Eshmunsaloh 272	Iuzalan 275
Bitbaal 269	Eshmunshamor 273	Jason 234-235
Bitias 176	Eshmunshillem 47, 272	Jerjes 72
BLŠ' 144	Eshmunyatón 271	Jezabel, Jezebel 181, 189-190
Boccus 272	Ἑσμυνεληνου (ἸΑσείπτε Ἑσμυνεληνου) 229	Josafat 180
Bod'aštart, Bodashtart, Bodastart 24-25, 29, 41, 107, 143-144, 266, 268, 271-272	Faustus 270	Kabdashtart 266
Boday 271	Fedimo 147	Kasiodoros 235
Bodeshmun 269, 271	Felícula 272	Ketam 269, 278
Bodmelqart 140, 268, 270, 272, 274	Felix 270	Kilamuwa 212
Bodmilk 267	Flaubert 88	Kirta, Keret 30, 200, 213
Bodsid 264	Fronto 270	L'MN 201
Bogud 270	G'TYDN 278	Laban 270
Byrycht 272	G'TYT 278	Lachès 239
Caius 240	Gaia 270	Lulî 69, 70
César 93	Gélon, Gelone 95, 273	Lycurgue 232
Chaleb 35	Gerastart, Gerashtart 35, 52, 61, 230, 235, 266, 267	Magellano 163
Chinidial 270	Geratmilk 46, 261	Mago, Magón, Magon, Magone, magonidi, magonide(s), 38, 41, 61, 81, 89-97, 101, 105-106, 108- 111, 253, 262-263, 271-273, 276
Cleopatra, Cléopâtra 191, 235	Geray 272	Maharbaal 61, 271
Colombo 163	Gereshmun 272	Makbiram 182
Cornelius 99	Germelqart 265, 271	Malchus, Malco 32, 89-93, 101, 102, 253
Crinippo 273	Gérostratos 230, 235	Malel 270
Cyrus 90, 91	Gersakon 272	Manéthon 65
Dabar 270	Giscon, Giscone, Gisgo 86, 89, 94- 95, 276	Marcus 278
Daganmilk 219	Gracco 263	Marcus 222, 278
Daniel 200, 201	GRY 221	Margarita 272
Dario 264	Gumzal 270	Marishat 270
David 29	GWTL 278	Martha 226
Démétrias 228	Haedus (Hasdrubal) 98	Masaukan 277
Didone 23, 24, 31, 32, 48, 190, 191, 192	Halosbaal 272	Mashktan 270
Diès 234-235	Hammurabi 213	Massinissa 190, 191, 270
Dinarque 232	Harnamí 200, 201	Masulat 269
Dionisio, Dionysios, Denys 80-82, 96, 235, 262	Héliodoros 230, 240	Matar 266
Diopeithès 233, 238	Héracleidès 230	Matén 77
Diotimos 228	Hiarbas 192, 253	Maximus (Apuleius) 275
Domanos, D'MHN 230, 273	Himilk, Himilco, Himilcon, Imilcone 41, 80, 86, 87, 89, 94-96, 107 (il Vecchio), 108 (il Giovane), 109, 112, 164, 262, 271, 276-277	Melqarthalos 263
Domsalos, D'MSLH 230, 273	Himilkat, Himilkot 51-53, 267, 269, 270	Melqartpilles 274
Dorieo, Dorieus 95, 264	Hiram, Hirôm 27, 29, 50, 131, 133, 135-136, 147, 219	Menahem 261, 269
Dorothéos 238		Menelao 147
Eknibaal 35		Mérbalo 77
Elia 189		Metat 278
Eliba'al 25		Metelius, Metelus, MTL', MTLY 87
Elihu 213		Metten 35
		ΜΕΤΤΟΥΙΚΗ 229

Micipsa 270
 Milkashtart 271
 Milkat 269
 Milkiram 219
 Milkpilles 268, 274
 Milkyaton 41, 261, 269, 271
 Miltiade 87
 MLKRTYSP 157
 MNLK 278
 Montanus 270
 MSLM 261
 MŞRY 63
 MŠL 261
 MTLK 278
 MTR 144
 Muttun 267
 Muttunbaal 261, 269, 271
 Naʿar-il 230
 Naamatgidde 272
 Naamatpame 272
 Naamphamo 269, 270
 Nabucodonosor 35
 Nammu 201
 Namphame 239
 Narilos 230
 Neftali 131
 Nimira 269
 Nouménios 230
 Ocozías 180
 Octavius 240
 Omri 133, 181
 Osteodes 87
 Pa-diri 181
 Paltibaal 263
 Parsi 261
 Partenio 205
 Patroclo 147
 Patron 236, 238
 Peleo 147
 Πελσεϊτ 229
 Penptah 263
 Peregrinus 272
 Philippe 99, 100
 Philoclès 228
 Philostratos 234, 235
 Pilletbal 46
 Pirée, Pireo 47, 49, 132, 227-228, 230-233, 236-238, 272
 PQY 272
 Primus 272
 Prusias 101
 PTHʿ 271
 Ptolémées 228
 Pudens 275
 Pygmalion 24, 31, 192
 Pyrrhus 83, 99, 101
 Quintus 270
 Ramses (III) 164

Refaí 200-201
 Régulus, Regulus 80, 84-85, 98
 Rib-Adda, Rib-addi 175, 219
 Rideus 275
 Romolo 191, 192
 Rufus 270
 Sabellus (Hannon) 96
 Sakarbaʿal 28
 Salambô 88
 Salmanasar, Salmanassar 69, 71-73, 76, 79, 178
 Salomón, Salomone 29, 131, 147, 219
 Sapho 94, 95
 Satur 270
 Saul 47
 Scipion, Scipione 32, 80, 99-101, 190-191
 Séleucos (IV) 240
 Sempronio 263
 Severus 275
 Shallum 61
 Shamaʿbaal 233, 238
 Shamay 225
 Shamor 261
 Shamorbaal 271
 Shapot 271
 Shapurgam 270
 Shema 271
 Shemadon 272
 Shemzebul 261
 Shibolet 266, 270
 Shillek 261
 Shillembaal 271
 Shipitbaal, Shipitbal 45, 46, 261, 268
 Shophat 61
 Sicarbas, Sicharbas 24, 192
 Sicheo 24, 31
 Sidmelqart 52
 Sillis 235
 Sinaranu 174
 Sinuhe 113
 Siromo 77
 Sissoi 270
 Smendes 180
 Smyrnos 267
 Soliman 213
 Sopatros 236
 Sofonibal, Sophonibaal, Sophonisba, ŠPNBʿL 50, 187, 190-191, 271
 Sosipatros 236
 Straton 227, 234
 Syphax 190
 ŞYWK 278
 TʿRʿ 271
 Taam 261
 Tabnit 25, 27, 45-47, 192, 200, 261,

263, 270-271
 Tagnis 272
 Terillo, Teryllos 81, 273
 Terone 273, 276
 Tetramnesto 77
 Thanubra 275
 Théodoros 226, 234-235
 Théodotos 229
 Thitmanat 213
 Tiberio 263
 Timoléon 82, 84, 89
 Ulisse 163
 Unamón 180
 Werket-el 180
 Xanthippe 85
 Yeḥimilk 23, 29
 Zakarbaʿal 28
 Zakkur 48
 Zicharbas 24
 Zorobabele 132

TEÓNIMOS (en las formas presentes en el texto)

Addir (Baal Addir) 41, 50, 276
 Adonis 193, 237
 Afrodita, Afrodite, Aphrodite 193, 208, 230, 237
 Amon, Amón, Ammone 28, 34
 Anat 204
 Apolo, Apollon 208, 210, 232
 Astarté, Astarte, Ashtart, ʿštrt, ᾿Ασ-
 τάρτης 26-29, 36, 45-50, 52-53, 64, 118, 134, 146, 181, 187, 192-194, 197, 202-204, 206, 208-211, 230-231, 234, 236-237, 261 (As-
 tarte-ḤR), 270-271, 275-277
 Athéna 64 (Athéna Lindos)
 Athirat 204
 Baʿal, Baal, Bal, Bʿl 23 (Baʿal Šamem), 26, 28-29, 35, 41, 46 (Balshamim), 48 (Bal Marqod, Balshamim), 50, 51 (Balshamim, Bal Safon), 53 (Bal del Libano), 73 (Baʿal-Šemed), 108, 143 (Baʿal Hammon), 176, 181, 187 (Baal Hammon), 189, 196 (Baal Hammon), 200, 211, 214 (Baal Hammon), 215, 235, 236 (Baal Malagè), 237, 266 (Baal Hammon), 271, 275-276
 Baʿalat, Baalat, Balat 26, 45-46, 146, 263
 Bes 203, 209, 210
 Caelestis 214
 Chusor, Chusoros, Kšr, Ktr, Ktr-w-ḥss, 16, 145-146

Cusartis 203	Taautos 59, 61	Arabah (Wadi) 149
Demeter 108	Tammuz 146	Arabia 178, 181
Dioniso, Dionisos 210, 278	Tanit 107, 108, 111, 142, 204, 214-215, 266	Arado, Arados 23, 77, 165, 233-235, 272
Efesto 146	Tawaret 203	Argel, Argelia, Algeria, Algeri 165, 253, 278
El 24, 200-201, 211, 235	Thanatos 261	Argentiera 251
Elat 277	Thinissut 195	Argien 87
Enki 201	Thoreris 203	Arménie 101
Enlil 57	Thot 59, 61	Arslan Tash 137, 194
Eshmún, Eshmun, Ešmun 26, 29, 46, 58, 187, 190, 197, 207-209, 211, 230, 271	Vulcano 146	Arwad 69-72, 76, 219
Gad 187	Yahveh, Yahwè 189, 206	Ascalon, Ascalonita, Ascalonites 225-226, 234, 237, 265
Gorgone 278	Zeus 146 (Meilichios)	Asia Menor 178
Hadès 226		Asia, Asie 101, 178
Harpócrates 205	TOPÓNIMOS, ETNÓNIMOS Y GENTILICIOS, HIDRÓNIMOS	Asiongaber 147
Hathor 26, 203-204	(en las formas presentes en el texto)	Asiria, Assiri 24, 28 69, 76, 176, 181
Hefesto 147		Athènes 82, 227-228, 230-233, 238
Heracles, Héraclès, Eracle, 'Erak-léous, Ercole 28, 48, 53, 64, 162, 208	Abu Hawam (Tell) 177	Australe (mare) 162
Hermes 176	Abul 154, 244-245	Azib Slaoui 254
Horus 204-206, 208	Acebuchal, El Acebuchal 246, 254	Aznalcóllar 152, 153
Isis, Iside 26, 187, 203, 205, 274, 276	Acinipo 245	Baalbek 193, 194
Junon 99 (Lacinia)	Afis (Tell) 48	Babilonia, Babylone, Babylonie, Babylonien(s), Babilonesi 24, 28, 35, 58-59, 65, 76, 90-92, 173
Kore 108	Afka 193, 194	Balawat 69
Kotharot 201, 203	Africa, Afrique 24, 31-32, 37, 48, 52, 53, 81-86, 90-91, 96, 98-99, 101, 105-106, 108, 113-115, 120, 142, 144, 146, 150, 161, 164-165, 192, 194, 221, 242, 254, 260, 264	Baléares, Baleari 80, 83-84, 163-165, 221
Kourotrophos (Afrodita) 208	Agrigento, Agrigente 82, 96, 262, 273, 276	Bambula, Bamboula 49, 64, 134
Kronos 24, 59, 260, 277	Ain Dalia Kebira 254	Basán 178
Lacinia (Junon) 99	Ajjul, El Ajjul (Tell) 181	Behar 254
Melqart, mlqrt 24, 26-29, 31, 48, 53, 64, 114, 141, 177, 181, 187, 192, 208, 210-211	Akhétaton 58	Beirut, Beyrouth, Berito, berytenses 23, 58, 148, 174, 226, 234-235, 204, 210, 239-240, 260, 271
Mikal 208	Akko 174, 176, 177	Beth Pelet 181
Milk, Mlk 24, 187, 211	Alalia 93	Biblos, Byblos, Biblo, Gebal, gubliti 23-31, 34-35, 45-48, 58-59, 63, 70, 75-76, 131, 137, 146, 165, 174-176, 180, 193, 202, 219, 261, 263, 268, 274-275
Milkashtart 46, 48, 52	Alashiya (cf. Chipre) 150	Biserta 165
Milkt, Mlkt 187, 211	Alcacer do Sal, Alcácer 154, 248	Bithynie 101
Mot 260	Alexandrie 234	Bitia, Bithia 165, 212, 250, 265
Muth 260	Alghero 138, 150	Bon (cabo, cap, capo) 106-107, 213, 253
Nergal 47, 272	Aliat 147	Boreale (mare) 162
Nikkal 201	Alicante 138	Bosa 165
Nin-mah 201	Aliseda, La Aliseda 159, 246	Bostan esh-Sheikh, Bustan-esh-Sheikh 29, 46-47, 49, 197, 207-208, 210-211
Osiride 187	Almada 154	Bouchet B 254
Parakypitousa (Aphrodite) 194	Almonte 153, 245	Bruttiens 81
Plutone 261	Almuñécar 182	Byrsa 138, 142, 253
Posidone 277	Alpes 99	Byzance 227, 229
Pothos 260	Amarna, El Amarna 58, 70-71, 74, 76-148	Cadice 48, 140-141, 164-166
Pumay 187	Ampurias 141	Cagliari 150, 165, 206
Ra 28, 34	Amurru 70, 76	Calabria 163
Rapauma, Rapiuma, Refaim 30, 200, 275	Anatolia 164	Calañas de Marmolejo 245
Rashap, Reshef, Reshep 29, 208 (Reshef-Mikal), 235	Andalucía, Andalusia 141, 254	
Rhea 260	Antas 39	
Saturno, Saturni 51, 204, 214	Apamée 101	
Sekhmet 204	Apennin, Appennino 99, 163	
Sid 39	Aqaba 149	
Signora di Biblo 23, 26, 29		

- Camérine 96
 Campani, Campaniens 82, 84, 86
 Cananéen(s) 58-59
 Cancho Roano 148, 246
 Cannes 81, 99
 Capiddazzu 252
 Capoue 84, 99
 Carambolo, El Carambolo 159, 245, 247
 Carloforte 163
 Cartagena, Carthagène, Carthago
 Nova 97, 99, 146
 Cartago, Carthage, Cartagine,
 Qarthadasht, Qrthdšt, Cartagine-
 si, Carthaginois 14-15, 17, 23-24,
 31-33, 36-41, 48-49, 50
 (Qarthadasht de Chipre), 51-53,
 59, 61, 63-65, 77, 79-102, 105-
 115, 119-120, 129, 138-143,
 145-146, 150, 164-166, 168, 176,
 178, 189-196, 200, 202, 204,
 206-207, 211, 213-215, 221-222,
 253, 260, 262-269, 271-278
 Cassitérides, Cassiteriti 154, 164
 Castel dell'Ovo 163
 Catellón, El Castellón 246
 Castro Marim 154
 Cebel Ires Daği 63
 Celtes 81-84
 Cerdeña 148, 150, 206, 241-242,
 249-253, 255
 Cerro de los Infantes 245
 Cerro de Santa María en Tavira 154
 Cerro del Peñón 152
 Cerro del Villar 141-142, 152, 179,
 182-183
 Cerro Salomón 153
 Chipre, Chypre, Cipro, Ciprioti 29,
 31-32, 47-50, 52-53, 57, 69-70,
 114, 135-137, 145-146, 148-150,
 157, 165, 177-178, 192-194, 206,
 208, 212, 241, 265, 271
 Cilicie 63
 Conimbriga 249
 Constantine 51
 Copenhague 99
 Coria del Río 148
 Corinto 141
 Cornovaglia 164
 Cortijo de los Toscanos 152
 Cos 228, 230, 231, 236
 Creta, Crète 57, 101 164, 174, 177
 Crevillente 138
 Crimisos 89
 Crotone 99
 Cruz del Negro 246
 Cuccuru Nuraxi 251
 Cumbres 243
 Damasco 107, 178, 181
 Dar Shiro 254
 Deir el-Qal'a 48
 Delos, Délos, δῆλος 101, 226, 228-
 229, 232-240
 Delta 180
 Démétrias 233
 Dermech, Dermèche 141-143
 Djebila 254
 Doña Blanca 114, 140, 153, 243,
 247-248
 Dor 70, 174, 177
 Douimès 141
 Dugga, Dougga 145, 269
 Ebre 99
 Edom, Édom 220, 275
 Efeso, Éphèse 29 100, 101
 Egeo, Égée 101, 137, 163, 173, 177-
 178, 228
 Egipto, Égypte, Egitto, egiziani,
 égyptien(s) 24, 28, 34, 58-61, 63,
 65, 108, 122, 129-132, 136, 162,
 164, 175, 177-178, 199, 201-202,
 204-206, 212, 262, 266
 Elat 149
 Emar 175
 Entella 82
 Erice, Eryx 52, 193, 194, 252
 Espagne, Spagna, Hispania, 'ispanya
 80-81, 86, 89, 97-99, 114, 138,
 152, 159, 194, 267
 Estremoz 245
 Etruria 125, 138, 157
 Eziongeber 149
 Faião 248
 Far'a (Tell) 181
 Fenicia, phénicien, côte phénicienne
 19, 23, 28, 33-36, 45, 51, 53, 57,
 59, 69, 71, 76-77, 105, 109, 113,
 116, 130-133, 137, 139, 157,
 165, 168, 193, 241, 253, 260,
 265, 273, 275-276
 Finocchito 252
 Fonteta, La Fonteta 138, 140, 142,
 157, 247
 Francia 163
 Gadir, Gades, Gadès, gaditanum, ga-
 ditanae 62, 152-154, 166, 181,
 194, 210, 243
 Galilea 182
 Gaule, gaulois 81, 82, 84, 99
 Gaza 105, 181
 Gebel Mlezza 268
 Gela, Géla 96, 262
 Gelidonya (cabo) 148, 179
 Gerusalemme Jérusalem 61, 29, 107,
 131-132, 219
 Gilão 154
 Golgoi 212
 Granada 245
 Grecia, Grèce, Grecs 57, 64, 77, 80-
 90, 92, 94 (Grande-Grèce), 99,
 102, 125, 129, 132, 136, 157,
 163, 206, 209, 226, 236, 246,
 264, 272, 273
 Guadiana (Bajo Guadiana) 154
 Guelat Bou-Sba 278
 Guinea 164
 Gyali 163
 Halicarnaso 77
 Hawaii 242
 Hazor 182
 Henchir Smala 278
 Himère, Imera 81, 85, 89, 93-95,
 273, 274
 Hittites, ittiti 24, 58, 73
 Hubur 200
 Huelva 143, 152, 153, 165, 247
 Hurrita 46
 Iberia, Ibères 81-82, 84-85, 178
 Ibiza, Eivissa 140, 155, 157, 205,
 207
 Idalion 149, 208
 Idumea 147
 Illyrie 99
 Ionie, ionio 163, 220
 Irqata 79
 Israel, Israël, Israele 47, 62, 106-
 107, 147, 181, 189, 200-201,
 206, 213, 232
 Italia, Italie, italiens 81, 83-86, 97,
 99, 100, 247
 Jardín, El Jardín 183
 Jebel el-Aqra 105
 Jonia, Ionie, Yawân 178, 220
 Joppé 220
 Joya, La Joya 143, 246
 Judée 220
 Junon (colina) 253
 Kalavassos 150
 Kaléakté 97
 Kanesh 173
 Karatepe 73
 Karthaginienses, Karthaginensium,
 Καρχηδόνος 86, 91
 Keisan (Tell) 177
 Kélibia 144
 Kerkouane 141-142, 144, 268
 Kharayeb 197, 207, 210, 212
 Kheleifeh, El Kheleifeh (Tell) 149
 Khorsabad 194
 Kitera 164
 Kition, KTY, Kittim 29, 48-49, 52,
 64, 71, 134-136, 150, 178, 231,
 261, 267, 269, 271-273, 275
 Kommos 177, 181

Kouklia 177	Narbonnaise 81	Rodas, Rhodes, Rodi 48, 53, 177, 228, 234
Kram, Le Kram 142	Negueb 149	Rojos, Rosso (mar) 147, 162, 181
Ksour Essaf 83, 86	Niebla 153	Roma, Rome, romani 31, 37, 39, 59, 83-84, 88, 90-93, 97-102, 113, 119, 129, 145, 161, 190-192, 222, 234, 239, 263
Lago 153	Nilo 164	Ronda la Vieja (Acinipo) 245
Lapithos 188	Nimrud 137, 139, 208	Rossa (Isola) 163
Larnaca 48-49	Nínive 181	S'Uraki di S. Vero Milis 251
Latium 138	Nora 142, 165	Sa Caleta 140, 155
Lattakia 207	Olivar do Senhor dos Martires 248	Sabratha 278
Leptis 52, 201	Ophir 147, 180	Sado 154, 248
Libano, Libano 27-28, 50, 131, 178	Ostie 239	Safon, Şpn 51, 187
Libia 162, 191, 264	Paleopaphos 177	Sagonte 99
Ligures 81-84	Paleotiro, Paleotyros 70	Sahara 221
Lilybée 85-86	Palermo 252, 268	Sahel 97, 253
Limassol 50	Palestina, Palestine 51, 70, 72-73, 77, 133, 149, 177, 181, 203, 205-208, 211, 229	Salamina, Salamine 62 (de Chypre), 81, 139, 168, 273
Lipari 87, 163	Palmarola 163	Samaria 107, 133, 181, 182, 194
Lisboa 154	Palmyre 236	Samos 229
Lixus 155, 165, 181, 243, 253, 254	Paniloriga 265	San Bartolomé de Almonte 153, 245
Loucos 254	Pantelleria 163	San Giorgio 249
Lucania, Lucaniens 81, 263	Peloponneso 168	Sanir 178
Macédoine 99	Peña Negra de Crevillente 138	Sant'Angelo Muxaro 252
Madia, Mahdia 165, 253	Peñalosa 153	Sant'Antioco 116
Mahon 93	Península Ibérica, péninsule Ibérique, penisola Iberica 91, 97, 122, 137-139, 142, 155, 165, 241-243, 245, 247, 249, 251-255	Sant'Imbenia 138, 150, 250
Maktar 144, 270	Penisola Italica 144	Santa Monica 195
Málaga 141-142, 146, 179, 250	Perse, Persia, persiano, persiani 24, 28, 77, 79, 81, 264	Santa Olaia 154, 244, 249
Malta, Malte 49-50, 53, 64, 163	Phalère 232, 237	Santa Severa 194
Marisa 235	Piscu 251	Santa Vittoria di Serri 251
Maroc, Marocco, Marruecos 99, 137, 241, 243, 254	Pithecosa 138	Santarém 154, 248
Marsaxlokk 50	Playa de la Isla 157	Sardaigne, Sardegna, Sardi 37-40, 50, 80-81, 83, 85, 89-91, 97, 101, 110, 114, 116, 118-120, 122, 124-125, 138, 142, 150, 163-166, 221, 242, 249-252, 260, 262, 265, 267, 269, 274, 276
Marsiglia 51, 52	Pontecagnano 144	Sardes 82
Massili, Massyli 190 270	Porto Conte 138	Sarepta, Şrpt 23, 62, 134-135, 146, 189, 204
Mazarrón 157	Portoescuso 249	Sassari 150
Medellín 246	Portugal 154, 248	Scoglio del Tonno 163
Mediterráneo 159	Pouzzoles, Puteolis, Ποτιολοίν 234, 236-237, 239-240	Sé 154
Megiddo 30, 70, 72-75	Praeneste 144	Sélinonte, Selinunte 82, 96, 273
Memphis 181-182	Puente de Noy 183	Settimo San Pietro 251
Mesopotamia, Mésopotamie, mésopotamien(ne) 58, 60, 62, 70, 76, 148, 174, 200-202, 213	Puglia 163	Sicca 86, 193-194
Messina 164	Punta de los Gavilanes 157	Sicile, Sicilia, Siciliens 32, 41, 80-83, 85-86, 88-97, 101, 114, 142, 144, 163-165, 215, 221, 241-242, 247, 252, 255, 262, 264-266, 273, 276, 299
Milo 163	Pyrénées 99	Sidi Abdsalen 254
Mina, Al Mina 165, 179, 182, 207	Pyrgi 64, 193, 194	Sidón, Sidon, Sidone, sidonii, şdn, şdnm, şdnym, σιδωνίους, σιδωνος 23-27, 29, 35-36, 45-48, 50, 58, 63, 69-71, 76-77, 107-108, 132-135, 139, 147, 165, 173-174,
Minorque 93	Qarqar 69, 71-73, 79	
Missua 166	Quebrantahuesos 153	
Mogador 155, 165	Quinta do Almaraz 154, 248	
Monastir 251	Rabat 99	
Mondego 154, 249	Rachgoun 165	
Mont Kasios 235	Ras el Ahmar 166	
Monte Arci 163	Ras Ibn Hani 148	
Monte Olladiri 251	Ras Zebib 166	
Monte Prama 250, 251	Reqeish, Er-Reqeish 181	
Monte Sirai 150, 265, 267, 274	Rhénée 226, 234	
Montemolín 247	Rhône 99	
Morro, Morro de Mezquitilla 139, 152, 183	Riotinto 152-153	
Motya, Mozia 62, 139, 142-143, 165-166, 182, 252, 273		
Naples, Napoli 138, 234		

177, 180, 189, 207-209, 212,
222, 225, 227-235, 238, 261,
263, 266, 270-273, 275
Sintra 248
Sippor (Tell) 207
Siracusa, Syracuse, Syracusaine 81-
82, 87, 94, 96, 262, 273
Siria, Syrie, syriens, côte syrienne
51, 57-58, 70-72, 133, 220
Smirat 253
Solunte, Solunto 83, 86, 252
Sousse 144, 268
Su Muru mannu 142
Sukas (Tell) 207
Sulcis 41, 165, 249, 265, 267, 276
Şumur 76
Tajo 154, 248
Tánger 254

Tanis 180
Tarshish 147
Tartessos 152, 255
Tas Silg 49, 50, 64
Tavira 154
Tejada, Tejada la Vieja 153, 247
Termodonte 205
Tessin 99
Tharros 142, 150, 165, 206, 249-
250, 267, 269, 271, 276
Thessalie 228
Thourioi 94
Til Barsip 58
Tiro, Tyr, Tyria, Tyriens, τῦροι 23-
24, 27-29, 31-32, 35, 69-71, 76-
77, 79, 93, 131-135, 147, 174-
179, 202, 210, 219-220, 225,
231, 234, 237-239

Toscanos 183
Trayamar 182
Trobai, El Trobal 245
Troulli 150
Tuerredda di Teulada (isola) 163
Turquía 148
Ugarit, ugaríticas, Ougarit, ougari-
tique 30, 58, 60, 62-63, 71-73,
148-149, 173-174, 180, 200, 236
Ullaza 105
Ulu Burun 148
Utica, Utica 105, 142, 253
Usu (*cf.* Paleotyros) 70
Veneria (Sicca) 193-194
Villena 245
Vivara (isola) 163
Vulci 141

ÍNDICE

PRÓLOGO, W. Röllig	7
INTRODUCCIÓN	
1. LOS HOMBRES FENICIOS, J. Á. Zamora	11
I. EL HOMBRE Y EL PODER	
2. IL RE, P. Xella	23
3. IL MAGISTRATO, S. F. Bondì	33
II. EL HOMBRE Y LA RELIGIÓN	
4. IL SACERDOTE, M. G. Amadasi Guzzo	45
III. EL HOMBRE Y LA ESCRITURA	
5. LE SCRIBE, C. Bonnet	57
IV. EL HOMBRE Y LA GUERRA	
6. EL SOLDADO, J.-P. Vita	69
7. LE MERCENAIRE, S. Crouzet	79
8. LE CHEF DE GUERRE, V. Krings	89
V. EL HOMBRE Y EL SUSTENTO	
9. IL CONTADINO, S. M. Cecchini	105
10. L'UOMO E IL CIBO, L. Campanella	113
VI. EL HOMBRE Y LAS ARTES Y TÉCNICAS	
11. L'ARTIGIANO, M. Botto – I. Oggiano	129
12. EL HOMBRE Y LOS METALES, A. González Prats – M. Renzi	147
13. L'UOMO E IL MARE, P. Bartoloni	161
VII. EL HOMBRE Y EL COMERCIO	
14. EL MERCADER, M. E. Aubet	173
VIII. EL HOMBRE Y LA FAMILIA	
15. LA DONNA, M. G. Lancellotti	187
16. EL NIÑO, M. C. Marín Ceballos	199
IX. EL HOMBRE BAJO EL HOMBRE	
17. L'ESCLAVE, A. Lemaire	219
X. EL HOMBRE Y EL OTRO	
18. L'ÉMIGRANT, M. F. Baslez	225
19. EL INDÍGENA, M. Almagro - M. Torres - A. Mederos	241
XI. EL HOMBRE Y LA MUERTE	
20. IL MORTO, S. Ribichini	259
ABREVIATURAS Y BIBLIOGRAFÍA	279
ÍNDICES TEMÁTICOS	299

Italica

Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

I a VI, agotados	XIII, 1969, 214 p. + 17 lám.
VII, 1955, 296 p. + 108 lám.	XIV, 1980, 254 p. + 56 lám.
VIII, 1956, 224 p.	XV, 1981, 366 p. + 4 lám.
IX, 1957, 222 p. + 7 lám.	XVI, 1982, 290 p. + 36 lám.
X, 1958, 200 p. + 21 lám.	XVII, 1984, 272 p.
XI, 1961, 224 p.	XVIII, 1990, 373 p. + 3 lám.
XII, 1969, 138 p. + 30 lám.	

Bibliotheca Italica

Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

- 1-4. SERRANO, L.: *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V*. Tomos I, II, III, IV. 1914 (agotados).
5. PACHECO Y DE LEYVA, E.: *El Cónclave de 1774 a 1775. Acción de las Cortes Católicas en la supresión de la Compañía de Jesús, según documentos españoles*. 1915 (agotado).
- 6-7. SERRANO, L.: *La liga de Lepanto entre España, Venecia y la Santa Sede (1570-1573). Ensayo histórico a base de documentos diplomáticos*. Tomos I, II. 1918-1920 (agotados).
8. PACHECO Y DE LEYVA, E.: *La política española en Italia. Correspondencia de don Fernando Marín, abad de Nájera, con Carlos I*. Tomo I (1521-1524). 1919 (agotado).
9. ACHÚTEGUI, P. S. DE: *La universalidad del conocimiento de Dios en los paganos. Según los primeros teólogos de la Compañía de Jesús (1534-1648)*. 1951 (agotado).
- 10-12. GARCÍA GOLDÁRAZ, C.: *El Códice Lucense de la colección canónica hispana*. Tomos I, II, III. 1954.
13. GARCÍA GOLDÁRAZ, C.: *Los concilios de Cartago de un códice soriense. Reconstrucción*. 1960, 163 p.
14. BLÁZQUEZ, J. M.: *Religiones primitivas de Hispania*. 1962, XXXII + 286 p. + 6 mapas + LIV lám.
15. VENY, C.: *Corpus de las inscripciones baledricas hasta la dominación árabe*. 1965, XXVII + 285 p. + 4 mapas + XII lám.
16. ACUÑA, P.: *Esculturas militares romanas de España y Portugal, I. Las esculturas thoracatas*. 1975, VIII + 139 p. + LXXXI lám. ISBN 84-00-04128-3.
17. ALMAGRO-GORBEA, M. (Ed.): *El santuario de Juno en Gabii. Excavaciones 1956-1969*. 1982, 624 p. + LXXX lám., ISBN 84-00-05415-6.
18. SAZ, I. y TUSELL, J.: *Fascistas en España. La intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la "Missione Militare Italiana in Spagna", 15 Diciembre 1936 - 31 Marzo 1937*. 1981, 230 p., ISBN 84-00-04964-0.
19. ARCE, J. y BURKHALTER, F. (Ed.): *Bronces y religión romana. Actas del XI Congreso Internacional de Bronces Antiguos (Madrid, Mayo-Junio 1990)*. 1993, 477 p., ISBN 84-00-07326-6.
20. DUPRÉ RAVENTÓS, X.: *L'arc romà de Berà (Hispania Citerior)*. 1994, 321 p. + XXIII lám., ISBN 84-00-07462-9.
21. SALCEDO, F.: *África. Iconografía de una provincia romana*. 1996, 275 p. + LIX lám., ISBN 84-00-07612-5.
22. BARCELÓ, M. y TOUBERT, P. (Ed.): «L'incastellamento». *Actas de las reuniones de Girona (26-27 Noviembre 1992) y de Roma (5-7 Mayo 1994)*. 1998, 334 p. + III lám., ISBN 84-00-07709-1.
23. VAQUERO PIÑEIRO, M.: *La renta y las casas. El patrimonio inmobiliario de Santiago de los Españoles de Roma entre los siglos XV y XVII*. 1999, 331 p. + CVI lám., ISBN 88-8265-040-5.
24. DUPRÉ RAVENTÓS, X. y REMOLA, J. A. (Ed.): *Sordes urbis. La eliminación de residuos en la ciudad romana. Actas de la reunión de Roma (15/16 de noviembre de 1996)*. 2000, 150 p., ISBN 88-8265-082-0.
25. ARCE, J. (Ed.): *Centcelles. El monumento tardorromano. Iconografía y arquitectura*. 2002, 124 p., ISBN 88-8265-169-X.
26. SANTOS, J.A. y TORTOSA, T. (Ed.): *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*. 2003, 246 p. ISBN 88-8265-244-0.
27. BELTRÁN, J., CACCIOTTI, B., DUPRÉ, X. y PALMA, B. (Ed.): *Illuminismo e Illustración. Le antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*. 2003, 360 p., ISBN 88-8265-243-2.

Serie Arqueológica

1. BERNABO BREA, L.: *La Sicilia prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica*. 1954, 81 p. + XXII lám.
2. ARCE, J., DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X. y MATEOS, P.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 1994 y 1995*. 1998, 64 p., ISBN 84-00-07696-6.
3. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de la campaña de 1996*. 1998, 132 p., ISBN 84-00-07729-6.
4. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de la campaña de 1997*. 1999, 132 p., ISBN 84-00-07752-0.
5. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 1998 y 1999*. 1999, 160 p., ISBN 84-00-07822-5.

6. AGUILERA, A.: *El Monte Tèstaccio y la llanura subaventina. Topografia extra portam Trigeminam*. 2002, 260 p., ISBN 84-00-08039-4.
7. DUPRÉ, X., GUTIÉRREZ, S., NÚÑEZ, J., RUIZ, E. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 2000 y 2001*. 2002, 234 p., ISBN 84-00-08118-8.
8. PÉREZ BALLESTER, J.: *La cerámica de barniz negro del santuario de Juno en Gabii*. 2003, 342 p., ISBN 84-00-08204-4.
9. ZAMORA, J. Á. (Ed.): *El hombre fenicio. Estudios y materiales*. 2003, 320 p., ISBN 84-00-08205-2.

Serie Histórica.

1. ESPADAS BURGOS, M. (Ed.): *España y la República Romana de 1849*. 2000, 143 p., ISBN 84-00-07978-7.
2. GONZÁLEZ SALINERO, R.: *Las conversiones forzosas de los judíos en el reino visigodo*. 2000, 160 p., ISBN 84-00-07984-1.
3. SEGARRA CRESPO, D. (Ed.): *Transcurrir y recorrer: la categoría espacio-temporal en las religiones del mundo clásico*. (En prensa).

Varia

ESPADAS BURGOS, M.: *La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Un Guadiana junto al Tíber*. 2000, 166 p., ISBN 84-95078-97-X.

DUPRÉ RAVENTÓS, X. (Ed.): *Scavi archeologici di Tusculum. Rapporti preliminari delle campagne 1994-1999*. 2000, 540 p. + XLII lám., ISBN 88-900486-0-3.

Monumentos de la música española en Italia

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. I: *Missarum liber primus* (Roma, 1544), Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1952, 314 p. + 12 lám.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. II: *Motetes I - XXV*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1953, 202 p. + 12 lám.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. III: *Missarum liber secundus* (Roma, 1544). 1a. parte. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1954, 192 p. + 10 lám. (agotado).

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. IV: *XVI magnificat* (Venecia, 1545), Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1956, 132 p. + 19 lám.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. V: *Motetes XXVI - L*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1959, 164 p.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. VI: *Missarum liber secundus*, 2a. parte. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1962, 149 p.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. VII: *Misas XVII - XXI*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1964, 132 p.

CRISTÓBAL DE MORALES. *Opera omnia*. Vol. VIII: *Motetes LI - LXXV*. Transcripción y estudio, por H. ANGLÉS, 1971, 134 p. + 7 lám.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. I: *Missarum liber primus*. Nueva edición, por H. ANGLÉS, 1965, 145 p. + 3 lám.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. II: *Motetes I - XXI*, por H. ANGLÉS, 1965, 133 p. + 2 lám.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. III: *Missarum liber secundus*, por H. ANGLÉS, 1967, 131 p.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA. *Opera omnia*. Vol. IV: *Motetes XXII - XLVI*, por H. ANGLÉS, 1968, 164 p. + 4 lám.

Monumenta albornotiana

SÁEZ, E. y TRENCHS, J.: *Diplomatario del cardenal Gil de Albornoz*. vol. I, *Cancillería Pontificia (1351-1353)*, 1976, LXXVII + 570 p. + 20 lám., ISBN 84-00-03502-X.

SÁEZ, E. y TRENCHS, J.: *Diplomatario del cardenal Gil de Albornoz*. vol. II, *Cancillería Pontificia (1354-1356)*, 1981, LI + 679 p. + 23 lám., ISBN 84-00-04998-5.

FERRER, M. T. y SAINZ DE LA MAZA, R.: *Diplomatario del cardenal Gil de Albornoz*. vol. III, *Cancillería Pontificia (1357-1359)*, 1995, XIX + 343 p. + 32 lám., ISBN 84-00-07547-1.

La presente obra pretende incorporar a los estudios fenicios un tipo de trabajo que ha resultado extremadamente fructífero en otras especialidades. Una aproximación característica que hace del hombre o los hombres de una determinada época o cultura el objeto principal de su estudio, mediante la presentación de diferentes perfiles, tipos o personajes. Una forma de trabajo que permite, a la vez, profundizar en aspectos particulares de la cultura estudiada y reflexionar sobre ella y sobre nuestras formas de comprenderla, situando al hombre en el centro de toda atención.

Los estudios fenicios y púnicos constituyen una especialidad peculiar a la que no es fácil incorporar novedades historiográficas. Involucran a una larga variedad de investigadores unidos más por su objeto de estudio que por la documentación con la que trabajan, enormemente diversa. Las fuentes, extendidas desde el Oriente mediterráneo hasta el Atlántico a lo largo de más de un milenio, frecuentemente indirectas y condicionadas, presentan infinidad de lagunas y dificultades. Una obra del estilo propuesto, cerrada y homogénea, cuyas categorías fueran expuestas de forma acabada y completa, falsearía la imagen del conjunto o resultaría en exceso vaga e hipotética.

Sin embargo, intentar hacer uso de esta nueva aproximación, a pesar de los previos problemas documentales, puede servir para señalar, y quizás superar, los límites existentes. Con este objetivo se han reunido en esta obra una veintena de contribuciones a cargo de buenos conocedores de cada materia. Los especialistas han acometido —de formas diversas, según su criterio y de acuerdo a las posibilidades de la investigación— el estudio de una serie de figuras características del mundo fenicio-púnico. Una serie de trabajos que pretenden configurar —o proporcionar la información necesaria para configurar— un conjunto de tipos o personajes que, a su vez, permita al lector construirse una nueva imagen del protagonista de la cultura fenicio-púnica: “el hombre fenicio”.

El elenco incluye algunos personajes obvios e imprescindibles (el rey, el magistrado, el sacerdote, el escriba, el soldado y el mercenario, el caudillo, el campesino, el artesano, el mercader o el esclavo). Pero añade así mismo figuras que remiten a ámbitos ineludibles (la mujer, el niño) o característicos del mundo fenicio y púnico (el emigrante, el indígena). Del mismo modo, estudia también la relación de tales hombres con condicionantes fundamentales de su cultura (como p. ej. el protagonismo constante del mar o de la metalurgia) o de su propia naturaleza (como la necesidad de alimentarse y la inevitable obligación de morir).

El libro se presenta así, en su conjunto, como una obra de investigadores y para investigadores. Pero quiere abrirse, como se apreciará en el tono de muchas de las contribuciones, a especialistas y lectores en general no necesariamente implicados en la investigación fenicia y púnica.

Serie Arqueológica

1. BERNABO BREA, L.: *La Sicilia prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica*. 1954.
2. ARCE, J., DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X. y MATEOS, P.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 1994 y 1995*. 1998.
3. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de la campaña de 1996*. 1998.
4. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de la campaña de 1997*. 1999.
5. DUPRÉ, X., AQUILUÉ, X., MATEOS, P., NÚÑEZ, J. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 1998 y 1999*. 1999.
6. AGUILERA, A.: *El Monte Testaccio y la llanura subaventina. Topografía extra portam Trigeminam*. 2002.
7. DUPRÉ, X., GUTIÉRREZ, S., NÚÑEZ, J., RUIZ, E. y SANTOS, J. A.: *Excavaciones arqueológicas en Tusculum. Informe de las campañas de 2000 y 2001*. 2002.
8. PÉREZ BALLESTER, J.: *La cerámica de barniz negro del santuario de Juno en Gabii*. 2003.
9. ZÁMORA, J. Á. (ed.): *El hombre fenicio. Estudios y materiales*. 2003.

Ilustración de la cubierta:
Estela del *tofét* de Cartago, s. III a. C.
Museo de Cartago
(Fotografía de S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988)





Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

ISBN 84-00-08205-2



9 788400 082055